



Historia física y política de Chile

Historia III

Claudio Gay



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA
GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL
RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR
MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS
ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL
IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA
GESTIÓN ADMINISTRATIVA
MÓNICA TITZE

DISEÑO DE PORTADA
PEZESPINA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

GAY, CLAUDIO, 1800-1873.

HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE: SEGÚN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPÚBLICA DURANTE DOCE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA / CLAUDIO GAY. -- PARÍS: MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO, [184-] 30 v. ; 24,5 cm.

v. 1-8. HISTORIA DE CHILE – v. 9-10. DOCUMENTOS SOBRE LA HISTORIA, LA ESTADÍSTICA Y LA GEOGRAFÍA – v. 11-18. BOTÁNICA -- v. 19-26. ZOOLOGÍA – v. 27-28 AGRICULTURA – v. 29-30 ATLAS.

BOTÁNICA-CHILE – ZOOLOGÍA-CHILE – AGRICULTURA-CHILE-HISTORIA – CHILE-GEOGRAFÍA HISTÓRICA-MAPAS

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2007
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2007
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2007
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN N° 168.204
(OBRA COMPLETA)
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306-11-3 (TOMO TERCERO)

IMAGEN DE LA PORTADA
CRUCIFIJO, SIGLO XVIII. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE
DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO III DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN DICIEMBRE DE 2007

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

CLAUDIO GAY

HISTORIA
FÍSICA Y POLÍTICA
DE CHILE

TOMO TERCERO

HISTORIA



SANTIAGO DE CHILE

2007



CLAUDIO GAY.

DE LA HISTORIA NATURAL
A LA HISTORIA NACIONAL.
LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA
DE CLAUDIO GAY Y LA NACIÓN CHILENA

Rafael Sagredo Baeza

INTRODUCCIÓN

En los inicios de la república, cuando todo estaba por hacerse, ¿en qué consistía el Chile de entonces?, ¿cómo era el territorio bajo la jurisdicción del nuevo Estado?, ¿cuáles las características físicas, económicas, culturales y sociales del conjunto bajo su soberanía?, ¿cuál la noción existente acerca del número y distribución espacial de sus habitantes?, ¿cuáles sus principales recursos económicos? A éstas, y muchas otras interrogantes, buscaba dar respuestas el gobierno chileno cuando en 1830 decidió la contratación de Claudio Gay. Afortunadamente para Chile, el naturalista no sólo cumplió con creces la tarea que se le encomendó, además, con los conocimientos que generó sobre la historia, el territorio y el mundo natural y cultural del país, contribuyó decididamente al proceso de organización republicana, al ejercicio de la soberanía estatal y a la consolidación de la nación.

La tarea científica desplegada por el naturalista en Chile permite apreciar desde un ángulo inédito el proceso de construcción de la nación y de organización republicana. Gay orientó parte importante de su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana. Además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país gracias a sus informes científicos y representaciones cartográficas.

El cuadro del sabio, que desde 1846 engalana el Museo Nacional de Historia Natural, representa muy bien los principales temas que ocuparon al científico. En él Gay aparece sentado junto a una mesa en que se aprecian un mapa de Chile, un vegetal monocotiledón en la forma de una flor con su tallo, su microscopio y papeles; sobre ellos, la mano izquierda del científico sosteniendo su lupa. En la derecha, el naturalista tiene una pluma.



Claudio Gay (1800-1873), óleo sobre tela de Alexandre Laemlein, 1845. Museo Nacional de Historia Natural. El pintor hace resaltar en su retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría.

Es el sabio en su gabinete, revestido del prestigio que le otorga su saber y de la dignidad y respetabilidad que le proporcionan una vida consagrada al trabajo científico, en su caso, sobre Chile.

Qué duda cabe que los objetos con los que se retrata a Gay pretenden mostrar, cuando no simbolizar, sus preocupaciones, quehaceres y honores. Ahí están la pluma con la que entonces componía su monumental obra sobre Chile. La flor que muestra su condición de botánico y la lupa -pudieron ser sus instrumentos de física, su barómetro o su rosa de los vientos- que ilustra su calidad de científico. Los papeles bajo su mano muestran su contracción al estudio, cualidad propia de todo hombre de ciencia. Pero también está la cinta de seda roja en el ojal izquierdo de su pecho. Ella representa la Legión de Honor, en el grado de caballero, con que había sido distinguido por sus servicios eminentes a Francia en el ámbito de la historia natural.

Creemos que con la sobria y elegante levita oscura con que el artista retrata a Claudio Gay no sólo muestra al hombre de facciones acentuadas y rostro inmutable; o al científico, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo, fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. También al naciente Estado, a la nación chilena cuyas aspiraciones y valores republicanos vio encarnadas en Claudio Gay de forma tan evidente como para materializarlas en una obra de arte que presidiera una de las instituciones esenciales de la cultura nacional, como lo es el Museo Nacional de Historia Natural, que el propio sabio fundó.

El pintor hace resaltar en este retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar a la formación de la nación a través del conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. Que no fue otro el objetivo que tuvo el quehacer científico de Claudio Gay en Chile.

Trabajos de naturalistas como los de Claudio Gay en Chile, Agustín Codazzi sobre Nueva Granada, Alcide d'Orbigny respecto de Bolivia, o la de Antonio Raimondi en relación al Perú, permiten apreciar el papel determinante que éstos tuvieron en el reconocimiento científico de los países que exploraron, pero también en la conformación de nacionalidades, el desarrollo de identidades regionales, la integración de pueblos y sociedades o, esencial, en la identificación de un destino, futuro, común. Ahora como estados nacionales.

Estas obras, concebidas originalmente como historias naturales, debido a las necesidades de las autoridades republicanas terminaron transformándose también en historias nacionales, en las que la narración del pasado acompañó y complementó las descripciones científicas y las representaciones cartográficas. Entre los ejemplos que se pueden citar, el quehacer y la obra de Claudio Gay constituye uno de los más ilustrativos, tanto por su gestación y preparación, como por su culminación, la *Historia física y política de Chile*, la primera narración histórica del pasado chileno elaborada en el periodo republicano.

UN CIENTÍFICO EN CHILE

Según sus principales biógrafos, el arribo de Claudio Gay al país en los primeros días de diciembre de 1828 fue consecuencia de su contratación como profesor del Colegio de Santiago, cuyas actividades docentes se iniciarían en marzo de 1829. El naturalista, que lograría fama gracias a sus investigaciones sobre Chile, había nacido en marzo de 1800 en Draguignan, departamento del Var, en la Provenza, en medio de una familia de pequeños propietarios agrícolas¹.

Consta que desde su infancia, Gay demostró una inclinación por el estudio de las ciencias naturales, que se manifestó en lecturas sobre botánica elemental y en herborizaciones, así como en periódicas excursiones alrededor de su pueblo natal. En ellas, que con el paso de los años se fueron ampliando a prácticamente todo el departamento del Var y a parte de los Bajos Alpes, el joven se preocupaba de recolectar material botánico y zoológico y de averiguar sobre la mineralogía y la geología de los sitios visitados. En el diario que se atribuye, Gay evoca esta época: “a penas me sentí capaz de identificar unas cuantas plantas, mi pasión por la botánica me empujó a atravesar los límites severos de las montañas de los Alpes, del Delfinado, de Saboya y de parte de Suiza. En esos lugares reuní una colección de plantas que unidas a las que me regalaron otros botánicos, aumentaron considerablemente mi herbario”².

Completada su primera educación, alrededor de 1820, Gay arribó a París para seguir estudios superiores de medicina y farmacia. Sin embargo, su curiosidad por el cultivo de las ciencias pudo más que la práctica profesional y comenzó a concurrir a los cursos públicos de ciencias naturales del Museo de Historia Natural y de la Sorbonne³. En aquellos años, aprovechaba sus vacaciones para emprender excursiones destinadas a herborizar fuera de Francia, o para cumplir comisiones encargadas por el Museo. Recorrió Suiza, una parte de los Alpes, el norte de Italia, una porción de Grecia, algunas islas del Mediterráneo y el norte de Asia Menor. Durante sus años en París, entre 1821 y 1828, además de la botánica y la entomología, sus aficiones preferidas, Gay también se adentró, como autodidacta, en el estudio de la física y la química, para más tarde seguir cursos de geología y de anatomía comparada. De esta manera adquirió vastos conocimientos y también se inició en la investigación científica al lado de eminentes maestros de los Jardines del Rey y de la Escuela de Minas. Sus conceptos a propósito de su paso por el Jardín Botánico y Museo de Historia Natural de París son elocuentes: “Las abundante colecciones de objetos de ciencia natural, el alto nivel científico de los cursos que allí se realizaban, el interés de los profesores por facilitar mis estudios, todo ello

¹ Carlos Stuardo Ortiz es quien más acabadamente ha investigado acerca de la vida del científico. En su obra póstuma *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, se reproducen numerosos escritos de Gay, o concernientes a su labor en Chile, así como diversos textos relativos a su persona.

² Véase Claudio Gay, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*, p. 88.

³ En su diario escribiría: “El estudio de la medicina me pareció el más seductor y el que estaba más de acuerdo con mis gustos. Desgraciadamente mi pasión cada vez mayor por la historia natural me hizo abandonarlo y eso es algo que lamentaré toda mi vida”. En Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 90.



Alexander von Humboldt (1769-1859), el sabio prusiano, autor de numerosas obras sobre América, representó el principal modelo para los naturalistas que como Claudio Gay arribaron a América luego de la Independencia. En David Yudilevich L. (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802, antología.*

contribuyó poderosamente a hacerme amar una ciencia a la que ya me había dedicado por mi cuenta, estudiándola con mi propio esfuerzo”⁴.

Como acertadamente hace notar Stuardo Ortiz, Gay se vio favorecido por el ambiente científico existente en París en las primeras décadas del siglo XIX. Entonces diversas instituciones, como la Sociedad Philomatica, la Sociedad Linneana, el Museo de Historia Natural y la Facultad de Ciencias de la Universidad de París, tenían como objetivo esencial promover el desarrollo de las ciencias naturales.

Junto con beneficiarse de las actividades que en ellas se realizaban, Claudio Gay recibió la influencia de grandes investigadores y maestros como Alexandre Brongniart en Mineralogía, Pierre-Louis-Antoine Cordier en Geología, André-Marie-Constant Duméril en herpetología, Georges Cuvier en Anatomía Comparada, René-Louiche Desfontaines y Adrien de Jussieu en Botánica, Pierre-André Latreille en Entomología, André Laugier o Louis-Nicolás Vauquelin en Química y Joseph-Louis Gay-Lussac en Física, entre otros.

Los detalles del origen de la preocupación de Gay por nuestro país, y de su venida a Chile, permanecen todavía inciertos en muchos aspectos, aunque se sabe que su arribo fue consecuencia directa de haber aceptado la oferta del periodista y aventurero Pedro Chapuis, que en 1828 organizaba en París un grupo de pro-

⁴ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 89.

fesores para establecer un colegio en Santiago, y que, según Gay, contaba con el patrocinio del gobierno chileno⁵.

Los testimonios aparecidos en la prensa nacional a propósito de la llegada de Chapuis y demás profesores sólo aluden al arribo de una “sociedad de profesores de ciencias” que vienen “con el objeto de fundar un nuevo establecimiento de educación”, sin dar mayores noticias de las motivaciones cada uno de los “socios”, aunque sí de sus aptitudes. Sobre Gay, en el aviso que Pedro Chaupis publicó para dar a conoer su iniciativa, de lee: “doctor en ciencias. Miembro de varias sociedades, corresponsal del Museo y profesor de física, química e historia natural”⁶.

En el diario que presumiblemente comenzó al momento de iniciar su viaje a Chile, Gay alude a sus intentos frustrados por pasar a América, hasta que le avisaron “que se estaba formando en París una sociedad de personas con la intención de fundar una Univeridad en Santiago de Chile, bajo la protección especial del gobierno francés y del chileno”; entonces, declara, “el placer unido al interés de descubrir un país aun no conocido por los naturalistas, me hizo aceptar sin ninguna vacilación la proposición que me hicieron de nombrarme profesor de química y de física”⁷.

Años después, y al comienzo de su monumental obra, el naturalista afirmó que fueron sus maestros en París quienes le habían señalado la república de Chile como la más a propósito para satisfacer las exigencias de una desmedida curiosidad que lo impulsaba a investigar las producciones de algún remoto clima que no pareciera muy andado; consejo que siguió, comenzando desde entonces a tomar nota de lo muy poco que se había dicho de la historia y de la geografía de esta parte de América. Más tarde escribiría, en el prólogo del tomo I de la *Historia Física y Política de Chile*, que había sido en medio de esa situación que “una circunstancia imprevista se adelantó a mis deseos llevándome a las afortunadas costas de ultramar mucho antes de lo que yo presumiera”⁸.

Además de sus motivaciones particulares, es preciso tener presente que en el ambiente científico y oficial del París de la década de 1820, “entre los diversos países que sería importante explorar en interés de la historia natural, el Perú y Chile pueden ser colocados en primera fila, en todo sentido”, pues se afirmaba, “la parte de América meridional que ocupan estas dos vastas regiones no ha sido visitada

⁵ En su diario el naturalista relata que en un encuentro con Chapuis en París, éste “me hizo ver un discurso del presidente Pinto en que solicita profesores de anatomía y de química para una escuela de medicina”. Véase Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 103.

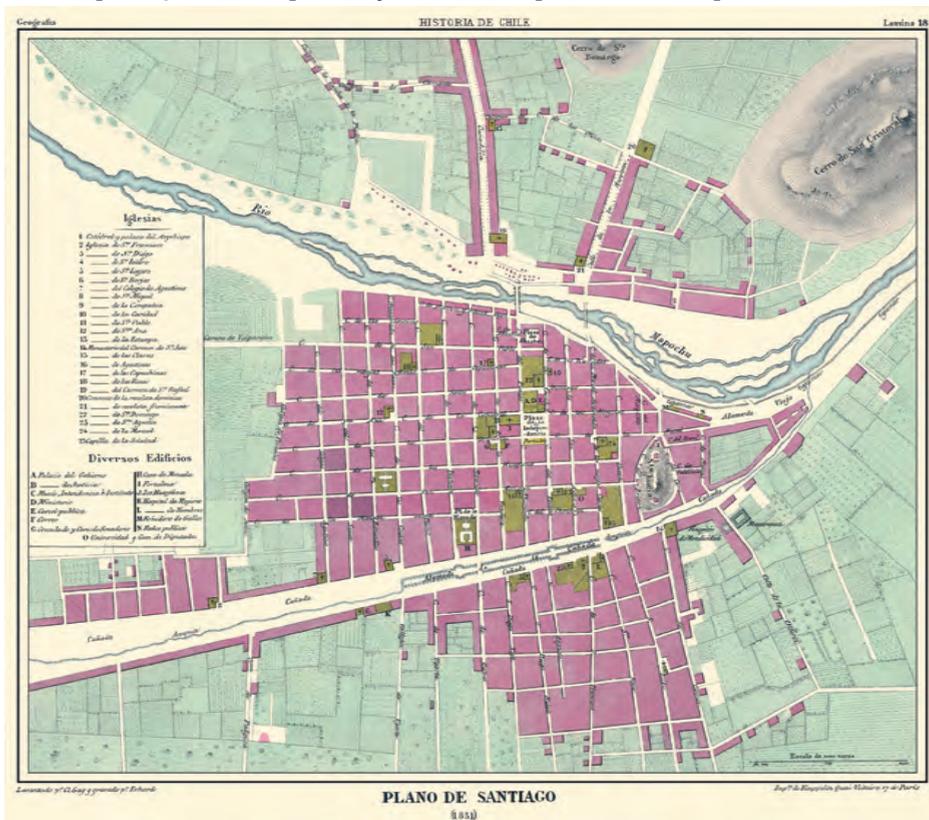
⁶ Véanse *La Clave de Chile* del 11 de diciembre de 1828 y del 17 de febrero de 1829, y la *Gaceta de Chile* del 31 de diciembre de 1828.

⁷ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 91.

⁸ En su manuscrito sobre los araucanos, todavía inédito, Claudio Gay relaciona su arribo a Chile con la política francesa respecto de Latinoamérica, ahí escribió: “En esa época las repúblicas americanas habían sido más o menos reconocidas por las potencias europeas. Francia era una de las más atrasadas en ese justo deber... por ese mismo motivo decidió crear en Santiago un colegio universitario compuesto únicamente por profesores franceses. Habiendo sido designado para la clase de física y química me encontraba en condiciones de realizar mi pasión por los viajes...”. Agradecemos a Luis Mizón el darnos a conocer este texto, así como su traducción. Como se advertirá, la versión del naturalista difiere bastante de la ofrecida por todos los estudiosos de su vida y obra.

aún sino por un número muy pequeño de viajeros, y sus exploraciones, por lo demás asaz incompletas, se remontan ya a una época muy alejada⁹.

Para comprender cabalmente la presencia de Claudio Gay en Chile es necesario atender el interés galo por explorar América meridional, que en su caso sin embargo no se materializó en ningún apoyo oficial, aunque si en el estímulo de sus profesores y de la Academia francesa; pero también a las urgencias y necesidades del naciente Estado chileno, cuyos dirigentes, aun antes de la independencia, y con mayor razón después, venían insistiendo en la necesidad de crear instituciones de enseñanza y de fomentar el reconocimiento geográfico del territorio. Aunque no está acreditado el apoyo oficial al colegio para el cual había sido contratado Gay, lo cierto es que el Estado chileno, y sus autoridades, frecuentemente aludían, y seguirían mencionando, la urgencia de contar con nuevas instituciones educativas; interés que seguramente personajes como Chapuis buscaron aprovechar.



La inclusión del plano de Santiago en su Atlas de la historia física y política de Chile, muestra que Gay apreció la situación preeminente de la capital en el país.

⁹ Carta de la Administración del Museo de Historia Natural de París al ministro del Interior, fechada el 25 de noviembre de 1825, y generada por la expectativa de que el naturalista Alcide d'Orbigny se dirigiera a América en misión científica. Citada por Pascal Riviale en su obra *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, p. 34.

Contratado como profesor de física, química e historia natural, Gay vio en su viaje a Chile, más que el inicio de una carrera destinada a la docencia, la posibilidad cierta de dedicarse a la investigación en un país casi total y absolutamente desconocido para los hombres de ciencia europeos. Además, veía en él la materialización de sus aspiraciones pues, había escrito en su diario, “desde que me consagré al estudio de las ciencias naturales, que son verdaderamente sublimes, nació en mí el deseo de viajar, que al parecer forma parte de ellas”¹⁰.

Instalado en Santiago, Claudio Gay, junto con atender sus clases en el Colegio de Santiago, se dio tiempo para recorrer diversos sitios y recolectar material científico, llegando a formar en corto lapso colecciones de plantas, de animales y de rocas.

Más entusiasmado con sus excursiones que con sus clases, a la vez que revelando los motivos que lo habían traído a Chile, el propio Gay escribía a Alexandre Brongniart el 9 de diciembre de 1829 que a pesar de que “no disponía más que de un día a la semana en provecho de las ciencias” y que, sobre todo al comienzo de su estadía, no le era posible más que “visitar solamente los alrededores de Santiago o realizar un viaje rápido a la orilla del mar o a la cordillera”, ya había realizado “una buena serie de observaciones que bastarán para dar a conocer estas comarcas tan poco visitadas por los naturalistas”¹¹.

El celo y la pasión que Gay mostraba por la historia natural, expresada en su infatigable actividad y dedicación al estudio, no sólo llamaron la atención de los pocos sujetos con interés por las ciencias naturales existentes en Santiago. También llegó a conocimiento de las autoridades, en las cuales rondaba la idea de estudiar científicamente el país, una antigua aspiración que no había podido materializarse por falta de una persona idónea para acometer la empresa¹². En el Chile de la organización republicana, donde todo estaba por hacerse, y en medio de las tribulaciones políticas y la pobreza del erario, hubo gobernantes que tuvieron plena conciencia de la necesidad de conocer cabal y científicamente el territorio y la realidad nacional. Entonces, ni siquiera existían mapas medianamente aceptables; poco se sabía de la situación exacta de las ciudades y puntos geográficos de importancia; nadie había estudiado sistemáticamente las especies naturales; y, menos aún, preocupado de las características geológicas o de precisar adecuadamente las condiciones climáticas de los ambientes en que comenzaba a desenvolverse la república¹³.

¹⁰ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 88.

¹¹ Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 2.

¹² Guillermo Feliú Cruz en su ensayo crítico “Claudio Gay, historiador de Chile”, señala que el boticario Vicente Bustillos, el canónigo de la catedral José Alejo Bezanilla, el conservador de la Biblioteca Nacional Francisco García Huidobro y el médico francés Carlos Bouston, fueron los primeros amigos del científico en Chile, y quienes advirtieron al gobierno de su presencia y de la posibilidad de confiarle el estudio de la naturaleza del territorio nacional.

¹³ La preocupación de los gobiernos por conocer la geografía nacional, y con ellas las riquezas del territorio, se había hecho presente ya en 1823. Entonces se contrató al aventurero Juan José Dauxion de Lavaysse para que realizara un estudio científico del país. El mismo año, otro decreto comisionó al ingeniero militar José Alberto Backler D’Albe y al ingeniero geógrafo Ambrosio Lozier para que levantaran la carta corográfica y geodésica de Chile. Como se sabe, ambas empresas fracasaron y no

Alentado por sus cercanos, en julio de 1830 Gay redactó una presentación dirigida al Vicepresidente de la República a través de la cual ofrecía sus servicios para trabajar en la preparación de una historia natural, general y particular de Chile; una geografía física y descriptiva del país; una geología que haría conocer la composición de todos los terrenos, la estructura de las rocas y la dirección de las minas; y una estadística completa de las actividades productivas y de la población. Además de los trabajos nombrados, el científico se comprometía a formar un gabinete de historia natural que contuviera la mayor parte de las producciones de la república, con sus nombres vulgares y científicos, así como una colección, tan completa como fuera posible, de todas las piedras y minerales que pudiera recolectar; analizar químicamente todas las aguas minerales que encontrara; a elaborar cuadros estadísticos de todas las provincias; hacer un catálogo de todas las minas; preparar planos de las principales ciudades y ríos, así como de todas las haciendas que pudiera visitar; y, finalmente, si el gobierno así lo quería, instruir a dos alumnos en todas las ciencias sobre las que él se ocupaba. Es decir, Gay se obligaba a una tarea monumental, la cual le llevaría casi toda la vida.

A cambio de sus trabajos, los cuales, declaraba, sólo podrían ser publicados en Europa, el naturalista solicitaba auxilio para continuar sus investigaciones y el auspicio del gobierno para las obras que proponía. Se mostraba dispuesto a que se nombrase una comisión que inspeccionara lo realizado por él hasta entonces y los trabajos que en adelante emprendería, así como también a demostrar los medios que poseía para llevar adelante sus estudios. A este último respecto, y para avalar su petición, Gay hacía saber al gobernante que las ciencias naturales habían sido objeto de sus preocupaciones desde temprana edad y que había elegido a Chile como escenario de sus investigaciones con el único fin de satisfacer su interés científico,

“y el deseo que tengo de hacerme útil dando a conocer a la nación chilena, las producciones de su industria y de su territorio, y poniendo a la vista de las otras un país muy poco conocido, pero sin embargo muy digno de serlo por su feliz posición, por la riqueza de la tierra y por los extraordinarios productos de su agricultura”¹⁴.

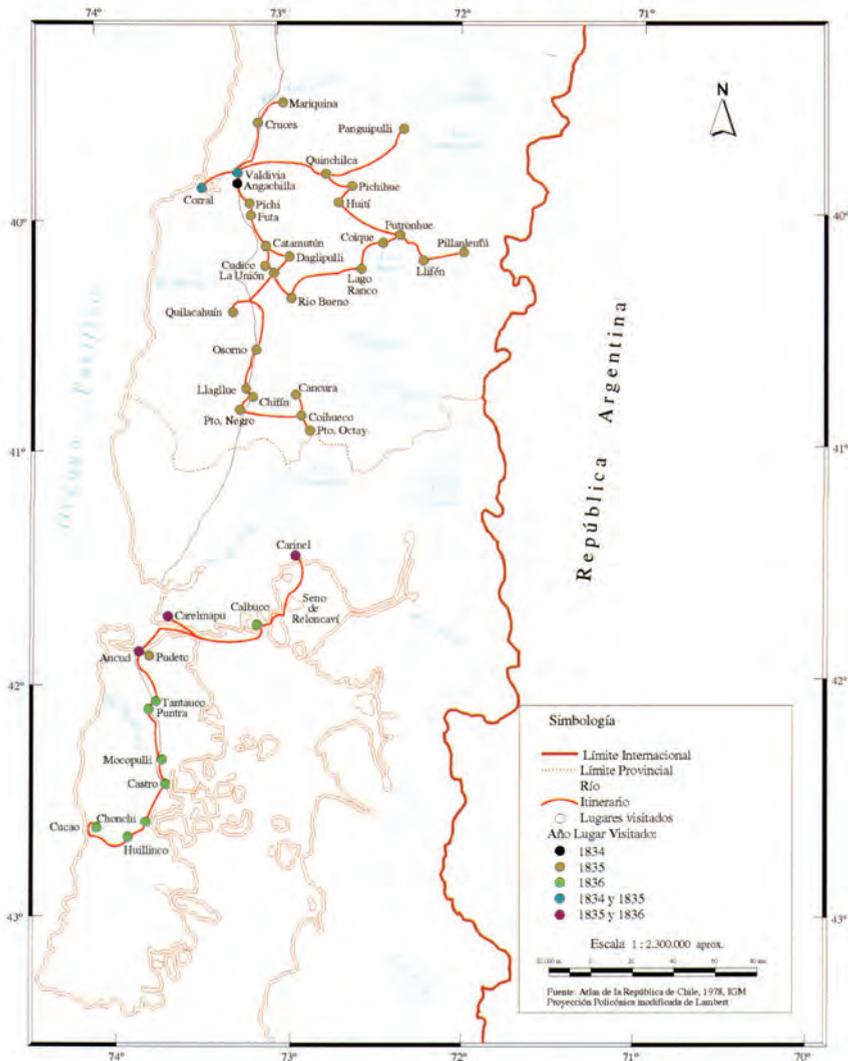
Un elemento decisivo en la determinación que el gobierno tomó, finalmente, fue el trabajo ya adelantado por Gay en el país, que demostraba su capacidad de naturalista. Como el propio científico lo hacía notar, y quienes lo auspiciaban sabían,

pasaron de ser simples ensayos. Barros Arana, en su trabajo *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, ofrece un completo panorama de los esfuerzos del Estado “por hacer estudiar y por dar a conocer la geografía de nuestro país y las producciones de su suelo”.

Los afanes republicanos por conocer los territorios sobre los que comenzaban a ejercer soberanía están estrechamente relacionados y son una herencia del espíritu ilustrado que, a lo largo del siglo XVIII, había llevado a las potencias europeas a organizar, financiar y promover expediciones científicas a suelos y costas americanas, entre otras razones, para obtener ventajas económicas de ellos. Al respecto véase la obra de que somos coautores con José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*.

¹⁴ El texto a través del cual Gay ofreció sus servicios al gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 87-90.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Valdivia - Chiloé



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

en el lapso de un año había podido investigar acerca de la historia natural y la geología de los alrededores de Santiago; describir y pintar la mayor parte de los objetos relacionados con ellas; preparar un plano de la ciudad capital y cartas geográficas del territorio; analizar las aguas minerales de Apoquindo; recopilar estadísticas del país en casi todas las administraciones y, por último, recorrer parte del litoral central y de la cordillera frente a Santiago. De este modo, escribió en su ofrecimiento, no tenía más trabajos en la capital y se encontraba listo para emprender investigaciones en la provincia, las cuales estaban postergadas por falta de recursos.

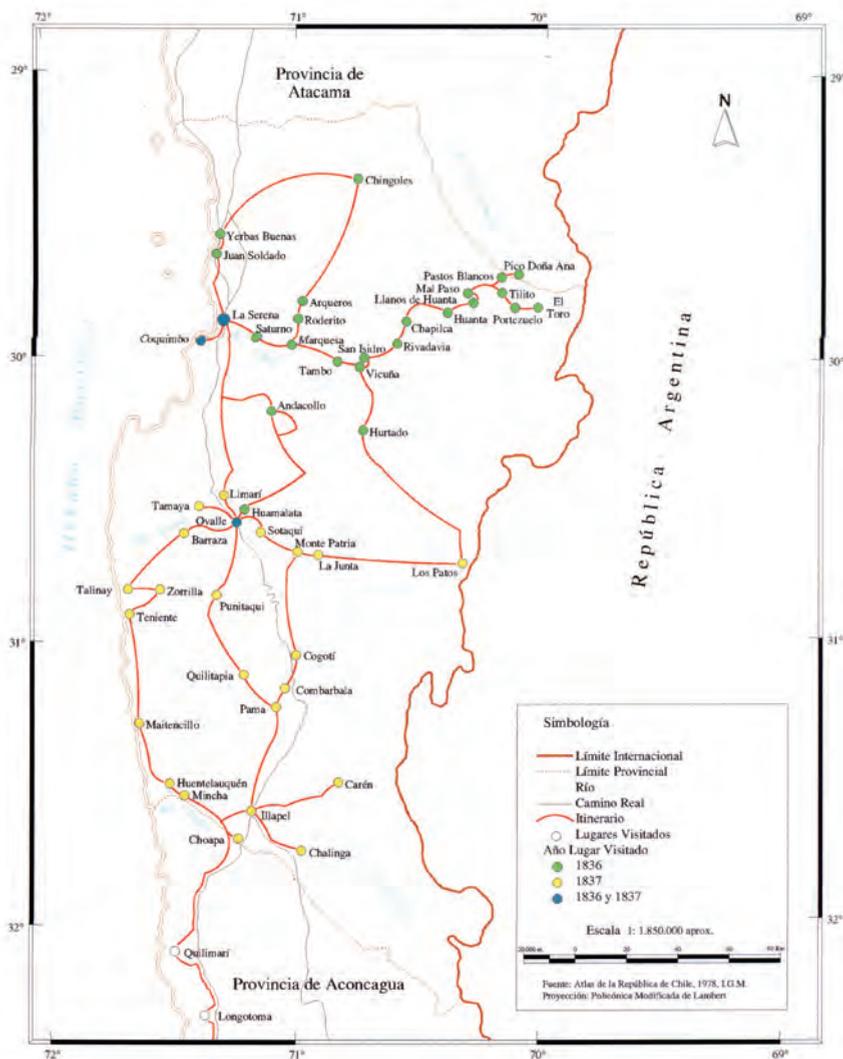
En pago de sus servicios, Gay no pidió al gobierno ni grandes salarios, ni demasiados favores, “sino sólo su protección cerca de las autoridades provinciales y los gastos indispensables de los viajes que mis investigaciones me obligan a hacer”. Como garantía de los recursos que se le entregarían, ofrecía “depositar en el lugar que se sirva designarme, una parte de mis colecciones, y a más mi biblioteca compuesta de cerca de cuatrocientos volúmenes, obras científicas y escogidas”, todos los cuales quedarían en poder de la Biblioteca Nacional si no cumplía con las obligaciones contraídas.

Atendidos los antecedentes, no debe extrañar que en septiembre de 1830 se autorizara al ministro del Interior, Diego Portales, para suscribir un contrato con Gay en virtud del cual quedaría sellado el viaje científico por el territorio. Como justificaciones se esgrimían, tanto la importancia de la iniciativa, como las cualidades de Gay para verificarlo con ventaja para el país. Además, y recogiendo la proposición del francés, el ministro había conformado el 31 de julio de 1830 una comisión científica destinada a verificar la calidad de sus trabajos. Ésta emitió un informe favorable con fecha 13 de agosto del mismo año en que se afirmaba que “todo hace esperar ventajas del viaje proyectado”.

De acuerdo con el contrato firmado el 14 de septiembre de 1830, Gay quedó obligado a hacer un viaje científico por todo el territorio de la república, en el término de tres años y medio, con el objeto de investigar la historia natural de Chile, su geografía, geología, estadística y todo aquello que contribuyera a dar a conocer los productos naturales del país, su industria, comercio y administración. Además, al cuarto año, debía presentar un bosquejo de las siguientes obras: una historia natural general de la república que contuviera la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales, acompañados de láminas coloreadas proporcionadas a los objetos que describa; una geografía física y descriptiva de Chile, con observaciones sobre el clima y temperatura de cada provincia, y adornada con cartas geográficas de cada una, y con láminas y planos de las principales ciudades, puertos y ríos; un tratado de geología relativo a Chile; y una estadística general y particular de la república, ordenada por provincias. También se comprometía a formar un gabinete de historia natural con las principales producciones vegetales y minerales del territorio y un catálogo de todas las aguas minerales existentes en el país, con sus respectivos análisis químicos¹⁵.

¹⁵ El texto del contrato entre Gay y el gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, op. cit., t. II, pp. 91-93.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Coquimbo



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

Considerando que uno de los propósitos del Estado chileno al confiar a Gay la comisión que éste se comprometía a realizar era la de “dar a conocer las riquezas del territorio de la república, para estimular la industria de sus habitantes y atraer la de los extranjeros”, el científico se comprometió también a publicar su obra tres años después de concluida su labor.

Gay recibiría ciento veinticinco pesos mensuales durante los próximos cuatro años; los instrumentos para sus observaciones geográficas; un premio de tres mil pesos, si cumplía con lo prometido; y la promesa de la autoridad de hacer llegar a los intendentes de las provincias, a los gobernadores de los pueblos y a los jueces territoriales, una circular para que facilitasen todas las noticias que requiriese para el puntual desempeño de su trabajo¹⁶.

LA EXPLORACIÓN DEL TERRITORIO

Concluidos los trámites administrativos y los preparativos indispensables para emprender el viaje científico, Gay se dispuso a acometer la exploración del territorio nacional, empresa que inició por la provincia de Colchagua en diciembre de 1830. Instalado en San Fernando, durante meses realizó cuatro salidas por la jurisdicción provincial que lo llevaron a reconocer la laguna de Tagua-Tagua y sus alrededores, la cordillera de la zona a través del curso del Cachapoal y el de su afluente el río Cipreses, el volcán Tinguiririca y, por último, la costa colchaguina siguiendo el curso de los ríos Tinguiririca y Rapel hasta el Pacífico. Luego de una breve estadía en Santiago destinada a ordenar el material recolectado, a comienzos de julio de 1831, Gay emprendió viaje al norte, en un recorrido que lo llevó por Colina, Polpaico, Til-Til y la cuesta de la Dormida hasta Puchuncaví.

¹⁶ No sobra señalar que las diligencias destinadas a contratar a Claudio Gay se realizaron casi exactamente después de la visita a Chile del naturalista Alcide d'Orbigny. Éste había sido enviado por el Museo de Historia Natural de París para realizar una misión científica que, prolongándose entre 1826 y 1833, lo llevó a explorar Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Perú.

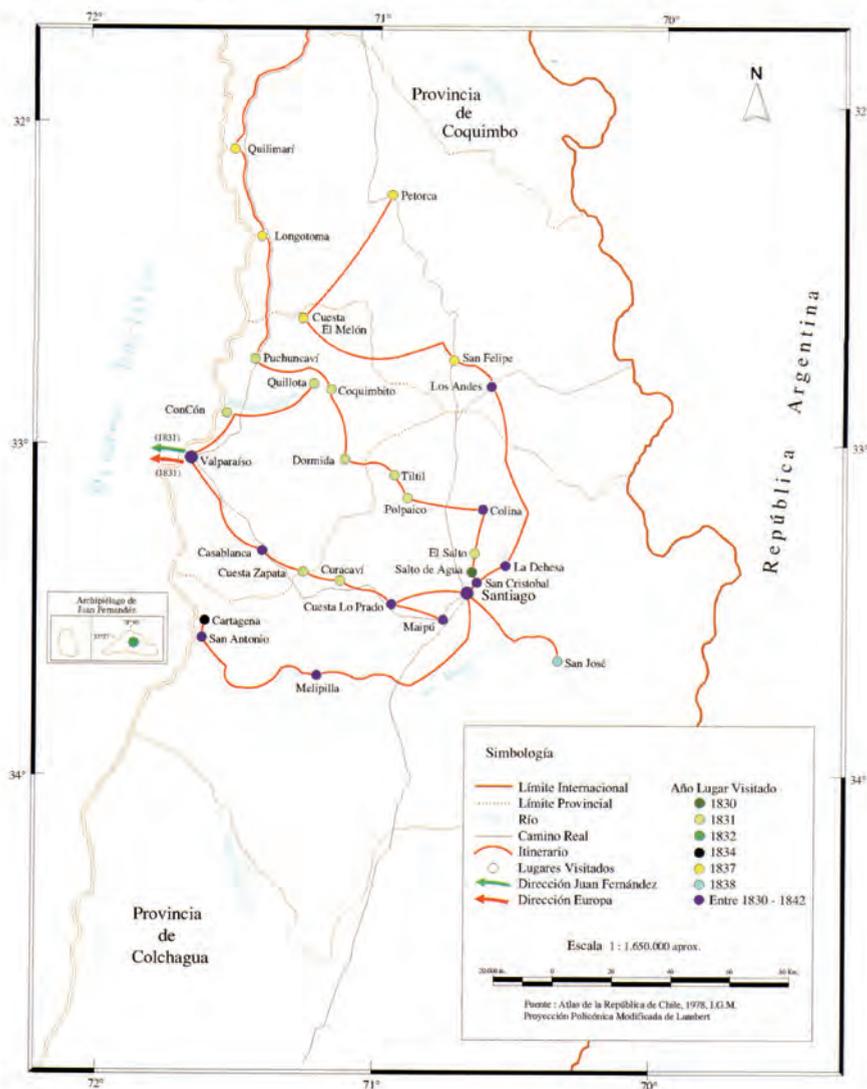
El autor de *Viaje a la América meridional*, arribó a Valparaíso el 16 de febrero de 1830, puerto del que salió el 8 de abril luego de visitar también Santiago. En la capital del país permaneció sólo ocho días, en los cuales no sólo recorrió sus alrededores y conoció diversas personas, también, realizó una ascensión a los Andes en compañía de Claudio Gay.

Fue al momento de salir de Chile que d'Orbigny recibió, a través del cónsul francés en el puerto, la carta del general Santa Cruz, entonces Presidente de Bolivia, invitándolo a investigar las riquezas naturales del país del altiplano, adelantándole que le conseguiría, como efectivamente ocurrió, todas las facilidades deseables para sus exploraciones y estudios.

En su monumental obra, publicada entre 1835 y 1847 en nueve tomos y 11 volúmenes, d'Orbigny refiere que su corta estadía en Chile no le permitió “generalizar mis observaciones, lo que me obliga a pasar por alto lo que podría decir de Chile”, agregando todavía: “por lo demás, no quiero usurpar el derecho que una larga permanencia en la República de Chile da al señor Gay para describirla”.

Según relata Claudio Gay en su diario, conoció a D' Orbigny en septiembre de 1828, en su viaje hacia Chile. Ahí escribe que “durante los ocho días que me quedé en Buenos Aires no dejé un solo día de ir a verlo y de discutir con él ciertos puntos de historia natural”. Véase Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 126.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Aconcagua - Valparaíso - Santiago



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

En diciembre de 1831, y a la espera de poder abordar un barco para Europa, a donde se dirigía para comprar instrumentos y libros adecuados para su trabajo, Gay exploró los sitios cercanos a Valparaíso y realizó un viaje al archipiélago de Juan Fernández, que se extendió hasta mediados de febrero, zarpando hacia Francia el 14 de marzo de 1832.

De esta época datan algunos testimonios de Diego Portales sobre Gay que no sólo muestran su preocupación por el quehacer del científico y su carácter irreverente, también las iniciativas y actividades del naturalista y la impresión que causaba entre la población. El 21 de diciembre de 1831 Portales escribe a su amigo Antonio Garfías que Gay está en Valparaíso imposibilitado de salir para Francia por falta de buque, y que quiere visitar las islas de Juan Fernández aprovechando el próximo viaje de la *Colo-Colo*. Entonces le pide que le comunique al Ministro del Interior que “si no hay algún motivo que demore el viaje, sería bueno y conveniente que pasase a botar al tal mr. como cosa pérdida en aquellas playas”. El 19 de enero relata que “el dueño de la posada donde reside Gay, ya está loco, porque todo el día hay en ella un cardumen de muchachos y hombres que andan en busca de mr. Gay”; pues “siempre que sale a la calle, los muchachos le andan gritando mostrándole alguna cosa: señor esto es nuevo, nunca visto, usted no lo conoce; y anda más contento con algunas adquisiciones que ha hecho, que lo que usted podría con \$100.000 y platónicamente querido de todas las señoritas de Santiago”¹⁷.

En París Gay fue recibido entusiastamente por sus maestros, con los cuales mantenía contacto epistolar, y frente a quienes, ahora personalmente, desplegó el fruto de su trabajo científico en Chile. En esa ocasión obsequió al Museo de Historia Natural parisino minerales, fósiles, semillas y colecciones de especies recolectadas en Chile, también algunos de los dibujos y pinturas que había realizado hasta entonces. El reconocimiento por su labor fue inmediato y se materializó, entre otras medidas, en que el gobierno francés lo distinguió con la cruz de la Legión de Honor.

En Europa, adquirió numerosos instrumentos para sus observaciones, los más modernos existentes en la época. Agujas para medir la declinación magnética, imanes, agujas para levantar planos, instrumentos para calcular la latitud, cronómetros, microscopios, telescopios, barómetros, termómetros, higrómetros, eudiómetros, areómetros, un aparato para observar la electricidad atmosférica y hasta una cámara oscura, probablemente una de las primeras que llegó al país, fueron algunos de los aparatos adquiridos por encargo del Estado chileno.

Pero el sabio no sólo volvió con todo lo necesario para sus investigaciones, también con una esposa pues se había casado con Hermance Sougniez. Su matri-

¹⁷ Véase *Epistolario Diego Portales*, t. I., pp. 148 y 174. Esta fuera de duda la valoración que Portales hizo de Gay, incluso pensó aprovechar sus conocimientos para fines personales. Así se lo hace saber a su amigo Garfías cuando el 4 de julio de 1834 le escribe sobre un posible viaje con el científico: “yo tengo el interés de que el hombre analice una palma, y vea si será posible hacer con éste árbol en Chile lo que se hace en el Río de Janeiro de extraerle parte del jugo sin matar el árbol, pues si consigo esto, no doy a Pedegua por \$80.000”. El texto citado en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II., p. 507.

monio, por lo demás muy desgraciado y que culminaría en divorcio 1845, mereció un comentario del irreverente ministro Diego Portales quién, en carta a su confidente Antonio Garfias le mandó decir: “a Mr Gay que no me olvido de su encargo, y que cuando se aburra con la francesita me la mandé para acá”¹⁸.

Provisto de los instrumentos científicos necesarios para sus trabajos, así como de material para incrementar el gabinete de historia natural, Gay se trasladó a Melipilla y Casablanca en junio, para regresar a Santiago y dirigirse a Valdivia en octubre del mismo año, llegando a la bahía de Corral a fines de mes. Luego de remontar el río Valdivia y de recorrer y explorar los sitios aledaños a la ciudad del mismo nombre, en enero de 1835 se dirigió a investigar en los contornos del lago Ranco. Concluida esta expedición tomó rumbo a Osorno con el propósito de alcanzar hasta el lago Llanquihue, en cuyos márgenes permaneció hasta mediados de febrero. De regreso en Valdivia, en abril, se embarcó hacia el lago Panguipulli para asistir a la ceremonia de entierro del cacique Cathiji, de la cual da cuenta en una de las conocidas láminas de su *Atlas*. Permaneció en Valdivia todo el invierno de 1835, aprovechando su estadía para realizar breves excursiones a Corral, destinadas, entre otros objetivos, a levantar planos de los fuertes de la bahía. También desde Valdivia realizó una excursión al volcán Villarrica en octubre de 1835, alcanzando las nieves eternas del mismo.

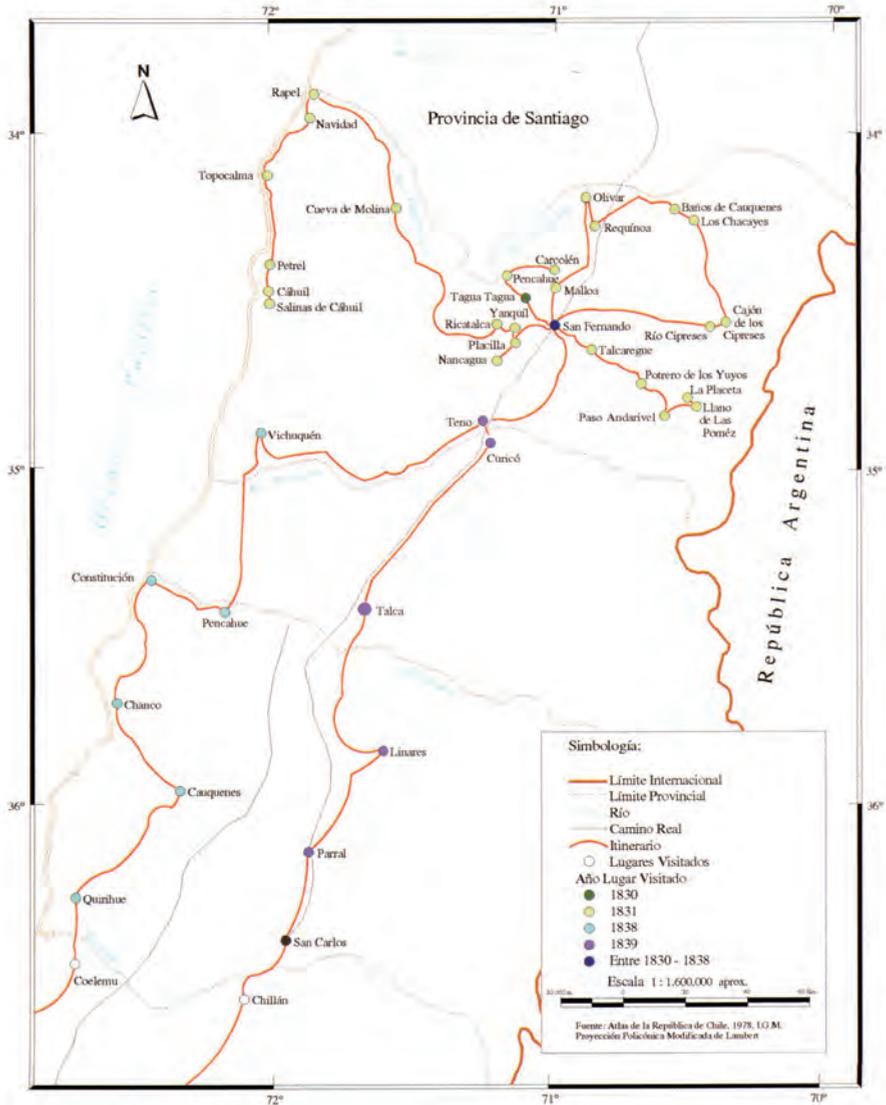
En los últimos días de noviembre de 1835 Gay se encontraba en la isla de Chiloé, instalado en Ancud. Desde aquella ciudad realizó breves excursiones a las cercanías, como a Pudeto, y, atravesando el canal de Chacao, exploró el lado norte del seno de Reloncaví, visitando los poblados de Carelmapu, Calbuco y Carinel. A mediados de febrero de 1836 se dirigió hacia el sur de la isla grande, alcanzando hasta Queilén, luego de pasar por Puntra, Mocopulli, Castro y Chonchi. De regreso al norte, se dedicó a herborizar en las orillas del lago Huillinco y en las cercanías de Cucao. Luego de su larga estadía en la isla de Chiloé, y previa escala en Valdivia y Talcahuano, el 17 de mayo recalaba en Valparaíso.

La siguiente etapa de su recorrido lo llevó a la provincia de Coquimbo, instalándose en La Serena en septiembre de 1836. Visitó las minas de Arqueros y zonas aledañas como Chingoles, Yervas Buenas, Juan Soldado y Los Porotos. Luego, en noviembre, se dispuso a recorrer el valle de Elqui. Pasó por Saturno, Marquesa, Tambo, Vicuña, San Isidro, Rivadavia, Chapilca y Guanta, sitio desde el cual inició el ascenso de la cordillera, alcanzando hasta Tilito, a 4.000 metros de altura. Siguió a la cordillera Doña Ana, volviendo por los Baños del Toro y Rivadavia, arribando finalmente a La Serena a comienzos de diciembre de 1836.

A fines del mismo mes reinició sus excursiones dirigiéndose hacia Andacollo y a las minas de sus alrededores. Recorriendo la zona pasó por Huamalata y Ovalle, visitando también las minas de Tamaya para, ya en enero de 1837, internarse en la cordillera siguiendo el curso del río Rapel. Entonces su itinerario lo llevó por Sotaquí, Monte Patria, La Junta, Arcos, Rapel y el sendero cordillerano que sale

¹⁸ Véase correspondencia fechada en Valparaíso el 20 de junio de 1834, en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II, p. 496.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Colchagua - Talca - Maule



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

de Las Mollacas y conduce al paso de Valle Hermoso. A su regreso, bajó por el río Hurtado para arribar a Vicuña, pasar por El Tambo, y terminar en La Serena los primeros días de febrero. Desde esta ciudad, y llevado por su afán de conocer los yacimientos de mercurio existentes en esas latitudes, emprendió viaje hacia el extremo sur de la provincia de Coquimbo. Punitaqui, Quilitapia, Pama e Illapel fueron visitadas por el naturalista hasta fines de abril, permaneciendo en Illapel durante todo el invierno, explorando los parajes aledaños a aquel pueblo y excursionando hasta La Serena pasando por Combarbalá, Cogotí y Ovalle. En otra oportunidad, ahora a principios de la primavera, Gay salió de Ovalle y tomó la ribera sur del río Limarí hasta Barraza, marchando por Zorrilla y Talinay, alcanzando luego hasta Maitencillo, pasando por El Teniente, llegar a Mincha y de ahí dirigirse nuevamente a Illapel.

Los últimos días de septiembre de 1837 se dispuso a volver al sur, viaje que iniciado en Illapel, continuó por el curso del río Choapa hasta llegar a Huentelauquén en la costa. Desde este punto siguió hacia el sur visitando Longotoma y Petorca, poblado al que arribó en los primeros días de octubre. La siguiente etapa lo llevó por la cuesta del Melón y San Felipe para alcanzar Los Andes a fines del mismo mes, lugar en que permaneció hasta comienzos de diciembre.

Durante el mes de enero y parte de febrero de 1838, el sabio francés se dedicó a excursionar en los parajes cordilleranos frente a Santiago, internándose por el cajón del río Maipo, pasando por San José de Maipo y El Volcán, hasta llegar al volcán San José.

Incansable, en septiembre de 1838 salió de Santiago con destino a las provincias del llano central. San Fernando, Vichuquén, Pehuenhue, Constitución, Chanco, Cauquenes, Quirihue, Coelemu, Rafael, Tomé, Penco y Concepción vieron llegar al naturalista. Entre octubre y noviembre visitó la costa de Arauco hasta Tirúa. En diciembre se encontraba en Nacimiento, visitó la cordillera de Nahuelbuta para luego emprender viaje a Los Ángeles a fines de mes. Más tarde se internó hacia Santa Bárbara llegando hasta Trapa-Trapa. De regreso en Los Ángeles, a fines de enero de 1839, salió hacia Antuco, Laguna de la Laja y la Sierra Velluda. Luego de subir el volcán Antuco, regresó por el pueblo de Tucapel hacia el Salto del Laja, de ahí siguió a Yumbel y La Florida, para llegar a Concepción en los últimos días de febrero.

En marzo siguiente se encontraba en Chillán, ciudad desde la cual tomó hacia el norte por el llano, pasando por San Carlos, Parral y Linares, llegando a Talca el 31 del mismo mes. Su excursión prosiguió por Curicó, Teno, San Fernando, Rancagua y Maipú, culminando en Santiago a mediados de abril. En este viaje, además de sus tareas científicas habituales, dibujó algunos paisajes que luego incluyó en su *Atlas* como láminas. Entre ellas: “Los pinares de Nahuelbuta”, “Laguna del Laja”, “Volcán Antuco”, “Salto del Laja” y “Molino de Puchacay”.

Luego de un viaje al Perú iniciado en marzo de 1839, que le significó alejarse poco más de un año y cuyo propósito fue revisar los archivos limeños en busca de documentación relativa a la historia de Chile, se dirigió a Copiapó en diciembre de 1841. En la provincia de Atacama visitó Caldera, Cerro Ramadillas, la capital provincial, Tierra Amarilla, Nantoco, Totoralillo, Hornito y Chañarcillo. A conti-

nuación pasó a La Pucheta y alcanzó hasta La Puerta, La Capilla, Potrero Grande y Amapolas. Siguiendo el curso del río Manflas llegó hasta La Jarilla y a Vallenar. Más tarde pasó a Freirina y en enero de 1842 llegaba al puerto de Huasco para regresar al sur. Con esta última excursión, y luego de cuatro o cinco intentos fallidos por llegar a la provincia de Atacama, finalmente Gay cumplía su íntimo anhelo de “no dejar ningún punto de Chile sin haberlo realmente visitado”, como se lo hizo saber a Ignacio Domeyko en carta fechada el 8 de diciembre de 1841. Al respecto, no debe olvidarse que en esa época el desierto de Atacama era el límite septentrional del país, y que todavía no se iniciaba el esfuerzo destinado a asegurar la soberanía nacional sobre el estrecho de Magallanes y su entorno.

Durante sus excursiones, y gracias a haber permanecido sucesivamente en cada una de las provincias que componían la república, las cuales recorrió minuciosamente, Gay recogió la mayor parte de las especies animales y vegetales existentes en el territorio considerado chileno en ese entonces. Llamando la atención sobre este aspecto de su quehacer, el naturalista explicó que la única forma de acceder al conocimiento de los ejemplares de una región era permaneciendo “más o menos tiempo en cada provincia, estudiando cuidadosamente y bajo un punto de vista comparativo y sobre todo geográfico, cuantos objetos haya obtenido a fuerza de investigaciones y cacerías: solo así puede conocerse bien la fauna de un país”¹⁹.

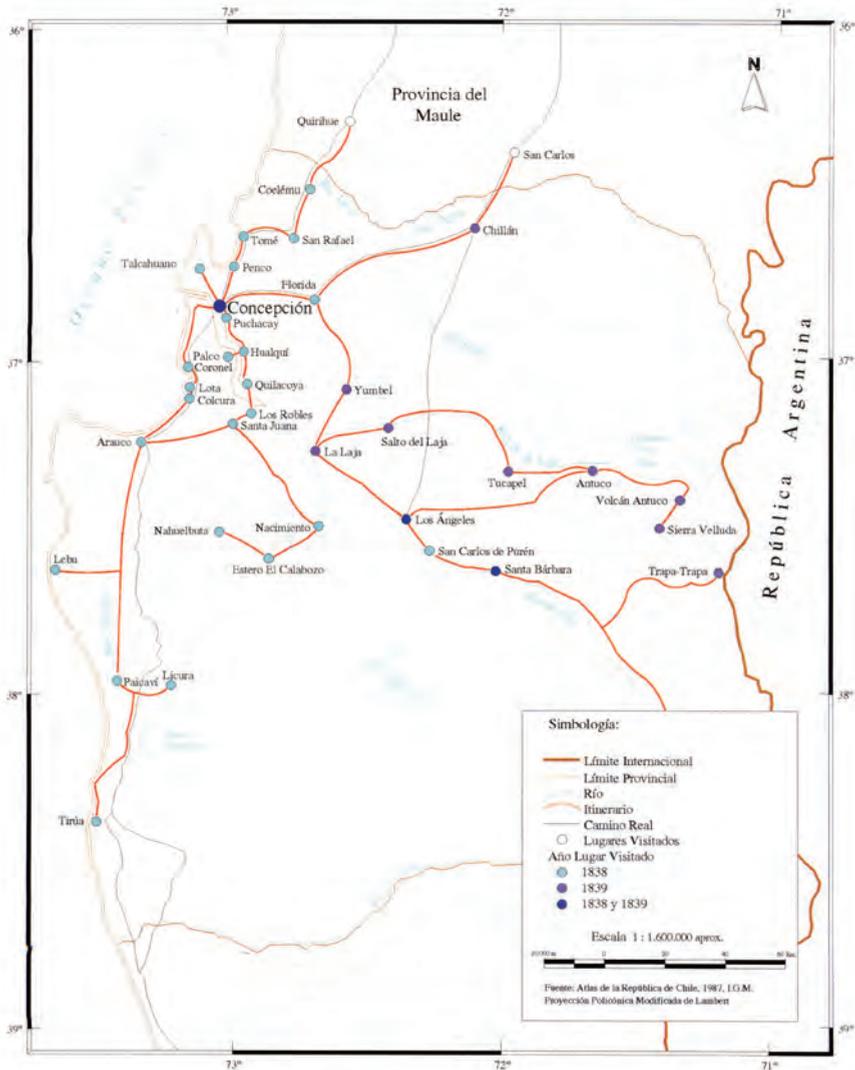
En el cumplimiento de su comisión, desarrolló un patrón de conducta que cumplió rigurosamente durante sus excursiones, y que explica el éxito final de su empresa científica. En cada lugar que visitó o recorrió, procedió a examinar y estudiar las especies naturales, recolectando todas aquellas que le resultaban de interés. Preocupación especial mostró siempre por herborizar y por observar la adaptación de las plantas en las regiones altas de las cordilleras. Fijar con exactitud la situación de los puntos geográficos, auxiliado por los modernos instrumentos adquiridos en Europa, fue también objeto de su atención. Los estudios geológicos y el levantamiento de la respectiva carta geográfica de la zona visitada constituyeron otras de sus ocupaciones permanentes. En los lugares en que existían procedía también a analizar las aguas termales, determinando, entre otras características, si eran sulfurosas o salinas. La recopilación de estadísticas, de documentación y de todo tipo de noticias de los parajes y poblados recorridos, fueron también actividades características suyas. Por último, sus observaciones climáticas y sus mediciones meteorológicas, así como las destinadas a determinar el magnetismo terrestre, fueron otra constante de su acción.

Pero, y como ha sido señalado, en todas partes Gay conversaba con la gente y observaba las formas de vida y los métodos de trabajo, práctica que no sólo fue muy útil para la preparación de su texto sobre la historia y agricultura chilena, sino en especial para obtener antecedentes de los hechos históricos e identificar los rasgos propios del pueblo chileno²⁰. Incluso, en el texto de su historia, Gay

¹⁹ Claudio Gay, *Historia física y política de Chile, Zoología*, t. I, pp. 5-6.

²⁰ En el prólogo de la *Agricultura*, el científico alude a “sus largos viajes por Chile, cuando visitaba sus inmensas haciendas..., pensé estudiar minuciosamente... como un simple capítulo de una obra

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Concepción



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

ocasionalmente apoya la narración de los hechos con su propio testimonio a propósito del conocimiento de sujetos protagonistas de los hechos. Por ejemplo, en el tomo VIII, cuando abordando algunos episodios de la “Guerra a Muerte” en la década de 1820, recuerda “el tiempo de mis expediciones a las altas montañas de Nahuelbuta”, oportunidad en que lo acompañó uno de los militares que participó en aquellas campañas, y que “por la noche, bajo los pinares y al lado de la llama, me contaba con cierto placer y animación todas las peripecias de aquellas guerras y la parte activa que en ellas había tomado”, a continuación de lo cual narraba la historia basado en ese testimonio²¹.

Durante los períodos de sedentarismo, el naturalista procedía a ordenar, clasificar, describir, dibujar y acondicionar las especies y objetos recolectados, redactar los informes científicos para el gobierno chileno y mantener viva su correspondencia con sus colegas europeos, a los cuales informaba detalladamente de sus estudios y de las novedades que iba descubriendo en su recorrido por el país. Ejemplo de lo que afirmamos, así como de la admiración que nuestra realidad física le provocó, es un párrafo de uno de sus textos. En él, y refiriéndose a la vida natural en las islas de la entonces existente laguna de Tagua-Tagua, escribió que era tal la infinidad de “especies nuevas, tanto para mí como para la ciencia, que ellas hacen de este país una mansión de delicias y admiración, en que la naturaleza ha hecho todo el costo, y sólo espera la mano del hombre para disputarle la belleza y la hermosura a los encantadores alrededores de Como, de Constanza y aun de Ginebra”²².

En sus viajes por el país Claudio Gay no sólo debió enfrentar todo tipo de adversidades, producto de la falta de vías de comunicación o de albergues adecuados, además, sufrió los rigores de las condiciones ambientales extremas de algunas de las regiones. Según testimonios de quienes lo conocieron, como relata Barros Arana:

“era un hombre infatigable en el trabajo, que pasaba días enteros sobre el caballo sin demostrar el menor cansancio, que trepaba los cerros más altos o bajaba a los precipicios más profundos a pie o a caballo sin arredrarse por ningún peligro, que soportaba el hambre y la sed, el frío y el calor sin quejarse de nada, y siempre con un incontrastable buen humor, que dormía indiferentemente al aire libre o bajo techo, y que su salud vigorosa no sufría nunca ni las consecuencias de la mala alimentación ni los resultados de las agitaciones y desarreglos de aquellas penosas exploraciones”²³.

Muestra de su pasión por la ciencia, en cada una de sus excursiones cumplió fielmente con lo prometido al gobierno, desarrollando a plenitud sus observa-

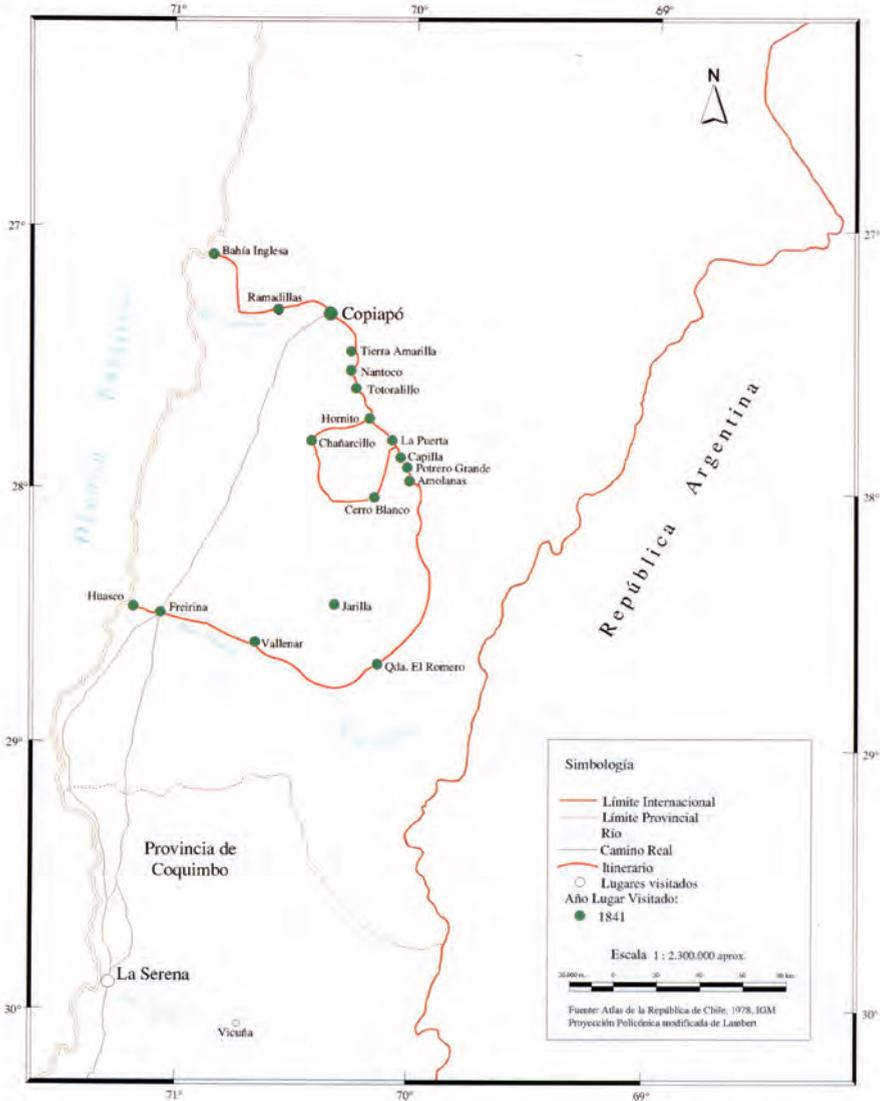
general sobre Chile..., pero a medida que se extendían mis investigaciones, mis notas se aumentaron de tal manera y llegaron a ser tan interesantes, que ha concluido por tomar la proporciones de un libro de abultado volumen”.

²¹ Gay, *Historia física...* *op. cit.*, t. VIII., p. 278. Otro caso similar, en el mismo volumen, p. 341.

²² El párrafo en su “Viaje científico. Informe a la Comisión Científica sobre sus exploraciones de la provincia de Colchagua”, en Stuardo Ortiz, *Vida de...*, *op. cit.*, t. II, p. 94.

²³ Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 284.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Atacama



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

ciones, mediciones, recolecciones y estudios²⁴. Aun en medio de las limitaciones presupuestarias, las alteraciones políticas experimentadas por el país o la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, Gay, paciente, sistemática y casi anónimamente, durante aproximadamente una década, llevó a cabo su comisión, sentando las bases del desarrollo científico del país y recopilando antecedentes que más tarde serían los fundamentos de la nacionalidad chilena. Una tarea que a pesar de carecer de sucesos espectaculares o llamativos, tuvo importancia fundamental en el desenvolvimiento de la nación. Concluida ella, ahora sólo quedaba el trabajo, no menor, de dar a conocer el fruto de sus investigaciones por el territorio nacional a través de la respectiva publicación, la cual, como sabemos, incluyó la primera historia nacional del país.

LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE

De acuerdo con su propio testimonio, Gay había elegido Chile como teatro de sus investigaciones “no solamente por la riqueza de su suelo y la variedad de su clima, sino también porque era un país desconocido absolutamente a los naturalistas”²⁵.

Sus afirmaciones tenían fundamento pues, si bien más de una expedición de carácter científico había arribado al territorio de la gobernación durante la Colonia, la más importante de ellas la encabezada por Alejandro Malaspina entre 1789 y 1794, lo cierto es que a comienzos de la década de 1830 los resultados de sus observaciones permanecían casi absolutamente inéditos y desconocidos para los científicos europeos. Contribuía al desconocimiento de Chile el que expediciones como la de Alexander von Humboldt, que gracias a sus publicaciones difundió notablemente la realidad natural y cultural de una importante porción del continente americano, no alcanzaron esta región. Por otra parte, Charles Darwin, que en los años de 1830 visitó y recorrió el país, tuvo objetivos muy diferentes de los que Gay se propuso, como lo demuestran los trabajos que ejecutó luego de su viaje en el *Beagle*.

Concluida la etapa de la investigación en terreno, que implicó también la proyección del material documental existente en los archivos públicos y en los privados, donde revisó, tomó nota o hizo copiar las piezas que le interesaban, para luego estudiarlas e informarse convenientemente de su contenido, Gay inició las tareas destinadas a publicar el fruto de sus años de trabajo. Antes de volver a Francia, permaneció en Chile cerca de dos años trabajando en reunir todavía más información sobre el país, clasificando y distribuyendo los objetos que había recolectado

²⁴ No debe olvidarse que a Claudio Gay se debe también la organización del Museo de Historia Natural, del que fue su primer director, y al cual se destinaron las colecciones que su trabajo proporcionó, así como los objetos y especies que periódicamente hizo llegar desde Europa una vez de regreso en Francia.

²⁵ Véase el texto de julio de 1830 en que ofrece sus servicios al gobierno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 88. Lo que en 1830 no sabía era que la historia civil de Chile también era ignorada, no sólo por los extranjeros, también por los propios chilenos, y que sería él quién también llenaría este vacío.



Mariano Egaña (1793-1846), jurista, político y destacado hombre público, en su calidad de Ministro de Culto e Instrucción pública del presidente José Joaquín Prieto, alentó a Claudio Gay a escribir la historia política de Chile. memoriachilena.cl

y ocupado en arreglar el Museo de Historia Natural que había creado. Fue en esa época, además, que redactó el *Prospecto* de su *Historia física y política de Chile*, que se publicó en *El Araucano* del 29 de enero de 1841²⁶.

En él, junto con resumir las tareas científicas emprendidas bajo el auspicio del gobierno, defendía la edición que proponía tanto por el provecho que ella prestaría, como por la urgencia de dar a conocer el fruto de su quehacer científico para ventaja de los propios habitantes de Chile. Años después, y en correspondencia al ministro de Instrucción Pública fechada en París el 15 de junio de 1848, confesó que

“confiado en las promesas del gobierno francés de ayudarme en los gastos de la publicación, sólo se había decidido a publicar el *Prospecto* de su texto cuando varios chilenos movidos por un sentimiento de patriotismo, me aconsejaron hacerlo argumentando que encontraría en Chile un número de suscriptores suficiente para cubrir los gastos de una edición en español, y que sería una vergüenza para el país que se le publicase en otro idioma siendo la empresa tan eminentemente nacional”²⁷.

²⁶ El texto del *Prospecto*, como tantos otros debidos a la pluma de Gay, se encuentra reproducido en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 274-283.

²⁷ El texto de la carta en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 134-137.

En su propuesta, el naturalista explicaba que editaría su obra sobre Chile dividida en varias secciones, a saber: la flora, la fauna, la minería y geología, la física terrestre y meteorológica, la estadística, la geografía, la historia y las costumbres y usos de los araucanos. Todas estas materias se editarían en cuadernillos o fascículos de 136 páginas, de tal modo que cada cuatro se iría formando un volumen. Pero el plan no se limitaba sólo a la identificación y descripción de las especies y objetos recolectados y a la elaboración de los estudios realizados según su idea original. El sabio francés tuvo clara noción de la necesidad de acompañar sus textos de “una gran cantidad de láminas iluminadas”, no sólo de los animales, plantas y restos que el mundo natural le proporcionaría; también, “con láminas de vistas, vestuarios y planos de las principales ciudades”, es decir, con dibujos que ilustrarían la sociedad y sus habitantes.

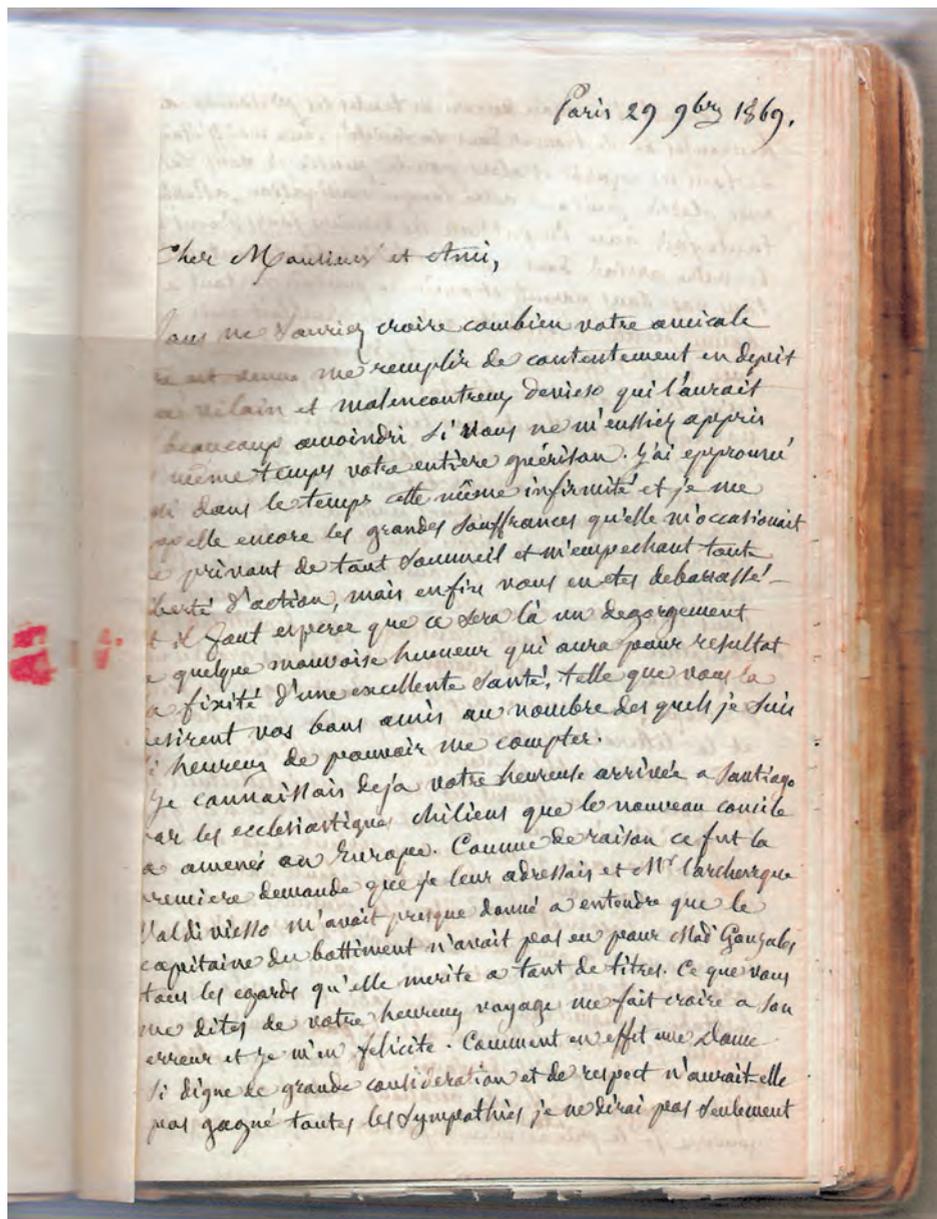
Instalado en París en octubre de 1842, inició la tarea destinada a dar a la prensa su trabajo. Junto con informar a la Academia de Ciencias y a la Sociedad de Geografía acerca de sus exploraciones y de sus planes de publicación de sus investigaciones sobre Chile, se ocupó de buscar los colaboradores para la redacción de su *Historia*, tarea que le demandó muchas diligencias y no pocas fatigas en virtud de la escasez de recursos.

En enero de 1843, en carta dirigida al entonces ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt, Gay informaba sobre la imposibilidad de obtener financiamiento del Estado francés para imprimir su obra, concluyendo que sólo podrá contar con los “únicos recursos de Chile”. Ellos sólo provendrían de las suscripciones que había logrado levantar luego de publicar su *Prospecto*. Gay sumaba no más de “800 o 900 suscripciones”, entre las cuales se contaban las tomadas por el Estado²⁸. En efecto, la confianza que el trabajo emprendido por Gay daba al gobierno de Chile, además de la inversión ya realizada en sus investigaciones, llevó a la firma de un contrato entre ambos por el cual el Estado se comprometió a adquirir cuatrocientos ejemplares de la obra, especificándose que del total, “200 serán con láminas iluminadas [coloreadas], 50 de lujo y 150 serán con láminas negras”²⁹.

En diciembre de 1843 Gay pudo disponer de textos y láminas para iniciar la impresión de la primera entrega de su *Historia* cuyo primer cuadernillo, con 130 páginas, salió de la imprenta en marzo de 1844. En agosto siguiente llegaron a Chile los primeros pliegos de la obra que era esperada con ansiedad, tanto por los suscriptores como por el gobierno. En esta primera entrega el sabio abordaba

²⁸ Además de los destinados a las bibliotecas y a los establecimientos educacionales públicos, los ejemplares que el gobierno adquirió entonces fueron utilizados para difundir el conocimiento sobre Chile en el mundo. Por ejemplo, se entregó a comisiones científicas que, ocasionalmente, arribaban al país y que luego los depositaban en las bibliotecas de sus países de origen. Así lo demuestra la carta de agradecimiento que la Dirección de la Academia Imperial de Ciencias de Viena dirigió al Presidente de la República de Chile el 28 de octubre de 1868. En ella se acusa recibo y se ponderan los ejemplares de la obra de Gay que los miembros científicos de la fragata *Novara*, de paso por Chile en 1859, habían llevado al Imperio de Austria.

²⁹ El texto del contrato de suscripción de la obra por parte del gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 314-316.



Primera plana de una carta de Claudio Gay fechada en París el 29 abril de 1869.

la historia civil del país, desde la situación española previa al descubrimiento de América, hasta los comienzos de la conquista de Chile.

Superando los contratiempos, lenta pero sistemáticamente, venciendo todos los obstáculos que se le presentaron, entre 1844 y 1871 fueron apareciendo las sucesivas entregas que terminaron conformando una monumental obra de 28 tomos: ocho referidos a la historia, otros ocho a la botánica, también ocho para la zoología, dos de documentos históricos, y dos para la agricultura. Todos ellos, acompañados de dos tomos de láminas que constituyen el *Atlas*³⁰.

Las contrariedades, que fueron numerosas, no amilanaron a Gay que en numerosas ocasiones reiteró la importancia de su texto y su compromiso de concluirlo. En septiembre de 1845 se quejaba ante Manuel Montt del tiempo que le quitaba la revisión de los textos y traducciones de sus colaboradores, aunque, escribía, no le importaba y deseaba “ardientemente conducir a buen fin una obra que no puede sino hacerme mucho honor”, agregando: “ningún país de las dos américas, y aun de varias partes de Europa, podrán ofrecer una semejante”³¹. Años después, en agosto de 1850, insiste ante su protector que pese a lo contratiempos, él continuará poniendo todos sus esfuerzos “para terminar felizmente este gran trabajo, que si bien poco apreciado hoy, estoy seguro más tarde recibirá una aceptación más digna del trabajo y de las inquietudes que me da”³².



Al centro de la composición que da cuenta de una ceremonia en la que Gay participó como testigo privilegiado, y de la cual también dejó un informe escrito, puede reconocerse la silueta del naturalista. *Atlas de la historia física y política de Chile*.

³⁰ De la *Historia...*, según se deduce de la información disponible, se tiraron 1.250 ejemplares, cuatrocientos para el gobierno chileno, y el resto para ser comercializadas por su autor.

³¹ El texto de la carta, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 74-83.

³² El texto de la carta, en *op. cit.*, t. II, pp. 113-116.

Como es conocido, y salvo por el interés y apoyo que constantemente recibió de Manuel Montt, por lo demás siempre inmerso en tareas de gobierno que lo absorbían, entre los chilenos Gay tuvo no pocos críticos, e incluso opositores a su obra cuando ésta comenzó a publicarse. Si al principio se le reprochó el estilo, luego fueron ciertas imprecisiones en la información y algunos errores en sus mapas, culminando las críticas con las quejas “por el atraso que he puesto en terminar mi obra”.



Boceto de Claudio Gay delineado en terreno. Más tarde sería utilizado para la composición, en París y por artistas, de la lámina de su *Atlas*, “Pinares de Nahuelbuta”. Archivo de la Société d’Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

Buscando una explicación para las contrariedades, el hombre de ciencia confesaba a su protector que tal vez “yo debiera haber pensado también un poco en el espíritu económico de los chilenos”, y haber publicado esta obra en una escala mucho más modesta, “no obstante la alta posición de Chile, que puede hoy marchar de frente con Brasil, México, Cuba, etc., cuyos gobiernos no han retrocedido ante los gastos de empresa semejante”³³.

Reflexionaba también sobre la alternativa de haber disminuido el volumen del trabajo y sólo haber publicado información sobre las especies más notables y útiles, y aun, sobre la posibilidad de haber dado a sus descripciones una forma sencillamente literaria, novelesca en ocasiones y siempre pintoresca. De esta forma, le aseguraba a Montt, “mi obra habría agradado momentáneamente, para ser dejada

³³ En carta a Manuel Montt fechada el 14 de noviembre de 1853. Véase Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 124.

de mano más tarde, pero no importa, habría producido efecto, satisfaciendo todo lo que hubiera pedido una persona que no hubiera tenido en vista sino la especulación”. Reaccionando a sus propias palabras, y de paso mostrando el camino que debe seguir un verdadero estudioso, Claudio Gay le explica al presidente Montt que en lo que se refiere a él, le hubiera sido imposible obrar de una manera distinta a lo hecho pues, aclara, “habiendo reunido con solicitud y trabajo tantos materiales, he querido publicar un trabajo de valor permanente, y realizarlo tal como la ciencia lo exige, así como las necesidades del país”³⁴.

CLAUDIO GAY HISTORIADOR

Como se habrá advertido, en su propuesta original al gobierno chileno el naturalista no incluyó la preparación de una historia civil. En su ofrecimiento escribió que sólo trabajaría en una “Historia Natural, general y particular de la República de Chile”, que contendría “la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales de todo el territorio, con sus nombres vulgares, utilidades y localidades”³⁵. De hecho en los planes del científico no estaba la tarea de investigar el pasado de Chile y su única alusión a la historia en sentido clásico se encuentra cuando, refiriéndose a sus trabajos de geografía física y descriptiva, alude a que los mismos tendrán “consideraciones sobre la historia de las ciudades”.

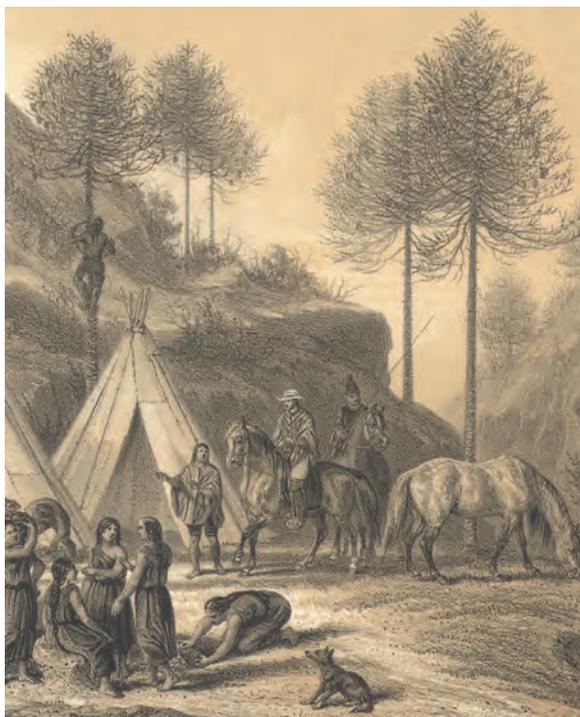
Sería el gobierno chileno, a través de su Ministro de Instrucción Pública, el que sugeriría a Gay la conveniencia de redactar una historia nacional que se incluyera en la magna obra que estaba preparando³⁶. El impulso vino de Mariano Egaña, y el momento en que éste se produjo puede ayudar a explicar la actitud del secretario de Estado pues fue en 1839, en medio de la euforia nacional desatada por el triunfo chileno obtenido en el mes de enero de aquel año en el conflicto militar que lo había enfrentado contra Perú y Bolivia en la llamada, en Chile, Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

Alentados por el éxito militar del “Ejército Restaurador” encabezado por el general Manuel Bulnes, y estimulados por el entusiasmo popular y el fervor patriótico que se desencadenó luego de la Batalla de Yungay que liquidó las aspiraciones del Mariscal Andrés de Santa Cruz, ánimo que se prolongaría durante prácticamente todo el año hasta que el 18 de diciembre de 1839 el general vencedor y sus tropas entraron en Santiago, el gobierno aquilató la conveniencia de contar con una historia de Chile digna, a la altura de la república que había conquistado la

³⁴ Véase Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia de..., op. cit.*, p. 124.

³⁵ Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio..., op. cit.*, t. II, p. 88.

³⁶ Véase Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, pp. 10-11. Francisco Antonio Encina también atribuye a Egaña la acción para “comprometer al naturalista francés... a completar su ardua tarea con una historia civil de Chile”. Según este autor, sin embargo, la petición de Egaña fue hecha en 1838 y Gay comenzó a acumular los materiales en aquel año. Véase Francisco A. Encina, *Historia de Chile*, t. XI, p. 38 y t. XII p. 463.



Fragmento lámina “Los pinares de Nahuelbuta”, en *Atlas de la historia...*

gloria en los campos de batalla³⁷. Entonces, relata Diego Barros Arana, “el triunfo se celebraba en todas partes con un contento enloquecedor”. Para el historiador, explicando la reacción popular, y de paso ofreciendo antecedentes que explican la conducta de Egaña, “ni aún en los días gloriosos de la Independencia, la alegría nacional había tomado esas proporciones y esa espontaneidad, porque entonces una parte no pequeña de la población conservaba aun sus simpatías por la causa de España. Ahora, el triunfo reciente era celebrado en todos los hogares”³⁸.

El sentimiento patriótico que el triunfo de las armas chilenas fomentó vino a acrecentar la noción de comunidad que el terremoto del 20 febrero de 1835 también había permitido expresarse. Como antes, y en muchas ocasiones después, la catástrofe natural que destruyó numerosas poblaciones del centro sur del país tuvo el efecto de potenciar el sentido de pertenencia a una nación, entonces, en proceso de formación. Ambos eventos, el desastre telúrico y el militar glorioso, con su potencial unificador, además, producidos en una década marcada por el gobierno del omnipotente ministro Diego Portales que con su secuela de persecuciones y arbitrariedades, cuando no de crímenes, no había contribuido precisamente al clima

³⁷ A falta de fuentes de primera mano, deducimos nuestra interpretación de la información que ofrece Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 13-15.

³⁸ Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile*, t. 1, p. 93.

de encuentro nacional³⁹. En este contexto, el triunfo de enero de 1839 no podía ser desaprovechado⁴⁰. La nación que se proyectaba hacia el futuro necesitaba de una historia que contribuyera a consolidarla.

Hasta entonces, pensaban sus autoridades, Chile no contaba con una historia concebida con criterio moderno, propio del siglo XIX que, alejada de las preocupaciones de naturaleza religiosa, narrara los sucesos después de haberlos confrontado con las fuentes. El ministro Egaña quería una historia que respirara sentido crítico, ajena a la incertidumbre, la leyenda, la imaginación y la tradición, y pensó que el único que entonces podía escribirla era, precisamente, el científico Claudio Gay. Muy probablemente el influyente Andrés Bello también estuvo tras esta aspiración de los gobernantes de la época. Así se deduce, entre otros antecedentes, de sus palabras una vez aparecida la obra de Gay, cuando resumió las necesidades que venía a llenar el trabajo de naturalista, entre las cuales estaban

“la historia de los estados erigidos en el Nuevo Mundo, desde su ocupación por la España hasta la revolución que les ha dado una existencia independiente; la política del gobierno que las tuvo tres siglos bajo su tutela; la naturaleza de los elementos con que se emprendió y llevó a cabo esa revolución; el carácter peculiar de ésta, injustamente calumniado por la parcialidad o la ignorancia; sus resultados, su porvenir... en la parte, no la menos gloriosa, que en este grandioso panorama toca a Chile”⁴¹.

La primera reacción de Gay a la petición que se le formuló refleja bien su formación como naturalista, pero también su visión eurocéntrica, pues preguntó a Egaña si acaso creía que el pasado de Chile significaba algo en el concierto de la civilización. La respuesta del gobernante no sólo no se hizo esperar, definitivamente marcó el rumbo al improvisado historiador, y creemos que el de la historiografía nacional, cuando escribió: “Ciertamente, ese aporte es algo. La civilización española se salvó en Chile de pasar a manos de los holandeses o de los ingleses en la época del filibusterismo. La guerra de Arauco durante casi tres siglos hirieron aquí de muerte el concepto imperial castellano al doblegar el orgullo de las armas españolas, que desde entonces perdieron fe en la invencibilidad. Después, fue en Chile donde se dieron las dos batallas decisivas de la libertad de América: Chacabuco y Maipú. La expedición Libertadora del Perú hizo imposible la continuación del imperio español en este continente. Además, actualmente es Chile el único país organizado en estos momentos que existe en América, sometido a un régimen

³⁹ Existe consenso entre los estudiosos respecto de que luego de la muerte de Portales el gobierno depuso su política autoritaria, dictatorial, y dio paso a una de templanza y conciliación que, además, se potenció con el triunfo militar de 1839.

⁴⁰ Según Francisco A. Encina, “del campo de batalla de Yungay surgió, por primera vez desde la independencia, un vínculo que unió a todos los chilenos con un lazo común por encima de las discordias anteriores”. Véase Encina, *Historia...*, *op. cit.*, t. IX, p. 495.

⁴¹ La reseña de Bello se titula “Historia física y política de Chile por Claudio Gay”, entrega 1ª, y apareció en el diario oficial *El Araucano* el 6 de septiembre de 1844. Véase *Obras Completas de Andrés Bello*, t. XXIII, pp. 127-132.

político y respetuoso de su sistema republicano. Es, pues, algo de lo que Chile ha dado a la civilización europea”⁴².

Como se apreciará, la noción sobre la excepcional situación y trayectoria chilena en el concierto americano estuvo presente en las elites chilenas de la época aun antes que se escribiera la historia nacional. Era consecuencia de la realidad, del contexto local e internacional existente entonces y que éstas vivieron intensa y dramáticamente; como su participación en la independencia, la organización republicana y la guerra contra la Confederación lo habían demostrado. Pero también de la ponderación que el abate jesuita Ignacio de Molina había hecho de Chile en su leído *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, publicado en español en 1788, verdadero resumen de la conciencia criolla local, para la cual Chile, en palabras de Molina, era “el jardín de la América meridional, ...extendiéndose... mucho más a lo largo que a lo ancho, tiene la proporción necesaria para recibir y madurar todo género de producciones apetecibles”⁴³.

Precisamente por todo lo anterior es que era preciso escribir una historia de Chile. Como Mariano Egaña se lo hizo saber a su amigo Claudio Gay, era “una necesidad nacional”, pues esa ponderación de la realidad natural y del pasado chileno, pero en especial de su ordenada evolución luego de la independencia, sería la base sobre la cual se sustentaría la unidad nacional. Gay tomó la recomendación del ministro Egaña como una verdadera orden, convenciéndose de que, en medio del precario nivel intelectual nacional, efectivamente era el único que entonces podía escribir una historia de Chile, poniendo ahora en ella el método y rigor que caracterizaba sus investigaciones en el ámbito de la historia natural. Debe haber contribuido a su decisión el que durante sus excursiones por el país, mucho antes de pensar siquiera en escribir una historia de Chile, y sólo llevado por su curiosidad y espíritu de investigador, tomara notas de sus conversaciones con toda clase de personas que podían ilustrarlo con sus informaciones y declaraciones sobre lo que habían visto u oído sobre el pasado chileno. Con esas anotaciones, que por lo demás se encuentran por cientos en su archivo, Gay terminará enriqueciendo su obra con las costumbres, el folclore, las creencias y supersticiones populares, la música, el canto, la comida y las fiestas locales, entre otros muchos elementos que no sólo aportan información histórica, antropológica o etnográfica, además, constituyen parte fundamental de la cultura nacional⁴⁴.

Por último, y como el propio Gay lo confesaría muchos años después de haber iniciado su obra histórica, a pesar de que la opción de escribir la historia civil se le presentó en momentos en que “todas mis tareas se encerraban en el estudio de las ciencias naturales y geográficas”, incidió en su decisión el consejo de los que llama “algunos grandes patriotas, a quienes se les figuró, por la naturaleza de la mayor

⁴² El texto es citado por Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 14-15.

⁴³ Juan Ignacio Molina, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, p. IV.

⁴⁴ El Archivo Claudio Gay, depositado en el Archivo Nacional de Chile, consta de 70 volúmenes de documentos de las materias más diversas, todos recopilados por el naturalista durante sus viajes y estudios en Chile.

parte de mis ocupaciones, que mis publicaciones serían nuevas para el país, y, por consiguiente, poco apreciadas, me animaron a añadirles una historia civil, con el objeto de darles un interés general que estuviese al alcance de la generalidad de lectores”⁴⁵. Esta declaración complementa, a la vez que muestra como Gay también construía una “historia” de su propia labor, los planteamientos que ofrece en el prólogo del tomo v de su *Historia*. Ahí afirma que finalmente se decidió por preparar la historia política al constatar “el sentimiento de admiración” que despertaron en él los “nobles y generosos hechos” de los patriotas durante sus “largos viajes por la república, cuando visitaba con respeto religioso los campos de batalla empapados aun de la sangre de tantas víctimas de la libertad chilena”. Situación que lo estimuló al contrastar este sentimiento contra “la especie de indiferencia” con que los chilenos de aquella generación dejaban de recoger y compulsar preciosos documentos para formar con ellos un cuerpo de historia, que sería un monumento de gloria y de justicia, y un verdadero cuadro nacional representando el heroísmo, la fuerza de alma y las virtudes cívicas de sus actores”⁴⁶. Como se apreciará, si no al principio, durante su larga ejecución, Gay tuvo plena conciencia de que su obra sobre Chile sería un instrumento de formación de la nación.

Tomada su determinación, el acopio de materiales, en este caso de documentación que buscó en archivos públicos y entre las familias protagonistas de la independencia, fue el primer paso dado por Gay para fundar su historia; el mismo que lo llevó al Perú en junio de 1839, aprovechando así la presencia chilena para revisar archivos y recopilar memorias, correspondencia, informes y crónicas en el antiguo virreinato del cual Chile había formado parte⁴⁷.

En su “Informe al ministro de instrucción pública sobre el viaje al Perú”, junto a las noticias concretas de su búsqueda de documentación relativa a la historia de Chile, Gay ofrece luces sobre su concepción de la historia y respecto de sus obligaciones como estudioso del pasado, las cuales tienen el valor de haber sido planteadas al comienzo de su trabajo como historiador y no como explicaciones *a posteriori* para justificar su obra y sus resultados.

La investigación sobre la base de la pesquisa y revisión de manuscritos originales es su gran preocupación, lamentando por ello muy sentidamente el incendio que en 1821 había consumido los archivos del virreinato, tanto como los saqueos que posteriormente habían sustraído del conocimiento de los historiadores los acervos documentales que se habían salvado del primer desastre. Especial preocupación mostró Gay por hacerse de documentos oficiales y de epistolarios de personalidades del gobierno colonial que le permitieran “aclarar” lo que llamaba “puntos importantes de la historia de Chile”. La compulsión de documentos, la obtención de estadísticas relativas a Chile o de noticias sobre los indios chilenos fueron también el centro de sus afanes como investigador.

⁴⁵ Estos conceptos en el prólogo del tomo v de la *Historia física y política de Chile, Historia*, publicado en 1849, p. xv y xvi.

⁴⁶ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, pp. xiv y xv.

⁴⁷ El texto del informe mencionado, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. ii, pp. 266-273.

Interés mostró también por acopiar noticias sobre la que llama “historia de la independencia”, para lo cual tuvo la fortuna de dar con epistolarios de autoridades monárquicas de la época de las luchas militares entre patriotas y realistas, los cuales demostraban, como Egaña se lo había señalado, la trascendencia de la batalla de Maipú sobre la suerte de América y las naciones que surgieron como consecuencia de la gesta libertaria. Ya entonces Gay pudo concluir, como lo expresa en su informe, respecto de la “parte activa y decisiva” que le cupo a Chile, valorando así a una sociedad que hasta ese momento sólo se había mirado “como una parte integrante del Perú o como una de sus lejanas provincias”. Ponderando los testimonios, en un rasgo que le fue característico, agregó que “tal vez el amor propio de ciertos pueblos no querrá reconocer esta gran influencia, pero será siempre confesada por las correspondencias de personajes que por su posición y sus opiniones no pueden sino merecer plena y completa confianza de parte del historiador imparcial”. Estas y otras informaciones, como por ejemplo las que sus conversaciones con Bernardo O’Higgins le procuraron, formaban para Gay “la base de una buena historia de esa brillante época de la independencia”, sin duda ya, y aun antes de comenzar a escribir su obra, el punto culminante de la misma.

De este modo, el naturalista convertido en historiador debido a las urgencias del Estado nación para el cual prestaba sus servicios, hizo saber que su método sería el propio del positivismo, es decir la recopilación y crítica de los documentos que acopiaba, los cuales le servirían de material para la elaboración y redacción de su obra luego de un esfuerzo desapasionado por establecer los hechos. Así, y como se ha establecido, “Gay tuvo el mérito de señalar una orientación metodológica para el cultivo de la historia”, estableciendo que antes de emprender una síntesis o una interpretación filosófica del pasado, era preciso realizar el esfuerzo de investigación, acopio de documentos, catalogación de archivos y elaboración de monografías, entre otros requisitos para llegar a un adecuado conocimiento de los hechos⁴⁸.

La defensa que años después hizo de su obra, a propósito de algunas críticas que se dejaron oír luego de la aparición de la parte histórica, confirman lo que afirmamos. En septiembre de 1845 escribió, dirigiéndose al entonces Ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt:

“me reprochan escribir más bien una crónica que una verdadera historia, y agregan que no conozco bastante la filosofía de esta ciencia [la historia] para ser capaz de publicar una buena obra. Sin duda, me gustan mucho esas brillantes teorías engendradas por la escuela moderna... Pero antes de ahondar esta clase de materias, los señores periodistas debieran preguntarse si la bibliografía americana, y en particular la de Chile, ha avanzado bastante como para suministrar los materiales necesarios para este gran cuadro de conjunto y de crítica”⁴⁹.

⁴⁸ Sergio Villalobos R., *Historia del pueblo chileno*, p. 11.

⁴⁹ La carta de Gay a Montt en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia...*, *op. cit.*, pp. 74-83.

Aludiendo a los europeos que se le señalaban como ejemplo, advertía que quienes se ocupaban de los cuadros de conjunto, “dejándose llevar por su sola imaginación, por su solo genio”, actuaban sobre la base de “millares de memorias particulares, trabajadas con el cuidado más tenaz por monografistas tan pacientes como concienzudos”, inexistentes en el Chile de entonces. De ahí que, continuaba, “querer obrar de esta manera para la historia de Chile sería querer principiar por donde se debe terminar, querer dogmatizar en un plano calculado sobre el de otras naciones acerca de los acontecimientos más oscuros y los menos conocidos”. Considerando que en Chile los hechos de su pasado no habían sido discutidos ni comentados, y que “se han adoptado de buena fe y sin crítica los resúmenes que por copia han sucedido hasta nosotros” preguntaba, “¿y es con esa clase de materiales con que se querría escribir una historia de Chile fundada en los preceptos de la escuela filosófica moderna?”. Su respuesta no debe extrañar: “No sé si me engañe, pero me parece que esa clase de trabajos, por otra parte siempre útiles, no pueden en el estado actual de nuestro conocimiento del país formar parte de una obra seria”. Para Gay la “historia era una ciencia de hechos, tal como han ocurrido”, los cuales se determinaban a partir de los documentos; en su concepto, “los únicos capaces de darnos resultados satisfactorios” si se buscaba, como se le había pedido, elaborar una historia mucho más “completa que la de mis antecesores”.

En este aspecto, la obra histórica del naturalista correspondía más o menos exactamente con lo que en su época se consideraba un buen trabajo historiográfico. Como se ha afirmado, “el escribir basándose estrictamente en fuentes originales era para aquel entonces algo enteramente nuevo”, y Gay lo hizo⁵⁰. Obviando las diferencias, en especial en orden al estilo literario de las mismas, el texto de francés estaba concebido con los mismos principios que la obra del norteamericano William Prescott *Historia de la conquista del Perú*, la cual en Chile fue muy ponderada por Andrés Bello que, también, había valorado los primeros tomos de la *Historia* de Gay⁵¹.

Éste trasladó al estudio del pasado nacional las tareas propias del método científico, las mismas que había repetido una y otra vez durante sus exploraciones por el territorio nacional. Para escribir su historia reemplazó los años de herborizaciones, acopio de muestras, mediciones, recolección de restos, observaciones y descripciones minuciosas sobre el terreno, por la revisión de archivos, la búsqueda y compulsas de manuscritos, el cotejo de documentos y las entrevistas con contemporáneos y protagonistas de los procesos que marcaron su época. Toda la información recopilada y seleccionada, sometida a una rigurosa crítica, permitió al sabio, como lo señala en el prólogo de su *Historia*, escapar de toda especulación,

⁵⁰ La cita en Donald H. Cooper, “Claudio Gay, científico e historiador”, p. 243. Sobre los modelos historiográficos europeos entonces vigentes, véase Cristian Gazmuri R., *La historiografía chilena (1842-1970)*, pp. 52-54.

⁵¹ Guillermo Feliú Cruz, en su *Historiografía colonial de Chile*, pp. 52-53, compara la obra de Gay con la de Prescott. Para apreciar el trabajo historiográfico de Prescott, véase el documentado libro de Iván Jaksic, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*.

determinar los hechos que constituían la historia de Chile, desechar los sucesos inverosímiles y corregir las interpretaciones ligeras, satisfaciendo así “las esperanzas que el patriotismo chileno ha puesto en esta obra”⁵².

LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE

En la parte propiamente histórica de su monumental obra, Gay abordó el pasado chileno desde los primeros momentos de la dominación española en Chile, hasta el cambio de década entre la de 1820 y 1830, momento culminante del proceso de organización nacional que sucedió a la Independencia.

Pero Gay no sólo puso límites temporales a su *Historia*, también territoriales, pues con su quehacer también definió el espacio nacional, sustrayéndolo a la visión geográfica continental prevaleciente hasta 1810. El naturalista geógrafo marcó el territorio donde se desenvolvería la “historia de Chile”, favoreciendo de paso el carácter centralista y capitalino de la historiografía nacional al haber identificado el llano central, cuyo centro es Santiago, como el ámbito característico de desenvolvimiento de la sociedad chilena. En este sentido, la historia de Chile, como la de muchos otros estados en América Latina, también es fruto de la materialización de un espacio, un territorio, una unidad geográfica identificable gracias a sabios como Gay, y, por tanto, necesitada de un pasado que la legitimara y dotará de contenido histórico.

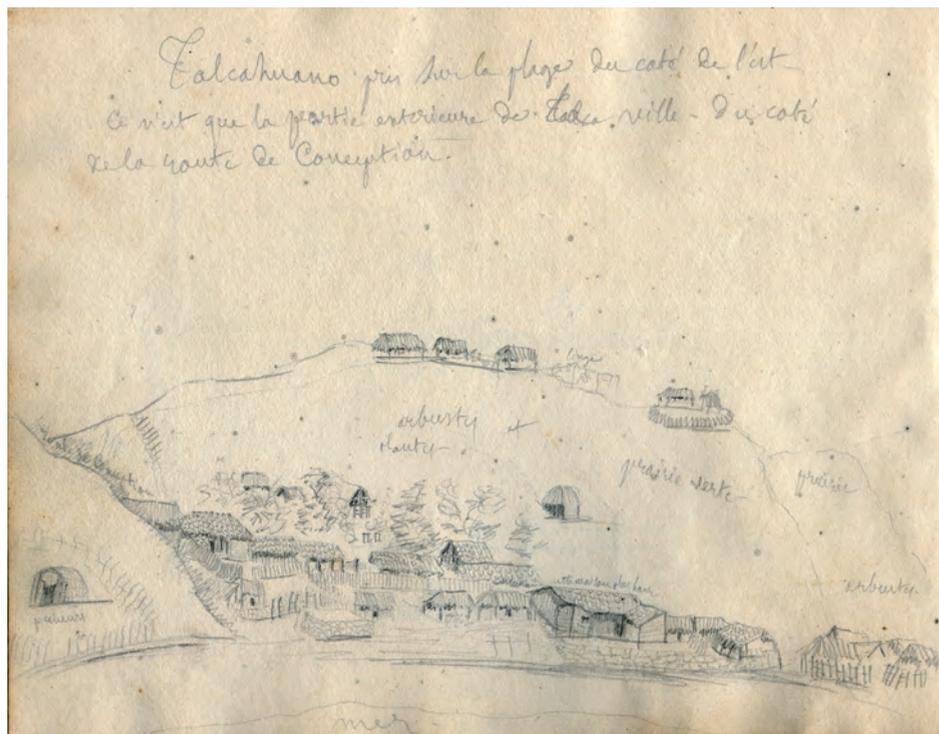
El primer mérito de la *Historia* de Gay es que al momento de publicar su obra, nadie había emprendido la historia completa de las centurias coloniales, y menos, abordado la etapa republicana de Chile. Para el periodo colonial, el texto tenía el valor de haber sistematizado el conocimiento que se tenía sobre la época, sometido a crítica las crónicas coloniales y, esencial, haber utilizado una gran cantidad de documentos que, como la correspondencia del conquistador Pedro de Valdivia, permanecía absolutamente desconocida para los estudiosos del pasado de Chile. En este plano, se ha juzgado que en general Gay “había acometido un trabajo serio, profundo, investigado en fuentes inéditas de primera mano, y expuesto con método y claridad el asunto”. Más todavía, que había percibido que las crónicas no eran las únicas fuentes a que debía recurrirse para hacer una historia verdadera con criterio científico, comprendiendo que “sólo en la compulsión de documentos era posible fijar la exactitud o certidumbre del conocimiento histórico”⁵³.

En los tomos I a IV de la *Historia* los chilenos conocieron por primera vez y de manera sistemática, completa y acabada, su pasado colonial. Ahí estaba el cuadro histórico de las alternativas de una sociedad a la que, se deduce de la lectura de la obra, las adversidades habían desafiado una y otra vez, imponiéndole sacrificios tremendos que ésta había superado hasta surgir reponiéndose de sus pesares. De este modo el “acontecer infausto”, característico de la evolución chilena, al igual que la capacidad de la población para sobreponerse, pasó a constituir una de las notas

⁵² Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. I, pp. V-XVI.

⁵³ Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 65 y 73.

distintivas, y motivo de orgullo, de la nueva nación. Tanto como la idea de la aspiración por la libertad que, desde las primeras páginas, Gay señala como propias de los habitantes de Chile. Así, por ejemplo, refiriendo las alternativas de la expedición de Diego de Almagro y su encuentro violento con los indígenas del norte, anima el relato concluyendo: “estas fueron las primicias de la sangre chilena y española que regó aquella tierra de libertad, aquel suelo de probado valor y exquisito heroísmo”⁵⁴.



Dibujo autógrafo de Claudio Gay del puerto de Talcahuano. Durante sus excursiones por el territorio nacional, el naturalista tomó apuntes que más tarde aprovecharía para componer su monumental obra. Archivo de la Société d'Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

En contraste con la época de libertad que se vivía luego de la independencia, la obra del naturalista, como después la de los historiadores clásicos del siglo XIX, muestra el periodo colonial como una etapa de usurpación, desfavorable para los americanos, tanto como para sostener, como lo hace en el último tomo que dedica a ella que: “hasta ahora, la historia del reino de Chile ha sido puramente la historia de su infancia y de los males infinitos, increíbles que ha tenido que resistir para hacerse adulto, fuerte y capaz de existir por sí solo”, profetizando que en razón de todos los elementos de su creación y de su naturaleza, Chile estaba destinado a “su duración futura o su perpetuidad de existencia”⁵⁵.

⁵⁴ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. I, p. 113.

⁵⁵ *Op. cit.*, t. IV, p. 5.

En conceptos que para sus lectores chilenos debieron ser motivo de satisfacción y orgullo, y que muestran elocuentemente el propósito esencial de su texto, el naturalista, luego de completar el relato de la época colonial, concluía que

“el pensamiento de formar una grande familia, una nación perfectamente organizada y respetable se ve, desde un principio, en el arrojo y tesón de sus primeros colonos; en la unanimidad de sus miras; en la probidad y celo de sus administradores; en la perseverancia heroica de unos y de los otros en luchas contra adversidades que hubieran podido desanimarlos mil veces por una, mil veces que los hallaron sin el menor auxilio para contrarrestarlas, abandonados a sí mismos y al sólo impulso de sus brazos y de sus corazones; y, en fin, en la noble ambición de ilustrarse ansiando, pretendiendo y obteniendo a fuerza de constancia y de una conducta política fundada esencialmente en los más escrupulosos principios de honradez, los títulos y condiciones de existencia que constituyen un estado social completamente fundado, civilizado, respetable y respetado”⁵⁶.

En el resto de la sección histórica, en especial en los tomos V y VI, Gay aborda la Independencia, periodo al cual prestó especial dedicación en virtud del interés con que esta sección era esperada, precisamente por, en sus palabras, “ser la revolución chilena, sin disputa, la parte más noble, la más importante y la más gloriosa de su historia”. En este contexto, el autor la presentaba como “emblema del gran movimiento social que ha sacado al país de sus pañales y le ha hecho crecer de repente, comunicándole bastante fuerza para conquistar su nacionalidad, que el egoísmo le había negado hasta entonces”⁵⁷. Aun antes de escribirla, la historia de la nación chilena había sido trazada por sus elites, cuando encargaron su obra a Gay, y por éste cuando concluye el último tomo dedicado a la colonia, ahí se lee en el último párrafo:

“A la gloria de la conquista mas portentosa de cuantas se leen en historia alguna, gloria a la cual sería inútil buscar un parangón, los Chilenos han añadido la de la perseverancia más heroica en formar solos una grande y noble nación, solos, luchando contra resistencias internas y contra envidias extrañas; luchando contra los hombres y contra los elementos, sin haber desmayado nunca, y la civilización, y el mundo entero, y el cristianismo, les deben gracias y alabanzas que, a la verdad, la civilización y la religión mismas, lejos de negárselas, les tributan alta y universalmente”⁵⁸.

Como se comprenderá, la historia de la independencia y los primeros años de vida republicana, narrados en los tomos VII y VIII, y en especial el papel de sus actores, fue apreciado por la elite chilena prácticamente como una crónica de su pasado, muchos de cuyos miembros ofrecieron su testimonio en calidad de protagonistas de la que Gay califica como la etapa más “gloriosa” del pasado nacional.

⁵⁶ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. IV, pp. 4-5.

⁵⁷ *Op. cit.*, t. V, p. V.

⁵⁸ *Op. cit.*, t. IV, p. 498.

El naturalista, sin duda atento a la reacción del grupo gobernante que le había encargado la “historia de Chile”, dado las facilidades para su ejecución, financiado sus trabajos y prestado declaración, se sintió comprometido con ellos⁵⁹.

Pero también con una realidad que para el científico, conservador en materias políticas, resultaba evidente. Por ello en 1849, en el prólogo del tomo v de su obra, y a propósito de la trayectoria de la joven república, señaló que “mientras sus vecinas gimen aun bajo el azote de la anarquía, Chile, fuerte y tranquilo, prosigue en su alta misión, esparciendo en los diferentes ramos de la prosperidad social las mejoras morales y materiales que parecen emanar directamente de un poder superior y absoluto”⁶⁰. Para la obra de la elite no escatima elogios “sería difícil hallar un país en donde los que mandan hayan abusado menos de su poder y autoridad”; valorando que “animados, al contrario, de las mejores intenciones, e imbuidos de la más escrupulosa probidad, se han entregado constantemente al servicio público”. De ahí que no fuera casual que la revolución en Chile “aparezca coronada de una aureola de gloria que, muy ciertamente, debe lisonjear sobre manera el amor propio de los habitantes”⁶¹.

Por lo anterior, y por su formación científica, es que Gay narró, narró y narró hechos y hechos. Evitó los juicios y los pronunciamientos, en especial si éstos debían caer sobre individuos. Lo dicho se aprecia en el tono general de su obra, como en los calificativos que aplica a determinados periodos históricos y grupos de la sociedad. Esta característica, también, aunque más moderadamente, fue seguida más tarde por Diego Barros Arana en su *Historia general de Chile* que, en 16 volúmenes, fue publicada entre 1884 y 1902.

Todo lo dicho reviste gran importancia en razón de algunas de las notas distintivas de la historiografía chilena en tanto historia aristocratizante, elitista, capitalina, política y, esencialmente, triunfalista; en el sentido de la valoración que corrientemente se ha hecho de la trayectoria nacional que, normalmente, se ha presentado como responsabilidad prácticamente exclusiva de las elites nacionales⁶². En rigor, se ha confundido la historia de la elite con la historia de Chile, siendo ésta una forma de legitimación de la preeminencia como sector social de la primera. Sin duda Gay contribuyó también a esta noción al privilegiar, y no podía ser de otro modo dado la época en que escribió, el documento como materia prima de la historia. La base de su obra histórica fue el testimonio oficial, sellado y firmado, aquél que

⁵⁹ Según Barros Arana, Gay “no quería herir las susceptibilidades de los descendientes de los personajes cuyos hechos narra”. Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401.

⁶⁰ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, p. XIII.

⁶¹ *Op. cit.*, t. v, pp. XII y XIII.

⁶² Sin duda, desde sus orígenes, la historiografía chilena ha sido poco analítica, también en el sentido de crítica, respecto del pasado nacional y del papel de los grupos dominantes en el mismo. Las condiciones en que nació, las características de sus cultores, tanto como la necesidad de contribuir a la consolidación de la nación a través de una historia edificante y heroica que insuflara espíritu patriótico, explican el tono de la mayor parte de ella; cuando no la especie de “censura” que impidió una historia menos complaciente debido a que podía poner en cuestión la que se sostenía era la obra de las elites nacionales, es decir, la organización republicana y la consolidación nacional.

esencialmente emanaba de los agentes del Estado, de los gobernantes que, mayoritariamente pertenecían a la elite.

Resultado de todo lo anterior, en el siglo XIX la elite chilena no sólo dominaba el presente, además, protagonizaba el pasado de la nación, su obra, que a través de la construcción de su historiografía ayudaba a consolidar. De este modo no es casual que Gay escribiera que para la historia de la independencia, además de los documentos, se sirvió de “repetidas conversaciones que he tenido con testigos de la revolución”, y que en definitiva advirtiera que la historia de esa etapa, “en resumen y en general, será un registro de sus nobles y brillantes hechos”⁶³. Sobra señalar que la historiografía clásica chilena siguió muy de cerca esta idea de la historia, como las obras de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Miguel Luis Amunátegui lo demuestran. El método positivista, la crónica política y militar y el protagonismo de los personajes de gobierno es lo que caracteriza la obra de estos autores, haciendo de la trayectoria de las elites y de sus logros, la historia de Chile. Como se comprenderá, el que hasta bien entrado el siglo XX los cultores de la historia nacional fueran, precisamente, miembros de lo que tradicionalmente se ha considerado elite chilena, contribuyó también a prolongar esta concepción de la historia. Ellos escribieron sobre el grupo al que pertenecían por razones vinculadas a su condición social y su ideología política, o relacionadas con los desafíos de la época en que vivieron. Aunque también porque entonces, la historia, la historia verdadera, como estudiosos como Gay lo habían demostrado, era la de los grupos en el poder⁶⁴.

En la época, la ponderación de los tomos referidos a la independencia fue, en general, positiva. Al decir de Diego Barros Arana, en una muestra decisiva de que el método y concepción de Gay habían calado hondamente en los historiadores clásicos, “los sucesos están distribuidos con método y contados con claridad: hay allí investigación propia, confrontación de autoridades y noticias importantes que en vano se buscarían en otros libros y que Gay había recogido de boca de los mismos autores”⁶⁵.

Numerosas y diversas son las evaluaciones que se han hecho de la sección histórica de su obra, tanto por sus contemporáneos como por críticos posteriores⁶⁶. Sin

⁶³ Las palabras del naturalista en el prólogo de los tomos dedicados a la independencia. Véase Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, p. XXI.

⁶⁴ Para una caracterización de la historiografía chilena decimonónica en relación a este punto, véase Rafael Sagredo Baeza, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, pp. 103-107.

⁶⁵ Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401-402. Los textos de Barros Arana sobre Gay y su obra datan de 1875.

⁶⁶ A nuestro juicio, los trabajos de Cooper, *op. cit.*; Francisco A. Encina, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena” y Guillermo Feliú Cruz, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873*, son los que más rigurosa y certeramente han analizado la obra historiográfica de Gay, destacando sus méritos y explicando sus falencias.

Para la historia contemporánea de la historiografía, el interés por la obra de Gay recae esencialmente en lo relativo a al método positivista, narrativo y crítico que más tarde sería seguido por los llamados “historiadores clásicos”, por ejemplo, véanse Villalobos R., *op. cit.* y Gazmuri R., *op. cit.* En la perspectiva de la historia de la ciencia, pueden consultarse los trabajos de Zenobio Saldívia Maldo-



Fotografía de Diego Barros Arana (1830-1907), autor de la *Historia general de Chile* publicada entre 1884 y 1902, la máxima expresión de la escuela historiográfica positivista nacional, continuadora, por su método e intención, de la obra iniciada por Claudio Gay. Biblioteca Nacional de Chile.

embargo, y más allá de los errores fácticos puntuales que se le han reprochado, el mal uso de algunos de los materiales que recopiló, el escaso vuelo interpretativo del trabajo, lo precipitada que resulta en ocasiones, la falta de equilibrio en la composición, la cruda redacción de muchas de sus partes e, incluso, el que el propio Gay, luego de visitar los archivos, señalara que ella no tenía gran valor como conocimiento histórico pues muchos documentos la contradecían, lo cierto es que el texto resulta esencial en tanto ofreció la primera visión de conjunto del pasado de Chile, transformándose así en un instrumento esencial en el proceso de conformación de la nación. Ahí está su verdadero mérito.

En la que llamó historia física de Chile, Claudio Gay abordó esencialmente la descripción de la flora y fauna de Chile bajo los rótulos de botánica y zoología, destinando 8 volúmenes a cada una de las secciones de esta parte de su texto, ofreciendo lo que consideraba “el catálogo más completo de las especies que habitan esta gran república”⁶⁷. Con ellos pretendía llenar los vacíos que sobre estas materias existían en las obras que, como las de Molina y Ruiz y Pavón, habían antecedido a la suya; pero también, y esencialmente, publicar una obra “de entera utilidad para los americanos, y sobre todos para los chilenos”, que ahora contarían con una

nado, *La ciencia en Chile decimonónico* y *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, pero también el de Mario Berríos C. y Zenobio Valdivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.

⁶⁷ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, *Zoología*, t. I, p. 6.

flora y fauna que les permitiría conocer a fondo nociones de “gran provecho para la moral, para la industria, y para la pública felicidad”⁶⁸.

En la historia natural Chile también sobresalía pues, como Gay lo explicaba, tenía un carácter particular derivado de las barreras naturales que cerraban todo su contorno, transformándolo en una “región enteramente natural”. “De ahí nace, explica, el que sean exclusivamente de ese país muchos de los productos naturales, y hay géneros particulares, que con todo de contar con numerosas especies, allí se encuentran concentrados por no haber podido salvar las imponentes barreras que los guardan”⁶⁹. En lo que desde Pedro de Valdivia en adelante constituye un verdadero estereotipo o lugar común, el naturalista francés también señalaba el clima como otra cualidad propia del territorio nacional. De este modo, calificativos como el de “hermoso” o “delicioso” país que aplicó a Chile no nos deben sorprender si consideramos que su objeto de estudio constituía un espacio natural de una “prodigiosa feracidad” que él, el científico, daba a conocer ofreciendo una acabada descripción de sus especies vegetales y animales.

Gay consideró pertinente ofrecer una descripción muy lata de las familias, de los géneros y después de las especies que estudió, tanto como de sus rasgos distintivos, las características de su ambiente natural y los límites extremos de su hábitat. Pero también, cuando correspondía, nociones respecto de las virtudes medicinales de algunos vegetales, como del empleo y utilidad que se les podía dar a determinadas especies en los diferentes ramos de la industria nacional. Por último, pero no menos importante en razón de su efectos sobre la noción de lo chileno, “deseando que fácilmente se llegue al conocimiento de las especies”, entregó a los pintores la responsabilidad de grabar las láminas con las imágenes de plantas y animales.

Para justificar la inclusión las láminas que terminaron formando el *Atlas*, en el *Prospecto* de su trabajo Gay explicó que una obra como la suya “no puede carecer de estampas, indispensablemente necesarias para que se entienda la explicación de ciertos fenómenos y para facilitar el estudio de todo cuanto concierne a la geografía y a la historia natural”. Por ello informa:

“desde el momento en que arrostré la empresa sentí la necesidad de una colección semejante y, bien que mis numerosas ocupaciones consumieron casi todo mi tiempo, no he dejado por eso de dibujar los objetos vivos, principalmente aquellos que no era posible conservar con sus caracteres peculiares de forma y colorido”⁷⁰.

Las estampas, que cubren aspectos históricos, culturales y geográficos, además de reproducir especies de los mundos animal, vegetal y mineral, fueron preparadas por Gay por considerarlas indispensables para facilitar la inteligencia y el estudio de la geografía y de la historia natural de Chile. De este modo, aunque ellas son parte integrante de su monumental *Historia*, lo cierto es que por sí mismas

⁶⁸ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, *Botánica*, t. I, pp. 15-16.

⁶⁹ *Op. cit.*, *Botánica*, t. I, p. 4.

⁷⁰ Véase el *Prospecto* en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 282.

Preguntas que han de contestar los gobernadores departamentales, poniendo sus contestaciones en el blanco que se deja al frente o márgen de cada una de ellas.

Al Gobernador del Departamento de Caribmaipo

1.ª ¿Cuáles son los límites del departamento al oriente, al poniente, al norte y al sur?

*Al oriente hasta las cordilleras de Atacama donde se da con el departamento de Calbuco. Al Poniente playas de Caribmaipo en la marisma.
Al Norte el río Maipo y río negro, en la Montañas que van para Asuncion.
Al sur la cordillera que va para Calbuco y la altura.*

2.ª ¿En qué lugares del departamento hai y cuantos Conventos.

- Conventos. - *No hai ningun convento.*
- Iglesias. - *Una en Caribmaipo.*
- Capillas. - *Una en Maullin.*
- Oratorios. - *Ninguno.*
- Curas. - *Uno.*
- Sotacuras. - *Ninguno*
- Clérigos. - *Id.*
- Relijiosos y su órden? . . - *Un religioso de la orden que es el cura.*

3.ª ¿Cuáles son las enfermedades mas comunes en el departamento?

Catarralos orofijos, dolores de estomago y resaca en tabacallos

4.ª ¿Cuántos médicos o cirujanos hai?

Ningunos

5.ª ¿Si hai algunas aguas minerales y en qué lugar?

Ningunas

6.ª ¿Cuántos mendigos o pordioseros habrá poco mas o ménos?

Habran como dou e catoco.

7.ª ¿Cuántos negros y negras?

Ningunos

8.ª ¿Qué número de minas se trahajan?

Ningunas

9.ª ¿Cuántas de cobre y con cuantas barras?

Id.

10.ª Cuántas de plata y con cuantas barras?

Id.

Questionario, verdadera encuesta, con las respuestas de la autoridad competente, que Claudio Gay entregaba para obtener información de cada una de las localidades que visitó durante sus exploraciones por el territorio nacional. Archivo de la Société d'Éudes Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

representan un testimonio de primer orden para el conocimiento de la evolución chilena. Ellas constituyen un elocuente repertorio de imágenes en las que está plasmado el Chile de las primeras décadas de la república, tanto en su realidad material, natural y cultural, como en la profundidad de las costumbres, mentalidad, valores y formas de ser que ellas reflejan.

A través de las láminas publicadas Gay ofrece una visión ilustrada, gráfica, del país. Una imagen que conforma un registro fundamental para la historia de la representación iconográfica de Chile en la etapa de su consolidación como nación. Es decir, cuando la noción sobre lo chileno estaba en gestación, tanto para los nacionales, como para los extranjeros ante los cuales Gay daba a conocer el país.

El *Atlas* de Gay ofreció por primera vez para Chile, y como nunca antes había ocurrido, la fuerza de la imagen como instrumento de divulgación. No sólo del conocimiento científico, también de la fisonomía y naturaleza de una sociedad que se da a conocer a través de la representación de sus modelos sociales, ambientes propios, tareas y diversiones características. Por ello es que en el contexto de la evolución republicana, el quehacer de Claudio Gay tiene el mérito de ser uno de los factores esenciales del proceso de conformación de una imagen de Chile.

Para la sociedad, y todavía por muchos años, el conjunto del trabajo de Gay constituyó, como lo valoró un periodico en 1863, un verdadero “monumento histórico y científico”, por el cual éste debía ser apreciado como “uno de los hombres que ha empeñado con más justos títulos la gratitud de la patria”⁷¹. Para otros, se trataba de un “célebre autor de la mejor historia de Chile que poseemos”⁷². Realidad que sólo comenzaría a cambiar en 1884 cuando apareció el tomo primero de la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana.

LA OBRA DE CLAUDIO GAY EN LA ACTUALIDAD

El conocimiento y la divulgación de la obra desplegada por el naturalista hará posible apreciar el papel de los emprendedores y de los científicos, como lo fue Gay, en la historia nacional. Además, gracias a la reedición de su *Historia física y política de Chile* el sistema educacional nacional, en particular, y la sociedad, en general, ahora cuentan con un instrumento de aprendizaje de primer orden, para una variedad de disciplinas, y que permite ilustrar numerosos contenidos transversales y formar en valores fundamentales promovidos por el sistema nacional de educación.

Considerando que Claudio Gay orientó su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana, además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país a través de sus informes, proyecciones científicas y representaciones cartográficas, no se exagera al sostener que su obra constituye los cimientos del Chile republicano. En ella se resume el conocimiento

⁷¹ Los conceptos en *La Tarántula* de Concepción del 28 de octubre de 1863.

⁷² Véase *El Porvenir* de Chillán del 8 de octubre de 1863.

existente en su época, y sobre ella se levantará el trabajo de quienes lo sucedieron en la tarea de inventariar y proyectar Chile, lo que lo transforma en un referente indispensable por la magnitud, amplitud y heterogeneidad de sus investigaciones.

La posibilidad de contar con los textos de Gay significa dotar al país, y con él al sistema educacional, universitario y científico nacional, de las fuentes que harán posible mostrar y educar, de una manera concreta y ejemplar, acerca de la trascendencia del quehacer científico, así como del estudio, la investigación y el trabajo sistemáticos. Todos, elementos esenciales a la hora de formar a la población de un país que aspira a ocupar un sitio en el mundo desarrollado a través de agregar valor a sus riquezas naturales por medio de la ciencia y la tecnología, entre otros medios.

Por último, reeditar por primera vez la *Historia física y política de Chile*, que a pesar de ser conocida como la obra de un solo autor es, en realidad, el resultado del trabajo de más de 30 de reputados científicos del siglo XIX, permitirá mostrar en nuestro mundo globalizado una de las raras iniciativas en que Chile capturó la atención del mundo. En efecto, no es sólo que en la redacción de la *Historia* de Gay participaron numerosos académicos, es también que entonces, mediados del siglo XIX, Chile fue uno de los pocos países de Hispanoamérica que tuvo una obra de esta magnitud. Transformándose de este modo en un referente para las demás naciones del continente americano. Es decir, prácticamente desde cualquier ángulo de las preocupaciones de la sociedad chilena actual, Claudio Gay y su obra es un ejemplo y antecedente esencial. Incluso, también en un aspecto como el del idioma en que se escribió pues, a petición de los chilenos, entonces y ahora casi totalmente ignorantes de otros idiomas, fue compuesta en español, limitando así sus posibilidades de ser conocida en Europa, y con ella Chile y sus recursos; lo que a su vez no favoreció la inversión extranjera, tan importante entonces como hoy, pero tampoco la inmigración, en aquella época esencial para el país.

Desde otro ángulo, hoy, cuando la sociedad chilena se ofrece diversa y heterogénea, cuando los procesos de democratización han hecho posible la expresión de variadas voces, que a su vez representan a también numerosos y diversos actores y grupos de la sociedad; cuando la globalización ha estimulado la mirada comparativa, inclusiva y regional, pero también las identidades locales y particulares; cuando por lo señalado resulta imposible hablar de la existencia de una sola versión de la historia de Chile como la de Claudio Gay lo fue alguna vez; incluso así, constituye un referente. En efecto, y tal como se experimenta en estos tiempos, su trabajo, su énfasis, a veces exageración, por ponderar esa realidad que es Chile no está muy alejado de lo que es posible advertir en la actualidad con las “escuelas historiográficas” que buscan relevar nuevos actores y grupos como “el sujeto popular”, localidades y regiones del país, o niños, mujeres y mapuche, entre otra serie de sujetos antes inexistentes para los estudiosos, o integrados en la “gran” historia nacional, de la que la *Historia física y política de Chile* de Claudio Gay es la primera versión

Por último, cuando celebramos el bicentenario de la Independencia, los 200 años del hito en que se data el inicio del proceso de organización republicana y de

construcción de la nación, el ejemplo de trabajo que Claudio Gay ofrece permite renovar los modelos sociales.

Si se toman los que hasta ahora se han exhibido como ejemplo, se trata esencialmente de figuras militares y autoritarias, de épocas de turbulencia y conflictos; exiliados, muertos, asesinados, o suicidas, por alguna causa que la historiografía más tarde interpretó como razón patriótica, nacional, republicana o de Estado. Como si sólo este modo de servicio a la patria, a la nación o al Estado fuera la única forma de entrega a la sociedad; como si sólo las batallas y las muertes heroicas, la creación de instituciones jurídicas o el ejercicio del poder político, fueran las únicas fuentes de trascendencia histórica.

Que la generación que luchó y alcanzó la independencia elevara este tipo de sujetos a la categoría de figuras de la historia para celebrar su propia gesta, entre otros medios a través de la *Historia* de Gay, es entendible; incluso lo es el que en función del proceso de construcción nacional se utilizaran las hazañas militares y a sus protagonistas para crear un sentimiento de comunidad. Lo que parece menos comprensible es que todavía esos sigan siendo los únicos modelos, como si la formación de la nación y la existencia de la república todavía estuvieran en duda. Como si no hubieran transcurrido el tiempo y la historia entre 1810 y la actualidad. Como si nuestra sociedad se hubiera petrificado en la independencia y en sus consecuencias.

La trayectoria y trabajos de Claudio Gay permiten mostrar el valor del trabajo sistemático, el espíritu emprendedor y el papel del conocimiento científico, el arte y las humanidades en nuestra trayectoria como sociedad, todos elementos indispensables en una comunidad que aspira al rango de país moderno. Constituye un ejemplo concreto de la importancia de la ciencia y la constatación, más allá de cualquier duda, de la proyección política, cultural, económica y social de la investigación y el saber.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónino, Antonio y Francois-Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Archivo Nacional, *Catálogo del Archivo de Claudio Gay*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1963.
- Barros Arana, Diego, *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1911, tomo XI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000-2006.
- Barros Arana, Diego, *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación "Barcelona", 1913, tomos XIV y XV.
- Bello, Andrés, *Obras completa de... Temas de historia y geografía*, Caracas, La Casa de Bello, 1981, tomo XXIII.

- Berríos C., Mario y Zenobio Saldivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.
- Burucúa, José Emilio y Fabián Alejandro Campagne, “Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur”, en Antonio Annino y Francois Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 433-474.
- Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores S.A. 1989.
- Cooper, Donald B., “Claudio Gay, científico e historiador”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 127, Santiago, 1959, pp. 228-245.
- Encina, Francisco A., *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*, Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1952.
- Encina, Francisco Antonio, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena”, en *Historiografía chilena*, separata número extraordinario de la revista *Atenea*, Santiago, Editorial Nascimento, 1949, pp. 27-68.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873. Ensayo crítico*. Santiago, Editorial del Pacífico S.A., 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Historiografía colonial de Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1957.
- Feliú Cruz, Guillermo, “Perfil de un sabio: Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Carlos Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973, t. II, pp. 11-82
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, “Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962, pp. VII-LXXXIV.
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962.
- Gay, Claudio, *Historia física y política de Chile*, París, Casa del autor, 1844-1871.
- Gay, Claudio, *Agricultura chilena*, Santiago, Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA), 1973.
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile*, Santiago, LOM Ediciones y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Gay, Claudio, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*. Investigación histórica y traducción de Luis Mizón, Santiago, Ediciones Fundación Claudio Gay, 2008.
- Gazmuri R., Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)*, Santiago, Taurus y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, tomo I.
- Jaksic, Iván, “*Ven conmigo a la España lejana*”: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispánico, 1820-1880, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2007.

- Lomné, Georges, “El espejo roto de la Colombia bolivariana (1820-1850)”, en Antonio Annino y François Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 475-500.
- Molina, Juan Ignacio, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*. Madrid: Antonio de Sancha, 1788, edición facsimilar, Santiago, Pehuén Editores, 2000.
- Mizón, Luis, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002.
- Orbigny, Alcide d', *Viaje a la América meridional*, La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos y Plural Ediciones, 2003.
- Riviale, Pascal, *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- Sagredo Baeza, Rafael, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, en *Cuadernos de Historia*, N° 16, Santiago, 1996, pp. 103-132.
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La ciencia en Chile decimonónico*, Santiago, Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana, 2005.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 2003.
- Stuardo Ortiz, Carlos, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973.
- Torres Marín, Manuel, *Así nos vió la Novara. Impresiones austríacas sobre Chile y el Perú en 1859*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1990.
- Universidad de Chile, *Anales de la Universidad de Chile. Edición facsimilar del primer número de los “Anales de la Universidad de Chile*. Santiago, Impresos Universitaria S.A., 1998.
- Universidad Diego Portales, *Epistolario Diego Portales*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2007.
- Villalobos R., Sergio, *Historia del pueblo chileno*, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1980.
- Yudilevich L., David (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802, antología*. Santiago, Editorial Universitaria, 2004.

HISTORIA
FISICA Y POLITICA
DE CHILE

SEGUN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPUBLICA
DURANTE DOZE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA

Y PUBLICADA

BAJO LOS AUSPICIOS DEL SUPREMO GOBIERNO

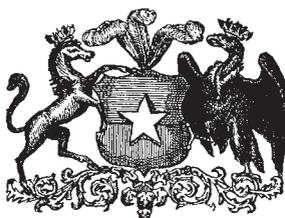
POR CLAUDIO GAY

CIUDADANO CHILENO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTIFICAS NACIONALES Y ESTRANGERAS
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR.

TOMO TERCERO.

—
HISTORIA



PARIS

EN CASA DEL AUTOR.

CHILE

EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO.

—
MDCCCXLVII

HISTORIA DE CHILE

CAPÍTULO PRIMERO

Recibe Lazo noticia de su reemplazo en el gobierno de Chile. Suspende la ejecución de sus proyectos. Llega su sucesor y le entrega el mando. Ciertas dificultades al prestar residencia. Cae de nuevo enfermo. Va desde Concepción a Santiago, y finalmente, de esta capital a Perú. Obispado de Santiago y de Concepción provistos. Quedan otra vez vacantes, y vuelven a ser ocupados.

(1638 - 1639)

El 18 de octubre, recibió don Francisco Lazo en Santiago la noticia de que el Rey le había nombrado un sucesor en el mando y gobierno del reino de Chile. Bien que él no la hubiese solicitado, se halló tanto más conforme con esta real determinación, cuanto conocía al mérito del sucesor que le enviaba, el cual era don Francisco López de Zúñiga, marqués de Baidés, militar de gran renombre en las guerras de Flandes.

Desde el instante mismo en que tuvo este aviso, suspendió Lazo de la Vega la ejecución de todos sus proyectos, no queriendo comprometer el estado satisfactorio en que se hallaban las cosas de la guerra; porque no podía disimular a sí mismo, que, si bien se había desvelado, también la fortuna le había favorecido. Sin embargo, pensaba –y no era él sólo– que si las guerras del continente hubiesen permitido el transporte de dos mil buenos soldados de España a Chile, probablemente habría conseguido el fin –que era la paz– por más que los capitanes más antiguos de su ejército le asegurasen que mientras existiesen indios habría guerra.

A mediados de febrero de 1639, recibió el Gobernador cesante segundo aviso anunciándole la próxima llegada del marqués de Baidés, y se puso en marcha para Concepción, a cuyo puerto arribo en efecto don Francisco López de Zúñiga por fines de abril, y donde desembarcó a las diez de la noche en medio de salvas de artillería y a la luz brillante de una iluminación general que hubiera podido competir con la claridad del día. Es verdad que semejantes demostraciones se hacían en todos los recibimientos de nuevo gobernador, y si podían y debían lisonjear al que llegaba, no tenían nada de humillante para el que se iba.

Don Francisco Lazo esperaba en persona al Marqués, y al primer paso que éste dio en tierra, se abrazaron los dos beneméritos guerreros, y antiguos compañeros de armas. Lazo pasó a Zúñiga el bastón del mando inmediatamente; pero el nuevo Gobernador se negó por cortesía a recibirlo, hasta que la insistencia del antiguo le

hizo ver que ya sería descortesía el no aceptarlo. A su vez, se adelantó el Cabildo, tomó allí mismo la jura al Marqués, le acompañó a la iglesia a dar gracias, y luego le condujo a su casa. Lazo se retiró entonces a la suya muy aliviado de una carga pesada y peligrosa; pero sintiendo, a pesar de eso, que sus esfuerzos no hubiesen bastado para conquistar una paz final y duradera, no obstante las victorias que había conseguido. Por otra parte, no dejaba de tener algunos recelos de que cuanto había hecho por conciliarse y atraerse las voluntades no sería bastante para que no hubiese quejosos de su gobierno, y en efecto los hubo; apenas dejó el mando, se produjeron quejas, y algunas tanto más amargas, cuanto hasta entonces habían sido comprimidas. Entre las quejas, bien o mal fundadas, notó con melancolía rasgos de ingratitud, puesto que, lejos de tener motivo alguno de fundamento, no había uno solo de esta especie de quejosos que no hubiese recibido un favor suyo.

El marqués de Baidés, al tomar residencia a su predecesor, se portó como un verdadero caballero, dejándole ser liberal, por un lado, para acallar quejas; y, por otro, manifestándose reconocido a los felices esfuerzos de su gobierno, a los cuales debería el buen éxito del suyo, si, tal vez, tenía la dicha de lograrlo. No poco consolado con el noble y digno porte del Marqués, Lazo marchó para Santiago, donde permaneció aún seis meses cuidando de su salud, hasta que, viendo cuán poco alivio tenía, se embarcó para Perú con esperanza de hallarlo en Lima.

Pero se engañó; su mal era una hidropesía que había contraído en Chile, y falleció el 5 de julio del año siguiente 1640, a los cincuenta años de edad. Su constitución robusta le prometía una mucho más larga vida, pero la guerra le había ocasionado demasiadas fatigas. Así acabó el magnánimo Lazo, que lo era tanto por bondad como por superioridad de talento. Su prudencia y previsión eran iguales a su valentía y a su resolución, según el caso lo exigía; y a pesar de su semblante poco agradable¹, era muy bondadoso. El reino de Chile le ha debido mucho, y no puede menos de recordar con veneración su memoria.

Volviendo a los asuntos del reino, antes de tratar del feliz gobierno del marqués de Baidés, tenemos que hablar de la autoridad eclesiástica, cuyo influjo ha sido tan benéfico en las calamidades que por tan largos años han padecido los chilenos.

Desde que el obispo de Santiago, Espinosa, se había retirado a España por resentimiento contra los oidores de la Audiencia, el Obispado había quedado vacante, bien que el Rey hubiese ofrecido su mitra al P. Luis de Valdivia cuando, en 1612, volvió con plenos poderes para la pacificación de los araucanos. El ilustre jesuita había expuesto al Monarca que los diversos cuidados de que iba a encargarse no le permitían el desempeñar las obligaciones de tan elevada prelación, y sólo había aceptado el cargo de visitador general del Obispado, cuya silla continuó vacante hasta en 1624 que fue a ponerse la mitra el ilustrísimo don Francisco de Salcedo².

¹ Feroz. Pero la ley de agradecido, siendo, como he sido, hechura de este Gobernador, me obliga a decir que don Francisco Lazo de la Vega merecía que se hablase muy bien de él, y a contar como el mayor favor de la fortuna el haber sido honrado por este Gobernador con grados y pruebas de su confianza en mí. Tesillo.

² Natural de la Ciudad Real, en La Mancha.

Este amable prelado había sido jesuita del colegio de Tucumán, cuyo Obispo, prendado de sus virtudes y calidades, le había nombrado visitador general y tesorero de su iglesia. Después, había pasado de deán a la de Buenos Aires, y de la catedral de La Plata, había ido a ser obispo de la capital de Chile. Dejando aparte la ciencia que tenía, que era vasta, el ilustre Salcedo estaba dotado de las más bellas prendas personales, entre las cuales brillaba su ardiente y extremada caridad, en términos que más parecía ser mayordomo que señor de sus rentas. A par de la caridad con todo género de necesitados, tenía el celo de fundaciones, y en la ciudad de San Miguel, fundó un colegio de jesuitas, a los cuales dotó con las dos ricas estancias del Tejar y San Pedro Mártir; y como sus productos no podían ser cosechados oportunamente, dio por de pronto a los padres, mientras llegaba el tiempo de disfrutar de ellos, seis mil pesos en metálico.

Los pobres todos, de cualquier clase que fuese, mendigos o vergonzantes, eran acreedores de las rentas del Obispado, o a lo menos lo parecían, al ver la certeza con que contaban ser socorridos. Pero los que más excitaban el celo caritativo del prelado eran los negros y los indios, de los cuales se declaró tan acérrimo protector, que no sufría les hicieran la menor vejación sin afearla, reprenderla y castigarla en cuanto le pertenecía.

En Santiago, mandó edificar las casas episcopales con lonjas dependientes para mercaderes; y con sus réditos, fundó una capellanía con la obligación de una misa en la catedral todos los jueves del año. En fin, de cien mil pesos con que entró en el Obispado, todo lo dio sin que le quedase un cuarto; y a su muerte, que sucedió en 1635, todo el Obispado quedó inconsolable. En su testamento había dispuesto que su cuerpo fuese depositado en la iglesia del colegio de jesuitas, y luego, trasladado al suyo de Tucumán; pero tanta fue la aflicción del clero al oír esta cláusula, que el amable prelado les dejó la facultad de enterrarle donde más quisiesen; y en efecto, quedó en su catedral de Santiago.

Al mismo tiempo, la mitra de Concepción había también estado vacante durante largos años por un acontecimiento muy diferente, aunque bastante particular. A fines de 1616, Felipe III había presentado al Papa para este obispado al magistral de la catedral de Lima, don Carlos Marcelo Cornerino, natural de Trujillo, bien que hijo de padres franceses. Nombrado obispo de Concepción, este prelado recibió la consagración en Lima, el 18 de octubre de 1618, de manos del ilustrísimo señor don Gonzalo de Ocampo, y a punto de embarcarse para su nueva residencia, el mismo Felipe III le dio el obispado de Trujillo, de suerte que Concepción se quedó sin obispo aun dos años más; hasta que el 7 de abril de 1620, fue a serlo fr. Luis Jerónimo de Oré, religioso franciscano, cuyos padres –cosa notable– habían sido fundadores de las monjas de Santa Clara de Guamanga de donde era natural.

El nombramiento de este Obispo causó un verdadero júbilo en todo el reino de Chile, a donde había alcanzado fácilmente su renombre de sabiduría, y de conversor de infieles en Perú. Es muy cierto que estas famas y renombres tienen siempre algo, cuando no mucho de exagerado; pero es un hecho, que Oré compuso un manual en siete lenguas diferentes, y que tuvo el talento incomprensible de traducir al idioma peruano el catecismo y muchos himnos del breviario. Igual-

mente, puso en verso –porque también parece que era poeta– toda la vida, pasión y muerte de Jesucristo, y fue autor del martirologio de la Florida. A penas llegó a su obispado, dio a la imprenta la vida de san Francisco Solano; por manera que si se ha de juzgar su vida por sus obras y misiones, la cosa se hace casi increíble.

Además de su ciencia y sus talentos, tenía este prelado un carácter angelical. Jamás negaba una gracia que no fuese contra justicia, y aun cuando lo fuese, si no había perjuicio para nadie más que para él, la concedía. Llegó a Concepción con su hábito de san Francisco, sin camisa debajo; porque nunca quiso apartarse de la regla; y a pocos días, un pobre muy problemático, puesto que todos suponían que se hallaba muy lejano de serlo, le pidió una camisa vieja al Obispo. Como éste no tenía más camisa que sus hábitos, se quitó el escapulario, y sacando la túnica que llevaba debajo, la presentó al mendigo. Mas estaba tan vieja y remendada, que el pobre no quiso tomarla; visto lo cual por Su Ilustrísima, se volvió a poner su túnica, su escapulario por encima, y le dio dinero al mendigo para que fuese a comprar camisas.

Una de dos, o hay manía (y sería una celestial manía), o hay un espíritu de caridad tan vivo en estos hombres privilegiados, que no pueden vivir si no es multiplicando su existencia por la de muchísimos de sus semejantes, sintiendo sus males como si les fueren propios y personales. Que un obispo sea un verdadero padre de los pobres, como lo mandó Jesucristo, nada de extraño tiene; como tampoco el que, para cumplir con este cristiano deber, se imponga privaciones de puro convenio, y que no son tales en realidad; pero lo que penetra de veneración por ellos es que viven pobremente a fin de poder satisfacer este deseo incesante, sin más motivo que satisfacerlo. Pues esto era lo que le sucedía al obispo de Concepción. Las rentas del obispado no eran pingües, es muy cierto; pero aun suministraban lo suficiente para mantener el decoro exterior, más necesario de lo que se cree comúnmente, a la consideración de los grandes de la Iglesia. Sería muy extraño que, teniendo los reyes y grandes de la tierra palacios y libreas, lujo y ostentación, con que imponen a la pluralidad de los hombres, el Rey de los Cielos y de la Tierra tuviese por fuerza que servirse de mendigos. Pues si no lo era el obispo de Concepción, poco le faltaba, porque vivía con lo poco que un hombre necesita para sustentarse, y daba todo lo demás; y no contento con eso, sus alhajas y cuanto tenía, andaban de mano en mano empeñadas como si hubiesen sido de un derrochado arruinado.

A la par de su liberalidad brillaban en él las demás calidades de un verdadero apóstol. Cuando había que acudir con remedio, ya fuese espiritual, ya temporal, a la parte más remota de su obispado, no era posible moderar su celo, y ni estaciones, ni nieves, ni canículas, ni mar proceloso que fuesen bastantes a detenerle. La menor tardanza angustiaba su corazón visiblemente y en términos, que todos convenían de que la mayor desgracia material, real y verdadera que le pudiese suceder, le haría padecer mucho menos.

Luego que su solicitud paternal quedó satisfecha de haberse ejercitado con fruto y provecho por todas las partes accesibles de su rebaño, el ínclito prelado volvió los ojos hacia los pobres habitantes del archipiélago de Chiloé, con los cuales la guerra interminable y permanente con los araucanos tenía las comuni-

caciones constantemente interrumpidas; y a fuerza de pensar en ello, le vino la idea de hacer el viaje por mar, no obstante las objeciones que ofrecían lo peligroso de aquella navegación, y la fragilidad de las piraguas de que era forzoso servirse. Los PP. jesuitas Juan López Ruiz y Gaspar Hernández, que estaban a la sazón con Su Ilustrísima, le expusieron que había riesgos que ninguna urgencia presente le obligaba a arrostrar.

¿Si ya suplicase a V.R. fuesen por mí a esta visita, no lo harían? Les preguntó el Obispo. Sin la menor demora, respondieron los dos PP. a una. ¿Pues por qué quieren V. reverencias que yo repare en lo que ellas no repararían?

Como no había réplica posible a este argumento, el viaje quedó resuelto, y al punto el Obispo fue a pedir en persona al Gobernador –que era aún Córdoba– le allanase en cuanto le fuese posible las dificultades que podía haber para su ejecución. El Gobernador se mostró muy solícito y reconocido, puesto que nadie mejor que un misionero tan piadoso y tan consumado como S.S.I. podía atraer los endurecidos indios de Valdivia y Osorno a la religión cristiana y a la paz, por consiguiente; y que este suceso sería tanto más interesante y grato para el Rey, cuando S.M. meditaba la restauración de la primera de las dos plazas dichas.

Partió con esto el Obispo para su lejana visita, llevando en su compañía –por gran fortuna– a los dos PP. jesuitas, cuyo cuidado salvó a S.I. de grandes riesgos. Como era el primer obispo de Concepción que los habitantes de aquellas islas habían visto y oído predicar, éste y sus sermones produjeron al principio una gran sensación en ellos; pero lo que más les agradaba era la liberalidad y la sensibilidad del santo prelado. Mientras permaneció en aquellos parajes, no había duda en que podía tener algunas esperanzas, esperanzas por las cuales empleó un año entero en esta visita; pero al fin, empezó a creer que Dios no había permitido aún que la claridad del cielo luciese para aquellos infelices, y se volvió muy afligido a Concepción, dejando –con todo eso– una larga memoria, y mucho sentimiento porque su ausencia no podía menos de ser larga.

Más que larga fue, en efecto, puesto que el mucho trabajo que se tomaba y el poco cuidado que tenía por sí mismo le acarrearón una grave enfermedad de que falleció a principios de 1630, con gran dolor y pesadumbre de todo el obispado, y aun de todas las partes del reino.

Bien que la historia se resienta de exageraciones, que tienen siempre el mismo origen, cual es la pasión de los primeros datos –que por fuerza han de ser contemporáneos– bien que, decíamos, haya exageración en relatos de prelados y de sus virtudes, lo mismo que en los de guerreros y sus hazañas, aun hay en los primeros un no sé que fácil y halagüeño que insensiblemente penetra el ánimo del lector sin exaltar su imaginación, y le deja más satisfecho. Ciertamente ninguno dudará del recato excesivamente timorato del Obispo que fue a Santiago de Chile en 1638, a ocupar la silla episcopal, vacante seis años había; y, con todo eso, la pintura que hacen de él los escritores de aquel tiempo, sin que sea increíble, da ocasión a pensar en la causa que podía tener, causa que, verdadera o supuesta, atenúa infinitamente el mérito de dicho recato; porque claro está que huyendo siempre del enemigo, no hay nunca combate; y, sin combate, no hay gloria de vencimiento.

Pues esto era precisamente lo que le sucedía al nuevo obispo de Santiago de Chile, don Francisco Gaspar de Villarroel³. Era este prelado fraile agustino de la provincia de Lima, y natural de Quito, tan religioso de su orden de ermitaños siendo obispo, como lo había sido antes de serlo, sin querer más vestidura que su hábito, ni más aparato en su palacio episcopal que el que tenía en su celda. Hasta aquí nada hay de nuevo ni de extraño, no siendo este ejemplar único en su especie, puesto que todos los obispos que le habían precedido –siendo él el 7º de Santiago de Chile– habían obrado en sustancia lo mismo, ciñéndose en sus gastos a lo puramente necesario, con el fin de dar todo lo demás. Estos ejemplos de caridad y de abnegación recrean el ánimo, son la mayor honra de la humanidad, y nunca, sobre este punto, padece exageración la historia. A buen seguro, habrá pocos lectores –si los hay– que crean lo contrario.

Pero volviendo a nuestro tema, tenía el obispo Villarroel un temor tan grande de las mujeres, que sólo por evitar las ocasiones de verlas, no quiso que una hermana suya –que había venido de Quito a verle– viviese en su casa, porque necesariamente había de tener visitas de otras damas; y por la misma razón, no daba audiencia a ninguna –sin distinción de clase– a menos que el presentado fr. Luis de Lagos se hallase de tercero en la visita. Es verdad que era el escrupuloso prelado muy dado a la oración mental, y claro estaba que para un tal ejercicio piadoso lo mejor que podía hacer era huir de distracciones. En una palabra, vivía haciendo continua penitencia; y en cuanto a la caridad, la practicaba en términos que, dividida su renta en cuatro partes, sólo se reservaba una para sí, y los gastos de su casa. Su desprecio de riquezas fue tal, que un día le oyeron decir que no quería enterrasen su cuerpo en sagrado, si moría con dinero.

Entre otros medios de emplear y aun de empeñar las rentas de la mitra, tenía, como era bastante natural, el de reedificar templos, y fundó el de las Esclavas del Santísimo Sacramento, que formaban una hermandad o cofradía de señoras.

El obispado de Concepción quedó también provisto con el nombramiento a su mitra de don Diego Zambrano de Villalobos, en 1637. Antes de éste, había sido nombrado al mismo puesto el franciscano fr. Bernardino de Guzmán; pero había muerto sin entrar en goce de su título.

Villalobos⁴ era cura párroco de la villa Imperial de Potosí; muy docto, y, en efecto, graduado de doctor por la Universidad de Salamanca. Como todos los obispos de Chile, éste se mostró desprendido, y, si no fundó, cedió las casas que le pertenecían para convento de las monjas de la Merced. Por lo demás, a ejemplo de todos sus antecesores, sabio, celoso y dadivoso en extremo.

³ O Villaruel, según escriben algunos.

⁴ Natural de Mérida (Castilla la Nueva).

CAPÍTULO II

Estado de las misiones y misioneros. Docilidad de los indios. División de la provincia de la Compañía de Jesús, en provincia y viceprovincia. Establecimiento de la universidad en el colegio máximo de Santiago. Acabamiento de este edificio. Dedicación feliz del templo y particularidades que tuvo. Años transcurridos.

La mayor oposición que hallaban los misioneros de parte de los indios para convertirlos a la fe católica nacía de la pluralidad de mujeres. Ésta era la mayor dificultad que tenían que vencer. Fuera de aquí, no había en el mundo sujetos más acomodados para ser verdaderos cristianos, en atención a que no sólo eran sensibles y racionales sino que sus creencias religiosas los tenían preparados, por decirlo así, a admitir sin repugnancia muchos puntos esenciales de la verdadera fe. Creían en un solo dios infinitamente bueno, justo, sabio y poderoso, que llamaban Pillán, y en un principio del mal. Creían en la inmortalidad del alma, en las recompensas y penas eternas, y situaban los lugares donde las almas debían recibir las unas o las otras, según habían sido justas o injustas, buenas o perversas en esta vida; los situaban, decíamos, al occidente, no lejos el uno del otro.

Además de esta preciosa disposición, tenían los indios a que proporciona un juicio recto y sano, en razón de la robustez de su cuerpo, y según el aforismo *mens sana in corpore sano*; porque realmente, quitándoles la pasión de mujeres y de combates, no había hombres en el mundo más avenidos ni más fáciles de persuadir con buenas razones, lo que provenía sin duda de su perfecta constitución, exenta de los humores y achaques a que la humanidad está sujeta en todas partes. Pero tratándose de mujeres, era muy difícil entenderse con ellos, no sólo porque realmente creían no poder vivir sin poseer muchas, o más de una; sino, también, porque en esto fundaban su mayor alarde de riqueza y de ostentación. Y, en efecto, era una cuestión exorbitante de lujo, puesto que la mujer no llevaba dote, y que, al contrario, era el marido quien pagaba por ella a su suegro como si la hubiera comprado. En todo lo demás, eran admirables: sus costumbres, en punto a relaciones sociales y legales, tenían tanto vigor y eran tan inviolables para ellos como si fuesen leyes debatidas, votadas, sancionadas y promulgadas. Para mantener el orden, no necesitaban ni tenían cárceles; el respeto y obediencia a los superiores, por un lado; y, por otro, el temor del vituperio, eran suficiente freno para impedirles de apartarse de lo que era lícito, permitido o tolerado. Para ser soldados, no necesitaban ni levas

ni quintas: a una voz, a la menor señal de sus respectivos caciques, todos se ponían en pie prontos a defender la patria, sin pedir sueldos ni grados, y costeando cada cual sus armas y sus gastos personales, persuadidos como lo estaban todos de que en esto no hacían más que llenar un deber muy personal, lejos de figurarse que debían pagárselo los demás, y estarles aun muy reconocidos. Ésta era la razón por la cual, de la noche a la mañana, se veía aparecer donde menos se soñaba un ejército araucano en orden de batalla. Para eso había bastado la trompeta, y a la primera llamada, hijos, mujeres, intereses, todo quedaba detrás del interés común, que era la independencia del suelo patrio.

Si éstos eran bárbaros, es preciso confesar que lo eran de una especie bastante particular y rara, y así fue que tan luego como los jesuitas del colegio máximo de Santiago, y otros misioneros, pudieron entenderse con ellos, lo hicieron de modo que la presencia de éstos entre los indios era una señal de júbilo y de alegría. Debemos acordarnos, para que esta aserción no cause sorpresa, que el P. Luis de Valdivia y sus colegas, al ir de Perú a Chile tenían ya un gran conocimiento de la lengua y de las costumbres de los indios, y pudieron desde luego empezar sus misiones, en cuanto lo permitía el estado de la guerra; y más de una vez se han alejado, según dice Olivares, más de cien leguas de las armas españolas por tierras enemigas.

Hasta el año 1611, en que se fundó el colegio de Mendoza, y hasta la fundación del de Concepción por el P. Luis de Valdivia, que ha sido el gran motor de las misiones, y fundador del colegio Máximo de Santiago y otras residencias, todos los frutos conseguidos por el celo admirable de los misioneros, y todo el impulso dado a las misiones han surgido del colegio Máximo de San Miguel de Santiago, a lo menos, hasta en 1614. Ciertamente, cada colegio y cada residencia tiene grandes derechos a ser citados, y lo serán cuando llegue el caso y en cuanto el interés general de la historia lo permita; pero entretanto, el hecho es el que acabamos de sentar.

Entre las misiones más fructuosas, hemos contado ya la que el P. rector del Colegio Máximo hizo con los PP. Vechi y Aranda por los pueblos de Arauco, desde donde los últimos pasaron al archipiélago de Chiloé para volver luego a Arauco. Los pacíficos habitantes de aquellas islas presentaban menos resistencia, se ofrecían más dóciles a la enseñanza, y se dejaban convertir a centenares. Como era natural, siempre había en el número de convertidos muchos más ancianos, niños y mujeres que mozos y, en general, hombres en la fuerza de la virilidad, por la razón de que éstos tenían que vencer más pasiones para someterse a la doctrina de los misioneros. Las ocasiones en que los indios se mostraban menos avenidos a la razón eran las que nacían de sus reuniones festivas que duraban muchos días, se renovaban con frecuencia, y durante las cuales estaban en un estado permanente de embriaguez. En más de una de estas ocasiones, los PP. llevaron su celo hasta pedir al gobernador de Castro dispersase las romerías de los indios por la fuerza, y no atreviéndose a ello el jefe español sin una autorización especial, obtuvieron que el gobernador del reino se la diese.

Después de una rica cosecha de almas en las islas del archipiélago, los dos jesuitas volvieron, como lo hemos dicho, a los pueblos de Arauco, que eran catorce,

no concentrados cada uno en un punto, sino diseminados sus vecinos en una cierta circunscripción por los campos y tierras, de modo que el trabajo y las molestias que se tomaban los misioneros eran céntuplos. Y con todo eso trabajaban con un éxito verdaderamente maravilloso en el cultivo de la viña del Señor. El método con que procedían a sus sermones y a la propagación de la fe no tendría nada de extraño en una sociedad arreglada y dispuesta a seguir sus prácticas sin violencia; pero al considerar que este método producía efectos infalibles con hombres de mala voluntad –en gran parte– y para con los cuales no había orden ni ley de que prevalecerse, realmente la imaginación se para, y no se sabe cuál sea más de admirar entre el poder persuasivo de los jesuitas y la sumisión espontánea de los llamados bárbaros.

Es verdad que parece obraban éstos con cautela haciendo cuanto podían para que los misioneros cayesen en alguna trampa y se descubriesen por hombres con pasiones como los demás; y como lo que más desconfiados les tenía era la sospecha de que cuanto les decían en punto a mujeres, se encaminaba a aprovecharse ellos mismos de ellas, he aquí lo que tramaron.

Un día que los misioneros se mostraron más elocuentes y más fervorosos que nunca en reprobar la pluralidad de mujeres, y en querer imponer la ley de no tener más que una, y aun está legítimamente como lo manda la Iglesia, sus oyentes manifestaron quedar convencidos de la bondad de sus consejos y hallarse dispuestos a seguirlos, por manera que los jesuitas se retiraron gozosos de haber conseguido lo que hasta entonces les había parecido un imposible. Dos días después se presentaron en las casinas de los R.P. dos caciques con acompañamiento de muchos indios, en compañía de los cuales habían ido dos muchachas araucanas de las mejor parecidas, y que estaban engalanadas como en día de fiesta. Recibieron los jesuitas a los mensajeros con el mayor agasajo, como acostumbraban, preguntándoles que había de nuevo.

“Admirados –respondió uno de los caciques– del celo con que os imponéis molestias y trabajos por nuestro bien; convencidos, por el desinterés con que lo hacéis, de que vuestra conversión y la de nuestros hijos y mujeres son vuestras solas miras; agradecidos a vuestra buena voluntad, y con el único fin de haceros más llevadera la morada entre nosotros, morada que quisiéramos adoptaseis para siempre sin ir os nunca a otras tierras; hemos resuelto en consejo pleno de ancianos y caciques el ayudaros con cuanto esté de nuestra parte. Aquí estáis solos sin nadie que os sirva. No sabemos cómo os componéis para vivir y sustentaros, puesto que andáis siempre por los butalmapus predicando, bautizando, casando y ayudando a bien morir. ¿Quién os adereza vuestra comida? ¿Quién os barre la casa y acude a otros menesteres indispensables de la vida? No lo sabemos, y pensando que vuestra caridad no os deja tiempo para pensar en vosotros mismos y en vuestras necesidades, y que necesariamente tenéis que pasarlo muy mal, hemos resuelto que en adelante tengáis a lo menos quien os sirva, y cuide de vuestras personas; para eso, hemos traído en nuestra compañía dos doncellas muy en estado de hacerlo a vuestro gusto. Miraréis por ellas; las instruiréis, y cuando se hallen ya bastante instruidas, nos las devolveréis por otras dos, y así sucesivamente, de modo que por un lado no padeceréis por falta de cuidado; y, por otro, conseguiréis más fácilmente el fin a

donde se encaminan vuestros afanes y tareas. Helas aquí –continuó el cacique– las dos que os traemos hoy. Mirad si os agradan”.

El mismo tentador en carne y hueso no habría hablado mejor. El P. Horacio Vechi había tenido los ojos clavados constantemente en los del orador mensajero, procurando leer en su interior, no para su gobierno, puesto que su respuesta estaba pronta, no pudiendo ser más que una, sino para penetrar su intención y sacar partido de ella. Cuando hubo acabado, le dio gracias muy brevemente y sin la menor afectación por el presente.

“Si realmente –le dijo– hubiéramos padecido necesidades en punto al servicio de nuestra persona, más bien hubiéramos aceptado el de hombres que el de mujeres; porque éstas no pueden vivir con nosotros, ni nosotros con ellas.

¿Cómo así?, respondió el cacique, sorprendido.

Porque es así, replicó Vechi. Nuestros votos, nuestra regla excluyen las mujeres de entre nosotros”.

Aturdido con esta respuesta, y pareciéndole que no había entendido bien, el cacique insistió.

“¿Pues cómo podéis pasaros sin mujeres?

Perfectamente, y tan perfectamente que el tenerlas nos sería incómodo.

¿No seréis acaso hombres como los demás?

Creo que sí; pero nuestras necesidades, o por mejor decir, nuestras pasiones son el producto de nuestros hábitos. Tenemos el de pasarnos sin mujeres, y si nos quisieren forzar a tenerlas nos darían pesadumbre.

¿Querrás decir acaso, que nosotros podríamos habituarnos a pasarnos sin ellas?

Perfectamente. Pero como la ley cristiana os permite tener una (lo que no nos permite a nosotros) no hay inconveniente en que la tengáis. Con la que escojáis seréis mucho más felices, en atención a que vuestros afectos se fijarán en ella y en los hijos que os dé, en lugar de tenerlos desparramados, errantes y vagabundos, con una infinidad de cuidados de que os veríais aliviados si no tuvieseis más que una.

En suma, ¿no queréis a estas doncellas?

Ni por pensamiento. Os agradecemos mucho el cuidado, y a ellas también; pero es preciso que volváis a llevarlas a su casa”.

Tal fue el efecto de este desengaño para con los indios, que ya desde el día siguiente los dos jesuitas vieron semblantes más francos y más abiertos, y voluntades mucho más dispuestas. Sin más fuerzas que la autoridad que esta aclaración les dio, solos, sin bayonetas ni cañones, dispusieron la repartición de días y de conversiones entre las diferentes parcialidades, nombrando, como si fuesen jefes supremos, el día y el cacique que en él debía venir con un cierto número de los suyos a oír la palabra divina y aprovechar de su ministerio. Tales fueron los frutos que los jesuitas sacaron de estas misiones, que posteriormente, cuando Valdivia pidió al P. provincial Diego de Torres misioneros para la prosecución de la paz, ya había

mucho tiempo –dice Ovalle– que el P. Vechi le instaba para que le dejase volver a sus misiones de Arauco; a lo cual aún no había podido el provincial acceder porque los jesuitas del Colegio Máximo hacían falta en él. Accedió en fin, con la carta del P. Luis de Valdivia, y Vechi y Aranda vieron el cielo abierto; en términos que se reían de la zozobra general que causaba a los españoles el verles pasar el Biobío con el mal acontecimiento –que habría podido ser tan venturoso– de la huida de las mujeres de Ancanamún. “Todos los ojos se llenaban de lágrimas al partirse estos padres con tanto gozo para irse al medio de hombres bárbaros, *sicut oves in medio luporum*; aunque ya –continúa Ovalle– los que eran leones y lobos se iban haciendo ovejas con ellos”.

Y ésta es la verdad de la historia. ¿Y cómo sería posible que estos hombres que se iban a ciento y doscientas leguas lejos de los suyos, solos entre los indios, no los conociesen mejor, y no supiesen lo que era más conveniente para alcanzar el fin tan deseado? ¿En qué podía estribar la presunción contraria de sus contradictores, cuando aún en las naciones más cultas, el hombre de guerra es tan diferente de sí mismo después que pasa al estado social y civil?

Pero en medio de otros obstáculos para que los admirables misioneros recogiesen todo el fruto que debían prometerse de sus heroicas tareas, había el de su corto número. Hasta en 1627, Paraguay, Tucumán y Chile formaban una sola provincia de la Compañía, con un solo provincial. Los jesuitas de esta provincia pasaban indiferentemente de Tucumán a Chile y *viceversa*, según lo exigían las misiones, y la capacidad especial que cada uno tenía para llenarlas. En la época que decíamos, 1627, viendo el general de la orden que ya poseía un suficiente número de colegios y residencias, hizo de Chile una sola provincia, dividiendo la antigua en dos, con tanta más razón, cuanto Paraguay mismo, que al principio no tenía más que residencias, ya ahora contaba suficientes colegios, y era muy inútil el continuar enviando los misioneros de cada provincia a misiones demasiado lejanas con graves inconvenientes y trabajos. Éstas fueron las razones que hubo para hacer de Chile una viceprovincia distinta de la de Paraguay, con subordinación a la de Perú, de la cual había dependido desde los principios, sacando de esta unión una gran utilidad, ya en misioneros, ya en auxilios.

Después de hecha la división de la provincia, el primer viceprovincial de Chile fue el P. Juan Romero, a la sazón rector del colegio máximo de San Miguel de Santiago; y en este punto se dejó libertad de elección a los PP. que prefiriesen fijarse en una o en otra parte, ya fuese en Chile o en Paraguay. Al año siguiente, el P. Gaspar Sobrino trajo de España cuarenta y un jesuitas a Buenos Aires, y seis de ellos tenían su destino en Chile. El mismo Sobrino venía nombrado para ser viceprovincial, y se trasladó con sus seis jesuitas a su Colegio Máximo.

En 1629, hubo congregación provincial en Perú, y la viceprovincia de Chile fue representada en ella por el P. Vicente Modolell, nombrado desde Roma por rector del colegio de San Miguel, el cual volvió a él con diez religiosos y hermanos más que le fueron concedidos por el P. provincial Nicolás Durán.

Al momento de la división de la provincia, la universidad se había establecido en el colegio de San Miguel de Santiago, con el título de ESTUDIOS GENERALES, y

por bula de Gregorio XV. El P. Sobrino dio gran fomento a estos estudios, y completó la fábrica material del edificio en dos meses, obra que, en opinión de todos, pedía a lo menos un año, y cuya media naranja, que era de cedro, con hermosos adornos, causaba admiración a los mejores conocedores. Para celebrar la dedicación del hermosísimo templo, hubo una octava magnífica, y en cada día de ella predicó un religioso diferente a un concurso inmenso y brillante, con presencia del Obispo y de todo su clero. El acabamiento y la dedicación de que hablamos acrecentaron en sumo grado la devoción de los cristianos y convirtieron un sinnúmero de indios que venían, Dios sabe de donde, a contemplar estas maravillas.

En esta ocasión, hubo lugar para averiguar y saber que muchos negros que pasaban por cristianos no lo eran en realidad, y todos fueron bautizados. Los indios de Quillota y de Coquimbo fueron a pedir misiones, las cuales les fueron concedidas con el más celoso apresuramiento, yendo en persona el mismo P. Rector entre los misioneros. Los agasajos con que fueron recibidos eran las mejores pruebas de los deseos que aquellos infelices tenían de ser cristianos. En Coquimbo, los caciques llamaron los suyos a junta y resolvieron dar tierras y aun medios a los PP. para fundar allí una residencia; pero el P. Rector tuvo el desconsuelo de no poder aceptar por falta de suficiente número de sus santos operarios, que tenían aun que atender a diversas localidades.

CAPÍTULO III

El gobernador Baides tiene proyectos de paz. Van jefes araucanos a pedírsela. Otros no la quieren. Lincopichión y Antiguenu levantan un ejército en Purén. Sale el Gobernador de Santiago con tropas de leva a disgusto del Cabildo. Despliega la bandera de paz en Yumbel. Los araucanos se presentan en batalla. Permanecen en observación. Pasa Baides el Biobío. Practica actos hostiles. Pide Lincopichión la paz. Armisticio. Retíranse los ejércitos.

(1639 - 1640)

Confesémoslo, el gobernador Lazo de la Vega había allanado mucho las dificultades que se oponían a la paz. La opinión general, desnuda de pasión personal, era que había hecho más que ningún gobernador, y que hubiera sido mejor no quitarle el mando o no habersele dado. Que la opinión nos perdone, esta disyuntiva es poco lógica. El bien incontestable que era debido a su gobierno, Lazo no hubiera podido hacerlo si no lo hubiese desempeñado. De suerte que lo que hizo era otro tanto de ganado, con gran utilidad para llegar al fin deseado, como luego se verá.

Como Lazo era belicoso, su sucesor, el marqués de Baides, era partidario de la paz, por no decir pacífico⁵. Sin embargo, podía serlo sin causar por eso sorpresa, habiendo servido en Flandes con renombre, en el empleo de maestro de campo. Baides era un personaje de alta distinción. Al título de marqués, reunía los de conde de Pedroso y señor de las nueve villas del estado de Tobar. El Virrey, según se creía, le envió con el situado, tropas y pertrechos. Ya le hemos visto llegar y su recibimiento por su antecesor y por el cabildo de esta ciudad, con el fausto y esplendidez usados en semejante ocasión con todos los gobernadores.

El día de este reconocimiento fue el 25 de abril. El 13 de mayo siguiente, recibió el cabildo de Santiago carta suya, y en su vista, despachó a su alcalde ordinario don Bernardo Amasa a darle la bienvenida. A poco tiempo, el Gobernador salió para la capital, encontró la diputación acostumbrada en Maipo; fue recibido en la casa de campo, siempre pronta, y el 26 de septiembre, reconocido por capitán general del reino y presidente de su Real Audiencia.

⁵ Los sucesos probarán que no ha habido militar en el orbe que haya tenido más valor personal.

Es sensible el tener que dar crédito a insinuaciones que ajan el carácter de un hombre benemérito; pero la verdad histórica lo exige. Don Francisco Lazo de la Vega dejaba resentimientos –bien o mal fundados– en Chile por haber hecho desaires a personas de distinción que, además de la ofensa, habían experimentado algunos perjuicios. Si el hecho es cierto (y por desgracia tales hechos carecen rara vez de fundamento), si el hecho es cierto, es tanto más de sentir, cuanto a buen seguro, Lazo no había pensado nunca más que en llenar su deber, aunque tal vez con exagerado celo. El marqués de Baidés, al tomarle residencia, se halló muy perplejo, y su antecesor tuvo por conveniente el indemnizar con dinero a algunos quejosos, antes de salir para Lima por octubre 1639.

Al relatar los acontecimientos del gobierno de Baidés, no podemos menos de desentendernos de las diversas opiniones de los recopiladores de aquel tiempo; porque, diametralmente opuesto en su sistema a su predecesor, según unos, Baidés obró bien y con éxito; y, al parecer de otros, erró aún más, y su error fue más funesto. Por consiguiente, lo más seguro es comparar los hechos y los resultados –teniendo siempre cuenta con los incidentes– para sacar una consecuencia racional.

Y para justificar a Lazo en lo esencial de su cargo, sentemos que Baidés halló a los indios batidos y alejados de la frontera española; y al real ejército, con mil setecientas cuarenta plazas efectivas; perfectamente organizado y con el porte marcial español tal que en Flandes mismo no se había visto ninguno más brillante. Sin embargo, notemos de paso, y esto también para descargo de Lazo, que el lucido ejército que halló, y el estado próspero por entonces de la guerra, no le impidieron al general Baidés de exigir que los milicianos *se alistasen con más exactitud de la observada hasta entonces*⁶. En esto no había contradicción, ni aun aparente; pero, aunque la hubiese, la crítica debería respetarla, en atención a que los que mandan y gobiernan deben tener secretos sus intentos y, en cuanto posible, los medios de que piensan valerse para conseguirlos.

El carácter bondadoso de Baidés penetró muy luego y como por encanto hasta los butalmapus guerreros más lejanos; pero, cosa extraña y ciertamente contraria a lo que se debía de temer si los indios hubiesen sido lo que decían los militares españoles, lejos de aprestarse a la guerra para rescatar lo que Lazo les había quitado, fueron a pedir la paz a Baidés. Es verdad que el Marqués, según decían, se había servido, por debajo de mano, del intérprete Ibanco –que era muy bien quisto de los araucanos, –para que viniesen a pedírsela. Muy bien había hecho, si lo hizo.

Sea lo que fuere, el marqués de Baidés, bien que de natural apacible, llenaba su deber en términos de disgustar al paternal cabildo de Santiago, siempre vigilante por el interés de sus administrados; porque, por de pronto, impuso a la ciudad –a la verdad por orden del Virrey– veinte mil ducados de alcabalas, que eran 27.500 pesos, y el Cabildo tuvo muchísimo trabajo en alcanzar que esta contribución fuese reducida a doce mil quinientos. En fin, como hemos dicho, los supuestos bárbaros

⁶ Corto debió de ser el refuerzo de tropa que don Francisco López de Zúñiga trajo de Lima, pues no le impidió de dar a la ciudad de Santiago el pesar de llevar, el día 16 de noviembre, sus vecinos a la guerra. Pérez García.

araucanos enviaron embajadores a cumplimentar al Gobernador sobre su llegada, y, cosa notable, en su cumplido mezclaron –con la más fina política– el nombre de Lazo de la Vega, alzando a las nubes su ciencia militar y su noble carácter. Pidieron, enseguida, la paz, pero dignamente, sin desviar de un ápice de su eterno tema: “Paz sin esclavitud, dijeron ellos; de lo contrario, apelaremos a la guerra, que nunca nos causó, ni nos causará temor”. Sin embargo, Baides, sin dejar de manifestarse muy dispuesto a concederla, quiso hacerse de rogar.

¡Qué cosa más clara! Pero antes de pasar adelante, hay que advertir que en la época de que hablamos las consideraciones que tenían que hacer los gobernadores de Chile sobre el estado de cosas de aquel reino estaban muy subordinadas al estado de cosas de la monarquía española. Ya entonces el inconmensurable edificio de esta colosal monarquía crujía por muchas partes, amenazando ruina bajo su propio peso: Portugal perdido; Cataluña sublevada; guerra con el imperio de Alemania; guerra con la belicosa y terrible Francia, conducida entonces por el astuto cardenal Mazarino, fiel sectario político del profundo Richelieu. Tal era ya el desastroso aspecto de la decadencia española.

Volviendo a los araucanos, éstos deseaban tan sinceramente la paz, que algunos desertaron y pasaron a los españoles. Otros deseosos de volver a ver los suyos que estaban prisioneros, hicieron instancias encarecidas para canjearlos. En todas las ocasiones de comunicación que se presentaban, proponían indirectamente la paz con insinuaciones muy claras. Pero esto no bastaba; porque al mismo tiempo, Lincopichión, a la sazón general araucano, y su vicetoqui Antiguenu levantaban en Purén un ejército; y, por esta causa, en lugar de conceder la paz que le pedían los otros, y que él mismo deseaba cordialmente, Baides salió de Santiago el 20 de noviembre, con las fuerzas que había disponibles, y marchó sobre San Felipe de Yumbel.

Allí vio, por los estados de los cuerpos, que su ejército se componía de mil setecientos cuarenta soldados tan aguerridos como los de Flandes, además de los cuales tenía a su disposición los encomenderos y gente de leva que había sacado de la capital. Hallándose fuerte, Baides pensó en usar de bondad antes de apelar a las armas, y mandó desplegar la bandera de paz, que flotó durante muchos días en Yumbel para que viniesen a acogerse a ella los que lo deseasen; pero lejos de eso, Lincopichión y su vicetoqui marcharon al encuentro del cuerpo de observación mandado por el maestre de campo Soberal, y se formaron en orden de batalla con ademán de querer empeñar una acción. No obstante, Soberal se mantuvo inmóvil con arma al brazo, en una actitud imponente, y sea que en efecto impuso al enemigo, o que éste hubiese visto en su inmovilidad un deseo sincero de no guerrear, se retiró.

Baides, después de haber meditado sobre este hecho, que no había impedido que la bandera de paz continuase de flotar en Yumbel, el 4 de enero de 1640, la mando amainar, se puso en movimiento, pasó el Biobío, marchó sobre Angol, Purén, Imperial y Boroa; atravesó el Toltén y envió a talar los hermosos campos de Villarrica. El efecto de este acto hostil fue inmediato; Lincopichión envió a pedirle la paz, tomando bajo su responsabilidad la adhesión de los demás jefes araucanos.

Muy satisfecho con este resultado, el Gobernador acogió con mucho agrado el mensaje; pero respondió que no obstante el vivo deseo que tenía de paz, no podía menos –por el interés de la paz misma– de exigir prendas de la fidelidad a ella por parte de los jefes araucanos; que viniesen éstos a darle estos gajes –que eran indispensables– y que desde luego entraría en negociación. Así fue, Lincopichión se presentó en persona, ofreció rehenes, que fueron aceptados; y quedó estipulado que el día 6 de enero del año siguiente 1641, sería celebrado en Quillín un congreso general, en el cual se asentarían las condiciones de la paz y que hasta entonces no sólo habría armisticio entre las dos partes beligerantes sino que, para mayor abundamiento, el ejército araucano sería inmediatamente licenciado y disuelto.

Así se verificó. Lincopichión mandó que los individuos que la componían se retirasen a sus respectivos butalmapus; Baides regresó con el suyo a la frontera, y se retiró en persona a Concepción, a donde llegó el 12 de marzo.

CAPÍTULO IV

Preparativos de paz. Presagios que indujeron los araucanos a desealarla. Erupción del volcán de Villarrica. Sale Baides con grandes fuerzas y aparato. Sufragios al gobernador Loyola en el mismo sitio de su catástrofe. Incidente. Confianza de los araucanos. Desconfianza de los españoles.

(1640 - 1641)

Las historias de pueblos primitivos están tan llenas de hechos semejantes al que vivamos a narrar, que ninguna novedad deberá éste de causar a los lectores, aunque sea algo más extraño y mucho más poético que cuantos hayan podido leerse, como sucede con todas las cosas de los araucanos.

Si éstos deseaban y pedían la paz a los españoles, no era por temor que tuviesen a éstos, ni por cansancio de la guerra, sino porque creían en agüeros, y que tuvieron algunos en los cuales creyeron ver claramente que el cielo mismo se lo mandaba. El primero de estos agüeros fue la aparición de algunas águilas reales, de cuyas aves sólo tenían una idea tradicional por haberse dejado ver en los aires poco antes que los españoles hubiesen ido a subyugarlos; el segundo, una tan espantosa erupción del volcán de Villarrica que las explosiones persuadieron a los españoles mismos que todos sus fuertes eran atacados simultáneamente, y se defendían con su artillería. El cielo y la tierra parecían abrasarse a la vez, devorados por torrentes de lava que como una lluvia de fuego arrojaba el volcán a distancias enormes, y en medio de estos torrentes, peñascos de dimensiones increíbles, esparciendo hasta muy lejos en redondo espanto y pavor con sus bramidos⁷.

El tercer agüero fue la visión –que duró tres meses⁸– de dos ejércitos aéreos; uno encima de los españoles, y otro encima de ellos. El general que mandaba el primero montaba un soberbio caballo blanco, y blandía un desmesurado alfanje; y en todos los encuentros, batía al ejército contrario.

Pero dejando aparte las visiones de los indios, esta erupción del volcán Villarrica fue tan espantosa, que las aguas del río Allipén, donde cayó mucha lava,

⁷ Todas las mujeres embarazadas en un largo radio de los contornos malparieron de susto. Ovalle.

⁸ Como lo confirmaron don Pedro de Sotomayor, doña Catalina de Santander y otros españoles cautivos. Ovalle.

hirvieron en términos de cocer vivos cuantos peces había en ellas; y que las del Toltén –con el cual se junta el Allipén–recibieron por comunicación la misma intensidad ígnea y reprodujeron el mismo fenómeno. Júzguese cual no debió de ser el incendio y el estrépito, y júzguese del pavor que causó entre los araucanos, cuando éstos vieron sus habitaciones invadidas de repente por una inundación causada por una salida de madre de estos dos ríos, y que llegó a las más altas, forzándolos a refugiarse en la cumbre de los montes.

El cráter del volcán era inmenso. El vértice de la montaña se había abierto tan profundamente y con tal violencia que la mitad de él se desmoronó al oriente, y la otra al occidente. Los indios, aterrados, vieron, como lo hemos dicho, una señal de la voluntad de arriba de que se sometiesen a los españoles y reconociesen al rey de España por su señor⁹, y así lo hicieron.

En efecto, en todo lo restante del año no cesaron de manifestar el mismo empeño, ya enviando con el menor pretexto mensajes al Gobernador, ya por la actividad con que hacían los preparativos del parlamento. Baides hacía lo mismo por su parte, y probaba que deseaba con ansia que llegase el momento feliz en que se proponía asegurar una paz duradera. En una reunión del Cabildo, presidida por él el 16 de octubre, pidió se acordase la convocación de encomenderos y vecinos para que el día 15 de diciembre siguiente se le incorporasen para concurrir a la solemnidad de las paces. El Cabildo le representó que esta concurrencia no le parecía fuese indispensable, al paso que podría acarrear algunos inconvenientes; y le rogó se sirviese permitir se consultasen los antecedentes que debían de existir en Concepción acerca del caso.

Sin embargo, cuando Baides salió de Concepción para la plaza de Nacimiento, el día 18 de diciembre, llevaba un séquito inmenso. En la susodicha plaza, y a sus inmediaciones había un ejército de dos mil trescientos cincuenta soldados, y cerca de siete mil almas más, que iban al parlamento de Quillín. Por más que algunos autores hayan sido de parecer de que tan crecido número era increíble, no opinamos lo mismo, y, lejos de hallarlo exagerado, nos parece corto, en atención al objeto que lo atraía. Y es de notar que en él, se deben contar los religiosos de diferentes órdenes, muchos jesuitas, clérigos y sacerdotes¹⁰.

Al llegar a la plaza de Nacimiento, le vinieron al encuentro dos de los principales caciques –Clentaru y Liencura– seguidos de muchos de los suyos sin armas, y con cinco españolas cautivas, tres mujeres y dos niñas, que eran nietas de una de ellas. El Marqués las estrechó con ternura derramando lágrimas de consuelo por un lado, y de dolor por otro, viéndolas tan desfiguradas y desconocidas no sólo en su exterior sino, también, en sus maneras y en su lenguaje. Claro era; al cabo de

⁹ La más terrible visión que tuvieron los araucanos entonces fue la de un árbol que, ardiendo de las raíces al copo, navegaba derecho, perfectamente perpendicular, por la corriente del Allipén, seguido de un animal disforme, quimera, monstruo horrendo con la cabeza erizada de cuernos y bramando espantosamente.

¹⁰ En cuanto al número de sus tropas, Carvallo asegura que le acababan de llegar cuatrocientos hombres de España; pero parece cosa difícil, en atención al estado de la metrópoli. Sin embargo, nombra al capitán Íñigo López que los condujo.



MISION DE DAGHLLIPULLI .

(Provincia de Valdivia .)

cuarenta y dos años de cautiverio, nada había que extrañar en todo esto. Cuando el Marqués les abrió los brazos, las infelices quisieron arrojarse a sus pies, expresando como podían su reconocimiento medio en indio medio en mal español, aunque pronunciando correctamente el título de *Ángel de la paz y de la misericordia de Dios*, con que le saludaron.

Inmediatamente, dio Baides la orden de marchar y salió el ejército en el mejor orden para la antigua ciudad de Angol. En el valle del río, pasó revista a sus tropas. En Curalaba –en el mismo sitio donde había sido muerto don Martín Óñez de Loyola– mandó erigir un túmulo, levantar altares y cantar una misa y oficio de difuntos, mientras que se decían misas rezadas. Después de haber llenado este cristiano deber, levantó de nuevo el campo, y continuó su marcha a Quillín, lugar de la celebración de las paces.

En este punto, el enemigo mortal de los hombres hizo cuanto pudo por desbaratar todo cuanto habían hecho araucanos y españoles para alcanzar el término tan deseado de sus desastrosas guerras. Para ello, el demonio mismo en persona, sin duda alguna, suscitó cuatro araucanos, que, al ver llegar el ejército español, se huyeron tierra adentro esparciendo la alarma y asegurando que los españoles no iban para hacer paces sino para degollarlos a todos, visto el poderoso ejército que llevaban. En realidad, el marqués de Baides hubiera podido prever este acontecimiento, y adelantarse un poco menos acompañado. Esto era lo que pensaban muchos de los indios, que viendo tal despliegue de fuerzas militares y no militares, se quedaron parados y desconfiados. A fin de serenarlos, el Gobernador envió mensajeros por todos lados, asegurando que su numeroso acompañamiento era para honrar la paz y no para romperla, y que lejos de querer causarles el menor daño, les haría todo el bien que acertasen a desear y él a cumplir. En efecto, esta multitud, que pasaba de diez mil almas, no rompió una espiga de trigo, ni una caña de maíz en todo el tránsito.

Una vez se hallaron tranquilizados, los naturales pasaron a la confianza sin límites con la misma prontitud que se habían entregado a la sospecha, y se descolgaban a centenares y a miles de las montañas al llano para venir a los cuarteles de los españoles para congratularse con ellos de la paz. Lincopichión llegó en persona muy luego con el séquito de los cuatro toquis hereditarios, de muchos úlmenes y de un crecido número de otros nacionales. El Marqués no necesitaba para recibirlos bien de los consejos de la política, y le bastaban para honrarlos y agasajarlos, como a ellos les gusta tanto, sus propios sentimientos de bondad. Los sentó a su mesa, y durante el festín no cesó de colmarlos de agasajos y de pruebas de sincera cordialidad; por manera que de la noche a la mañana la voz y fama de lo que se había pasado en esta primera jornada, y de las pruebas que el Gobernador les había dado de franca amistad, volaron de boca en boca por todas las comarcas, y atrajeron ya al día siguiente tantos indios, que era un verdadero día del juicio. Y como los del día anterior habían hecho correr la voz de los buenos y ricos regalos que Baides les había hecho, los que llegaban ahora venían cargados también de presentes y regalos, como ellos los entienden, para mostrarse reconocidos hacia él.

Y con todo eso, aún volvió la desconfianza a envenenar la alegría pura y franca de que gozaban españoles y araucanos, con un inesperado incidente, y fue que un

indio que acababa de huir de Lima, donde estaba como prisionero, se llegó en este punto al Gobernador, y le dijo muy confidentemente no se fiase de los araucanos, bien que estuviesen desarmados, porque no tendrían que andar mucho para hallar armas y volver a tomarlas cuando viesan la suya.

Aunque de natural bondadoso, Baides no era débil y dudó de los motivos que podía tener el indio delator de las intenciones de los suyos. Sin embargo, como la prudencia nunca es de más en semejantes casos, tuvo un consejo en el cual oyó con muchísimo disgusto a muchos españoles denigrar bajamente a aquellos valientes indios, que allí mismo desarmados en medio de tantas fuerzas enemigas, se mantenían serenos y alegres sin el menor temor; y más por no despreciar pareceres que porque lo juzgase necesario, dio algunas disposiciones militares. Los araucanos vieron ejecutar movimientos sin inmutarse, y al parecer recreándose con ellos, puesto que no les pudiese quedar duda de que eran medidas de precaución. Después de haberlos mirado, y cuando hubieron dado pruebas de lo indiferentes que les eran, preguntaron sin afectación que era lo que había sucedido de nuevo, y oyendo por respuesta lo que el fugado había dicho al Gobernador, se lo fueron a pedir para enviarlo *a mentir a la nube* con la punta de sus lanzas.

No pareciéndole que fuese absolutamente necesaria esta justicia sumaria al uso de los indios, el General los tranquilizó, asegurándoles que no había creído una palabra, y que los movimientos que habían visto eran puras formalidades de ordenanza.

CAPÍTULO V

Orden de marcha. Disposiciones militares. Disposición del local del congreso. Formalidades y sacrificios. Deliberación. Paz. Condiciones. Repetición del ceremonial. Conclusión. Salida del congreso. Regocijos. Marcha el Gobernador. Ratificaciones de caciques ausentes. Belleza del suelo de Imperial. Misioneros. Exhumación. Sufragios. Regreso.

(1641)

Amaneció por fin el día feliz tan deseado. El Gobernador mandó formar dos divisiones con los dos tercios del maestre de campo y del sargento mayor; aquél a la derecha, y éste a la izquierda, cada cual con su caballería correspondiente al costado. Prontas ya a marchar en columna de honor, salió el marqués de Baidés de su alojamiento precedido de sesenta caciques, entre los cuales había muchos de los principales, como eran Lincopichión¹¹, don Antonio Chicaguala, hijo de una noble dama española y de un araucano de distinción que la había escogido por esposa; Guaquillauquén y otros. Inmediatamente tras del Gobernador iba su guardia, compuesta de capitanes reformados. A éstos seguía una columna de infantería. Otra de caballería cerraba la marcha. La división del sargento mayor dio la vanguardia, los flanqueadores y batidores. Esta última, al llegar al sitio señalado, destacó puestos a cubrir todas las veredas y avenidas. Los artilleros quedaron al pie de sus cañones respectivos mecha en mano.

El local donde iba a reunirse el congreso era un recinto formado de una enramada, cuyas ramas arqueadas por encima lo cubrían con una verdadera bóveda impenetrable a los rayos del sol. Llegando, el Marqués se apeó, y todos hicieron lo mismo. Un dilatado redoble puso fin a todo movimiento. Los clarines y trompetas hirieron los aires con una marcha triunfal, a cuyo paso entró Baidés seguido de los asistentes con voto al parlamento. El Gobernador, vuelto a la asamblea, se mantuvo algunos instantes en pie, hasta que el capitán Miguel Ibanco, intérprete general, anunció que el parlamento se hallaba abierto. Baidés se sentó, y los españoles siguieron su ejemplo. Los indios se sentaron en el suelo, en medio y en redondo, observando su orden acostumbrado de precedencia.

¹¹ Carvallo nombra por primero de todos a Putapichión; pero es el escritor que haga esta mención.

Después de algunos instantes de solemne y silencioso recogimiento, Antiguenu, como señor de aquella tierra, se levantó el primero con un ramo de canelo en la mano, y anunció que antes de deliberar, se iban a inmolar las víctimas cuya sangre había de sellar la paz. En efecto, un toqui introdujo un camellito que fue sacrificado. A este sacrificio siguieron otros, hasta veintiocho. Si el animal no moría del primer palo que el cacique le daba en la cabeza, otro se levantaba y lo acababa. Muertos los camellitos, les sacaron los corazones, y con su sangre, fueron en orden uno tras de otro a regar el ramo del canelo que les presentaba Antiguenu.

En nada de esto se muestra nueva esta historia. En la sagrada escritura abundan semejantes hostias y sacrificios, y el modo con que procedían en su ejecución los caciques araucanos, así como también otras muchas de sus cosas, prueba que eran más bien de una raza antigua de hombres, que una nueva y naciente.

Concluidas las ceremonias, los caciques se volvieron a sentar y entraron en deliberación. Las condiciones que les habían sido propuestas eran las mismas que en otro tiempo había aceptado Ancanamún, más la facultad de volverse a sus tierras respectivas, que los rigores de la guerra les habían forzado a abandonar; y la de vivir independientes como los mismos españoles vasallos de la corona de España, sin formar encomiendas. El anciano Liencura, tan elocuente como sesudo y valiente, y uno de los más influyentes caciques, les pintó estas dos condiciones adicionales con colores tan vivos, comparando los beneficios de la paz a los desastres de la guerra, que todos se pusieron en pie clamando: “¡La paz, la paz!”. Lincopichión y Antiguenu cooperaron con Liencura a este resultado, por medio de elegantes discursos, de que presumían mucho, y con razón.

Por su parte, los españoles quedaron autorizados a levantar y repoblar pacíficamente sus antiguas ciudades y colonias.

Desde aquel instante quedaban las dos naciones aliadas para toda guerra ofensiva y defensiva contra otros extranjeros que pudiesen invadir las tierras de unos y otros. En el hecho de ser enemigos de los españoles, los araucanos los habían de considerar como sus enemigos propios.

Finalmente, todos los cautivos españoles eran libres de volverse en el instante mismo a los suyos. Y en rehenes de la fidelidad a estos tratados, cada parcialidad ofreció dos de sus principales señores.

Apenas esta gran resolución se comunicó al concurso inmenso que se hallaba de la parte de afuera del rústico salón de la paz, se oyeron clamores de contento, y las salvas de artillería hicieron resonar los ecos. Antiguenu presentó el ramo del canelo, símbolo de la paz, al Marqués, y éste lo recibió con muestras del mayor aprecio.

Nada más quedaba que hacer, y Baidés, bajando de su estrado, dio la señal de la salida del congreso. Las salvas redoblaron; los aplausos eran frenéticos; las músicas hacían subir al cielo el entusiasmo; todo era alegría, júbilo y parabienes. Españoles y araucanos, araucanos y españoles mezclados y confundidos como hermanos aquel día, vagaban, formaban círculos, comían y bebían, y parecían más dichosos, unos y otros, que nunca lo hubiesen podido ser con los más brillantes triunfos guerreros. Pero a este propósito, aun los indios quisieron ver un simulacro

español, y la caballería ejecutó algunas cargas tan bien hechas por una parte como sostenidas por la otra.

Baides dio la orden de marcha para el día siguiente sobre Imperial. La bondad de este Gobernador se había manifestado tan a la claras, como también la dulce satisfacción que experimentaba, que los indios quedaron muy convencidos de la duración de la paz, que sería eterna si él pudiese gobernar eternamente el reino de Chile. Así fue que al día siguiente se deshacían en demostraciones y expresiones de reconocimiento, prometiéndole y jurándole afecto y fidelidad mientras viviesen. En fin, partiéronse españoles y araucanos. Sin embargo, muchos caciques se habían hallado ausentes del congreso, y bien que no hubiese para qué dudar de su adhesión a la paz, Baides se había propuesto pedirla; pero no fue necesario. Treinta de estos caciques le aguardaban al paso por Repocura, con este objeto, y gozosos, le prestaron homenaje. El Marqués les preguntó por qué se habían abstenido de asistir al día de fiesta y de júbilo universal de Quillín, y le respondieron que por honrarle a él, y a sí mismos recibiendo en sus tierras; derecho que tenían como todos los demás caciques. Esta respuesta le agradó mucho a Baides, que conocía bien el corazón humano, y sabía que la dignidad personal es una prenda de sentimientos honrados.

Al llegar a Imperial, se desplegó a sus ojos el más bello cuadro de perspectiva. Los campos hermosos¹² de aquel suelo y las tierras de labrantío estaban cubiertas de trabajadores, hombres, mujeres y muchachos, que luego que descubrieron a los españoles, dejaron su trabajo para acudir a recibirlos con mil muestras de alegría y agasajo. Allí también esperaban al Gobernador sesenta y tres caciques, y dieron contentos su adhesión a la paz. Para dar una idea de las gustosas sensaciones que debía experimentar Baides, no podemos menos de bosquejar el mapa pintoresco de aquella comarca, sacado de varios autores, especialmente de Ovalle.

Allí, el cielo y suelo brotan alegría. La tierra, fecundísima, se explaya anchurosa, matizada, por decirlo así, con suaves y verdes colinas que forman en sus espacios los más amenos valles, cubiertas, lo mismo que las lomas de suave declive, de numerosos ganados. Los habitantes son blancos, apacibles y dóciles. Hay en las costas y riberas muchos mestizos, hijos de españolas cautivas, entre los cuales se ven muchos rubios. Todos éstos estaban bautizados por los cautivos españoles, aunque sin olio, y los indios mismos, por lo general, son cristianos; tienen mucho cariño a los españoles; hacen cruces en sus habitaciones y dicen *Jesús* cuando estornudan, tropiezan o se lastiman. Esto es poco de extrañar porque habían tratado mucho a los jesuitas a los cuales profesaban el más acendrado afecto. Entre estos indios había españoles que hubieran podido salir de cautiverio, y que prefirieron el quedarse, ya sea por la vergüenza de volver a verse entre los suyos, desfigurados, la lengua casi olvidada y convertidos por el hábito en verdaderos indios; ya porque tenían afectos muy arraigados en la tierra, puesto que había algunos que tenían allí hasta treinta hijos, de los cuales la mayor parte ya les habían dado nietos. Estos in-

¹² El más hermoso del orbe, dice Ovalle.

felices eran los que más excitaban a los naturales a que pidiesen misiones y jesuitas, porque sentían que sus corazones se secaban por falta del rocío consolador de la fe que se apagaba en el olvido. Sobre esto, el P. Juan de Moscoso escribía a su provincial, de una de sus misiones a aquella tierra, que estos españoles naturalizados de que hablamos, le tendían los brazos con lágrimas y sollozos, como si se vieses precipitados en un abismo, para que les ayudase a salir de él.

Volviendo a nuestra narración, más de cien mil indios dieron la paz. Los jesuitas y otros misioneros se entraron por sus tierras. El marqués de Baides entró no en Imperial, sino en las ruinas de aquella tan desgraciada como hermosa ciudad, maravillosamente situada en una elevación sobre el ángulo que forma el río de su nombre con el de las Damas, bordado de arboledas de diversos árboles frutales españoles, a la sombra de los cuales cruzan los indios en sus canoas las aguas apacibles de aquel río, mientras que por sus orillas y a grandes distancias se ven por aquel delicioso valle verdes y risueñas huertas. Entre éstas llamó la atención de Baides una, y preguntando de quien era, le dijeron había pertenecido al obispo don Agustín de Cisneros. Esta respuesta le trajo las lágrimas a los ojos, y mandó que inmediatamente se hiciesen las más eficaces diligencias para descubrir los huesos del santo prelado. En efecto, el obispo Cisneros había sido enterrado en la catedral, y al lado del evangelio del altar mayor descubrieron la caja que contenía sus huesos.

Al punto, el Marqués mandó levantar un altar para que allí mismo se le hiciesen sufragios, antes de trasladarle a Concepción. Se pusieron a obedecerle, y por dos veces oyeron una voz que decía: “No ahí, no, sino en tal huerta”. Dieron parte a Baides de esta particularidad, y mandó indagar quién había dado aquella voz. Esto no se pudo averiguar, pero sí se supo que la huerta señalada había sido de una abuela del general don Diego González Montero –allí presente a la sazón– y que acababa de ofrecer un hermoso crucifijo que poseía y que era precisamente herencia de una tía suya que había vivido allí, y había sido señora de aquella misma huerta.

Estos detalles, muy históricos y muy ciertos, son sumamente interesantes para todos los lectores en general, pero especialmente para los descendientes de aquellos valientes y perseverantes españoles, que fecundaron aquellas hermosas tierras con su sangre.

En resumen, la paz quedaba asegurada, vistas las infinitas pruebas de buena fe y de satisfacción con que los indios saludaron el día en que se fundó, y el encarecimiento con que la habían pedido. El hacha, distintivo del supremo mando de las armas, pasó de manos de Lincopichión a las de los cuatro toquis natos, cuya insignia era en todos tiempos. La vuelta de los asistentes al parlamento de Quillín¹³ fue la señal de reuniones, fiestas y romerías para todos los butalmapus, que todos celebraron la paz con el mayor entusiasmo, y empezaron muy luego a gozar de sus benéficos efectos, entablando comunicaciones y relaciones de tráfico y comercio

¹³ En el mapa está escrito Quillén; pero hemos debido conformarnos a todos los escritores, incluso Ovalle y Molina.

con los españoles; cultivando y repoblando las comarcas de donde los furores de la guerra los habían arrojado, y, finalmente, aprovechándose y gozando del fruto de las misiones de sus amigos predilectos, los jesuitas.

Baides les había prometido de evacuar la plaza de San Francisco de la Vega en Angol, y les cumplió su palabra. A su regreso a Concepción, el 7 de febrero, fue recibido con indecibles y bien merecidas demostraciones de reconocimiento. Al punto en que llegó, informó al Rey de la conclusión de la paz, pidiéndole su real aprobación y mil pobladores para sacar todo el fruto que se debía esperar de ella. El Rey quedó muy satisfecho con la nueva; pero el estado de la metrópoli llenaba demasiado su atención y sus cuidados para que pudiese distraerlos en objetos que, aunque fuesen muy interesantes, estaban muy lejanos, y eran bastante hipotéticos.

CAPÍTULO VI

Resultados de la paz. Contradicciones increíbles. Una nueva insurrección. Se aquietan los indios. Motivos que tuvieron para obrar acaloradamente.

(1641 - 1644)

Este acto del gobierno del marqués de Baidés es uno de los más solemnes, dignos e interesantes de la historia de Chile y, aunque haya excitado ciertas intemperantes críticas, no las citamos, porque realmente no nos parece que merezcan la pena. El juicio de los lectores de esta historia ha tenido hasta aquí bastantes datos para formarse y dirigirse a un fin cual es la solución del problema moral que ofrecía la interminable guerra de la Araucanía. Gloria, pues al marqués de Baidés, y honra eterna a su memoria por sus virtudes y magnánimos sentimientos, que no nacían de timidez sino de su profunda sensibilidad. La noble generosidad con que rescató –a sus expensas– a muchos cautivos españoles que, habiendo sido comprados por sus poseedores habría sido injusto quitárselos sin indemnizarlos, puso el colmo a la reputación inmortal que adquirió entonces don Francisco López de Zúñiga hombre de alma noble, grande y sensible. En cuanto a la divergencia de opiniones y sentimientos que el hecho feliz de la paz, que le fue debida, suscitó, ya se sabe que no hay más que confrontarlos con las consecuencias, para apreciarlos en su justo valor.

Y, sin embargo, ha habido escritores que han asentado –con una visible satisfacción, penosa para los lectores sensatos y juiciosos– que los indios rompieron la paz. Es muy cierto. ¿Pero cuándo y por qué causa?– ya lo veremos, y hallaremos en la verdad misma la prueba material contraria de lo que piensan y dicen; a saber: que por la paz, cesaron los horrores de la guerra; se repoblaron y cultivaron las tierras de los indios, poco antes desiertas y abandonadas; nació el comercio entre indios y españoles y, finalmente, se dejaron convertir aquéllos por los misioneros, que fueron a vivir entre ellos, y aun no tantos como los indios querían y pedían, porque su número no permitía se les diese esta satisfacción¹⁴.

¹⁴ “Nada quedaba más que levantar las antiguas poblaciones, y para ello hubieran sido muy interesantes los mil colonos que el Marqués había pedido. Con éstos y algunas mujeres de Santiago, donde la hay de sobra, muy luego se hubiese conseguido, puesto que los indios instaban continuamente para

Pero, aunque realmente un caso aciago hubiese sido causa de que se malograse el fruto de la paz, esto no habría sido prueba de que los araucanos no la querían. Lo que le sucedió al P. Luis de Valdivia con Ancanamún hubiera podido sucederle a Baides con Lincopichión, o cualquiera de los demás jefes araucanos. Pero nada de eso sucedió, ni cosa semejante. Solamente, y cerca de dos años después, se alzaron algunos indios de la cordillera, a los cuales, en resumen, los mismos araucanos redujeron a la razón. Y aun este alzamiento –muy parcial– le pareció de muy poca importancia al Marqués¹⁵.

En efecto, no hay más que leer con atención los sucesos de aquella época. En febrero, había llegado Baides a Concepción de vuelta de Quillín. En abril, marchó de allí para Santiago con el fin de ver por sí mismo y remediar los daños causados por una plaga de langostas que habían devorado todas las sementeras; y permaneció en dicha capital hasta fines de 1643, es decir, cerca de dos años. Por consiguiente, los caciques que violaron la paz, tuvieron bastante tiempo para saber por los bienes o los males que les resultaban de ella, si les convenía o no les convenía. Luego que le llegó la noticia, el Gobernador marchó a la frontera, mandó que compareciesen los caciques fronterizos y les hizo muy justas reconvenções. Los caciques se justificaron probando claramente que eran muy inocentes del hecho de la sublevación parcial de la cordillera. El Marqués no pudo menos de manifestarse satisfecho con las razones que le dieron, pero, no obstante, exigió que tomasen las armas y se le incorporasen para ir a castigar a los perjuros. Los caciques se rehusaron a hacerlo porque les repugnaba el ir a verter la sangre de sus hermanos, y dijeron que lo que harían con mucho gusto sería amonestarles y persuadirles a que se quietasen.

Baides era demasiado sensible y justo para ofenderse con esta bella respuesta, y reflexionando que la demora en semejantes casos suele ser fatal, se puso personalmente en marcha con sus tropas para ir a pacificarlos él mismo. Llegó, los atacó, los dispersó, matando a algunos y llevándose a otros prisioneros; y la cosa se acabó. Algunos dicen que tres veces tuvo que volver allá, y que el mal que les hizo ocasionó represalias por parte de ellos; que se echaron sobre la provincia de Chillán, donde capturaron personas y robaron ganados; y que batieron una partida que salió de San Bartolomé de Gamboa para atajarlos.

Así fue, o poco más o menos; pero las parcialidades de la frontera querían la paz, y este estado de cosas les perjudicaba; de suerte que enviaron a suplicar al Gobernador permitiese que el veedor general del ejército español –Fuente y Villalobos– fuese con ellos para ponerle fin pacíficamente. Villalobos –ya los lectores lo saben– era un verdadero protector de los indios, y tenía mucho influjo para con

que se hiciese, como era natural que lo deseasen en el estado de confianza de que gozaban, gracias a la sabiduría del Gobernador”. Ovalle.

¹⁵ Como se ve en el punto de una carta suya, fecha del 4 de junio de 1644, a Ovalle, hablando de dicho acontecimiento: “...Pero como los nuevos amigos no falten, poco nos importan los alzados de la cordillera. Hasta ahora, el acierto prueba que la empresa ha sido una verdadera inspiración de arriba. ¡Dios sea servido continuar favoreciéndonos con estas inspiraciones y con sus frutos!”. Ovalle.

sus compatriotas. Marchó Villalobos, con el beneplácito del Gobernador, en compañía de los araucanos de la frontera; llegaron, hablaron a los revoltosos, y sin la menor hostilidad, se restableció el orden. Veamos ahora la causa, real o aparente, de esta pequeña infracción a los tratados de Quillín.

Si los indios eran desconfiados como dicen, podría ser no careciesen de motivos para ello, y en el caso de que acabamos de hablar no obraron por inconstancia, sino tal vez por eso. La causa que tuvieron ahora para temer fue la llegada de otra escuadra holandesa con proyectos hostiles contra Chile. A la primera noticia de esta aparición, los indios creyeron que los holandeses eran españoles que venían a reforzar los que había, y someterlos de una vez, aprovechándose del descuido en que los tenía la paz. Éste fue el hecho, y al punto en que supieron con certeza que, lejos de ser españoles, los holandeses eran enemigos de éstos, se dejaron persuadir fácilmente y se aquietaron.

En suma, los jesuitas dicen que bajo el mando de Baides todo ha sido tranquilidad, sin mal suceso, ni más muerte que la de un solo capitán. Por fin, para formarse juicio de los beneficios que Chile ha debido a su gobierno, no hay más que leer la carta que el P. Diego de Rosales escribe al P. Luis de Valdivia.

He aquí ésta carta, es decir, algunos puntos sucinta y claramente extractados. Su fecha es de Arauco, a 20 de abril de 1643. Pero creemos deber dar principio con ella a un nuevo capítulo.

CAPÍTULO VII

Solución evidente de la cuestión de la paz y de la guerra. Carta del P. Diego de Rosales al ilustre P. Luis de Valdivia. Otra de un cautivo español al P. Juan de Albiz.

Esta carta se halla aquí como un monumento eterno de la verdad de los hechos. Donde no hay interés ni pasión, no hay sospechas posibles. Cuando los hechos hablan, las mejores razones son grandes sinrazones. Las peripecias que ha presentado hasta aquí la guerra de los araucanos, si por una parte han ofrecido un gran problema difícil de resolver; por otro, han hecho surgir de los mayores conflictos datos suficientes para resolverlo. Pero semejantes problemas no se resuelven nunca con oposiciones anárquicas, con pasiones ciegas y desenfrenadas, ni con presunciones que carecen del menor fundamento, como lo son siempre las de hombres muy necesarios e interesantes sin duda alguna, pero que no siendo resortes principales sino agentes sometidos a una dirección superior, deberían obrar ciegamente y no querer dirigir, con riesgo de entorpecer, parar e inutilizar la potencia del resorte principal del movimiento.

Antes de pasar adelante, debemos notar que, según la historia, el P. Luis de Valdivia debía haber fallecido en aquella fecha; pero el P. Rosales lo ignoraba, como se ve por el principio de su carta.

“Mi P. Luis de Valdivia, no he cumplido con mi deber dejando ignorar a V.R. el estado en que están las cosas de este reino. En este momento, ya se hallan cumplidos los paternales deseos de V.R., y gozamos del fruto de sus trabajos, y de las semillas preciosas que V.R. había sembrado en estos campos. El gobernador Baides acaba de levantar con su sensibilidad y su saber esta rica cosecha dando y obteniendo paz por todos lados. He aquí los interesantes detalles de este venturoso acontecimiento.

Lincopichión y Putapichión¹⁶, principales cabezas de Imperial, hacia la cordillera, y a su ejemplo, los de la costa, los de Pilmayquén, Lincoya, Paicaví, Ilicura, Contún, Purén, Tirúa, Calcoimo y Relomo, todos éstos se han acogido a la paz, espontáneamente y gozosos de volverse a sus antiguos hogares que habían tenido

¹⁶ Es cosa notable que ninguno de los escritores contemporáneos haya mencionado a Putapichión en esta gran transacción, si no es Carvallo, y ahora en este punto, el P. Rosales.

que abandonar. Ya están de vuelta a ellos con sus mujeres, sus hijos y sus ganados, y durante dos años no se ha hurtado ni un solo caballo, ni causado el menor mal por parte de ellos, ni por nuestra parte.

Es cierto, con todo eso, que el demonio les puso, al cabo de este tiempo, en la cabeza a algunos caciques de la cordillera pretextos o motivos de alterar la paz; pero el Gobernador lo supo con oportunidad, mandó prender a veinte de los más revoltosos y los declaró por traidores. Lejos de declararse en favor de éstos, los caciques de la costa salieron a recibirle hasta Imperial con diecinueve camellos del país, a los cuales dieron muerte inmediatamente en su presencia, demostrando con esta acción, cuán inocentes estaban de lo acaecido, y cuán distantes de querer romper la paz, puesto que la volvían a ratificar y sellar con la sangre de estas últimas víctimas.

Sin embargo, los de Aliante, Antiguenu, Puvincó y otros no vinieron a su encuentro. Uno solo se presentó con un camello; pero los guerreros de San Cristóbal y Talcamávida¹⁷ no lo quisieron recibir. En vista de esto, el Gobernador mandó declararles de nuevo la guerra con gran estrépito de cajas y trompetas. Óyelo los de Imperial, los amigos de Arauco y de San Cristóbal, todos los de la costa y aun algunos de la cordillera, y éstos todos unánimes y de acuerdo, intiman a los revoltosos que puesto quieren guerra, se vayan a sus tierras, y si no lo hacían, en el termino de tres días verían sus resultados.

Así sucedió, el Gobernador tuvo que imponerse a sí mismo el cruel deber de castigarlos y lo mandó ejecutar con mucho sentimiento. A unos mil que se separaron voluntariamente de los revoltosos y vinieron a someterse a Angol, los pasó Baides entre el Biobío y Laja, a fin de que estuviesen al abrigo de seducciones o de ataques. Para protegerlos, hay cien hombres en el fuerte de Angol. Tal es el estado de cosas en cuanto a lo temporal.

Hasta ahora, en lo espiritual no teníamos posibilidad de obrar con fruto; pero después de la paz, fui con el campo de Arauco por la costa visitando a los nuevos amigos, que salían a los caminos para verme, oírme y obedecerme con el mayor gusto y la más suave docilidad. Es realmente cosa de alabar a Dios el ver a estos hombres, poco ha tan feroces, ahora tan mansos, blandos e inteligentes, prestándose a oírme y recibiendo con ansia la fe, cuyos misterios les parecen cosa maravillosa y los llenan de júbilo. La lengua me es ya tan familiar, que no la cedo en esto a ninguno de nuestros hermanos, si no es al P. Juan Moscoso, el cual es criollo y se ha ejercitado más en ella. Somos tres aquí en Arauco; hay otros tres en Buena Esperanza y cuatro en Chiloé. Sería necesario que hubiese muchos más operarios.

Los PP. continuaron residiendo en el castillo, donde V. reverencia los había dejado, y yo también viví en él algunos años con el P. Torrellas, que ha ido a recibir de Dios el premio de sus grandes merecimientos; pero como era demasiado estrecha esta habitación, hice añadir una iglesia exterior que dicen se aventaja a la del colegio de Penco. Voy edificando poco a poco nuestra casa, haciéndola capaz de albergar muchos misioneros.

Todo se debe, y todo lo debemos al gran espíritu de V. reverencia. La memoria de sus hechos está tan fresca como el primer día. ¿Y cómo no lo ha de estar, componiéndose nuestras hermosas cosechas de lo que ha sembrado vuestra reve-

¹⁷ Talcamahuida, Talcamauida y Talcamávida son una misma cosa: pero los fidedignos en este punto escriben Talcamávida, y así se ve en el mapa.

rencia? No hay más que preguntárselo a los indios de Arauco, o por mejor decir no hay más que oírles, sin preguntárselo: ‘A mí me ha bautizado Valdivia’, ‘y a mí también’, ‘y a mí también’, y centenares, miles de voces se levantan a porfía ensalzando el nombre de Valdivia. ¿Qué gozo no tendría V. reverencia en volver a ver estos terribles hombres de Purén, de Ilicura y de Paicaví, tan dóciles y mansos a sus suaves persuaciones? Cuando les digo que V. reverencia vive, y que pueden estar seguros no los ha olvidado, se admiran pareciéndoles cosa imposible. Dios quiera que dure muchos años su admiración. Ruego a V. reverencia no se olvide de mí en sus oraciones. Arauco, a 20 de abril 1643”.

Concluyamos el capítulo con un extracto de un cautivo español, llamado Francisco de Almendras, al P. Juan de Albis, fecha de 29 de marzo de 1643.

“¡Cuánto me holgaría, padre mío de mi alma, de poder ir a confesarme con V. paternidad! Una sola vez lo he podido hacer en el espacio de cuarenta años del cautiverio en que estoy. Ya he escrito muchas veces al señor Marqués anunciándole y atestiguando el vivo deseo que tienen estos indios de que vengan con asiento muchos PP. jesuitas a sus tierras. Toda esta gente, desde Imperial (donde yo vivo) hasta Valdivia, Osorno y Villarrica tienen los mismos deseos; pero quieren que sus misioneros sean PP. de la Compañía de Jesús por causa de sus ejemplares virtudes en las cuales se pueden fiar, sin temor de que les quiten a sus mujeres y a sus hijas, como lo hacían los curas de otro tiempo, cuyos excesos escandalosos tienen muy presentes algunos ancianos que aún viven.

He esperado mucho tiempo que V. paternidad vendría con el P. Francisco Vargas, o con otro; mas ya que el señor Marqués no se lo ha permitido, pido por el amor de Dios a V. paternidad se llegue hasta el fuerte de Nacimiento, donde trataremos de lo concerniente a mi salvación y a la de los míos, pues tengo muchos hijos y nietos. En caso que V. paternidad no pueda por sí mismo, hágame la caridad de enviarme algún otro padre de la Compañía; porque, aunque estoy a treinta leguas de dicho fuerte, con su aviso me pondré al punto en camino con mis hijos y allí esperaré.

Dios recompense a V. paternidad del agasajo que han recibido en su santa casa estos caciques y su séquito. Continuamente hablan de ello con el más encarecido reconocimiento.

He recibido el catecismo y demás autos de devoción que V. paternidad se ha servido remitirme, los cuales, luego que los he vuelto a saber de memoria, los he dado a mi amigo Gaspar Álvarez, que se halla cautivo conmigo”.

CAPÍTULO VIII

Envía el Gobernador socorro de tropas al de Buenos Aires, amenazado de una invasión por parte de Brasil. Armada holandesa. Da muerte su comandante al de la isla de Chiloé. Muere el general holandés. La escuadra en Valdivia y su desembarco. Los holandeses se fortifican. Experimentan escasez de víveres y deserciones. Tienen que retirarse. Equipa el virrey de Perú una escuadra. Reedificación de Valdivia.

(1644 - 1646)

Para mayor abundamiento de cuanto queda dicho de los buenos efectos de la paz, añadiremos que en las actas del cabildo de Santiago está escrito, que el 2 de abril de 1642, acordó esta corporación se hiciese una procesión con misa cantada y sermón en acción de gracias por la paz, y por las redenciones que se habían hecho de cautivos.

El 13 de diciembre, Baides pasó de Concepción a Santiago con el objeto de aprontar un socorro de tropa que le pedía el gobernador de Buenos Aires, temeroso de una invasión de portugueses de Brasil, sublevados en América contra España, a ejemplo de la Península. El socorro pedido por el gobernador de La Plata, y enviado por el de Chile, se compuso de doscientos hombres bien armados y equipados¹⁸. Baides volvió muy luego a la frontera, marchándose de Santiago a principios de 1643.

Todo el reino de Chile gozaba, pues, de una satisfacción grande, debida a su Gobernador, cuando he aquí un nuevo acontecimiento que la entristeció inopinadamente. Un día, los habitantes de Concepción vieron entrar impensadamente una piragua en el puerto, en la cual había un jesuita. ¿De dónde podía venir un jesuita solo en un piragua? Nada menos que de la isla de Chiloé. Tal había sido el arrojado del P. Domingo Lázaro. Es verdad que el objeto de este arriesgado viaje por una mar borrascosa en tan frágil bajel, lo justificaba sin disminuir su mérito, puesto que el P. Lázaro lo había emprendido para llevar al Gobernador la noticia de que una poderosa armada holandesa había invadido la isla de Chiloé con preparativos que anunciaban una gran empresa. Bien que, por orden del virrey de Perú, Valpa-

¹⁸ A expensas del obispo de Santiago, Villarroel, que hizo este gran desembolso en servicio del Estado. Carvallo.

raíso se hallase fortificado y armado con cañones de bronce fundidos en Lima en 1640, de los cuales algunos fueron posteriormente enviados también a la plaza de Valdivia, el Gobernador tuvo por conveniente despachar sobre la marcha al mismo jesuita P. Lázaro con el maestre de campo Soberal para que fuesen a comunicar el acontecimiento al Virrey. Como de costumbre, el admirable cabildo de Santiago costeó los gastos del viaje, aprontando dos mil quinientos pesos, no obstante sus grandes apuros. Vengamos a la armada holandesa.

Ésta expedición era mandada por *Hendrick Brower*¹⁹, cuyos proyectos e instrucciones selladas –que tenía orden del conde Mauricio de no abrir hasta que se hallase en el mar del Sur– eran el hacer alianza con los naturales de Chile contra los españoles, con el fin de formar allí establecimientos holandeses. Para eso, equiparon tres navíos de alto bordo, que eran el *Amsterdam*, la *Concordia* y el *Flesingue*. Brower había salido del Texel el 6 de noviembre de 1642, y arribó a Fernambuco el 22 de diciembre para concertarse con el conde de Nasao, gobernador general de las posesiones holandesas en aquellos parajes. El almirantazgo de allí reforzó su escuadra con el navío el *Naranja* y el yatche *Delfin*. El 15 de enero volvió el almirante holandés a salir al mar con rumbo al estrecho de Lemaire, a cuya orilla occidental ancló el 18 de marzo en la bahía de Valentín. Desde aquí, puso la proa a la isla de Chiloé, y llegó a ella el 1 de mayo.

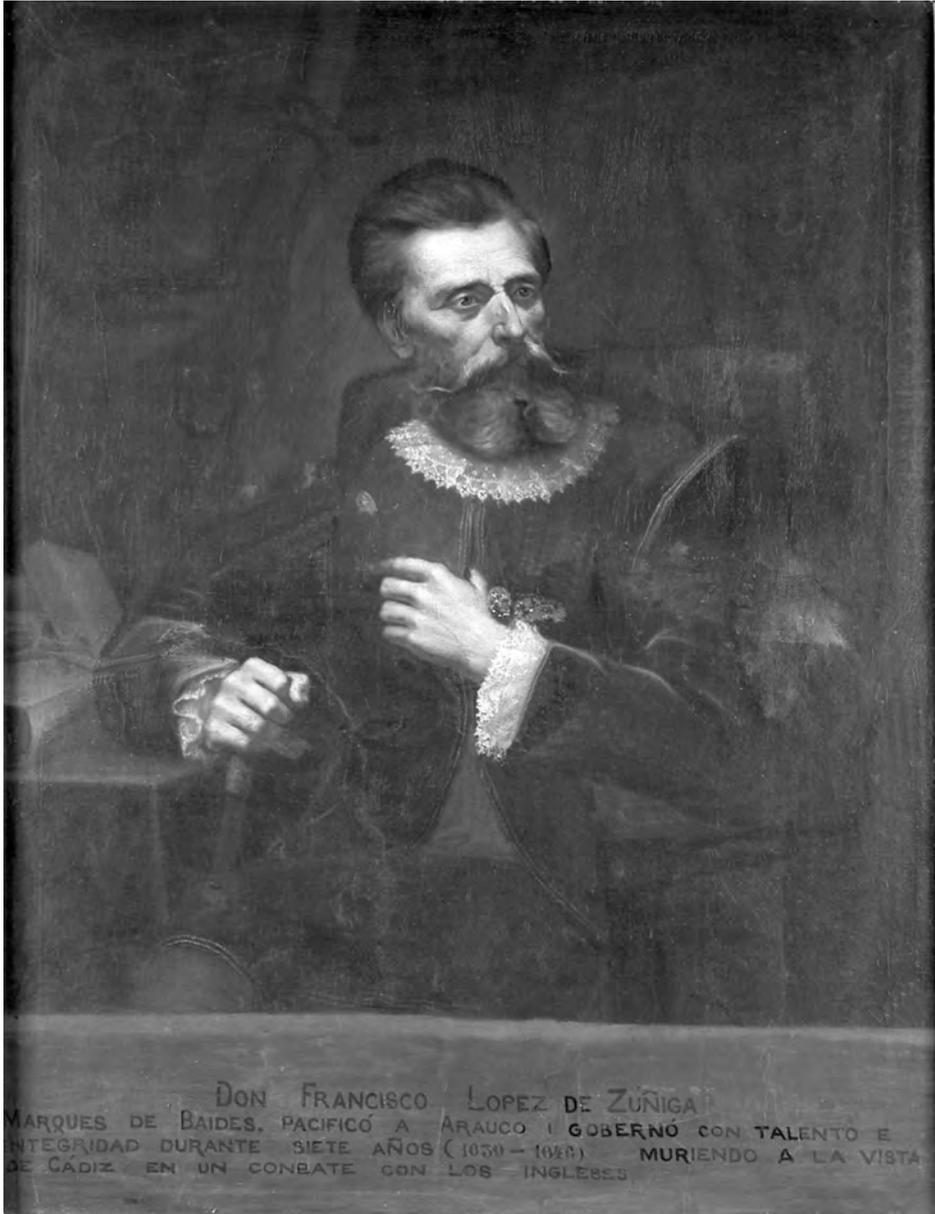
Después de haber empleado cinco o seis días en buscar un ancladero cómodo y seguro, Brower fondeó al norte de la isla en un puerto que dicen tomó el nombre del Almirante²⁰, y mandó poner a la orilla de un río –a dos leguas más arriba de su desemboque en el mar– una bandera blanca, una navaja y un collar de perlas de vidrio; pero al instante vieron bajar un hombre a caballo de una colina, donde había una multitud de hombres, mujeres y muchachos mirando a los recién venidos, el cual arrojó con resolución al agua la bandera, la navaja y el collar. Las llanuras circunvecinas estaban cubiertas de caballos y de ganados pastando. Los naturales habían salido todos de sus habitaciones, cerrando la puerta y poniendo delante de ella una cruz, cuyo aspecto fue para los holandeses una seña clara y evidente de que los habitantes de aquella tierra debían estar bautizados y sometidos a los españoles.

El 16, el mayor *Blaeuwebeck*²¹ de la escuadra, que se hallaba a la sazón a bordo del yatche con una compañía, vio a la orilla del río algunos soldados de caballería, cuyo lenguaje no comprendieron los holandeses al principio, hasta que oyeron que decían en español muy claro, que los holandeses no iban con buenas intenciones. Oyendo esto, el mayor de la escuadra, lejos de probar lo contrario, mandó amainar la bandera blanca que flotaba en el yatche e izar la encarnada, y bajo la

¹⁹ Este nombre propio ha sido pronunciado y escrito de diferentes maneras –como era natural– que no se le semejan ni de muy lejos. Unos han escrito *Brun*; otros, *Brunt*; otros *Brehaut*. Warden, que ha sido un cónsul general de Estados Unidos de América en París, y que ha escrito la cronología histórica de América, lo escribe como se ve. Su pronunciación en español es *Brauer*.

²⁰ También se llama: *el Puerto Inglés*, dice Warden, a quien tomamos algunos de los detalles de este acontecimiento.

²¹ Pronunciación aproximada *Bliubeck*.



DON FRANCISCO LOPEZ DE ZUÑIGA
MARQUÉS DE BAIDES. PACIFICÓ A ARAUCO I GOBERNÓ CON TALENTO E
INTEGRIDAD DURANTE SIETE AÑOS (1050-1060) MURIENDO A LA VISTA
DE CÁDIZ EN UN COMBATE CON LOS INGLESES

protección del fuego del yatche, desembarcó con sus soldados, se internó hasta cierto trecho hasta que pudo coger una familia chilena compuesta del hombre, de la mujer y de dos muchachos; pero no pudiendo sacarles una palabra, resolvió ir a buscar informaciones a otra parte.

El 19 se fue con el yatche y la chalupa a Carelmapu, donde había un fortín que atacó y del cual se apoderó, aunque con pérdida de seis hombres²²; pero no halló dentro más que algunos soldados y caballos y a un indio que se llevó.

Por otro lado, Brower había sido más feliz que su mayor, y habiéndose enterado de que Castro era la capital del archipiélago de Chiloé, puso la proa en su dirección, y el 6 de junio entró por el canal que separa la isla del continente, hasta dar vista a la ciudad. El comandante de la plaza, don Andrés Muñoz de Herrera, que quiso oponérsele, fue muerto con la mayor parte de sus soldados, y los holandeses, que iban diciendo a los indios que ellos no eran bárbaros ni sanguinarios, y que no hacían mal a nadie, saltaron en tierra, pillaron, incendiaron y cometieron mil profanaciones, achacando después una parte de estos excesos a los pobres habitantes, de los cuales contaban habían levantado los techos de sus casas, y las habían incendiado ellos mismos antes de abandonar la ciudad. Lo único que confesaban era que habían saqueado un poco, omitiendo que habían incendiado una inocente y pacífica nave que estaba para alargarse.

No quedándole que hacer allí, Brower se fue, y el 8, fondeó en una islita al norte de Valdivia. Todas las hazañas que hizo por de pronto se redujeron a coger y llevarse prisionera a una pobre vieja española, que se llamaba Luisa Pizarro y tenía setenta y cinco años, con el fin de que ésta les enterase de las fuerzas y otras particularidades de los españoles. El 17, los holandeses cogieron a tres naturales, y con ayuda de la viejecita española les dieron a entender que los podrían en libertad, si querían ir a decir a los suyos que los holandeses no eran un pueblo bárbaro, y que no iban para hacer mal a los chilenos, sino bien, uniéndose con ellos contra los españoles. Sería muy difícil el poder asegurar si los naturales lo creyeron o no lo creyeron. Lo cierto es que, al día siguiente, les llevaron víveres en cambio de armas de Europa. Hendrick Brower era naturalmente de humor tético, y padecía además una enfermedad que se agravaba con la más mínima contrariedad. Viendo cuán poco progresaba, y cuán frecuentes eran las borrascas, se le irritaron los humores en tal manera, que murió, por decirlo así, inopinadamente, el 7 de agosto, pidiendo que le enterrasen en Valdivia.

Elías *Harckmans*, que tomó el mando de la escuadra, entró el 21, en el río de Valdivia. Al principio, los naturales le llevaron provisiones por armas, y probablemente lo que les contó de que el gobernador de Castro había hecho ahorcar a muchos de los suyos²³ los hubiera atraído; porque, en efecto, ya habían llegado a

²² No vemos en ninguna parte el nombre del oficial que mandaba ésta fortificación, que probablemente no era más que pasajera.

²³ Claro es que Harckmans fabricaba una historia, puesto que el comandante de Castro había sido muerto por los holandeses. Por otra parte, ahora se ve el motivo secreto que habían tenido algunos caciques de la cordillera para sublevarse.

verse con ellos muchos caciques cumcos y de Osorno. Pero, un día, los holandeses tuvieron la inadvertencia de preguntar dónde estaban las minas de oro, y desde el mismo instante, los naturales arrugaron las cejas, los miraron con sospecha, y finalmente no les llevaron más víveres. Sin embargo, continuaban fortificándose en Valdivia, aunque también padecían escasez de materiales, por habérseles perdido en un temporal un transporte muy importante cargado con instrumentos y materiales de construcción. Poco a poco, su situación llegó a ser imposible, y las deserciones empezaron a hacer ver a Harckmans que lo más seguro sería volverse a la mar.

Entretanto, el consejero del almirantazgo *Elbert Crispinsen* había vuelto a Fernambuco con el *Amsterdam* para dar cuenta del progreso de la expedición y traer refuerzos; pero diez días después, el 26 de septiembre, Harckmans perdió la última esperanza que tenía de poderle aguardar allí en una conferencia que tuvo con algunos caciques, los cuales le expusieron la imposibilidad en que se hallaban de suministrarle provisiones, puesto que ellos mismos carecían de ellas; que en otra ocasión, por ejemplo, de allí a dos años, lo podrían hacer mejor. A esta insinuación política, se siguieron algunos actos hostiles de parte de los naturales, de modo que, por de pronto, los holandeses dejaron a Valdivia y pasaron a la isla de Constantino, desde donde pusieron a la vela el 18 de octubre para volver a Fernambuco. Éste fue el resultado de la famosa expedición Brower, compuesta, como se ha visto, de cuatro navíos de alto bordo y un yatche, en los cuales llevaba noventa y dos piezas de artillería, treinta y cuatro de bronce, y cincuenta y ocho de hierro, con suficientes tropas y pertrechos, materiales e instrumentos de construcción.

Mientras tanto, el virrey de Perú, don Pedro de Toledo y Leiva, marqués de Mancera, había recibido el parte que le habían llevado el jesuita Lázaro y el maestro de campo Villanueva y Soberal de la venida de la escuadra holandesa, y había tomado medidas inmediatamente para enviar una poderosa armada no sólo con el designio de desalojar a los holandeses sino, también, de repoblar y fortificar la plaza de Valdivia. El 31 de diciembre salió de Callao una escuadra de diez navíos²⁴ con mil doscientos soldados²⁵ y la más brillante artillería de bronce que se hubiese visto hasta entonces, bajo el mando de su propio hijo primogénito, don Antonio de Leiva, al cual suministró setecientos mil ducados para que llevase a buen fin su empresa. Esta expedición no habiendo llegado a su destino hasta el 6 de febrero de 1645, no tuvo enemigos que expulsar, puesto que los holandeses se habían retirado en octubre del año anterior. Pero se halló muy a punto para reedificar la ciudad de Valdivia y fortificarla, según las intenciones del Virrey, el cual contaba, sin duda alguna, con la real cédula que muy luego le llegó para que ejecutase este proyecto²⁶.

Don Antonio de Leiva, su hijo, mandó poner manos a la obra, al punto en que desembarcó su gente en la isla de Constantino, y en poco tiempo, a fuerza de áni-

²⁴ En un manuscrito de Alcedo, se lee sólo seis buques. Los diez los asienta Ovalle por cartas escritas de Perú mismo, en la misma época y actualidad de los hechos.

²⁵ Algunos autores dicen ochocientos.

²⁶ Bajo la invocación de María.

mo y de brazos, se hallaron obras y trabajadores a cubierto. Entretanto, habiendo recibido aviso de que el gobernador de Chile estaba en marcha para apoyarle, si era necesario, le envió a decir que era inútil y que no había para qué se tomase la molestia, ni cansase sus tropas. Esta respuesta la recibió Baidés hallándose sobre el Quepe, desde donde regresó a Concepción. Sobre este hecho, el P. Diego de Rosales, superior de las misiones de Arauco, escribía al P. Ovalle; que la reconstrucción y repoblación de Valdivia se habían ejecutado como por encanto, gracias a los medios poderosos empleados para ello, y a la unión de voluntades tanto de parte de los que mandaban y dirigían, como de los que obedecían y ejecutaban; que cuatro jesuitas habían asistido a esta interesante obra. “En cuanto a mí, dice Rosales, he ido tres veces a Purén, Paicaví, Ilicura y Tirúa, y siempre con frutos de bendición. Los indios son cada día más dóciles. El P. Juan Moscoso se apresta en este mismo instante para hacer el mismo viaje”.

Concluamos que los indios fueron fieles a los tratados no sólo no haciendo alianza con los enemigos de los españoles sino, también, ofreciéndose a unirse a éstos para expulsar a los otros²⁷.

²⁷ Entre los rasgos de patriotismo y de arrojo de los españoles, todos los autores cuentan que hubo veinte, cuyos nombres por desgracia quedaron ignorados, los cuales, con el beneplácito del Gobernador, se arriesgaron hasta Valdivia a reconocer. Bien que los holandeses se hubiesen ya marchado, el hecho no es menos de anotar, puesto que iban para asegurarse de ello.

CAPÍTULO IX

Duración de la paz. Cuestión de preferencia de invocación a la Virgen en el cabildo de Santiago. Cuestión de esta misma preferencia por parte de la Audiencia y del Obispo. Razones de esta preferencia. Reemplazo de Baides. Su salida de Santiago. Su muerte gloriosa.

(1645 - 1646)

El Gobernador, de regreso del Quepe llegó a Concepción el 22 de marzo. En todo este año no hubo sucesos notables. Sólo la ciudad de Santiago, que era la piedra fundamental del gran edificio del reino y centro de todos sus padecimientos, tuvo en esta época que gemir con una nueva calamidad, cual fue una epidemia de viruela que causó una gran mortandad, y obligó al Cabildo y a sus vecinos a apelar al auxilio de la religión, haciendo rogativas a san Sebastián con novenas, y procesiones de la iglesia de la Merced a la catedral.

Hubo otro cabildo muy prolongado, en el cual tenían los capitulares que debatir una muy grave cuestión, a saber: el cumplimiento de una real cédula de 10 de marzo de 1643, en la cual mandaba el Rey que las ciudades de Chile celebrasen una fiesta a la Virgen, bajo la invocación que fuese más de la devoción de cada una. Era un verdadero conflicto, y en efecto, la sesión fue larga y animada, porque era caso arduo el votar por Nuestra Señora de las Mercedes más bien que por la del Rosario, o por ésta, de preferencia a la del Socorro. Por fin, esta última obtuvo la mayoría, y fue proclamada reina y señora de aquella santa función.

Pero éste voto dado a Nuestra Señora del Socorro por el Cabildo no puso fin al conflicto; lejos de eso, tal vez complicó la grave cuestión de que se trataba. Los cabildantes, entrando en deliberación sobre esta materia, habían usado de un derecho que creían incontestable; pero el Obispo y la Real Audiencia tuvieron distinto modo de pensar, y persuadidos que a ellos les competía y no al Cabildo el nombrar la Virgen a quien se habían de elevar los corazones y las plegarias en el día señalado, nombraron a Nuestra Señora de la Victoria, la cual fue colocada, en virtud de este nombramiento y sin apelación, con su peana en el altar mayor de la catedral.

La excusa que S.S. Ilustrísima y sus señorías de la Audiencia pudieron haber tenido para dar un tal desaire al Cabildo, ha sido que, según la tradición, la imagen

de la Virgen de la Victoria, nombrada por ellos, había sido rescatada por Felipe II de los moriscos de Granada, al mismo tiempo que el santo Cristo de la Vera Cruz, que se venera en la iglesia de la Merced; y que dicho Monarca hizo don de estas santas imágenes a la ciudad de Santiago. Por lo demás, el derecho del Cabildo para ser juez en la materia era el más incontestable, siendo el más natural, y su elección se había fundado en la particular devoción que inspiraba Nuestra Señora del Socorro, como abogada y protectora que era de la ciudad de Santiago desde su fundación y la de su cabildo, el cual tuvo que resignarse con el consuelo de que la madre de Dios era una sola bajo las diferentes invocaciones con que la veneran sus devotos, y que la tradición sobre Nuestra Señora de la Victoria y el rey Felipe II no podía menos de ser respetada por todos.

Mientras tanto, el marqués de Baidés, después de su regreso a la frontera, estableció las casas de conversión de Santa fe, San Cristóbal y Santa Juana bajo la dirección de los jesuitas; fortificó las plazas de la línea y reforzó sus guarniciones, y satisfecho de haber llenado sus deberes en todo según su severa conciencia, se volvió a Concepción, donde esperó tranquilamente la llegada de un sucesor, que ya le había sido anunciado, y que él mismo había pedido más de una vez, como el Rey mismo lo dice²⁸. Con esta noticia, envió a su mujer y a su familia para que le esperasen en Lima. A principios de mayo llegó su sucesor a Concepción y le entregó el mando, después de lo cual salió para Santiago a despedirse del Cabildo y darle gracias por el celo de su cooperación al buen éxito de sus actos administrativos tanto en la guerra como en la paz. Allí se mantuvo hasta el primero de octubre que marchó a embarcarse en Valparaíso para Callao.

El sentimiento con que el Cabildo, la Audiencia, el Obispo, la ciudad y todo el reino vieron marchar a Baidés se colige de lo venturoso de su gobierno, y así fue que le colmaron de bendiciones. Por lo mismo, no nos detendremos en apologías superfluas, puesto que los ánimos de los lectores no pueden menos de hallarse muy conformes con los de los habitantes de Chile, y dejaremos a un lado todo lo que nos dicen del mérito de este gran Gobernador los escritores de aquellas cosas, incluso, el mismo Ovalle. Las alabanzas mayores y más dignas de hombres como el marqués de Baidés se hallan contenidas en la relación de sus hechos, y en las sensaciones que produce su nombre. Pero no por eso le dejaremos tan pronto, y los lectores nos agradecerán que los conduzcamos en pos de él, para ver cuál ha sido su suerte.

¡Desgraciada, infausta suerte! Porque este hombre tan pacífico que prefería los beneficios de la paz a las más brillantes conquistas de las armas, era no sólo el más grande hombre de guerra que hubiese mandado en Chile sino, también, el de más valor personal, el más intrépido y aun temerario de todos los militares del universo.

Se embarcó, como hemos dicho, en Valparaíso; llegó a Perú; vio al Virrey; recibió sus elogios y salió de Callao²⁹ por fines del año 1556, con su familia para

²⁸ Real cédula fechada en Zaragoza a 22 de noviembre de 1645. Carvallo.

²⁹ En su manuscrito de la historia de Chile, Alcedo dice que salió con un convoy de galeones, que en este mismo punto partió por el mar del sur para España con cuantiosas cantidades de oro y plata

España. Navegó viento en popa hasta dar vista a Cádiz, con la perspectiva feliz de verse muy pronto cubierto de lauros y de aplausos hasta por el mismo Soberano.

Pero a una vida tan gloriosa correspondía un fin, tal vez, más glorioso. España estaba en guerra con los ingleses, y había guardacostas de esta nación en aquellas aguas. Uno de éstos ataca al navío donde iba Baides, el cual toma el mando, y se defiende a pesar de la superioridad de fuerzas del enemigo sin querer rendirse, y se defiende hasta que su nave acribillada de cañonazos se incendia finalmente. Entonces, muere el heroico gobernador de Chile; muere su mujer; y se salvan sus hijos, se salvan porque los enemigos mismos los sustraen a las llamas, y los llevan prisioneros a Londres.

Al volver en libertad a su patria, uno de ellos, don Francisco de Zúñiga, tomó el hábito de la Compañía de Jesús; volvió a Chile; fue uno de los misioneros más celosos; llegó a provincial y murió en Concepción en edad muy avanzada.

del erario, y muchas pertenencias a particulares. Sin embargo, Pérez García, citando al mismo Alcedo, no menciona una sola palabra de esto y se limita a decir que se embarcó en Callao. Otros dicen que marchó por Panamá.

CAPÍTULO X

Gobierno de don Martín de Mujica. Propone ratificar la paz. Segundo parlamento. Ratificación. Incidentes. Adiciones a los artículos anteriores. Fiestas y regocijos. Retíranse las partes contratantes. Regreso del Gobernador a Concepción.

(1646 - 1647)

Es cosa de admirar el consumo de generales ilustres que hizo la guerra de los Araucanos. Don Martín de Mujica, caballero del hábito de Santiago, ha sido uno de ellos, habiéndose acreditado mucho en las guerras de Flandes, donde sus brillantes servicios le habían hecho alcanzar el empleo de maestro de campo. Ya le hemos dejado reconocido por el cabildo de Concepción. El de Santiago no tardó en enviarle su cumplido de bienvenida por el regidor Ruiz de Gamboa, mientras en la capital se hacían los preparativos acostumbrados para recibirle en persona, para lo cual ya el caballo, silla y dosel de aparato estaban prontos. El cabildo de la capital no reparaba en gastos ni en sacrificios cuando se trataba de asuntos de dignidad nacional, y, muy luego después, tuvo que hacer aprestos de ornatos tristes y fúnebres para honrar y llorar la muerte de su Gobernador pasado. Era admirable el cabildo de Santiago.

Halló, pues, Mujica, a su entrada en el gobierno, una paz sólida; un buen ejército; la plaza de Valdivia restaurada, poblada y fortificada, y Valparaíso y Arica puestos en buen estado de defensa por el hijo del Virrey. Pero a poco tiempo, recibió la mala nueva de la muerte del comandante de Valdivia, que era el benemérito don Alonso de Villanueva y Soberal. Para su reemplazo, nombró Mujica a don Francisco Gil de Negrete, el cual marchó sin demora para su destino por tierra, llevando reses vivas y otras provisiones de que carecían los moradores y la guarnición de Valdivia, bajo la protección de una pequeña escolta.

Por lo demás, el nuevo Gobernador no mudó de empleados, ni quitó empleos. Rebolledo quedó con el suyo de maestro de campo; y el de sargento mayor lo dio a don Ambrosio de Urrea.

Cosa particular, Negrete fue atacado impensadamente por los caciques Mariantú, Carihuanque y Catinaguel, los cuales le quitaron el convoy, y Dios sólo sabe cómo él mismo y algunos soldados de la escolta pudieron llegar a salvo a Valdivia. Esta novedad, que sería efectivamente una prueba de la inconstancia y

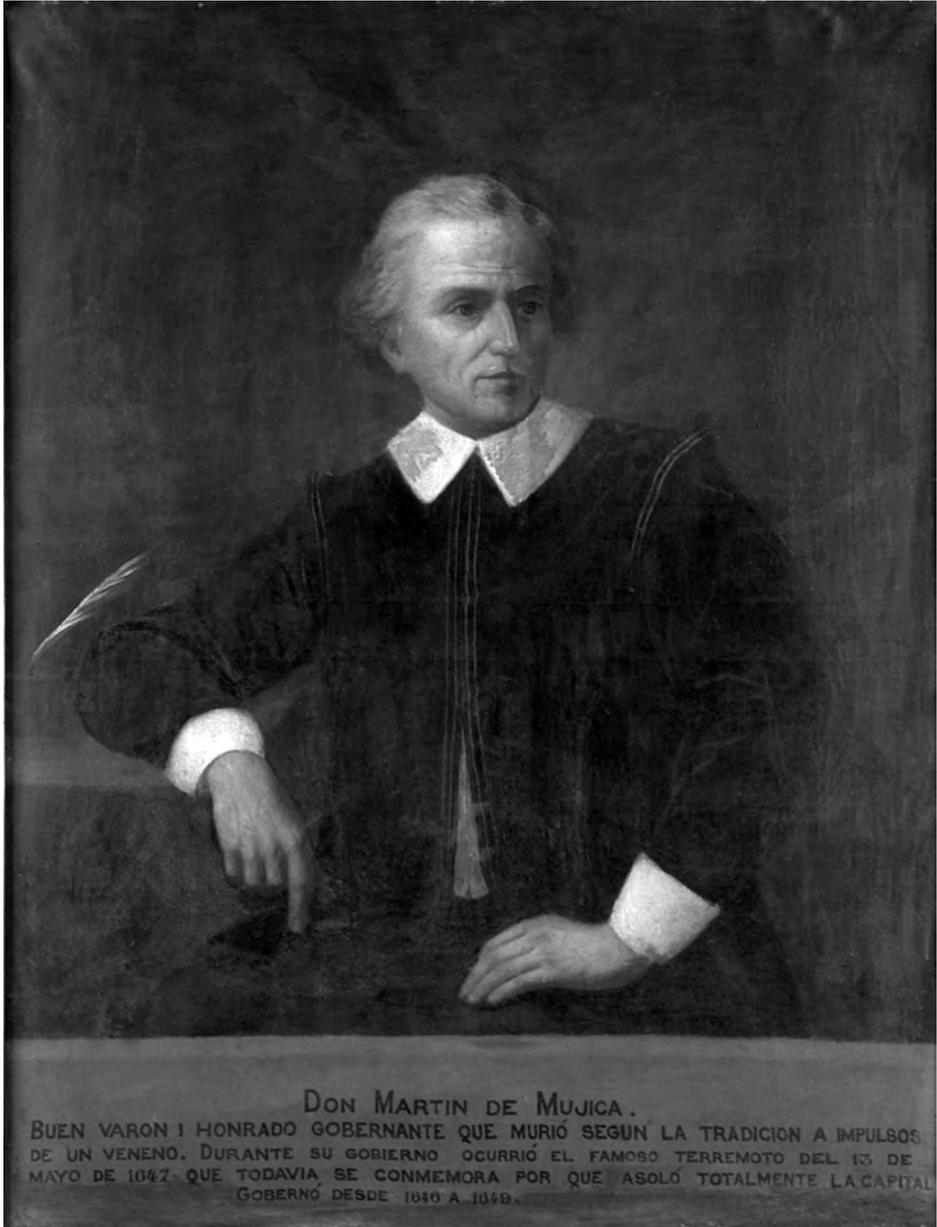
mala fe que se atribuyen a los indios, tendrá probablemente algún misterio que tal vez la historia aclarará. Mientras tanto, Mujica, que deseaba mucho la paz, creyó oportuno para mantenerla sólidamente el no dejar dudas ni sospechas sobre este particular a los araucanos, y envió al veedor general Villalobos³⁰, muy querido de ellos, para proponerles su ratificación en un nuevo parlamento, que sería celebrado al año siguiente, en Quillín de Purén, por el mes de febrero. Tomadas estas medidas, marchó de Concepción para Santiago, donde fue recibido y reconocido con los honores y fausto acostumbrados, el día 26 de septiembre, por el Cabildo y por la Audiencia.

Moscoso y Villalobos, a su vuelta, le informaron de que los butalmapus estaban muy conformes en la ratificación propuesta, y que el día 15 de febrero del siguiente año, concurrirían todos los caciques al parlamento de Quillín. Con esta ocasión, el Cabildo y la ciudad tuvieron el inevitable sentimiento de oírse pedir soldados, vecinos y encomenderos para mayor ostentación y solemnidad de dicho congreso. Con todo eso, viendo la moderación con que el Gobernador exigía este sacrificio, diciendo en su oficio que bastaban diez individuos de cada compañía, y veinte de la de su señoría, no tuvo ánimos para oponerse a su pretensión, y en el término de tres días, los hombres pedidos, que eran de los más distinguidos de la ciudad, en gran parte, y de caballería, se hallaron acuartelados con su armas y caballos. El Gobernador había obrado con tanta circunspección en su oficio, hecho en forma de proyecto o auto –que fue presentado en el consejo por el alcalde Antonio de Zavala– que ni siquiera lo había firmado; y esta circunstancia fue una razón más para que el Cabildo le honrase con una pronta obediencia.

Salio Mujica con estas tropas de Santiago hacía mediados de noviembre, y el 29, celebró la pascua en Aculeo, desde donde prosiguió a Yumbel de la frontera. Allí estableció sus cuarteles, y concentró las tropas con que pensaba ir a Quillín. Estas fuerzas, que ascendían a cuatro mil hombres, se componían de la tropa escogida de cada fuerte formando columnas del porte el más marcial y completamente provistas de todo lo necesario. De suerte que al llegar a Quillín con el Gobernador a la cabeza, causaron la misma sensación a los araucanos, que si éstos no hubiesen visto nunca tropas españolas; porque su pasión dominante eran las armas y la guerra. Es verdad que en este instante se hallaban poseídos y penetrados de sentimientos benévolos por reconocimiento hacia Mujica, el cual había tenido la buena política de congraciarse con ellos dando libertad al capitán Chicaguala –que había sido hecho prisionero por Baides en su última campaña –y a otros principales caciques araucanos que habían participado de la misma suerte.

Al día siguiente, 24 de febrero de 1647, se celebró el segundo parlamento de Quillín, y la paz quedó ratificada con aplauso general, no obstante un melancólico suceso que no podía menos de entristecer los ánimos, por muy dispuestos que se hallasen a la alegría y al regocijo. Este suceso fue que los tres caciques Carihuan-

³⁰ Con Villalobos –dice Carvallo– fue el P. Juan de Moscoso, de la *extinguida* Compañía de Jesús. Al parecer, este escritor confundía la división de la provincia de la Compañía con su extinción, de la cual nadie ha hablado hasta ahora.



DON MARTIN DE MUJICA.
BUEN VARON I HONRADO GOBERNANTE QUE MURIÓ SEGUN LA TRADICION A IMPULSOS
DE UN VENENO. DURANTE SU GOBIERNO OCURRIÓ EL FAMOSO TERREMOTO DEL 13 DE
MAYO DE 1647 QUE TODAVIA SE CONMEMORA POR QUE ASOLÓ TOTALMENTE LA CAPITAL
GOBERNÓ DESDE 1646 A 1649.

que, Catinaguel y Mariantú, que habían atacado a Negrete en el camino para Valdivia, tuvieron la osadía de presentarse en el congreso. Mientras duró la deliberación, el Gobernador se contuvo; pero el ceremonial una vez concluido, les mandó comparecer y les reconvino con severa autoridad. No teniendo excusas plausibles que dar, imploraron su perdón; pero Mujica respondió que no hallándose allí por entonces como potencia justiciera ni ejecutiva, lo que podía y le correspondía hacer era referirse al juicio y decisión de los demás caciques y capitanes de guerra sus compatriotas, sobre la gracia o el castigo que merecía su desleal infracción a los tratados estipulados y jurados por ellos en aquel mismo sitio.

Entraron los caciques y capitanes de guerra en consejo, y al cabo de una bastante larga deliberación, votaron todos que los culpables debían ser entregados, no a la clemencia, sino a la justicia del Gobernador, como dignos del más riguroso castigo. Aceptó Mujica, y para que sirviese de escarmiento su suerte, los mandó decapitar, y exponer sus cabezas en diversas encrucijadas de caminos³¹.

Acto de vigor ha sido éste que ha debido costarle mucho al Gobernador español; pero la política lo exigía tal vez. En efecto, produjo una profunda sensación; mas Mujica lo había previsto, y como por entonces no era necesario afligir los ánimos, dio la señal de los regocijos, y la artillería, la música, las voces y el movimiento de un gentío inmenso los distrajeron de modo que no era fácil el permanecer dominado por serias reflexiones. Después vendrían éstas, y con ellas los efectos saludables que se esperaba produjesen. Lo restante del día lo pasaron, araucanos y españoles, fraternizando en infinitas maneras de entretenimientos y festines, y haciéndose recíprocamente promesas de eterna amistad y de inalterable lealtad.

Los artículos adicionales que se estipularon en esta ratificación fueron: que los indios suministrarían a la plaza de Valdivia todos los auxilios de que pudiese necesitar y que ellos pudiesen darle; que el camino de la frontera a dicha plaza se hallaría siempre libre y seguro para los convoyes, tropas y viajeros españoles, bajo la responsabilidad de los mismos naturales; que los españoles levantarían sin ninguna oposición sus antiguas poblaciones, y otras nuevas donde más lo tuviesen por conveniente.

Éstas ratificaciones produjeron excelentes resultados, y por de pronto, el más esencial e inmediato fue el de la recíproca confianza que las dos partes contratantes cobraron, en vista de la perseverancia de cada una. Éste era un gran punto, sobre todo de parte de los indios, cuya desconfianza, justa o injusta, real o supuesta, era motivo o pretexto para alterar cuando menos se esperaba la buena correlación mejor establecida. El episodio trágico de aquel día, olvidado en el aturdimiento del tumulto, no podía menos de recordarse después y de producir reflexiones fa-

³¹ Pérez-García refiere que los tres delincuentes no se presentaron en el congreso; que su ausencia fue notada; que Baides pidió le fuesen entregados; que se los entregaron, e hizo en ellos la justicia que queda referida.

Esta versión es menos verosímil que la anterior, la cual pertenece a Carvallo. El hecho, según éste lo refiere, es de los que no se imaginan, cuando no se saben de cierto, y, por otra parte, si realmente se hubiesen ocultado los culpables, no lo habrían hecho con tan pocas precauciones que se hubiesen mantenido, por decirlo así, a mano para dejarse coger a discreción.

vorables al mantenimiento de la paz y del buen orden. Así sucedió, y la serie de los acontecimientos que vamos a narrar, bien examinada, probará que si la desconfianza renació con su antiguo imperio sobre los espíritus araucanos, tal vez no fue por culpa suya.

Al día siguiente, Mujica se puso en marcha para regresar a la frontera colmado de presentes y protestas, en cambio de los que él había dejado a los araucanos, y el día 20 de marzo entro en Concepción.

CAPÍTULO XI

Visitan los indios a las indias de encomienda de la frontera. Seducen a algunas, que se van con ellos. Otros piden al Gobernador licencia para llevarse a otras que eran sus parientas. Concédelo el Gobernador. Opónese el Obispo a esta condescendencia. Conflicto entre las dos autoridades. Noble reconciliación. Falsas acusaciones. Terremoto. Hostilidades.

(1647 - 1648)

La recíproca confianza de que hemos hablado al fin del precedente capítulo se manifestó muy luego a las claras en la frecuencia y familiaridad con que los indios iban a la frontera española, y en el descuido con que los españoles los veían ir y venir. Antes, iban con el objeto de comerciar y traficar, mas ahora, no buscaban ni siquiera pretextos, y continuamente se les veía llegar sin que dijese, ni que nadie les preguntase que querían. Sin embargo, por mucho gusto que tuviesen en vagar para divertir su ociosidad, otros objetos los atraían allí, y estos objetos eran el amor o la amistad que tenían naturalmente a sus paisanas de encomienda, las cuales, bien que fuesen cristianas, o por lo menos estuviesen bautizadas, las acogían muy bien. Como también esto era muy natural, nadie hizo alto en ello, y aun algunas de estas indias se volvieron a su tierra sin causar gran extrañeza. Poco a poco, esta tendencia a sentimientos primitivos se generalizó tanto, que algunos indios ricos pidieron al Gobernador por gracia, les devolviesen algunas de estas mujeres, con pretexto o motivo real de parentesco, y el Gobernador no tuvo dificultad en concedérselo, visto el estado de paz y concordia en que se hallaban.

Pero el obispo de Concepción condenó estas condescendencias como contrarias al principal objeto de la guerra y de la paz, que era la conversión de aquellos infieles, y resultó una desgraciada competencia entre él y el jefe militar, con deplorable escándalo. El prelado escribió un edicto prohibiendo el regreso de los indios e indias ya bautizados al seno de los que permanecían en el paganismo, y este edicto se publicó en la catedral en hora y en momento en que el Gobernador y el Obispo mismo se hallaban en la iglesia.

Atónito Mujica de este inesperado atentado contra su autoridad, se levantó airado para salir; pero el Obispo le paró con un exhorto y el Gobernador tuvo bastante fresca para reflexionar, y se volvió a sentar. Aun hizo más y oyó, o pareció

oír con la sumisión de un buen cristiano (sumisión que le hizo mucha honra en opinión de todos), el exhorto y el edicto; y al fin del oficio divino, aguardó a que el prelado saliese y le acompañó a su casa.

El Obispo no fue menos político, y devolvió inmediatamente la visita al Gobernador. En ella se trataron con los mayores miramientos y quedaron, al parecer, muy reconciliados. Si no fue así, a lo menos el escándalo cesó con honra del uno y del otro. Pero como sucede siempre en semejantes casos, había habido dos partidos y, aunque gracias a la frescura y al porte digno de Mujica, no hubiese habido en esta circunstancia ni vencidos ni vencedores, puesto que el desenlace se redujo al reconocimiento tácito por parte de la autoridad militar de que en puntos de religión nada tenía que ver, uno de los dos partidos quedó descontento y no reparó en decir que el Gobernador se había mostrado débil en el hecho de ceder tan fácilmente a la autoridad eclesiástica, la cual se había apoyado en pretextos de caso de conciencia para que reconociesen su ascendiente en todas materias. De aquí, los críticos pasaron a dar por muy sentado que cuanto habían hecho y dicho los jesuitas sobre las milagrosas conversiones que habían operado en sus misiones, era todo pura ficción, y, en suma, un recurso muy oportuno para que se les juzgase por muy interesantes y necesarios; que los indios no tenían la menor noción del cristianismo, ni sabían una sola palabra de la doctrina.

Estos susurros llegaron a oídos del Gobernador y le hicieron alguna impresión, de modo que juzgó sería conveniente informarse –sin darles precisamente crédito– del más o menos fundamento que podían tener; y de las averiguaciones que mandó hacer sobre la materia, resultó que se creyó obligado a pasar informe a la Corte del hecho³². Los enemigos de los jesuitas han llevado su enemistad hasta el punto de asegurar que reconvenidos estos PP. misioneros sobre la diferencia que había de sus dichos a sus hechos, se habían disculpado con falta de tiempo y aun con el corto número de su personal. Uno y otro era cierto, sobre todo el insuficiente número de misioneros. Pero a pesar de eso, si la acusación no nacía de ignorancia, procedía de una causa odiosa, puesto que todo cuanto se ha dicho del fruto de las misiones ha sido probado con hechos auténticos; y para mayor abundamiento, los lectores verán a su tiempo cuáles fueron estas misiones; cuáles el celo y trabajos de los jesuitas y cuáles sus frutos. Porque hasta aquí, todo cuanto han leído acerca de esta importante materia, aunque muy explícito y muy probado por resultados portentosos, no ha sido más que una idea que se les ha dado de paso, no siendo posible mezclar a cada instante relaciones distintas y que podrían ocasionar confusión.

Más de una vez hemos tenido ocasión de ensalzar, como lo merecían, los desvelos de los capitulares de Santiago, admirando su tesón impertérrito y tranquilo en medio de circunstancias las más críticas en que hombres responsables –moralmente– se hayan visto jamás. Pues en este instante en que, al cabo de tantas zozobras y sacrificios, gozaban del fruto de sus afanes y tareas; en este instante en

³² Carvallo es el solo que haya usado de estas declamaciones como argumentos propios a probar sus opiniones, las cuales sería muy difícil sacar en limpio.

que no había más que algunos días que al sello y blasones de la ciudad se les había añadido, por auto del Cabildo, el exergo de: “*Muy noble y muy leal*”; el 13 de mayo, en fin, a las diez y media de la noche, un espantoso terremoto –movimiento de trepidación– súbito, inesperado y sin ningún presagio, derribó los templos, edificios y casas de la capital con tan horrendo estrépito, que el eco lo propagó a muchas leguas por todos lados³³. Según algunos, el número de muertos en esta lastimosa catástrofe ascendió a dos mil; otros lo han calculado de setecientos. El Obispo recibió heridas y contusiones graves, y luego que pudo, dio a la imprenta los detalles lastimosos de este acontecimiento, del cual, sin embargo, sólo se supo en general, lo que se halló escrito en los libros del Cabildo.

La pérdida ocasionada por el terremoto en los templos fue calculada por Villarroel en trescientos mil pesos, pero ha quedado ignorada la que padecieron los particulares. En su escrito, el Obispo habla de anuncios que precedieron al temblor, y que, en su opinión, eran falsos; pero sí conviene en que durante la crisis hubo prodigios que se parecían mucho a milagros. Respetemos toda creencia, y mucho más en estos casos en que fenómenos desconocidos aun a los hombres más sabios manifiestan evidentemente la pequeñez y miseria del hombre, y al mismo tiempo, cuan impenetrables son los misterios de la creación.

Al punto en que el Gobernador recibió la noticia de este funesto suceso, salió apresuradamente para la arruinada Santiago, a donde llegó el día 24 de julio³⁴. Parece que su palacio había resistido a la conmoción de la tierra, puesto que se hallaba en pie y que Mujica no titubeó en ir a habitar en él. Su llegada sirvió de gran consuelo y dio muchas esperanzas a los desgraciados habitantes de que sus males tendrían pronta y buena reparación. Los capitulares pidieron al Rey les eximiese de alcabalas, del almojarifazgo, unión de armas y papel sellado, y que les rebajase de cinco a tres el rédito de los censos, de los cuales los principales ascendían a novecientos mil pesos; y mientras el Monarca decidía, suplicaron al Gobernador del reino y al Virrey, se sirviesen hacer estas concesiones provisionalmente. El Gobernador no podía tomar sobre sí el dar semejantes providencias; pero tanto él como el Virrey cooperaron mucho al alivio de tantos males, y al año siguiente, el Monarca concedió todo cuanto el cabildo de Santiago le había pedido³⁵.

Mujica permaneció cuatro meses en la capital aliviando y consolando en cuanto podía a sus infelices moradores, hasta que tuvo que salir apresuradamente a

³³ Toda América meridional sintió este terremoto; pero donde más estragos causó fue en Santiago, que quedó arruinada enteramente. Hubo setenta conmociones, con espantosos ruidos soterráneos. Carvallo.

³⁴ Con la primera noticia del temblor, había ya Mujica enviado dos mil pesos. Después, el Virrey, marqués de Mancera, y los hacendados de Lima enviaron hasta treinta mil, sin contar otras cantidades con que contribuyeron a la reedificación de la catedral y de los dos conventos de monjas de Santa Clara y de Concepción. Carvallo.

³⁵ Real cédula de 1 de junio de 1649. Sin embargo, Carvallo asegura, hablando de los censos, que su rebaja no había sido concedida, bien que no hubiese casa que no fuese censataria de algún monasterio, cuya consideración había influido mucho para que la ciudad fuese reedificada sobre sus propias ruinas, y no en el valle de Tango, o en Melipilla, o en Quillota, como muchos votos lo habían pedido.

campaña. Alcapagui, ulmen de Quinchilea, había levantado fuerzas para vengar sobre la restaurada ciudad de Valdivia las muertes de Carihuante, Catinaguel y Mariantú, decapitados en Quillín, y ya había interceptado un convoy de doscientos caballos y mil vacas que, por orden del Virrey, iban para dicha plaza, conducido por el capitán Juan de Espejo, con una corta escolta de diez hombres, los cuales quedaron en poder de los indios, o fueron muertos.

El 27 de noviembre, el Gobernador pasó por Maipo, y el 15 de diciembre llegó a la frontera. Pero estos detalles piden capítulo a parte.

CAPÍTULO XII

Interrupción momentánea y parcial de la paz. La castigan los mismos indios. Atacan los levantados por segunda vez a Valdivia. Son rechazados. Las parcialidades fieles piden la reedificación de las antiguas plazas españolas. Accede el Gobernador y va a reconocer los sitios propios para ello. Cae enfermo y se retira a Tucapel. Levanta Rebolledo dos fuertes y la plaza de Boroa. Funda el Gobernador cuatro casas de conversión. Excesos de correrías. Las prohíbe Mujica bajo pena de la vida. Regresa a Concepción, y de allí va a Santiago. Muere inopinadamente. Rumores sobre las causas de su muerte.

(1648 - 1649)

Hallándose en la plaza de Nacimiento, el Gobernador mandó llamar a los caciques de Imperial –de Boroa– de Toltén y Mariquina, responsables de la seguridad de la ruta de Valdivia, los cuales reconocieron justos los cargos que les hizo, y tomaron por su cuenta el castigar a los delincuentes, como lo merecían, con rigor que sirviese de escarmiento a otros. Veamos, mientras tanto, lo que había sucedido.

El vengador de los indios castigados en Quillín se había fingido enfermo, y valiéndose de la amistad que le profesaba el gobernador de Valdivia –Negrete– le mandó a pedir le enviase el jesuita Andrés de Lira –que era cura párroco de la ciudad– para que le asistiese en el último trance de la vida. En respuesta, Negrete, que no creyó deber acceder a lo que le pedía el indio, despachó a un teniente, llamado Lunel, en una piragua para que le fuese a buscar y le trajese a Valdivia donde se le administrarían todos los socorros temporales y espirituales de que pudiese necesitar. Marchó Lunel, llegó y envió avisar al enfermo de su llegada y de las órdenes de su jefe. El enfermo fingido fue a la playa con semblante moribundo, llevado en hombros de algunos de los suyos. Viéndole en tal estado, Lunel saltó en tierra con sus soldados, y al punto él y ellos fueron asesinados, y con su sangre fue despedida la flecha de la guerra.

Muy luego un cuerpo de tres mil hombres atacó abiertamente la plaza de Valdivia; pero Negrete tenía buena artillería y les causó un horroroso descalabro, concluyendo su completa derrota con un cuerpo de caballería que mandó salir, y que no dejó uno de cuantos pudo alcanzar. En mucho tiempo, no volvieron a parecer; y el resultado fue que las parcialidades fieles, como Imperial, Boroa, Toltén y

Mariquina se vieron obligadas a pedir protección a los españoles contra los suyos, suplicándoles volviesen a poblar las antiguas colonias. La palabra dada por los caciques de Imperial había sido muy cumplida, echándose de sorpresa sobre Cayumapu, Calle-Calle y Quinchilea, donde rescataron los caballos y la mayor parte de las vacas que ellos mismos condujeron a Valdivia.

A fin de reconocer por sí mismo la conveniencia de estas restauraciones, Mujica salió sin demora para Valdivia; pero en el camino resintió un ataque de gota, mal a que estaba sujeto, y, desde la orilla del río Caraupe –hoy de los Sauces– tuvo que irse a Tucapel. Desde allí comisionó al maestro de campo Rebolledo para que, habiendo bien reconocido y escogido las posiciones más ventajosas, mandase trazar y levantar dos fuertes entre los ríos Toltén y Calle-Calle, y reconstruir la plaza de Boroa.

Marchó Rebolledo a dar cumplimiento a esta orden, que desempeñó muy bien, aunque muchas veces este maestro de campo tenía la fatalidad de que el éxito de sus empresas no correspondiese al cuidado y celo con que procedía. En la orilla septentrional del Mariquina, levantó el fuerte de San José, y puso de comandantes en él a dos buenos capitanes, que fueron don Juan de Espejo y don Luis González de Medina. En la parte meridional del Toltén, hizo construir el de San Martín, en la parcialidad de Piufquén, dejando este fuerte dependiente de la plaza de Boroa, la cual mandó restaurar. Esta plaza estaba situada en el más delicioso territorio sobre el río Quepe, en una posición fuertísima, sobre un barranco cuya escarpa profunda protegía uno de sus lados. Rebolledo dejó de comandante en ella al capitán don Ambrosio de Urra, a quien luego después el Gobernador mismo sustituyó don Juan de Roa.

Estas construcciones aumentaban y extendían el poder de las armas españolas. La plaza de Arauco, que ya se sabe era la residencia de los maestros de campo, fue trasladada al centro de Tucapel. La de Yumbel lo fue a Nacimiento, a la parte austral del Biobío.

En esta misma época, Negrete, que mandaba en Valdivia, fue promovido al mando de capitán general de Tucumán, y, en su lugar, nombró el Gobernador a don Alonso de Córdoba y Figueroa.

No obstante, se hallaba afligido cruelmente del ataque de gota, Mujica no estuvo en la inacción en Tucapel, y fundó dos casas de conversión; una en Moquehua, y otra en Tucapel mismo, las cuales fueron recomendadas a los franciscanos, cuyo guardián era fr. Juan de Pardo. Para los jesuitas fundó otras dos: una en la parcialidad de Ranquilue, en el sitio llamado Peñuelas; y otra en la plaza de Boroa; la primera dirigida por el P. Alonso del Poro y ésta última por el P. Diego de Rosales.

Pero por otro lado, sucedían cosas deplorables y odiosas. De Boroa se hacían correrías a las tierras insumisas, y las partidas españolas no se contentaban con invadir éstas, sino que se propasaban a entrar en las de paz y sacaban de ellas hombres y mujeres, en términos que ya habían arrancado hasta quinientos infelices a sus hogares. Irritado de esta infracción a los tratados, el P. Rosales informó al Gobernador de estos abusos tan perjudiciales para la paz como deshonorosos para el nombre español, y Mujica mandó que inmediatamente los indios arrebatados a

sus familias les fuesen devueltos, con prohibición en lo sucesivo de cometer semejantes excesos, pena de la vida a los autores de ellos.

Satisfecho el Gobernador de que no había que temer con los fuertes levantados, a los que se deben de añadir los que por la parte de Valdivia había construido Negrete, los cuales fueron los de las *Cruces* y la *Animas*; se marchó a Concepción para cuidar de su salud. Allí permaneció hasta el 9 de abril del año siguiente, en que salió para ir a invernar en Santiago, donde recibió pruebas de la satisfacción general que daba su buen gobierno. Pero las cosas de este mundo son inconstantes y percederas; estando un día a la mesa muy bueno, comiendo una ensalada, se quedó muerto. Su muerte repentina podía muy bien ser causada por una de las traiciones del mal cruel de la gota, que asesina casi siempre a los que la padecen; pero, sin embargo, se susurró otra cosa, sobre la que hablan en los mismos términos, poco más o menos, los escritores de aquel tiempo. He aquí este caso.

Habiéndose descubierto que corrían por la isla de Chiloé despachos falsificados de favores o mercedes de encomiendas, el Gobernador había mandado formar una instrucción secreta sobre el particular, la cual no se hizo tan secretamente, que no llegase a oídos de los interesados. Quién o quiénes eran estos interesados falsarios nadie lo sabía con certeza, sólo se suponía que no podía ser otro más que uno de los propios secretarios del Gobernador, o uno de los parientes que tenía en Chiloé. Sea quien fuese, nunca se pudo descubrir, y si el crimen ha tenido lugar, ha quedado impune. Como la Providencia consiente rara vez semejantes impunidades, y que no es probable que si hubiese habido realmente culpables no se hubiesen descubierto tarde o temprano, vale mucho más creer que la gota fue el homicida de este buen Gobernador, cuya muerte fue muy sentida, y justamente llorada.

Por de pronto, fue enterrado en una capilla provisional, de ínterin se acababa la reedificación de la catedral, reedificación que tardó mucho tiempo en verificarse completamente; y, sin embargo, al trasladar sus cenizas, se le halló la mano derecha entera respetada por la corrupción de la materia. Fue una particularidad muy digna de curiosidad, y que la ciencia hubiera debido explicar, pero que no explicó.

CAPÍTULO XIII

Gobierno interino del maestre de campo don Alonso de Córdoba y Figueroa. Particularidad de su interinato. Su buen porte y conducta en el mando. Otro parlamento. Otra ratificación de la paz. Reedificación de la capital. Llegó por gobernador, también interino, don Antonio de Acuña y Cabrera. Todavía otro parlamento.

(1649 - 1651)

Las antiguas quejas del gobernador Lazo de la Vega contra los interinatos del mando en manos de un jurisconsulto de la Real Audiencia habían producido efecto, y el Rey había ordenado que en lo sucesivo los gobernadores escogiesen un sucesor interino, puesto que mejor que nadie ellos debían conocer los sujetos del ejército aptos a llenar este cargo, y que en virtud de esta elección que debían hacer de antemano proponiendo dos sujetos al Virrey, éste enviase, también de antemano, al gobernador de Chile un pliego cerrado, inviolable hasta después de su muerte, que se abriría para saber cuál era el sucesor que el Virrey había nombrado de los dos propuestos por el Gobernador.

Esta disposición, en verdad muy oportuna, hizo recaer el mando, a la muerte de Mujica, en Córdoba y Figueroa, oficial muy acreditado, que había ido a Chile como simple soldado en la compañía del capitán Páez de Clavijo, una de los mil hombres que Felipe III había enviado, en 1605, al gobernador García Ramón. Después de haber alcanzado y bien merecido el grado de oficial, Córdoba y Figueroa había pasado a Lima para recibir el premio debido y mandado dar a los beneméritos del ejército de Chile, y había vuelto a este reino con su primo el gobernador Córdoba. De suerte que contaba cuarenta años de servicios, y ciertamente el interinato no hubiera podido recaer en mejores manos.

Sin querer averiguar cuáles habían sido anteriormente sus opiniones tocante a la paz, vemos ahora que la política que siguió fue la de mantenerla y consolidarla. En efecto, se trasladó inmediatamente a la frontera con el maestre de campo Rebolledo y con el sargento mayor Urra, y se alojó en la plaza de Nacimiento desde donde dio aviso a los toquis natos, caciques y úlmenes, para que, si permanecían con deseos de conservar la paz, fuesen a ratificarla en un nuevo congreso. Los jefes araucanos manifestaron en la prontitud con que se presentaron a la llamada del general español que los que tenían de mantenerla no eran menores que los suyos.

Este nuevo parlamento debió haber tenido lugar a principios de noviembre³⁶, y en el se ratificaron las paces con satisfacción general de las partes contratantes. Los regocijos fueron los mismos que los que se habían hecho en las dos precedentes asambleas de Quillín, y la concurrencia de caciques y otros jefes indios fue aquí mucho más numerosa de lo que había sido en aquellas³⁷.

Satisfecho con haber dado este primer paso esencial en su gobierno interino, Córdoba y Figueroa regresó a Concepción, y vio claramente en los semblantes que todos le estaban muy agradecidos de que así lo hubiese hecho. Tal vez estas demostraciones de agradecimiento procedían de que se temía no fuese este Gobernador partidario de la paz; porque no siempre lo había sido; pero sabido es, al punto en que el hombre asciende al mando, muda de modo de pensar, hallándose con datos y precisiones que ignoraba cuando no tenía más que obedecer. Al despedirse de los archiúlmenes, úlmenes y caciques, el gobernador español les dijo que por parte de los españoles, jamás la paz sería violada, y que el jefe militar que la violase, o infringiese en lo más mínimo sus artículos, tendría pena de la vida.

Mientras que Córdoba y Figueroa atendía a lo militar, político y administrativo, vigilando sobre todo la buena distribución de caudales en los diferentes ramos de su cargo, los cabildos trabajaban con no menor esmero en el fomento de la prosperidad de sus ciudades. La de Santiago salía de las ruinas del terremoto hermo-seada e infinitamente mejorada en sus casas y edificios. El cabildo de Santiago halló tan prontos y tan buenos arbitrios con su admirable celo, con el cual cooperó mucho el del Obispo, que en 22 de marzo de 1650, ya la catedral estaba concluida. Ya los habitantes de la capital se empezaban a consolar de las pérdidas que habían tenido en el terremoto; ya decían —como sucede a menudo en las cosas de este mundo— no hay mal que por bien no venga; ya se prometían un aumento incesante de prosperidad con el Gobernador que tenían, y cuyo interinato no dudaban se convirtiese en propiedad del mando en atención a los méritos y servicios de Córdoba y Figueroa, cuando de repente el cabildo de Santiago recibió, el 20 de abril, la noticia de que un nuevo virrey había nombrado nuevo gobernador interino de Chile. Es decir, que este Cabildo tenía que comprar caballo, silla y dosel para el gobernador interino, y que estar pronto para hacer las mismas adquisiciones para el propietario que no tardaría en llegar tras él. El número de caballos, silla y doseles destinados al recibimiento de tantos gobernadores como se sucedían en el mando del reino era tan prodigioso como el de los gobernadores mismos.

Sin embargo, Córdoba y Figueroa había tenido poco que reformar en situaciones militares. Sólo había restablecido la plaza de San Felipe de Arauco, cuya importancia conocía especialmente como maestro de campo que había sido en ella; pero no por eso abandonó la de Tucapel. La sola mudanza que hizo en ésta

³⁶ No es posible, dice García, que esta deliberación se haya abierto el 12 de noviembre, puesto que en dicha fecha ya el Gobernador estaba de vuelta en Concepción.

³⁷ Fueron tantos los indios que concurrieron allí, dice Carvallo refiriéndose a don Pedro de Córdoba, que jamás se habían visto tantos ni antes ni después, y todos llevaban recuerdos al Gobernador, unos, alabándose de haber servido bajo su mando, y otros, de ser sus ahijados en el bautismo.

fue trasladar la residencia del maestre de campo de ella a la de Arauco, donde este jefe residía anteriormente. Por lo demás, en el poco tiempo que tuvo el mando, Córdoba y Figueroa se hizo querer sobremanera, y causo gran tristeza al ejército el oír que le llegaba reemplazo. Su reemplazante llegó, en efecto, a Concepción a principios de mayo, le entregó el mando, y se quedó en Concepción³⁸.

Pero debemos advertir que la Real Audiencia no le había reconocido por presidente, sin duda picada de que sus presidentes habían dejado de ser considerados aptos a ejercer el interinato del mando militar; y esperando tal vez que esta omisión pasaría como una pura inadvertencia sin importancia. Pero no sucedió así, y el Rey le hizo cargos al tribunal sobre no haber reconocido al Gobernador interino por su presidente. La excusa que presentó fue que, habiendo sido este Gobernador nombrado en pliego cerrado y sellado con la armas del Virrey anterior, había creído la Real Audiencia que este nombramiento no sería más que provisional, tanto más, cuanto el maestre de campo Córdoba y Figueroa había podido satisfacer su noble ambición militar con verse en corto tiempo promovido, en primer lugar, al gobierno de Valdivia por traslado de Gil de Negrete de dicha plaza al gobierno de Tucumán; y muy luego, del gobierno de Valdivia al de todo el reino.

Probablemente, esta excusa no satisfizo al Monarca, puesto que manifestó su real desagrado a la Audiencia, con apercibimiento de que, en lo sucesivo, observase lo mandado en 7 de mayo de 1635, *sin discurrir sobre el particular, pues debe suponer que aquella resolución había sido tomada con acuerdo y deliberación*.

En una palabra, Córdoba y Figueroa fue un oficial general muy distinguido y uno de los más beneméritos de la guerra de Chile³⁹. El nuevo Virrey que le había nombrado un sucesor interino fue don García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, y este sucesor se llamaba don Antonio de Acuña y Cabrera, caballero del hábito de Santiago, el cual había servido en Flandes con grado de capitán de caballería. De Flandes había pasado a Perú con un corregimiento de provincia, y el conde de Salvatierra le había nombrado maestre de campo de Callao, desde donde pasó al gobierno interino de Chile.

Acuña era muy vano y llegó a Concepción con una numerosa familia y mucha ostentación. Reconocido por el Cabildo de la capital de la frontera, empezó a ejercer el mando, y manifestó en sus primeros actos su carácter poco digno y muy codicioso. Se dejaba dominar por influencias domésticas. Su mujer, doña Juana de Salazar, era su oráculo aun en las más serias medidas de gobierno, y esta particularidad habría sido menos extraña, si su influjo se hubiera parado aquí; pero no; porque no se ejecutaba más que lo que ella misma aprobaba. Con este dato lastimoso, ya los lectores pueden prever nuevos desaciertos, y tal vez funestos, bajo el mando de este Gobernador interino, y por desgracia sucedieron.

³⁸ Donde estaba vecindado, como lo están hoy sus descendientes, tan honrados como queridos. El sargento mayor don Pedro de Córdoba y Figueroa, autor del más largo manuscrito de la historia de Chile, era nieto suyo.

³⁹ Felipe IV le había nombrado posteriormente presidente de la audiencia de Santa Fe de Bogotá, pero justamente acababa de fallecer cuando llegó este nombramiento.

La gobernadora de Chile, que, a pesar de sus pretensiones a la ciencia gubernativa, no tenía más capacidad de la que necesitaba para perder a su marido comprometiéndole gravemente, obtuvo de él que nombrase a dos hermanos de ella, don Juan y don José de Salazar; al primero, maestre de campo y al segundo, sargento mayor; y con ésta ingeniosa medida, los dos empleos militares más importantes pasaron de la dirección hábil y experimentada de Rebolledo y Urra a manos de ignorantes e inexpertas⁴⁰. Apenas estos dos jefes fueron puestos en posesión de sus empleos, empezaron a dar pruebas de sus principales miras, que eran el aprovecharse de él haciendo un vergonzoso tráfico, en el cual empezaron por rivalizar con los vivanderos del ejército, y concluyeron con excluir a éstos de su sórdido comercio levantándose enteramente con él, y sustituyéndose a ellos. Desde el mismo instante, los víveres empezaron a venderse tan caros que los pobres compradores gritaban misericordia. La historia se avergüenza de tener que ofrecer semejantes rasgos a los lectores; pero tal es la naturaleza de su deber.

El gobernador Acuña pensó, ante todas cosas, bien que no hubiese aún un año que se habían ratificado las paces, en proponer una nueva ratificación. El objeto de este acto superabundante podía muy bien ser político, según su modo de pensar; pero nadie era de este parecer, y, generalmente fue atribuido a la manía de especular. Sin embargo, también era cierto que los naturales de Osorno, Cumco, Valdivia, Calle-Calle y Quinchilea se hallaban en actitud hostil, y tal vez la intención de Acuña era reducirlos al gremio de los pacíficos y quitarse la zozobra que, sin duda, le causaban. Pero si tal era su intención, muy luego se debieron cumplir sus deseos, puesto que todos estos naturales que acabamos de nombrar, y a los cuales se deben de añadir los de Cayumapu y Huanegue, le enviaron a pedir la paz y misioneros por medio de don Martín Uribe, gobernador de la provincia de Chiloé. De todos modos, el Gobernador hizo saber a todos los butalmapus que el día 7 de noviembre sería celebrado un nuevo parlamento en la misma plaza de Nacimiento, en el cual quedarían las paces aún más consolidadas, mediante las ratificaciones de los caciques y jefes araucanos que no hubiesen adherido anteriormente a ellas.

El día del emplazamiento, Acuña se halló en la plaza señalada con ocho mil hombres, españoles y auxiliares. Los indios concurren en número de veinte mil; pero el Gobernador notó con mucho enfado que faltaban muchos caciques, circunstancia que anularía de hecho las ratificaciones cuando menos se pensase en ello. Para obviar a este grave inconveniente, Acuña despachó al veedor general Villalobos con el jesuita Vargas y el capitán de auxiliares Quijada a notificar a los caciques ausentes diesen su voto de adhesión como si estuviesen presentes; y para los mismos fines, envió la misma orden al comandante de Chiloé, el cual comisionó al P. Juan de Moscoso, acompañado del capitán de caballería don Juan de Alvarado, para que fuese a verse con los indios de la parcialidad de Cumco, y pedirles lo mismo.

⁴⁰ A esta particularidad, Carvallo añade otra aún más odiosa; según este escritor, el gobernador Acuña quitó el empleo por de pronto sólo a Rebolledo para vendérselo al sargento mayor Urra en tres mil pesos, y muy luego, buscó y halló pretextos para despojar a este último.

Todos estos comisionados se hallaron reunidos en Osorno y negociaron con tanto acierto, que todos los caciques ausentes del parlamento adhirieron a la ratificación de la paz, con la cual quedó el reino sin cuidados por este lado, y todos los caminos eran seguros, desde Valdivia a Chiloé, como lo estaban desde Concepción a Valdivia. Hubo banquetes y regocijos después del congreso, y el 13 de diciembre, ya Acuña se hallaba de vuelta en Concepción. Pero tal consumo de víveres habían hecho los asistentes a la reunión de la plaza de Nacimiento, que no quedaron provisiones para la campaña siguiente, y que a pocos días de su regreso a Concepción el Gobernador hubo de pedirlos al cabildo de Santiago.

CAPÍTULO XIV

El Gobernador en Santiago. Pasa informes a la Corte. Resultados favorables que le trajeron. Increíble conducta del maestro de campo y del sargento mayor. Quejas de los indios. Satisfacción que se les da. Restablecimiento de la tranquilidad. El Gobernador quita los empleos a sus cuñados. Naufragio del situado para Valdivia. Infeliz suerte de los náufragos. Venganza ejecutada en los naturales de Cumco. Socorre el cabildo de Santiago con víveres la ciudad de Valdivia. Gran expedición contra los Cumcos. Ruptura de un puente. Desastres.

(1651 - 1654)

El gobernador Acuña tenía por lo menos mucho valor personal, puesto que estando aún en la incertidumbre de las intenciones que podían tener los caciques ausentes del parlamento, se arriesgó a ir con los solos oficiales reformados que componían su guardia a visitar la plaza de Boroa, y luego después, desde esta plaza, solo y disfrazado de paisano, a Valdivia, y desde Valdivia a Boroa, de regreso. Bien que este hecho haya sido tachado de arrojo inútil y sólo dictado por la ambición, nos parece que aunque fuese así –suposición muy improbable– anuncia en su autor un hombre de resolución capaz de hacer mucho más cuando llegase el caso, puesto que tanto hacía inútilmente.

Decíamos, pues, que el Gobernador había pedido víveres al cabildo de Santiago para volver a campaña, y en efecto, a principios del año, pasó el Biobío con el ejército, puso una buena guarnición en Boroa; dio el encargo de abrir el camino de Chiloé a don Diego González Montero, y regresó a Concepción, de donde muy pronto salió para la capital del reino. El día 21 de marzo fue reconocido, festejado y honrado con las mismas atenciones que todos sus precesores por el Cabildo, y el mismo día por la Real Audiencia⁴¹.

El primer deber que el Gobernador hubo de desempeñar hallándose en Santiago, fue el despachar informes para la Corte del estado en que se hallaban las

⁴¹ Que había mandado se le preparase casa, dice el Cabildo.

Por esto se ve que el capitán general del reino y presidente de la Audiencia no tenía casa en Santiago, al paso que la tenía en Concepción. De donde se sigue que el tribunal hubiera debido residir en esta última ciudad, o no tener por presidente al jefe militar.

cosas del reino de Chile, y, según dicen algunos, lo desempeñó con mucho talento sirviéndose de la elocuente pluma del P. fr. Agustín Carrillo de Ojeda, ponderando la hermosa perspectiva de paz que el último parlamento abría a las dos naciones, araucana y española, y haciendo mención de la precaución personal que había tomado de ir hasta Valdivia y volver de allí a Boroa con su solo séquito, para asegurarse de la seguridad de los caminos. Es cierto que había en este informe una suposición y una omisión; la primera era que había ido a Valdivia con su séquito; y la segunda, que lo había ejecutado con disfraz; pero de todos modos, consiguió captar la atención del Monarca, que lo nombró gobernador de Chile en propiedad por ocho años, en los cuales no debía de contarse el tiempo de su interinato.

Por desgracia de este Gobernador, su mujer y los hermanos de ésta lo echaban todo a perder por su baja codicia, y le comprometían miserablemente, puesto que no podía ignorar que sus dos cuñados, cada uno en su plaza, se hacían los traficantes de todo género de comercio, hasta de los de primera necesidad. Si esto bastaba –por mil razones– para perderlos a todos ellos; el modo que tenían de observar las estipulaciones de la paz tantas veces ratificadas, sobraba para ello y para que todos lo deseasen sin piedad. El maestre de campo y su hermano el sargento mayor, guiados por su propio interés y sin más motivo, no dejaban un solo instante de quietud a los pehuenches y huilliches, que habitaban la cordillera, entrando continuamente en sus tierras y arrebatándoles sus mujeres y sus hijas. Temerosos de que luego les iba a suceder lo mismo, se quejaron a gritos los subandinos, y los de la frontera empezaron a mostrarse recelosos e inquietos, hasta que no pudiendo ya contenerse, representaron al gobierno.

Alarmado Acuña con estas demostraciones, quitó a sus cuñados de las plazas que mandaban, y envió al jesuita Rosales para que calmase a los indios pehuenches y huilliches. El jesuita aceptó la misión, pero con la condición de que llevaría consigo a todos los naturales que habían sido extraídos de sus hogares en aquellas correrías. Consintió en ello el Gobernador, y con este salvoconducto, el P. Rosales volvió a dejar bien afianzada la paz, entregando a sus familias respectivas más de quinientas mujeres, muchachos y muchachas que el maestre de campo y el sargento mayor les habían quitado.

No haremos a los lectores la injuria de pretender ayudarles con comentarios superfluos a sacar consecuencias claras como la luz de estos hechos siempre los mismos, con la diferencia sólo de buenos o malos pretextos, y de más o menos disimulo. Acuña era capaz, muy capaz, pero no menos débil y, aunque nos cuesta repetirlo, sumiso a los caprichos de una insensata mujer. Pero no anticipemos.

El día 26 de marzo, naufragó en la punta de la galera⁴² el navío que transportaba de Lima el situado para Valdivia. El capitán del buque se llamaba Gabriel de Lequiña. Los pasajeros y tripulación componían el número de ochenta personas, entre las cuales había muchos clérigos y religiosos⁴³. Todos se salvaron del naufraga-

⁴² 40° 30' latitud austral.

⁴³ Olivares, en Pérez García, dice un sacerdote y treinta españoles. El transporte llevaba setenta mil pesos.

gio; pero los indios cumcos los degollaron a todos. El motivo principal de esta atrocidad fue el robar impunemente el cargamento que enteramente habían salvado. A los primeros amagos, los infelices se habían atrincherado; pero luego, creyendo haberse engañado porque no veían más que algunos pocos naturales que se mostraban compasivos, lejos de parecerles hostiles, se abandonaron a la confianza y perecieron. He aquí de qué manera.

Viéndolos en actitud de defenderse, los más de los indios se quedaron en emboscada, y algunos pocos fueron a consolar a los náufragos, refiriéndoles los diferentes acontecimientos por los cuales españoles e indios gozaban de una dichosa paz; diciéndoles que había misioneros entre ellos, y una casa de conversión en Cumco, a donde los conducirían si gustaban con el cargamento. Creyeron los náufragos; salieron de su trinchera, se dejaron guiar y cayeron en la emboscada que mandaba un capitán de ellos, llamado Namuchi, el cual tuvo por conveniente el coronar esta buena obra destruyendo la casa de conversión, y llevándose a su misionero, que era el P. Agustín Villaza, al capitán Antonio Núñez y a otros ocho españoles.

Adviértase sin tardanza que Nancupillán, general de Osorno mandó al instante dar libertad al jesuita.

Por otro lado, el gobernador de la provincia de Chiloé, que ya no era Uribe sino don Ignacio Carrera Iturgoyen, corrió a vengar la muerte de los náufragos con doscientos españoles y trescientos auxiliares, con cuyas fuerzas asoló la parcialidad de Cumco y degolló a todos los habitantes que pudo y eran hombres de armas tomar. Sin duda alguna, de estos lastimosos principios se van a seguir represalias, y de una en otra, se encenderá una nueva guerra, que era lo que más deseaba la familia del Gobernador. Por de pronto, el hecho de haber dado muerte a los náufragos indefensos era una especie de justificación a favor del maestro de campo y de su hermano (a lo menos así lo creían ellos) de la conducta que habían observado en sus mandos. Con la noticia, Acuña salió apresuradamente de Santiago para Concepción a donde llegó el 15 de enero de 1652, y despachó *incontinenti* las fuerzas de que pudo disponer, y que creyó suficientes para castigar a los cumcos. El capitán que mandaba estas fuerzas se llamaba Juan de Roa, el cual volvió a la plaza de Arauco, de donde había salido, sin haber hecho nada. Lo más particular fue que nunca se supo por qué no había hecho nada. A lo menos nadie lo ha dicho. Lo más probable era que Roa no se halló con suficientes fuerzas. Esta reflexión es tanto más plausible cuanto Acuña resolvió, a consecuencia, poner todo el ejército en campaña para sacar completa venganza de la atroz alevosía de los cumcos.

Entretanto, el admirable cabildo de Santiago tenía que atender a todos lados. Todos los golpes se descargaban sobre él. Con la pérdida del socorro ópimo que le llegaba, Valdivia padecía hambre, y el Cabildo tuvo que enviarle y le envió carnes saladas y granos en abundancia. Por otro lado, el cielo parecía dispuesto a afligir a todo aquel obispado. Mientras que por un lado, una plaga de ratones devoraba el sustento de sus habitantes en las tierras sembradas; por otro, una epizootía le diezmaba sus ganados, y una peste de viruela, que con prodigiosa prontitud le había venido de Buenos Aires por Tucumán y Cuyo, causaba una dolorosa mortandad. Tal era el estado de angustia en que se hallaba la capital del reino cuando

el Cabildo recibió, en 8 de enero de 1653, una carta del Gobernador que le pedía encomenderos y gente de guerra para la expedición que se aprestaba. Como hemos dicho, esta expedición se componía de todo el ejército, mandado por don Juan de Salazar, depuesto poco antes de su empleo de maestre de campo por su mismo cuñado. Es verdad que los preparativos duraron un año, puesto que el 18 de octubre siguiente, volvió el Gobernador a pedir cuatrocientos caballos que le faltaban, y que hasta el 11 de enero 1654, la poderosa expedición no vio la cara al enemigo. Pero aún tenemos que exponer lo que pasaba entre los cumcos antes de hablar de ella.

Los cumcos habían ya sido cruelmente castigados, bien que con justicia, por el comandante Iturgoyen, el cual había mandado colgar a cuatro caciques, y causado la muerte de muchos otros indios, sin contar el saqueo y otras consecuencias de represalias, que cada escritor cuenta a su modo. Este castigo, lejos de haberlos intimidado, los había irritado, y con ayuda de sus vecinos, habían levantado un cuerpo de tres mil combatientes de a pie y de quinientos de a caballo, cuyo mando dieron a Curipillán, jefe de Osorno y el mismo que había puesto en libertad al jesuita Villaza. En vista de este hecho que recordamos, se podría creer que Curipillán había querido sólo engañar y adormecer la vigilancia de Carrera Iturgoyen⁴⁴; pero cuando el jefe de Osorno dio libertad al jesuita, aún los Cumcos no habían sido castigados y no tenían motivo de represalia, aunque es cierto que podían aguardarse a tenerlo. De todas maneras, envió un emisario de toda su confianza, llamado Cuyulabquén, con pretexto de pedir a Carrera la paz, y en realidad, para observar y ver por donde convendría atacarle para mejor sorprenderle. Partió Cuyulabquén, llegó, fue poco diestro; descubrió Iturgoyen que iba como espía y le mandó colgar.

Sin embargo, o tal vez por eso mismo, Curipillán atacó al día siguiente el campamento de Carrera; pero éste estaba ya prevenido y le rechazó causándole bastante pérdida, sin haber experimentado por su parte más que la de dos soldados y un trompeta. El indio batido despidió la flecha de guerra y todos los caciques de la antigua liga acudieron a la llamada. Veamos lo que hacen los españoles.

Como queda dicho, Acuña estaba determinado y ya pronto a mandar marchar el ejército a las órdenes de su hermano político don Juan. Esta resolución –digámoslo en honra de los oficiales de Chile– causaba un general disgusto, sobre todo porque sabían que el Gobernador obraba contra su modo de pensar, y sólo por debilidad y condescendencia con su mujer. Era tal la repugnancia con que iban a esta expedición, que menospreciando su propio interés, y cuidándose muy poco del resentimiento de su primer jefe, y mucho menos del de la instigadora de los males que temían, se presentaron algunos al Gobernador, y le expusieron que los indios que iba el ejército a castigar componían una sola parcialidad; que las demás no se mezclaban en la querrela; que los gobernadores de Chiloé y Valdivia bastaban para castigarlos y que ya no lo habían hecho mal; que el tránsito del ejército a provincias lejanas por medio de las que mediaban y se mantenían en paz, las

⁴⁴ Como lo piensan algunos escritores.

alarmaría con riesgo de encender una guerra general; que si llegaban a ofuscarse y a tomar las armas, sería muy peligroso tenerlas a la espalda, puesto que eran sus moradores dueños de los ríos y de los desfiladeros de las montañas; que el estado de la Monarquía reclamaba mucha circunspección, y que sería muy cruel en tales circunstancias, comprometer una paz que tanto había costado y de la cual tantos bienes se habían prometido⁴⁵.

El Gobernador, sordo a estas justas representaciones, dio la orden de marcha y salió el ejército por diciembre al mando de don Juan de Salazar, compuesto de novecientos españoles y mil quinientos auxiliares. No teniendo enemigos de por medio, pasó los ríos Biobío, Cautín, Toltén y Calle-Calle sin obstáculo, y sólo tuvo que detenerse delante del río Bueno, que por aquella parte no tenía vado. Al otro lado había mil quinientos cumcos en orden de batalla; pero el maestre de campo no se detuvo en eso; mandó echar un puente, y el 11 de enero de 1654, lo empezó a pasar.

Era mucha la prisa que tenía el maestre de campo de mostrarse valiente y acertado, porque un poco más arriba tenía un buen vado, si hubiese sabido mandarlo buscar; pero lejos de eso, echó por un rodeo en lugar de un atajo. Desde la orilla donde él estaba hasta un islote que parte el río en dos brazos, llevaron dos sogas que afianzaron cuanto pudieron; pero para conseguirlo, los arcabuceros que iban en balsas, tuvieron que desalojar a algunos indios que defendían el islote. Esto no les fue difícil, por más que el jefe de la expedición ensalzase el hecho como si fuese una inaudita hazaña, sólo porque el comandante de los tiradores era un don Sebastián de Salazar, tal vez hermano suyo o a lo menos pariente cercano, puesto que no se haya dicho. Las sogas estando al parecer bien afianzadas, sirvieron a sostener un frágil puente de balsas, y el ejército empezó a pasar.

Una vez dueños de la isla, los españoles tuvieron que hacer en el brazo del río muchísimo más ancho, que les quedaba que pasar, la misma operación para establecer otro puente más largo, y por consiguiente más frágil. Los oficiales viejos del ejército hicieron en esta ocasión reflexiones sobre el mal éxito probable de la operación; pero Salazar las despreció con altanería y no tuvieron más que obedecer. La artillería puesta en batería sobre el islote estaba pronta a sostener los pontoneros; pero no tuvo mucha pólvora que gastar, en atención a que los cumcos no hicieron más resistencia que la que se necesitaba para irritar la demencia del general español. Claro era que no tenían intención de defender el paso del río, con la previsión –que no pedía grandes esfuerzos de imaginación– de lo que iba a suceder. Sólo la ceguera de Salazar no preveía nada.

El puente quedó, pues echado, y entraron por él un sargento mayor de Valdivia, cuatro capitanes, un comisario de indios, un capitán de amigos y tres de auxiliares⁴⁶ con unos doscientos hombres. Los indios parecían más maravillados

⁴⁵ Este dato tan honroso para los oficiales del ejército de Chile es debido a Carvallo.

⁴⁶ El mayor don Domingo de Amor; los capitanes Muñoz de Pereira, Salazar, Rodríguez de Cerna y Gallegos de Herrera; el comisario Juan Catalán; el capitán de amigos Lizama y los de auxiliares Maripagui, Tanamilla y Leubullicán.

que temerosos del arrojó de estos valientes que avanzaron intrépidamente por el puente, hasta que, viéndoles bastante empeñados, empezaron a disputarles el paso con tanto denuedo que los detuvieron. El General, viendo la resistencia, hizo entrar por el puente un refuerzo; porque es de advertir que la artillería española no podía tirar, sino matando más españoles que cumcos. Fuerzan, en fin, los españoles la cabeza del puente y empiezan a formarse a la otra orilla, cuando de repente se hunde precisamente por la parte del islote. Los que no habían pasado caen al agua, mucho menos profunda de lo que habían creído, puesto que no subía más que a la cintura, y estos buenos soldados, sin titubear, en lugar de volverse, salen a donde ya sus hermanos en muy corto número se batían contra fuerzas muy superiores. Pero aun reunidos, componían una fuerza numérica demasiado inferior para salir triunfantes de la acción. Los que habían pasado primero, eran sólo cien españoles, y los que se les incorporaron después de la ruptura del puente, doscientos auxiliares, componiendo un total de trescientos hombres mandados por los oficiales arriba nombrados. Con tanta desigualdad, la lucha no podía durar, y por más bizarramente que se batieron, los que no murieron quedaron en poder de los cumcos.

CAPÍTULO XV

El Gobernador manda procesar a su cuñado y le quita el empleo. Recae Acuña en su anterior debilidad y nombra al mismo maestre de campo para nueva expedición. Avísale Bascuñán que muchos caciques araucanos le anuncian un alzamiento general si la expedición se ejecuta. Se ejecuta. Se verifica el alzamiento. Estragos horrorosos cometidos por los araucanos. Huida del gobernador de la plaza de Buena Esperanza a Concepción. Deplorables particularidades de los que huían con él. Llegan a Concepción. Incendio de la plaza de Buena Esperanza.

(1654 - 1655)

No deben olvidar los lectores, para formarse un juicio asegurado de la moral de la historia, que todos estos desastres fueron debidos a la baja codicia, la cual era tan notoria en Chile, que públicamente, sin el menor recato, habían sido vendidos prisioneros indios hechos en correrías no sólo injustas sino, también, hechas contra los derechos de la guerra y con desprecio de las capitulaciones de paz. A este recuerdo se debe añadir la reflexión de que el río Bueno dista unas ciento cincuenta leguas de la frontera española, y que todo este tránsito lo hizo el ejército español sin oposición para ir a castigar a los cumcos, habitantes de la parte austral más lejana de Chile, entre Valdivia y Chiloé, sin que las provincias intermedias lo impidiesen. Al contrario, muchos caciques guerreros los acompañaron y auxiliaron. Dejamos la consecuencia que se ha de sacar de aquí a los lectores.

Cuando Salazar vio los resultados infaustos de su ceguera; cuando vio a sus pobres soldados que, asidos a fragmentos del puente, llevados por la corriente a la otra orilla, iban a ser inmolados como lo acababan de ser ya sus valientes hermanos, enmudeció; pero no supo o no pudo hacer más, y se retiró hasta la frontera sin más obstáculo que el que había tenido para ir. Prueba asombrosa de la buena fe con que los indios respetaron los tratados de paz, a lo menos en esta ocasión.

La conducta de este maestre de campo había causado una irritación general, y su cuñado le mandó formar causa y quitar el empleo; pero la misma debilidad que lo había impelido a cometer el grave precedente yerro, le impelió ahora a reincidir en él; es decir, que los suyos –por no nombrar tantas veces a una mujer en cosas tan serias– los suyos, decíamos, le persuadieron de que, lejos de vituperar la conducta de Salazar, debía, al contrario, declararla justificada por la honra de

la familia, cuya consideración era la primera que debía de tener. En efecto, Acuña declaró a su cuñado justificado, y aun honrosamente vindicado; lo repuso en el empleo, y proyectó otra expedición semejante a la precedente bajo el mando del mismo Salazar.

Al punto en que se difundió tan descabellado proyecto, don Francisco de Bascuñán, que mandaba la plaza de Boroa⁴⁷, escribió al Gobernador exponiéndole que catorce caciques de su confederación habían ido a pedirle encarecidamente pudiese en su noticia, como cosa cierta e indudable, que la ejecución del proyecto, de que tanto hablaban, de otra expedición contra los cumcos, ocasionaría infaliblemente un alzamiento general de los indios, y que ellos mismos, por mil razones que no podían expresar, tendrían que mantenerse neutrales en lugar de apoyar a los españoles. Este parte, con el mismo tenor, lo repitió Bascuñán por segundo expreso sin que el Gobernador le diese el menor crédito ni importancia⁴⁸. Es verdad que también sería posible que no lo recibiese, puesto que era notorio que gran parte de su correspondencia no llegaba a sus manos. En fin, el 6 de febrero de 1655, el maestro de campo Salazar volvió a salir con cuatrocientos españoles y dos mil auxiliares para ir a vengarse de los cumcos.

Mientras tanto, los araucanos se preparaban por su lado y ya habían nombrado por sus jefes a Clentaru, toqui hereditario de Lauquemapu, el cual nombró de vicetoqui a Chicaguala. Los cumcos, que habían hecho la anterior campaña bajo el mando de Ynaqueupú o Inakeupú, General muy acreditado, le conservaron el mando. Ya este caudillo había conquistado muchos caballos en las dehesas de la falda de los Andes, desde Itata por el río Cholguán hasta el de Ñuble. El capitán don Bartolomé Gómez Bravo había salido de la plaza de Santa Lucía de Yumbel con ciento noventa y cinco caballos solamente, creyendo que no tendría que arrosar más que cuatrocientos o quinientos indios, pero se engañó y muy luego se vio rodeado en los llanos de Ñuble por más de dos mil indios que mandaba Inakeupú. De suerte que no le quedó más recurso que el de abrirse paso por medio de los enemigos, y lo intentó; pero él, otros dos capitanes y el párroco de Yumbel, don Juan Bernal, quedaron allí muertos con sesenta españoles más. Si los demás lograron salvarse, lo han debido a la noche que se oscureció mucho.

Volviendo al principal objeto de la historia, el ejército se reunió en la plaza de Nacimiento desde donde pasando por Boroa, en cuya plaza mandaba Bascuñán que se le incorporó, continuó su marcha sobre Río Bueno. Entretanto, el capitán don Juan de Fontalba fue a Concepción desde la plaza de Buena Esperanza a poner en noticia del Gobernador que una india que tenía en su casa, y que era hija de Leubupillán cacique de la parcialidad de Tomeco, le había prevenido se pudiese a

⁴⁷ Los lectores saben que este valiente capitán había caído prisionero en la famosa batalla de las Cangrejas y había estado cautivo muchos años. Como él mismo ha escrito su vida, sin duda los recopiladores de aquel tiempo han juzgado que era inútil referir cómo había salido de cautiverio y se había incorporado con el ejército. Si lo han hecho, no lo hemos visto.

⁴⁸ Un indio leal que corrió a Concepción con la noticia del alzamiento, recibió en recompensa cincuenta azotes públicamente. Carvallo.

salvo en atención a que dentro de dos días se verificaría el alzamiento general de los araucanos. El Gobernador oyó esta relación con desagrado; miró a Fontalba con ceño, y le dio a entender que eran todos unos envidiosos.

Sin embargo, alguna impresión le hizo la nueva, puesto que al punto salió con una compañía de infantería y la suya de oficiales reformados para la plaza de Buena Esperanza, a donde llegó aquella noche misma del día 12 de febrero.

El día 14, tuvo lugar el levantamiento. En un mismo instante y como si fuese a una voz, los araucanos se arrojaron como un torrente que rompe los diques que lo contenían, sobre los establecimientos y estancias comprendidos entre los ríos Maule y Biobío; atacaron a la vez todas las plazas; hicieron mil trescientos prisioneros; saquearon trescientas noventa y seis estancias⁴⁹; y se llevaron cuatrocientas noventa mil cabezas de ganado vacuno, lanar, caballar, etc., cuya pérdida ascendió a ocho millones de pesos. Las casas de conversión sufrieron la suerte general; todas fueron derribadas, y los misioneros quedaron cautivos. Las iglesias fueron incendiadas, y ya se supone que los sublevados no respetaron los vasos sagrados ni las imágenes. En una palabra, de treinta mil indios amigos sólo quedaron treinta. Todos los demás tomaron parte en el alzamiento, al que cooperaron más que los otros por la razón de que habían adquirido conocimientos de que carecían los demás.

El Gobernador, en la plaza de Buena Esperanza, se hacía aún ilusiones, a pesar de cuanto le habían dicho y de su propia razón, cuando de repente llega el alférez Nicolás Gatica que había podido escaparse después de haber sido sorprendido en Tarpellanca al vadear el río de Laja. Tras de este oficial fueron llegando labradores que habían tenido que abandonar sus caseríos al pillaje y al incendio para salvar sus vidas. Sobrecogido y aterrado el Gobernador, no pudo o no supo hacer más que mandar evacuar las plazas de la frontera. Por colmo, le vinieron a dar parte de que ya se acercaban las avanzadas de uno de los caciques, que era Marillanca, y suplicó más bien que mandó que saliese una partida de caballería a contenerlos. Salió Sotomayor y Angulo y tuvo esfuerzo y valor personal bastante para dar muerte por su propia mano al jefe Marillanca; pero los españoles fueron completamente derrotados, y pocos pudieron salvarse. Con éstos dispersos llegó a la plaza el comisario de caballería don Domingo Parra diciendo que los indios venían con intención de tomarla, y enseguida, de marchar sobre Concepción.

El terror de Acuña, al oír esta nueva, llegó a su colmo. En vano, militares de corazón y sangre fría hicieron cuanto pudieron para darle ánimos; el Gobernador quedó tan completamente desmoralizado, que salió de la plaza, la cual estaba fuertemente guarnecida con las tropas y vecinos de San Rosendo, Santa Lucía y San Cristóbal, que se habían refugiado allí, y tomó el camino de Concepción, llevando tras sí hombres, mujeres, niños, clérigos, jesuitas y hasta el santísimo sacramento, que estos últimos guardaron en una custodia precipitadamente. Inútil sería añadir que con tal precipitación, ninguno de cuantos huían con el Gobernador pudo salvar más de lo que llevaba encima de su propio individuo.

⁴⁹ Cuatrocientas sesenta y dos haciendas de campo, dicen Rojas y Olivares; dos mil, cuenta Figueroa. Pérez García

¿Pero cómo sería posible pintar los desastres de estos infelices fugitivos, principalmente los que afligieron a las mujeres y a los niños que no tenían caballos ni bagajes, y que hubieron de huir a pie? Baste decir que hubo madres que dejaron a sus hijos escondidos en un monte con la esperanza de volverlos a buscar; que otras los dejaban caer en el camino sin fuerzas para poder sostenerlos, y que otras se dejaban caer ellas mismas de desfallecimiento y abandonándose enteramente a la Providencia.

En cuanto al Gobernador, a cada paso se le figuraba que los araucanos se le iban a echar encima. Estaba tan turbado y tan presuroso de llegar a Concepción, que anduvo de noche con dos soldados determinados, dejando la dirección de la retirada al capitán Fontalba, y no tuvo descanso hasta que llegó. Al día siguiente los demás fugitivos, menos los muchos desgraciados que habían quedado en el camino, llegaron también. Toda la ciudad salió con una custodia en procesión a recibir el santísimo que llevaban los jesuitas y que éstos depositaron en la iglesia de su colegio.

La plaza de Buena Esperanza, habiendo quedado abandonada, la incendiaron los indios después de haberla saqueado. En el incendio de las iglesias sucedieron portentos que algunos historiadores refieren y que la historia de nuestros días respeta por veneración a nuestra religión, sin tocar en ellos, a fin de sustraerlos al insulto de la incredulidad. Lo que hubo de muy humano y muy natural en aquella circunstancia fue, que ochocientas arrobas de pólvora que había en vasijas de barro en un subterráneo, se inflamaron, causaron una horrenda explosión que esparció el pavor, con muerte de algunas mujeres, muy lejos entre los araucanos, y enterraron bajo de montes de escombros de la ruina a muchísimos de los saqueadores e incendiarios.

CAPÍTULO XVI

Providencias de seguridad del cabildo de Santiago. Abandono de la plaza de Nacimiento. El sargento mayor Salazar que la mandaba intenta retirarse por el Biobío. Varan los transportes y los aligera poniendo mujeres y niños a tierra. Sacrifican los araucanos todas estas víctimas. Vara por segunda vez Salazar y muere él mismo con todos los suyos a manos de los araucanos. Acontecimiento análogo de la guarnición de Talcamávida. Levantamiento en Concepción. Intentan matar al Gobernador y a un oidor de Santiago. Se refugian en el colegio de jesuitas. El pueblo nombra por gobernador al veedor Villalobos. Aceptación de éste. Detalles.

(1655)

Mientras llega el momento oportuno de saber lo que le adviene al ejército sobre Río Bueno y a su maestre de campo general don Juan de Salazar ya cortado por los araucanos, demos un vistazo a la capital del reino por saber lo que pasa en ella.

Las noticias que corrían allí eran aún más infaustas que la verdad misma ya tan lastimosa, como acabamos de ver. Según estas noticias, el Gobernador se hallaba cercado en la plaza de Buena Esperanza sin ninguna perspectiva de salvación; los araucanos, cuyo campo estaba formado sobre el río de Laja, hacían correrías hasta acercarse a tres leguas de Concepción, y ya se habían apoderado de los fuertes San Rosendo, San Pedro y Colcura, ejecutando atrocidades en los vencidos.

Menos estas atrocidades, que no habían podido tener lugar, gracias a que los habitantes se habían refugiado con tiempo a la plaza de Buena Esperanza, esta última noticia era cierta, puesto que dichos fuertes habían sido abandonados. Con estas alarmantes nuevas, el cabildo de Santiago pensó en tomar providencias de seguridad, y nombró a don Juan Rodulfo Lisperguer⁵⁰ de apoderado general del reino para que fuese a Lima a exponer al Virrey su triste situación y pedirle pronto socorros. Pidió al corregidor enarbolase la bandera real, y nombrase capitanes aguerridos y experimentados para mandar las compañías milicianas, enviando una de éstas lo más pronto posible a las orillas del Maule. Los capitanes nombrados en

⁵⁰ Que no debe de ser confundido con el maestre de campo de este nombre que murió hace más de cuarenta años en una sorpresa del fuerte de Boroa.

aquella crítica circunstancia por el corregidor de Santiago se condujeron en todo de manera que sus descendientes pueden hoy alabarse altamente y con orgullo de haberlos tenido por progenitores. El corregidor, que era el jefe de las milicias, tomó una de dichas compañías a sus órdenes, dejó el mando de las armas al alcalde del primer voto, y tuvo la gallardía de marchar en persona a defender el paso del Maule contra los araucanos, si llegaban a intentarlo.

Luego que en Santiago se hubieron tomado medidas de defensa eventual, se pusieron todos a esperar nuevos e inevitables acontecimientos con heroico estoicismo, y a raciocinar acerca de lo sucedido. Por más que se diga que a lo pasado no hay remedio, siempre se goza de cierta distracción, que sirve de consuelo, en discurrir sobre los más tristes acontecimientos.

Entretanto, el sargento mayor don José Salazar se hallaba en la plaza de Nacimiento con doscientos cuarenta hombres de guarnición, y había rechazado ya dos asaltos que le había dado el vicetoqui araucano Chicaguala; pero temiendo no poder resistir al tercero –que probablemente le iba dar– tomó don José Salazar la resolución más loca de cuantas hubiera podido sugerirle su temor. Bien que las aguas del Biobío estuviesen muy bajas en muchas partes, y que no fuese posible el navegar por él con mucha carga sin exponerse a varar, resolvió embarcarse en balsas con la guarnición y los moradores, y abandonar la plaza. Pareciéndoles increíble que hablase seriamente, algunos de sus capitanes oyeron este proyecto como una pura proposición eventual, y respondieron que su ejecución sería imposible hasta que con el invierno creciesen las aguas del río; pero viendo que insistía y tomaba disposiciones para ejecutarlo, hablaron con más firmeza asegurando que era imposible, y que le acarrearía una grave responsabilidad.

Tiempo perdido, el proyecto fue puesto en ejecución; la guarnición y los habitantes se embarcaron y dejaron la buena y fuerte plaza, que hubiera podido resistir bastante tiempo para que se tomasen mejores resoluciones, enteramente abandonada. Chicaguala, lejos de oponerse a su marcha, vio la suya y dejó ir a los españoles río abajo, convencido de que muy pronto los tendría a discreción; y para asegurar más este resultado, despachó un propio a su primer jefe para que atajase a los fugitivos por su lado⁵¹.

Al trazar este hecho los dedos se hielan y dejan caer la pluma. Flotaron y bogaron las balsas hasta en frente a la plaza de San Rosendo, ya arruinada, y allí vararon. Para aligerarlas, Salazar mandó poner en tierra trescientas cincuenta personas, viejos, mujeres y niños, los cuales fueron todos víctimas allí mismo de los araucanos⁵².

⁵¹ Pérez García suponía, sin duda, que era cierto lo que se decía en Santiago, que el Gobernador se hallaba sitiado en la plaza de Buena Esperanza, y dice que allí le dirigió el aviso Chicaguala a Clentaru para que levantase el sitio por acudir a los fugitivos; suposición enteramente inadmisibile.

⁵² Por muy increíble que parezca este acto de egoísmo, el hecho, tal como lo narra Carvallo, lo es aún mucho más. Según éste, Salazar envió las mujeres y demás brazos impotentes por delante con un oficial a la plaza de San Rosendo, en frente a la cual vararon las balsas. El enviado, no sabiendo qué partido tomar, puso las trescientas cincuenta personas de que estaba encargado, en tierra, entregándolas, por decirlo así, al cuchillo de los araucanos, y luego se volvió a dar cuenta de su misión. Al oír lo que había sucedido, el sargento mayor sacó el sable y le dio una cuchillada.



CAZA Á LOS CONDORES .

Así aligerado, don José de Salazar flotó, y prosiguió su retirada hasta en frente a Monterrey, que varó por segunda vez, en un sitio llamado Tanahuillín; y esta vez sin recurso humano, puesto que quedaron las balsas encalladas aun después de haber arrojado al agua la artillería y demás carga inerte. Ésto era lo que aguardaban Clentaru y Chicaguala, siguiendo paso a paso, cada uno por su lado, a los fugitivos navegantes sobre los cuales se arrojaron con furor. Los españoles los recibieron más que con su acostumbrado denuedo, con la resolución de hombres desesperados que saben que no les queda más que morir o vencer, y tal vez hubieran podido sino vencer a lo menos salvarse, sin el fatal incendio de una botija de pólvora que con su explosión los entregó en completo desorden a la venganza de sus enemigos.

Una suerte análoga a la de la guarnición de la plaza de Nacimiento le cupo a la del fuerte de Talcamávida. Hallándose ausente el comandante, su interino tomó la resolución de abandonar el puesto e irse río abajo a Concepción con sus soldados, y con tanto apresuramiento que olvidó retirar una centinela la cual quedó abandonada a discreción del enemigo.

Mientras tanto, los habitantes de Concepción estaban reducidos a vivaquear en la plaza atrincherados. Los araucanos llevaban el insulto hasta la puerta, por decirlo así, de la capital de la frontera. Los habitantes que no eran ricos morían de hambre por la gran carestía del pan y de víveres. Esta deplorable situación, al principio, consternaba a los que padecían sin sugerirles medio alguno de salir de ella; pero al fin los exasperó en términos que recordando súbitamente el origen de sus padecimientos, se levantaron todos a una voz, gritando: ¡Muerte al Gobernador! Dicho y hecho, corren todos en masa unánimes y resueltos a ejecutar la funesta sentencia que la desesperación les había dictado, contra Acuña y contra el oidor de Santiago, don Juan de Huerta, que se hallaba de visitador en Concepción. Por fortuna, un hombre de frescura, don Miguel de Lastra, pudo salvarlos escondiéndolos en el colegio de los jesuitas.

No hallándolos en el primer ímpetu, se enfriaron los ánimos y una nueva idea los distrajo: como necesitaban de un buen gobernador, corrieron a casa del veedor Villalobos, que era generalmente querido hasta de los mismos araucanos; lo cogieron en sus brazos, a pesar de la resistencia que hizo, y le llevaron en triunfo proclamándole gobernador. La reflexión le vino a Villalobos de que era un deber para él el aceptar, como medio más seguro de salvar la vida a Acuña y al oidor, y aceptó. Lo primero que hizo fue mandar, y lo primero que mandó, que cada cual se retirase a su casa y no volviese a perturbar la tranquilidad pública. Enseguida, nombró de maestro de campo a don Ambrosio de Urra, y de sargento mayor a don Gerónimo Molina.

Por otro lado, era muy cierto que los araucanos estaban a las puertas de Concepción, y tal vez se hubieran apoderado de la ciudad si hubiesen pensado en ello; pero, por dicha, se contentaron con inquietarla. Tan pronto interceptaban víveres;

Suponiendo que el enviado se haya visto reducido a esta cruel extremidad, y haya podido flotar y volverse solo, ¿Cómo, en vista del resultado, ha podido Salazar ir a buscar con certeza la misma suerte?

tan pronto aprisionaban un habitante a trescientas varas de la plaza. Una noche causaron una sorpresa atacando el molino de los jesuitas; pero el valeroso molinero mató de un tiro a uno de ellos, y los demás no parecieron hallarse en disposición de hacer más ruido. En fin, para pintar de un solo rasgo a cuanto llegaba su atrevimiento, un día a las tres de la tarde penetraron dentro, y se llevaron a un sacristán de la catedral con algunas mujeres.

En las demás plazas ha sucedido lo que ya hemos visto, y sólo tenemos que añadir, empezando por Valdivia, que estaba sitiada; que el sargento mayor don Gonzálo González de la Gonzalera y Mendoza hizo una salida con doscientos veinticinco hombres contra dos mil sitiadores, los derrotó y se volvió con algunas capturas, cuando de repente se vio cercado por cuatro mil, mandados por Colicheu y Calihueque. No obstante su inferioridad numérica, se mantuvo firme, dando lugar a que el gobernador de la plaza, don Diego González Montero, viniese a socorrerle. Llegó en efecto este jefe, dio muerte a Colicheu y derrotó a Calihueque, sin perder la captura que había hecho el sargento mayor, acción que tuvo lugar el 8 de mayo, día del arcángel san Miguel, que quedó allí para siempre –a petición del gobernador Montero– día de fiesta feriado.

En San Bartolomé de Gamboa, sucedió lo que en otros tiempos hemos visto en la antigua Imperial, o a lo menos, algo muy semejante. Nuestra Señora, patrona tutelar de la plaza, estaba expuesta en público. Un día, al amanecer, los araucanos, en un ataque, dispararon algunas flechas contra la santa imagen. Los moradores y la guarnición deliberaron el abandonar la plaza, afligida, por otra parte, de una enfermedad epidémica, y atravesaron el Maule, llevando en procesión todas las imágenes que tenían.

Nada hallamos concerniente a las plazas de Tucapel y Lebu. De las de Arauco y Boroa hablaremos cuando hayamos visto lo que sucedió en la gran expedición de Río Bueno.

CAPÍTULO XVII

Suerte de la expedición sobre Río Bueno. Incendio del fuerte de San Martín. Llega el Gobernador de este fuerte a los cuarteles del ejército. Confusión del maestre de campo. Resuelve retirarse por mar. Oposición de sus oficiales. Ejecuta, no obstante, su proyecto. Otros detalles.

(1655)

Los araucanos incendiaron el fuerte de San Martín, en la parcialidad de Pitubquén situado a la orilla meridional del Toltén, y aprisionaron la guarnición y los moradores. El comandante de este fuerte pudo salvarse en un excelente caballo a pelo y sin sombrero en la cabeza, y llegó aquella noche a los cuarteles del maestre de campo don Juan de Salazar comandante en jefe del ejército expedicionario, que se hallaba a las orillas del río Quetahue. Al mismo tiempo que el comandante del fuerte de San Martín, llegaron otros españoles, y por ellos supo Salazar el general levantamiento de los indios y el sitio de la plaza de Boroa.

Con estas noticias, perdió la cabeza, se puso en movimiento para hacer algo, y al amanecer del día siguiente entró en la plaza de Mariquina, que mandó evacuar, yéndose desde allí al castillo de Las Cruces. La carrera había sido larga, tuvo necesidad de descansar, y con el descanso le vino el uso de la razón. La situación del ejército, por no decir la suya, era sumamente crítica teniendo como tenía a la espalda un espacio inmenso cubierto de enemigos. Esta reflexión le sugirió la idea de marchar a Valdivia, y hacer su retirada por mar; pensamiento que fue altamente desaprobado por los más dignos y acreditados españoles que no podían digerir el verse expuestos a la deshonra de una retirada pusilánime, al paso que el ejército estaba intacto, lozano y pronto a batirse. Si era cierto que tendría, para retirarse por tierra, montes y ríos que atravesar, también lo era que unos estaban muy transitables, y los otros ofrecían buenos vados por todas partes. A estas consideraciones, añadían estos pundonorosos oficiales, que el retirarse por mar no sólo sería una vergüenza para ellos sino, también, un aumento de fuerza moral en sus enemigos que los pondría más indómitos que nunca, y con mucha razón.

El que más insistió sobre la oportunidad y la conveniencia de deshacer lo andado por tierra fue don Francisco Bascañán, el cual le representó de palabra y por escrito,

que por de pronto tendrían la ventaja de socorrer a la plaza de Boroa, desde donde se podrían dirigir las operaciones de la retirada con más reposo y acierto⁵³; al paso que era un verdadero deshonor para las armas españolas el no hacerlo. Pero Salazar no tenía oídos, su resolución estaba tomada, y sin oír más consejos, mandó degollar unos seis mil caballos de remonta, carga y equipajes, marchó para Valdivia, se embarcó en los transportes que habían llevado el situado, y volvió a Concepción.

Este resultado no se verificó sin algunos episodios. Los auxiliares, que tantos servicios habían hecho a los españoles y a su causa, se rebelaron un día, dieron muerte a sus capitanes y los más desertaron a los suyos.

Por otro lado, don Cosme Cisternas, sucesor de Carrera en el mando de Chiloé, tenía orden del maestro de campo Salazar para ir a esperarle a Osorno. Cisternas se había puesto en marcha para dar cumplimiento a esta orden, con ciento cincuenta españoles y cuatrocientos cincuenta auxiliares y, aunque los cumcos, en número de cuatro mil mandados por Nameuche, quisieron detenerle, los arrojó matándoles cuatrocientos. Pero no sin sensibles pérdidas por su parte, pérdidas que dejan el ánimo suspenso, lejos de creer a pies juntos que el jefe español haya vencido completamente. En efecto, tuvo cincuenta heridos, tres españoles y siete auxiliares muertos. El capitán Vargas Machuca tuvo que hacer prodigios de valor para salvarse, y no sabe él mismo cómo lo pudo, puesto que le derribaron del caballo mortalmente herido. Por lo mismo, Machuca atribuye su salvación a un milagro que fue la aparición del difunto jesuita Villaza. Tanto habló Machuca de esta aparición, y del convencimiento que tenía de haberle debido la vida, que al año siguiente, el comisario del santo oficio de Santiago, Albis, le llamó y le pidió una declaración, la cual dio el 9 de diciembre de 1656.

Volviendo a Cisternas, éste se empeñó en llegar a Osorno y lo consiguió; pero a la vuelta, que verificó con la certidumbre de que era inútil aguardar por Salazar en Osorno, se halló cortado por Nameuche con seis mil hombres. Viéndole en batalla y en actitud de oponerse a su marcha, le atacó con denuedo. Nameuche se batió con arte y con indecible valor; pero fue deshecho con pérdida de cerca de setecientos muertos. De los españoles y auxiliares hubo unos sesenta heridos de muerte.

Verificado el regreso a Chiloé, los auxiliares conspiraron para ir a juntarse con los suyos. Tuvo Cisternas noticia de este proyecto, puso presos a algunos caciques, ahorcó a cinco de ellos, y con este acto de vigor, cortó el complot, pero no de raíz. Al año siguiente, los descontentos amigos empezaban ya a rumiar otro semejante proyecto al pasado. Cisternas, que lo supo, mandó dar muerte a diecisiete caciques, y descuartizar al que era cabeza de la conspiración para exponer sus cuartos por los caminos, para escarmiento de otros. Se ejecutó la sentencia, y en más de cincuenta años, no hubo más motivo de hacer justicia en ellos.

Nos queda hacer mención de las plazas de Boroa y Arauco. La de Boroa se mantuvo firme, y más adelante hablaremos de ella. La de Arauco, que estaba man-

⁵³ Los escritores de aquel tiempo, por no especificar, han sido tan poco caritativos, que atribuyen este parecer del feliz cautivo Bascuñán a la circunstancia de tener en aquella plaza a su hijo; lo que no les impide de convenir en que todos los oficiales acreditados eran del mismo dictamen.

dada por el navarro don José Bolea, fue incendiada por los araucanos⁵⁴. Su comandante se retiró con la guarnición y los vecinos al castillo de San Ildefonso, situado en una altura dominante, como si fuese una ciudadela protectora de aquella plaza, y último recurso para sus defensores. Los araucanos atacaron a Bolea en esta ciudadela, y siempre fueron rechazados con pérdidas. No satisfecho con esto, el comandante español hacía salidas con buen éxito. Habiendo dado muerte en una de ellas a un capitán de gran reputación, que era de Purén, los españoles llevaron el cadáver al castillo para que los araucanos lo fuesen a pedir, en cuyo caso, antes de entregarlo, habrían pedido los sitiados que les llevasen víveres. El cálculo no era malo, pero, no obstante, salió errado. He aquí por qué.

El cacique Guayquili tenía un prisionero español, el cual era un cura párroco de la plaza de Colcura, y se llamaba don Juan de Saa. A este sacerdote le impuso su amo cacique que fuese a pedir a los suyos el cadáver del capitán de Purén antes que los españoles tuviesen la tentación de despedazarlo para exponer sus miembros en los caminos. Tuvo que llenar esta misión el licenciado don Juan de Saa, y hubo que entregarle el cadáver⁵⁵.

Viendo el comandante del castillo que los araucanos le dejaban algún descanso y parecían haberse alejado, envió a coger frutos en el campo a algunas mujeres españolas con algunos muchachos, vigilados por una partida de cuarenta hombres. Al punto que los araucanos, que se hallaban emboscados, las vieron, se arrojaron sobre ellas. Bolea salió de prisa a socorrerlas y rechazó a los indios. Una española, en esta ocasión, cortó la cabeza –cercén a cercén– a un enemigo; la levantó en la punta de una lanza con mucha gallardía, y gritó apellidándose como gritan ellos. Picado de este hecho, Clentaru proyectó apoderarse del castillo por astucia si no podía conseguirlo a viva fuerza. Para eso envió un parlamentario a Bolea pidiéndole una conferencia para tratar la paz, en su mismo castillo. El comandante español aceptó la propuesta, y Clentaru fue a verse con él en compañía de muchos caciques, llevando todos en la mano el simbólico ramo de canelo. Después de recíprocos saludos muy cordiales, en apariencia, Clentaru habló largamente recordando los innumerables motivos que tenían los españoles para fiarse en él y en los suyos, puesto que desde que habían poblado a Arauco, habían sido sus verdaderos hermanos de armas, y su cacique Colocolo, el más sincero y leal de sus amigos, en términos que había abrazado la religión cristiana, y la había defendido siempre desde entonces con las armas en la mano. En cuanto a nosotros mismos, añadió Clentaru, hemos abandonado nuestros nacionales, y nos hemos coligado contra ellos con los españoles, derramando su sangre y cubriendo los campos con sus huesos. Es verdad que así nos lo habían mandado nuestros mayores encargándonos encareci-

⁵⁴ Al jesuita Gerónimo de Barra, que se hallaba allí, le llevaron los araucanos a lo más alto de Colocolo, que dominaba la plaza, sin duda para inmolarlo; pero el misionero se mostró tan impertérrito, y les habló tan al alma, que no se atrevieron a tocarle un pelo de la cabeza. Carvallo.

⁵⁵ Cómo este cura llenó su misión; cómo le dejaron ir; cómo no se quedó; qué prendas dejó de que volvería, etc. Todas las circunstancias necesarias al crédito de un hecho les parecen inútiles a los escritores de las cosas de Chile.

damente, al irse de esta vida a la otra, que nos mantuviésemos siempre en paz y en amistad con vosotros; y a este consejo, que hemos seguido en cuanto nos ha sido posible, debo añadir que vuestra amistad y trato nos eran útiles y provechosos. Cuando, a pesar nuestro, la paz ha sido momentáneamente interrumpida, debéis acordaros que los Pelantaru, los Ancanamún y otros jefes araucanos os la pidieron y nos obligaron a aceptarla ponderándonos, por un lado, sus beneficios, y pintándonos, por otro, los inútiles horrores de la guerra. Por otra parte, no podéis haber olvidado los esfuerzos de Queupuantú, las súplicas de Rinco, y los parlamentarios que continuamente nos enviaba Turculipi para que nos uniésemos a ellos contra vosotros, y que no lo hemos hecho. Cuando hemos tenido conocimiento de que se tramaba alguna conjuración, al punto os hemos dado parte del hecho, con datos ciertos, fijos y seguros para que la cortaseis en sus principios; y, dejando lo que ha sucedido en tiempos pasados, ya acabáis de ver que yo mismo, en las circunstancias presentes, he dado aviso, por dos veces, a vuestro Gobernador de que iba a haber un levantamiento general. Todos los presentes me habéis visto entrar con setenta caciques aquí mismo para participarlo a Pizarro, interino en ausencia de don Juan de Salazar; y desde aquí, fui yo mismo en persona a ponerlo en noticia del Gobernador, el cual, si no me creyó, no ha sido culpa mía. ¿Cuántas parcialidades no hemos sujetado a vuestro dominio desde Lebu hasta Imperial? Y aun el año pasado, ¿no nos hemos juntado por ventura, para ir a castigar los de Río Bueno? ¿No hemos acaso perdido en esta expedición, por el servicio del Rey, a muchos de nuestros hermanos, parientes y amigos? Ya lo veis. Si ha habido levantamiento no ha sido por causa nuestra, puesto que nos hemos negado a tomar parte en él, y que, además, hemos hecho cuanto hemos podido para cortarlo, hasta que vinieron fuerzas superiores de Purén, Ilicura y Tucapel que nos forzaron a tomar las armas. Y aun después de haberlas tomado, ¿qué mal os hemos hecho? Ninguno. Ciertamente, nuestras flechas no han herido ni menos muerto a muchos españoles; porque, en lugar de apuntárselas, las tirábamos muy alto por encima de ellos. He aquí la verdad de los hechos. Ahora que nuestros opresores se han ido, volvemos a nuestra natural inclinación hacia vosotros, pidiéndoos nos sostengáis contra ellos, porque solos no bastamos, como tampoco vosotros no bastaríais sin nosotros.

Estas agudas memorias de Clentaru, en parte ciertas, y en parte aparentes, produjeron tanto más efecto, cuanto en el fuerte había en su favor el poderoso argumento del hambre, y que él ofreció víveres. Con todo eso, Bolea se mantuvo, sino enteramente y abiertamente desconfiado, a lo menos con dudas; pero como, en resumidas cuentas, no tenía autoridad para tomar una resolución personal, nada arriesgaba en transmitir al Gobernador las proposiciones de Clentaru, manteniéndose él mismo con precauciones. El jefe araucano halló muy conveniente esta medida, y pidió que cuanto antes se ejecutase, antes que los de Talcamávida, que tenían las mismas intenciones, fuesen por delante, cosa que le sería muy sensible. Este último rasgo hubiera engañado completamente a Bolea⁵⁶ si este capitán no

⁵⁶ Estas particularidades, muy notables, son de Carvallo, el cual las justifica plausiblemente, declarando que las debe al P. jesuita Rosales, compañero y amigo del P. Gerónimo de la Barra. Además,

hubiese sido tan precavido; y más cuando Clentaru añadió que él mismo enviaría algunos caciques, los cuales le sería de mucha satisfacción fuesen acompañados por el P. jesuita De la Barra y por el capitán de amigos Quijada.

Sin embargo, los caciques enviados por Clentaru al Gobernador del reino tenían orden para volverse desde el río Laraquete llevando bien asegurados al jesuita y al capitán de amigos. Al amanecer del día siguiente, se marcharon. Mientras tanto, Clentaru, que había notado el hambre tristemente grabada en las caras españolas, mandó preparar un abundante y copioso banquete a su vista, pero fuera del alcance de los fuegos del castillo, y convidó al comandante Bolea y a la guarnición, pidiendo llevasen algunas armas para hacer salvas en celebración de la paz tan bien entablada. Esto le pareció demasiado a Bolea y despertó su desconfianza, que se había adormecido algún tanto, y no sólo rehusó el convite, sino que impuso pena de la vida al que se atreviese a salir de la plaza. No obstante, tan importunado se vio con súplicas arrancadas por la necesidad a algunas mujeres y muchachos, que los dejó ir, y todos quedaron en manos de los araucanos. Además, los caciques enviados a Concepción habían vuelto, llevando presos al jesuita y al capitán de amigos, y no habiendo podido conseguir más con su astucia, Clentaru quiso manifestarse satisfecho con esto y se puso a burlarse de Bolea renovando ataques contra el fuerte hasta incendiarlo una mañana, aunque sin causar estragos, porque los sitiados pudieron apagar el fuego, poco favorecido por el viento, que, por fortuna, le era contrario.

Entretanto, el gobernador popular Villalobos sabía la estrecha y apurada situación de los defensores de Arauco, y conociendo que sería imposible el dejar subsistir aquella plaza, resolvió que fuese evacuada. Para llevar a efecto esta resolución, comisionó al capitán don Antonio Buitrón, el cual salió en una nave con fuerzas reputadas suficientes⁵⁷ para darle cumplimiento. Buitrón era un valiente vizcaíno, oficial de tino y conocimientos, y ejecutó con felicidad la operación. Los araucanos quisieron oponerse al desembarco y avanzaron pelotones de caballería; pero Buitrón, teniendo sus soldados ya prontos y preparados cada uno con su número de fila para evitar la confusión, envió algunas descargas que ahuyentaron a los enemigos; desembarcó, y llegó felizmente al socorro de los desdichados sitiados que le recibieron como a verdadero redentor. El traslado de los habitantes y de sus ajuares a bordo se hizo sin la menor pérdida. Pero el mismo Buitrón tuvo una desgraciada fatalidad, y fue que se le incendió un frasco de pólvora que le abrasó el rostro; y con todo eso, llevó a buen fin su ardua comisión regresando a Concepción sin perder un solo individuo.

todos los otros escritores contemporáneos están, poco más o menos, de acuerdo en la sustancia de estos acontecimientos, y sólo difieren en que dicen menos y con menor especificación.

Quiroga, dice Carvallo, supone sin fundamento, que en Arauco hubo otro comandante –que no nombra– y el cual por sospechoso, fue relevado por Volea, que, según Rojas, se aventuró solo y con gran riesgo a ir a tomar el mando. “Pero yo, continúa Carvallo, que muchas veces anduve estas veinte leguas, cuando no había colonia alguna española, y que he sido comandante de la expresada plaza en tiempo de sospechas de guerra, y me impuse de la situación y avenidas para hacer mejor su defensa, digo que toca en lo imposible su entrada en ella, y más estando asediada”. Carvallo.

⁵⁷ Con cien hombres, Figueroa –con doscientos cincuenta, Rojas– con trescientos, Carvallo refiriéndose al P. Rosales. Esto debe de ser la verdad.

CAPÍTULO XVIII

Resumen de las plazas que perdieron los españoles después del levantamiento. Particularidad de la de Chillán. Patriótica conducta del corregidor Pizarro. Situación de Concepción. Bascañán rechaza a los araucanos. El gobernador popular Villalobos nombra un maestro de campo y un sargento mayor. Los antiguos son arrestados. Don Antonio de Acuña huye a Valparaíso y de allí pasa a Santiago. La Real Audiencia le sostiene. Apelación del cabildo de Concepción al Virrey. Informe al mismo de la real audiencia de Chile. El Virrey manda comparecer ante él en Lima al gobernador Acuña, al maestro de campo y sargento mayor arrestados; y al corregidor y regidor de Concepción. Acuña desobedece. Los demás citados van a Lima y regresan purificados. El Virrey nombra un sucesor al gobierno de Chile. Llega éste a Concepción, y después de haber recibido el bastón de manos de su predecesor, le envía arrestado a Lima. Socorros que llevaba el gobernador Porter. Cesa Villalobos de mandar. Son nombrados otro maestro de campo y otro sargento mayor. Los araucanos interceptan en las inmediaciones a Concepción el paso para ir al socorro de Boroa. Son batidos, y quedan los caminos despejados.

(1655 - 1656)

Resumiendo los últimos acontecimientos después del levantamiento general de los indios, los españoles perdieron las plazas de San Pedro, Colcura, Buena Esperanza, Nacimiento, Talcamávida, San Rosendo, Santa Lucía, San Cristóbal y San Bartolomé de Gamboa. La de Chillán, que no tenía guarnición, fue defendida por sus moradores en número de mil quinientas personas de diferentes edades y sexos, hasta que, perdiendo la esperanza de ser socorridos y hallándose diezmados por una enfermedad epidémica, abandonaron sus hogares y se acogieron a la protección del bizarro corregidor que guardaba el paso del Maule, y que los custodió a salvo hasta Santiago. El cabildo de la capital ensalzó su conducta, y acordó en junta de 30 de abril, se abriese una suscripción en favor de los míseros fugitivos de Chillán. Boroa quedó aislada, sin socorro y sin comunicación, y aun no podemos saber cuál será su suerte. El fuerte de San Martín, sobre el Toltén, fue el primero atacado e incendiado, y ya hemos visto a su comandante llegar a uña de caballo y en pelo, sin sombrero en la cabeza, a dar parte de la sublevación de los indios al cuartel general del maestro de campo, establecido sobre el Quetahue. Los gobernadores de Valdivia y de Chiloé se mantenían firmes y, lo que más es,

rechazaban con ventajas a los enemigos. Veamos ahora en qué pararon los sucesos de Concepción.

Esta capital de las plazas de la frontera era continuamente insultada por los araucanos. Bascuñán, que estaba allí, los rechazaba y aun los castigaba alguna vez. En medio de esto, el pueblo irritado se había sublevado, como hemos visto, y había ido a dar muerte al Gobernador, que en la opinión general era el causante de todos sus males, siendo el solo responsable de su seguridad, y al oidor Huerta. El ministro de la real hacienda Lastra los había salvado, sacando al primero por una ventana de su palacio y ocultándolo en el colegio de los jesuitas; y al oidor visitador, en el convento de San Juan de Dios; pero todo esto no lo pudo ejecutar tan sigilosamente que no llegase a noticia de las cabezas del motín, y los amotinados corrieron furiosos al colegio. El rector había tomado bien sus medidas con esta previsión, y les abrió las puertas de par en par para que buscasen al objeto de su justa ira. Le buscaron, en efecto, por los más escondidos rincones del edificio, y no hallándole se retiraron. Mientras tanto, se enfriaban los rencores, y el buen discurso volvía poco a poco a dirigir las cabezas a mejores fines. Como no podía quedar sin gobernador, nombraron a Villalobos, que aceptó el cargo después de una larga e inútil resistencia. Este episodio dio lugar a otros.

El Gobernador popular dio el empleo de maestre de campo a Urra, y el de sargento mayor a Molina, bien que Rebolledo y Cerdán⁵⁸, que los llenaban, estuviesen presentes dando órdenes de defensa, y ejerciéndolos como lo habían hecho —particularmente el primero— después de tanto tiempo. Rebolledo, picado, dicen que arrojó con despecho el bastón del mando; pero luego vio que se trataba de algo más que quitarle el empleo, y en efecto le pusieron arrestado, como también al sargento mayor Cerdán, en un barco anclado en el puerto de Talcahuano. El motivo de esta medida extremada con dos oficiales generales, de los cuales el primero había trabajado tantos años en la guerra de Chile sino con éxito siempre igual e infalible, a lo menos con incontestable celo, no se aclara por de pronto, y sólo en el desenlace se trasluce que estos dos jefes habían sido sospechados de ser tal vez los instigadores del motín contra el gobernador Acuña y el oidor de Santiago, Huerta.

Luego que el rector del colegio de jesuitas vio que los amotinados se habían alejado y que no volvían, dio al Gobernador el buen consejo de ponerse en salvo. Acuña pensaba en lo mismo. Su mujer se había retirado ya precipitadamente a Santiago, angustiada y llena de zozobra al ver los funestos resultados de sus cálculos. Hasta entonces, nada se sabía de su hermano, el cual también, sin duda alguna, se había ocultado, sin lo cual hubiera corrido tantos riesgos, o tal vez más que su cuñado. Éste, como lo acabamos de decir, pensaba en sustraerse al furor popular y lo consiguió embarcándose sigilosamente para Valparaíso, desde donde se fue a Santiago. La Real Audiencia, ya sea en favor del buen orden, cuyo trastorno en ningún caso ni por motivo alguno debe ser aprobado; ya porque uno de sus miembros había corrido la misma suerte que el Gobernador, se manifestó defensora de la causa de éste, y tachó al ayuntamiento de Concepción de debilidad y de usurpa-

⁵⁸ O Serdan.

ción de autoridad, en el hecho de haber nombrado otro gobernador. El cabildo de Concepción probó por su conducta en esta delicada ocurrencia, que el supuesto acto de usurpación de autoridad no había sido más que un recurso dictado por la prudencia, y que tal vez el gobernador Acuña y su consorte el oidor Huerta le habían debido su salvación. En efecto, la primera orden dada por el gobernador popular Villalobos había sido la de la separación de los tumultuosos, y Dios sabe si otro en su lugar habría tenido la misma inspiración, y si sus órdenes hubieran sido tan pronta obedecidas, en el caso que la hubiese tenido. Por consiguiente, el cabildo de la capital de la frontera se manifestó muy dispuesto a volver a reconocer al gobernador antiguo; pero no quiso quedarse con el peso de una acusación injusta y se quejó al Virrey, exponiéndole la verdad de los hechos por medio del P. jesuita Gerónimo de Monte Mayor, rector del colegio de Buena Esperanza, el cual había sido testigo ocular de la mala conducta de los Salazar en sus mandos.

La representación del cabildo de Concepción al Virrey fue apoyada por otra análoga del de Santiago, por medio de su procurador don Juan Rodulfo Lisperguer, en vista de los informes de la Real Audiencia a la misma autoridad superior. Al ver todas estas quejas, el Virrey mandó que el gobernador Acuña con toda su familia, Rebolledo, Cerdán, el corregidor de Concepción, D. Francisco Gaete y el regidor don Juan Bravo se presentasen inmediatamente en Lima a prestar residencia y dar cuenta de su conducta. Rebolledo, Cerdán, el corregidor y el regidor obedecieron sin demora, pasaron a Perú, respondieron a todos los cargos que les hizo el Virrey, y volvieron purificados de la sospecha de haber tenido parte en el levantamiento de Concepción contra el Gobernador y el visitador Huerta. Pero Acuña no sólo no obedeció sino que, también, se produjo con expresiones de resentimiento poco decorosas. Sin embargo, el Virrey, sin parecer dar la menor importancia a esta particularidad, le nombró inmediatamente un sucesor, que fue el almirante don Pedro Porter Casanate, el cual arribó a Concepción el día 1 de enero 1656. Acuña, al punto en que había recibido la noticia, se había puesto en camino para la frontera, sabiendo que ya no tenía que temer resentimientos, y se halló a la llegada de su sucesor. Éste le trató con mucha cortesía y miramiento, y le hizo saber con rodeos de urbanidad, que la orden que traía era de enviarle arrestado a Lima. Acuña, que había reflexionado, obedeció esta vez y se embarcó con toda su familia para Perú. Sigámosle para volver luego a los asuntos de Chile.

El Virrey, ciertamente, había cometido un acto arbitrario, un arranque de grande de España al anular con su propia autoridad el despacho real en virtud del cual había Acuña gobernado el reino de Chile, y ésta fue la excusa que dio el ex Gobernador de no haber obedecido a su primera orden. En cuanto a los actos de su gobierno, no había excusa posible, y el Virrey le mandó formar causa enviando al oidor de Lima don Álvaro de Ibarra a Concepción a tomar informes, mientras por otro lado, informaba él a la Corte sobre los acontecimientos que habían arruinado todos los frutos de la paz conseguida a costa de tantos desastres. En respuesta, el Rey manifestó su alto desagrado⁵⁹, y envió un real sello en blanco al Virrey para

⁵⁹ Real cédula de 12 de noviembre de 1656.

que, si lo creía oportuno, nombrase gobernador de Chile a su propio hijo don Juan de Henríquez. Acuña, procesado y condenado a la pérdida de sus empleos con una ruidosa sentencia, apeló a la piedad del Monarca, el cual juzgó, sin duda alguna, era plausible el motivo que alegaba para no haber obedecido al Virrey, puesto que S.M. advirtió –en respuesta al recurso en gracia de Acuña– a los virreyes de que su autoridad no se extendía a quitar empleos obtenidos con reales despachos, y que en semejantes casos, cuando hubiese premura, se asesorasen, en lo sucesivo, con la real audiencia de Lima. Al mismo tiempo indultaba al gobernador desposeído, declarándole acreedor a ser indemnizado de todos los daños y perjuicios que se le hubiesen seguido de su causa y de la pérdida del empleo, con tal que no fuese en el mismo reino de Chile. Pero este consuelo le llegó muy tarde al indultado. Acuña había sucumbido a sus pesares y amargas memorias cuando llegó esta real cédula a Lima⁶⁰.

Volviendo a nuestra narración, Chile había tenido dos satisfacciones con la venida del nuevo Gobernador, a saber, la de la marcha de su predecesor, y la de su llegada. Don Pedro Porter Casanate, caballero del hábito de Santiago, prometía, en efecto, mucho por sus antecedentes, como almirante del mar del Sur. Sin duda todo esto pedía conocimientos especiales algún tanto distintos de los que se necesitaban para rescatar lo perdido en el anterior gobierno; pero en grandes apuros surgen fácilmente las esperanzas. Es verdad que Casanate, además de su nombre tan recomendable, llegó a Concepción con el situado para el ejército, y un refuerzo⁶¹, municiones y pertrechos. El cabildo de Santiago vio en este precioso socorro el resultado del buen desempeño de su procurador Lisperguer enviado a Lima a pedirlo al Virrey, y que regresó con el séquito del gobernador Porter Casanate.

Éste, como lo acabamos de decir, era esencialmente un acreditado marino, pero la guerra de tierra difiere de la de mar, y Casanate, que no lo ignoraba y que tenía la noble ambición de obrar con acierto, se formó un consejo consultativo compuesto de doce antiguos y experimentados oficiales del ejército. El benemérito veedor general Villalobos, gobernador popular, cesó gustosísimo de serlo, e *ipso facto*, el maestre de campo y el sargento mayor que él había nombrado, hubieron de dejar sus puestos, el primero, a don Gerónimo de Molina, y el segundo, a don Ignacio Carrera Iturgoyen⁶², elegidos para llenarlos por el actual Gobernador, el cual nombró de comisario a don Luis de Lara. En fin, llegó el caso de obrar.

⁶⁰ Fecha de 28 de junio de 1660.

⁶¹ De quinientos hombres, Quiroga –de 376, Carvallo –este número debe de ser el cierto, puesto que Carvallo cita al P. Rosales, allí presente en aquella ocasión. Además del situado, envió el Virrey 180.000 pesos para gastos de guerra y 6.000 fanegas de trigo para el ejército. Las religiosas y los particulares de Lima enviaron sábanas y camisas para dos mil soldados, y hasta dinero destinado a comprarles cigarros.

⁶² Es de notar que Pérez García cita a Figueroa asentando que el sargento mayor nombrado por Casanate fue don Martín de Ariza. Que nos perdone el señor Pérez García. Figueroa dice que fue don Ignacio Carrera. Carvallo dice lo mismo, y añade que los descendientes de Molina y Carrera en Chile han tenido diversas fortunas; los del primero –en la provincia de Concepción– adversa; y los del segundo –en Santiago– muy próspera.

Había trece meses que la plaza de Boroa estaba abandonada a sus solos recursos en medio de las más belicosas parcialidades enemigas. Ya se empezaba a murmurar de la inacción de Casanate, que había llegado el 1 de enero y que al cabo de dos meses nada parecía haber hecho para ir al socorro de dicha plaza, la cual reclamaba con urgencia sus primeras atenciones. Pero la verdad era que esta expedición pedía mucha reflexión y muchas precauciones. Las tropas que hubiesen de componerla tenían que atravesar sesenta leguas de tierras enemigas, cortadas por ríos, montañas y desfiladeros. Por consiguiente, era preciso que fuesen seguras de la victoria, en suficiente número, todas las que había disponibles, dejando la capital de la frontera sin defensores, en un caso imprevisto, aunque no imposible, puesto que los araucanos, batidos por Bascuñán, se habían alejado muy poco y no habían cesado de infectar los caminos matando viajeros, e interceptando víveres y comunicaciones. Era, pues, preciso, para poder marchar, tener el tránsito despejado. El Gobernador puso esta operación a cargo de Molina, y este maestre de campo los fue a atacar en un bosque donde se habían atrincherado en número de mil hombres. El primer objeto de Molina era tomar todas las salidas del bosque; el segundo, entrar en él con fuerzas suficientes, y así lo hizo.

Pero después que hubo tomado todas las veredas para que no se le escapasen, accedió a la súplica que le hizo el padre Francisco Vargas de que le permitiese ir a exhortarlos a rendirse antes de atacarlos. Fue el P. jesuita y les habló tan al alma que los convenció y se entregaron todos, menos el que los mandaba, el cual era un indio yanacona, llamado Ignacio, ausente por entonces en busca de un refuerzo para volver sobre Concepción. Con esta declaración, y antes que tuviese noticia de lo que había sucedido en el bosque, Molina envió un fuerte destacamento para cogerle muerto o vivo. Como estaba muy ajeno de pensar en ello, Ignacio fue sorprendido fácilmente, conducido a presencia del Gobernador, juzgado y sentenciado a muerte, y ahorcado; pero no por eso quedaron los caminos despejados. Otra columna de dos mil quinientos indios volvió, pocos días después, a interceptarlos. El Gobernador salió en persona a hacerles frente y los batió completamente, haciéndoles doscientos prisioneros, y dispersando a todos los que pudieron huir, pues dejaron muchos muertos.

Esta primera acción de guerra, mandada por el Gobernador en persona, le dio mucho crédito en el reino, en su ejército y aun entre los mismos araucanos, que quedaron atónitos de ver cuán pronto los españoles se habían puesto en actitud ofensiva. Fue en términos, que hablaron de influjo sobrenatural, de milagrosas apariciones y portentos⁶³.

Después de esta victoria, oyendo hablar de una imagen de Nuestra Señora que un buen indio había ocultado en la isla de Laja para que no fuese profanada, resolvió Casanate ir a recogerla, y en la ejecución de este acto religioso, tuvo aun ocasión de mostrarse capaz de castigar a los indios, lejos de temerlos, y mandó colgar de un árbol al caudillo Huechuqueu. De regreso con la imagen de la Virgen

⁶³ Decían que San Felipe se había aparecido a caballo en el aire blandiendo una espada flamante, y apellidándose, como hacían los indios: “yo soy Fabián”.

a Concepción, fue recibido con aplausos y expresiones del más acendrado reconocimiento. Esta entrada fue tanto más solemne, cuanto salió una procesión a recibir a Nuestra Señora, con música y triple salvas del castillo.

CAPÍTULO XIX

Sitio de la plaza de Boroa y su defensa. Expedición para ir a salvar la guarnición. El cabildo de Santiago envía sus milicias y sus vecinos para guardar Concepción. Voluntarios aventureros que siguen el cuerpo expedicionario. Oposición de los enemigos sobre el río de Laja. Son batidos. Segunda oposición sobre el río de los Sauces. Son batidos por segunda vez. Arribo feliz del socorro. Salvación. Regreso triunfal a Concepción. Episodios.

(1656)

A pocos días del levantamiento general de los indios, es decir, cuatro o cinco después del paso de la expedición de Salazar sobre Río Bueno, fue sitiada la plaza de Boroa. Los lectores deben recordar que al tránsito por dicha plaza, el maestre de campo general de la expedición se había llevado a don Francisco Bascuñán con la mayor y mejor parte de la guarnición, dejando dentro solo cuarenta hombres bajo el mando del capitán don Miguel de Aguiar, que quedó de gobernador interino.

Habiendo tenido aviso de la sublevación de los naturales, Aguiar calculó que no podía menos de verse muy pronto sitiado y empezó a tomar serenamente medidas de precaución mandando salir de la plaza a los indios que residían allí con sus familias –como bocas inútiles, por lo menos, sino como enemigos– apreciando el tiempo que podrían durar los víveres para doscientas personas que tenía en su recinto, y aumentando con cuantos recursos pudo hallar sus almacenes. A estas precauciones económicas añadió otras de material defensa, fortificando las obras exteriores de la capital de la plaza con revellines en los cuales pocos hombres bastaban para defender un frente, en toda su extensión. Hecho esto, Aguiar se puso a esperar valientemente con sus dos subalternos y sus cuarenta hombres de armas tomar (a los cuales podían juntarse otros cincuenta o sesenta de entre los moradores) que los indios viniesen a atacar la plaza, acontecimiento que sucedió muy luego como lo acabamos de decir.

En efecto, Clentarú apareció a su vista a la cabeza de un verdadero cuerpo de ejército, puesto que se colige fácilmente de diversas aserciones sobre el particular que ascendían sus fuerzas a diez mil combatientes de cuyo mando en jefe participaba su vicetoqui Chicaguala. Los lectores no pueden menos de pararse al leer

y considerar que cien hombres –según el cálculo arriba hecho– abandonados en el centro de un país enemigo, belicoso, resentido y ansioso de venganza, hayan podido mantenerse firmes más de un año, resistiendo a ataques continuos de día y de noche; padeciendo escasez y necesidades, y dando lugar a que al cabo de esta eternidad de tiempo –que tal ha debido de parecerles a los infelices sitiados– fuesen a su socorro y los salvarsen. Realmente, la razón lo hace increíble; pero como así sucedió, no hay para qué dudar de ello. Sólo, sería muy interesante el saber cómo ha podido ser, y por desgracia, las noticias de la época carecieron, sin duda, de un diario de las operaciones de la defensa para transmitirnos los episodios y peripecias de este célebre sitio. Por otra parte, visto el corto número de defensores, y la situación de la plaza, todo lo que podían hacer los sitiados era resistir, como resistieron, durante trece meses a tan numerosos enemigos. Boroa, situada entre el Quepe, al norte, y el Toltén, al sur –casi igual distancia, y en una quebrada de la cadena de montañas que se extiende de Villarrica al mar– no podía menos de tener cuatro frentes que defender y, en efecto, así lo muestra el mapa. Cien hombres para su defensa en un ataque simultáneo de las cuatro caras –a dos mil quinientos enemigos por cada una– daban veinticinco defensores⁶⁴. Veinticinco contra dos mil quinientos, pasa todo cuanto se ha podido inventar de fabuloso. Si a esta consideración se añade la de la naturaleza de la fortificación que los protegía, el asombro crece hasta que para en incredulidad, puesto que dichas fortificaciones eran puras y simples trincheras con foso y palizada: recinto interior, formado por una estacada; foso, contraescarpa, otra palizada, y en medio de dos plazas de armas, inútiles si las hubiese, porque no teniendo defensores serían favorables al enemigo, un revellín, solo puesto defendible con un corto número de ellos.

Sin embargo, lo repetimos, Boroa se mantuvo trece meses con los solos defensores contra la multitud de enemigos, unos y otros expresados. Y lo que es más, los ataques eran incesantes y furibundos, tan pronto de noche, tan pronto de día, y muchas veces, cuando menos lo aguardaban. Las armas de fuego solas justifican esta resistencia; protegidos por la palizada, cuantos más indios se aglomeraron sobre un punto, tanto más destrozo hacía en ellos los fuegos de la plaza. Estos destrozos los arredraban por algunos días, en que reducían el sitio a bloqueo esperando que el hambre sería un poderoso auxiliar para ellos, hasta que, viendo que dicho auxiliar no se apresuraba, se impacientaban y volvían a atacar sin más resultado que anteriormente. No obstante, a fuerza de ataques, ya habían obtenido que los sitiados se concentrasen en el recinto interior, y aproximándose a la paliza capital, habían logrado incendiar algunas casas, cuyo fuego bastaron a extinguir los habitantes pacíficos.

¿Pero de dónde les venía la enorme cantidad de pólvora y municiones que los defensores debieron haber consumido en un año? Helo aquí. En primer lugar, Bascuñán había tenido muy buen cuidado en almacenar la plaza que mandaba con provisiones de boca y guerra más que suficientes, con provisiones de apuros even-

⁶⁴ En atención a que el frente norte estaba naturalmente defendido por un barranco formado por un desagüe del Quepe, quedaban tres caras que defender, y treinta y tres hombres por cada una.

tuales; y en segundo, tocante a los víveres, los españoles de la plaza de Boroa tenían algunos –y tal vez muchos– buenos amigos entre los indios que habían salido de ella al principio, no como bocas inútiles, sino como auxiliares secretos. Éste ha sido el misterio, porque claro está que necesariamente ha debido haber alguno en su larga existencia sin recurso visible. Este misterio nos lo dejan adivinar ciertas sencilleces de los escritores de aquel tiempo, como, por ejemplo, la de decirnos que un indio amigo había ido a Valdivia y les había traído secretamente a los defensores de Boroa víveres y municiones. ¿Y qué víveres y municiones podía llevar un hombre solo, ni dos ni diez? Claro está por consiguiente, que los sitiados fueron socorridos una y muchas veces, no por uno, sino por algunos o muchos amigos secretos, y que estos amigos no podían ser otros más que los indios que les eran adictos.

En cuanto a las municiones, ya se sabe que hasta las piedras pueden servir de proyectiles a falta de otros; pero probablemente, ya no les quedaba ninguna especie de metal, puesto que tuvieron que hacer balas de plata. Toda la que había en la plaza, del estado, de la iglesia⁶⁵ o de particulares fue empleada en esto. En fin, tanto hicieron, que, como vamos a ver, el socorro les llegó a tiempo. Un día, los sitiados vieron a los sitiadores dividirse, y que un cuerpo, que les pareció fuerte de cuatro mil hombres, conducido por el general en jefe Clentaru, se destacaba marchando a paso acelerado hacia el norte; y así era, en efecto. El jefe araucano acababa de recibir aviso de que muchas fuerzas españolas iban a levantar el sitio de Boroa, e *incontinenti*, salió para ir a esperarlas en la isla de Laja, donde luego lo hallaremos. Mientras tanto, veamos en qué pensaba el gobernador Casanate en Concepción.

Este jefe pensaba en ir a socorrer a los valientes de Boroa. Ya los caminos habían sido despejados, primero por Bascuñán, y después por el mismo Gobernador en persona; pero aún quedaban reparos. El consejo consultativo que Casanate se había formado de oficiales experimentados se hallaba dividido sobre este asunto arduo, según ellos decían, de decidir. Los que fueron consultados íntimamente fueron más categóricos y respondieron que sería temeridad comprometer la suerte del ejército con riesgo de dejar todo el reino sin defensores, por una empresa cuyo éxito, además de ser incierto, era de temer fuese ya inútil, en atención a que no era probable que los defensores de Boroa hubiesen podido resistir tanto tiempo a los numerosos enemigos, que sin duda se habían apoderado de ellos. Por probable que fuese esta conjetura, Casanate sentía que su deber era, a lo menos, el asegurarse del hecho; y, además, oía a algunos oficiales hábiles, bizarros y fidedignos, que le aseguraban, que si Boroa hubiese cesado de existir, ya los mismos indios lo hubieran publicado. En consecuencia, el Gobernador creyó deber asesorarse con la Real Audiencia, la cual oyó por su parte a militares que le inspiraban confianza por sus luces, y que opinaron que la expedición era tardía y que sería tan inútil como arriesgada, no sólo para las tropas que la hubiesen de componer sino, también, para el país, que quedaría casi sin defensores.

⁶⁵ Los conversores, el padre Rosales y su compañero, que era sin duda Vargas, bien que no le nombran, dieron toda la plata sagrada para este objeto, y posteriormente Felipe IV los indemnizó con seis mil pesos. Figueroa.

Fácil es el imaginarse cuán perplejo debía de verse Casanate, temiendo, por un lado, emprender una operación arriesgada; y, por otro, faltar a un deber que el honor militar le imponía imperiosamente, a saber, el socorrer una plaza gravemente comprometida. Hallándose en este conflicto, llega de Valdivia don Diego González Montero, y asegura que Boroa existe, y que no comprende cómo no ha sido ya socorrida. Esta misma opinión había sido emitida y sostenida por Bascuñán, Ariza y Carrera Iturgoyen, que se hallaban presentes, y el Gobernador reunió un nuevo consejo en el cual Montero corroboró su parecer con razones irresistibles, diciendo que el no socorrer la plaza de Boroa sería un borrón eterno para las armas españolas, y una causa, inefable de desmoralización para el ejército de Chile, cuyos individuos se acordarían de este abandono en casos apurados, y tendrían mucho menos ardor para aventurarse por cualquier causa que fuese; que, en la misma proporción, crecería la insolencia de los enemigos; que el riesgo de la plaza abandonada era evidente, y que el de las tropas que fuesen a socorrerla era más que dudoso, imaginario; que, en cuanto a la seguridad interior del país, Concepción se hallaba en buen estado de defensa, y que el gobernador del reino se quedaría dentro con las fuerzas que juzgase suficientes; que una porción del ejército, compuesta esencialmente de caballería, debería situarse en la isla de Laja para hacer diversión al enemigo, por una parte; mientras que, por otra, serviría de base de operación a la columna de la expedición; que en ésta se necesitaba poca caballería, y, por fin, que su objeto era sólo el libertar a los sitiados, y no el prolongar la permanencia de la plaza, en el momento actual inútil y gravosa, en atención que no se podían hacer frecuentemente semejantes expediciones. El caso, concluyó Montero, es llegar avanzando y rechazando al enemigo, sin pensar en perseguirlo. Tiempo vendrá en que nuestras armas vuelvan a tomar una ofensiva activa.

La moción fue apoyada y triunfó con una gran mayoría y suma satisfacción de Casanate, que se vio en fin autorizado a seguir el impulso de su propia inclinación, enviando a salvar los interesantes sitiados de Boroa. Sin embargo, era indispensable el asegurar la defensa de Concepción, y para ello, el cabildo de Santiago, siempre pronto a sacrificarse por el bien general, acordó que era muy justo el que sus milicias y vecinos fuesen a proteger la capital de la frontera, y fueron, en efecto, contentos y denodados como si fuesen a una fiesta. Una vez hechos todos los preparativos de marcha, y tomadas las medidas de seguridad interior, salió la expedición, compuesta de setecientos hombres de infantería al mando de Bascuñán, y alguna caballería. La columna de observación que debía estacionar en la isla de Laja estaba mandada por el capitán Ariza. Gallardos voluntarios aventureros pidieron ir y fueron en esta célebre expedición, entre otros, don Luis de las Cuevas, don Francisco Bravo de Saravia y don Alonso de Silva, hijo del maestre de campo de este nombre.

Salieron, por fin, de Concepción el 14 de marzo, todos ufanos y alegres, enviando, por decirlo así, por delante sus corazones a sus generosos hermanos de la plaza de Boroa, héroes increíbles de valor y constancia. ¿Porque quién puede calcular lo que habían tenido que padecer; los ataques y sorpresas que habían rechazado, y los rasgos de valor que habían tenido? Éstas eran las conversaciones



DON JUAN DE VALMASEDA
HOMBRE DOCTO. INTENDENTE DE LA REAL AUDIENCIA EN CALIDAD DE
FALFUE CAPITAN JENERAL DEL REINO DURANTE DOS AÑOS, DESPUES DEL
FALLECIMIENTO DE GONZALEZ EN SU QUERTE REJO LARGA SU CESION EN CHILE.

Colección Museo Histórico Nacional

de los oficiales y soldados de esta expedición, y tal era el entusiasmo y el ardor de que los animaban estas consideraciones, que los setecientos hombres que los componían valían siete mil.

Y así fue que apenas se presentó Clentaru para disputarles el paso, no en el río mismo de Laja, sino cuando la mayor parte lo habían pasado, lo arrollaron, y dispersaron sus fuerzas, quintuplas, a lo menos; las disiparon, decíamos, como el humo. Avergonzado el jefe araucano, se rehace sobre el río de los Sauces, anima a los suyos, los exhorta, mas en vano. En aquel instante, los españoles eran invencibles, y se hubieran abierto paso por medio de los mayores obstáculos volando al socorro de sus hermanos. Por segunda vez los araucanos fueron batidos y dispersados.

Huyen y llevan la noticia a Chicaguala, que había quedado encargado del sitio; pero antes que ellos se la diesen, ya el jefe araucano la había presentado, así como también los corazones de los sitiados habían presentado su salvación. De repente, en efecto, oyen tirar. ¡Qué los lectores se imaginen las sensaciones que han debido experimentar en este momento hombres desesperanzados! Oyen tiros, ven cohetes ascender en los aires, y gritan todos a una voz: ¡Respondamos! Y, como ya no temían carecer de pólvora, la artillería y los mosquetes responden con estrépito espantoso; hacen estremecer a los ecos, a Chicaguala y a los suyos.

Levantan éstos apresuradamente el sitio, y cuando llegan los hermanos de la expedición ya son recibidos en el glacis por los hermanos salvados. Éste era el objeto principal, y nada más quedaba que hacer que tomar algún descanso y regresar.

Y como a los corazones cristianos, si son, sobre todo, españoles, la fe los pone, en estos casos, en contacto misterioso con los cielos, lo que los sitiados sacaron con más cuidado y veneración de la plaza, fue una imagen de Nuestra Señora, cuya protección habían implorado mil veces postrados, saliendo de su presencia confortados y animosos⁶⁶. Del cielo a bajo, las honras principales fueron para el capitán Aguiar, que con tanto acierto había dirigido las operaciones de la defensa. Así volvieron a Concepción donde se puede conjeturar el júbilo cordial con que fueron recibidos. Dejémosles descansar, y demos cuenta de algunos interesantes episodios, de que gustarán mucho más los lectores, ahora que los libertados que les causaban cuidado les dejan libre la imaginación⁶⁷.

La defensa material de la plaza no tenía nada de extraño mientras había pólvora y proyectiles. A la que había en el repuesto se juntó la de un hallazgo precioso de una botija llena de ella que se encontró bajo las ruinas de un antiguo baluarte, y trescientas libras más, enviadas por Bascañán –el cual tenía intereses y afectos en la plaza– desde Quetahue, e introducidas con el auxilio del cacique de la parcialidad de Maquehua, Antuvilú. Con la pólvora de la botija, se descubrieron dos enormes barras de plomo. Había, pues, los elementos de una vigorosa defensa,

⁶⁶ Esta imagen fue venerada después bajo la invocación de nuestra Señora de Purén.

⁶⁷ Hemos diferido el contar estos episodios, porque, en general, hacen la narración pesada con disgusto de los lectores. Por lo demás, aunque sólo en Carvallo los hayamos visto, los hemos adoptado por gustosos y verosímiles. Semejantes hechos, con la variedad de nombres propios y de circunstancias que encierran, no se inventan.

puesto que poseían los sitiados, entre otras piezas de artillería, dos de a ocho; y en seis ataques de viva fuerza que los sitiadores les dieron, tuvieron tantos muertos, que renunciaron a estos medios, y apelaron al bloqueo para que se rindiesen por hambre, sin perjuicio de los recursos de la astucia, que emplearon, aunque con poca maña.

En cuanto al hambre, ya hemos dicho que los españoles no habían tenido que padecer, gracias a la asistencia que les prestaron muchos indios amigos a los cuales se juntaban otros, que si no eran amigos eran interesados, y les vendían reses, aves y legumbres por dinero contante. El cacique Antuvilú, que acabamos de nombrar, era el más activo agente y proveedor de la plaza. Éste, con sus hijos, parientes, allegados y amigos, a pesar de las penas severas que incurría, hallaba siempre medio de introducir por la noche víveres en la plaza. Con todo eso, hubo un momento de desánimo en los sitiados, los cuales, desesperando, por un lado, de ser socorridos, y recibiendo, por otro, fieras intimaciones del enemigo cuyas numerosas fuerzas eran formidables, comparativamente a la cortedad de su número, no se hallaron lejanos de capitular, y aun hubo consejo para deliberar sobre si era o no conveniente. El mismo comandante Aguiar estaba muy perplejo y vacilante; pero un teniente o subteniente, llamado Lesana, habló con tanta gallardía, y fue tan eficazmente apoyado por el jesuita Rosales y su compañero Astorga, que renunciaron a la idea de rendirse bajo cualesquiera condiciones, por ventajosas que fuesen, y resolvieron defenderse hasta morir⁶⁸.

Viendo, pues, los jefes araucanos que los españoles se mantenían firmes sin carecer de municiones de guerra ni de boca, y que las repulsas de su artillería en los ataques que les daban eran destructoras, pensaron en emplear arterías para sorprenderlos, y con este objeto, enviaron un día dos espías cuyas instrucciones eran que se refugiasen a la plaza como desertores y permaneciesen en ella dando pruebas de fidelidad hasta que hallasen una buena ocasión de abrirles las puertas. Fueron los dos enviados recibidos por los españoles; pero ya sea que no supiesen hacer bien su papel, o que por casualidad se descubriese su verdadero intento, el capitán Aguiar les mandó dar muerte.

No habiendo producido esta estratagema el efecto deseado, imaginaron los indios otro que fue el mandar al capitán Ponce de León, que tenían prisionero, escribiese una carta a los jesuitas conversores, anunciándoles que en ellos consistía el que hubiese paz y que los sitiados pudiesen salir ilesos de la plaza; que si realmente la deseaban, podía salir uno de ellos a tratar de esto con uno de los jefes araucanos que se adelantaría solo hasta un sitio neutro. Creyeron que la oferta era sincera, y el P. Rosales salió sin hacerse de rogar. Chicaguala se presentó por su lado, y entraron en negociación; pero el jesuita era demasiado fino para no penetrar desde luego las malas intenciones del araucano, aunque supo disimular, y se mantuvo hasta que pudo, sin dar la menor señal de recelo, y sin dejar de hablar

⁶⁸ En esta resolución influyeron principalmente los citados misioneros, apelando al cielo de la falta de recursos terrestres. Un milagroso crucifijo, y la imagen de la Virgen, de que hemos hablado, habían aparecido agitados, a los ojos de los fieles, con congostas humanas y visibles, durante el consejo.

como convencido de la sinceridad de su adversario, acercarse a la plaza y escapar-se. Sin embargo, el trecho que tenía que correr era bastante largo y Chicaguala dio la señal para que saliese una fuerte emboscada que tenía en asechanza. Salieron los emboscados, y persiguieron al P. Rosales con la esperanza de apoderarse de él o de poder entrar con él en la plaza, no dando tiempo a que cerrasen la puerta que ya le habían abierto. Pero les salió errado el cálculo. El jesuita entró, la puerta se cerró, y en el ataque que dieron, ciegos y furiosos, a la plaza, perdieron muchísimos combatientes y entre ellos a diez caciques, de los cuales uno fue Colpinahuel. En venganza, trajeron al capitán Ponce de León a vista de la plaza, y en presencia de los españoles, le dieron una muerte cruel.

Sin embargo, aun volvieron a probar fortuna empleando otros ardidés. Un día, don Fernando de Bascuñán –hijo del *feliz cautivo*– que se hallaba en la plaza, recibió un aviso secreto de que su padre había encargado un mensajero fiel a toda prueba, de ir a sacarle a él y a los dos misioneros para llevarlos a salvo a Concepción, y también al capitán Aguiar, que mandaba la plaza, si quería salvarse con ellos. Esta añadidura descubrió patentemente al joven Bascuñán la trama grosera del mensaje, aunque ya suponía él que nunca su padre le habría propuesto el salvarse solo con los jesuitas; pero al ver comprendido en la proposición al mismo jefe de la defensa, conoció claramente que se trataba de una sorpresa. En consecuencia, meditaron el aprovecharse de esta certeza y coger en su propia red al intrigante. Éste era el cacique Inakeupú, conocido efectivamente por ser muy afecto a Bascuñán, y, a su vez, recibió respuesta secreta de que cuando lo juzgase oportuno, se acercase, y que a una señal, saldrían Bascuñán y los misioneros para entregarse en sus manos.

Sin duda Inakeupú no tenía gran fe él mismo en su propia estratagema, y le pareció que había producido efecto con demasiada facilidad; porque en el día señalado, le repugnó el acercarse y encargó a su hermano Aillacuriche y al cacique Neculantú⁶⁹ fuesen en su lugar, en atención a que él tenía que quedarse emboscado con los seis mil hombres destinados a operar una sorpresa. Fueron Aillacuriche y Neculantú, y probablemente tenían algún recelo también, puesto que no se acercaron bastante para que la estacada en forma de trampa o puente levadizo, preparada por los sitiados para cogerlos ente la puerta y el revellín, los cogiese. En vista de este resultado, Inakeupú se retiró con su emboscada.

Por fin, los indios de Imperial, dándose por amigos con tantos más visos de verdad cuanto había entre ellos muchos de los proveedores nocturnos de la plaza de Boroa, dieron noticia a los sitiados de que el ejército español acababa de experimentar una completa derrota, y había vuelto a Concepción en deplorable estado; de suerte que no tenían para qué conservar esperanzas de ser socorridos, y que si querían fiarse a ellos y a su palabra, único medio de evitar el caer entre las manos de sus crueles enemigos, estaban muy prontos a ir a sacarlos de la plaza.

Al mismo tiempo que los sitiados de Boroa recibían esta proposición de los de Imperial, les llegaba otra semejante de Lebuepillán, jefe de los de Angol. Éste se

⁶⁹ Estos nombres propios y otras particularidades de estos detalles no dejan la menor duda de que son ciertos. Sobre todo son cosas muy naturales y parte de la estrategia de los indios.

adelantó a más, y fue con ochocientos hombres de caballería –que dejó fuera de la vista de la plaza– y envió un parlamento al comandante Aguiar proponiéndole que se fiase de él, y no a los de Imperial, y que le daba su palabra de conducir sanos y salvos a Concepción a todos los españoles que se hallaban en la plaza.

Aguiar recibió con muestra de contento uno y otro mensaje, a los cuales respondió aceptando y diciendo que viniesen. Los de Imperial no lo tuvieron por conveniente, puesto que no parecieron; pero Lebuepillán cayó en la trampa que él mismo había sugerido armar. En el revellín, estaban puestos en batería los dos cañones de a ocho cargados a metralla. Los tiradores tenían escondidos, pero a mano sus mosquetes. Al día siguiente del mensaje se acercó Lebuepillán con su teniente Guayquilab y doscientos hombres, los cuales llegaron a la boca de los cañones cubiertos de un techo de hierba, e invisibles, y cuando Aguiar lo juzgó oportuno dio la señal, y la metralla y los mosquetes hicieron una carnicería espantosa en los indios, de los cuales setenta cayeron muertos con dos jefes. Desde aquel día, cesaron las estratagemas.

Estos relatos, que los más de los sitiados de Boroa hacían en Concepción, eran más gustosos en boca del jesuita Rosales, y a él se refiere la precedente narración.

CAPÍTULO XX

Va el Gobernador a Santiago. Su reconocimiento por el Cabildo y la Real Audiencia. Su regreso a Concepción. Deserción de un soldado mestizo, su causa y sus resultados. Este soldado, llamado Alejo, bate a los españoles en Palomares. Alejo retrocede para ir a reforzarse. Vuelve a pasar la frontera y los bate por segunda vez en Lonquén, con muerte del jefe español.

(1656 - 1657)

El gobernador Casanate, como se ve, había empezado felizmente su gobierno. La opinión general le era muy favorable y todos tenían esperanza en él. Sus intenciones eran buenas, y sus conocimientos muy suficientes; pero las cosas de Chile eran tan diferentes de las cosas de otras partes, que no había imaginación capaz de prever los eventos, azares e incidentes inesperados que, cuando menos se pensaba, surgían de causas las más despreciables. Pero no anticipemos.

Con el buen éxito, Porter se sintió animado y bien inspirado. Tan pronto como vio a los valientes de Boroa redimidos y salvos en Concepción, dio orden para que fuesen repobladas algunas plazas –no quince, como algunos escritores han dicho, porque habría sido un absurdo disparate– sino algunas: Buena Esperanza, Talca-mávida⁷⁰, y el poblar más, a pesar de algunos escritores, habría sido excesivo, en atención a que los araucanos tenían incontestablemente la iniciativa hostil, y que las fuerzas distraídas del ejército para guarnecer tantas plazas, habría hecho mucha falta. Al mismo tiempo, tomó muy buenas providencias económicas conducentes al fomento de estancias de ganados y de caballos; de fábricas y aun de agricultura. Hecho esto, pensó en ir a darse a reconocer en la capital por el Cabildo y la Real Audiencia. Partió en efecto, se halló en Maipo con la diputación enviada a su encuentro, y el inevitable caballo nuevo, así como le estaba preparado un flamante dosel para su recibo en Santiago. Es preciso confesar que estos aprestos, tan costosos como periódicos (porque se hacían para los gobernadores interinos lo mismo que para los titulares), si acusaban ostentación de parte de los capitulares, era una noble ostentación, con la cual se complicaba un mundo de urbanidad caballeresca

⁷⁰ Las nombradas por Figueroa.

que daba una alta opinión de ellos. En fin, el 13 de mayo fue reconocido el almirante Porter Casanate por gobernador interino del reino y presidente de su Real Audiencia.

Allí permaneció hasta el 3 de octubre que salió tan apresuradamente para la frontera, que el día 10 llegó a Chimbarongo, y el 30 a Concepción. Mes y medio después de su salida de Santiago, hubo en esta capital⁷¹ un acontecimiento escandaloso, sin duda, pero despreciable, y que, no obstante, tuvo deplorables consecuencias. Helo aquí.

Había entre los arcabuceros un mestizo, llamado Alejo⁷², extremado en valentía y destreza, calidades que ninguno se atrevía a disputarle y que le hacían respetar de todos sus compañeros. Entre sus amigos, que eran muchos, había probablemente algunos aduladores, o tal vez sinceros entusiastas de su mérito, que le pusieron en la cabeza que un hombre como él no debía permanecer de simple soldado, y que era una injusticia el no ascenderle a oficial. Alejo, que estaba, y con bastante razón como se verá luego, suficientemente penetrado de su propia importancia, empezó a cavilar y concluyó pidiendo ascenso de alférez de caballería. Bien que fuese apreciado como un excelente soldado, su instancia no fue atendida y sólo obtuvo una decente recompensa del Gobernador, recompensa que, en honra suya, debemos de decir dejó su amor propio satisfecho. Pero muy pronto recayó en sus funestas cavilaciones, gracias a pérfidas reflexiones que le hacían diciéndole que si, en lugar de ser mestizo, fuese enteramente español, ya había mucho tiempo le hubiesen nombrado oficial, y que visto estaba que por la causa dicha nunca lo sería.

“Puesto que es así –concluyó Alejo– que no soy español y sí indio, me voy con los míos. Quizá me sabrán apreciar mejor”.

Y en efecto, pasó con arma y bagaje a los araucanos, los cuales le recibieron a brazos abiertos, en términos que Clentaru le nombró su vicetoqui por muerte de Chicaguala, y muy luego ascendió a toqui general, por fallecimiento del mismo Clentaru. A fin de mostrarse digno de este honor, y tal vez de satisfacer su resentimiento, Alejo propuso nada menos que marchar sobre Concepción, y de hecho se puso en movimiento con una columna ligera de tres o cuatrocientos caballos. El capitán don Juan de Zúñiga⁷³, que mandaba el fuerte de Nuestra Señora de Ale, tuvo aviso de este movimiento y salió con un destacamento que le pareció suficiente al encuentro del enemigo. Los araucanos y los españoles se avistaron en Budeuco, en el valle de Palomares. Alejo varió de dirección al punto y tomó posición en una altura bastante rápida. Zúñiga, en lugar de hacer un pequeño rodeo, acometió por el repecho que tenía que subir para llegar al enemigo el cual se mantuvo inmóvil y le dejó subir hasta la mitad de la cuesta, y entonces, se arrojó

⁷¹ “Terrible fue el suceso sucedido en la ciudad de Santiago”, dice Pérez-García. “En 19 de diciembre 1656, entre las 10 y las 11 del día, ha sucedido en esta ciudad uno de los mayores escándalos y alborotos que se hayan oído en la cristiandad”. Libro del Cabildo, N° 15. Por consiguiente, Carvallo ha estado mal informado dando a entender que el acontecimiento de que se trata ha sucedido en Concepción, y atribuyéndolo a la ausencia del Gobernador.

⁷² Único nombre que le dan todos los escritores, sin ningún apellido.

⁷³ Los manuscritos dicen Zúñiga.

como un torrente sobre los españoles, los arrolló y pasó a cuchillo todos los que no pudieron salvarse.

Zúñiga fue herido al mismo tiempo que su caballo y cayó. Viendo pasar junto a él su teniente bien montado, le rogó le pusiese en ancas del suyo; pero dicho oficial, que tenía resentimientos contra su capitán, le dejó en manos de los araucanos, los cuales le decapitaron⁷⁴.

Alejo oyó, después de esta victoria, que marchaban fuerzas superiores contra él, y tuvo un consejo con su vicetoqui Mizque, y los capitanes Ynacillo Calicheuque, Rehucán y Huenecura, los cuales, así como otros muchos de sus soldados, habían sido amigos de los españoles y eran ahora sus más crueles enemigos. De este consejo resultó que regresaron para ir a reforzarse, y muy pronto volvieron a pasar el Biobío con mil hombres.

Entretanto, el Gobernador tenía en Concepción un buen refuerzo que le había llegado a Valparaíso enviado por el Virrey, mientras se hallaba en Santiago⁷⁵, y ya no carecía de tropas; pero como el parte que recibió de la nueva irrupción de Alejo no le atribuía más que mil hombres, se contentó Casanate con mandar saliese un capitán con la fuerza que le pareciese suficiente a rechazarlo. En virtud de esta orden salió de la plaza de Buena Esperanza el sargento mayor don Bartolomé Gómez Bravo con doscientos ochenta españoles y algunos auxiliares de San Cristóbal, que servían con sueldo en el ejército. Marchó Bravo toda la mañana hasta medio día sin haber avistado enemigos, y siendo excesivo el calor, mandó hacer alto al borde de un barranco para dar descanso a los soldados y a sus caballos. No había mucho tiempo que estaban allí cuando, súbitamente, las centinelas avanzadas dieron la señal de alerta. Venían enemigos, en efecto, pero en corto número, una fuerte descubierta. El jefe español mandó formar con calma y se puso a observarlos. Mientras tanto, un indio de San Cristóbal, llamado Bernabel, se adelantó solo haciendo seña de que no había que darse por entendido, y pareció descender al fondo de la quebrada. A la parte opuesta, vieron los españoles otro indio que hacía absolutamente la misma maniobra, y no sabiendo lo que podría ser, esperaron a ver en qué paraba. Es pues el caso que el que llegaba del lado de los enemigos era un indio llamado Guentecura, el cual había pertenecido a una encomienda⁷⁶, y bien que se hubiese vuelto a los suyos, no había perdido enteramente el afecto a sus antiguos amos, y en prueba de ello, se expuso para dar aviso de que las fuerzas araucanas eran más de mil y de los más aguerridos combatientes; que por lo tanto, el sargento mayor haría bien en no esperarlos. En la conversación muy corta que

⁷⁴ Este episodio sólo se ve en Carvallo; pero lo apoya con una nota, diciendo que el desdichado Zúñiga era de Santiago, y que su viuda, doña Petronila de Mier, le sobrevivió setenta años. En cuanto al hecho, lo atestiguó un indio yanacona, allí presente.

⁷⁵ Como no era posible que Pérez-García ignorase este hecho, no hemos dado crédito a Carvallo, según el cual, el Gobernador fue de Santiago a Concepción con los seiscientos hombres que componían este refuerzo, llevando en su compañía a don Dionisio Cimbrón, nuevo obispo de la capital de la frontera, por muerte del ilustrísimo don Diego de Zambrano; y a la más florida juventud de Santiago, que quiso ir a batirse bajo su mando.

⁷⁶ Cuyo encomendero era don Juan de Montesinos. Figueroa.

Guentecura tuvo con Bernabel, le preguntó éste por qué había desertado, puesto que tenía apego a los españoles. “Porque me habían llevado a mi mujer, respondió Guentecura, y no podía vivir sin ella. Pero no pierdo la esperanza de volver”.

Se separaron los dos leales, y Bernabel comunicó el aviso al sargento mayor que desgraciadamente lo despreció mandando marchar al encuentro de los enemigos, no obstante algunas reflexiones que oficiales experimentados le hicieron. Tenía Bravo –según decían– ciertos motivos para aprovechar la primera ocasión que se presentase de mostrarse arrojado; y así respondió: “antes daré cien pasos para morir, que uno solo para huir de la muerte”. En efecto, se pusieron en movimiento, y muy luego oyeron los clarines españoles, pífanos y cornetas de que se servían los araucanos. A poco trecho después, los descubrieron avanzando en buen orden, formados en dos columnas en masa con distancia entre ellas llevando a su frente al valiente Alejo, su toquí, fiero y erguido de mandarlos, y tal vez con la certeza de la victoria. Su aspecto era tan intrépido e imponente, que algunos individuos españoles volvieron las espaldas. El sargento mayor mandó fuesen perseguidos y arcabuceados *incontinenti*, y así se ejecutó.

En esto, ya se veían las caras a los araucanos. Bravo pidió al capellán echase la bendición, alentándole, porque el pobre sacerdote no acertaba a llenar su ministerio, de turbado y atemorizado que estaba con la fiera presencia de los araucanos. El sargento mayor, a pesar de su valiente determinación, no se disimulaba que no podía menos de estrellarse contra fuerzas tan superiores, si no tenía en su favor alguna otra ventaja, y tomó posición en una alturita de suave declive, con la espalda guardada por un pantano, pero que no ofrecía bastante superficie para desplegar y hacer movimientos que podían ser necesarios, sin exponerse a algún desorden. Alejo sonrió con desdén, se volvió a los suyos que desplegaron por la más sencilla maniobra en semicírculo, y arrancó con tal ímpetu, que los españoles pudieron a penas resistir el choque. En el corto espacio que ocupaban no tenían bastante libertad de movimiento, y después de la primera descarga, al servirse de las picas, no podían manejarlas; al paso que los enemigos se servían de las suyas con muchísima ventaja.

En medio del tumulto de este fiero combate, una voz gritó que el sargento mayor había muerto⁷⁷. Era muy cierto; pero no obstante, un teniente –don Gerónimo de Campos– lo desmintió dando una cuchillada al que había gritado, y la lucha continuó. Viendo que la saña con que peleaban hacía perder el tino a los suyos, el sagaz Alejo mandó un movimiento retrógrado, pero para tomar aliento y volver a la carga. Era aquel día uno de los más ardorosos, y la hora, una de las más abrasadoras, y esta reflexión le sugirió al jefe mestizo una idea tan diabólica como aguda. Viendo que la hierba crecida de la loma y de todo el campo estaba torrada

⁷⁷ El sargento mayor don Bartolomé Gómez Bravo, muerto en esta acción, fue tan hollado por los pies de los caballos, y quedó tan desfigurado que su cuerpo no fue reconocido sino a duras penas. Estaba avecindado en Concepción, y casado con doña Gregoria de Fontalba, de una de las principales familias; pero no dejó descendientes. Era hombre muy instruido y del más amable trato, con otras prendas muy recomendables. Figueroa.

por los ardores del estío, mandó pegarle fuego por diversas partes, y la que se halló sometida al influjo del viento envolvió a los españoles en una nube espesa de humo. Al verla venir, estos últimos, ya casi batidos y exánimes, se encomendaron a Dios, y esperaron resignados la consecuencia inmediata, que era infalible. Los araucanos, en efecto, quisieron aprovecharse de este velo para arrojarse sobre ellos sin ser vistos; pero el humo, verdadero humo de paja, se disipó a tiempo para que los españoles viesan venir sus golpes y los parasen en cuanto les era posible; y este nuevo empeño –cosa increíble– aun duró una hora. Por segunda vez retrocedieron los araucanos para renovar la acción.

En aquel instante, ya los españoles no podían prometerse el resistir a un tercer ataque. Las carabinas y mosquetes se habían perdido, y muchas picas se habían roto, de suerte que no les quedaban más armas que las espadas, arma demasiado corta para que pudiese servirles contra las largas lanzas de los araucanos. Si, pues, éstos les daban un tercer asalto, podían contarse por perdidos. Pero por fortuna, ignoraban sus enemigos el extremo a que se hallaban reducidos, y por la resistencia que acababan de experimentar, no podían menos de pensar que la prolongarían. Esto y las pérdidas bastante considerables que había tenido Alejo en las dos precedentes peleas, a las que se podían añadir los heridos y el cansancio de los caballos, representado por Huenecura y Rehuecán, le persuadieron que se podía retirar honrosamente, puesto que no se le podía contestar la victoria, y lo ejecutó altaneramente al son belicoso de los clarines.

En esta reñida acción, perdieron los españoles, además del sargento mayor, al capellán (jovencito que había celebrado misa nueva justamente la víspera del día en que salió de la plaza con esta expedición); a los capitanes Juan de la Cruz, portugués, y Juan de Medina; al cirujano, y cuarenta y ocho hombres más.

El parte de este hecho militar voló a Concepción. El Gobernador determinó castigar sin misericordia a los agresores, y para eso, destacó a don Alonso Gómez Hidalgo con suficientes fuerzas. Pero otros asuntos importantes reclaman la atención de los lectores y los distraerán de las congojosas sensaciones que causan los desastres de la guerra.

CAPÍTULO XXI

Caso extraño sucedido en Santiago. El provincial de San Francisco pretende que las monjas de Santa Clara deben estar bajo su jurisdicción. Las monjas sostienen que pertenecen a la del Obispado. Litigio. Sentencia en favor de las monjas. Apelación y sentencia en favor del provincial. Notificación. Protesta. Cercan las tropas el convento. Quieren huir las monjas y la tropa las detiene. Acude la Audiencia y le niegan la entrada en el convento. Llega el Ayuntamiento y le sucede lo mismo. Conflicto entre el pueblo y la tropa. Huyen las monjas. El Ayuntamiento injustamente acusado de haber sido causante de la tropelía. Dignidad del Cabildo. Orden del Virrey para que las monjas se restituyan a su convento. Obedecen y apelan a Roma. Sentencia final en su favor.

(1657)

La batalla del capítulo que precede fue reputada como una victoria, y en este sentido la comunicó el Gobernador al cabildo de Santiago, el cual la transmitió bajo el mismo aspecto al Virrey. Pero, aunque realmente esta supuesta victoria hubiese sido menos sofisticada, el año se presentaba aciago para todo el reino. Bien que el acontecimiento que vamos a narrar y que en verdad es muy extraño, no tenga que ver con la guerra ni con la política, aun produjo en Santiago dolorosas sensaciones que recayeron esencialmente sobre el ilustrísimo Cabildo, altamente digno de respeto y de los mayores miramientos⁷⁸.

Había habido bajo el gobierno de Acuña, hallándose vacante la mitra de Santiago, una cuestión que casi se podría llamar de arreglo de familia, entre la abadesa de las monjas de Santa Clara –que los lectores se acordaran sin duda eran las antiguas clarisas de Osorno– y el provincial de la orden de San Francisco. Fundado el convento de estas religiosas por algunas señoras de dicha última ciudad, habían sido reducidas a clausura, como queda dicho a su tiempo, por el Obispo, y desde aquel instante habían pertenecido a su jurisdicción. No obstante, el provincial de franciscanos, fundándose en que el obispo Pérez de Espinoza al abandonar su obispado, le había delegado esta supremacía, pretendía mantenerla, y la abadesa

⁷⁸ Carvallo, que sólo relata este hecho, produce piezas auténticas, y dice que sólo lo menciona por rectificar ciertas particularidades con que lo ha narrado el jesuita Rosales.

de Santa Clara se negaba a reconocerla. Tal fue el origen de un ruidoso litigio en el cual fueron nombrados por jueces árbitros fr. Dionisio Cimbrón, obispo de Concepción, que se hallaba en Santiago, y el presbítero don Alonso de Córdoba, los cuales sentenciaron a favor de la abadesa de clarisas.

Poco satisfecho con esta sentencia, el religioso prelado apeló al tribunal eclesiástico metropolitano de Lima, y allí ganó su causa obteniendo del Virrey una declaración de su derecho y del de sus sucesores, con una provisión para que la real audiencia de Chile le pusiese en posesión de la prerrogativa que era el objeto del litigio. El tribunal de Santiago comisionó para ello a uno de sus miembros⁷⁹, el cual, para ejecutarlo, mandó cercar el convento de santa Clara por tres compañías de milicianos, mandados por un maestre de campo⁸⁰. Amedrentadas a la vista de tan formidable aparato, las monjas abren las puertas, y el provincial⁸¹, en persona, entra en el convento con todos sus religiosos. La campana llama las monjas a capítulo, y hallándose reunidas, se les notifica la sentencia de Lima y la provisión del Virrey. Las clarisas protestan contra la violencia que les hacen, y pretenden recurrir al Consejo de Indias, a Roma y a todos los tribunales del mundo, antes que reconocer la usurpación del prelado franciscano.

Atónitos de tal resistencia, éste y el oidor encargado de la notificación amonestaron, primero, a las monjas, y viéndolas firmes en su propósito, las amenazaron con tan poco miramiento que casi rayaba en insulto. Las esposas de Jesucristo, atemorizadas con las terribles amenazas que les hacían, amenazas que a la vista de la tropa creyeron se iban a ejecutar, se entregaron a una fuga desordenada, unas por un claustro, otras por otro, y todas dirigiéndose a las puertas de su santa casa para dejarla toda entera a la disposición del provincial. Los milicianos, que descansaban sobre las armas, se ponen alerta oyendo tan tremendo estrépito, y se forman prontos a resistir, hasta que viendo a las monjas que querían huir a bandadas, por no hacerles mal deteniéndolas con las armas, las contuvieron con las manos⁸², y esto lo ejecutaron con tales miramientos –por más que digan ciertos escritores– que muchas se escaparon. El hecho, racionalmente narrado, es ya bastante deplorable para que sea superfluo el afearlo con suposiciones infundadas, y desmentidas por las consecuencias inmediatas.

Al punto en que la noticia de este acontecimiento se esparció por la ciudad, los padres, hermanos y parientes de las monjas corrieron a producir sus quejas en la Audiencia, que justamente se hallaba en su estrado, y salió en cuerpo para ir a poner término a tan fatal escándalo. Llegaron los magistrados al convento de Santa Clara con el aparato imponente que correspondía a su superior autoridad; pero al entrar, fueron detenidos por el jefe que mandaba la tropa, el cual les representó que tales eran las órdenes que tenía. En vista de este inesperado obstáculo,

⁷⁹ Don Pedro de Azaña.

⁸⁰ Don Antonio Calero.

⁸¹ Fray Alonso Cordero.

⁸² Ésta es la verdad que cualquier cabeza juiciosa comprende, en lugar de suponer gratuitamente que los infelices milicianos –que no hacían más que obedecer– pusieron las manos en ellas para ultrajarlas.

el tribunal envió incontinenti a un escribano de cámara a intimar al doctor Azaña suspendiese la ejecución del mandato que le habían dado; pero no fue obedecido. Muy luego después de la llegada de la Audiencia al teatro del desorden, se presentó en él el ayuntamiento de Santiago, precedido de su corregidor⁸³, de sus alcaldes ordinarios⁸⁴, y de una gran parte del pueblo, ya en tropel y tumulto; mas el comandante de las milicias no le permitió tampoco entrar. El corregidor le hizo responsable de las consecuencias, pidiendo favor al Rey, mas en vano, y viendo al pueblo, ya amotinado en un verdadero estado de exaltación, arrojarle para forzar la entrada, mandó a sus soldados hacer fuego.

Al oír la explosión de las armas, las monjas que no habían podido huir al principio, lo consiguieron esta vez a favor del conflicto entre la tropa y el pueblo, y se refugiaron en el convento de Concepción. El oidor encargado de la comisión acusó al Ayuntamiento de haber sido el causante de aquella tropelía; mas el Ayuntamiento le oyó con dignidad sin dar respuesta alguna a este desleal subterfugio, y se limitó a ordenar una instrucción del hecho, del cual el tribunal mismo, que se hallaba allí presente, había sido testigo. El juez eclesiástico mandó por su parte formar causa a todos los acusados de ultraje a las vírgenes de Jesucristo, y los declaró excomulgados.

Luego que el Virrey recibió, de diferentes partes, informes de este malhadado acontecimiento, envió nueva provisión a la abadesa de Nuestra Señora de Concepción de Santiago para que despidiese a las clarisas; y a éstas para que se restituyesen a su convento, con libertad de recurrir a donde quisiesen; y manteniendo, de ínterin, al provincial de san Francisco en su prerrogativa. Forzoso les fue a las monjas de Santa Clara obedecer, y obedecieron; pero recurrieron a la curia romana, cuya sentencia⁸⁵ fue que nunca las monjas de Santa Clara habían podido, ni debían depender del provincial de la orden de San Francisco, sino del Obispo, y que en consecuencia mandaba S.S.⁸⁶ permaneciesen bajo la jurisdicción del ordinario.

Continuando los malos presagios con que se presentó aquel año, el 15 de marzo, entre las ocho y nueve de la mañana, hubo un nuevo terremoto más largo que el del 13 de mayo de 1647. Apenas, por decirlo así, se hallaba concluida la reedificación de la catedral, cuando, al costado del poniente, los arcos cedieron, y desplomándose por aquella parte el edificio, causó ruinas en otros y en las casas inmediatas nuevamente construidas.

El estrago que hizo en Concepción este temblor fue mucho mayor, porque la mar, que subió desmesuradamente, invadió la ciudad por tres veces y la asoló enteramente. Sin embargo, sólo cuatro personas perecieron, y he aquí el motivo a que se atribuyó esta circunstancia feliz.

Un pobre jornalero portugués había enviado en aquella mañana muy temprano, a un hijo suyo⁸⁷ al monte a buscar leña, y el mozo al regresó, llevando

⁸³ Don José de Morales y Negrete.

⁸⁴ Don Valentín Fernández de Córdoba y don Martín de Urquiza.

⁸⁵ 12 de febrero de 1661.

⁸⁶ Alejandro VII.

⁸⁷ Manuel Brantes, o, sin duda alguna, Abrantes.

un hacecito en hombros, había encontrado un anciano venerable vestido con un ropaje largo y morado, el cual le preguntó si era de Concepción. Sí soy, respondió el muchacho. Pues corre, replicó el personaje, y haz que se sepa en la ciudad de que muy luego, en esta misma mañana, habrá un formidable temblor de tierra que la arruinará, para que sus vecinos salgan a ponerse a salvo en el campo sin perder tiempo en querer salvar sus haberes y ajuares.

Volvió Abrantes a la ciudad, y antes de llegar a casa de su padre dijo a cuantos encontró en su camino lo que le acababa de suceder en el monte. Este ruido se esparció como un relámpago, y, si halló algunos incrédulos, felizmente fueron pocos, y la mayor parte de los vecinos se apresuraron a huir de la calamidad de que se veían amenazados.

Viendo la ciudad conmovida, el Gobernador y el Obispo llamaron, cada uno por su lado, al mozo para informarse del hecho, y éste confirmó lo que todos decían, causándoles gran sorpresa, porque hablaba con tanto seso y reposo que no daba lugar a que se creyese que estaba falto de juicio. Sin embargo, su padre, hombre maduro y razonable, pensó que su hijo había tenido alguna visión infundida por algún vano temor, y para que no volviese a tener semejantes visiones, levantó el azote para castigarle; pero al descargar el golpe, experimentó un temblor que se lo quitó de la mano⁸⁸.

⁸⁸ Figueroa asegura haber oído esta particularidad en la plaza de Arauco, de la boca misma de una de las personas a quien el mozo había dado el aviso para que huyese.

CAPÍTULO XXII

Audacia de los araucanos. Represión de sus agresiones. Ejecuciones. Represalias. Alejo y sus empresas. Repoblación de Conuco, excursión a la isla de Laja. Ventajas. Campaña feliz de Purén. Vuelve Alejo a pasar el Biobío y marcha sobre Conuco. Sorprende dos centinelas y los ahorca. Encuentro del capitán Cajero de Conuco con las tropas de Alejo. Batalla. Son batidos los españoles. Otros detalles de aquella campaña. El cabildo de Santiago pide socorro al Virrey. Llega este socorro a Concepción. Viéndose reforzado, toma el Gobernador la ofensiva. Brillante campaña. Muerte de Alejo.

(1657 - 1661)

El mismo día en que se experimentó el terremoto, llegó por consuelo a Santiago la noticia, traída por algunos cautivos españoles escapados de las tierras araucanas, de que los naturales se reunían en asambleas para ir a juntarse con los indios de paz y dar un golpe formidable a los españoles. Esta nueva causó más espanto que el temblor, y el cabildo de Santiago mandó marchar inmediatamente cien hombres a vigilar el paso del Maule. La Audiencia, aún más alarmada que el Ayuntamiento, era de parecer que en dicho paso se construyesen fortificaciones con un recinto para que sirviese de punto de reunión y de acogida a los españoles dispersos y descarriados; pero los animosos capitulares no lo juzgaron necesario, y persistieron en que bastaba se custodiase bien aquel punto, sin oponerse a que se poblase otro que el Gobernador eligiese, sin necesidad de darle el nombre de ciudad o villa ni otro alguno.

Por el lado de Concepción, el caso era o hubiera sido, por mejor decir, más apurado, si el Gobernador ni hubiese tenido fuerzas disponibles para marchar al encuentro de los enemigos, cuya audacia no guardaba límites, pues ya se aventuraban a ir a infectar los caminos, y cometer atrocidades en las inmediaciones de la capital de la frontera. En vista de esto, Casanate, que sabía que los montes espesos eran guaridas muy seguras para los araucanos en las derrotas, mandó salir a don Alonso Gómez Hidalgo con una fuerte columna, y orden de incendiarlos para despejar y desalojar a los salteadores. El expediente produjo un excelente resultado, por de pronto, pues el capitán de caballería –que era también interprete general– don Tomás de Soto, a la cabeza de una de las columnas volantes en que

dividió sus fuerzas Gómez Hidalgo, cogió a cinco araucanos que fueron colgados, así como algunos otros que tuvieron por otros lados la misma suerte. Pero esto no los arredró, y lejos de mostrarse amedrentados, hicieron represalias en esta ocasión, quitando la vida a tres españoles.

Era admirable el arrojo de aquellos araucanos, que, en partidas ligeras, se alejaban centenares de leguas de los suyos y de todo socorro, sin base de operaciones y sin esperanza de refuerzo. Era una temeridad que realmente parece fabulosa. El mestizo Alejo se había acreditado tanto con la victoria de Budeuco, que todos se apresuraban a servir bajo su mando. Viéndose a la cabeza de mil combatientes experimentados, los organizó en dos batallones de cinco compañías cada uno con sus capitanes y subalternos, enteramente como lo hacían todas las naciones militares.

Sin embargo, el Gobernador había enviado, por diciembre del año anterior, a don Martín de Ariza, bizarro oficial, a repoblar San Fabián de Conuco, y recorrer la isla de Laja; y, por otro lado, había dado orden a don Ignacio Carrera para que fuese a inquietar sin descanso a los indios de Arauco y Tucapel, los más terribles guerreros entre todos ellos.

Ariza cumplió con su encargo de poblar a Conuco, y luego después, prosiguiendo en la ejecución de las órdenes que tenía, encontró un día al amanecer a los enemigos sobre el vado de Tarpellada –en Laja– tan descuidados, que los batió muy a su salvo, y volvió con algunos prisioneros a Conuco.

En cuanto a don Ignacio Carrera, éste tenía que habérselas con enemigos más terribles; pero no obstante, se internó hasta Purén, hizo todo el mal que pudo en Arauco y Tucapel hasta Ilicura, y aún dio muerte a un Llancapilqui, caudillo afamado. Por fin, habiendo recibido aviso de que un cuerpo de araucanos estaba atrincherado en el distrito de Panguerrehue, los fue a desalojar y lo consiguió, pasando muchos a cuchillo, y forzando a los demás a refugiarse a los montes. Después de lo cual, dio la campaña por concluida, viendo entrar el mes de marzo, y regresó a Concepción.

Volviendo al intrépido desertor Alejo, éste pasó el Biobío con sus dos batallones perfectamente organizados y disciplinados, y tuvo la osadía de marchar sobre Conuco donde estaban los españoles tan lejanos de pensar en él, que halló dos centinelas avanzadas dormidas con entero descuido. Advirtiendo con su infalible sagacidad que podía sacar un gran partido de estos dos soldados, se contentó por de pronto, con hacerlos prisioneros, y supo efectivamente por ellos que un capitán, don Pedro Gallegos, había salido de la plaza con trescientos hombres para ir a cobrar el prest a la tesorería, y que muy pronto debía estar de vuelta. Satisfecho con estas señas, el jefe araucano mandó colgar a los dos soldados españoles, y pareciéndole que le sería más provechoso el marchar al encuentro del capitán Cajero a su regreso de Concepción, que el perder tiempo delante de la plaza, le fue a buscar.

Muy luego, en efecto, regresó Gallegos, que marchaba con pocas precauciones militares y pocos soldados, dejando cerca de doscientos detrás. Habiendo llegado así al Molino del Ciego, que en aquel tiempo era una casa fuerte llamada de San Rafael, a la orilla de un arroyo, y bastante próxima a Conuco, supo que había enemigos no lejos de allí, y esperó aquella noche que se le fuesen incorporando

sus soldados. Al día siguiente, viéndose con unos doscientos, continuó su marcha con menos cuidado de encontrar a los araucanos, y este encuentro, ya previsto, se verificó muy luego; porque no había andado mucho cuando sus descubiertas le dieron parte de haberlos avistado con una fuerza numérica muy superior a la de los españoles. Gallegos se aseguró por sí mismo de la verdad, y no pudiendo prometerse ventaja alguna con sus cortas fuerzas, tomó posición en una loma defendida por el frente con dos profundas zanjas, y por la espalda, por un bosque. Para mayor abundamiento, pidió en alta voz a sus soldados uno que se arriesgase a pasar voluntariamente por medio de los enemigos, para ir a decir a sus compañeros que retrocediesen; y al Gobernador, que le enviase socorro.

Oyendo esto, salió al frente uno⁸⁹, se puso a caballo en el del teniente de su compañía, sacó la espada y arremetió con tanto arranque por medio de los enemigos, que éstos, muy lejanos de pensar en semejante locura, no supieron o no pudieron hacer más que abrirle paso, y llegó ileso a Concepción sin más accidente que el de haber dejado caer su sombrero⁹⁰.

Mientras tanto, Gallegos mandó echar pie a tierra a sus soldados, y poner todos los caballos a retaguardia con los de bagajes a la entrada del bosque que tenían a la espalda, y esperó de pie firme al enemigo. Éste calculó muy bien que la posición era fuerte y que le costaría caro el tomarla por asalto. En consecuencia, empeñó la acción con proyectiles, y mientras se batían españoles y araucanos de lejos, destacó dos compañías para que por una marcha disimulada se entrasen en el bosque, y atacasen a los caballos, los cuales, no teniendo por donde huir, se habían de echar necesariamente sobre sus propios dueños, atropellándolos y desordenándolos. Así sucedió. En lo más ardoroso de la defensa, y cuando Alejo más la irritaba amagando asalto, caen de repente más de doscientos caballos de tropel sobre las espaldas de los españoles y los ponen en una completa confusión precipitando a muchos en las zanjas que los defendían, mientras que los araucanos asaltan muy a su salvo la posición, la toman y no dejan ni uno vivo.

Nada le quedaba que hacer al victorioso Alejo más que saquear las cajas que contenían los sueldos de la guarnición de Conuco, y así lo hizo, después de lo cual se retiró antes que le sorprendiesen mayores fuerzas. En efecto, no tardó en llegar el refuerzo pedido al Gobernador por medio del valiente Astudillo; pero sólo llegó bastante a tiempo para contar los muertos entre los cuales había dos moribundos que aún daban señas de vida. Éstos eran justamente el capitán Gallegos, y otro llamado don Francisco Guirao, los cuales curaron de sus graves y numerosas heridas, lo que fue una fatalidad para el primero, puesto que apenas se halló restablecido, le procesaron y fue encerrado en un castillo donde muy luego murió, realmente de sentimiento.

El cabildo de Santiago había mandado salir cien hombres para cubrir el Maule, y salieron en efecto; pero llegaron muy tarde, y ya los indios de la cordillera habían ejecutado una excursión en aquel territorio, y arruinado algunas estancias,

⁸⁹ Juan Fernández Astudillo.

⁹⁰ Este valiente, según dice Carvallo, ha sido tan mal recompensado que murió mendigo.

después de lo cual se habían retirado. Se necesitaban volúmenes para poder narrar los encuentros infinitos y episodios menores que acaecieron en aquella época, y que no son precisamente de cuneta de la historia. Sin embargo, merece una mención particular el siguiente porque contiene un nombre propio digno de pasar a la posteridad, y del cual hablaremos aún a su tiempo.

Siendo el principal objeto de las incursiones de los araucanos el robar caballos, se puso una particular vigilancia en impedirselo. Un día, se echaron de improviso sobre una estancia del Maule, y lograron llevarse muchos sin que nadie pudiese oponerse a este insulto. El comandante que custodiaba aquella estancia, engañado por un falso rumor, que los indios mismos con toda su astucia habían, sin duda alguna, echado por delante, había acudido a otro punto indicado. No viendo traza de enemigos allí, regresó apresuradamente con los treinta hombres que mandaba, imaginando la verdad del caso. Este comandante era natural de la ciudad de Santiago y se llamaba Luis de Lara, el cual desde los primeros pasos en el servicio, como simple soldado, se había distinguido por su valor e inteligencia. De vuelta, pues, de su falsa alarma, apresurándose como hemos dicho, llegó a tiempo que los enemigos se retiraban con la presa que acababan de hacer, y bien que fuesen más de cien, los atacó con tal denuedo, que los derrotó, les quitó los caballos que se llevaban, y aun hizo algunos prisioneros.

Pero todas estas ventajas parciales no impedían que en grande, los araucanos empleaban cada día una audaz iniciativa que tenía casi acobardado a todo el reino. El paternal cabildo de Santiago apelaba continuamente al Virrey pintándole los diversos motivos de zozobra que surgían del estado de la guerra y pidiéndole auxilios, y el Virrey, que era aún Alba de Liste, le prestaba con admirable celo todos cuantos podía. En el momento de que hablamos, enero de 1658, estaban todos en Santiago con el mayor cuidado porque sabían que los indios de la ciudad conspiraban sin descanso para allanar las resistencias que podían encontrar los suyos, y unirse a ellos. En vano, habían sido ya severamente castigados algunos motores que habían sido descubiertos; estos ejemplares no habían producido efecto, y la conspiración era permanente, por decirlo así. Estas noticias escritas por el Cabildo al virrey Alba produjeron un resultado inmediato, a saber el arribo a Concepción de un buen refuerzo, con caudales para pagar la tropa, y dieciocho mil pesos más para gastos extraordinarios de guerra.

Viéndose así reforzado, el gobernador Porter Casanate, ya aburrido de tener que mantenerse en la defensiva, pasó el Biobío para ir a castigar al mestizo desertor Alejo; pero no tuvo esta satisfacción porque la Providencia se encargó ella misma de ejecutar este castigo. Fuera de esto, el Gobernador hizo una brillante campaña, si se ha de juzgar su importancia por los regocijos de Santiago, donde, con este plausible motivo, hubo tres días de corridas de toros. Felicitándonos de ahorrar a los lectores la repetición de hechos demasiado frecuentes para que no hayan llegado a perder algo del interés que merecen, pasemos a ver cuál ha sido la suerte del atrevido Alejo.

En el momento en que este mestizo se había vuelto a los suyos, había vuelto también a sus inclinaciones, a saber, la embriaguez y muchas mujeres. Mientras

que el deseo de satisfacer sus resentimientos le hacía correr por montes y por valles, tan pronto avanzando, tan luego retirándose, se guardaba de lo uno y de las otras; pero hallándose en descanso, se entregaba enteramente a sus pasiones. Entre las diversas mujeres que tenía, la primera que había escogido le amaba locamente, y con sus primeras infidelidades perdió casi enteramente la razón. Por casualidad, el primer objeto de su inconstancia tenía un afecto acendrado a su compañera desdenada, y se manifestó tan indiferente como la otra se mostraba apasionada; de suerte que la una por exceso, y la otra por falta de ternura, le fastidiaron, y Alejo tomó otra nueva que supo fijar su inclinación voltaria. Desde aquel instante, no sólo se vieron desdenadas las otras dos sino, también, cruelmente maltratadas, en términos que la primera (que había sido hecha prisionera, ya sea como española o como india amiga, punto que la historia no aclara), vio su pasión súbitamente cambiada en deseos de venganza, y su compañera le persuadió fácilmente que lo más corto era matarlo. En efecto, las dos amigas ultrajadas meditaron su plan, tomaron sus medidas, ocultando bajo el semblante de completa resignación su proyecto, y una noche en que Alejo se hallaba postrado por la embriaguez, le dieron fácilmente muerte; después de lo cual se refugiaron al campo español, donde fueron muy bien recibidas⁹¹.

⁹¹ La recompensa que les dieron no anuncia que la que se hallaba entre los araucanos prisionera fuese de mucha distinción, puesto que, por lo que dice Figueroa, dicha recompensa se redujo a señalarles sueldo y ración de soldado.

CAPÍTULO XXIII

Resumen de los males del reino de Chile bajo el gobierno de Porter Casanate. Nuevos contratiempos. Peste en el ejército. Pérdida de un transporte con víveres. Tregua inesperada. Proyecto de entrar en campaña. Mizque sucesor de Alejo. Éste entra en campaña, por su lado, al mismo tiempo que los españoles por el suyo, sin saber unos de otros. Caso raro y feliz debido a esta mutua ignorancia. Batalla de Laja. Victoria por los españoles. Ventajas que en ella consiguieron. Otra victoria, corolario de esta primera. Muerte del jefe araucano. Muerte del gobernador español.

(1661 - 1662)

Parece cosa increíble que haya habido hombres bastante sufridos para resistir el encadenamiento de males que continuamente los afligían, y sobre todo no se comprende dónde ni de qué manera hallaban medios de soportarlos sin sucumbir mil veces. Luchando perpetuamente con sus terribles enemigos los araucanos, por un lado, experimentaban los españoles, por otro, fatales consecuencias de fenómenos destructores, y consecuencias aún más funestas de epidemias, pestes, plagas y devastaciones. El mismo día en que la tierra se conmovía; que Santiago, apenas restaurada, se demolía de nuevo; que Concepción crujía por todas partes y era invadida por el mar con general ruina de todas sus casas y edificios, sus habitantes morían cada día de una epidemia de viruela que se los llevaba numerosos y en muy poco tiempo. Los indios, que nada arriesgaban con los terremotos, puesto que no tenían edificios, sabían que los españoles tenían, al contrario, mucho que perder, y corrían a atacar por todas partes sus estancias y potreros, aumentando sus desastres y sus angustias.

Han debido notar los lectores que el mismo día del último terremoto, fue un día señalado de invasión de enemigos. Los males que causó el desertor mestizo Alejo fueron incalculables. Como no podía meditar ni prometerse una buena batalla campal, ni hallarse en todas partes a la vez, el Gobernador se mantenía en Concepción, y enviaba, según la ocurrencia, oficiales de su confianza a los puntos diversos atacados, y casi siempre estos oficiales eran batidos. Así hemos visto, primero a Zúñiga, después a Bravo y en fin a Hidalgo derrotados y muertos por Alejo. Si la acción del segundo, bien que haya sido muerto, se ha reputado como

victoria, sin duda ha sido porque los españoles quedaron, no con el campo de batalla, sino firmes (en apariencia, porque en realidad ya se hallaban exánimes); sino firmes, decíamos, en su posición. Si Alejo hubiera vuelto a la carga, sin duda alguna los habría acabado, y si no lo hizo fue porque Huenecura y Rehucán, que, aunque se hallaban con él eran afectos a los españoles, como se ha visto en su lugar con respecto al primero, le disuadieron de ello bajo pretextos especiosos.

Además de los hechos notables relatados, hubo una infinidad de detalles menores que no caen bajo la cuenta de la historia. Mientras que Alejo amenazaba Concepción, Inakeupú, de la cordillera, por sí mismo y por su segundo Cadillanca, asolaba los valles del Maule, robaba caballos, mataba a unos y se llevaba a otros cautivos a una cueva que tenía a la entrada de la cordillera. Así desaparecían las estancias. Después del hecho referido del valiente Lara, Inakeupu se había internado por medio de Cauquenes hasta Chanco. El capitán Mier, enviado por el Gobernador para contenerle, tuvo que volver muy pronto a Concepción batido y avergonzado. Por fin llegó un refuerzo de Lima, y hemos visto a Porter Casanate hacer una brillante campaña, cuyos detalles, aunque no los hayamos leído, los podemos imaginar, poco más a menos, sin riesgo de engañarnos.

El orden cronológico de todos estos hechos ha sido el que les hemos dado o puesto. Pero para mayor abundamiento, vamos a fijarnos en lo más esencial tocante a este punto con los asientos del mismo cabildo de Santiago. En historia nunca puede haber exceso de precisión y de claridad, aunque a menudo tiene que decir cosas que es completamente indiferente ignorar o saber.

En 1658, el reino se hallaba en el mayor apuro y el Cabildo lo expuso al Virrey pidiéndole socorro, el cual llegó en el mismo año y muy pronto, puesto que el Gobernador hizo la susodicha brillante campaña en la cual consiguió tantas ventajas en globo, entre las cuales se ve expresada la más apreciable, a saber, el rescate de veintitantos cautivos españoles. Lo más particular es que el Gobernador iba principalmente contra Alejo y que no se dice ni una palabra de este desertor, en este hecho.

En 1659, no hubo, según el mismo Cabildo, ninguna acción de guerra, si hemos de juzgar por la carta que recibió del Gobernador el 6 de octubre, y en la cual el jefe militar y político le indica algún mejoramiento en el estado de cosas, “gracias a los cabildantes de Santiago”. Pero en otra del 13 de febrero de 1660, les dice que se halla en Palomares pronto a pasar el Biobío en busca de Alejo. El 25 de junio, y 8 de julio, recibieron otras dos que los pusieron en gran cuidado, pues en ellas les pedía le enviasen refuerzos de milicianos y aun de vecinos. Los motivos de este nuevo apuro eran, que el ejército se hallaba apestado con gran mortandad de soldados; y que los enemigos habían vuelto a atacar los potreros españoles y habían derrotado al capitán Juan de Barrera, que había salido a su encuentro, matándole quince hombres y llevándole seis prisioneros. En 10 de septiembre se perdió el transporte del capitán Juan Machado, que iba cargado de víveres para el ejército, y en vista de tantos males, acudió de nuevo el Cabildo al Virrey, despachando para Lima el navío de don Pedro de Prado.

En fin, el 27 de febrero 1601, otra carta del Gobernador continúa anunciando al mismo Cabildo una serie interminable de trabajos y de pérdidas⁹². El obispo Cimbrón de Concepción había muerto a fuerza de congojas y trabajos, y el Gobernador había proseguido solo la reedificación de Concepción; porque tenía en aquel ilustre Obispo un poderoso auxiliar, por el santo celo con que le ayudaba.

Sin embargo, de todo esto, con la muerte de Alejo sobrevino una tregua inesperada que sirvió de mucho alivio, y el Gobernador se aprovechó de ella para dar algún paso adelante. Sin duda esta tregua había sido debida a la asamblea solemne en que los butalmapus nombraron por sucesor de Alejo a Mizque, el cual nombró de vicetoqui a Calicheuque, y sucedió que mientras Casanate daba órdenes para entrar en campaña, Mizque hacía otro tanto por su lado. El motivo del movimiento araucano era la noticia del proyecto de los españoles de ir a castigar a los quechereguas, y la erección del fuerte de Lota cerca de la cuesta de Villagra. En efecto Porter había mandado construir dicho fuerte; pensaba en penetrar al medio de los quechereguas, y esta expedición se puso en marcha mucho antes de lo que se creía, al mando del maestre de campo Molina, compuesta de seiscientos españoles y de los indios que servían con sueldo.

El toqui Mizque salió por su lado con mil quinientos araucanos bien armados y provistos de cuerdas o sogas para llevarse amarrados a los españoles. Tal era la confianza que tenía en la victoria el famoso yanacona Mizque, que no estaba muy lejano de pensar en apoderarse de Concepción. Animado con estos soberbios proyectos pasó el Biobío y fue a acampar en la isla de Laja a la parte septentrional de río Cariboro entre los vados del salto y de Curanilahue, poco antes que los españoles, dirigidos por su maestre de campo Hidalgo, por el sargento mayor Ariza y el comisario Luis de Lara⁹³, pasando por el de Negrete se acampasen a la parte opuesta sobre el río de Laja. Un indio yanacona, por nombre Tanamilla, se había quedado atrás por algún motivo, y siendo ya noche cerrada, había perdido las huellas del ejército español, que creyó ya al otro lado de Laja, y pasó por el vado del Salto para incorporarse. Este indio, que era de los de San Cristóbal, ya vueltos amigos de los españoles (porque, regla general, el progreso en bien no sólo vence a la naturaleza sino que aun la hace repugnante), este indio, decíamos, al salir del agua vio un ejército acampado, y no dudando fuese el español se fue aproximando sin cuidado, hasta que estando ya cerca, notó el descuido de centinelas avanzadas, de las cuales no había ni una, y entró en cuidado. Quiso retrogradar; pero en aquel instante le sintieron los que, sin formalidades de ordenanza escrita, estaban tan vigilantes como si se hallasen en garitas con armas al brazo, y le preguntaron quién era y qué quería; a lo cual respondió Tanamilla con mucha serenidad, que corría tras su caballo que se le había escapado. Esta respuesta, pronta, natural y

⁹² Rojas dice que durante el gobierno de Porter y Casanate, mataron los araucanos más de mil españoles, e hicieron muchísimos prisioneros.

⁹³ El mismo valiente natural de Santiago, de quien hemos hablado hace poco, ascendido a este grado por su valor y méritos.

corroborada por el ropaje y el lenguaje del indio, fue aceptada sin réplica y nadie pensó más en él; de suerte que pudo volver a pasar el vado y se incorporó con los españoles, a cuyos jefes dio parte de la descubierta que acababa de hacer por la más rara casualidad. Era tan rara, en efecto, que ni Hidalgo, ni Ariza, ni nadie le quiso creer sino don Luis de Lara. Sin embargo, viendo a Tanamilla noblemente exaltado de la duda que de su veracidad tenían, y ofrecer su cabeza en prendas de la certeza del hecho, forzoso les fue el darle crédito, y desde luego entraron en consejo.

Al amanecer, Luis de Lara pasó con una columna por el vado de Curanilahue, combinando con tanto acierto su movimiento con el del sargento mayor Ariza, que en el mismo instante, este jefe se halló pronto con otra, después de haber atravesado el río por el del Salto, para atacar simultáneamente por la izquierda el campo enemigo, mientras él lo atacaba por la derecha. El resultado de un plan tan bien meditado y ejecutado era infalible, y no fue menos ventajoso. Los araucanos sorprendidos por dos descargas a boca de jarro, se ven, acto continuo, atropellados, pateados, degollados. Ni un momento tuvieron para defenderse. Unos se arrojaron al río y se ahogaron. Otros, muy pocos, tuvieron la buena suerte de salvarse por el pedregal de las canteras; y, en resumen, perdieron seiscientos muertos; más de doscientos prisioneros; mil trescientos caballos, y un cúmulo de armas ofensivas y defensivas, conquistadas por ellos anteriormente en diversos encuentros sobre los españoles.

Pero aun no pararon aquí estas grandes ventajas. El toqui Mizque no se hallaba en este campamento, habiéndose quedado atrás con algunos de sus capitanes a las márgenes del Guaque. Esta noticia la dieron los prisioneros al jefe del ejército español, el cual mandó formar una columna ligera, vestida con el traje de los mismos indios y montada en sus mismos caballos para ir a sorprenderle. Con estos elementos, no era empresa muy ardua; pero, sin embargo, merece elogio la conducta del oficial (cuyo nombre quedó ignorado), que mandó esta expedición improvisada.

Partió con su columna, llegó a la vista del alojamiento del general araucano, situado a la derecha de la altura llamada de las Guanacas, y se puso a escaramucear como para hacer el ejercicio. Sorprendido Mizque, no sabiendo por qué se hallaban allí, les mandó a llamar para que sobre la marcha fuesen a su presencia. El oficial español mandó pasar a retaguardia y agarrotar al enviado, y tomada esta precaución, apresuró su marcha; pero al llegar al sitio, mandó con una señal desplegar a su columna, y como por encanto, el valiente Mizque se halló cercado con treinta de los suyos. Fue éste un éxito feliz que no merecía ser manchado con indignidades, y que, sin embargo, lo fue, y lo que es más, por un hidalgo llamado don Juan García, no buen cristiano, sin duda. Éste no había podido olvidar un supuesto agravio que el jefe araucano le había hecho, no se sabe en qué tiempo, llamándole con ciertos nombres que le disonaron, y queriendo vengarse malamente en este instante, se llegó al infeliz Mizque y le cortó una oreja. Afligido por este ultraje del que, para bochorno de su agresor, le era imposible sacar venganza, pidió le quitasen la vida, gracia que le fue ne-

gada⁹⁴ allí, y que recibió en la plaza de Buena Esperanza, a donde fue llevado y en donde murió resignado⁹⁵.

El ejército español prosiguió su marcha sobre Quechereguas causando estragos, como lo ejecutó también en Purén y en los estados de Tucapel y Arauco. Los indios, consternados, empezaron a clamar por la paz, y el Gobernador se manifestó pronto a concedérsela; pero, aunque algunos hayan escrito que dicha paz había quedado establecida, no es probable que así haya sucedido, como se verá.

El júbilo que causó la victoria de Laja, y la captura del jefe araucano fue tan general como plausible. Lo que hicieron en Santiago para celebrarlo no se puede saber, puesto que el libro del Cabildo número 16, en que se hallaban las actas de este acontecimiento, tiene de menos ciento ochenta páginas, habiéndose concluido el número 15 el día 15 de noviembre, pocos días antes de dicha victoria. El gobernador Porter Casanate tuvo algún alivio en su cruel mal de hidropesía con este buen suceso; pero su enfermedad había hecho demasiados progresos y murió en Concepción por febrero de 1662.

Fue fortuna para él. La Real Audiencia había pasado a la Corte informes que le eran poco favorables, y el Rey había encargado a este tribunal, con fecha 5 de julio de 1658, vigilase sus operaciones. Parece cosa increíble, porque era mucho más fácil nombrarle un sucesor, tanto más cuanto Porter era gobernador interino, y este sucesor que fue –cosa aún más increíble– el mismo obispo de Concepción fr. Dionisio Cimbrón, sólo fue nombrado el 9 de abril de 1662, cuando el prelado y el mismo Porter Casanate habían fallecido. Es verdad que el Obispo no debía gobernar sino de ínterin llegaba el propietario don Juan de Balboa y Mogrovejo, el cual murió en el viaje a Chile. Por fin, el Rey nombró a don Gerónimo de Benavente y Quiñones, al mismo tiempo que a don Diego de Benavides, conde de Santisteban, de virrey de Perú; pero Benavente y Quiñones no llegó. De todos modos, si Porter no se hallaba, en tierra, en su verdadero campo de batalla, tuvo muchos contratiempos independientes de su ciencia militar, mucho celo, y murió pobre.

⁹⁴ A este episodio, añade Carvallo que este jefe araucano había tomado por mujer a una señora cautiva española, ya casada, y que en ella había tenido dos hijos, los cuales idolatraba, así como también a su madre. El trato que daba a ésta, y la estimación en que la tenía hubieran sido dignos del hombre más social y más cristiano. Cuando esta señora salió de cautiverio, su marido español la recibió en sus brazos, y adoptó por hijos suyos a los dos que había tenido de Mizque. No hay novelas más gustosas que los episodios de la historia de Chile.

⁹⁵ Es cosa extraña que Pérez-García ignorase que el cerro donde fue sorprendido Mizque se llamaba de las *Guanacas*, puesto que este escritor, refiriéndose a Olivares, dice que por falta de nombre, lo llamaron desde entonces *el cerro de Mizque*. En este punto, Carvallo merece un particular crédito. Igualmente, parece haber ignorado que la expedición española continuó su marcha militar y victoriosa por medio de Quechereguas, Purén, y aun Arauco y Tucapel, como lo prueban las consecuencias.

CAPÍTULO XXIV

El obispo de Concepción. Su consagración y su muerte. Particularidad relativa al noble carácter del último gobernador Porter Casanate. Nombramiento en el cabildo de la catedral de un provisor y vicario general del Obispado. Anula el arzobispo de Lima dicho nombramiento, y provee a dichas dignidades. Sede vacante en Santiago. Posesión de la mitra por el P. fr. Diego de Humanzoro. Jesuitas. Misiones a los habitantes de Santiago. Buenos frutos que produjeron. Misión de Buena Esperanza. Su elevación a colegio. Sus rentas. Hechiceras de Talcamávida. Peste de viruela entre los indios. El jesuita Mascardi. Su celo y sus servicios. Misiones vacantes. Su restablecimiento.

(AÑOS TRANSCURRIDOS)

Los lectores han visto muerto al obispo de Concepción, fray Dionisio Cimbrón y no lo han visto consagrado. El fondo de la historia de Chile es guerra, y guerra continua, y esta circunstancia obliga a observar cierto método para que haya la mayor claridad posible en la narración de los acontecimientos generales.

El obispo anterior de Concepción era, como hemos dicho, don Diego Zambraño de Villalobos el cual fue promovido a la mitra de Santiago en 1650. Fr. Dionisio Cimbrón fue presentado para ser su sucesor, el 4 de junio de 1651, por Felipe IV. Antes, había sido muchas veces abad del convento de Bernardos de Nuestra Señora de Osera, y por fin, había llegado al generalato de su orden. El 12 de agosto de 1652, hizo su profesión de fe en Madrid, ante el nuncio del Papa, Rospiccoli. El 24 de junio de 1653, firmó sus bulas el pontífice Inocencio X; se embarcó luego que las recibió para Lima, y el arzobispo Villagómez le consagró en la iglesia metropolitana de Perú el día 9 de agosto de 1654. Nueve meses después, se embarcó para Valparaíso, pasó por Santiago, permaneció allí dieciocho meses y fue juez en el famoso proceso de las monjas de Santa Clara con el provincial de franciscanos. Últimamente, tomó posesión de su obispado el día 8 de octubre de 1656⁹⁶.

Fr. Dionisio Cimbrón tenía en sumo grado todas las virtudes de un verdadero apóstol, y las más recomendables cualidades de un hombre social. El arzobispo de

⁹⁶ Este obispo fue el último de los de Concepción que tomaron el título de obispo de Imperial. Carvallo.

Lima le quería mucho, y suplía a menudo con sus liberalidades a lo que no alcanzaba la cortedad de las rentas de su obispado. La particularidad del nombramiento de este prelado al interinato militar y político del reino de Chile pierde un poco de su extrañeza en el hecho de tener que asesorarse en sus determinaciones como gobernador y como presidente de la Audiencia, con el oidor más antiguo; con el obispo de Santiago; con los maestre de campo y sargento mayor; con el comisario general de caballería y veedor general, en junta o consejo. Ya se ve que dicha junta podría rara vez verificarse, en atención a la distancia de Santiago a Concepción, y a que la morada del Obispo y de los oidores era allí y no aquí. Pero ya hemos dicho que esta medida era muy provisional, puesto que el gobernador en propiedad estaba en camino para Chile; y sobre todo no llegó el caso de ponerla en ejecución, porque que el prelado murió extinguido por una disentería, el 19 de enero de 1661.

El obispado de Concepción estaba tan pobre en aquella época, que los canónigos y diversos capellanes de la catedral podían apenas subsistir, y que tuvieron que moderar mucho el fausto del templo mismo, tan necesario en las metrópolis para la solemnidad que pide el servicio divino. En esta ocasión, el gobernador Porter Casanate dio una prueba tan espléndida como evidente de sus sentimientos religiosos, y de su grandiosa liberalidad, costearo los gastos del culto y suministrando un fondo de existencia decente a sus ministros. Esta particularidad del noble carácter del gobernador Porter se concilia mal, a primera vista, con los informes poco favorables que la real audiencia de Santiago había dado de su gobierno al Rey; pero reflexionándolo bien, se comprende que dicho tribunal obró en conciencia por el bien general, y lo hizo con muchísimo miramiento, puesto que el Monarca se entendía misteriosamente con sus ministros, por respetos, sin duda alguna, a otros méritos eminentes de Porter Casanate.

A la muerte del obispo Cimbrón, el deán convocó a cabildo y se hizo nombrar, por decirlo así, él mismo de provisor y vicario general; pero el arzobispo Villagomez de Lima tachó de nulo este nombramiento, y eligió, porque así le pertenecía, para llenar las dos dignidades dichas, al licenciado don Juan de Ruelas, cura del tercio de Conuco, el cual gobernó dignamente el obispado mientras su mitra quedó vacante.

El obispo de Santiago, don Diego Zambrano de Villalobos, había precedido al sepulcro al de Concepción, y había muerto en esta última ciudad, donde le había sorprendido le enfermedad de que murió. Para ocupar la sede vacante de la capital del reino, Felipe IV había presentado, primero a don Fernando de Avendaño, y enseguida a don Diego de Encinas, los cuales suplicaron al Rey se dignase admitir su renuncia, por la cual fue presentado en último lugar, el P. Diego de Humanzoro⁹⁷. Este prelado, que había sido definidor y provincial de su orden de San Francisco, y regentado hasta jubilación la cátedra de Teología, se puso la mitra de Santiago en 1661, y le tocó reedificar la parte de la catedral arruinada por el último terremoto de 1657. En 1670, presidió el sínodo tercero.

⁹⁷ Guipuzcoano, descendiente de la familia de Loyola, y guardián del convento de San Francisco de la ciudad de Cuzco.



JUEGO DE BOLA .

Como se ve, a pesar de los desastres que padeció la gran monarquía española en el siglo XVII, no dejaban sus monarcas de atender a los cuidados más urgentes que pedían sus más lejanos reinos. Entre estos cuidados, sabían que el más esencial, tal vez, era, es y será siempre el del mantenimiento de la religión del Estado, y que en españoles sobre todo, la creencia y la fe son tan inherentes a su naturaleza, que si la llegasen a perder, podrían hacer cuenta haber perdido el más poderoso móvil de sus acciones, la base de su existencia. En general, si los que tienen sobre sus hombros el grave peso del gobierno de su nación supiesen utilizar, o pensasen en ello, el poderoso móvil de que hablamos, menos y menores serían los conflictos entre los hombres, sin que por eso dejasen de dar largos pasos hacia el fin que la sociedad más culta y más adelantada pueda proponerse; y no cabe duda en que los españoles sólo eran capaces, por esta misma razón, de resistir a la serie increíble de calamidades que han tenido que padecer en la conquista de Chile, y de mantenerse firmes en el propósito de realizar, sino en totalidad, en la mayor y más esencial parte sus proyectos. Tal era el motivo de la exactitud con que la metrópoli atendía al mantenimiento y al influjo del gobierno eclesiástico; y en este punto, todas las religiones han coadyuvado al éxito, cooperando eficazmente con el celo de los obispos de Santiago y de Concepción; pero por su instituto especial, los jesuitas tenían, por decirlo así, a su cargo esta cooperación.

La necesidad de dividir metódicamente las materias para la comodidad del lector y claridad de la historia, y el cuidado de evitar la monotonía de repeticiones inmediatas, obligan a omitir alguna vez episodios que merecen una seria atención, y por eso la narración retrocede otras tantas veces para no dejarlos en el olvido.

En el terremoto del 13 mayo de 1647, la capital quedó arruinada: casas, edificios públicos y templos, todo cayó, y por consiguiente, el colegio máximo de San Miguel y su iglesia, obras, en principio, del inmortal P. Luis de Valdivia, y fruto de dieciséis años de tareas y de afanes de sus jesuitas, los cuales en algunos minutos los vieron anonadados, o, lo que es lo mismo, reducidos a una montaña de escombros y confusión. Sin embargo, su primer cuidado no fue el sentimiento, por tanto muy natural, de esta inmensa pérdida, sino el partido espiritual que se podía sacar de ella. En el caos de las ruinas del templo, sólo se salvaron dos imágenes; una de Cristo crucificado y otra de Nuestra Señora; la primera pendiente de un solo clavo por los pies, en un vacío que quedó entre el pavimento y la parte superior del retablo, apoyado al fragmento de una columna; y la segunda, en el contorno del nicho del altar, que sólo quedó en pie de todo él. La capital, como todas las capitales, a pesar de los horrores de la guerra, de zozobras continuas y de pérdidas considerables, brillaba con un lujo exorbitante, y resonaba con anécdotas de aventuras escandalosas de libertinaje. La ocasión era la más oportuna para abrir los ojos de la razón y penetrar los corazones, y esto fue en lo que primero pensaron los arruinados jesuitas del colegio máximo de Santiago.

Como sucede generalmente en conmociones de la tierra, la puerta y el cancel de la iglesia, que no soportaba ningún peso, habían quedado en pie formando una especie de capilla, y allí colocaron los padres las dos imágenes de Cristo y de la Virgen, y allí también elevaron un púlpito. Los ánimos de los santiaguinos se

habían apocado y parecían consternados. El suelo temblaba, a ratos, agitado como si amenazase un nuevo despedazamiento de la naturaleza⁹⁸. Un jesuita subió⁹⁹ al púlpito, y al instante la plazuela del Colegio se vio llena de oyentes. Los temas de los sermones eran el lujo; la licencia de las costumbres; la relajación; el olvido de santos deberes y el castigo del cielo. La pintura de los males que afligían a la mayor parte del reino, puestos en parangón con la indolencia y el amor de placeres de la capital; la exposición de la miseria general comparada a exorbitantes y superfluos gastos de pura vanidad, y el cuadro de las lágrimas de tantos miserables confundiendo con el ruido de pasatiempos indignos de corazones cristianos, y con su odioso egoísmo, despertaron a las almas y las llenaron de vergüenza y de arrepentimiento. La elocuencia de los jesuitas era tanto más irresistible, cuanto no tenían que tomar puntos ni prepararse para hablar. Tenían el retablo de la situación del reino delante de los ojos y no les quedaba más que indicar los diversos detalles de su conjunto. La verdad era patente y nadie podía desconocerla. Y así sucedió que de la noche a la mañana, las costumbres de la capital se reformaron; el lujo en los hombres, y la coquetería en las mujeres desaparecieron; se perdonaron deudas; se hicieron restituciones; se deshicieron calumnias; se reconciliaron enemigos, que hasta entonces habían parecido irreconciliables, y hasta matrimonios desunidos con escándalo, y detrimento de sus inocentes frutos, desunidos mucho tiempo había, tuvieron compasión de sí mismos y de sus hijos, y volvieron al gremio de las gentes cristianas y honradas.

Los lectores han visto a estos celebérrimos misioneros francamente calumniados, sin saber por qué, a no ser que fuese porque diferían de modo de pensar en punto al mejor medio de conseguir la pacificación y la conversión de los indios, y tal vez porque el propuesto por ellos había sido constantemente justificado por los acontecimientos. Desde 1612, época en que Valdivia envió obreros a la misión de Buena Esperanza, hasta 1641 que el sensible y valeroso marqués de Baides conquistó una paz duradera, los jesuitas se habían arriesgado infinitas veces internándose entre los indios a cien y doscientas leguas, como ya se ha dicho, lejos de las armas españolas. La intrepidez de estos misioneros sojuzgaba a los que iban a convertir, tanto como la dulce persuasiva de su lenguaje y la suavidad de sus modales. La pureza probada de sus costumbres acababa de hacer sus predicaciones irresistibles.

Después de la paz de Baides, la misión de Buena Esperanza recibió el título de colegio incoado, con propios y arbitrios para alimento de sus misioneros y del de los extraños que llegasen allí. Esta misión tenía una iglesia, y a muy poco tiempo, se veían en ella muchos más indios que españoles. En ratos de descanso, los PP. hacían concurrir a ella los hijos en edad tierna, y aun adulta, de los naturales, con el fin no sólo de instruirlos en los deberes del cristiano sino, también, de adelan-

⁹⁸ Olivares asegura que por espacio de dos meses, a cortos o largos intervalos, se sintieron conmociones leves, aunque perceptibles.

⁹⁹ Diferentes padres de la Compañía predicaron en aquella misión de circunstancia, y por eso, sin duda, no han sido nombrados individualmente.

tarlos hasta enseñarles gramática. Los propios de que hablamos arriba, eran, en primer lugar, una viña y una bodega, que Ventura Beltrán había dejado a la misión de Buena Esperanza, con tierras que le dio después el dean don Juan de Fonseca, y que poseía dicha misión en nombre del colegio de Concepción; y en segundo lugar, de la hacienda que le legó el sargento mayor don Francisco Rodríguez de Ledesma, compuesta de estancias, ganados, esclavos y alhajas, y con la sola condición de que le admitiesen en su Compañía de Jesús a la hora de su muerte, como lo hicieron los jesuitas.

Las misiones eran fructuosas generalmente, aunque en algunas partes los padres hallaban ciertas resistencias que provenían del genio de los habitantes. En Talcamávida, por ejemplo, la causa particular de la resistencia nacía de la confianza que tenían los naturales en sus hechiceras o *machis*, como ellos las llamaban, curanderas que los sanaban con simples o yerbas cuyo secreto les había comunicado el Diablo, con quien tenían pacto hecho según ellos creían. La verdad era que estas mujeres tenían tal hábito de observación, que a la primera ojeada conocían el mal de que adolecía el enfermo, y le aplicaban con éxito su remedio. Pero por el temor de que otras presumasen descubrir los mismos secretos, y llegasen a conseguirlo, empleaban mil trazas y embelecos para persuadirles que su ciencia se la comunicaba *Antupilai* (exactamente, *enemigo de la luz*, nuestro Ángel de las Tinieblas). Estas curanderas charlatanas fueron crueles rivales de los misioneros hasta que éstos, felizmente inspirados, se dedicaron con particular esmero a convertirlas a ellas las primeras, apoderándose de su espíritu en tal manera, que lo que ellas creían una pura ficción, les parecía luego la cosa más grave, por la misma razón que tenían más imaginación, y se convertían. Y es de notar que la conversión de una de estas supuestas hechiceras ocasionaba centenares de otras.

Volviendo a la cuestión general, mientras se gozaron los frutos de la paz, mientras los indios se mantuvieron reunidos en ciertas circunscripciones, los jesuitas no cesaron, ni un día, de atraer pocos o muchos de estos gentiles al cristianismo, hasta que hubo gobernadores que tuvieron por conveniente deshacer lo que tanto trabajo había costado a otros gobernadores y a los misioneros, a saber, reunir a los indios en sociedad a fin de poder convertirlos y civilizarlos más fácilmente; persuadiéndoles a que se dividiesen y esparciesen a lo lejos para sembrar las más tierras que pudiesen, que era el mejor modo de enriquecerse. En el punto en que recibieron esta licencia o este consejo, o tal vez algo más, se alejaron y dispersaron, en efecto, y desde aquel instante el trabajo de las misiones se hizo improbo. Y con todo eso, aun en el año 1654, bautizaron los jesuitas a setecientos indios, jóvenes y adultos, hombres y mujeres.

Es verdad que en este año, que fue el anterior al del levantamiento general, hubo una causa extraordinaria para que en el ejercicio de su ministerio se mostrasen ángeles a los ojos de los infieles. Esta causa fue una peste de viruela, mal que espantaba a los naturales en tal extremo, que hasta las mujeres más amadas, y hasta sus mismos hijos se les hacían odiosos, y los abandonaban, o los arrojaban a los montes; porque era cierto que de los infectados, pocos eran los que se salvaban. En esta circunstancia, los misioneros les aparecieron con toda su superioridad,

buscando a los enfermos abandonados; llegándose a ellos sin reparo; administrándoles consuelos y remedios, y volviendo a muchos a la vida. Al ver esto, ¿cómo no habían de reputar a los jesuitas por algo más, mucho más que los demás hombres? Así sucedió que todos los buscaban; todos creían en ellos y todos cedían a su voluntad, cuando no tenían pasiones que la contrapesasen¹⁰⁰; y hasta los mismos naturales de San Cristóbal, que habían sido siempre los más tercos, se rindieron en esta ocasión y se dejaron bautizar en número de cien, es decir, los más.

Los lectores no habrán olvidado que forzado, en fin, a creer en el levantamiento, el gobernador Acuña se había trasladado de Concepción a la plaza de Buena Esperanza, y que lejos de defenderla cuando le dieron parte de la llegada de enemigos, la abandonó precipitadamente, bien que pudiese defenderla, puesto que había en ella tres mil almas, armas, municiones y provisiones. La huida fue tan sin reflexión, que ni tiempo dio a los vecinos para llevar lo que más les interesaba de cuanto poseían. Los misioneros jesuitas tuvieron que dejar los vasos sagrados y plata de la iglesia, no habiendo podido conseguir más que un caballo de bagaje. Ni lugar tuvieron para reservar, y el jesuita Lázaro¹⁰¹ llevaba en sus manos la custodia. En aquel instante, el P. Nicolás Mascardi, que era del colegio de Buena Esperanza, se hallaba fuera de allí ejerciendo su ministerio, y viendo los caminos de Concepción interceptados por los indios, se marchó a la ciudad de San Bartolomé de Chillán donde fue el alma de la resistencia y resignación con que los habitantes, abandonados a sí mismos, hicieron frente a la guerra y a la peste que los diezaba. Cuando por último recurso, salieron para ir a ponerse bajo la protección del valiente Pizarro, corregidor de Santiago, que guardaba el Maule, el P. Mascardi iba con ellos sosteniéndolos con sus consejos y servicios temporales y espirituales, por espacio de veinticuatro leguas que hay de un punto a otro, y muchos le debieron la vida. Júzguese qué pruebas de vigor y de fuerza de alma ha tenido que dar en esta lastimosa circunstancia, sin poder disfrutar un solo momento de descanso ni de día ni de noche. Calumniar a semejantes hombres es, dejando a parte la impiedad, la más indigna bajeza.

Habiendo llagado a Maule, claro era que Pizarro no podía introducir los contagiados en Santiago, y que con gran sentimiento hubo de dejarlos. Muchos de ellos tenían parientes o amigos en aquella tierra, y los más se esparcieron a dos, cuatro, seis leguas de distancia, y como no tenían confianza, a lo menos, tanta confianza en nadie como en el P. Mascardi, éste tuvo que quedarse, y en lugar de entregarse al descanso de que necesitaba tal vez tanto como el que más, se entregó a nuevas fatigas y desvelos, acudiendo sin cesar de una parte a otra según la urgencia que había.

Cedió, por fin, el mal, y el P. Nicolás pudo partir para Concepción; pero en el camino, se halló con una compañía de caballería que iba a resguardar los caminos,

¹⁰⁰ En la reducción de Santa Fe a siete leguas de Buena Esperanza, dice Olivares que los indios huían por las quebradas como animales perseguidos por cazadores, y que en una montaña hallaron los padres hasta catorce enfermos abandonados a todas las inclemencias del cielo y de la tierra.

¹⁰¹ El mismo que no hacía mucho había ido en una piragua de Chiloé a Concepción para dar parte de la invasión de los holandeses.

y en la cual no había capellán. Pues en lugar de continuar su viaje a Concepción, se volvió con esta tropa e hizo la campaña con ella, y con ella regresó. Apenas había llegado, apenas había tenido tiempo para disfrutar del consuelo de verse reunido con sus compañeros de trabajos apostólicos, oyó que unos cuarenta indios amigos, los que hubiesen permanecido fieles en la sublevación general, se habían acogido a la estancia del Rey, o Buena Esperanza, luego que los guerreros araucanos se habían alejado de allí, y fue a buscarlos. Pero no se apresuró a volver con ellos. Desde aquel punto enviaba mensajes a los de guerra, demostrándoles la inutilidad de los infinitos males que ocasionaba, y convidándolos con la paz; y, en esta ocasión, tuvo la satisfacción imponderable de sacar de cautiverio a un capitán, llamado don Pedro Soto, que los indios habían respetado por haber emparentado con algunos de ellos, y con el cual fueron rescatados otros cuarenta españoles, hombres, niños y mujeres.

El gobernador Porter Casanate había creído oportuno declarar las misiones vacantes por falta de objeto, visto el estado permanente de guerra, y la desertión general de los indios yanaconas y demás; y esta determinación había parado a los jesuitas en sus proyectos de reedificar su colegio e iglesia. Este decreto del Gobernador fue notificado en forma al rector del colegio, alegando que los capellanes de los cuerpos bastaban, en el estado de cosas, para el servicio espiritual. El rector replicó que aún quedaban indios amigos, y que no era razón el renunciar a los frutos futuros de las misiones, y que en tal supuesto, los capellanes del ejército no tenían morada fija, ni el conocimiento necesario de la lengua, carácter y costumbres de los naturales. No obstante, el Gobernador mantuvo su determinación, y los jesuitas quedaron paralizados hasta en 1663, que por real cédula de 9 de febrero, el Rey los rehabilitó con todas las facultades, propios y arbitrios con que se hallaban apoyados anteriormente.

CAPÍTULO XXV

Gobierno interino y pasajero del maestre de campo don Diego González Montero. Los araucanos nombran un toqui general. Preparativos de guerra que hace dicho toqui. El gobernador español recibe parte, al mismo tiempo, de estos preparativos y de la llegada a Concepción de otro gobernador interino. Socorros que llevaba éste a Chile. Naufragio de uno de los transportes. Repara el Virrey, conde de Santisteban, esta pérdida. Pasa el nuevo gobernador de Concepción a Santiago. Carácter de este jefe superior. Guerra. Batalla de la cuesta de Villagra. Victoria y sus consecuencias.

(1662 - 1663)

El interinato del maestre de campo Montero fue tan pasajero que algunos escritores lo ignoraron o no creyeron necesario el hablar de él; y por la misma razón, probablemente, la Real Audiencia no le reconoció por presidente; porque sabía, sin duda alguna, que con el aviso de la muerte de Porter Casanate, el Virrey había nombrado sin demora un gobernador interino oportunamente, al paso que el nombramiento era eventual, conforme a lo mandado¹⁰². Estas mutaciones tan frecuentes en la suprema autoridad del reino eran contra su dignidad, y la real audiencia de Santiago quería mantener la suya, con muchísima razón. En lo militar, el orden de antigüedad, y, en caso de excepción, la mayor aptitud señalan necesariamente el sujeto en quien debe recaer accidentalmente el mando; pero no sucede lo mismo en un cuerpo esencialmente político, dejando aparte lo jurídico en que un militar no tiene que ver; el cual tiene secretos de Estado que es importantísimo no divulgar dejándolos penetrar lo menos que se pueda.

Por lo demás, la Real Audiencia no hubiera tenido razón de negar a González Montero una honra especial a la que sus méritos y servicios le daban un incontestable derecho, una vez que había llegado a la cumbre de la jerarquía militar, aunque fuese accidentalmente e interinamente, exponiéndose a nuevo desagrado del Rey. Este maestre de campo¹⁰³, sujeto noble y de mucha distinción, había sido

¹⁰² Real cédula de Madrid, 7 de mayo de 1635.

¹⁰³ Natural de la ciudad de Santiago.

ya gobernador de Valdivia y de Concepción, y había hermo­seado esta capital de las plazas de la frontera con obras públicas, entre las cuales, una estatua fuente de bronce que elevó en la plaza Mayor habría perpetuado su memoria, si el mar no se la hubiese llevado sin dejar ni siquiera vestigio de ella, en la inundación de 1657. Mientras gobernó, se dedicó especialmente a dar fomento a la agricultura, a las fábricas y al comercio, hallándose el reino en una completa paz de tregua de hostilidades, debida a la muerte de Mizque, en parte, y en parte a los últimos escarmientos que habían experimentado los araucanos, y que los habían obligado a apellidar por la paz.

Pero repentinamente, le llegó aviso de que habían nombrado por toqui general sucesor de Mizque a uno de sus guerreros más acreditados, llamado Calicheuque, y que éste se disponía a hacer sus pruebas reuniendo combatientes para entrar en campaña. En vista de este aviso, Montero pensaba ya en salirle al encuentro, cuando llegó parte a Santiago del arribo al puerto de Concepción de don Ángel de Pereda¹⁰⁴, nombrado nuevamente por el virrey de Perú al gobierno interino de Chile, y renunció, como era natural, a su proyecto.

El nuevo Gobernador, caballero del hábito de Santiago y oficial experimentado y acreditado en Flandes, fue, en efecto, reconocido por el cabildo de Concepción el día 22 de mayo. Llevaba de Lima trescientos cincuenta soldados y el situado; pero las lluvias empezaron a caer tan abundantes que ni se pensó en guerra, y poniendo a sus tropas en cuarteles de invierno, se fue él mismo a invernar y a darse a reconocer en Santiago, formalidad que tuvo lugar por parte del Cabildo y de la Audiencia el día 30 de junio. Inútil sería el añadir que pasó por Maipo, y que se halló allí con la diputación, el caballo y la silla que le esperaban para llevarle a la casa de campo, y desde allí a la capital.

Es a saber que el virrey de Perú era entonces don Diego de Benavides y la Cueva, conde de Santisteban, el cual se hallaba penetrado de que para alcanzar la paz se necesitaba pasar por buenos sucesos de guerra, y que para conseguir éstos, eran necesarios medios. Por esta razón, estaba muy dispuesto a conceder todo cuanto estuviese en su mano para llegar al fin deseado, y no sólo dio por de pronto al gobernador Pereda el situado y los trescientos cincuenta hombres con que llegó a Concepción, sino que envió inmediatamente tras de él otros dos transportes con doscientos más cada uno, y trescientos mil pesos para gastos de guerra. Por una fatalidad, uno de estos buques se perdió sobre Itata, y lo que fue más sensible, se ahogaron ciento cuarenta y siete soldados y toda la tripulación del barco. El gobernador Pereda dio parte inmediatamente de este triste acontecimiento al Virrey, y éste hizo cuanto pudo para reparar aquel desastre, enviando otros doscientos hombres y más caudales¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Los escritores de aquel tiempo llaman *Peredo* a este Gobernador, y dicen era de *Queveda*, principado de Asturias. Era, sin duda alguna, todo lo contrario, es decir, *Pereda* y *Quevedo*, que existen aún como nombres de familia y de lugar, en dicho principado.

¹⁰⁵ Según la máxima que hemos adoptado como racional, a saber, que es más fácil ignorar que inventar, anotamos este hecho sin salir garantes de que no sea algo exagerado. El total de hombres en-

Es muy probable que la reedificación de muchas plazas que los españoles fueron restaurando poco a poco con su invencible perseverancia empezó entonces; porque muy difícilmente había podido verificarse en la larga serie de adversidades y contratiempos de la que hasta ahora no hemos salido, a no ser durante los últimos buenos sucesos del mando de Porter Casanate. De todos modos, se levantaron los fuertes del Pino y de San Pedro, al otro lado del Biobío. Ya hemos visto restauradas las plazas de Buena Esperanza y Talcamávida, y al fin fueron reconstruidas las de Colcura, Arauco, Tucapel, Yumbel, Nacimiento, Santa Juana, Purén, Toltén, Repocura y San Cristóbal. Sin duda alguna, el conde de Santisteban había llegado a su virreinato de Perú impregnado del espíritu más que caballeresco, romanesco de su rey Felipe IV, el cual cuanto más perdía de los vastos dominios que había heredado más grande se creía¹⁰⁶. Los refuerzos que el conde de Santisteban enviaba continuamente a Chile eran tan considerables como costosos, puesto que mandaba ir a buscar hombres a mil leguas, hasta Quito, y cada uno, puesto en Lima costaba al real erario sobre doscientos cincuenta pesos.

El gobernador Pereda tenía un fondo de religión ciertamente muy laudable, pero poco común en militares¹⁰⁷, y su primer pensamiento fue el restablecimiento de casas de conversión y de misiones. Era igualmente modesto y desconfiado de sí mismo, y mantuvo el consejo militar compuesto de doce vocales, fundado por su antecesor. El empleo de maestre de campo general lo dio a don Ignacio Carrera, y el de sargento mayor, a don Juan de las Ruelas. El bizarro Luis de Lara continuó de comisario general. Sin embargo, de los deseos que tenía el actual Gobernador de trabajar por la paz, vio muy luego que para alcanzarla tendría que conquistarla. Los araucanos habían nombrado por sucesor de su ya muerto toqui general Mizque, a otro guerrero afamado, llamado Colicheuque, y éste quería cuanto antes hacer sus pruebas. El pretexto de queja que tenían los araucanos era el establecimiento de las plazas de Lota y de San Pedro. Bien que digamos pretexto, en rigor se podría considerar como verdadero motivo, en atención a que podían invocar los artículos de paz estipulados en tiempo del P. Luis de Valdivia de los cuales los principales eran: el Biobío por línea divisoria entre araucanos y españoles. Es verdad, que después de la paz de Baides en Quillín, y sus diferentes ratificaciones, algunas parcialidades habían pedido la reedificación de las antiguas plazas españolas; pero era por su propio interés y protección contra los demás naturales que aborrecían el dominio español.

Sea como fuere, ofuscados de la reconstrucción de las citadas plazas, juntaron una división de dos mil hombres, se atrincheraron sobre la cuesta de Villagra y empezaron a insultar el territorio de Lota, mientras les llegaban más fuerzas. El

viados en esta ocasión por el conde de Santisteban a Chile, según este dato, habría sido de novecientos cincuenta hombres, y nos parece excesivo en las circunstancias.

¹⁰⁶ Apenas perdió Portugal, tomó el título de Felipe *el Grande*, ocurrencia que inspiró a los franceses, cuyo carácter risueño ríe hasta de ellos mismos, el dicho agudo: “que el rey de España era como un agujero, puesto que cuanto más le quitaban, más grande se hacía”.

¹⁰⁷ Figueroa asegura que este Gobernador pasaba siete horas cada día en oración mental y rezada.

primer pensamiento del Gobernador fue interceptarles las comunicaciones e impedir que les llegasen refuerzos, y para eso, dio dos mil hombres a don Ignacio Carrera para que fuese a atacarlos, con advertencia y orden de ocupar el paso del Chibilingo. En efecto, la retirada del enemigo era por este punto, y por allí mismo podían venirles refuerzos. Empezó Carrera su movimiento a principios de enero de 1663¹⁰⁸.

Lo primero que tenía que hacer era enviar una columna al paso de Chibilingo para cortar la retirada al enemigo, e impedir la venida de refuerzos. Si lo hizo o no, luego lo veremos. Entretanto, llegó al frente de la posición que ocupaban los araucanos y empezó a subir la cuesta, no por la vía trillada, sino por otra más inmediata al mar, a los lados de la cual los indios habían puesto uvas y frutas para despertar la golosina de los españoles, y distraerlos. Sin duda, las trincheras enemigas no estaban muy en alto, ni el declive debía de ser muy pendiente, puesto que la caballería podía cargar en el descenso. En efecto, la vanguardia española se vio súbitamente cortada por un trozo de caballos araucanos que la separaron por el flanco derecho del cuerpo de batalla, sin poder detener su ímpetu ni con una verdadera tempestad de fuegos, ni con una masa erizada de picas. Esta hábil maniobra de los araucanos puso en desorden las filas españolas. La batalla estaba perdida, y se hubiera perdido sin remedio, si el maestre de campo Carrera, con admirable serenidad, no hubiese mandado al capitán de caballería don Alonso de Córdoba y Figueroa¹⁰⁹, el cual se hallaba de retén, que cargase a escape por el flanco con su compañía. El capitán Figueroa obedeció con prontitud y con tan impetuoso arranque, que a su vez puso en desorden a los araucanos, los cuales se retiraron con tanta precipitación que atropellaron un destacamento de su infantería que llegaba para sostenerlos.

Así rehechos y animados, los españoles quisieron aprovecharse de la ventaja que tenían y penetraron con el mismo arranque en el recinto del campo enemigo. El primero que pasó el foso fue un inmortal soldado cuyo nombre, como suyo o de algún otro héroe, es célebre en la historia, y pocos hay que no conozcan el nombre de *Farfán*. Los enemigos, puestos en fuga, se arrojaron por la falda del monte que cae sobre Arauco para salvarse por el paso del Chibilingo. Si la columna que Carrera había mandado establecerse sobre dicho paso se hubiera hallado allí, ni un solo araucano se habría salvado; pero el paso estaba libre, y cuando llegó el capitán Juan Muñoz con tropa de Yumbel para cubrirlo, ya era tarde. Este capitán fue agriamente reconvenido por su tardanza, y se disculpó con que no había recibido órdenes, excusa mal digerida por los escritores, puesto que si no hubiese recibido órdenes, no habría llegado allí ni tarde ni temprano. Su excusa habrá sin duda sido que las recibió demasiado tarde¹¹⁰.

¹⁰⁸ No hemos hallado más exactitud que ésta en ningún escrito.

¹⁰⁹ Este capitán fue mi padre, dice Figueroa, y a él le fueron debidas la victoria de aquel día y sus felices consecuencias, como consta del testimonio auténtico, que obra en mis manos, ante el corregidor Sotomayor de Concepción, firmado por testigos de vista.

¹¹⁰ Hemos visto una sumaria información en defensa de este capitán –asegura Figueroa– de la cual resulta que Muñoz no había recibido órdenes, y que por ser hora de pleamar, el Chibilingo sólo

La pérdida de los enemigos fue de quinientos hombres, entre los cuales se halló el cuerpo de su toqui Colicheuque. La de los españoles, casi ninguna. Como casi siempre sucedía en estas acciones, hubo algunos episodios entre los cuales citan el de un español a quien un araucano había arrancado por el pelo de la silla de su caballo y se lo llevó. Un tirador que lo vio le hizo tan buena puntería, que derribó al enemigo muerto de su caballo, y salvó al pobre cautivo.

Después de esta victoria, don Ignacio Carrera penetró a fuego y a sangre por todas las parcialidades de Arauco hasta obligar a los naturales a pedir la paz, la cual les fue concedida, como se verá en el siguiente capítulo.

se podía pasar a nado. Que Figueroa añada a la palabra órdenes, la palabra a tiempo, y la excusa se comprende. La de la subida de la marea es poco diestra.

CAPÍTULO XXVI

Paz. Actividad, buen gobierno y religiosidad del gobernador Pereda. Asistencia que dio a las casas de labranza. Repoblación de San Bartolomé de Gamboa. Otro gobernador llega por Buenos Aires. Se hace reconocer y empieza a ejercer en San Luis de Cuyo. Pasa a Mendoza, y desde allí envía orden al maestre de campo Carrera de apoderarse del mando, quitándoselo a Pereda. Marcha éste a Santiago donde se ve perseguido por un preboste que tiene orden de prenderle. Quiere Pereda evitar este ultraje, y se rompe una pierna al saltar la cerca del convento de San Francisco. Puede marchar a Valparaíso y de allí a Lima. Le procesan, se justifica, le rehabilitan y va de gobernador a Tucumán, donde fallece. El gobernador Meneses va por Mendoza directamente a Santiago. Su brillante reconocimiento. Da gracias por él al Cabildo. Carácter y prendas de este Gobernador. Perspectiva.

(1663 - 1664)

Jamás habían visto los chilenos gobernador que fuese, con el celo y valor que tenía Pereda, tan bondadoso y religioso como él. En este último punto, era un verdadero cura rezando siete horas al día, y con todo eso ningún ramo quedaba desatendido en su administración. Lejos de eso, luego que accediendo a las súplicas de los indios (los cuales todos, de los Andes al mar, le pidieron la paz), los satisfizo y los dejó sosegados, volvió sus ojos a lo interior español y se puso a vivificarlos. Los caseríos se hallaban, por decirlo así, despoblados, las tierras de labrantío, en un lastimoso abandono; y para poblar los unos y hacer fructificar los otros, llamó por bando labradores, les dio tierras, ganados e instrumentos aratorios, y en breve tiempo, campos poco había desiertos anunciaron la existencia en ellos de trabajadores laboriosos, prometiendo la recompensa de su trabajo en abundantes cosechas. Todos estos adelantos, hechos a costa del erario, debían serle reintegrados en abasto de carnes y granos para el ejército.

Tras esta reparación de males causados por los desastres de la guerra, otra no menos interesante bajo otro aspecto llamó su atención, y ésta fue la de purgar el suelo del obispado de Concepción (que por fin respiraba libre de tantos males como le habían afligido) de gente ociosa y vagabunda, obligando a todos los que no tenían oficio a tener uno, bajo severas penas. En una palabra, cada cual tenía que decir, llegado el caso, con qué vivía o subsistía. En todas sus acciones este Go-

bernador daba muestras incontestables de la rectitud de su juicio; de la bondad de su corazón, y del vigor de su justicia.

Tranquilo por la parte exterior de la frontera, y satisfecho del aspecto que tomaba insensiblemente lo interior del reino, Pereda pensó en reunir los infelices dispersos de la ciudad de San Bartolomé de Gamboa y en restituirles aquella tierra de promisión levantando la ciudad arruinada, satisfacción que ha debido tener, aunque, a la verdad, no la haya disfrutado mientras tuvo el mando superior de Chile, por cosas y causas increíbles y que luego veremos. Con este pensamiento (porque pensar y ejecutar para Pereda eran dos movimientos en uno, no obstante sus siete horas canónicas de rezo), con este pensamiento, decíamos, envió a don Ángel de Saldías y a don Alonso García de la Peña acompañados por don Basilio de Rojas con doscientos hombres para proteger los trabajadores en caso necesario, y hecho el acopio necesario de maderas y otros materiales, se puso mano a la obra; pero, como acabamos de decir, no tuvo el gusto de verla concluida siendo gobernador¹¹¹. Además de esto, trasladó la plaza de Conuco a Yumbel; fortificó los pasos del río de Laja por Tarpellanca y el Salto, y mandó levantar la plaza de San Cristóbal.

¿Qué podía haber hecho Pereda con su pureza de costumbres, con su largueza, y con su celo infatigable? No lo sabemos; pero de repente, llega otro gobernador, don Francisco de Meneses, por Buenos Aires; continúa éste su viaje a Chile, y en San Luis de Loyola se da a reconocer, toma posesión del mando y desde Mendoza escribe para que el gobernador Pereda entregue inmediatamente el suyo al maestre de campo Carrera, y la presidencia del real tribunal de Santiago, al oidor decano Solarzano. Uno y otro se hizo sin la menor resistencia de su parte, y no teniendo ya qué hacer en Concepción, se fue a Santiago.

Mientras tanto, su sucesor llegaba a pasos largos reprobando y despreciando cuanto veía, y una vez en Concepción, despachó a un preboste para que se asegurase de la persona de Pereda. Marchó el preboste; pero el Gobernador desposeído, que era querido de todos en Chile, recibió aviso, aunque bastante tarde, del hecho, y fue a refugiarse en el convento de San Francisco, cuyas puertas se hallaban ya cerradas por ser de noche. Viéndose sin asilo, Pereda apeló al ánimo, más por salvar el decoro del empleo ultrajado que por él mismo, y queriendo saltar por el muro o cerca del convento, se rompió una pierna. Este accidente aumentó el escándalo y el sentimiento. El Cabildo y la ciudad de Santiago manifestaron abiertamente el verdadero pesar que les daba un acontecimiento tan extraordinario e inexplicable. Justamente en aquel instante se hallaban los cabildantes abrumados de quehaceres y cuidados; fiestas por el nacimiento de don Carlos de Austria, príncipe de Asturias; inquietud por una nueva peste que afligía al vecindario, y hasta impertinencias de las monjas clarisas de la Cañada, que muraban una calle para aumentar la

¹¹¹ Por más que Carvallo asegure que la repoblación proyectada se realizó por septiembre de 1663. Por lo demás, adoptamos sin reparo que la ciudad haya sido dedicada al Ángel de la Guarda sin desposeer a san Bartolomé de su patronaje especial, aunque sea bastante singular esta composición con los santos.

extensión de su convento; y, en fin, el reconocimiento del nuevo Gobernador con el acostumbrado aparato. Pues con todo eso, aun halló medios y modo el ilustre y generoso cabildo de Santiago para tomar una parte sensible en la desgracia del digno gobernador Pereda. La Real Audiencia, por su lado, le honró con la expresión viva de los mismos sentimientos, y uniéndose cordialmente al Cabildo, comisionó a un oidor para que fuese con el alcalde enviado por los capitulares para acompañarle en su marcha, pasando por Chillán para ver en qué estado se hallaba la reedificación de su querida ciudad San Bartolomé de Gamboa¹¹². Llegó por diciembre a Concepción y se embarcó para Valparaíso, desde donde fue a Lima. Procesado allí, salió puro de toda mancha, y el Rey le mandó dar el gobierno de Tucumán, que conservo hasta su muerte¹¹³.

La tropelía de Meneses le hizo odioso de antemano en el reino de Chile, tan odioso como su antecesor, víctima de su inconsideración y altanería, era amado de todos por sus virtudes y su carácter angelical, que en nada perjudicaban ni a su tino militar, ni al acierto de sus medidas de gobierno. Pero es preciso confesarlo; como luego veremos, Meneses era uno de los generales más beneméritos, y fue uno de los gobernadores más felices en sus providencias ya militares ya administrativas. Su carácter atropellado será un feo lunar en las páginas de su historia; porque fuera de este defecto, grande sin duda en hombres destinados a llenar empleos que piden imperiosamente dignidad; fuera de este defecto, decíamos, Meneses ha recibido prodigalidad de dones de la naturaleza, y era lástima que ésta le hubiese rehusado uno tan esencial como lo es el don de gentes.

Este Gobernador¹¹⁴ contaba treinta años de servicio en Flandes, Milán, Nápoles, y, en la misma península española, en Cataluña; y tenía el grado de general de artillería, circunstancia que añadía mucho prestigio a su representación. Ya hemos dicho que se había dado a reconocer en la provincia de Cuyo, en San Luis de Loyola, y que de allí había pasado a Mendoza¹¹⁵, desde donde nombró de *gobernador de las armas* del reino de Chile a don Ignacio Carrera. Los diputados del cabildo de Santiago salieron el 7 de enero siguiente para ir a cumplimentarle a Mendoza mismo, desde donde le acompañaron hasta la casa de campo; y los capitulares todos le fueron a buscar allí, el 20. El reconocimiento de este Gobernador fue tan

¹¹² Por lo que dice Carvallo que al irse, dio Pereda fianza de 32.627 pesos y 5 reales, debidos a la caja del veedor general, se colige, en fin, el motivo de su persecución, motivo que anuló, como ya se ha dicho.

¹¹³ El proceso de don Ángel de Pereda, ex gobernador de Chile, el cual no se ha de confundir con el corregidor del mismo nombre de Paucarcolla, de quien dicen Jorge Juan y Ulloa en su viaje al mar del sur, que murió en 1665 en el motín de los vizcaínos y montañeses de su provincia; el proceso del ex gobernador, decimos, duró mucho tiempo, y fue sentenciado por la real audiencia de Santiago de Chile, a donde volvió Pereda en mayo de 1668, según lo asienta el ayuntamiento de la capital, en acuerdo de 5 de mayo. En marzo de 1670, tomó el gobierno de Tucumán donde murió, y todos los escritores asientan que exhumado siete años después, su cuerpo estaba no sólo intacto sino, también, sin la menor rigidez cadavérica.

¹¹⁴ De origen portugués.

¹¹⁵ En los primeros días de diciembre 1663.

espléndido, que dos días después se presentó en el consistorio para dar gracias al Cabildo del esmero y ostentación con que le habían honrado en su recibimiento. No pudiendo ser aun apreciado por su mérito, y, lejos de eso, habiendo dado el primer paso en falso, no se comprende este exceso de honra, a no ser que fuese porque llevaba de España un refuerzo de trescientos buenos soldados, y una real cédula en la cual el Rey igualaba los méritos y servicios del ejército de Chile a los del de Flandes, y la consideración y prerrogativas de los individuos de aquél, a las que se concedían a los de éste. A la verdad, con esta real cédula iba otra poniendo en libertad a los indios cautivos, y prohibiendo que se cautivasen otros en lo sucesivo, de ninguna de las tres especies de cautiverio, a saber: prisioneros en acciones de guerra; niños cautivados en correrías y que permanecían en cautiverio hasta la edad de veinte años; y, en fin, los verdaderos esclavos vendidos por sus padres o parientes.

Notemos al terminar este capítulo con la perspectiva del estado del reino, que Pereda lo había dejado en paz; que había elevado algunos fuertes en puntos que pedían vigilancia, y que la ciudad de San Bartolomé de Gamboa en Chillán estaba ya casi a punto de recibir a sus antiguos moradores.

CAPÍTULO XXVII

Los indios se alarman con la noticia del carácter de Meneses. Nombran por sucesor de Calicheuque al guerrero Udalebi, y éste nombra por su vicetoqui a Calbuñancú. Reúnen tropas y toman posición sobre la cuesta de Villagra. Va a desalojarlos Carrera y los bate. Con esta noticia el Gobernador prolonga su mansión en Santiago. Oportunas medidas de su administración. Regresa a Concepción. Marcha hostilmente por medio de las tierras enemigas. Levanta la plaza de Purén y el fuerte de Virhuenco. Pone de comandante, en la primera, a Luis de Lara con trescientos hombres, y en la segunda, al capitán Paredes con setenta. Los jefes araucanos molestan inútilmente la de Purén. Retíranse y se atrincheran en el lago de Butaleubú. Va a desalojarlos Lara y es batido y herido. Apenas curado, vuelve a salir y vuelve a ser batido. Se hace con aliados. Va con ellos a orillas del Cautín y conquista ganados. Quieren los indios cortar la retirada y los bate. Udalebi da una sorpresa a la plaza de Purén y es rechazado. Él mismo sorprendido, batido y muerto sobre el río de los Sauces. Igual suerte de su Vicetoqui sobre el Quepe. Regresa Lara triunfante a su plaza. Sorpresa del fuerte de Virhuenco por Aguelipi. Su castigo.

(1664 - 1665)

Los araucanos, al oír como el gobernador Pereda, que ellos mismos conocían por un ángel de paz y de bondad, había sido expulsado del gobierno por su sucesor, pensaron que éste no podía menos de ser el genio personificado de la guerra y de la discordia, y se prepararon para lo que podía suceder. El puesto de toqui general estando vacante por la muerte de Colicheuque, los butalmapus le dieron por sucesor otro guerrero tan conocido por su arrojo como por su sagacidad estratégica, llamado Udalebi, y éste nombro por vicetoqui a otro cuyo nombre era Calbuñancú. Estos dos jefes quisieron mostrarse dignos de la confianza que tenían en ellos sus compatriotas, y reuniendo un cuerpo de ejército, cuya fuerza numérica no hallamos mencionada, tomaron posición en la misma cuesta de Villagra, de donde poco había, los habían desalojado los españoles causándoles bastantes pérdidas.

Noticioso el gobernador de armas Carrera de esta novedad, marchó a la cabeza de suficientes fuerzas con rapidez y oportunidad; atacó la posición, que fue defendida con tanto denuedo y tesón como atacada; hubo una reñida batalla, largo

rato indecisa, y al fin, las armas españolas triunfaron arrojando a los araucanos del alto de Villagra con muerte de muchos. En cuanto a los españoles, sólo perdieron siete hombres.

Cuando la noticia de esta acción de guerra llegó a Santiago, el Gobernador, que no tenía antecedente alguno de semejante suceso, estaba para marcharse a Concepción, y el Cabildo, en cuerpo, había ido a su palacio a rogarle difiriese su partida, en atención a que había asuntos bastante graves que reclamaban su presencia en la capital. No viendo motivo urgente para no condescender a los deseos del Ayuntamiento, Meneses continuó su mansión en Santiago durante algunos meses y en este tiempo dio pruebas de previsión y de celo con sus providencias administrativas. En primer lugar, mandó vender los empleos de regidor que habían sido comprados por la ciudad, aumentando sus rentas con su valor. Estableció carnicerías. Prohibió la exportación del sebo tan necesario en el país. Prohibió igualmente la del oro y de la plata sellados. Despachó dieciséis mil fanegas de trigo a Concepción para el ejército, y mandó hacer provisión de catorce mil más para el año siguiente. Nombró un visitador general para que vigilase la exactitud de los encomenderos en cumplir con lo mandado en favor de los indios de sus respectivas encomiendas¹¹⁶, a saber, que no los agobiasen a fuerza de trabajo, y que no les faltasen en ninguna de las asistencias a que tenían derecho.

El 20 de diciembre, salió el Gobernador para Concepción, y el 30, ya estaba acuartelado en la plaza de Yumbel. El primer pensamiento que le vino allí, en vista de que los araucanos no manifestaban intenciones pacíficas, fue el de levantar la plaza antigua de Purén, abandonada desde 1624, y para ejecutarlo, entró por las tierras enemigas con mil seiscientos hombres, españoles y auxiliares, a fuego y a sangre. Cuando creyó haber hecho suficientes estragos para no dejar duda a los naturales de que si querían paz los españoles no era porque temiesen la guerra, se concentró en Purén, en el mismo punto en donde existía la antigua plaza, y dando inmediatamente orden para empezar las obras, se puso él mismo con sus propias manos a animar a los trabajadores, cooperando al trazado del recinto. Tanto empeño formó y tanto hizo, que en pocos días se vio con sorpresa la plaza de Purén en pie, como si nunca hubiese dejado de existir. El intrépido Lara, de Santiago, fue nombrado gobernador de ella, con mucho escozor de algunos oficiales, que conociendo su loca valentía, veían en su nombramiento una fuente perenne de riesgos y peligros, y algunos lo manifestaron así a Meneses; pero el Gobernador, para quien el noble defecto de Lara era la mejor recomendación, persistió, tomando la precaución de sujetar sus determinaciones a un consejo de oficiales experimentados¹¹⁷. Entendemos por consejo, aquí, un consejo puramente consultativo, porque

¹¹⁶ Real cédula de 27 de junio de 1662.

¹¹⁷ El número de doce personas, como dice Figueroa, ni de doce oficiales, como dicen Pérez-García y otros, no es admisible. En la plaza de Purén quedó una guarnición de trescientos hombres, y los doce vocales del consejo no podían ser otros más que los seis capitanes de las tres compañías (suponiendo dos, primero y segundo, en cada una); y sus seis tenientes, en la misma suposición. Por consiguiente, los subalternos habrían sido los jefes de su jefe, que no hubiera podido hacer nada sin su aprobación. Además, semejante consejo hubiera sido defectuoso y vicioso en el hecho mismo de ser tan numeroso.

si era razonable moderar con reflexiones bien apoyadas el ardor impetuoso del jefe, habría sido absurdo el que no pudiese obrar sin la aprobación de sus subordinados.

No satisfecho enteramente con la reconstrucción de la plaza de Purén, Meneses mandó levantar otra en Virhuenco, en la falda de la cordillera, y la llamó San Carlos, en honra del príncipe de Asturias. Ésta recibió una guarnición de sesenta hombres, mandados por un capitán que era Pedro Paredes. Si el pensamiento de levantar la de Purén fue bueno, el de construir esta última fue funesto como luego veremos. Después de algunas correrías, el Gobernador volvió a Concepción. Luis de Lara quedó el héroe del teatro de la guerra y se portó como tal. Su infatigable actividad y su impertérrito corazón hacían surgir acciones debajo de tierra, bien que algunas no le fuesen favorables.

Los jefes araucanos Udalebi y Calbuñancú conocían perfectamente el carácter arrojado del comandante de la plaza que tanto les ofuscaba, levantada a sus barbas en su propio territorio; porque uno y otro eran justamente de Purén; e hicieron cuanto pudieron para irritarle, a fin de obligarle a hacer una imprudente salida, puesto que tenían fuerzas décuplas, y planes bien concertados para exterminarle a él y a todos sus españoles. Luis de Lara pateaba y se consumía viéndose, por decirlo así, con las manos atadas, no por la voluntad del consejo, que tenía que oír sino, por sus justas reflexiones, al cabo de las cuales se hallaba siempre la inevitable y perentoria de hacerle responsable de los desastres infalibles que acarrearía su temeridad. En efecto, los araucanos no pretendieron nunca, en los infinitos ataques que le dieron, tomar la plaza, sabiendo muy bien cuánto les costaría, sino el sacar su guarnición a campo raso; y por eso, no atacaron nunca con grandes fuerzas, dejando creer a los sitiados que no tenían allí más. En un asalto final, padecieron o simulaban haber experimentado tan gran descalabro, que descamparon súbitamente. Lara quiso salir a perseguirlos sin descanso; pero sus consejeros le representaron que su retirada podía ser una treta, y el ardoroso santiaguino se cruzó los brazos con despecho.

Por su parte, el consejo, en general, y cada miembro en particular, no podían disimularse que tenían una misión muy desairada si la habían de llenar perpetuamente con medidas de prudencia, teniendo a cada instante a raya el ímpetu generoso de su comandante. Ya empezaban a experimentar cierta cortedad en su presencia, como si interiormente sintiesen que su autoridad se hacía ridícula, cuando recibió Lara aviso de que los araucanos se habían establecido y atrincherado sobre el lago de Butaleubú, a donde les debían llegar refuerzos para volver a la ofensiva con más éxito. Sin entrar en consejo con nadie, Lara mandó tocar botasilla, formar y salir de la plaza doscientos cincuenta hombres; se puso a la cabeza, y marchó intrépido al enemigo. No obstante, al aspecto de sus trincheras, conoció que se había apresurado demasiado, y que no tenía bastante gente para tanta empresa; pero ya era tarde. Dispuso su columna de ataque; despachó por delante a los tiradores, y se arrojó, él a la cabeza, sobre el campo araucano; y esto era justamente lo que los enemigos buscaban después de tanto tiempo.

Fortuna fue para los españoles que, a su vez, los araucanos se apresuraron también demasiado saliendo con furia de sus trincheras y no dejándoles duda de que

iban a ser exterminados si no concentraban poderosamente su resistencia. Así lo hicieron, y empezaron a retrogradar paso a paso con los tiradores y dos pedreros a la cabeza, unos y otros sin tirar hasta que los enemigos estuviesen bastante cerca para no perder un solo tiro. En el primer arranque los araucanos habían llegado hasta las bocas de las armas de fuego, y los más avanzados habían caído muertos entibiando, sin duda alguna, el ardor de los que les seguían, no en un orden muy cercado y riguroso. Los españoles habiendo vuelto a cargar su armas –los que habían tirado– prosiguieron su retirada recibiendo un diluvio de proyectiles, de uno de los cuales fue herido el valiente Lara. Este accidente, por de pronto, desalentó un poco a sus tropas; pero la reflexión de que era preciso salvarlo a toda costa les dio un verdadero coraje. Viendo que el enemigo no se acercaba bastante para abrasarlo, los tiradores y los pedreros en un orden maravilloso arrancaron a su frente, e hicieron una descarga tan bien aprovechada que le obligaron a un alto durante el cual se replegaron y se pusieron en la misma actitud. Por fin, al cabo de una larga retirada, en la cual perecieron muchos españoles, llegaron a verse bajo la protección de la plaza los demás y volvieron a ella salvos con su bizarro comandante, que idolatraban, bastante gravemente herido.

No hay mal que por bien no venga, y, aunque los más de los refranes sean cosa tan necia como desmazalada, éste se halla aquí muy en su lugar con respecto a Lara; no porque su herida le hubiese hecho más cauto, sino porque acababa de convencerse de que su intrépido corazón necesitaba un guía menos presuroso que su volcánica cabeza. Soportó, pues, su mal con muchísima paciencia, y gracias a su sana encarnadura, no tardó demasadamente en verse en estado de volver a buscar su desquite; pero aún no le salió la cuenta, y dos o tres veces fue todavía batido con pérdida, siendo todo lo que la historia puede decir sobre este particular, por no haber creído conveniente los croniqueros contemporáneos el cansar la paciencia de los lectores con detalles poco interesantes, sin duda. Es verdad que las felices consecuencias del valor y de la perseverancia del héroe santiaguino los llamaban a prisa. Pero no anticipemos.

No obstante sus derrotas repetidas, Lara consiguió el hacerse con nada menos que seis mil aliados de los naturales, y con ellos y parte de los suyos emprendió una marcha tan rápida y tan oportuna sobre el Cautín, que hizo una captura considerable de ganados. Los naturales, sorprendidos, no supieron o no pudieron resistirle; pero volviendo en sí, se reunieron con la prontitud que les era habitual y le quisieron cortar le retirada. Con esto ya había contado Lara, y así marchaba, por decirlo así, sobre aviso, con las más minuciosas precauciones militares; de suerte que uno de sus descubridores diseminados alcanzó a ver, probablemente sin ser visto, una fuerte emboscada, de la cual se apresuró a dar aviso a sus jefes. En vista de esto, el comandante español destacó una columna ligera para que por un rodeo les fuese a caer sobre la espalda, mientras él marchaba de frente con el mayor aparente descuido. Llega a la altura de la asechanza y continúa, llevando todos sus tiradores el arma preparada, de modo que haciendo medio giro a la derecha, no tenían más que tirar para matar. Salen los indios de repente con un espantoso aullido y se arrojaron a los españoles, los cuales los reciben serenamente y los sacrifican a boca

de jarro, mientras que la columnita destacada los carga por detrás aturdiéndolos en tal manera que no pensaron ya más que en huir dejando muchos prisioneros, y cien hombres muertos.

Regresó, pues, triunfante Lara a su plaza de Purén, y empezaba apenas a disfrutar con algún sosiego, aunque sin descuido, la satisfacción de una legítima venganza satisfecha, cuando inesperadamente, la misma noche de su regreso, ve la plaza tan amenazada por escalada que un gran número de enemigos se habían introducido en ella para abrir la puerta a los demás. El caso fue que Udalebi, digno rival del héroe chileno en coraje y ardor, picado de no haber podido atajar a éste en su expedición sobre el Cautín, juzgó que debía tener necesidad de descanso a su vuelta, y que ciertamente no contaría con un ataque tan pronto. En efecto, sin haber sido precisamente sorprendidos, los españoles no esperaban por semejante asalto, el cual fue tan súbito, tan impetuoso y bien combinado, que no hubo tiempo en la plaza para tomar las armas un minuto de antemano.

Sin embargo, la crisis no fue larga, bien que los primeros enemigos que entraron hubiesen hecho ya la puerta pedazos para abrir a los suyos. Ya éstos habían empezado a entrar y habían cogido a cuatro o seis españoles que desaparecieron entre los enemigos como si la tierra los hubiese tragado. Pero, en su furor, los araucanos no atendían a guardar un orden regular de combate, y la estrechez de la puerta les hubiera obligado, en todo caso, a romperlo momentáneamente. En este instante crítico Lara fue el que tuvo más frescura entre todas las cabezas frías de la plaza. Mientras que los enemigos se agolpaban, habiendo ya muchos dentro, una descarga horrenda a metralla los arrojó a fuera con más prisa de la que habían tenido para introducirse, y muy luego no quedó ni uno de ellos en lo interior, a no ser los que habían muerto.

No pudiendo pensar razonablemente en seguirlos, el valeroso comandante puso en pos de ellos a tres o cuatro de los indios fieles, de los cuales había muchos; todos los que tenían sus familias con los españoles, y en general, los que eran más inmediatos a la frontera eran de fiar. Sin esto, la mayor parte de los acontecimientos serían más que inexplicables, casi milagrosos. Como lobos o zorras, estos naturales seguían sin perder de vista a los araucanos batidos, deteniéndose cuando ellos se detenían, y desapareciendo, al menor ruido que percibían, en las matas, zarzas y desigualdades del terreno. A la mañana siguiente, volvió uno de ellos y aseguró a Lara que Udalebi con los suyos se dirigía al río de los Sauces, y que una de las escuchas que habían salido de la plaza había proseguido observándolos, mientras él volvía a dar parte de la dirección que había tomado.

Sin perder un solo instante, Lara manda formar una columna, se pone a su frente y marcha en la misma dirección con su indio, enviando a otros, aparejados con españoles, por delante y por los flancos, y llevando todos sus soldados raciones para ellos y pienso para los caballos. Anduvieron todo aquel día y la mayor parte de la noche sin más descanso que el necesario para tomar sustento, y al amanecer del siguiente día, cayeron de improviso sobre el campo de Udalebi, que con quinientos de los suyos descansaba de la pasada refriega, distante de pensar que otra más ardua se le preparase tan de cerca. La prudencia y la frescura de Lara en esta

sorpresa se igualaron a su arrojo. Los araucanos cruelmente despertados huyeron en dispersión como si un poder sobrenatural los persiguiese; pero no todos pudieron salvarse; más de cien quedaron allí muertos, y entre ellos su jefe Udalebi; y, por mayor dicha, los seis españoles arrebatados de la plaza de Purén el antevíspera, fueron rescatados.

Pero el vicetoqui Calbuñancú no se hallaba allí, y por algunos prisioneros, Lara supo que éste estaba acantonado sobre el Quepe. La ocasión era propicia si sabía aprovecharla antes que Calbuñancú recibiese aviso de la derrota y muerte de su General. La tropa y los caballos estaban rendidos, a la verdad; pero en la tardanza había peligro, y Lara, sintiéndose inspirado, se dirigió sobre el Quepe, luego que sus soldados hubieron tomado algún descanso. Esta resolución no era más arriesgada que la precedente de ir de la plaza de Purén a la orilla del río de los Sauces, y el feliz éxito que había tenido la primera pedía un corolario, a saber la derrota del Vicetoqui. Así sucedió. La intrepidez de Lara hacía vanos los peligros. Llenos de confianza en él, sus soldados le siguieron seguros de alcanzar otra victoria, y diciendo que si el ejército poseyese dos Laras, la guerra se habría acabado ya mucho tiempo había.

Dicho y hecho, al anoecer del día siguiente, llega uno de sus auxiliares escuchas a decirle que se avistaban fuegos. Lara manda hacer alto y va él mismo a observar. Vuelve, rodea su campo de escuchas, y da descanso a su tropa, sin pensar que él mismo lo necesitaba tanto como el que más. Al cabo de cuatro o cinco horas, sus soldados descansados y animosos, se formaron, se pusieron en marcha sin tambor ni trompeta y midieron también la distancia, que al punto de rayar el alba, se echaron sobre los araucanos e hicieron en ellos una carnicería espantosa. El mismo Calbuñancú quedó muerto. No quedándoles nada más que hacer allí, los españoles regresaron a su plaza de Purén con noventa prisioneros.

Se observa ya en estos detalles cierto desmayo en la resistencia de los naturales. Ya no se ven aquellas juntas numerosas, ni aquellos arranques furiosos y pertinaces que no dejaban ni un solo instante de tregua a las armas españolas. Sin embargo, mientras el gallardo Lara salía victorioso de sus repetidas empresas, hubo que deplorar por otro lado un suceso muy funesto. El capitán Paredes, que, como hemos dicho, mandaba con sesenta hombres el fuerte de Virhuenco, levantado a la falda de la cordillera, tenía mucha confianza en el cacique Aguelipi de Quilaco, el cual se manifestaba muy ufano de la honra que le hacía el oficial español, y cultivaba su amistad con buenos oficios continuos que no le permitían a Paredes dudar del apego y de la lealtad de dicho cacique. Éste, pues, ofuscado, como la mayor parte de los suyos, de la erección del fuerte de Virhuenco, y persuadido de que la astucia es tan legítima como la fuerza, se fue un día a pedir al capitán Paredes doce soldados para operar una sorpresa sobre los pehuenches, sus vecinos, que le molestaban demasiado. Creyendo que sería cosa de muy poca importancia, Paredes se los dio y Aguelipi se los llevó; pero tan pronto como se vio con ellos bastante lejos del fuerte, les mandó dar muerte con mucho sigilo, y dos días después volvió con supuestos prisioneros pehuenches, puesto que los hombres y mujeres que presentó a Paredes eran habitantes de su localidad. Al verle llegar tan triunfante, el incauto

comandante español salió a recibirle, le tendió la mano, se empezó a entretener con él, y mientras tanto, el pérfido Aguelipi hizo una señal, salió a ella una masa de guerreros, y éstos se apoderaron del comandante y de su fuerte.

Don Alonso de Córdoba y Figueroa corrió, tan pronto como supo este acontecimiento, a salvar, si posible era, a los españoles; pero ya llegó tarde, y no halló más que cadáveres. No pudiendo resucitarlos, se creyó oportuno vengarlos, y el maestre de campo Ariza marchó con todos los rigores de la guerra por medio de las comarcas vecinas a la cordillera, y se manejó con tanto éxito que cogió prisionero al traidor Aguelipi. Con esta buena presa, volvió a la plaza de Buena Esperanza, a donde llegó muy luego orden del gobernador Meneses, para dar no sabemos qué muerte o martirio al culpable, pues sólo vemos que su castigo fue espantoso.

CAPÍTULO XXVIII

El tremendo castigo de Aguelipi amedrenta a los araucanos. Piden la paz. Concédela Meneses. Rehenes. Pasa triunfalmente con ellos a la capital. El maestre de campo Carrera levanta la plaza de la Encarnación en Repocura. Muerte de Felipe IV. Advenimiento de Carlos II. Funerales. Funciones y regocijos. Amores de Meneses. Contrae matrimonio sin real licencia. Sus tropelías. Enemistades. El veedor general intenta matarlo, y yerra el tiro. Asechanzas del Gobernador contra la vida del maestre de campo la Carrera. Su salvación.

(1665 - 1668)

Sin poder decir qué género de muerte dieron los españoles a Aguelipi, puesto que no hallamos detalle alguno sobre este ejemplar, vemos que los araucanos sobrecogidos, empezaron a clamar de todas partes por la paz; pero el gobernador Meneses se mostraba tan irritado que mandaba encarcelar y maltrataba cruelmente a cuantos mensajeros indios llegaban a pedírsela. Por esto se ve evidentemente cuánto se había amortiguado en ellos aquel ardor guerrero, y aquella sed de represalias y venganzas de cuyos terribles actos abunda tan tristemente esta historia. En la coyuntura presente, ni se atreven a quejarse del excesivo rigor del gobernador español. Lejos de eso, a cada nueva que les llega de su terrible enojo se quedan más y más aterrados, en términos que ya ningún cacique se atrevía a insistir en pedirle ni paz ni perdón. Al fin, un guerrero, por nombre Aillacuriche, se atrevió a enviarle mensajeros con las más rendidas súplicas para que perdonase yerros pasados, y escuchase el propósito firme que tenían de hacérselos olvidar por su conducta futura. Cuando estos enviados se presentaron, sin querer oírles, Meneses los mandó poner en un calabozo, y, no satisfecho con esto, mandó llamar a su presencia a Lincopichión, cacique aliado, al cual impuso la obligación de traerle, vivo o muerto, al guerrero Aillacuriche, so pena de caer él mismo bajo su resentimiento si no se lo entregaba en el término de veinte días.

Salió el infeliz Lincopichión trémulo y muy desconfiado de poder cumplir el duro mandato del Gobernador. En efecto, luego que había visto la mala acogida hecha a sus enviados, Aillacuriche juzgó con mucho acierto que lo que quería Meneses era tenerle en su poder, y procuró ponerse a salvo y al abrigo de asechanzas. Los tiempos estaban muy cambiados, y ya se habían pasado aquéllos en que, en seme-

jante caso, hubiesen los araucanos reunido un ejército e ido a buscar a los españoles, en lugar de esconderse de ellos. Lincopichión buscó al proscrito lo mejor que pudo, sin comunicar con nadie la ardua y difícil misión que tenía; pero por más que hizo, no pudo hallarle, ni averiguar dónde se ocultaba. Los veinte días, término y plazo concedido por el iracundo Meneses, se pasaron, y no viendo aparecer a Lincopichión, mandó al capitán Fontalba fuese inmediatamente a asolar sus tierras. Marchó Fontalba, pero no halló un solo individuo en la parcialidad de Lincopichión, porque éste, advertido a tiempo, se había puesto bajo la protección de los mismos españoles, acogiéndose con todos sus vecinos y administrados a la plaza de San Carlos de Austria, para no dejar la menor duda acerca de su fidelidad.

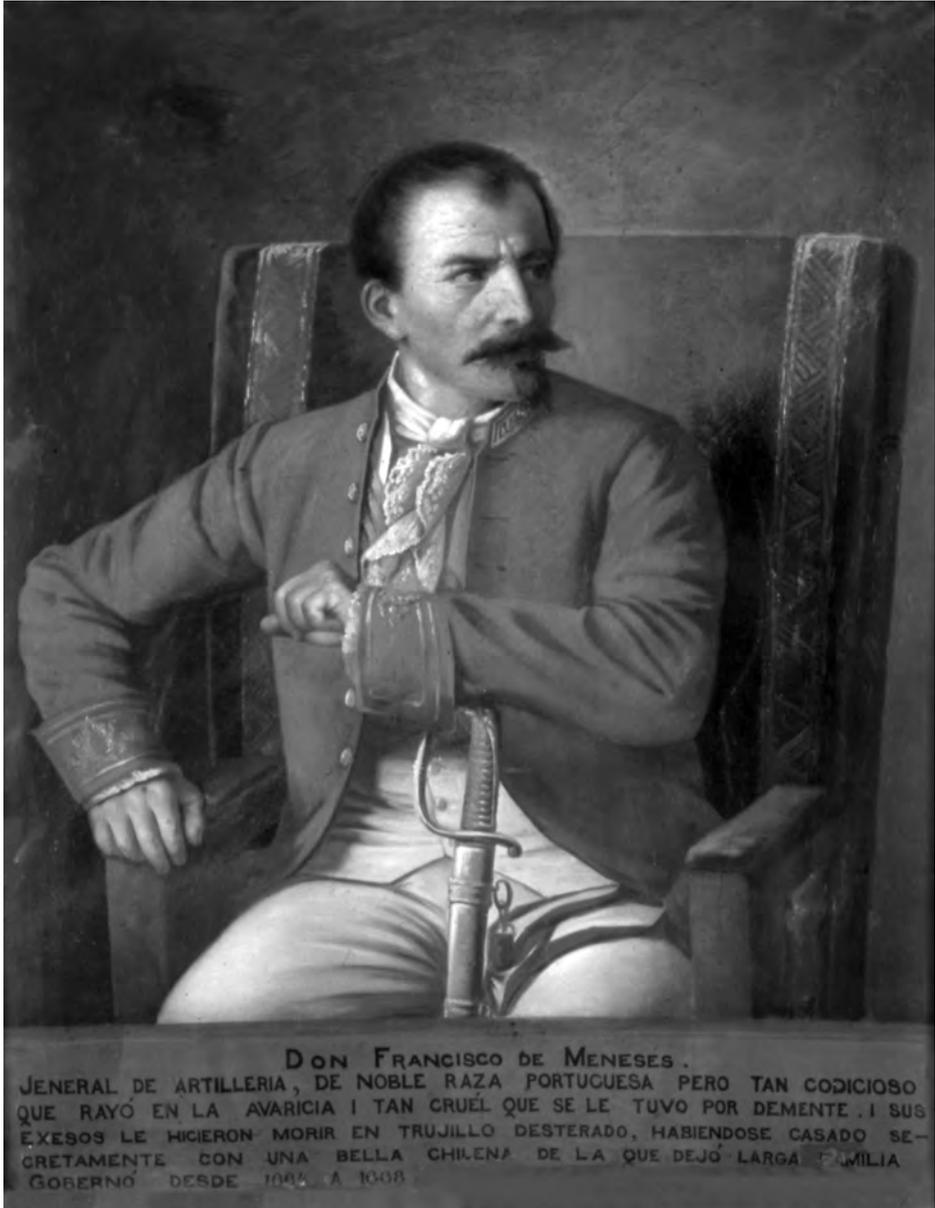
Este rasgo de agudeza y de seso de Lincopichión produjo el efecto que él esperaba. Los españoles mismos expusieron al Gobernador la lealtad y buena fe de este cacique, con la imposibilidad material de dar cumplimiento a una orden inejecutable tal vez con un ejército, si el proscrito persistía en huir y ocultarse. Meneses no pudo menos de reconocer la verdad, y se quedó, sino contento, callado, y aun creyó deber aprovechar de una tabla que en aquel instante le presentaron los jesuitas intercediendo por los infelices vencidos, ya rendidos e incapaces de resistirle, para poner a cubierto el desaire de la impotencia de satisfacer sus arranques coléricos. Concedió, pues, un salvoconducto y los jesuitas mismos fueron a buscar y trajeron a su presencia los embajadores o plenipotenciarios de la paz. Viéndolos sumamente sumisos, se templó un poco su humor altivo y altanero; pero aun no pudo desistirse enteramente de él, pidiendo, ante todas cosas, gajes y rehenes de la fidelidad de los naturales a las condiciones bajo las cuales iba a concederles esta paz.

Los enviados declararon que se hallaban autorizados y prontos a obedecer en cuanto exigiese de ellos. Un poco ablandado con esta respuesta, les pidió cuatro jóvenes de los principales de Arauco, y otros tantos del estado de Tucapel, los cuales, desde el momento en que le fuesen entregados, le habían de acompañar y seguir por todas partes, hasta que él los dispensase de esta obligación.

No teniendo nada que oponer ni responder a esta exigencia, los enviados araucanos se prestaron a todo lo que el Gobernador quiso, y la paz quedó reconocida, a lo que parece, sin más parlamento ni solemnidad, pero no menos cierta, puesto que el 4 de agosto Meneses da parte de ella y del feliz estado de las cosas del reino al cabildo de Santiago¹¹⁸, citando la particularidad de los rehenes que había exigido, y que ya estaban en su poder. Parece ser que el carácter altanero del Gobernador se gozaba en la posesión de los ocho jóvenes araucanos, cuyo séquito le hacía pasar por todas partes con una especie de marcha perpetuamente triunfal, y no tardó en presentarse con ellos en la capital, a donde llegó el 2 de octubre y donde permaneció sólo hasta el 17 de diciembre.

Mientras tanto, el Gobernador de las armas Carrera, hombre activo y de un profundo juicio, viéndose con facultades de operar como le pareciese en ausencia de Meneses, quiso aprovecharse de ellas y dio un paseo militar hasta Repocura donde

¹¹⁸ La confirmación de estos hechos se halla en una carta del mismo Cabildo al Rey, fecha del 12 de diciembre de 1665, copiada en su libro 3°, folio 6.



DON FRANCISCO DE MENESES.
JENERAL DE ARTILLERIA, DE NOBLE RAZA PORTUGUESA PERO TAN CODICIOSO
QUE RAYÓ EN LA AVARICIA I TAN CRUEL QUE SE LE TUVO POR DEMENTE. I SUS
EXESOS LE HICIERON MORIR EN TRUJILLO DESTERADO, HABIENDOSE CASADO SE-
CRETAMENTE CON UNA BELLA CHILENA DE LA QUE DEJO LARGA FAMILIA.
GOBERNÓ DESDE 1082 A 1088

levantó la plaza de la Encarnación con tanta celeridad, que nadie quería creerlo, y que el mismo Gobernador, después de haber dudado de la verdad del hecho, como otros muchos, se puso celoso contra Carrera, cuando se vio forzado a reconocerla. Este hecho, al parecer, de tan poca importancia, ha sido fecundo en resultados dignos de curiosidad, y por eso creemos hacerlo notar muy particularmente.

Pero antes de hablar de estos acontecimientos, otros de mayor importancia piden nuestra atención. El 18 de abril de 1666 llegó a Concepción la nueva de la muerte del Rey, y Meneses tuvo que volver a la capital donde pasó casi todo el resto del año y el siguiente en fiestas por el advenimiento de un nuevo monarca, después de haber hecho fastuosas honras fúnebres al difunto. Felipe IV había muerto el 8 de febrero de 1665, y sus funerales se hicieron en Santiago de Chile a principios de enero de 1667. Tras de los funerales, vinieron la jura y las funciones del rey Carlos II, niño de cinco años y tres meses y días, y en ellas, el avasallador Meneses se vio avasallado por una deliciosa chilena¹¹⁹, que triunfó con su virtud de los innumerables asaltos que le quiso dar su amante como conquistador más bien que como adorador rendido. No pudiendo vencer su entereza, Meneses se determinó a poseer su tesoro de felicidad por el medio legítimo del matrimonio, y se casó sin real licencia, prefiriendo exponerse a las consecuencias de esta irregularidad que padecer el largo tormento de la espera de una respuesta de la Corte. Tal vez se lisonjaba también de que el secreto con que se había hecho la ceremonia quedaría ignorado el tiempo necesario para que le llegase la real sanción antes que se supiese. Pero Meneses olvidaba que su carácter altanero y sus cualidades poco sociales le habían acarreado muchos enconos y enemistades, y pronto vio que sus esperanzas no habían sido otra cosa más que falaces ilusiones.

El 25 de febrero salió de Santiago para Concepción donde se mostró doblemente engreído de su poder y de su felicidad íntima, como si rebosase a pesar suyo la medida de su circunspección por su propio interés. Al punto en que llegó a la frontera empezó a chocar con las personas que tenían más derechos a ser tratadas por él con miramientos. El gobernador de armas Carrera; el veedor don Manuel Pacheco, el contador Cárcamo y el tesorero Valladares, todos éstos recibieron de su parte graves motivos de resentimiento. Como episodios puramente personales, la historia hubiera podido dejar estas particularidades en olvido; pero no puede omitirlas por haber influido mucho en los acontecimientos que pusieron fin al gobierno de Meneses. Es de advertir que, además de hallarse en una posición falsa y crítica por su clandestino matrimonio, este Gobernador no estaba enteramente exento de tachas bastante aparentes como administrador; y lo más extraño es que él mismo no lo ignoraba, puesto que obraba con destreza para disimularlas a los ojos de los demás.

En efecto, Meneses era interesado y, lo que más es, bajamente interesado, puesto que usaba de ardidés para satisfacer esta innoble pasión, indigna del alto puesto que ocupaba en el reino de Chile y de su carácter de Gobernador. Cierta-

¹¹⁹ Juana Catalina Bravo, hija de don Francisco Bravo de Saravia, el cual –contra el parecer de Molina– no era aún marqués de la Pica. Pérez García.

mente, por ejemplo, no había que temer que su ejército padeciese falta alguna, ni que el más ínfimo de sus individuos tuviese que quejarse de no haber recibido a su debido tiempo prest, vestuario y asistencia; pero su fuerza real y existente era de muchísimo inferior a sus presupuestos. Los comisarios y contadores lo sabían, mas no se atrevían a hacer constar estas diferencias, bien que fuesen onerosísimas para el real erario, viendo, sobre todo, el esmero que ponía el Gobernador en tener siempre todo el ejército satisfecho, desde el maestro de campo hasta el último soldado, premiando el mérito, evitando injusticias y haciéndose verdaderamente querer de todo él. Sin embargo, tan grande llegó a ser la diferencia entre los presupuestos generales y las fuerzas efectivas, que el veedor general don Manuel Pacheco, oficial tan exacto y desinteresado como el Gobernador lo era poco, no pudo menos de poner algunos reparos en certificar ciertas operaciones, y con ellos encendió la ira de Meneses como si hubiese puesto fuego a una mina. Enfurecido al ver que su inferior osaba comprobar sus actos administrativos, el imprudente Gobernador hizo ruido, y el ruido se esparció con tan grave ofensa de la verdad y pundonor del mismo Pacheco, que éste perdió la cabeza y no halló más medio de satisfacción que el intentar matar al Gobernador.

El contador y el tesorero, que tenían motivos bastantes para saber de qué parte se hallaba la razón y que no podía tardar en salir a las claras, aconsejaron a Pacheco usase de paciencia y frescura, pero en vano. El resentimiento del veedor era tan vivo y profundo, que puso premeditación en su venganza, y calculando que le sería más fácil el satisfacerla en Santiago que en Concepción, por hallarse aquí el Gobernador naturalmente siempre rodeado de tropas, determinó esperar que volviese a la capital, y, por su desgracia esta ocasión no tardó en llegar. El 20 de abril, ya Meneses estaba de vuelta en Santiago, donde residía su hermosa mujer, y allí le esperaba Mendoza, el cual aprovechó una visita que hizo el Gobernador al hospital de la ciudad, y le hizo doce heridas, después de lo cual se refugió a sagrado¹²⁰.

Pero de nada le sirvió este refugio; al punto fue extraído y luego expuesto a la vergüenza por las calles como un loco, con el pelo, cejas y mitad de las barbas afeitadas, y en atavío afrentoso. Después de este infamatorio castigo, le pusieron en un calabozo donde le hallaron muerto una mañana, sin duda a fuerza de pesares, puesto que ninguna señal presentaba su cadáver de muerte violenta. Con todo eso, lo odioso de esta tragedia recayó sobre el Gobernador y nadie hubo que no se lo achacase; pero poco le importaba a Meneses, el cual quedó muy satisfecho de verse libre de un enemigo que habría sido formidable para él, si con paciencia y sangre fría hubiese aguardado a que llegase la coyuntura propicia a la venganza –coyuntura que no podía tardar, en vista de la conducta poco política de Meneses–, la de tomarle residencia.

¹²⁰ Este hecho lo cuenta Carvallo diferentemente, diciendo que Mendoza, o Pacheco, aguardó al Gobernador en la plaza de San Juan de Dios y le tiró un tiro, que fue errado, y que Meneses mató a un criado que acompañaba al veedor. Esta versión parece realmente más natural que la de Pérez-García; pero como éste cita al cabildo de Santiago, que en cuerpo fue a visitar a Meneses, ya curado de sus heridas en enero 1668, no hay medio de no creerle de preferencia.

En efecto, el Gobernador había acumulado sobre su cabeza tantos rencores, que no era posible que al fin no causasen su desgracia. No sólo había sido altivo y desmandado con los particulares y dependientes de él sino, también, con las autoridades y hasta con la misma Real Audiencia y con el Obispo. Sólo con el cabildo de Santiago se mantuvo siempre en buena armonía, sin duda porque no podía dispensarse de pedirle a menudo una cooperación esencial y directa en los medios de alcanzar el fin de todas las operaciones en Chile, a saber, la paz, y hasta tanto la guerra. Entre otros actos de tropelía, había cometido uno en Santiago que no se puede calificar por desusado e inaudito. La prontitud con que Carrera había levantado, fortificado y armado la plaza de la Encarnación en Repocura, había sido tal, que nadie quería creerlo, y un caballero de la capital, llamado don Juan Gallardo, acertó a decir en una tertulia que dudaba mucho del hecho. Un indiscreto que se hallaba presente contó un chisme fundado sobre esta expresión, al Gobernador, y éste, sin más averiguaciones, envió a llamar al preboste y le dio orden para que prendiese a Gallardo –persona de gran distinción– y se la llevase a caballo en una mula a Repocura para que saliese de dudas, viendo por sus propios ojos si la plaza de la Encarnación existía o no. El preboste obedeció y la tropelía fue ejecutada rigurosamente¹²¹.

Así se iba colmando la medida de las iniquidades del gobernador Meneses. Con su carácter, era moral y materialmente imposible que pudiese vivir en armonía con su teniente inmediato don Ignacio Carrera, cuyo mérito eminente, universalmente proclamado, y cuya integridad le ofuscaban. Con estas dos brillantes cualidades, Carrera tenía justamente otras dos, que son consecuencias de las primeras, a saber, dignidad y entereza. Sin embargo, por el bien del servicio, había llevado con resignación los efectos continuos del intratable carácter de su jefe, hasta que, ya no pudiendo más, perdió la paciencia y lo expuso con moderación, aunque con firmeza. Irritado, el Gobernador le envió arrestado a la plaza de San Pedro, e Iturgoyen obedeció. Pero su jefe no se contentaba con tan poco, y meditó deshacerse de él, no quitándole el empleo sino la vida. En consecuencia, dio orden para que se le forjase un proceso del cual resultó una irrisoria sentencia de muerte, y no atreviéndose a ponerla en ejecución, envió al verdugo para que la ejecutase secretamente. Dos oficiales le fueron a leer su sentencia, y Carrera la oyó sin sorpresa, pidiendo que le enviasen un sacerdote. En efecto, pasada media noche, volvieron los dos oficiales con un eclesiástico, no para hacerse cómplices del más odioso asesinato, sino para salvar al inocente entregándole a un esforzado remador que le transportó por el Biobío en una balsa a Concepción, donde fue a refugiarse Carrera al convento de San Francisco¹²². De allí, se embarcó secretamente para Lima a donde llegó felizmente.

¹²¹ Carvalho reputa como tradición vulgar, y sin fundamento, la que atribuye el sufrimiento de este acto de fuerza brutal a un oidor de la Real Audiencia.

¹²² Dejamos como inverosímil que Carrera tuvo la inútil temeridad de ir una noche a echar en cara a Meneses su atroz abuso de poder, y que el Gobernador le respondió sobrecogido: “Ya sabía yo que era vmd. hombre de honor, y sólo he querido asustarle. ¡Retírese vmd!”.

CAPÍTULO XXIX

El Gobernador de armas de Chile, Carrera, ante la real audiencia de Perú. Informes de este senado a la Reina gobernadora. Resolución de S.M. El conde de Lemos, virrey de Perú, envía un gobernador a Chile con orden de arrestar a Meneses. Arresto de este Gobernador y circunstancia notable que tuvo. Huye de la cárcel y vuelve a ser aprehendido en Mendoza. Otra nueva particularidad de este suceso. Repuesto en la cárcel de Santiago, sale por la ciudad bajo fianza. Finalizada su causa, va a Lima; el Virrey le indulta por intercesión del cabildo de Santiago, y le envía a la ciudad de Trujillo, donde falleció. Entrada del nuevo Gobernador en Santiago con refuerzos. Su marcha a Concepción. Los araucanos atacan la plaza de Tolpán. Va el Gobernador a su socorro, y los bate con muerte de sus dos jefes. Los enemigos nombran de toqui a Aillacuriche. Ataca éste a San Felipe de Arauco. Llega el Gobernador y lo bate. Asuela enseguida los llanos. Restauración de la plaza de San Felipe. Aillacuriche reúne fuerzas en Purén. Va a buscarle Dávila y bate otra vez a los araucanos. Regresa a Concepción. Recibe aviso de la llegada próxima de un sucesor. Pasa a Santiago, y de allí a Lima sin esperarle.

(1666 - 1670)

El virrey de Perú, conde de Santisteban, había muerto cuando Iturgoyen llegó a Lima huyendo de la injusticia del gobernador de Chile, y el gobierno del virreinato era ejercido por la Real Audiencia, ante cuyo tribunal Carrera Iturgoyen compareció exponiendo los motivos de su conducta, con pruebas auténticas e irrecusables. Su queja se halló corroborada y, por decirlo así, justificada por informes que dio sobre la moralidad y el carácter de Meneses un español granadino, célebre en el ejército de Chile donde había servido, el cual tenía razones, o motivos de venganza, para hacerle más odioso, si era posible, de lo que era en realidad. El gobierno de Lima, que había recibido ya los informes de la real audiencia de Santiago de Chile sobre el carácter altivo, malmirado y díscolo, así como también sobre el matrimonio clandestino de Meneses, pasó todos estos informes a la Reina gobernadora¹²³, y Su Majestad mandó al conde de Lemos, nombrado virrey de Perú, que a su llegada al virreinato hiciese justicia¹²⁴.

¹²³ Doña María Ana de Austria, segunda mujer de Felipe IV.

¹²⁴ Real cédula de 12 de diciembre 1666.

Luego que llegó y tomó posesión del gobierno del virreinato¹²⁵, el conde de Lemos mandó hacer las más eficaces y activas diligencias para apurar la materia grave de las infinitas quejas que había contra el gobernador de Chile, y hallándolas ampliamente comprobadas, resolvió quitarle el mando y formarle causa. Ya había mucho tiempo que Meneses temía y esperaba este resultado, y por lo mismo había comisionado a un capitán llamado Bolívar para que fuese a Valparaíso y se apoderase de todas las correspondencias que llegasen de Perú, y le diese, además, parte con oportunidad de cuantas naves arribasen a aquel puerto, con la misma procedencia, y de las señas correspondientes para saber el objeto de su viaje, nombre y calidad de pasajeros. Con todo eso, su precaución, esta vez, no le fue de utilidad alguna. Bolívar quedó un día arrestado a bordo de un buque que había ido a visitar, en cumplimiento de su misión, y en el cual llegaba don Diego Dávila, marqués de Navamorquende, nombrado de gobernador de Chile. Sin hacer más ruido, el Marqués envió inmediatamente poderes a Santiago al general Silva para que le diese a reconocer al Cabildo, y a don Martín de Ariza para que hiciese lo mismo en Concepción, con encargo especial de asegurarse de la persona del Gobernador.

El 20 de marzo, a medianoche, convocó Silva el Cabildo; a la una y media, ya estaba reconocido el nuevo gobernador, en la persona de su apoderado, y algunos momentos después, Meneses se vio arrestado. Pero aquí, sucedió un caso peregrino de venganza, el cual el más cristiano corazón no se siente fuerzas para condenarlo.

Como hemos dicho, Meneses era querido del ejército, y no faltó quien fuese a despertarle a mitad de la noche del 20 al 21 de marzo para que se pusiese a salvo, anunciándole la gran novedad que ocurría. Se vistió el proscrito Gobernador apresuradamente, montó a caballo y salió para Concepción donde estaba seguro de hallar defensores. Y en verdad, este caso estaba tan previsto, que el Virrey había encargado mucho a Dávila no intentase valerse de la fuerza, si hallaba resistencia a la simple ejecución de oficio de las órdenes que llevaba. Era ésta una sabia previsión; porque si Meneses hubiera conseguido llegar a Concepción con intento de resistir o desobedecer, probablemente habría sido difícil, sino imposible, el prenderle. Pero la Providencia es muy aguda. Los lectores no han olvidado, sin duda, el rasgo algo más que militar de Meneses, cuando envió al preboste a prender al ciudadano Gallardo de Santiago, y llevárselo caballero en una mula a Repocura para que no le quedase duda sobre la existencia de la plaza de la Encarnación. Gallardo, pues, sujeto tan discreto como bien criado, percibió sin dificultad cuán inútil le sería quejarse de este acto, y aparentando reírse él mismo del chasco, como cosa muy divertida, juró entre sus dientes que no se le olvidaría tan pronto. En efecto, llegó la ocasión oportuna de recordarlo, y mientras Meneses volaba en un buen caballo, camino de Concepción, Gallardo volaba aún más velozmente en otro mejor para alcanzarle, y le alcanzó. Pero aquí finaliza la caridad cristiana con la venganza de Gallardo, el cual, olvidando la nobleza de su cuna y de sus principios (según dicen algunos autores), hizo un abuso bajo de ella propasándose a forzar a su cautivo a

¹²⁵ Noviembre de 1667.

volver con las manos atadas en un ruin caballo, ruinmente arreado, y a exponerle por las calles de Santiago a la mofa de un populacho resentido y poco mirado.

Para concluir con el desgraciado Meneses y con el triste episodio de su terrible caída, diremos, que puesto en una cárcel mientras le formaban causa por todos los trámites lentos y humillantes de la justicia, aún se sentía soberbio y esperaba. Ya había año y medio que ejercitaba su paciencia en esta penosa situación, cuando, cansado de soportarla, determinó fugarse y lo logró. Cómo lo consiguió, no se sabe, y poco importa; tenía mucho dinero y esto bastaba para tener éxito en más difíciles empresas que la de adormecer un carcelero. Al fugarse, sus proyectos eran irse por Buenos Aires a España, y en efecto, se dirigió por la cordillera; pero su ausencia se descubrió demasiado pronto; le persiguieron y le alcanzaron en Mendoza, por más que quiso refugiarse y esconderse en las iglesias. Habiendo caído de nuevo en manos de la justicia, sus aprehensores le llevaron de nuevo a Chile, y en este regreso, por una maravillosa disposición de la Providencia, su predecesor en el mando del reino, el angelical don Ángel Pereda, que iba a tomar posesión del gobierno de Tucumán, después de haber padecido tantas persecuciones de parte de Meneses, se cruzó con él. Pero el conductor de este último era hombre de sentimientos y tuvo la delicada atención de ocultar a su prisionero apartándole del camino para dejar pasar a Pereda sin que le viese.

Reintegrado en su cárcel de Santiago, el juez de su causa le mandó poner un par de grillos; pero a pocos días salió en libertad por la ciudad bajo fianza, hasta que, concluido su proceso, lo condujeron a Lima a presencia del Virrey, el cual habiendo recibido cartas (en diversas épocas) del cabildo de Santiago en su favor, le indultó, y le envió a Trujillo donde murió¹²⁶.

El granadino Zerpa, que en Lima había corroborado la acusación de Meneses (hecha por Carrera Iturgoyen ante la Real Audiencia) a la hora de la muerte, que sucedió algún tiempo después, aunque antes de la de Meneses, la retractó, y tal vez esta retractación no contribuyó poco a la lenitud con que, en final, fue tratado el ex gobernador de Chile, cuya conducta había sido bastante desgraciada para que no se necesitase sobrecargarla con inútiles calumnias¹²⁷.

Volviendo al conde de Navamorquende que había llegado a Valparaíso para desposeer a Meneses y mandar en su lugar, recibió luego en este mismo puerto

¹²⁶ Con respecto a este desenlace, existe un debate entre Figueroa y Carvallo, en cuyo debate las pruebas militan en favor del segundo de estos escritores. En efecto, por la fecha del despacho de Dávila –Lima, 1 de enero de 1668– y por la del de su sucesor Henríquez, Madrid, 21 de agosto del mismo año, se colige que Meneses no ha sido reintegrado en el mando, como pretende Figueroa.

¹²⁷ El granadino Zerpa era un hombre formidable de talla, de audacia y de talento. El motivo porque se hallaba en Lima, siendo individuo del ejército de Chile, fue –según dice Carvallo en una de sus notas– que habiendo dado muerte por celos a otro español natural de Valladolid, le cortó la mano derecha y la clavó a la puerta de la Audiencia con un rótulo en que se delataba a sí mismo en estos términos: “Yo Matías Zerpa, porque me agravió”. Perseguido por este asesinato, había huido a Perú donde últimamente le cogieron. Llevado a Valparaíso, y puesto en la cárcel, rompió sus grillos, se fugó y tomó asilo. De suerte que poco a poco el horror que inspiraba se amortiguó, y le dejaron casarse con la misma mujer que había sido causa u origen del asesinato.

la diputación que le envió el cabildo de Santiago para acompañarle a la casa de campo, y en la entrada en la capital, para la cual le había comprado un caballo de setecientos pesos. Según la fecha con que el Cabildo acordó enviarle la diputación de bienvenida, y la de su salida de Santiago para Concepción, el nuevo Gobernador debió de llegar a la capital por el mes de abril. Lo primero que hizo, luego que quedó reconocido de Gobernador del reino y de presidente de la Real Audiencia, fue enviar a Carrera (que ya había vuelto de Perú a Concepción) un refuerzo que traía de cuatrocientos hombres, y un nuevo nombramiento para él de maestre de campo general. Enseguida, hizo justicia reponiendo en sus empleos al oidor Solarzano, al contador Cárcamo y al tesorero Valladares, depuestos por la violencia de su predecesor. El 11 de mayo pasó a despedirse del Cabildo y a pedirle mil caballos, que le fueron concedidos; y el 3 de agosto dio aviso de Concepción de haber llegado a esta capital de la frontera.

Es muy de notar que de los cuatrocientos soldados que el Gobernador entrante había despachado de Santiago a Concepción, todos, menos ciento cincuenta que había traído de Lima, eran dispersos del ejército de Chile, dispersos porque el gobernador Meneses daba licencia a cuántos se la pedían para irse a donde quisiesen. Es decir, que, aunque ausentes, contaban en los presupuestos bajo las banderas. Esta perspectiva que halló a su llegada el marqués de Navamorquende no le dejó duda de que tendría mucho que hacer para restablecer la disciplina sin grandes choques; pero no por eso puso menos su principal intento en este primer objeto de un jefe esencialmente militar. Llamó al maestre de campo Carrera y al sargento mayor Córdoba y Figueroa, y habiéndoles expuesto lo que temía y lo que pensaba hacer, les pidió estados de fuerza efectiva pronta a formar; de vestuario, armamento y remonta; de plazas y sus fortificaciones, de la artillería y municiones. Todo, menos la fuerza numérica y la remonta, es preciso confesarlo, se halló en un estado satisfactorio. La falta en la remonta fue suplida con los mil caballos que supo hallar entre sus administrados el cabildo de Santiago¹²⁸.

Mientras tanto, los araucanos, que hasta entonces se habían mantenido como aletargados, despertaron de su letargo, y bajo el mando de un Agelupi y de un Aillamamil, atacaron inopinadamente la plaza de Tolpán, que no obstante la sorpresa, se defendió con valentía y los rechazó con grandes pérdidas. Es verdad que no eran más que dos mil, muy pocos para semejante empresa. En vista de esto, imaginaron que en la posición baja que ocupaba, sería cosa fácil inundarla haciendo presas en el río, y pusieron manos a la obra. Pero el gobernador español, que al primer aviso del movimiento de los araucanos se había puesto en marcha con sus tropas, llegó oportunamente sin ser sentido por decirlo así, los cogió entre dos fuegos, hizo en ellos una verdadera carnicería y tomó muchos prisioneros. Entre los muertos se hallaron los dos jefes de las fuerzas araucanas.

Viendo el riesgo de inundación a que estaba expuesta la plaza, el Marqués la mandó evacuar, y se fue con la guarnición y con el ejército a la de San Carlos de

¹²⁸ Así lo asienta Pérez-García refiriéndose al libro de acuerdos del Cabildo, y Figueroa se engañó en creer que esta corporación había aprontado esta caballería a costa de sus propios y arbitrios.

Yumbel. Después de algún descanso, fue a Paicaví; levantó la antigua plaza, fortificándola poderosamente, y le dejó cien hombres de guarnición mandados por el capitán Fabián de la Vega; y una casa de conversión dirigida por los jesuitas.

Sin embargo, los araucanos no se dieron por vencidos, y eligieron por toqui general a Aillacuriche, el mismo que Meneses hubiera querido tanto coger a discreción, y que sin el miedo que tenía a aquel Gobernador, mil veces se habría acogido voluntariamente a la paz. Aillacuriche nombró por su vicetoqui a Dudeguala, y estos dos caudillos marcharon con fuerzas imponentes sobre San Felipe de Arauco. Irritado el Gobernador con esta nueva, pasó el Biobío con dos mil españoles y auxiliares y los batió por segunda vez completamente. A lo menos, a falta de otros detalles y datos, tenemos el de la carta del cabildo de Santiago, fecha 18 de enero de 1669, en que esta corporación da gracias al marqués de Navamorquende por el bien que ha hecho a Chile con su venida, y le felicita de sus victorias repetidas.

Después de haber conseguido éstas, el Gobernador no podía dispensarse de castigar a los demás indios a fin de que supiesen que no bastaba el estar lejos del campo de batalla para ahorrarse sus resultados, y no diesen la mano a continuos levantamientos; y lo hizo entrando a fuego y sangre por los llanos, y llevándose muchos prisioneros y ganados. Tras esto, marchó a Purén y reforzó aquella plaza. Desde allí, fue a desalojar el fuerte de Imperial y con su guarnición reforzó el de Repocura. De vuelta por la costa, fundó en el valle de Tucapel el de San Diego, el cual sirvió tantos años para dominar a los naturales de Calcoimo, Ilicura, Raguinque y Paicaví.

De Tucapel marchó a Arauco donde levantó una verdadera fortaleza sobre las ruinas de la antigua, dejando el mando de ella al maestre de campo Carrera, y hecho esto, ya se disponía a regresar a Concepción cuando recibió aviso de que lejos de haber escarmentado, Aillacuriche reunía numerosas fuerzas en su cuartel general de Purén, y marchó contra él. Los araucanos vieron llegar al ejército español y se mantuvieron firmes presentándole la batalla, la cual, bien que no se conozcan sus detalles, debió de ser, sin duda, reñida y ruidosa, puesto que Dávila juzgó el suceso digno de un mención particular comunicándolo al cabildo de Santiago, del cual recibió en respuesta, con fecha de 14 de junio, nuevas gracias, parabienes y felicitaciones. Por fin, se retiró a Concepción, donde, a poco tiempo, recibió aviso de la llegada de un sucesor.

En este relevo inesperado ha habido algún misterio capaz de picar la curiosidad¹²⁹. El gobierno del marqués de Navamorquende fue llamado el *arco iris* de la paz del reino de Chile, y en efecto, fue justo, útil y próspero. Sin embargo, con la noticia de que un sucesor va a relevarle, sale de Concepción el 21 de enero, sin decir que se va para no volver, y asegurando que va a Santiago, donde por entonces no puso los pies, puesto que se fue en derechura a Valparaíso, remitiendo sólo el despacho en favor de don Diego González Montero que se hallaba en Concepción, al presidente de la Real Audiencia. Sería muy posible también que no hubiese en

¹²⁹ Tanto más cuanto Alcedo ha omitido el poner el nombre del Marqués en su diccionario americano.

este hecho más que un acto de amor propio del Virrey, conde de Lemos, que no queriendo que su pariente se rebajase a prestar residencia, imagino nombrarle un sucesor interino antes que llegase el propietario enviado por la Corte, a fin que se retirase con anticipación a Lima.

De todos modos, ya el cabildo de Santiago le preparaba un brillante recibimiento, cuando supo por el presidente de la Audiencia que el Marqués iba directamente a Valparaíso, y que sin duda ya debía haber llegado allí. En efecto, esto era ya el 20 de febrero. Inmediatamente se reunió el Cabildo y teniendo al mismo González Montero en su silla de presidencia, acordó que fuesen a despedirle y a llevarle las más encarecidas expresiones de reconocimiento por los bienes que Chile había debido a su gobierno, al maestro de campo Lisperguer, alcalde de primer voto; y al gobernador Ahumada, alcalde provincial. De suerte que no pudo haber en esta retirada del justificado marqués de Navamorquende más que pura condescendencia, o tal vez obediencia a las órdenes del cosquilloso Virrey, conde de Lemos, su pariente¹³⁰.

¹³⁰ Según algunos escritores, Navamorquende pasó a llenar un puesto muy importante en América septentrional; pero en resumen, falleció muy luego después de su salida de Chile.

CAPÍTULO XXX

Gobierno interino del maestre de campo don Diego González Montero. Es reconocido de gobernador en Santiago. Particularidades de su reconocimiento. Su edad avanzada. Nombra de maestre de campo a su propio hijo. Marcha éste con el sargento mayor a la frontera. Precauciones religiosas del Gobernador. Accidente que le sucede al salir para Concepción. Queda suspendido su viaje, y pasa el invierno en Santiago. Entusiasmo de los santiaguinos y pena que resintieron. Muchos van a servir bajo las órdenes del maestre de campo, hijo del Gobernador. Episodio. Buena conducta militar y política del maestre de campo. Inconvenientes que encontraban sus tentativas por la paz. Los indios de Chedcuenco. El sargento mayor León. Combate perdido por los españoles. Restablecen el equilibrio de la lucha y se retiran los indios. Otros dos encuentros con recíproco destrozo. Paz. Casas de conversión. Fin del gobierno de Montero.

(1670)

Hay observaciones que no pueden ser desdeñadas, sea cual fuese su autor y su origen. La salida, por decirlo así, clandestina de Dávila de Chile, si podía haber sido motivada suficientemente por un vano antojo del Virrey, este antojo debía de tener algún fundamento. Sin causas no hay efectos. La causa, según algunos opinaron, de este capricho del conde de Lemos fue que no quiso que su pariente el marqués de Navamorquende se viese expuesto a las mismas vejaciones (de parte de el sucesor que le enviaba el Rey) que había experimentado Pereda de parte de Meneses. Con motivo o sin él, este temor del Virrey probaría que Dávila tenía un alma noble y grande como Pereda, y que, como él, había abierto alguna brecha en la tesorería del reino en favor del ejército y otras atenciones administrativas. Sea lo que fuese, es cierto que Montero se hallaba en Lima cuando el Virrey recibió el aviso del real nombramiento de don Juan Henríquez al gobierno de Chile; que en vista de él, confió el interinato a dicho maestre de campo para que partiese inmediatamente para Concepción, y, en fin, que mandó al marqués de Navamorquende regresase a Lima sin aguardar a que llegase su relevo.

Montero, como hemos visto, fue reconocido en la capital de Chile el 19 de febrero; pero sucedió entonces una novedad que debiera haber tenido lugar después de mucho tiempo, a saber le ejecución o cumplimiento de una real cédu-

la¹³¹, prohibiendo al Cabildo la compra del inevitable caballo y su silla para el recibimiento de los gobernadores. La Real Audiencia, como senado o cuerpo político, no podía menos de tener parte en la observancia de las órdenes de la Corte, y había pasado oficio al Cabildo para que en lo sucesivo cumpliera con lo mandado por la citada cédula. En cuanto al gobernador interino Montero, esta novedad debía de serle indiferente y tal vez grata, siendo como era de una de las más nobles familias de Santiago, donde había llenado el puesto de alcalde ordinario antes de haber sido corregidor de Concepción; maestre de campo; gobernador de Valdivia, y después, interino de todo el reino; pues los lectores deben acordarse de que ya en otra ocasión había ejercido el interinato del supremo mando; pero para los sucesores propietarios era una mengua de ostentación que podía lisonjearlos muy poco. Lo que hubo de más notable en el recibimiento de González Montero fue que la Real Audiencia le reconoció por su presidente, desmintiendo así todos sus antecedentes, puesto que no había reconocido a ningún interino provisional, nombrado eventualmente por el Virrey; pero esta extrañeza puede atribuirse a una consideración particular por los largos y buenos servicios de Montero, y por su avanzada edad.

Lo primero que hizo fue nombrar a su propio hijo, don Antonio Montero del Águila, maestre de campo general; y de sargento mayor, a don Felipe León, enviándolos sobre la marcha a la frontera con encargo especial de que no emprendiesen ninguna operación militar sin haberla decidido en un consejo de guerra. El 13 de marzo, se presentó a despedirse en el Cabildo, pidiendo con la fe de un buen cristiano, y tal vez, de un cristiano que ve acercarse el fin de su carrera, que se votase por protectora de sus armas a la Santísima Trinidad, cuyo retablo había traído de Valdivia, y había colocado en el altar mayor de la iglesia de los jesuitas. El Cabildo se prestó gustoso, y con la autorización del Obispo, hubo una función religiosa tan majestuosa, que excedió tal vez a la pompa de un día del *corpus*. Sin duda, el recurso, en todos casos, al poder divino es un gran apoyo; pero el invocarlo extraordinariamente y sin necesidad urgente indica debilidad, y tal era el caso presente. González Montero ya no se hallaba en estado de servir activamente, y en efecto, al salir para Concepción, en el acto de montar a caballo, cayó y se rompió una pierna, según unos; y, según otros, experimentó un accidente que le tuvo inánime durante cuarenta horas. Luego que volvió en sí, insistió en querer marchar a la frontera; pero el Cabildo le expuso que era una temeridad inútil, sobre todo a la entrada del invierno, y consintió en quedarse.

Este acontecimiento causó un pesar general; en primer lugar, porque Montero era muy querido; y además, porque era el primer gobernador chileno, como fue el último. El entusiasmo que había excitado en Santiago su nombramiento era tal, que una numerosa y brillante juventud se había alistado para ir a campaña bajo sus órdenes; pero con su accidente la alegría general se cambió en tristeza, y el arranque de sus conciudadanos se quedó parado. Sin embargo, aun hubo muchos que, no pudiendo seguir al padre, puesto que no iba, se fueron a guerrear bajo las órdenes del hijo, que, como queda dicho, había sido nombrado maestre de campo.

¹³¹ 2 de agosto de 1663.

Otro episodio interesante de aquel momento, y que prueba cuán vigilante y celoso estaba el senado chileno por la conquista, como puramente española sin ninguna mezcla extranjera, fue el nombramiento que dio de capitán el Gobernador a un bizarro soldado francés cuyo mérito eminente quiso premiar con el mando de una compañía. Al punto en que lo supo la Real Audiencia mandó a su fiscal, León y Escobar, formar oposición a dicho nombramiento, que debía de ser considerado como una peligrosa innovación. Escobar fue primero a tratar éste asunto confidencialmente con el Gobernador, que mantuvo lo resuelto. En vista de esta determinación, el fiscal formalizó su oposición; pero Montero la declaró por un acto pueril, sosteniendo que los servicios del soldado francés debían y merecían ser tan recompensados, y aun más, que si fuese español. Este incidente no tuvo por entonces más resultado; pero al año siguiente, llegó un pliego de la Corte aprobando las miras celosas de la Real Audiencia, y mandando quitar el empleo al militar francés.

En la frontera, el maestre de campo Montero obraba con el mayor acierto siguiendo fielmente las órdenes de su padre. Los primeros pasos que dio fueron para atraer Aillacuriche y los suyos a la paz; pero sus amonestaciones tenían un contrarresto en los consejos perversos de una multitud de malhechores y hombres perdidos, que descarriados bajo el gobierno de Meneses, se habían pasado a los indios, sólo con el fin de vivir como ellos vivían, es decir, entregados sin freno a los más brutales desórdenes. No obstante, el maestre de campo negociaba con éxito. Aillacuriche y los suyos se manifestaban muy dispuestos a acogerse a la paz. Ya los conversores jesuitas volvían al ejercicio de su santo ministerio. Sin embargo, los indios de Chedcuenco, que se habían manifestado tan deseosos de la paz como los demás, aparecieron con fuerzas y con actos hostiles en las inmediaciones de las plazas de Purén y Repocura. El sargento mayor León salió con caballería bastante, pero con poca infantería, y fijándose en Chedcuenco mismo, empezó a hacer batidas por los contornos, y esto era justamente lo que habían calculado los chedcuenqueses. Al punto en que le vieron lejos, cayeron de golpe y numerosos sobre la infantería española, cuya corta fuerza numérica hacía imposible la defensa. Con todo eso, los españoles se defendieron como hombres desesperados al arma blanca, y mezclados con los enemigos en la mayor confusión, y sin orden alguno de combate, vertían y hacían verter arroyos de sangre.

Sin embargo, y a pesar de la sorpresa, algunos tiradores habían hecho fuego, y, al ruido, había vuelto el sargento mayor León a escape al socorro de su infantería; pero le fue imposible el rehacerla, y ya él mismo iba a ser envuelto, cuando algunos esforzados españoles tuvieron el acierto de entrarse en un bosque y de atacar a los indios por la espalda. No obstante, la acción duró aún dos horas, y si los indios se retiraron, lo hicieron más bien como triunfantes que como vencidos. Lo cierto es que, si perdieron ellos setecientos hombres, como lo aseguraron los españoles, éstos perdieron a lo menos trescientos, entre los cuales pereció el capellán de la expedición, que era un religioso de la Merced. Sobre todo, las consecuencias inmediatas de los nuevos encuentros muy sangrientos de parte y

otra¹³², prueban que no habían padecido un gran descalabro los araucanos en el precedente.

Lo más cierto e importante en estas confusiones fue, que la paz se restableció entre las dos naciones con bastante solidez para que unos levantasen y los otros aceptasen las casas de conversión dirigidas por los jesuitas.

En este estado de cosas, el ilustre santiaguino recibió una muy amable carta de su sucesor, anunciándole desde Lima su próximo viaje a Chile; y bien que se anunciase ya la primavera, renunció a todo ulterior proyecto¹³³. Entre otras grandes satisfacciones que tuvo durante su gobierno, gozó la de asistir, el 3 de octubre, a la de la inauguración de la nueva y magnífica iglesia de la catedral que se concluyó en su tiempo.

¹³² Es caso extraño que, hablando de estos dos encuentros, cuyo campo de batalla ningún escritor señala (aunque ya se colige que no podía ser lejano del precedente), unos digan que los españoles mataron 250 indios en el primero, y 60 en el segundo; al paso que otros aseguran que ellos mismos tuvieron estas dos mismas cantidades de muertos. No hay duda en que uno de los copistas ha confundido matar con morir, o viceversa.

¹³³ El gobernador González Montero debía de estar muy adelantado en años, puesto que había casi cincuenta que había sido alcalde de la ciudad de Santiago. Su hijo don Antonio, a la sazón maestre de campo, fue dos años después corregidor de la misma capital; el segundo, don Diego Montero del Águila, fue obispo de Concepción, y hasta hoy, así como lo hemos hecho notar en otro lugar, el ilustre nombre de Montero es tan conocido como considerado en todo el reino.

CAPÍTULO XXXI

Gobierno de don Juan Henríquez, limeño y caballero del hábito de Santiago. Su llegada a Concepción. Noble porte del cabildo de Santiago. Entrada del Gobernador en campaña. Ratificación de la paz con los indios. El gobernador de Valdivia pide socorro contra un pirata inglés. Va el socorro y queda prisionero el pirata con algunos de los suyos. Son enviados a Lima. Suerte posterior que tuvieron. Regresa Henríquez a Concepción. Pasa informes a la Corte. Su viaje a Santiago. Motivos que tuvo para no aceptar la generosidad de los capitulares que le habían comprado silla y caballo a su costa. Su reconocimiento, y regocijos públicos. Beatificación de Santa Rosa de Lima. Alarma causada por el Virrey a Santiago. Medidas a que dio lugar. Reforma de abusos. Providencias de buen gobierno. Crítica.

(1671)

El gobernador Henríquez era un general acreditado por largos y brillantes servicios en Nápoles, en Flandes y otras partes; y aun por vicisitudes de la guerra, puesto que había sido prisionero en Portugal. Pero no sólo era un verdadero militar sino, también, un literato de los más eruditos, y un jurisconsulto de los más profundos. De suerte que jamás se había visto en Chile gobernador más especial, en atención a que era tan facultativo en la política y en la jurisprudencia como en la milicia. Tal era su reputación.

Llegó el 30 de octubre al puerto de Concepción, y su recibimiento fue digno de él, de la capital de la frontera y de su cabildo. El de Santiago se apresuró a enviarle la diputación de bienvenida, y no pudiendo encerrarse los anchurosos corazones que lo componían en los estrechos límites de la económica real cédula que les prohibía el comprar caballo y silla para su entrada en la capital de sus propios y arbitrios, se escotaron generosamente y compraron dichos objetos a costa de su personal bolsillo. Bien lo merecía Henríquez, es preciso confesarlo, puesto que su propia liberalidad no conocía término; y por lo mismo el obsequio del cabildo de Santiago la causó tanta más satisfacción, cuanto de primera entrada vio que sus sentimientos y los de aquellos capitulares no podían menos de ser los mismos. En esta consideración principalmente se fundó para serles profundamente reconocido; porque fuera de eso, era tan llano, tan enemigo de fausto y ostentación que sólo en actos de representación pública y de oficio se notaba la noble dignidad de

su porte¹³⁴. Bien que llegase con un lucido séquito, en el cual se hallaba su propio hermano y un sobrino, su espíritu de justicia no le permitía hacer la menor injusticia en favor de ninguno de cuantos le acompañaban; todos lo que llenaban dignamente sus empleos quedaron con ellos, y ya se supone que el maestro de campo Montero y el sargento mayor León fueron los primeros respetados, como hechura propia del ilustre predecesor que venía a relevar.

Su primer acto, como era regular hallándose en la capital de la frontera, fue una revista general del ejército, por la cual vio que constaba de dos mil doscientos setenta españoles, y de cuatrocientos veintinueve indios sirviendo con sueldo. Un poco de falta halló en la remonta, y para suplirla pidió al cabildo de Santiago cien caballos para entrar en campaña. Concedido y ejecutado, el Gobernador avisó, el 30 de diciembre, a los capitulares que salía de campaña, y que en atención a que las cosas encomendadas a Dios eran más seguras que las que dependían únicamente de esfuerzos humanos, rogaba al ilustre cabildo de Santiago pidiese a Su Ilustrísima el señor Obispo, intercediese en sus plegarias por que su expedición tuviese un éxito feliz.

No se necesitaba tanto. Los indios, que, aunque ya no eran aquellos hombres siempre alerta, siempre prontos a arrojarse como leones al menor ruido alarmante, aún conservaban la tradición de que era preciso correr a las armas, aunque hubiese paz, cuando llegaba gobernador nuevo a Chile; se había informado, y ya sabían que no era hombre Henríquez a hacerles mal ni daño, si ellos no incurrieran en él atrayéndoselo por castigo. En efecto, el Gobernador pasó el Biobío y plantó sus banderas en Angol, sin que este acto les ocasionase recelo alguno. Lejos de eso, conjeturando con su sagacidad natural, y adquirida por experiencia, que este paso del Gobernador era el más racional para asegurarse de las intenciones que ellos mismos tenían, esperaron que les propondría una ratificación de la paz, y así sucedió, proponiéndoles el punto de Malloco para celebrarla. La respuesta afirmativa de los butalmapus llegó inmediatamente, y el día señalado¹³⁵ Aillacuriche con los con los archiúlmenes, úlmenes, caciques y un numeroso concurso, acudió al lugar de la cita, por su parte, como Henríquez acudió por la suya con una majestuosa y política ostentación. Es verdad que los araucanos habían visto tanto de esto, que poca novedad era para ellos. Pero en fin, siempre era oportuno para probar que los españoles, lejos de menguar, prosperaban. Los naturales lo notaron sin sorpresa y sin ningún sentimiento hostil. Al contrario, parecían recrearse con cuanto veían. Su odio y resentimiento contra los conquistadores se habían entorpecido a fuerza de choques y vicisitudes; y ya los españoles mismos los consideraban como menos enemigos. Los unos y los otros empezaban a ver claramente que lo mejor era el vivir en paz, puesto que irrevocablemente tenían que ser vecinos y vivir en comercio

¹³⁴ Con él llegaron a Concepción su hermano don Blas; su sobrino don Juan Andrés Henríquez; el conde de Bornos, Córdoba; don Tomás María de Póveda y don Jorge Lorenzo de Olivar.

¹³⁵ Que se ignora, aunque baste el saber que fue necesariamente en enero de 1671. En cuanto a los artículos de la ratificación, ni el mismo cabildo de Santiago los ha asentado; pero ha sido materia tan trillada, que fácilmente se conjetura.

continuo. Las ratificaciones se hicieron, por lo mismo, con mutua satisfacción. Los individuos de las dos naciones las celebraron con espontánea alegría mezclados unos con otros sin cuidado ni recelo, como habitantes de un mismo país, y al separarse, se dieron recíprocamente palabra de eterna amistad. El que más parte tuvo en este feliz desenlace fue el inmortal Luis de Lara de Santiago.

Antes de regresar a Concepción, el gobernador Henríquez recibió parte del de Valdivia, don Pedro Montoya, de que un navío inglés se hallaba mucho tiempo había a la capa con intento visible de hacer un desembarco, y de que, en tal caso, necesitaría refuerzo para rechazarlo. El Gobernador le envió doscientos hombres con don Jorge Olivar, el cual los llevó por medio del país araucano con tan poco inconveniente como si viajase por territorio español, y llegó tan a tiempo que el comandante del navío inglés, que era una fragata de 40 cañones mandada por un Carlos Clerq¹³⁶, el cual había bajado con bastante imprudencia a una caleta situada entre los cabos Marrito y Morrogonzalo, quedó prisionero con otros tres. Enviados estos prisioneros a Lima, el Virrey pasó informe a la Corte del hecho, y la Reina gobernadora los condenó en respuesta a la pena de muerte, ejecución que no se verificó hasta ocho o diez años después.

Como se supo, o se conjeturó por dichos de estos prisioneros, que esta fragata no era más que una descubierta de alguna escuadra enemiga que podía tener proyectos serios contra la costa, el gobernador de Chile tomó providencias acertadas para poner sus puntos atacables a cubierto. No obstante la ratificación de la paz, lo mismo hizo con todas las plazas y fuertes españoles, dejando la línea tan asegurada, como si no hubiese paz; de suerte que al retirarse a Concepción, pudo hacerlo con la íntima persuasión de que nada se le había olvidado. Sólo le quedaba el pasar informes a la Corte, y atraerse las más linsojeras palabras del agrado y aun del agradecimiento de S.M., como en efecto le llegaron al año siguiente.

Mientras tanto, pensó en ir a darse a reconocer en la capital y dar gracias a su generoso cabildo por sus atenciones, y su cooperación eficaz al bien general. En Maipo se encontró con la diputación, con el caballo y la silla, presente particular de los capitulares; pero les expuso que sería hacer desprecio de las órdenes reales el eludirlas por este medio, sin duda alguna muy noble, pero no menos peligroso para ellos y para él; y que les rogaba le permitiesen hacer su entrada en la capital montado en su propio caballo. Así se verificó. Los diputados no pudieron menos, aunque con mucho sentimiento, de reconocer la fuerza de sus razones, y tuvieron que rendirse a ellas. Por fin, entró en Santiago, fue reconocido el 12 de mayo por el Cabildo, y el 13 por la Real Audiencia. Las funciones que se hicieron en honra

¹³⁶ Este Clerq era español y se llamaba don Carlos. Por insinuaciones suyas, el gobierno inglés comisionó al caballero Juan Narborough, en mayo de 1669, para que fuese con dos buques a formar un establecimiento en las costas de Chile, y buscar un paso al mar del sur por entre América y Tartaria. Narborough montaba un buque de guerra de 300 toneladas, 36 cañones y 80 hombres de tripulación, que se llamaba *Sweepstakes*. El otro era una simple pinaza, por nombre *Bachelor*, de setenta toneladas, armada con cuatro cañones y veinte hombres, y mandada por *Humphrey Fleming*. Esta expedición había salido de las Dunas el 26 de septiembre. WARDEN, *Cronología histórica de América*.

suya coincidieron con las de Santa Rosa de Lima¹³⁷, reconocida, por reales órdenes, por patrona de las Indias, y hubo en ellas iluminaciones, fuegos, toros, justas y cañas¹³⁸.

Inmediatamente después de estos grandes regocijos, que tuvieron lugar en los primeros días de julio, recibió el Gobernador un pliego del Virrey, en el cual el conde de Lemos le advertía que los ingleses habían ocupado a Panamá, y le encargaba tomase todas las medidas que juzgase oportunas para rechazarlos, en el caso que progresasen y quisiesen hacer alguna tentativa contra las posesiones de su gobierno. Con este anuncio, se presentó Henríquez con los oidores de la Audiencia en el Cabildo, el día 7 de julio, y en un solemne acuerdo, decretaron se hiciese una leva en la ciudad, y se requiriesen todas las armas que hubiese para su defensa eventual. Esta leva produjo setecientos treinta y nueve defensores, de catorce años arriba; pero desmoralizados por un mal epidémico que causaba mucha mortandad. En cuanto a las armas, por la requisición mandada, se hallaron ciento veintinueve arcabuces; tres mosquetes; ciento veinticuatro escopetas; cincuenta y nueve pistolas y ciento setenta y tres lanzas. Después de haberse procurado así los medios de defensa humanamente posibles, los santiaguinos se pusieron bajo la protección divina, haciendo rogativas y plegarias públicas para que cesase el azote de la peste.

Entretanto, el Gobernador, habiendo notado graves abusos en el ejercicio de algunos empleos, abusos originados por el sistema administrativo de Meneses, los cortó de raíz usando de mucha indulgencia con los que los cometían, entre los cuales descubrió algunos que hubieran debido ser castigados al tiempo de la caída de dicho Gobernador, en cuyos actos parecían haber tenido una activa complicidad. Cortó igualmente el abuso de contribución de licencia de tráfico; el de la venalidad de encomiendas de indios, en favor de los cuales dio nuevo vigor a las disposiciones de todos sus predecesores, desde el conquistador Valdivia, mandando se publicase su decreto por bando, como se ejecutó el día 4 de octubre. Dio providencias de policía sanitaria, y en pocos días se vio la ciudad desembarazada de muchas molestias, y aventajada con un nuevo empedrado y una hermosa fuente de bronce en la plaza mayor. Hasta la construcción de edificios excitó su celo, y las innovaciones que este Gobernador introdujo en ella aseguraron para en adelante la seguridad y la duración de ellos. Puso orden en todos los ramos económicos que lo necesitaban, y no olvidó cosa alguna de cuantas podían contribuir al bienestar de sus administrados.

Mas, con todo eso, no le faltaron detractores. Unos le vituperaron por no haber aprovechado de coyunturas muy favorables que había tenido para reducir los indios a usos y costumbres sociales, distribuyéndolos en pueblos circunscritos y enseñándoles a gobernarse ellos mismos. Otros le acusaron de haber querido

¹³⁷ Muerta en la capital de Perú el día 24 de agosto de 1617. En la época de que hablamos, la Santa no había aún obtenido más que la beatificación.

¹³⁸ En cuatro cuadrillas, conducidas, una, por el mismo Gobernador; otra por su hermano; la tercera por el corregidor Ahumada y la cuarta, por el alcalde de primer voto don Pedro de Prado.

granjearse amistades y conexiones dando empleos a personas emparentadas con oidores y otros representantes de influjo, no atreviéndose a darlos por un interés propio más directo y aparente; de donde había surgido una era inesperada de arbitrariedad y de quejas inútiles por entonces, hasta que los lamentos tuvieron tiempo para pasar los mares y llegar a oídos del Monarca. Por fin, no obstante las pruebas que había dado de desinterés y desprendimiento, otros le juzgaron atento a enriquecerse mucho, con la sola diferencia de haber sido más cauto y prudente que otros gobernadores que habrían hecho lo mismo; y aseguraban por prueba de esta verdad que se decidió a romper la paz, que él mismo había afianzado, bajo un frívolo pretexto y con el solo objeto de adquirir un gran número de esclavos.

Lo cierto fue que los araucanos no dieron motivos sustanciales para que les hiciese experimentar los rigurosos efectos de hostilidades extremadas, puesto que si hubo entonces algunos turbulentos entre ellos, no sólo obraron sin su participación sino, también, contra su voluntad. Sin embargo, causa un verdadero pesar el tener que mudar de opinión sobre un personaje de tanto mérito como don Juan Henríquez, después de haberle juzgado y presentado a los lectores como un modelo de virtudes que se mostraban exteriormente en todas sus acciones. El capítulo siguiente nos ofrecerá tal vez materia y recursos para fijarnos en el juicio que finalmente nos debemos de formar del espíritu de su gobierno.

CAPÍTULO XXXII

Sospechas contra el cacique Aillacuriche. Ruptura de la paz. Campaña. Buenos sucesos. Son cogidos los jefes araucanos, y ahorcados con el consentimiento de los butalmapus. Otro jefe de Purén sufre la misma suerte en la plaza de este nombre. Restablecimiento de la paz. Ruidos y murmuraciones contra el gobernador Henríquez. Episodio. Pasa el Gobernador a la frontera, da un paseo militar por tierras enemigas, y regresa satisfecho a Concepción. Vuelve a la capital. Pliegos de la Corte, alarmada con las nuevas de la expedición inglesa. Estado de plazas y fuerzas.

(1671 - 1673)

El Gobernador había pasado el tiempo en la capital, parte de él, divertido, y la otra, ocupado; de suerte que el mes de octubre, y con él la estación de verano llegaron muy pronto y sin sentirse. El 16 de dicho mes salió para la frontera llevando en su séquito a los diputados por el Cabildo para acompañarle hasta Maipo. El 13 de noviembre escribió dando parte de su llegada a Concepción, y el 19 de diciembre anunció en segunda carta hallarse con su ejército en el estero de los Sauces. Veamos cuál fue el motivo de este súbito movimiento, inesperado, en atención a la paz que disfrutaban españoles y araucanos.

Este motivo, según algunos, fue la misma paz y el aburrimiento que causaba a algunos jóvenes turbulentos que querían romperla por su solo gusto y provecho. A lo menos, así fueron interpretados algunos actos desordenados del antiguo toqui general Aillacuriche y de su vicetoqui Dudeguala, por los que juzgaban sanamente de las cosas con seso y por experiencia. Pero el comandante general de la frontera, don Alonso de Córdoba y Figueroa, opinaba diversamente, puesto que en su parte al Gobernador pintó los pasos desasosegados de los dos ex jefes araucanos como sospechosos y merecedores de una corrección. Sin embargo, la historia no señala acusación alguna clara y abiertamente. Sea lo que fuese, el Gobernador, en repuesta a Córdoba y Figueroa, le había dado carta blanca, por decirlo así, para que obrase como lo juzgase oportuno, y este comandante había destacado a un capitán, Laureano Ripete, y al comisario don Fabián de la Vega con ciento cincuenta españoles contra los territorios de Lamuco y Calbuco, situados al pie o a la falda de la cordillera.

Los dos oficiales destacados eran experimentados y conocían el país perfectamente en todas sus vueltas y revueltas, escondrijos y rincones, y hallaron que efec-

tivamente los araucanos habían cortado los caminos y formado estacadas. Combinaron su plan de ataque en consecuencia, se concertaron, se dividieron, y cayendo simultáneamente sobre las dos parcialidades, emplearon en cometer atrocidades seis días, al cabo de los cuales volvieron a la plaza de Purén con ganados y muchos cautivos. El éxito de la expedición del Gobernador fue igualmente completo y proporcionado a la superioridad de las fuerzas que mandaba. Los jefes araucanos que él iba en persona a castigar eran Dudeguala, Clentaru¹³⁹ y Lupitaru. El ejército español marchó desde los Sauces con tanta rapidez que sorprendió a los enemigos a orillas del Allipén, los batió y les hizo cuatrocientos prisioneros. Sin embargo, no se dieron por vencidos, y se replegaron aun bastante unidos sobre Repocura. El Gobernador los dejó ir sin perseguirlos, pero sólo para disimular sus proyectos. En efecto, pensaron que se retiraba satisfecho de haberlos castigado, mientras que la verdad era que por una marcha tan rápida como atrevida los tomaba por las espaldas, cuando menos lo aguardaban. La sorpresa fue tan completa, que los tres jefes fueron cogidos, y colgados con el consentimiento de los butalmapus. Era hacer claro que la nación no daba las manos a estas tentativas, las cuales sólo debían ser atribuidas a algunos revoltosos, y una vez castigados éstos como lo acababan de ser, no había que temer en mucho tiempo el que se renovasen. Henríquez era probablemente de este parecer, puesto que el 13 de enero del año entrante 1673 estaba de vuelta en Concepción, y que salió muy luego para la capital, donde se hallaba ya el 6 de abril siguiente.

Sin embargo, había dejado subsistir la orden dada anteriormente a Córdoba y Figueroa de gobernarse militarmente según las circunstancias lo exigiesen en su juicio. Con necesidad o sin ella, y en este caso por pura precaución, si Figueroa no abusaba de esta autorización, es preciso confesar que usaba de ella en sus más lejanos límites. Después que por medio de Ripete y el comisario don Fabián de la Vega, había asolado los distritos de Lamuco y Calbuco, había hecho otro tanto con la parcialidad de Maquehua, enviando allí al capitán Ansotegui con el mismo De la Vega, los cuales volvieron igualmente a Purén con prisioneros y ganados, bien que con la pérdida de cuatro hombres. Los naturales, desanimados ya mucho tiempo había, habían quedado desmoralizados completamente con la muerte de los de aquel territorio, a la cabeza de tres mil guerreros. Este caudillo había hecho conocimiento con un mayoral de la estancia que los jesuitas tenían allí, y este mal sujeto, por miras interesadas, le había aconsejado saquease el distrito, y Repimanque lo había ejecutado con muerte de cuarenta españoles. Después de esto, puso sitio a la plaza de Purén, ignorando que Córdoba no estaba dentro. Luego que lo supo –y esto es muy de notar– levantó el sitio, y se fue a poner en acecho suyo, no dudando de que volvería al socorro de la plaza tan pronto como la supiese sitiada. En efecto, así sucedió. Figueroa se puso en marcha forzada con el aviso que recibió del acontecimiento; pero, decididamente, los azares de la guerra estaban todos en su favor. Mientras que Rapimanque se ponía en asechanza suya con fuerzas más

¹³⁹ Que no debe ser confundido con el célebre caudillo de este nombre, muerto ya, como se ha dicho.

que sextuplas, llega un mozuelo araucano y le dice que los quechereguas, los de Boroa y otros límites recogían apresuradamente sus hatos y ganados para huir de las fuerzas de Córdoba, que iba a caer sobre ellos. Y es de advertir que en este aviso no había ni trama ni artería; el muchacho lo dijo para que Rapimanque, tan enemigo, o tal vez más, de los quechereguas como de los españoles, se aprovecharse de la coyuntura, de preferencia a estos últimos. Sin pararse un solo instante a reflexionar, el caudillo araucano se puso en movimiento por un lado, mientras que Figueroa regresaba, por el suyo, a su plaza de Purén sin haber tenido por entonces otro pensamiento; y gracias a esta casualidad, verdaderamente providencial para él, entró en ella sano y salvo, y con la satisfacción de no ver enemigos es sus cercanías.

Bien que, como lo hemos dicho, los naturales en general no aprobasen estos levantamientos parciales, no podían oponerse a ellos, y quedaban neutrales aguardando por las resultas. Viendo a Córdoba de regreso a la plaza, y teniendo muy presente la muerte de cuarenta españoles causada por Repimanque en su ausencia, empezaron a temer su justo resentimiento, y le enviaron a pedirle la paz. El comandante general, autorizado, como se sabe, a obrar como le pareciese conveniente, se hizo de rogar antes de concederla; pero al fin, se dulcificó y la prometió bajo la condición de que le entregasen el mayoral Garrido de la estancia de la conversión. Esta condición la aceptaron y la cumplieron en pocos días, y no pudiendo exigir más de ellos por entonces, Figueroa se sirvió del traidor mayoral para armar una traición a su amigo Rapimanque, forzándole a llamarle a una cita en un sitio señalado. El cacique caudillo dio en la trampa; fue a la cita y lo cogieron. Sin más forma de proceso ni averiguaciones, Figueroa mandó levantar dos horcas y colgar al araucano y al español, uno en frente de otro.

Mientras esto pasaba más allá de la frontera, el gobernador Henríquez estaba muy sosegado en la capital del reino dando providencias de gobierno, y haciéndose querer de unos, al paso que otros murmuraban de sus operaciones, y hasta de su moralidad. Según estos últimos, el Gobernador era un hipócrita muy diestro que había empezado cogiendo buena fama a fin de poder engañar mejor; el amor que había mostrado por la paz no había sido más que una apariencia engañosa; lo que él quería era guerra para hacerse con un gran número de esclavos, y a fin de poder descargarse de la responsabilidad, que no debía de pesar más que sobre él, la había puesto sobre los hombros del comandante general de la frontera, dándole facultad para obrar militarmente según las circunstancias lo exigiesen. A esto añadían los murmuradores que si no había hecho como algunos de sus predecesores sacando partido de la venalidad de empleos y encomiendas, y aun especulando en medidas económicas de asistencias al ejército, había sido porque había temido los mismos malos resultados que semejante modo de gobernar había tenido para ellos; que para no alarmar la caridad cristiana de la autoridad eclesiástica, fingía consultarla sobre los fines principales de la guerra, los cuales eran las conversiones y el aumento de la cristiandad, y con este fingimiento persuadía a los obispos que su deseo era el de ellos, y que a alcanzarlo se encaminaban todos sus actos. De este modo, se granjeaba el apoyo de su autoridad. Por el mismo consiguiente se portaba con los

ministros de la Real Audiencia. Éstos le amaban y le ensalzaban, y no era extraño, puesto que les dejaba hacer cuanto querían, aparentando tener una ilimitada confianza en las luces y el profundo saber de cada uno de ellos, aunque la verdad era que él sabía tanto como el que más en jurisprudencia, y mucho más que todos en gobierno y política. Cuando estaba seguro de obrar contra la opinión de alguno o de todos ellos, los reunía en consejo proponiendo la cuestión como él sabía que la entendían, y dando por sentado que así la entendía él mismo, y luego desarrollaba un cúmulo de inconvenientes y dificultades, de que parecía sumamente enfadado, para que creyesen que adoptaba una resolución contraria muy a pesar suyo. En una palabra, decían que el gran tino de este Gobernador era el llegar a sus fines particulares pareciendo odiarlos, y estar bien a toda costa con cuantos podían quejarse en alta voz de su conducta.

No satisfechos los detractores de Henríquez con criticar amargamente sus actos de Gobernador, se propasaron a tachar los de su vida privada, y su moralidad. Por más que la historia repugne tocar esta materia, tiene que vencer por fuerza su repugnancia, puesto que en el caso presente, miserias y debilidades humanas que pertenecen a la historia del genero humano y no a la particular del reino de Chile, ni de ningún otro, han producido un ruido histórico, del que tal vez se podrá sacar una memoria histórica de cierta importancia moral. Además de esto, hay en éste episodio mucho de novela, y por consiguiente, es muy propio para procurar un poco de distracción a los lectores, siendo cosas de intrigas amorosas, raptos y peripecias romanescas. He aquí este cuento verdadero.

Un oidor de Santiago¹⁴⁰ tenía una amistad muy íntima con una joven soltera¹⁴¹ de la misma ciudad; tan íntima, que daba mucho que hablar, y era ya materia de escándalo. Por qué daban escándalo estos amores no lo dice la historia, y en esto comete una omisión dejándonos en la duda de si el amante era también soltero, o persuadiéndonos más bien que era casado; porque en el primer caso, el trato de un oidor con una señorita bien nacida no podía menos de tener fines legítimos. Sea lo que fuese acerca de esto, este trato dio tanto que hablar, que el Obispo envió a su secretario con un recado atento a doña Beatriz de la Barrera, abuela de la joven, para que, en vista de lo que se murmuraba y para imponer silencio a la malas lenguas, procurase tener a su nieta en mayor recogimiento que hasta entonces. Oyó doña Beatriz con sumisión la amonestación de Su Ilustrísima, y sin entrar en chismes inútiles, dio a entender al enviado que lo que sucedía no era culpa suya, ni estaba en su mano el remediarlo. Con esta respuesta salió el secretario de allí, y se fue con un recado semejante al convento de Santa Clara, del cual era monja una tía¹⁴² de la amorosa joven.

No habiendo producido estos dos recados el efecto deseado, pensó el Obispo que tal vez podría haber exageración, y por consiguiente calumnia en los dichos, y que era de su deber el asegurarse de la verdad. Para tranquilizar su conciencia

¹⁴⁰ Llamado justamente don José Meneses.

¹⁴¹ Doña Elvira Tello.

¹⁴² Doña Aldonza Tello.

acerca de un punto tan delicado y espinoso, ordenó Su Ilustrísima la información secreta del hecho, y de ella salió a verdadera luz que los amores del magistrado y de la señorita chilena habían ya producido fruto, dando lugar al nacimiento de una criaturita del sexo femenino. Esto aseguraron cinco testigos, no por haberlo visto sino por haberlo oído. En consecuencia, el Obispo mandó poner la madre clandestina en un convento. Pero no se hizo esto sin ruido; al contrario, esta medida ocasiono más escándalo que hubieran ocasionado los amores más licenciosos. La joven violentada protestó altamente contra la violencia que se le hacía, y contestó al Obispo y a todo poder humano la autorización de ponerla en reclusión sin más motivo que el haber usado ella de su libre albedrío. Del mismo parecer fue su abuelo, el cual pidió al Obispo fuese servido poner en libertad a su nieta, de cuya seguridad y conducta salía él garante, obligándose a depositarla en casa de unos parientes suyos que residían a veinte leguas de la ciudad. Satisfecha Su Señoría Ilustrísima con esta palabra, dio libertad a la reclusa forzada, la cual fue inmediatamente encaminada, bajo buena custodia, al depósito que su mismo abuelo había señalado.

Pero uno pensaba el abuelo y otro la nieta, pues a mitad de camino, una compañía de caballeros errantes, protectores de la hermosura afligida, salieron enmascarados, y espada en mano, y libertando a doña Elvira se volvieron a galope con ella a Santiago. Quienes eran estos ingeniosos hidalgos, la historia lo ignora, y sólo cree saber, por los informes que se dieron al Obispo sobre este acontecimiento, que los deshacedores del agravio hecho a la angustiada belleza eran, en una palabra, enviados por don José Meneses a su socorro.

Si este acontecimiento tuvo consecuencias inmediatas ninguna crónica de aquel tiempo lo dice, por lo que se puede sacar en limpio que no se volvió a hablar más del asunto, del cual más habría valido no haber hablado nunca. Pero dos años después, recibió el gobernador del reino de Chile de la Reina gobernadora de las Españas un apercibimiento con una multa de mil pesos, por no haber remediado al escándalo ocasionado en la capital de Santiago por los tratos ilícitos del oidor Meneses. Es verdad que haciéndose, tal vez, cargo de que el gobernador Henríquez podía haberse visto arredrado en este punto bastante escabroso, por el temor de meterse en asuntos de conciencias ajenas, hollando miramientos y respetos obligatorios, por un lado, y por otro, por la conservación y decoro de su propia dignidad, que había podido comprometer inútilmente; María Ana de Austria apoyaba la nota de descuido respecto a costumbres, con que tachaba la conducta de su gobernador de Chile, con un apéndice bastante bien añadido y ajustado, a saber, que el mismo hermano suyo, don Blas Henríquez, había tenido una intimidad ilícita, probada por un testimonio vivo, con otra joven¹⁴³; mientras que una hermana de ésta recibía a solas al fiscal de la Audiencia¹⁴⁴, el cual visitaba muy a menudo y con familiaridad al Gobernador del reino, de quien era siempre bien recibido.

La sola lección que la historia puede sacar de este episodio es la prueba que en él se halla de la susceptibilidad de las costumbres españolas de aquel tiempo.

¹⁴³ Doña Inés de Astorga.

¹⁴⁴ Don Francisco de Cárdenas.

Volviendo a la historia, Henríquez tenía proyectos belicosos, puesto que pidió al cabildo de Santiago seiscientos caballos prontos para el 15 de julio. El 27 de septiembre salió de Santiago, y el 29 de octubre avisó de su llegada a Concepción. El 5 de febrero del año entrante, 1673, escribió de nuevo, de vuelta de un paseo militar, en el cual quedó convencido del estado satisfactorio de los espíritus araucanos, diciendo al Cabildo podía cuando gustase informar a la Corte de la próspera situación de las cosas de la guerra. El Cabildo se apresuro a dar este paso, poniendo al Gobernador en las nubes y ponderando los bienes infinitos que Chile debía a su gobierno.

Los seiscientos caballos que Henríquez había pedido al cabildo de Santiago habían sido aprontados; pero aún no había llegado el caso de servirse de ellos, estando destinados a correr contra los ingleses en el caso que se realizase su invasión, que se creía inminente. Satisfecho de haber visto por sus mismos ojos que podía descansar sin cuidado en su comandante general, en punto a operaciones militares, el Gobernador se volvió por abril a Santiago, después de haber mandado colgar a Aillacuriche. Al llegar, recibió la noticia de la pérdida del *San Bernardo* con un cargamento de mucho valor, y esta desgracia le sugirió el pensamiento de poner en vigor lo mandado por reales órdenes acerca de la navegación, a saber, que ninguna nave saliese del puerto de Valparaíso desde el 15 de mayo hasta el 15 de agosto. Lo restante del año se pasó sin novedad; pero en diciembre recibió el Gobernador pliegos de la Corte, por cuya fecha, 17 de enero del corriente 1673, y cuyo contenido, vio que el gobierno superior se había alarmado de la expedición inglesa contra Chile, puesto que le recomendaba mucho la vigilancia de la costa. Por fortuna, esta vigilancia le era en aquel instante mucho más fácil, en atención a que el estado general de las cosas del reino le permitía el ejercerla con especial cuidado. Las fuerzas españolas, sin llegar precisamente al número de soldados de que se había compuesto el ejército chileno en tiempos anteriores, eran en aquel entonces mucho mayores, comparativamente a su empleo. Es verdad que el semblante de la guerra podía cambiarse cuando menos se pensase en ello; pero por muchos cambios que hubiese, no era probable que la guerra volviese a causar en lo sucesivo los estragos y horrores que había causado hasta entonces. Era una casi probabilidad fundada en experiencia y hábitos, de que se componen, en general, los sentimientos de los hombres.

El cuadro siguiente puede servir a dar una idea de la fuerza material de los españoles, sin contar la moral y el decaimiento de la de los naturales.

PLAZAS Y FUERTES	Soldados españoles	Soldados indios
Concepción	165	”
San Pedro, a la otra parte del Biobío	25	”
Colcura, 6 leguas S. de San Pedro	20	40
Arauco, 4 leguas S. del anterior	135	”
San Ildefonso	69	”
San Diego de Tucapel, 12 leguas S. de Arauco	95	”
Yumbel, 12 leguas E. de Concepción	627	”
Chillán, 9 leguas N. de Yumbel	109	”
San Cristóbal	32	139
Madintuco	25	104
Buena Esperanza	25	”
Talcamávida	40	146
Santa Juana	18	”
Santa Fe	10	”
Nacimiento	29	”
Purén	182	”
Encarnación, en Repocura	74	”
Provincia de Chiloé	190	”
Totales	1.870	429
Total general		2.299

CAPÍTULO XXXIII

Nuevo congreso de paz. Nombrase un capitán de amigos para cada provincia, y un comisario de naciones por inspector de estos capitanes. Beneficios de la paz. Otros sucesos.

(1674 - 1682)

Resumamos y recordemos que todos los jefes araucanos que han alterado la paz, sin el consentimiento de los butalmapus, quedan muertos con su anuencia, muertos por los españoles, que hicieron o pretendieron hacer justicia; Aillacuriche, Dudeguala, Rapimanque y el traidor mayoral mestizo de la estancia de la conversión de Rere han desaparecido de la escena, y ya los naturales no tienen que temer que los fuercen a sublevarse contraviniendo a tantas estipulaciones reiteradas y ratificadas en diversos parlamentos. Esto sentían los araucanos, y libres de seguir su propio impulso, piden la paz. Claro estaba; puestos entre los estragos que les causaban las correrías de los españoles y la venganza de los pehuenches, si huían a los montes, no les quedaba más recurso ni más refugio que la paz. Los pehuenches no sólo les quitaban sus ganados sino que, también, les llevaban a sus hijas, sin pagarles dote alguna, según era uso y costumbre en estos tratos.

Pero Córdoba y Figueroa, usando de las amplias facultades que tenía, quería asegurarse bien de que la necesidad que tenían de paz era extrema para sacar de este conocimiento más autoridad para imponerles condiciones durables. Estando en esto, llegó el Gobernador, y después de haberse enterado de algunas particularidades, fue de parecer que se abriese un parlamento para ratificar de nuevo los antiguos tratados corroborándolos con adiciones útiles a las dos naciones. Ya otro cacique, el último que había quedado en postura o ademán hostil, se acababa de rendir a los españoles, y no quedaba más pretexto para negarse a poner fin a la guerra y a sus males. Este cacique, que se llamaba Rucañemqui, se había establecido en un alto casi inaccesible, llamado el peñón de Rucadoroy, y de allí, salía cuando veía la suya, a matar y a robar. Pero se vio claramente que estas demostraciones eran, más que sanguinarias, políticas, para que le ofreciesen la paz que le habían negado antes cuando él la había pedido buenamente. En efecto, don Fabián de la Vega fue con fuerzas a desalojarle; pero conociéndole y diciéndose amigo suyo, le envió un parlamentario a proponerle que se rindiese sin el menor

temor, en lugar de ocasionar males inútiles con riesgo de comprometer para siempre, y sin recurso, su propia cabeza. Rucañemqui sintió la fuerza de esta reflexión y se acogió a la paz.

Las condiciones que se añadieron a las anteriores fueron dos, a saber, que cada parcialidad tendría un capitán de amigos, y que éstos someterían sus actos a la inspección de un jefe superior con el título de comisario de naciones. Las obligaciones de los primeros consistían en una vigilancia continua, y en un estudio de observación de cuanto pasaba en su parcialidad respectiva, procurando conocer, en cuanto era posible, a sus indios, a fin de designarlos individualmente si llegaba el caso de que fuese necesario recompensarlos o castigarlos; cultivar su buena índole, o comprimir sus malas inclinaciones. Esta nueva condición produjo tan buenos resultados que mereció una alta aprobación de la Corte.

El gobernador Henríquez se fue a invernar a Santiago y volvió por octubre a la capital de la frontera, a donde llegó el 30 de noviembre. La entrada del nuevo año 1675 fue triste para él; en muy pocos días perdió a su hermano don Blas y a su sobrino don Antonio de Córdoba, muertos casi al mismo tiempo. El anuncio del cabildo de Santiago de haber ingleses a la vista de Chiloé, y del desasosiego en que se hallaba la capital, le hicieron volver a ella por abril. Sin duda, la noticia de los ingleses no había sido más que una alarma falsa, puesto que el 2 de noviembre regresó a la frontera dejando la ciudad de Santiago muy tranquila, y ocupada en cumplir un voto que había hecho más de cuarenta años atrás, cuyo voto era reconocer y jurar como patrón de la guerra del reino a san Francisco Solano¹⁴⁵.

La ida del gobernador de Santiago a Concepción había sido motivada por rumores de infracciones que los indios habían cometido en la paz; pero estos rumores salieron falsos, y el 6 de mayo de 1676, volvió a invernar a Santiago, en cuya residencia tenía más que hacer, en tiempo de paz, que en Concepción; fuera de que en la capital se hallaba mucho más a su gusto, siendo este Gobernador muy amigo de trato y de sociedad. Pero en aquel instante no estaba divertido Santiago sino muy triste, y muy acongojado con una epidemia, o más que epidemia puesto que morían los más de los que cogían el contagio. Henríquez mismo fue contagiado, y cayó muy malo; pero se salvó. Otros decían que su enfermedad no era la epidémica que afligía a los santiaguinos. De todos modos, apenas llegó la primavera, aunque no se hallase completamente convalecido, quería marchar para Concepción; mas todos los capitulares fueron a rogarle no hiciese temeridades inútiles, puesto que se gozaba de una paz octaviana. El Gobernador se dejó persuadir e hizo bien, pues su convalecencia fue tan larga, que tuvo que pasar la mayor parte del año siguiente allí, hasta en septiembre que marchó a la frontera.

En aquel mismo instante, llegó por Buenos Aires un refuerzo de doscientos españoles que iban de España al ejército de Chile, a donde fueron muy bien llegados, bien que jamás, desde que había guerra con los indios, se hubiesen necesitado menos. Ya no se pensaba en cosas de guerra, sino en sacar provecho de la paz adelantando cuanto se podía proyectos de aumento y mejoras. A principios de

¹⁴⁵ Muerto en Lima en 14 de julio 1610.

1678, se fundó en Santiago otro convento de Santa Clara, bajo la invocación de santa Clara del Campo¹⁴⁶. El virrey de Lima pidió informes al cabildo de Santiago para levantar una ciudad en San Martín de Quillota; pero este proyecto no fue ejecutado hasta cuarenta años después, y en lugar de una ciudad sólo se edificó una villa. Las causas de esta larga dilación en dar cumplimiento a una real orden (porque el proyecto de población en Quillota emanaba del mismo Rey) fueron probablemente la multitud de atenciones, y la penuria en que se hallaba el Cabildo. En aquel mismo instante, recibió este protector nato y paternal de la ciudad un nuevo disgusto de la Corte con una real cédula¹⁴⁷ en que el Rey mandaba dar libertad a todos los esclavos de las tres clases. El Cabildo resistió alegando que su ejecución le ocasionaría por lo menos un millón de pesos de daños y perjuicios, y, que además, la libertad mandaba dar a los indios esclavos no se entendía con los del reino de Chile, sino con los de la Nueva Vizcaya, nuevo reino de León y Nuevo México; pero sus alegaciones no fueron oídas, y dos años después, tuvo que dar cumplimiento a lo mandado por la citada real cédula.

Para consolarse de este verdadero contratiempo, tuvieron los cabildantes la satisfacción de celebrar, por agosto del año siguiente, 1679, su primer concejo en la nueva casa consistorial, que era magnífica, gracias al gusto y esmero del corregidor don Pedro de Amasa.

A fines de septiembre salió el Gobernador para la frontera con la diputación que, según costumbre, le acompañó hasta Maipo, y se mantuvo en Concepción hasta el verano de 1680, aprovechando de la paz de que gozaba el reino para fomentar su prosperidad. En esta última época volvió a Santiago con el fin de llevar a ejecución la realización de un gran donativo que el Rey pedía, y que fue votado en los dos cabildos¹⁴⁸, con asistencia de su ilustrísima, don fray Bernardo Carrasco. Es cosa muy de notar que el Rey pidiese donativos para hacer donativos. Dejando a parte las cantidades enormes que le costaba el ejército y la conquista, el real erario suministraba alhajas, ornamientos y campanas a todos los conventos e iglesias nuevamente edificados; y perpetuamente el alumbrado de lámparas (de día y de noche) de todas; como también el vino que se consumía en las misas¹⁴⁹. Tal era el fomento que el Rey daba al culto, y realmente tenía algo de ficción el pedir para dar a los mismos de cuyas manos recibía.

De todos modos, el celo por la propagación del catolicismo era demasiado visible para que se pueda dudar de que éste era uno de los fines principales de la conquista. Ya hemos visto al gobernador Porter Casanate declarar, en 1662, las misiones vacantes por falta de objeto, en atención a que la rebelión de los indios de paz y el estado general de la guerra impedían las misiones y las tentativas de

¹⁴⁶ En honra de su fundador don Francisco del Campo, que había sido durante cuarenta años alguacil mayor de la ciudad, y había dejado por testamento un legado considerable para fundar dicho convento, el cual fue edificado a la esquina de la plaza, y ocupado por siete monjas de Santa Clara de Antigua, el 8 de febrero.

¹⁴⁷ 2 de abril 1676.

¹⁴⁸ 12 de septiembre de 1680.

¹⁴⁹ Ovalle.

conversión; y en 1663, hemos visto las misiones restablecidas por real orden. Sin embargo, en los diez años de continua guerra que se habían seguido, los misioneros habían tenido poco a nada que hacer; pero al punto en que la paz había permitido a los jesuitas emprender de nuevo sus tareas apostólicas, las misiones de Buena Esperanza, Talcamávida, Arauco, Tucapel y otras, habían sido restablecidas y las conversiones habían empezado de nuevo, con la particularidad de que los indios se convertían más voluntariamente que nunca y parecían ansiar por las visitas de los jesuitas. Los PP. Rosales, Astorga, Mascardi y Vargas recogieron por todas partes frutos preciosos de su infatigable celo, y en este estado se hallaba esta atención especial del gobierno, en 1674, cuando una visita del Obispo a los indios estuvo para echar a perder todo lo que se había adelantado.

En efecto, esta visita de Su Ilustrísima, que era el ilustre F. Francisco de Vergara y Loyola, tenía por principal objeto el cortar la poligamia, abuso que no había sido posible aún desterrar de entre los naturales. Al punto en que éstos oyeron que el prelado iba a verlos con estas intenciones, empezaron a mostrarse descontentos, y aun se esparcieron rumores de levantamiento, de suerte que cuando el Obispo llegó y se vio en medio de ellos, conoció claramente que, por querer cortar un mal, iba a ocasionar muchos males, y tuvo que resignarse a observar la máxima “Del mal el menos”, procurando buscar un término medio para neutralizar los efectos del exceso que tenía que tolerar por fuerza. Este término medio fue, que se casasen legítimamente con una, y que las demás, bien que pagasen dotes por ellas a sus padres, las tuviesen bajo el título de criadas¹⁵⁰. Es preciso confesar que este término medio no podía menos de ser tan poco grato a los padres de las jóvenes vendidas como a Dios mismo; pero el prelado pensó, sin duda, que en cuanto a lo que pensarían los padres de las jóvenes, éstas no eran cuentas suyas; y que en cuanto al cielo, lo más interesante y urgente era que adoptasen las formas cristianas, salvo el perfeccionarlos en la observancia de sus santas máximas cuando las circunstancias lo permitiesen. Después de haber reflexionado maduramente este medio de conciliación, el Obispo mandó llamar a su presencia los caciques de diversas parcialidades, y habiéndolos tranquilizado asegurándoles que no iba a alterar de ningún modo su arreglo de vida, les propuso por medio del P. rector José Díaz, y de su doctrinero, que puesto que, como hombres y como guerreros, no podían dispensarse de tener mujeres que los sirviesen, escogiesen una sola entre ellas para desposarse con ella a la faz de la iglesia de Jesucristo, haciéndola señora de las demás, las cuales vivirían con los dos casados sólo como sirvientes. Los caciques hallaron el arbitrio muy cómodo; porque si el Obispo no tenía que ver con lo que pensasen los padres de las mujeres vendidas sólo para ser criadas (según Su Ilustrísima pensaba), tampoco dichos padres tenían que ver con que los que les pagasen dotes por ellas, las poseyesen según la ley de Dios o según la ley araucana. De suerte, que en este caso, el ilustre prelado halló fácil composición con el cielo y con la tierra, y pudo regresar tan satisfecho de la docilidad de los indios, como éstos quedaron contentos con la benignidad de Su Ilustrísima.

¹⁵⁰ Olivares.

Pero el año siguiente, el viceprovincial F. Francisco Javier vio los efectos claros de este contrato tácito entre el prelado y los indios; es decir, vio que tenían, como de costumbre, muchas mujeres, y sin curarse de saber bajo qué condiciones las poseían, se escandalizó, arrugó las cejas y empezó a afear este mal cristiano abuso. Los lectores no deben perder de vista que la lengua de los naturales era para los más de los conversores tan familiar como la suya propia; las grandes dificultades que había presentado en los principios su extrañeza, habían sido allanadas en breve tiempo por la incomparable capacidad del P. Luis de Valdivia, el cual, después de haberla aprendido él mismo con una brevedad admirable¹⁵¹, había compuesto luego una gramática y un vocabulario de ella, facilitando su estudio a los demás misioneros. El P. Pedro de Sotomayor empezó, pues, por orden y en presencia del viceprovincial, a vituperar a los indios por el pecado que cometían en tener muchas mujeres, y los indios sacaron por consecuencia del sermón que se trataba de quitárselas. Con este temor, que se propagó entre ellos como un relámpago, empezaron a amohinarse, y a murmurar, y concluyeron profiriendo, ya enfurecidos, amenazas de rebelión. En vista de esto, el P. Sotomayor rogó al viceprovincial se desistiese de su empeño, y el viceprovincial tuvo que hacerlo por el bien de la paz; y muy oportuna fue su concesión, puesto que la menor persistencia hubiera encendido de nuevo el fuego de la guerra, en términos que el ruido que hicieron estas dos tentativas, la del Obispo y la del viceprovincial, fueron las causas principales de los dos últimos viajes del gobernador Henríquez, de la capital del reino a la de la frontera.

Pero sucedió tras esto, una cosa muy particular, y que, no obstante, por la oportunidad con que sucedió, tenía visos de ser una voluntad de Dios. Las casas de conversión, que habían sido arruinadas con la guerra, se habían rehecho con la paz, y con donativos y algunos arbitrios, los jesuitas que las dirigían empezaban a salir de la cruel estrechez en que habían tenido que vivir, y a gozar de alguna comodidad, a la cual los naturales contribuían en cuanto podían ellos mismos, y lo permitían los PP. jesuitas, los cuales no aceptaban más que regalos de poca importancia como prueba únicamente del afecto que les tenían sus catecúmenos. Sucedió, pues, decíamos, que de repente vino sobre las tierras de los naturales una plaga tal de ratones, que en un instante devoraron todas las sementeras, y que a consecuencia, el hambre redujo los indios a la horrorosa necesidad de comerse unos a otros¹⁵². A la primera noticia de este triste suceso, los misioneros enviaron víveres y aun también algunos odres de vino a las parcialidades más apuradas, y desde aquel punto, los naturales, en parte acosados por el hambre y en parte penetrados de reconocimiento, se entraron a bandadas por la poblaciones de indios amigos, constituyéndose voluntariamente esclavos y ofreciendo a los PP. con lágrimas sus brazos y, si era menester, sus vidas a su servicio. Los jesuitas los recibieron a brazos abiertos, no como esclavos, les dijeron, sino como a hermanos y como a

¹⁵¹ Ovalle dice: en trece días, bastante para confesar, y en veintiocho, suficientemente para predicar.

¹⁵² Olivares.

hijos. Y en efecto desde aquel instante empezaron a pedir, por medio de ellos, sus tesoros de existencia a las entrañas de la tierra, labrándola, arándola, sembrándola y cultivándola; recuperaron sus antiguas posesiones y las atendieron; de suerte que conversores y convertidos ofrecían el cuadro el más interesante de miembros de una misma familia trabajando todos a una por el bien general y por el particular de cada individuo.

Mientras que la paz producía por lo interior del continente chileno estos gustosos episodios, la guerra lo amenazaba por las costas, de parte de un enemigo marítimo¹⁵³. Un pirata inglés, que se llamaba Bartolomé Sharp, operó una sorpresa, el 13 de diciembre, saltando a tierra en Coquimbo, e internándose dos leguas hasta la ciudad de La Serena, que saqueó muy a su salvo. El Gobernador salió al primer aviso con las milicias de Santiago, y llegó a marcha forzada a Valparaíso, desde donde envió fuerzas por mar y por tierra para atajar al corsario. Las de tierra, mandadas por don Francisco de Aguirre, llegaron cuando ya Sharp se había vuelto a embarcar; las de mar, cuyo comandante ha quedado ignorado, se contentaron con avistarlo sobre la isla de Juan Fernández, y se volvieron. Sin embargo, no se ha vuelto a oír hablar de dicho pirata. Pero en esta circunstancia, como en todas, los habitantes de Santiago, altos y bajos, ricos y pobres, dieron pruebas increíbles de patriotismo, corriendo todos al enemigo, unos a su costa, y otros sin pedir nada a nadie¹⁵⁴; y contribuyendo, éstos con sus brazos y aquéllos con sus medios, a la construcción del castillo de Valparaíso.

De vuelta de este puerto, Henríquez recibió cartas de Buenos Aires con la noticia de que el Gobernador de allí iba a relevarle del mando de Chile. Antes de éste, habían sido ya nombrados otros dos gobernadores de aquel reino, a saber, don Antonio Isasi y don Marcos García Barnabal; pero ambos habían muerto sin llegar a su destino. Henríquez se conformó gustoso a dejar el mando, satisfecho de haber llenado bien todas sus obligaciones; y, en efecto, el Cabildo dio en su favor, al tiempo de tomarle residencia, el testimonio más linsojero de su ciencia gubernativa y sus brillantes prendas¹⁵⁵.

¹⁵³ Este amago de piratas ha debido ser cosa de muy poca importancia para Warden, puesto que no lo hemos hallado en su *Cronología Histórica de América*.

¹⁵⁴ Cabildo del 19 de junio de 1681.

¹⁵⁵ En el exergo de su retrato que se veía en la sala de palacio, se leía “que había construido la nueva casa consistorial, el puente, el acueducto y otras muchas obras públicas”.

CAPÍTULO XXXIV

Gobierno del maestre de campo don José de Garro, caballero del hábito de Santiago. Situación del reino. Sus providencias y buen tino. Recibe embajadores de los indios. Proyecta un parlamento para cimentar la paz. Realiza este proyecto. Sus consecuencias.

(1682 - 1683)

Era no sólo una necesidad, muchas veces, sino, también, un principio de política el no dejar largos años el mando del reino de Chile a un mismo gobernador, por felices que fuesen los resultados de su gobierno. El de Henríquez se había prolongado porque, así como lo acabamos de decir al fin del capítulo precedente, dos sucesores que se le habían nombrado habían fallecido. Pero a pesar de cuanto la crítica ha podido imaginar para ejercitarse contra dicho Gobernador, el hecho fue que la paz quedó bien consolidada; los asuntos de gobierno bien ordenados y que si hubo males no han procedido de su falta de saber ni de celo. En cuanto a los chismes que corrían sobre lo que llamaban anchura de su conciencia en punto a costumbres, bien que estos cuentos sean honrosos para las de aquellos tiempos, o tal vez por la misma razón, no se puede ni debe colegir que Henríquez fuese hombre relajado. Personalmente, de nada ha sido vituperado, y sólo fue reprendido por demasiada tolerancia. La historia, forzada, por decirlo así, a transmitir ciertos detalles personales que no le competen, no puede menos de hacer constar que si Henríquez fue indulgente, no parece haya tenido él mismo necesidad de indulgencia; y probablemente la que se le achacó, y por la cual fue reprendido, y aun castigado por la misma Reina gobernadora, probablemente procedía más de su respeto que de su desprecio por las costumbres; porque los mayores desórdenes ignorados, y aun negados, les dañan mucho menos que pecados veniales ruidosos.

El nuevo gobernador don José de Garro, al pasar por la provincia de Cuyo, primera de su gobierno, se dio a reconocer al cabildo de San Luis de Loyola el 25 de marzo; pero no por eso el de Santiago dejó de enviar a su alcalde de primer voto¹⁵⁶

¹⁵⁶ Don Alonso Velásquez.

a recibirlo a la casa de campo para acompañarle a la capital. En dicha casa le esperaba también su predecesor para entregarle el bastón del mando, cuya entrega se verificó con satisfacción mutua, al parecer, de ambos. El día 24 de abril fue reconocido por el cabildo de Santiago y, el siguiente, por la Real Audiencia como su presidente.

En su entrada en la capital, se notó una cierta afectación personal que tuvo mandando pasar por medio de la plaza su rico equipaje en muchas acémilas, que se murmuraba llevaban cinco mil pesos, con el fin de que se supiese que, si estaba rico, lo estaba ya antes de ir a Chile.

Luego que tomó el mando, nombró de maestro de campo a don Gerónimo de Quiroga¹⁵⁷; separó el puerto de Valparaíso del corregimiento de Quillota, dándole un gobernador militar y político¹⁵⁸, y se quedó esperando por el buen tiempo para marchar a la frontera, para donde salió el 19 de septiembre acompañado por dos diputados del Ayuntamiento hasta Maipo. Pero antes de entrar en los detalles de su gobierno, debemos exponer, en resumen, el estado del reino, donde la paz no había sido alterada, pero había ocasionado relajación en la disciplina militar; descuido en ciertos ramos de la administración y abusos. Garro notó todo esto desde luego, o lo supo por partes ociosos, y teniendo ya el hábito de mandar, pensó en aplicar a Chile el mismo sistema de gobierno que había seguido en Buenos Aires. La relajación de la disciplina militar era visible, puesto que los soldados pedían licencias, o las tomaban sin pedir las, y se iban a vagabundear, es decir, a robar¹⁵⁹. De aquí, resultaba descuido en la vigilancia de la frontera y había frecuentes desórdenes causados por infracciones de los tratados, tanto de parte de los españoles como de los indios. Éstos, no obstante la real prohibición de tenerlos esclavos, lo eran y muchos se vendían bajo malos pretextos. Garro puso remedio inmediato a este estado de cosas, y lo hizo con tanto tino que a todos satisfizo mucho el principio de su mando. En una circular a todos los jueces, regidores y corregidores del reino les decía “que cuando alguna orden suya fuese contra las leyes, usos y costumbres del país, suspendiesen su ejecución, y le advirtiesen para que no volviese a cometer el mismo error”. Esta admirable moderación le ganó los corazones.

En lo militar, empezó por completar la defensa de Valparaíso, de Coquimbo y de toda la costa. A La Serena envió armas y oficiales para la instrucción de las milicias. Puso vigías en las alturas desde donde se descubría el más lejano horizonte sobre el mar.

A penas llegó a la frontera, recibió noticia de que se hacían movimientos en los butalmapus; pero la interpretación de estos movimientos era anticipada y aun también apresurada. Durante el gobierno de Henríquez, es decir, desde que les había concedido la paz, los butalmapus se habían mantenido en una completa quietud, y era bastante natural que, según su costumbre, se alarmasen con la llegada de un

¹⁵⁷ Uno de los escritores de la historia de Chile, hasta 1656.

¹⁵⁸ Cuya determinación fue aprobada y perpetuada por el Rey.

¹⁵⁹ Acontecimiento inevitable a cada cambio de gobierno, entre el día del anuncio y el de la llegada de un gobernador nuevo.

gobernador nuevo, hasta estar seguros de sus intenciones con respecto a la guerra o a la paz. En efecto, el 3 de noviembre, ya recibió en Concepción embajadores araucanos que fueron a cumplimentarle sobre su entrada en el mando del reino. Garro tenía por sí, además de otras prendas, el exterior agradable, y a primera vista, los enviados indios se quedaron pagados de su semblante y de la acogida que les hizo. Lo primero que les preguntó fue si estaban contentos con la paz, y si tenían alguna queja contra los españoles. A la primera parte de la pregunta respondieron que uno de los objetos de su viaje era el rogarle continuase concediéndoles el beneficio de la paz que les había dado su predecesor; y a la segunda, que lejos de tener motivos de queja contra los españoles, antes los miraban como a hermanos. Satisfechísimo con esta respuesta, el Gobernador les propuso, para mayor abundamiento de confianza recíproca entre las dos naciones, una nueva reunión en parlamento, para principios del año siguiente, con el fin de ratificar y afianzar las condiciones de la paz, tan útil como necesaria a unos y a otros.

Los embajadores araucanos se volvieron regocijados con esta propuesta, y el Gobernador despachó órdenes al comisario de naciones y capitanes de amigos, establecidos por su predecesor, a fin de que pasasen los avisos necesarios para el parlamento que se había de celebrar en Imperial. Con este proceder, Garro puso el colmo a la confianza de los naturales, en atención a que era manifestarles un cierto deseo de verse en medio de ellos, en lugar de ponerlos a todos en movimiento para que acudiesen a un punto español fuera de sus tierras. El comisario de naciones, don Fabián de la Vega y sus capitanes de amigo cumplieron con mucho tino las órdenes que tenían; mientras que el maestre de campo Quiroga organizaba lucidas fuerzas para que los indios viesan, el día del congreso, que no por falta de ellas ni otra consideración de esta naturaleza, quería el Gobernador la paz, sino por los bienes que proporcionaba a ambas partes.

Llegada la época del plazo señalado a principios de 1683, salió Garro de Concepción a la cabeza de dos mil hombres¹⁶⁰, pasó el Biobío y se dirigió sobre Imperial, donde ya le aguardaban los cuatro toquis natos, ciento noventa archiúlmenes, úlmenes y un concurso infinito de su nacionales, los cuales dieron las muestras más estrepitosas de contento en el instante que vieron llegar al Gobernador con sus españoles. Después de los cumplidos recíprocos, entraron en el congreso, y antes de entrar en deliberación, el gobernador español recapituló en un discurso claro y metódico las ventajas que proporcionaba la paz, y los desastres que acarrearía la guerra: “¿Quién hay, preguntó él, al fin, que en vista de este contraste tan manifiesto de bienes y de males, prefiera la guerra a la paz? Si hay alguno, iqué lo diga, o qué levante la mano!”. Nadie la levantó y todos gritaron: “¡La paz, la paz!”.

Quedó, pues, sólida y finalmente afianzada, en términos que españoles e indios parecían aborrecer igualmente la guerra, y querer vivir para siempre como hermanos. La suavidad de modales del Gobernador, con la que se mezclaba el porte digno y desenfadado del hombre que está seguro de sí mismo y de su conciencia, tenía a los araucanos como embelesados mirándole de hito en hito. Después de

¹⁶⁰ En cuyo número cree Figueroa que se deben contar los auxiliares, sin fijarse en cuantos eran.

muchas salvas de artillería, muchos gritos y escaramuzas de los indios, y mucha confusión bien ordenada, se separaron los dos concursos con protestas y gajes recíprocos de afecto y amistad.

Mas, por parte del gobernador español, todas estas demostraciones exteriores ocultaban un pensamiento íntimo que sólo podría ser justificado por los bienes que hubiera podido producir (tal vez, porque no era muy seguro). Este pensamiento era nada menos que faltar a la fe jurada por la paz, aprovechándose de ella para llamar los indios por engaño al territorio español, detenerlos, y mientras tanto, con fuerzas suficientes, entrar en sus tierras, apoderarse de sus familias y haberes y llevárselos para que los poseyesen entre los españoles mismos. Realmente, aunque los fines se consiguiesen, los medios no habrían sido dignos, y así lo sintió el monarca español rechazando esta proposición¹⁶¹, que, contra toda verosimilitud, parece le fue presentada por el gobernador Garro. Sin embargo, no puede quedar duda sobre las buenas intenciones que tenía, en atención a que, bajo el mismo principio de mezcla de los naturales con los españoles, compuso él mismo muchos casamientos de éstos con jóvenes araucanas principales, y estimuló a que otros de menor rango siguiesen el mismo ejemplo. Por su afabilidad, se atrajo las voluntades de manera que los indios se le ofrecían voluntariamente para cuanto quisiese hacer de ellos; pero él jamás les pedía la menor cosa sin que ellos mismos percibiesen fácilmente que todo era por el solo bien de ellos. Así consiguió sin el menor esfuerzo que muchos jóvenes de buenas disposiciones pasasen a vivir y a formarse entre los españoles, estudiando y abrazando la carrera que más les convenía según su gusto y aptitud.

Por otro lado, los butalmapus, en general, le habían ofrecido entregarle todos los cautivos españoles que poseían, y que quisiesen regresar voluntariamente al seno de los suyos. Garro aceptó con grandes muestras de reconocimiento, pero no quiso apresurarse a cogerlos por la palabra, y se la reservó para servirse de ella como ocasión oportuna de volver al medio de ellos con ostentación de fuerzas imponentes. Bien que la data precisa de estos hechos no nos haya sido transmitida, se colige por las actas del cabildo de la capital que sucedieron de enero a marzo de 1683, puesto que dicho Cabildo dé gracias al Gobernador en carta de 30 de marzo, prueba evidente de que había tenido tiempo, después de concluida su feliz expedición, para regresar, escribir a Santiago y recibir la respuesta.

Conforme a la idea que había tenido de guardar para mejor ocasión la oferta de los caciques, de entregarle los cautivos españoles, Garro escribió de nuevo en julio al cabildo de Santiago, exponiendo sin rebozo ni misterios su plan y sus motivos, y pidiéndole dos mil caballos. Los capitulares quedaron tan pagados de el modo abierto y franco con que el Gobernador les daba participación activa en sus operaciones, que el 26 del citado mes leyeron en concejo su carta; acordaron se ejecutase inmediatamente lo que pedía; y el 13 de septiembre siguiente, recibieron ya aviso del recibo de los dos mil caballos, y las gracias por tan magnífico presente, puesto que eran un donativo del generoso Cabildo, que nunca dejaba perderse

¹⁶¹ Por real cédula de 19 de noviembre de 1686.

coyuntura alguna de cooperar al bien general, por mucho que le costase. Con este poderoso refuerzo volvió Garro a pasar el Biobío, marchó sobre Imperial, estableció su cuartel general allí, y al día siguiente empezaron a llegar cautivos españoles de ambos sexos acompañados por los caciques de los diferentes butalmapus donde residían. Al ver el imponente despliegue de fuerzas que habían hecho los españoles, los indios preguntaron si estaban aún en guerra. “No, dijo el Gobernador. Si estuviésemos en guerra, no hubiera yo traído tantos soldados. Los que vienen ahora conmigo han querido ellos mismos venir para que os acostumbréis a considerarlos, armados o desarmados, como amigos y hermanos, y no como enemigos. No quiera Dios que tengáis que volver a daros recíprocamente este nombre”.

Con estas palabras y el tono en que las decía quedaban los indios tan confiados como si le viesan solo sin un arcabuz a su lado. Hecha la entrega voluntaria y gratuita de los cautivos, volvió el Gobernador triunfante con ellos a Concepción, y con muchos naturales que no querían separarse de ellos sino lo más tarde que pudiesen, y que al despedirlos tenían las lágrimas en los ojos. Todo esto se hallaba concluido a mediados de diciembre del mismo año.

CAPÍTULO XXXV

Pasa el Gobernador a la capital. Inundación del Mapocho. Desazones interiores con dos oidores de la Audiencia. Un corsario inglés en Valdivia. Intenta desembarcar y es rechazado. Buena acogida que halló en la isla de Mocha. Despoblación de la isla arriba dicha, y traslado de sus habitantes a la orilla septentrional del Biobío.

(1684 - 1687)

Hasta fines de mayo, Garro se mantuvo en Concepción poniendo la última mano a su obra de consolidación de la paz y de amistad duradera entre las dos naciones. Satisfecho de ver que su sistema había sido perfectamente aprobado y gustado por araucanos y españoles, dejó el encargo de continuarlo al maestre de campo Quiroga, y se fue a invernar a Santiago donde le aguardaban algunas desazones. La primera fueron los daños ocasionados por crecidas e inundaciones del Mapocho, que le costó trabajo el contener en su lecho porque había roto los muelles; pero en fin, lo consiguió, mandándolos construir de nuevo a cal y canto y prolongándolos de setecientas a ochocientas varas para poner, en lo sucesivo, el pueblo a cubierto del mismo accidente. La segunda, se la ocasionó el tener que dar cumplimiento a una real orden que recibió para investigar la conducta de dos ministros de la Real Audiencia¹⁶², real orden promovida por informes del Obispo escandalizado. Son estas miserias, como ya hemos tenido ocasiones de notarlas, que no son del dominio de la historia, pero que pueden servir para dar una idea de la susceptibilidad de las costumbres de aquellos tiempos, la cual era en razón de los sentimientos religiosos que dominaban la sociedad.

Los dos oidores que se habían curado poco, al parecer, del precepto: *Si no eres casto, se cauto*, fueron desterrados, uno a Valdivia y otro a Quillota, con pérdida de sus empleos. Salazar, que fue a Quillota, tuvo bastante corazón para morir de vergüenza y de pesar a los ocho días de destierro. La Cueva recusó al Gobernador, declarándole incompetente, desde Valdivia, y representó al duque de Palata, nuevo virrey de Perú. El Virrey escribió oficiosamente a Garro pidiéndole indulgencia en favor del delincuente; pero el Gobernador no halló medio posible de condescen-

¹⁶² Don Juan de la Cueva y Lugo y don Sancho García Salazar.

der con esta recomendación, y sólo posteriormente, bajo el virrey Portocarrero, conde de la Monclova, fue concedido el traslado del desterrado, por motivos de mala salud y perniciosa influencia del clima, a Quillota.

Tras estas contrariedades interiores, tuvo el buen Gobernador la del aviso de un corsario inglés que habiendo pedido práctico, y no habiéndolo obtenido para entrar en Valdivia, había intentado echar hombres a tierra en una lancha armada. El aviso añadía que los habitantes habían rechazado valientemente su ataque matándole siete hombres, y sin perder ellos más que uno; pero que el corsario¹⁶³ había hallado buena acogida en la isla de Mocha, a donde se había retirado, y había conseguido fácilmente de aquellos indios carne fresca, aves y legumbres en cambio de perlas de vidrio, navajillas y espejuelos. El Gobernador tomó inmediatamente precauciones, mandando levantar en el puerto de Concepción una batería a barbeta de quince a veinte cañones de calibre mayor, y luego marchó apresuradamente a Valparaíso, en donde puso en buen estado de defensa el castillo de San José, que fue de allí en adelante la morada de los gobernadores de aquella plaza marítima, aumentando con cien hombres su guarnición bajo el mando de don Francisco Carrera, oficial de mucho mérito.

En cuanto al corsario, no parece se expuso a nuevas tentativas, y sólo le avisaron una vez desde la costa del partido de Maule, navegando a lo ancho con tres pequeñas naves. Pero Garro, tranquilo por este lado, tuvo allí mismo en Valparaíso un pesar más cierto con la noticia de la pérdida del transporte que llevaba de Perú el situado para el ejército; porque las cajas estaban apuradas, y en efecto, tuvo que acudir al arbitrio de pedir a la ciudad de Santiago (donde estaba ya de vuelta de esta expedición el 13 de octubre) carnes y harinas para dar raciones a los soldados.

El 2 de diciembre salió para la frontera, y a principios del año entrante 1685, llevó a ejecución la real orden de despoblar la isla de Mocha¹⁶⁴, por ser un refugio de piratas. Esta comisión la desempeñó el maestre de campo Quiroga, el cual la dejó desierta, y trasplantó sus ochocientas almas a un sitio llamado desde entonces San José de la Mocha, a tres leguas de Concepción por la parte septentrional del Biobío¹⁶⁵. El traslado de estos habitantes de un punto a otro causó cierta emoción en los butalmapus, y el Gobernador tuvo que mantenerse a la vista en Concepción todo el invierno, cuidando, por otra parte, del establecimiento de los colonos de San José de la Mocha, a costa de la real hacienda. Este establecimiento era cosa de bastante importancia, puesto que había que suministrarles ganados e instrumentos de labranza para trabajar y hacer producir las tierras que les fueron distribuidas

¹⁶³ Que según Pérez-García, era el mismo *Sharp* que hemos visto poco hace, saltar en tierra en Coquimbo e ir a saquear la ciudad de La Serena. Por lo demás, el hecho no parece haber merecido una mención particular, puesto que la *Cronología histórica del reino* no habla de él.

¹⁶⁴ A seis leguas de la costa, y al oeste de la embocadura del Cautén.

¹⁶⁵ Pérez-García se muestra sorprendido del corto número de individuos de esta isla, en atención a que Ovalle le había atribuido 3.000 almas, y 31 caciques. El mismo escritor sostiene que dicha despoblación tuvo lugar en 1685, como consta de los libros de asiento del Cabildo; y no en 1687, por acuerdo de la Real Audiencia, como lo aseguran algunos.

con la mayor equidad. Era ésta una condición que el maestre de campo Quiroga les había propuesto él mismo, en vista de la repugnancia muy natural que habían mostrado a expatriarse; además, se les habían de dar y se les dieron materiales para construir sus habitaciones; y sólo con la perspectiva de mejorar su suerte pudo conseguir el vencer su repugnancia, que empezaba a frisar en la resistencia. Como Quiroga (que desempeñó admirablemente esta ardua empresa) había previsto todas estas dificultades, aprovechó con mucha habilidad el momento crítico en que los vio resueltos, embarcándolos *incontinenti* en un ancho buque de dos palos, dos piraguas y un número suficiente de balsas que había llevado en pos de él.

Al instante en que el Gobernador los vio asentados en su nuevo establecimiento, les envió dos conversores jesuitas, de los cuales tenían harta necesidad, en atención a que en la isla de Mocha habían salido inútiles las tentativas hechas para convertirlos, y aun habían corrido grandes riesgos los misioneros que se habían aventurado a ello; porque eran estos isleños los más entregados a los desórdenes de embriaguez y libertinaje. Sin embargo, recibieron muy bien a los jesuitas, y se prestaron a oírlos; y cosa rara, como si su naturaleza se hubiese cambiado con la mudanza de residencia, entraron muy bien por la doctrina cristiana, y modificaron maravillosamente sus costumbres. Este milagro se explica muy naturalmente. Sin quitar el mérito a los conversores, se comprende fácilmente que la ocupación, el buen orden de la vida y la perspectiva de conveniencia y utilidad, les dejaron menos libres la cabeza y los brazos para entregarse a desvaríos que en la isla de Mocha eran, en gran parte, efecto muy común de la ociosidad.

En cuanto a la alteración momentánea que su translación ocasionó en los *butalmapus*, bien que no haya tenido consecuencias para la continuación de la paz, aun tuvo Garro que hacer, a pesar suyo, algunos actos de justicia. La primera idea que les había venido a la cabeza, había sido que lo mismo que habían hecho los españoles con los isleños de Mocha, lo harían tarde o temprano con todos los indios que existían desde el Biobío hasta el estrecho, y habían empezado a tener reuniones patrióticas. Los que se mostraron más recelosos y prontos a resistir, fueron los de Guambali y los de Tomeco. El Gobernador empleó medios de persuasión, asegurándoles que no había tenido más motivo para sacar los habitantes de la isla de Mocha que el sustraerlos a frecuentes ataques de extranjeros; y haciéndoles ver que no hallándose ellos en el mismo caso, no había para qué tuviesen el mismo temor. Pero viendo que perdía el tiempo, y que la fermentación crecía, averiguó quienes eran los principales motores de ella (los cuales eran los respectivos caciques de los dos citados pueblos), y los mandó ahorcar; y con esto, puso fin a la dificultad. Concluidos estos importantes asuntos, el Gobernador salió para la capital a la primavera, sin duda, puesto que los diputados del Cabildo fueron a buscarle a Maipo el 20 de octubre.

El momento de su vuelta a la frontera, bien que no se halle indicado, se colige de la petición que dirigió al cabildo de Santiago, desde Concepción, el 22 de enero de 1686, de mil caballos de remonta, por haber muerto a rigores del invierno anterior la mayor parte de los que componían la remonta. Inútil es añadir que el Cabildo los concedió. Por lo demás, no había habido acontecimientos; pero

muy luego, corsarios ingleses y franceses volvieron a ejercitar su actividad. Una escuadra combinada de diez navíos de dichas dos naciones, mandada por el pirata afamado Eduardo David, surcaba las aguas de Perú y amenazaba incesantemente las costas. El Virrey, duque de Palata, envió contra ellos una compuesta de siete guardacostas que les dieron caza hasta cerca de Panamá, donde los batieron en un sangriento combate; pero lejos de aprovecharse de la victoria, los españoles le hicieron puente de plata y los dejaron irse y dispersarse. De suerte que después de haber sido derrotados, hacían más daño que antes, puesto que así dispersos, inquietaban el comercio de Lima, y aun hicieron varias capturas, y saquearon algunos lugares de la costa. Dos de ellos volvieron a hacer una tentativa sobre Valparaíso; pero un bizarro capitán guipuzcoano, don Pedro Recalde de Arandolaza, los rechazó valientemente. De allí, se fueron al puerto Papudo donde se hallaron con el mismo capitán y la misma repulsa¹⁶⁶.

Sin desanimarse, los piratas cinglaron a Coquimbo donde fueron avistados el 13 de septiembre, y aquella misma noche tentaron un desembarco con doscientos a trescientos hombres para ir a saquear la ciudad de La Serena, como lo habían hecho ya otra vez; pero el corregidor don Francisco de Aguirre con algunos milicianos a caballo y un pedrero, frustró el ataque. No obstante, al día siguiente por la mañana lograron desembarcar, y se fortificaron en el convento de Santo Domingo, del cual hicieron algunas salidas infructuosas, en todas las cuales tuvieron que retirarse muy de prisa. Viendo que se hallaban en una posición muy falsa y muy precaria, se decidieron dos días después, el 16, a reembarcarse; pero trabajo les costó, y tal vez no lo hubiesen conseguido, si, al dejar el convento, no le hubiesen pegado fuego para dividir la atención y los brazos españoles. Por este medio lo consiguieron reembarcándose con mucha precipitación porque Aguirre¹⁶⁷ los persiguió hasta arrojarlos, por decirlo así, al mar, dejando ocho muertos y dos prisioneros. Los defensores de Coquimbo no perdieron ni un hombre.

El jefe de esta piratería era aún, a lo que parece y por tercera vez, el mismo Sharp, de quien ya hemos hablado. Al primer aviso, el gobernador de Chile había acudido con las milicias, y el 19, ya escribía al Cabildo participándole el mal éxito de los corsarios; y al eclesiástico, pidiéndole una misa cantada en acción de gracias. Sin embargo, no quiso regresar de Valparaíso hasta quedar bien asegurado que los enemigos se habían ido para no volver, y allí permaneció hasta la entrada del invierno que fue a pasar en Santiago.

¹⁶⁶ Por estos hechos el capitán Arandolaza fue nombrado por el Rey alguacil de corte de la Real Audiencia.

¹⁶⁷ Descendiente del adelantado don Francisco de Aguirre.

CAPÍTULO XXXVI

Interceptación del comercio entre Lima y Chile por los corsarios ingleses y franceses. Providencias a que dio lugar para el transporte de caudales. Pasa el Gobernador de la capital a Concepción llevando en su séquito los dos ministros que había en la Real Audiencia. Queda el tribunal cerrado. Provisiones para la administración de la justicia en su ausencia.

(1687 - 1692)

En el momento en que Garro volvió de Valparaíso a Santiago, la capital se hallaba lacongojada por penuria de dinero y por una peste. Apenas salía de un aprieto entraba en otro, y las calamidades se seguían con intervalos que la Providencia parecía concederle sólo para dejarle cobrar aliento y fuerzas para continuar padeciendo. Guerra, hambre, peste, meteoros, terremotos, inundaciones, todos estos azotes alternaban para afligir sucesivamente a los españoles de Chile, y especialmente a Santiago, centro de acción y de movimiento. Con la pérdida del situado que iba de Lima a Valparaíso, hallándose las cajas del reino sin un cuarto, hubo que acudir al arbitrio de mantener el ejército con raciones, y estas raciones tenía que aprontarlas el cabildo de Santiago, con la perspectiva de que el mal no podía menos de continuar, en atención a que los corsarios ingleses y franceses interceptaban cuantos barcos mercantes salían de Lima para Chile; y por colmo, hubo un terremoto, el 20 de octubre, en la capital de Perú, que asoló las campiñas y sus mieses obligando a los peruanos a ir buscar subsistencias a Chile¹⁶⁸.

No queriendo aventurar el situado, que ascendía a trescientos mil pesos, el Virrey pensó en enviarlo por libramiento sobre la tesorería de Potosí (cosa prevista, a la verdad), y así se ejecutó¹⁶⁹. Pero de aquí surgía otro inconveniente, que era la aplicación más o menos íntegra de caudales a sus diferentes objetos. Sin duda era imposible, imposible humanamente, el que pasase por manos enteramente puras, puesto que en el largo catálogo de gobernadores que encierra esta historia, han sido muy raros los que, directa o indirectamente, no han dado lugar a medidas dictadas por la desconfianza, sin contar las frecuentes acusaciones muy explícitas

¹⁶⁸ En este año se llevaron muchísimas fanegas de algarrobas. Pérez-García.

¹⁶⁹ Por real cédula de 16 de enero del mismo año 1687.

que se han visto. En efecto, otra real cédula de septiembre siguiente mandaba concurren a la distribución del situado el decano y el fiscal de la Real Audiencia, presenciando la revista de las diferentes armas del ejército. En cumplimiento de esta orden, salió el Gobernador para la frontera llevando en su compañía al decano¹⁷⁰ y al fiscal¹⁷¹ del real tribunal, únicos ministros que hubiese entonces, por cuya circunstancia hubo que dejar las puertas de la Audiencia cerradas; y como en ningún caso podía ser interrumpida la administración de la justicia, dejaron habilitado un juez de apelación¹⁷², y un suplente¹⁷³. Llevando, por decirlo así, a toda la Real Audiencia en las personas de sus magistrados, el Gobernador llevó también el real sello, y el tribunal se halló, por este acaso, trasladado temporalmente a la capital de la frontera. La operación debió de ser muy sencilla, puesto que fue muy corta, y que muy pronto los dos ministros de la Real Audiencia volvieron a sentarse en sus poltronas. Fuera de esto, no hubo acontecimientos, ni parece que en todo el año 1688 haya ido el Gobernador del reino a la capital. Al año siguiente llegó a ella el 4 de enero, y permaneció allí hasta el 23 de septiembre, que regresó a Concepción con el mismo acompañamiento de los dos oidores y con el mismo objeto. Sólo hubo la diferencia de que esta vez había llegado el situado contante sano y salvo a dicho puerto. Fuera de estas particularidades administrativas, hubo el sínodo celebrado el 23 de enero, por el obispo de Santiago, don Bernardo Carrasco, y la llegada de tres religiosas carmelitas descalzas, enviadas por el de Charcas a la capital para fundar en ella dicha orden¹⁷⁴. Esta fundación se hizo a expensas de los vecinos de Santiago, y contribuyeron a ella muy particularmente el Gobernador, el Obispo, los capitulares y los oidores de la Real Audiencia. Las fundadoras llegaron a mediados de diciembre de 1689, y tomaron inmediatamente posesión de su convento con gran solemnidad y acompañamiento de las demás comunidades religiosas, del clero secular, de los cabildos y del Obispo.

En el año siguiente de 1690, hubo un acontecimiento de muy poca importancia en el hecho, pero que probó perfectamente las arterias con que las naciones de Europa, y especialmente los ingleses, se ensayaban a suplir a la falta de fuerza para satisfacer la envidia que les causaban las posesiones españolas de América, y cuán justas y bien fundadas eran las precauciones celosas del Monarca y de su gobierno. Había habido, en 1670, un tratado entre España e Inglaterra, a resultas del cual llegó a Chile una real cédula¹⁷⁵ mandando se diesen acogida, víveres y auxilio a los navíos ingleses que llegasen a puertos o costas de América acosados por temporales, accidentes o piratas. Sin duda, en la redacción de esta real orden

¹⁷⁰ Don Bernardo de Haya y Bolívar.

¹⁷¹ Don Pablo Vázquez de Velasco.

¹⁷² Don Juan de la Cerda.

¹⁷³ Don Francisco de Quevedo Zaldívar, tesorero de la catedral.

¹⁷⁴ Estas fundadoras llegaron el 8 de diciembre, y se alojaron en la Cañada, acera sur, debajo del cerro de Santa Lucía. Doña Ana de Flores, que era española, y viuda de tres maridos, fue la principal fundadora, dando todos sus bienes a su monasterio. El conductor de estas religiosas fue el capitán don Gaspar Ahumada.

¹⁷⁵ 24 de junio de 1689, es decir, diecinueve años después.

había habido alguna omisión que dejó lugar a falsas interpretaciones o subterfugios, puesto que las intenciones del gobierno no eran que la hospitalidad a buques ingleses se extendiese a los que entrasen por el mar del Sur donde nada tenían que ver, en atención a que Inglaterra no tenía en él ni posesiones ni derecho a adquirirlas. De todos modos, un buque de dicha nación, capitaneado por *Strong*, entró por septiembre de aquel año por el estrecho de Magallanes, y de repente abordó a Coquimbo, al abrigo del tratado arriba dicho, pidiendo víveres al corregidor de La Serena. Grande fue la sorpresa del corregidor, el cual, no sabiendo qué resolución tomar, despachó un expreso al Gobernador, que se hallaba en la capital. No menos sorprendido que el corregidor de La Serena, Garro reunió en consejo el Obispo y la Real Audiencia, no atreviéndose a tomar sobre sí solo la responsabilidad de caso tan extraño, y de la deliberación resultó que bien que el tenor de la citada real cédula dejase dudas, la humanidad aconsejaba se concediesen al navegante inglés los auxilios que pedía: en efecto, se le dieron víveres para quince días, y orden para bajar al puerto de Valparaíso, a fin de que fuesen reconocidos sus pasaportes, los cuales no dieron lugar a sospechas; y al instante *Strong* se hizo al mar, sin que se volviese a oír hablar de él.

Sin embargo, difícilmente se comprende qué razón pudo haber alegado para haber entrado por el estrecho, cuestión a la que, sin duda alguna, habrá tenido que responder. Lo cierto ha sido que, al recibo de los informes despachados por el Gobernador sobre este acontecimiento, el Monarca manifestó altamente su desagrado, desaprobando la resolución tomada por él, aunque con acuerdo del senado chileno y del Obispo, y mandó que la real cédula que había sido tan mal interpretada cesase de existir en los archivos de aquel reino, y fuese remitida a la secretaría del real Consejo de Indias, para que no diese lugar de allí en adelante a otro semejante encarte; y que siempre que se presentase igual caso, fuesen rechazados los buques extranjeros como enemigos, en caso necesario, en cuyo acto no habría infracción alguna al precipitado tratado de 1670 con el gobierno británico.

El gobernador Garro, que se hallaba desde mayo en Santiago, se aprestaba para regresar a la frontera a principios de diciembre cuando recibió la nueva de que le llegaba un sucesor, y con él, los magistrados que faltaban en la Real Audiencia. Con esta noticia, suspendió su viaje y se mantuvo en la capital esperándole todo el año, sin querer ir a Concepción para distribuir el situado que había llegado a aquel puerto (no obstante, los inconvenientes que la dilación de este acto administrativo podía ocasionar), por dos razones; la primera, porque juzgó que ya su ejecución pertenecía a un sucesor; y la segunda, por no volver a dejar el tribunal de justicia cerrado, con graves perjuicios para los litigantes, y, en general, de muchas causas pendientes.

Por fin, llegó el nuevo Gobernador el 5 de enero del año siguiente con socorros que fueron probablemente la causa de su retardo de un año, después de la noticia de que había arribado a Buenos Aires. Estos socorros se componían de doscientos españoles de refuerzo, y de pertrechos para el ejército. Era una buena entrada, ciertamente, pero no bastaba para tener derecho a una cordial bienvenida. Gobernar

después de Garro, del santo Garro¹⁷⁶, era ardua y comprometedora empresa. Dicho Gobernador dejaba en el reino una memoria eterna de honra, gloria y bendiciones, no sólo por su integridad, justificación, acierto y ciencia en el mando sino, también, por sus cualidades y virtudes privadas y puramente personales. Su generosidad, bondad y modestia le hicieron amar y llorar hasta de los mismos indios, los independientes, que gozaron bajo su gobierno de una bendita paz, lo mismo que los de encomienda, los cuales nunca habían disfrutado de una protección tan eficaz y tan benéfica como la que él concedió. Su esmero por sus adelantos en el conocimiento del cristianismo, y de los deberes recíprocos que los hombres reunidos en sociedad tienen que llenar para el mantenimiento de la sociedad misma, y por interés particular de cada individuo; este esmero, decíamos, no hallaba obstáculos ni límites, y cuando los medios destinados a este gran objeto no alcanzaban, su hacienda y haber suplían esta falta. Así fue que tuvo el gusto de conducir, por decirlo así por la mano, bárbaros gentiles del gentilismo al sacerdocio. Detengámonos aquí sobre este punto, de miedo de alterar el brillo de esta página tan hermosa.

En cuanto a los actos de su gobierno, su vigilancia, su actividad y su acierto eran incomparables, y cuando pasaba informes de sus operaciones y del estado del reino, nunca hablaba de sí mismo y sí siempre de las demás autoridades y empleados; de suerte que más parecía un testigo ocular contando lo que había visto, que el actor principal y el ama de cuanto se hacía¹⁷⁷. Finalmente, cuando faltaba el situado, pagaba el prest del soldado, hasta donde alcanzaba, con su propio caudal; y los adelantos de raciones hechos por las ciudades, igualmente; y no había que temer que al participar al Virrey escasez o apuro, se alabase de ello.

Pero no se crea que tanta bondad fuese originada de debilidad. Nadie ha poseído en más alto grado que él la firmeza que pide la ejecución de la justicia, y la observancia de las leyes. La sola diferencia que había de su firmeza a otras era, que en el caso de hacer justicia, apartaba la vista del culpado para no ver más que la culpa o delito, sin excepción de personas, calidad o rango, como lo probó en su sentencia contra los dos ministros de la Real Audiencia –que los lectores no han tenido tiempo de olvidar– y su resistencia a las recomendaciones del virrey de Perú para que los indultase. Pues aun dio otra prueba, tal vez mayor, de su integridad firme, mandando poner en una cárcel a su propio secretario¹⁷⁸, sujeto a quien profesaba una ternura paternal por haberle criado y educado, el cual había especulado y hecho un caudal ilícito. El delincuente se salvó, fue cierto, porque recibió aviso a tiempo, y no por culpa del Gobernador, el cual mandó que puesto que el culpado se había escapado, se asegurase a lo menos el fruto de sus rapiñas secuestrándolo. Pero el diestro secretario ya había tomado a tiempo sus medidas, y pudo también salvar su caudal mal adquirido.

¹⁷⁶ Como dice Figueroa que le llamaban en Chile.

¹⁷⁷ He oído decir a muchos ancianos que habían tenido la dicha de conocer a este Gobernador: ¡Garro era un santo! Carvallo.

Ya hemos hecho notar que Figueroa dice otro tanto en sustancia; y lo mismo dice Pérez-García.

¹⁷⁸ Don Domingo Domínguez.

Así sucedió que el acto de prestar residencia fue para Garro una sesión de lauros que visiblemente afligían su cándida modestia. Salió para España colmado de lágrimas y de bendiciones, y al punto en que llegó, le dio el Monarca el gobierno de Gibraltar, que permutó luego por el de Cantabria¹⁷⁹, en el cual permaneció hasta su muerte.

¹⁷⁹ De donde era natural.

CAPÍTULO XXXVII

Gobierno del maestre de campo don Tomás Marín¹⁸⁰ de Póveda, teniente general de caballería. Llega por Buenos Aires con refuerzo de España. Deserción de la mayor parte de los soldados que lo componían. Reconocimiento del Gobernador en Mendoza. Su llegada a la capital del reino. Sus actos de gobierno.

(1692 - 1694)

Los lectores han admirado, sin duda alguna, en el discurso de esta historia, y nosotros mismos lo hemos notado, el consumo de grandes generales que hacía la guerra de Chile a la nación española; y de esta reflexión surge naturalmente la multitud de hombres de mérito que dicha nación debía vanagloriarse de poseer. Si se contasen, desde el conquistador Valdivia, se vería que en ninguna era del mundo ha habido ninguna que poseyese tantos, y que sus conquistas y grandeza eran consecuencias de esta particular riqueza de buenas cabezas, y de corazones intrépidos, generosos. En cuanto a generosidad, se han visto rasgos inauditos, y si no ha sido regla general, por ejemplo, en los gobernadores del reino de Chile, las excepciones han sido pocas, afeadas por la opinión de sus connacionales, y castigadas por la leyes. Además de eso, hay que notar que no era bastante el que un jefe supremo fuese realmente íntegro y justificado, pues era indispensable que lo pareciese a todos, y si individuos de una clase cualquiera que fuese, por ignorancia, interés o espíritu de crítica (a que es propensa la nación), murmuraban de él o de sus actos, ya podía renunciar al goce de una reputación limpia y sin mancha. Ni el incomparable Baidés, que con tanta habilidad convirtió los desastres de una interminable guerra en una paz duradera y benéfica; ni el angelical Pereda, que dejó para siempre este renombre en Chile; ni Henríquez, cuyo gobierno fue proclamado el arco iris del reino; ni Garro, últimamente, apellidado el santo, ninguno de estos beneméritos y grandes hombres se pudo libertar de los ataques del malhadado hábito nacional de murmuración, o de las saetas pérfidas de la calumnia. Y tal es esta cruel propensión, que hay escritores de aquel tiempo, entre los cuales

¹⁸⁰ *Martín*, dice Pérez-García, pero en este punto Carvallo está siempre bien informado. El escrupuloso Figueroa no ha querido, sin duda, errar, y le llama solamente don Tomás de Póveda. La historia seguirá su ejemplo.

notamos el más acérrimo y explícito panegirista de Garro, al fin de su gobierno, que no han podido contener su inclinación a la desconfianza y a la sospecha, y han no sólo puesto en duda sino, también, atacado franca y abiertamente la noble cualidad de desinteresado, de la cual dio tan bellas pruebas, y que ellos mismos han proclamado a la conclusión.

El sucesor de Garro fue, como hemos dicho, don Tomás de Póveda, el cual llegó por Buenos Aires con refuerzos y pertrechos para el ejército de Chile. Al paso por Mendoza, el 20 de diciembre, se dio a reconocer allí, y luego continuó su viaje a la capital con su alcalde¹⁸¹, y con su regidor¹⁸², enviados por el Cabildo a su encuentro. Los capitulares le fueron a esperar a la casa de campo, y el día 6 de enero hizo su entrada en la ciudad de Santiago¹⁸³, fue reconocido el mismo día por el Cabildo, y en el siguiente, por la Real Audiencia.

El gobernador Póveda, bien que fuese cosa difícil distinguirse y hacerse querer llegando tras de Garro, no podía menos de ser bienvenido a Chile, en atención a que ya era conocido por su saber y sus buenas cualidades. Era el mismo que los lectores han visto llegar con el gobernador Henríquez desde Lima. Durante su gobierno, había ascendido a maestre de campo; había ido a España y el Rey le había dado el mando de Chile¹⁸⁴, concediéndole, además, un refuerzo de doscientos soldados españoles y pertrechos. Después que desembarcó en La Plata, se vio detenido por una circunstancia tan inexplicable como inesperada, cual fue la deserción casi general de los soldados que llevaba de España, de los que sólo le quedaron treinta y seis. Los demás habían desaparecido en Buenos Aires y en las pampas. Ésta ha debido de ser probablemente la causa de su tardanza en llegar a su gobierno.

Luego que fue reconocido, empezó a mostrarse hombre de orden y de gusto, proponiendo al cabildo de la capital adelantos y perfecciones en las obras públicas de la ciudad. Pero poco tiempo permaneció allí. El 26 de febrero salió con mil caballos que le dio el Cabildo (a costa de los vecinos de Santiago), para la frontera a donde le llamaba con premura, sino el interés general, a lo menos, uno muy personal, a saber el recibir a su novia¹⁸⁵ que estaba para llegar de Lima a Concepción para desposarse con él. En cuanto a los asuntos generales, no había por el momento más que dos, a saber, la distribución del situado, para cuya operación le acompañaban el decano y el fiscal de la Real Audiencia; y el restablecimiento de la disciplina del ejército, cuyos resortes se habían aflojado, como sucede siempre durante la interrupción de movimiento inevitable entre el fin de cada gobierno y el principio del siguiente.

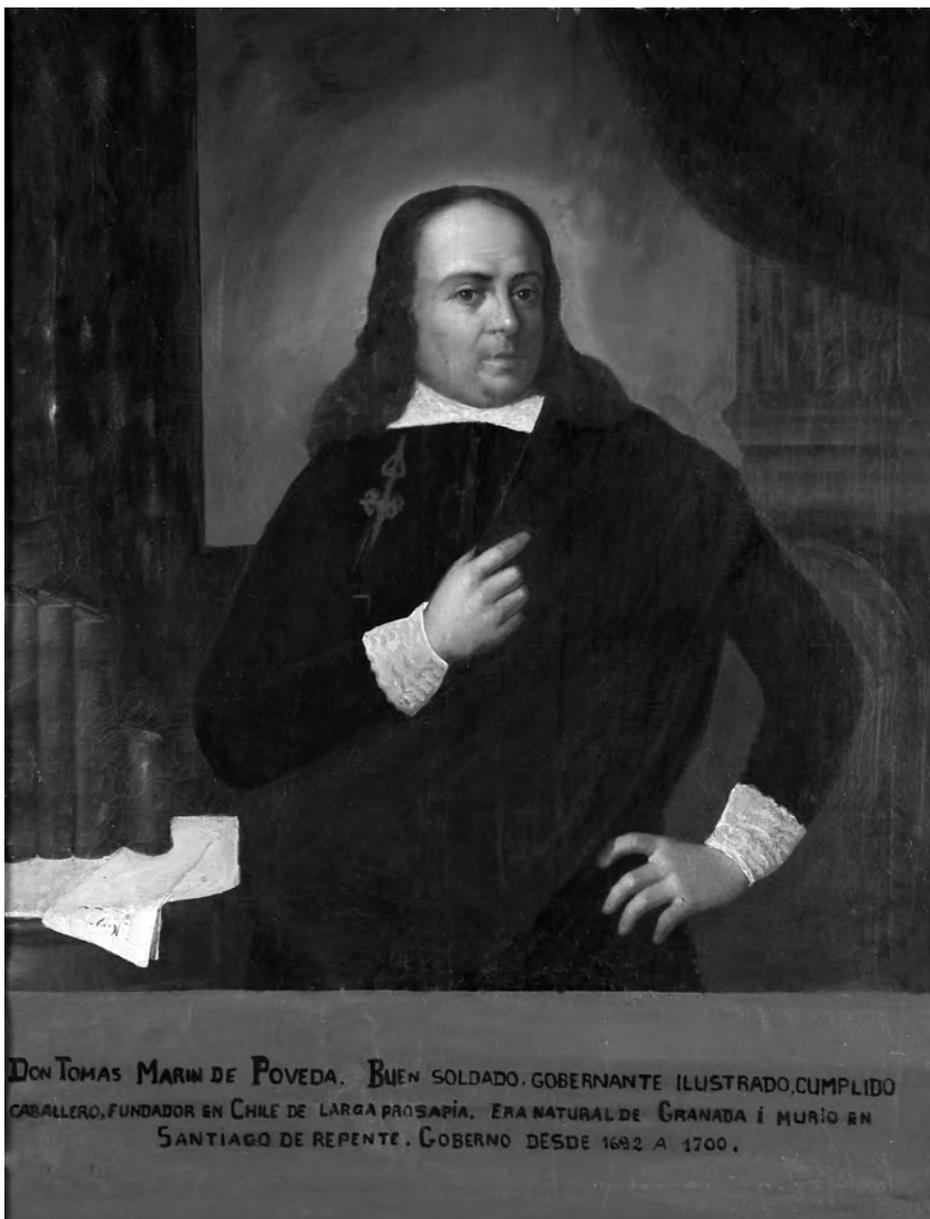
¹⁸¹ Don Pedro Gutiérrez de Espejo.

¹⁸² Don Juan de Romo.

¹⁸³ Por la calle de Santo Domingo. Alcedo ha omitido el nombre de este Gobernador en su diccionario. Pérez-García.

¹⁸⁴ Despacho de 1 de julio de 1689.

¹⁸⁵ Doña Juana Urdanegui, hija del marqués de Villafuerte de Lima. El nombre debe de hallarse aquí algo desfigurado, y, sin duda, se llamaba *Urdanegui*, nombre guipuzcoano, como lo indica el título de *Villafuerte*, cuyo señorío se halla en dicho país.



Don TOMÁS MARÍN DE POVEDA. BUEN SOLDADO. GOBERNANTE ILUSTRADO, CUMPLIDO
CABALLERO, FUNDADOR EN CHILE DE LARGA PROSAPIA. ERA NATURAL DE GRANADA Y MURIÓ EN
SANTIAGO DE REPENTE. GOBERNO DESDE 1692 A 1700.

Su llegada a Concepción fue un verdadero día de triunfo para él, porque causó una alegría general, que se manifestó en fiestas y regocijos que duraron ocho días, con iluminaciones, fuegos, teatros francos y corridas de toros; y apenas habían tenido tiempo para descansar de estas agradables faenas, que militares y ciudadanos las repitieron algunos días después con la ocasión de la llegada de la señorita de Urdaneguo, esposa futura de Póveda. Éste estaba como embriagado de felicidad, y nada tenía de extraño. Así fue que se creyó obligado a pagar los obsequios que sus administrados le habían hecho, y lo hizo como hombre elevado y bondadoso, sustrayendo del importe de cosas que por ser gratas no eran menos excusadas, y empezaban ya a ser excesivas, una buena parte que fue destinada a actos verdaderamente benéficos, con honra del buen juicio y corazón de su autor.

Entre los militares de rango que se esmeraron en obsequiar al nuevo Gobernador, el que más se distinguió fue el maestro de campo Figueroa, con quien en tiempos pasados no estaba muy bien Póveda. En esta ocasión se reconciliaron, y sea por eso o por su solo mérito, quedó de maestro de campo. El empleo de sargento mayor lo llenaba don Bartolomé Villagra, y lo conservó. Pero lo que más fue de notar en aquella circunstancia, ha sido que los araucanos imitaron a los españoles en su júbilo, y tuvieron fiestas a su modo; mientras que por otro lado, le enviaban embajadores a cumplimentarle, rogándole señalase plazo para una reunión parlamentaria a fin de que tuviesen la dicha de verle y abrazarle.

Ya se ve cómo la perseverancia española se acercaba de sus altos y benéficos fines. El Gobernador aceptó con gustosa presteza el convite de los araucanos. Después de haber pasado revista al ejército, a las plazas y al material de defensa, envió los caciques de la parte septentrional del Biobío con algunos españoles que hablaban corrientemente su idioma, para que fuesen propagando el llamamiento del proyectado congreso a los butalmapus más lejanos. Pasaron éstos a la orilla opuesta, y aquellas parcialidades convocaron a sus vecinos; éstos a otros, y de vecinos a vecinos, se extendió la voz, entre el mar y los montes, hasta Osorno y Chiloe¹⁸⁶. El sitio señalado fueron los llanos de Toquechoque¹⁸⁷. Jamás reunión de indios y españoles había sido tan numerosa. Las ratificaciones de paz eterna se hicieron por aclamación espontánea y sin deliberar. Los naturales se mostraron cordialmente afectos a sus antiguos agresores, y éstos no poco a los conquistados¹⁸⁸.

De vuelta, por mayo, a Concepción, el Gobernador envió parte y los detalles de este acontecimiento al cabildo de Santiago, congraciándose con él para que tuviese la generosidad de adelantar los sueldos devengados por los empleados de Valparaíso, en atención a que no alcanzaba a ello el situado. El generoso Cabildo no se hizo de rogar, y acordó sin contestación lo pedido.

Es verdad que Póveda había sabido congraciársele. En el obispado de Santiago había levantado dos villas; en Buena Esperanza, partido de Rere, una población nueva, y otra en Itata. Las dos villas del obispado de la capital, una fue fundada en

¹⁸⁶ De 34 a 41° de latitud.

¹⁸⁷ En nuestra campaña de Yumbel, dice Pérez-García, sin fijar el punto.

¹⁸⁸ El día de la reunión se quedó en blanco; pero basta saber que fue a principios de 1693.

el territorio de Maule, a orillas del Talca, en un delicioso valle donde había un convento de agustinos; y otra, en la margen del Chimbarongo, en Colchagua, donde había otro de mercedarios¹⁸⁹.

Pero volviendo a los efectos de la paz, fin principal de la guerra y de los desvelos del monarca español, no era el todo el congraciarse con los indios y congraciarse con ellos por alcanzar sólo resultados puramente humanos; lo esencial era ganar almas al cielo. Los jesuitas, misioneros y conversores natos, continuaban con el mismo incansable celo en el ejercicio de sus misiones; eran pocos para poder predicar, catequizar, bautizar y confesar en todas partes. Sea ya por una digna emulación, o por inspiración del espíritu del sacerdocio, hubo clérigos seculares que se sintieron las fuerzas de ayudarles. Entre éstos se distinguieron el párroco de San Bartolomé de Gamboa, en Chillán¹⁹⁰, y su vicario¹⁹¹, los cuales, después de una misión predicada por el jesuita P. Juan de Velasco en su parroquia, se decidieron a ello, y penetrando en tierra de infieles, se fueron por Tolhué, Repocura, Imperial, Boroa y Maquehua, y volvieron al Biobío por Tuftuf predicando, bautizando y, lo que es más, casando a la faz de la iglesia sin hallar resistencia que haya merecido mención en ninguna parte. Esta feliz expedición apostólica exaltó el celo de las órdenes religiosas, y los franciscanos se ofrecieron a servir las casas de conversión. El gobernador Póveda, que, como se sabe, había estado en buena escuela (la de Henríquez), no dudó de que estos síntomas anunciaban el término final del conflicto, que todos habían creído fuese eterno, entre los naturales y los españoles. En esta firme persuasión pasó informes a la Corte expresando los motivos que tenía para contar con una era feliz de paz y de prosperidad, y pidiendo a S.M. licencia para fundar a lo menos un colegio de educación y de enseñanza a favor de los indios jóvenes.

Era un pensamiento demasiado loable para que no mereciese la real aprobación, y Carlos II autorizó a llevarlo a ejecución sin la menor demora. Las casas de conversión llenaron la primera atención, y fueron fundadas las de Repocura y Galeo, bajo la invocación de la Virgen del Carmen. El párroco de San Bartolomé de Gamboa las dirigió hasta que por su ascenso a una prebenda de Santiago volvieron a los jesuitas. Se fundó otra en Colhué dedicada a santo Tomás, en obsequio del Gobernador, la cual era dirigida por don José Díaz, arriba nombrado. En Tucapel y Maquehua se fundaron otras dos bajo la dirección de religiosos franciscanos; y dos más en Imperial y Boroa, a cargo de los jesuitas. Ya no quedaba más que hacer sino poner la última mano a la obra, reuniendo los naturales en pueblos limitados y circunscritos; comunicándoles costumbres y reglas de vida social, y sujetando sus acciones a leyes. Así lo pensó Póveda, y procedió a ello. ¿Quién había de pensar lo que sucedió? Pero esto, capítulo por sí merece.

¹⁸⁹ Sin duda, no dieron nombre propio a ninguna de estas poblaciones, de las cuales sólo se conservaron, según dice Carvalho, las de Talca, y Buena Esperanza, sin que haya quedado vestigio de las otras dos.

¹⁹⁰ Don José González Ribera.

¹⁹¹ Don José Díaz.

CAPÍTULO XXXVIII

Fatal cambio de escena. Laudable proyecto del Gobernador. Superstición de los naturales. Desacierto del comisario de naciones. Funestos efectos que produce. Ruptura de la paz. Muerte de un capitán de amigos. Levantamiento. Acto de demencia. Muerte del comisario. Retirada de los españoles, y otros sucesos.

(1694 - 1697)

La responsabilidad de las personas que mandan o gobiernan es el arbitrio más sabio y al mismo tiempo el más natural de la razón para asegurar la observancia de las leyes, la estabilidad del orden, y el éxito de todo proyecto. Si, a primera vista, parece injusto y excesivo algunas veces, en atención a que los que dirigen no ejecutan, esta consideración ofrece un motivo más para mantener íntegro este elemento esencial de gobierno en todos casos y materias. Por lo mismo que el que forma un plan o proyecto no puede ejecutarlo por sí solo, por esta misma razón, tiene la más estrecha obligación de escoger agentes aptos e idóneos para su ejecución, probándolos, examinándolos y profundizando su carácter, su capacidad y su aptitud. El jefe, sea político o militar, que se refiere a informes y se contenta con ellos, en este particular, se pone una venda en los ojos y corre por el borde de un precipicio. Esto fue lo que le sucedió al gobernador Póveda.

Sin embargo, sus proyectos eran racionales y, lo que más es, sanamente políticos. Había aun más que todo esto en ellos, puesto que encerraban en sí un arranque de noble ambición digno de un hombre de honor y de conciencia (dos cosas harto distintas en la acepción general), y de una buena cabeza. En una palabra, Póveda quería cumplir con su deber dando un paso de gigante para llegar al cabo de una jornada de ciento cuarenta años de guerra y de sangre; pero si tuvo este pensamiento acertado, faltó de igual acierto en la elección de sus agentes. Para reunir los naturales en sociedad y darles leyes, reglamentos y costumbres no se necesitaban hombres de denuedo en acciones de guerra, y sí de tino y de buen consejo.

El comisario de naciones era entonces lo que se llama un valiente; pero si don Antonio Pedreros era intrépido, por un lado, era, por otro, un sujeto el más desatinado, y así procedió a la ejecución del sabio proyecto de su jefe superior por medios descabellados. El maestre de campo Quiroga, bien que llenase después de muchos años su empleo, no conocía suficientemente la índole de los naturales. En-

tre los defectos e inconvenientes de su ignorancia, tenían éstos el de la superstición tan arraigado, que vivían, por decirlo así, con la cabeza atolondrada por adivinos y por brujas. En sus acciones, eran éstos sus guías; en sus temores, sus protectores, y en sus enfermedades, sus médicos o sus homicidas. Al que no moría agobiado por años y caducidad, le había muerto, según ellos creían, una hechicera; y al que había sanado, otra u otras le habían curado. Los jesuitas con todo su saber, su persuasión y su destreza, se habían estrellado perpetuamente contra estos dos escollos, y habían sido impotentes para desarraigarlos. El maestro de campo y el comisario de naciones no vieron en esta dificultad sino un nudo gordiano que era más fácil cortar que desatar, y se pusieron a intimidar, intimidar y castigar. Los naturales empezaron a alarmarse.

Pero es de advertir que luego que Póveda había dado sus órdenes y tomado disposiciones, que le habían parecido suficientemente eficaces, se había ido de la frontera a Santiago donde se estaba muy tranquilo y muy lejano de pensar en que tuviesen mal resultado, dando cumplimiento a reales cédulas y pragmáticas sobre economía política, reglas de buen gobierno y costumbres¹⁹². De repente, recibió un parte inesperado, y capaz de desesperarle. He aquí lo que había sucedido.

De la sorpresa que les causó a los naturales el proceder del comisario de naciones y sus capitanes de amigos, encargados de la ejecución de sus órdenes, los naturales pasaron naturalmente a sospechar las intenciones de los españoles, sospechas que generalmente no estaban desterradas de entre ellos. A las sospechas se siguió el alarma, y a ésta la actitud de defensa. En lugar de pararse a reflexionar en ello, los ejecutores, o por mejor decir, el agente principal Pedreros se irritó con la oposición y pasó adelante con brutalidad. Nuguepagi¹⁹³, cacique de Virhuenco, se quejó, argumentó, protestó, amenazó y concluyó dando muerte al capitán de amigos Miguel de Quiroga, con cuya cabeza y manos corrió la flecha sangrienta.

No obstante, Millapal, nombrado toqui general, tuvo aun la lealtad de prevenir a Pedreros que no siguiese adelante con su empeño; que estuviese quieto y que ellos estarían tranquilos, sin alterar la paz de que gozaban, con tal que les dejasen libres en sus tierras con sus usos, costumbres y creencias. En respuesta, Pedreros se puso en marcha con ochocientos hombres contra Millapal, que se hallaba ya con fuerzas en Maquehua, y a dos leguas al este de Boroa, le vio formado a la otra parte del Quepe. Al verle llegar, los indios, según su costumbre, le enviaron desafíos y denuestos, a los cuales el intrépido e ignorante Pedreros respondió volviéndose a los suyos y diciéndoles: “El que se atreva, me siga”; y arrojándose al río, solo sin que nadie le siguiese porque era un acto de locura visible, y porque sólo él estaba loco. La consecuencia fue que al salir a la orilla opuesta, cayó acibillado de lanzadas; visto lo cual por don Ignacio de Molina, este capitán mandó retirada y volvió con las tropas a la plaza de Purén, dejando a los indios muy satisfechos y más dispuestos a volver a las andadas que lo hubiesen estado ya hacía muchos años.

¹⁹² En este año 1694, se pensó en construir una casa de recogidas. Pérez-García.

¹⁹³ O Nahuelpagi. Las lamentables piezas de los archivos pueden ocasionar fácilmente equivocaciones.

Luego que el Gobernador recibió esta noticia quitó el mando al maestre de campo Quiroga¹⁹⁴, y se lo devolvió a don Alonso de Córdoba y Figueroa, el cual desde la plaza de Arauco tomó medidas para cortar los progresos de la insurrección. El sargento mayor Covarrubias, que mandaba el tercio de Yumbel, recibió orden suya para que marchase con las fuerzas que tenía, sin dilación, sobre Negrete, y que aguardase órdenes posteriores en el Biobío, atrincherándose y manteniéndose en la mayor vigilancia. Apenas llegó Covarrubias al punto indicado, recibió nueva orden del maestre de campo para incorporarse con él en Purén. Figueroa, en efecto, después de haber tomado precauciones en Arauco, salió de esta plaza para la de Purén, en la cual pasó revista a mil cuatrocientos combatientes, comprendidos los auxiliares; seiscientos mandados por el Gobernador y ochocientos por él. Hallándose así con fuerzas suficientes y conociendo como conocía a los indios, les intimó sumisión, y la entrega inmediata del culpable, so pena de guerra a fuego y a sangre. Los caciques se acogen al indulto, pero no entregan a Millapal, el cual, con algunos otros guerreros, se retira a Repocura; pero viéndose, por decirlo así, abandonado y conociendo el carácter de Figueroa, le envió a pedir perdón finalmente y salvoconducto para presentarse prometiéndole justificarse, y probar que antes de recurrir a la resistencia abierta y armada, había rogado a Pedreros, comisario de naciones, no violase los tratados, forzándoles a renegar sus creencias, y a separarse de sus usos y costumbres.

El maestre de campo conocía muy bien que tenía razón; pero hizo muchas dificultades y puso muy en duda que el Gobernador quisiese concederle el indulto que pedía, y que en cuanto a él, como subordinado, no le tocaba más que obedecer; que todo lo que podía prometerle era interceder para que el jefe superior español le perdonase.

El Gobernador perdonó sin dificultad y envió carta blanca al maestre de campo para que emplazase una nueva reunión de las dos naciones, a la que habían de concurrir hasta los caciques más inocentes del último levantamiento. Córdoba señaló Choque-Choque en los campos de Negrete, y el día indicado¹⁹⁵, el Gobernador fue recibido por los úlmenes, archiúlmenes y caciques. Se verificó una nueva ratificación de paz, y con ella quedó comprobado para siempre que, si se rompía, no sería culpa de los indios.

Del congreso, Póveda regresó a Yumbel, y el 15 de enero del año entrante 1695, a Concepción, donde se mantuvo hasta que fue a invernar en Santiago, por marzo, y a tener dares y tomares con los ministros de la Real Audiencia. El motivo de este debate ruidoso fue siempre el mismo, a saber, que cada oidor, como miembro del senado que representaba tan de cerca al Soberano, se creía inviola-

¹⁹⁴ Hasta entonces, no había habido lugar ni motivo para ello, y lejos de eso, hemos visto que Póveda se lo había dejado olvidando noblemente antiguos resentimientos. Figueroa dice que el habérselo devuelto a su padre, que se hallaba descansando de sus largos servicios, le había acarreado enconos y calumnias, pero éstas son personalidades en que no entra la historia.

¹⁹⁵ Que quedó en blanco. Sólo se ve que el cabildo de Santiago asentó en sus libros este acontecimiento, con el aviso del Gobernador, el 24 de diciembre 1694.

ble, y usaba de la misma altanería arbitraria en casos de justicia ordinaria, en los cuales no era puramente más que juez, en los límites de las leyes, que si se tratase de arcanos políticos. El Gobernador desaprobaba esta conducta de los oidores, como presidente de la Audiencia, y como hombre puramente social; y como los hombres más elevados en dignidad y circunspectos por carácter, aun tienen alguna vez ocasiones de abrirse y desahogarse en la intimidad familiar, Póveda se halló en este caso, y manifestó el disgusto que tales desavenencias le causaban. Sea por indiscreción o por oficiosidad, no faltó quien publicase este misterio, y desde aquel instante los jueces del tribunal, siempre dispuestos, por regla general, a vivir políticamente con su presidente, aunque no fuese más que por ser este esencialmente militar, se picaron y se pusieron a esperar ocasiones de chocar con él.

En este estado de cosas, sucedió que un corregidor de la capital¹⁹⁶ multó y puso preso a un miliciano urbano del gremio de mercaderes por haber faltado a la formación el día del *corpus*. El miliciano¹⁹⁷ apeló a la Audiencia y los oidores le tomaron bajo su protección. El corregidor se quejó al Gobernador, exponiéndole que el procedimiento del tribunal, en aquel caso, no podía menos de ser tan perjudicial para la disciplina como para las autoridades, las cuales no tendrían en lo sucesivo más que un poder irrisorio y sin ningún apoyo moral. Como el hecho era incontestable, Póveda le sostuvo; pero fue ésta una razón más para que los oidores persistiesen en su juicio; y mientras el corregidor, sostenido por el Gobernador, desterraba al miliciano a la plaza de Purén, la Audiencia no cesaba de molestar al primero con autos y con multas. Era una verdadera anarquía, y Póveda pasó sobre un acontecimiento increíble informes a la Corte, cargando la mano en la pintura de abuso de poder, y aun también de licencia de costumbres en los SS. ministros de la Real Audiencia del reino de Chile.

Sin duda alguna, estos últimos no dejaron también de representar, por su lado, al Soberano, sin mucha caridad con el Gobernador; pero si lo hicieron, su queja fue desatendida, pues la real resolución acerca de este asunto¹⁹⁸, aunque tardó, les llevo bastante a tiempo un testimonio del desagrado del Monarca; una reprensión por haberse mezclado en asunto que no era de su competencia, y una amonestación para que en lo sucesivo se encerrasen en los límites de su poder y de sus atribuciones, sin molestar a los litigantes, aunque pleiteasen sin justicia en derecho. Es verdad que, en su informe, el Gobernador había tenido cuidado de abultar la materia de quejas contra el tribunal, insertando un hecho arbitrario y odioso, en el cual los oidores se habían constituido jueces y partes en causa propia. Este hecho fue que uno de sus oidores¹⁹⁹, promovido a la real audiencia de Lima, se iba a marchar a su destino sin prestar residencia del tiempo que había ejercido en la de Santiago de Chile, con deprecio de la ley²⁰⁰ que lo mandaba. El encargado de

¹⁹⁶ Don Gaspar de Ahumada.

¹⁹⁷ Don Pedro de Lara.

¹⁹⁸ 26 de abril de 1703.

¹⁹⁹ Don Bernardo de Haya y Bolívar.

²⁰⁰ Ley tercera, tit. xv, lib. v de la *Recopilación de Indias*.

su observancia²⁰¹ reclamó su ejecución ante el Gobernador, el cual le mandó dar cumplimiento, y la Audiencia, irritada, multó a Poyancos en doscientos pesos y le desterró, por desacato a sus ministros. Sin duda el Gobernador había obrado bien, y la Real Audiencia mal, puesto que el Monarca sacó al desterrado de su destierro, le mandó devolver la multa e indemnizarle de los daños y perjuicios que se le hubiesen seguido.

Por desgracia, las desavenencias entre el Gobernador y el senado ocasionaron perjuicios de terceros, perjuicios que indispusieron al público contra Póveda. El año había sido muy estéril; la cosecha mala y, por consiguiente, muy difícil el aprovisionamiento del ejército. Siendo ésta la primera y principal atención del Gobernador, pidió a los ayuntamientos nombrasen diputados para requerir granos por todas partes, prohibiendo al mismo tiempo la extracción de este artículo de primera necesidad del reino. Sin embargo, el proveedor, que había subastado los granos y harinas²⁰² no pudo hallar las provisiones necesarias, que ascendían a ocho mil fanegas, y el Gobernador le condenó a desembolsar seis pesos por cada medida de éstas, cuyo exorbitante precio era, en efecto, dicha suma. El proveedor, no pudiendo hacer frente a esta vejación, apeló a la Real Audiencia, que sentenció en su favor. El Gobernador mantuvo su providencia, y el escándalo se aumentó tanto más lastimosamente cuanto el proveedor no era el solo empresario, y que muchas personas tuvieron su caudal comprometido y quedaron en una penosa situación, habiendo salido por fiadoras del primero, cuyas fincas y posesiones fueron vendidas públicamente. Grande debía de ser el apoyo que Póveda tenía en la Corte, pues aun en este caso sus actos quedaron sancionados por la aprobación del Rey; y hasta el mismo virrey de Perú evitaba chocar con él. Cuando el maestro de campo Quiroga, que lo había sido durante quince años, depuesto, con motivo o sin él (aunque la opinión general era que no le había), se quejó al conde de la Monclova de ésta que Quiroga llamaba enorme injusticia, el Virrey se contentó con pedir al gobernador de Chile indulgencia para con el oficial general depuesto, y Póveda se sintió bastante fuerte para desatender dicha recomendación²⁰³. El tesorero de Concepción²⁰⁴, y el veedor general del ejército²⁰⁵ fueron también perseguidos por él, por su carácter íntegro y firme; al primero lo puso preso; y el segundo se ahogó en el Teno al ir a Santiago a defenderse. La opinión acusaba al Gobernador de despotismo y de deseos insaciables de vengar, después que era jefe superior, las heridas que había recibido su amor propio cuando era subalterno en el mismo ejército.

²⁰¹ Don Sebastián Poyancos, a quien damos este título natural, porque no hallamos en ninguna parte el propio de su empleo.

²⁰² Don Francisco García de Sobarzo.

²⁰³ El depuesto maestro de campo Quiroga, el cual, resentido, aprovechaba las ocasiones de desahogar su pesar, habló, y aun compuso versos contra Póveda. Éste, que había tenido ocasión de leerlos, hallando un día a Quiroga cabizbajo y pensativo, le preguntó si componía versos a sus pies. “Señor, respondió Quiroga, quien ha compuesto versos a su cabeza, bien puede componerlos a sus pies”.

²⁰⁴ Don Mateo del Solar, caballero de la orden de Calatrava.

²⁰⁵ Don Francisco Girón.

Mas con todo, la misma opinión no contestaba que Póveda fuese un buen Gobernador, y daba por causas de sus yerros su vanidad y su orgullo. Es verdad que estos mismos defectos eran achacados a cuantos tenían en el reino una gran representación, ya fuesen militares o políticos, y es posible que la opinión los confundiese con el decoro y gravedad que los altos puestos imponen a los que los ocupan. Lo cierto es que tenía este Gobernador sentimientos nobles y generosos y que dio brillantes pruebas de ellos. Todas las personas visibles de Santiago y de Concepción hacían grandes elogios de sus cualidades personales y de sus grandes conocimientos. Con todos estos datos se puede conjeturar que Póveda era un hombre de mérito; pero que no era perfecto, porque la perfección no se halla más que en Dios²⁰⁶.

²⁰⁶ Una de las pruebas del carácter elevado de Póveda fue la demanda de un título de nobleza que presentó al Rey a favor de los descendientes del heroico Cortés (pariente ya del famoso conquistador de México) que los lectores han conocido en la guerra de Chile. El interesado actual del tiempo del gobernador Póveda se llamaba también don Pedro Cortés, y obtuvo, gracias a él, el título de marqués de Piedra Blanca. En Concepción, entre otros rasgos de generosidad, tuvo el de devolver el lustre, que da la riqueza, a los huérfanos del hidalgo Abellán y Aro que habían quedado enteramente desamparados.

CAPÍTULO XXXIX

Esterilidad de frutos de la tierra. Mortandad de ganados y caballos. Pide el Gobernador mil al cabildo de Santiago para la remonta del ejército. Noble porte de dicho Cabildo. Otro donativo pedido por el Rey, y su objeto. Llega nuevo Gobernador. Muerte de Carlos II. Advenimiento de Felipe V.

(1697 - 1702)

Es de notar que no haya capítulo en ésta historia en donde no se lea alguna calamidad de Chile, y que todas las calamidades recaigan sobre Santiago. De la esterilidad de que hemos hablado, y de la inclemencia del año había resultado una mortandad general de caballos, y para reparar esta nueva pérdida, pidió el Gobernador, por marzo, otros mil al cabildo de la capital, que, según su noble costumbre, se los concedió. ¿Dónde el cabildo y la ciudad de Santiago hallaban tantos caballos? Sin duda en los potreros, y ésto prueba cuan bien fomentados estaban. Pero estos potreros no debían ser del Rey sino de la ciudad, puesto que los caballos que apretaban, en general, los pagaba el situado; de donde se colige cuáles eran los cuidados y el esmero de los capitulares por la prosperidad pública. Estamos persuadidos de que la mejor historia de Chile sería una recopilación bien redactada de sus cabildos, y especialmente del de la capital.

Pero aún hay más. Bien que, como acabamos de decir, caballos, vestuario, provisiones y otros aprontos hubiesen de ser pagados por el situado, muchas, muchísimas veces, su monto no alcanzaba, y la deuda contraída por él se convertía en una pura ficción. No pocas veces también, estos auxilios eran dados gratuitamente. Pues tras esto, venían los donativos pedidos al reino por el Monarca. En la época a que nos referimos, el Rey²⁰⁷ pidió uno nuevo, y no hace mucho que los lectores le han visto pedir otro. De suerte que los principales cuidados pasaban sobre los ayuntamientos de las ciudades, a los cuales recurrían siempre la Real Audiencia, los obispos, el Gobernador y hasta el Virrey, en las más de las necesidades.

El mismo abandono y espontaneidad que tenían en aprontar recursos, la ofrecían en pagar con su propia persona, cuando el caso lo requiría. En el mes de ene-

²⁰⁷ Por real cédula de 28 de diciembre de 1697.

ro de 1698, todos los habitantes de Santiago tomaron las armas, y los capitulares les dieron ejemplo acuartelándose ellos mismos prontos a tomar las armas y con la bandera desplegada en la plaza. El motivo de esta alarma fue el haberse avistado corsarios franceses a la costa, y la noticia de que habían atacado con éxito a Cartagena de Indias. El donativo de que hemos hablado arriba lo pidió el Rey para costear la real armada que se destinaba a defender la entrada del mar del Sur.

Sin embargo, todo el año se pasó sin sucesos notables, y lo mismo sucedió en el siguiente de 1699²⁰⁸, que se pasó en fiestas y regocijos. El 5 de febrero de 1700, salió el Gobernador de Santiago con la humillante comitiva de los ministros de la Audiencia, humillante en cuanto le acompañaban a Concepción para vigilar su integridad en la repartición del situado, que acababa de llegar a la capital de la frontera en metálico. El 5 de mayo ya estaban de vuelta en Santiago, y Póveda dotó la ciudad de un corregidor tan inteligente como activo²⁰⁹, el cual trabajó mucho en hermosearla. A mediados de septiembre llegó la noticia de que un nuevo gobernador había salido ya de Callao para Valparaíso. El 15 de noviembre, desembarcó efectivamente en este último puerto el caballero del hábito de San Juan don Francisco Ibáñez y Peralta, nombrado sucesor de Póveda en el mando político y militar del reino. Al desembarcar, fue recibido por los diputados del cabildo de Santiago²¹⁰, que le aguardaban para cumplimentarle y acompañarle a la casa de campo.

Este Gobernador entró con mal agüero en el reino de Chile. A júbilos y regocijos, habían sucedido zozobras; y es muy de notar esta periódica alternativa de existencia a la que parecían estar condenados los chilenos, que en aquel momento se veían amenazados de un nuevo terremoto, y ya los síntomas precursores de este terrible fenómeno habían hecho apelar a la protección divina con rogativas a san Saturnino, abogado contra ellos. En diciembre, llegó dicho Gobernador a la capital y Póveda le entregó el mando, quedándose él mismo avecindado en Santiago²¹¹. Ibáñez fue reconocido el día 14 de dicho mes por el Cabildo de gobernador en propiedad, con dos particularidades inexplicables, cuales fueron la de no presentar su real despacho de capitán general y la de no querer prestar juramento. Todo esto era irregular, y ofrecía misterio; pero el sabio Ayuntamiento lo respetó en favor del buen orden y del decoro, tanto del supremo mando del reino como del suyo propio, que necesariamente hubieran experimentado mucha mengua con un conflicto de aquella naturaleza, dejando aparte los daños y perjuicios que habrían resultado de él para el servicio y para particulares.

No obstante, el día 11 de febrero del año entrante 1701, el Cabildo le envió una diputación suplicándole tuviese a bien prestar juramento, o fundarse para no hacerlo, a fin de poner a cubierto la responsabilidad que pesaba sobre los capitu-

²⁰⁸ En este año, el 8 de marzo, fue celebrada la canonización del patriarca san Juan de Dios.

²⁰⁹ Don Rodrigo de Baldovinos.

²¹⁰ El alcalde don Bartolomé Pérez de Valenzuela y un regidor.

²¹¹ Donde continuó residiendo la ilustre descendencia de dicho Gobernador, cuyo título fue marqués de Cañada Hermosa.

lares; pero a uno y otro se negó el Gobernador; y habiendo el Cabildo, el día 15 siguiente, insistido en la misma súplica, Ibáñez respondió: “Que sólo en el caso que el Rey se lo mandase prestaría dicho juramento”.

Esta respuesta es más inexplicable aún que el hecho extraño de no querer prestar juramento un jefe cabeza de todo un reino como el de Chile; responsable de su existencia física, moral, política y militar, a menos que el Rey se lo mandase. Semejante respuesta es un signo de anarquía de que no vemos ejemplo alguno en esta historia, la cual, al contrario, ofrece constantemente una estabilidad de principios de orden y de buen gobierno generalmente respetados aun en los casos más desesperados, en los que el mantenimiento de uno y otro es, las más veces, imposible. Volvemos a decir y a creer que hay en este hecho algún misterio que la historia, sin duda alguna, aclarara más adelante²¹². Entretanto, la perspectiva de este gobierno era triste para los chilenos. Por más que el término sea impropio, la historia tiene por fuerza que servirse de él diciendo que con la misma desvergüenza con que Ibáñez oyó las reales órdenes en que estribaban las garantías de la moralidad de los gobernadores, negándose a prestar juramento, con la misma se mostró, venal bajo y codicioso, vendiendo empleos y encomiendas, y exigiendo empréstitos personales cuantiosos de los habitantes ricos de Concepción, de Santiago y otras ciudades, con síntomas de no pensar restituirlos nunca, y de considerarlos como una contribución debida, y diestramente extorcada. Por lo demás, se mostró desde luego capaz, en lo militar sobre todo. Sus antecedentes de sargento mayor de batalla²¹³ no podían menos de acreditarle en este punto; bien que la vasta y poderosa monarquía española deslizase ya rápidamente en el declivio pendiente de sus desastres del siglo XVII, en los fragmentos de su arruinado edificio, se admiraba aun su grandeza; sus resortes estaban más bien aflojados que gastados, y las tradiciones militares, principalmente, se mantenían sin poder resignarse al olvido de que los ejércitos españoles habían sido los dominadores del mundo, y sus guerreros, celebérrimos.

Ibáñez dio pruebas de la misma capacidad en lo puramente gubernativo. Cuanto más habían hecho sus predecesores en el mando para contener el río Mapocho en su lecho, menos habían adelantado, por la sencilla razón de que se enfurecía en las crecidas tanto más cuanto sus límites eran más estrechos. De una ojeada el Gobernador vio este inconveniente, y lo remedió dando ensanche al indómito río, y disminuyendo, por consiguiente, su violencia.

El ramo de real hacienda conocido bajo el nombre de alcabalas²¹⁴, ofrecía continuamente reclamaciones y confusión, y a fin de ponerles término, este Gobernador cedió dicho derecho en pública subasta, y quedó arrendado en catorce mil pesos anuales²¹⁵.

²¹² En real cédula de 10 de julio de 1530, mandaba Carlos I a los gobernadores prestar el juramento de fidelidad, etc.

²¹³ Funciones de jefe de estado mayor.

²¹⁴ Contribución en proporción, y después de la venta de todos los géneros y mercancías.

²¹⁵ Por el capitán don Antonio Verdugo y Figueroa.

En cuanto al ejército, había algunas bajas en sus cuerpos, y para completarlo, pidió trescientos hombres, por repartición, desde el Maule hacia el norte. La capital puso a su disposición cien para este objeto.

Entretanto, Carlos II había muerto²¹⁶, y el 1 de julio recibió una real cédula con este anuncio, y la orden de sus funerales, al mismo tiempo que el del advenimiento de Felipe V²¹⁷. Este gran acontecimiento fue causa de una lucha general entre las potencias preponderantes de Europa, y no era extraño que sus efectos se propagasen a las posesiones de ultramar. En efecto, el capitán general, marqués de Belmos, que gobernaba en Flandes, había dado informes a la corte de Madrid sobre una tentativa que se meditaba en Holanda contra Chile. Esta tentativa fue achacada por los holandeses mismos a algunos comerciantes chilenos que habían ido a comprarles armas; pero semejante versión no era verosímil. Sea lo que fuese, el gobierno español sabía también que Inglaterra volvía sus miradas hacia América meridional, y envió órdenes al gobernador de Chile para que proveyese a la seguridad de sus costas, y se mantuviese sobreaviso para rechazar con vigor toda agresión enemiga.

Ibáñez, hombre de cabeza, como hemos dicho, reunió en su mismo palacio la junta general del reino, compuesta del Ayuntamiento; de la Real Audiencia y de los corregidores respectivos de los diferentes distritos, acompañados de cuatro de sus principales vecinos. Oídos los pareceres de los diversos miembros de dicha junta, el Gobernador tomó medidas oportunas para poner en buen estado de defensa los puertos de Concepción, de Valparaíso, Valdivia y Coquimbo; hizo levas, y armó las tropas que le dieron con las armas que habían llegado a Buenos Aires con destino al reino de Chile²¹⁸.

Dadas estas providencias, el activo Gobernador continuó ejerciendo su autoridad con gran entereza en favor del real servicio, sin contestación, pero no menos en pro del aumento de su caudal²¹⁹. En este particular, sucedía una cosa muy ordinaria en relaciones puramente sociales, y aun también en asuntos generales entre particulares, pero bastante extraña en operaciones administrativas, cuyo objeto es el bien de todos los administrados; y era que, mientras la capital del reino ensalzaba el gobierno de Ibáñez, le obsequiaba, ponía su retrato en pie en el salón del palacio, y pasaba informes llenos de entusiasmo a la Corte en su favor, la capital de la frontera le aborrecía, literalmente, y temblaba al ver llegar el situado y la época en que el Gobernador tenía que ir en persona con el acompañamiento obligado de los dos ministros de la Real Audiencia a distribuirlo. Las razones que tenían los habitantes de Concepción para albergar sentimientos tan poco caritativos hacia su capital general se fundaban en principios de intereses materiales, gravemente comprometidos por exacciones continuas, unas veces directas y otras indirectas, que dicho supremo jefe ejercía sobre ellos. La continuación aclarará tal vez este punto de la historia.

²¹⁶ El 1 de noviembre de 1700.

²¹⁷ Príncipe francés, nieto de Luis XIV, rey de Francia.

²¹⁸ Conducidas por don Alonso Juan de Valdés, que iba de gobernador de La Plata.

²¹⁹ Figueroa en Pérez-García.

CAPÍTULO XL

Conducta interesada y poco recatada, en este particular, del gobernador Ibáñez. Resentimiento general. Conjuración contra su vida de las plazas de Yumbel, Arauco y Purén. Aborta su intento. Conducta juiciosa del Gobernador en esta ocasión. Inconsecuencias generales de su gobierno. Nacimiento de un príncipe de Asturias, Borbón.

(1702 - 1709)

Siendo un representante del poder, de los intereses y de la dignidad de la Corona, el Gobernador de un reino como el de Chile, tan lejano de la metrópoli, y tan expuesto a grandes vicisitudes, podía creerse, con justo título, un rey temporal y ejercer el supremo mando según le pareciese más conveniente para alcanzar los altos fines que estaban a su cargo, y poder llenar la terrible responsabilidad que pesaba sobre él. Para semejantes puestos, los genios absolutos son, sin duda alguna, los más propios, cuando se hallan acompañados de buenas intenciones y de una gran capacidad; pero la reunión de estas cualidades indispensables para acertar es rara en un mismo sujeto, y así sucede que muchísimas veces los que gobiernan confunden el interés de la representación con el personal, y caen en los escollos de un ridículo despotismo, que puede degenerar en criminal, y, tarde o temprano, se estrellan y se aniquilan. Aun no sabemos si Ibáñez se estrelló; pero ya desde luego, no se puede negar que adoleció de la nulidad que acabamos de indicar, considerando el reino como una propiedad, en términos que las poblaciones, el ejército, el situado, las encomiendas y los indios que las formaban, nunca salían de su boca sino con los pronombres posesivos, mi, mis²²⁰: mi ejército; –mi situado; –mis encomiendas; –mis indios. No pasando de los límites de vanagloria personal, semejante manía no habría pasado tampoco de los del ridículo; pero, en efecto, parece que este Gobernador realizaba el dicho con el hecho, y disponía del bien ajeno con una anchura de conciencia felizmente rara. Tales eran los motivos, de bastante peso, que tenían los vecinos de Concepción para no estar muy bien avenidos con él²²¹.

²²⁰ Figueroa.

²²¹ Todos los escritores de la época concuerdan en que, bajo el pretexto poco decoroso en tal personaje, de empréstitos, les extorcó hasta diecisiete mil pesos.

Los que podía tener el cabildo de Santiago para profesarle distintos sentimientos sólo se pueden conjeturar, reflexionando que, sin duda alguna, Ibáñez se portaba con él de diferente modo, y había sabido granjearse los. La bajeza no excluye la hipocresía; al contrario, son dos cualidades inseparables.

Pero en cuanto a esto, la opinión no era general; algunos escritores²²² asientan que el descontento era universal. Lo cierto es que tres plazas (las de Yumbel, Arauco y Purén) se sublevaron, y sus defensores se conjuraron para marchar sobre Concepción, combinando el movimiento para llegar allí a una misma hora, a fin de superar toda resistencia y poder darle muerte. El motivo de esta conjuración era la penuria en que vivían por defraudación de sus sueldos, de los cuales les eran debidas sumas cuantiosas. Contenidos ya mucho tiempo había por el freno de la disciplina, perdieron la paciencia y la cabeza al ver que la arribada del situado de Potosí a Concepción, y su distribución, ningún alivio les daba. El veedor general²²³, no pudiendo cubrir por más tiempo bajo la capa de su responsabilidad tamaños desórdenes, había ya presentado, con respeto, aunque con cierta entereza fogosa que le era propia con una gran probidad, esto mismo al Gobernador, y, en respuesta, Ibáñez le había mandado prender. Los soldados encargados de la ejecución de esta orden tuvieron la destreza de dejarle escapar²²⁴, porque el veedor era universalmente querido, y pudo huir a Lima, donde dio queja al Virrey de la tropelía del gobernador de Chile, manifestándole con pruebas auténticas el estado lamentable de aquel ejército, al cual se le debían cuatro millones noventa y un mil novecientos seis pesos de catorce situados, a razón de doscientos noventa y dos mil doscientos sesenta y nueve anuales, consignados en las arcas reales de Potosí, con preferencia a todos los demás situados²²⁵, y con encargo especial a los virreyes de Perú, a los presidentes de Charcas y a los oficiales de dicha tesorería de Potosí, de darles puntual y entero cumplimiento²²⁶.

La tiranía y la avaricia de Ibáñez apresuraron la ejecución del plan de los conjurados de Yumbel, Arauco y Purén, y su apresuramiento los frustró del éxito. Los de Yumbel, después de haber querido asegurarse de la persona de su sargento mayor Molina, que se les escapó a San Cristóbal, marcharon, en un arranque, por delante, contentándose con enviar aviso a los demás, y al dar vista a Concepción, descubrieron al Gobernador en actitud de aguardarlos, como así era la verdad, habiendo recibido un parte secreto de la conjuración. En esta coyuntura, Ibáñez se portó como hombre de juicio y de sangre fría, perdonando a los alucinados y castigando a los motores del atentado. Los de Arauco, advertidos, se quedaron tranquilos, y los de Purén, que ya estaban cerca de Yumbel, se volvieron. Pero el Gobernador los siguió con fuerzas, y ellos, como desesperados, se pusieron unos cien

²²² Figueroa.

²²³ Don Fermín Montero de Espinoza.

²²⁴ Es inverosímil que, como algunos escritores lo asientan, Montero de Espinoza haya rechazado con un par de pistolas a sus aprehensores, los cuales estaban armados, como era natural.

²²⁵ Reales cédulas, 13 de junio de 1681 y 16 de enero de 1687.

²²⁶ Montero de Espinoza quedó gozando de su sueldo en Lima hasta que volvió a Chile con el mismo empleo.

hombres en sitio ventajoso, decididos a defenderse o a morir. Bien que estuviese seguro de arrollarlos, Ibáñez reflexionó que su triunfo sería un ejemplo funesto, tanto más, cuanto los revoltosos se veían reducidos a tanta extremidad por causa suya. Esta reflexión que ocasionó demora y, por consiguiente, acusó una irresolución evidente, dio nuevos ánimos a los sublevados, que más que nunca resolvieron perecer todos antes que rendirse. Por fortuna, se hallaba allí presente un jesuita misionero²²⁷, el cual con sagacidad irresistible obtuvo de ellos que diputasen a tres de los suyos para que fuesen a exponer abiertamente y sin disfraz las causas del trance en que se hallaban al Gobernador. Así lo hicieron, y los diputados hablaron con tan enérgica sinceridad, que Ibáñez pensó que lo mejor sería temporizar, a lo menos por de pronto, y concedió indulto, bajo la garantía del jesuita. La indiscreta alegría con que los indultados acogieron esta resolución, retirándose en confuso tropel, que denotaba cuán por dichosos se daban de haber salido del apuro, despertó nuevos sentimientos en el Gobernador, y le sugirió la idea de faltar a su palabra, y de mandarlos extraer del sagrado a donde se acogieron al llegar a la plaza, dando lugar con este signo evidente de debilidad y desconfianza a que él mismo considerase el indulto ya concedido como una pura ficción sin importancia.

Horrorizado el párroco²²⁸, pronunció pena de excomuniación mayor contra los profanadores; pero el Gobernador pasó con la suya, mandó formarles causa, y con dictamen del auditor de guerra²²⁹, aprobó la sentencia de muerte contra tres, y la de cárcel contra otros muchos. El Obispo pasó informe a la Corte, calificando de impío el abuso de poder del Gobernador y, en respuesta²³⁰, el Rey manifestó su alto desagrado contra el último y condenó en tres mil pesos de multa al auditor.

El año de 1702 fue muy fecundo en acontecimientos para Chile, tanto interiores como exteriores. Los interiores fueron todos desavenencias entre las autoridades, y estas desavenencias, si no se originaban precisamente de la conducta misma del Gobernador, eran, en parte, corolarios de sus providencias, y, como tales, rara vez dejaban de hallar apoyo en su autoridad. Pero antes de relatarlas, no podemos menos de notar la especie de inconsecuencia estudiada que había entre sus actos aparentes de jefe militar, y sus acciones de responsabilidad reservada. Los que ejercía en favor del mantenimiento de la paz con los indios independientes, y de los progresos en civilización de los ya reducidos y amigos, eran de un acierto admirable. Hasta en la parcialidad de Nahuelhuapi, en Chiloé, estableció una casa de conversión²³¹, y favorecía con todo su poder a los conversores; mientras que por otro lado, fomentaba con el mismo celo la instrucción de los jóvenes indios colegiales. ¿Cómo conciliaremos tan juiciosa conducta con la infinidad de tropelías de que este gobierno abunda, contra militares y ciudadanos, en términos que el descontento había pasado de solas murmuraciones a pasquines y vociferaciones

²²⁷ El P. Jorge Burger.

²²⁸ Don Francisco Flores.

²²⁹ Don Alonso Bernaldo (y no Bernardo) de Quiroz.

²³⁰ Real cédula de 24 de abril de 1705.

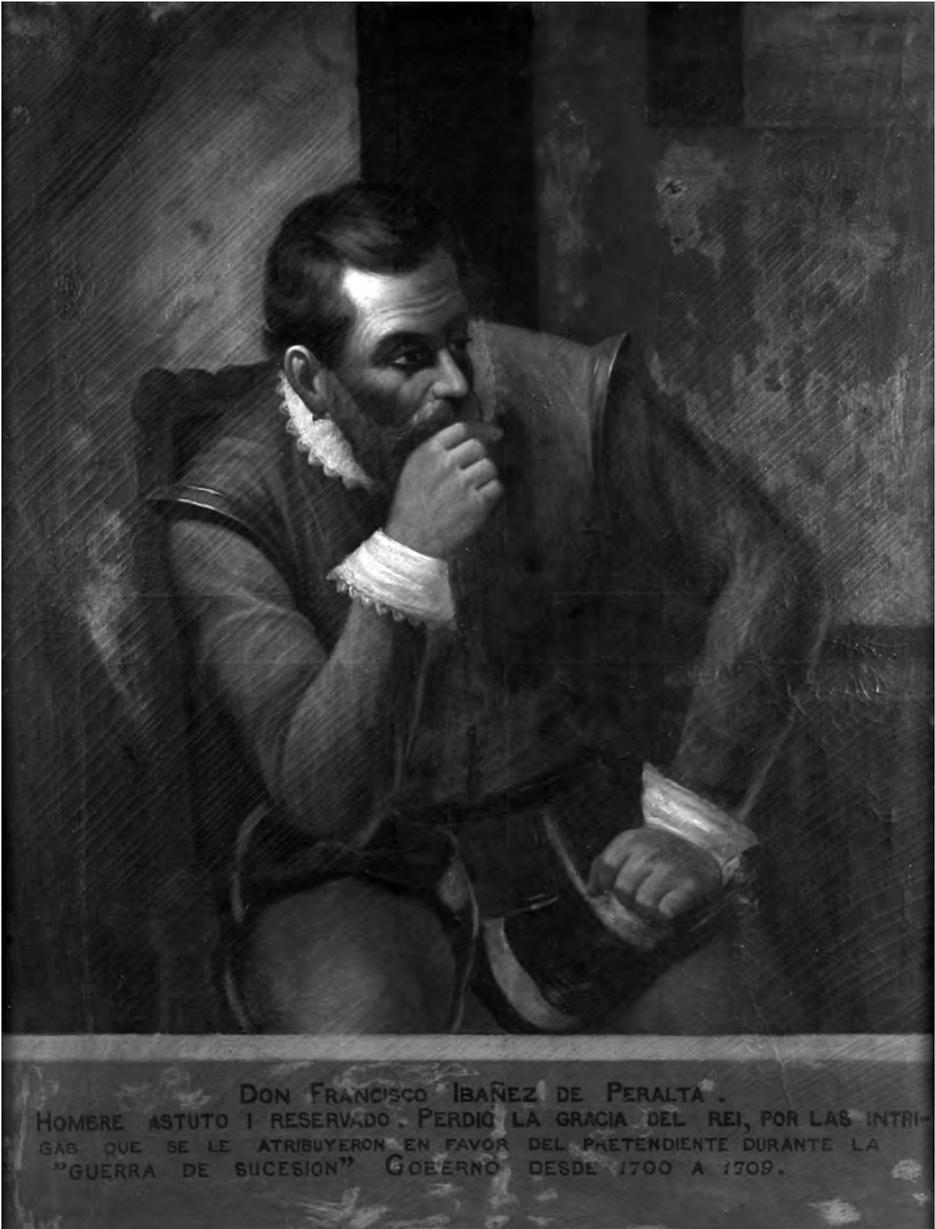
²³¹ Cuyo primer director fue el P. jesuita Felipe Vaden Meren.

públicas y ruidosas? No es fácil; pero tales son los hechos: leyes, justicia, buen orden, todo esto era desconocido entonces en el reino de Chile, y fue preciso que los lamentos de los buenos llegasen a oídos del Monarca para que el mal cesase. Pero antes, aun hubo cosas muy particulares bajo este gobierno.

Seguro de hallar cooperación por todos lados, menos por parte de la autoridad eclesiástica, Ibáñez ordenaba arbitrariamente en todos los ramos de la administración, y le había parecido cómodo que los oidores de la Real Audiencia fuesen corregidores, y en efecto los hubo que lo fueron con tanta más satisfacción, cuanto, generalmente hablando, los SS. de dicho tribunal propendían siempre a la autoridad absoluta. En cuanto al gobierno eclesiástico, no le era posible al Gobernador entrometerse en él, en atención a que las razones que se oponían a su voluntad eran de tejas arriba, y que la sumisión general al carácter sagrado del Obispo tenía a raya sus ímpetus naturales. Con todo eso, aun tuvo maña para influir muy directamente en la elección de la abadesa de las monjas de Concepción, apesar de Su Ilustrísima, y porque había algo que ganar en este nuevo enredo. Por más que hizo el prelado, el voto del Gobernador prevaleció, aun después que, por informes del Obispo, el Rey reprendió y afeó su conducta.

Favorecidos por Ibáñez; los oidores, en torno, le auxiliaban en cuanto podían; y muy particularmente cuando tenía desavenencias con la autoridad eclesiástica, que ellos mismos temían por más que les costase, aunque sacando un desquite no muy digno de ellos con apariencias de independenciamiento en materias y actos religiosos. En ciertos días clásicos que tenían que asistir al oficio divino en la catedral, muchas veces usaron del poco miramiento de hacer esperar al prelado y al público con indecorosa demora, hasta que Su Ilustrísima, más por honra de la religión que por propia conveniencia, se quejó a la Corte de este desacato, tanto más culpable cuanto procedía de sujetos obligados a dar el buen ejemplo en todo. Sorprendido y disgustado, el Rey mandó a sus ministros de la real audiencia de Chile sometiesen, en todo caso de competencia religiosa, su autoridad a la del Obispo, respetando a todas las personas del clero, y concurriendo a los oficios divinos, cuya solemnidad requiriese la presencia del tribunal en cuerpo, sin retardarlos ni de un solo instante por su ausencia; y, por otra parte, mandó Su Majestad que dichos oficios empezasen a un toque indicado de campana sin esperar que los ministros de la Audiencia estuviesen presentes.

La propensión que en todos tiempos tuvieron éstos a ejercer una especie de soberanía en todo fue muy notable durante el gobierno de Ibáñez. Era realmente anárquico este gobierno, aunque, por de pronto, esta aserción tenga visos de paradoja, en atención al despotismo del jefe superior del Estado; pero reflexionando que este mismo despotismo se ejercía con ayuda de otros despotismos, sus subordinados y sus cómplices, se ve claramente en qué consistía la anarquía. Era tan cierto y tan evidente el relajamiento en los diferentes resortes de la máquina, que hasta los frailes de San Francisco tuvieron discordias temporales y mundanas con escándalo de gentes juiciosas, y con gran júbilo de las relajadas y pervertidas, de que hay siempre un crecido número, y para las cuales no hay refugio posible, sino en el desorden, ni provecho si no es en sus consecuencias. Las desavenencias de



Colección Museo Histórico Nacional

dichos padres surgieron de un ruidoso capítulo de provincia, y si habían de dar margen a un litigio, claro estaba que se había de juzgar en el Tribunal Eclesiástico, sin perjuicio de la asistencia de la ley y de sus intérpretes como asesores. Sin embargo, la Real Audiencia tomó la iniciativa en este asunto, bajo pretexto, sino con el motivo plausible de evitar consecuencias de poca edificación, y los frailes la recusaron cerrándole las puertas de su convento. Irritado con la resistencia y no pudiendo entrar por la puerta, el tribunal se empeñó en entrar, por decirlo así, por la ventana; mandó demoler una pared, y por la brecha se introdujo en la sala capitular.

Sin duda era sabido que estos capítulos provinciales no eran celebrados siempre con una perfecta armonía; pero las oposiciones que ocasionaban no salían de un círculo de personas interesadas en el mantenimiento del buen orden, aunque divididas de opinión y de interés por tal o cual partido, en lugar que, en el caso presente, una licencia desenfadada se manifestó en el pueblo mismo con riesgo inminente de ocasionar gravísimas consecuencias para el Estado, si no se hubiera cortado. En una palabra, fue tan ruidoso este acontecimiento, que la Real Audiencia se propuso desterrar los religiosos a Portobelo; pero oída la queja de éstos, el Rey multó a cada uno de sus ministros en mil pesos²³².

Hemos dicho que en el año 1702 había habido cosas nuevas en Chile, interiores y exteriores. Ya el lector ha visto las primeras. En cuanto a las segundas, aun no aparecían si no es como signos y presagios de grandes cambios, en atención a que la guerra de sucesión no permitía el gozar de los bienes infinitos que el advenimiento de Felipe V había de hacer a su nueva patria. Cuáles fueron estos bienes, la historia de Chile misma nos dará ocasión de mencionarlos, bien que en resumen. Entretanto, la elección de la metrópoli de un rey Borbón, descendiente por línea recta y en grado inmediato del gran monarca Luis XIV, identificaba su política con la de Francia, y daba naturalmente acogida particular a los franceses con una justa preferencia a los sujetos de otras naciones. Por esta razón, los puertos de Chile les fueron abiertos, y estos inteligentes y activos comerciantes empezaron a visitarlos con grandes utilidades y ventajas no sólo para sus habitantes sino, también, para el gobierno. El primer buque mercante francés que arribó a Concepción fue el *Laura*, capitaneado por Rogadier, cargado de vestidos. Los chilenos, acostumbrados a comprar su ropa muy cara y no muy buena, empezaron a comprarla barata e infinitamente mejor, y al mismo tiempo se encontraron con una salida cómoda de sus propios géneros y mercancías territoriales.

Con estas ventajas se mezcló un inconveniente, porque el bien y el mal se hallan casi siempre al lado uno de otro en todas las cosas de este mundo. Este mal eran los contrabandistas, que, si procuraban algún interés a particulares, dañaban al público por el erario. Para evitar el contrabando, se autorizó a los corregidores con amplias facultades para vigilarlo e impedirlo. El Rey mandó que de tres en tres

²³² Cinco mil por cuatro oidores y un fiscal. De esta cantidad, dos mil sirvieron a costear el viaje de los PP.; 1.500 fueron remitidos a España; mil se emplearon en levantar la pared demolida del convento, y en auxilio a los enfermos del socorro; y 500 se atribuyeron al convento de San Diego. Carvallo.

años, en lugar del fiscal y de un oidor que acompañaban al Gobernador a Concepción para la distribución del situado, fuese un solo oidor, que debía al mismo tiempo ejercer funciones de corregidor. En cambio, de los verdaderos beneficios del comercio que los franceses llevaban a Chile, sacaban del país no sólo frutos y objetos interesantes sino, también, oro, plata y cobre. Muchos, seducidos por lo agradable del clima y la fertilidad de la tierra, se establecían en ella, y así son numerosas las familias francesas que se cuentan en la población chilena. El célebre Feuillée, de la orden de mínimos, fue a recorrer el país, y residió algún tiempo en él, botanizando y haciendo observaciones astronómicas, que escribió con gran satisfacción de los chilenos. El viaje de Frezier a Chile tuvo resultados análogos.

Volviendo a los asuntos del reino, la emancipación de los indios esclavos de las tres clases había ocasionado, como el cabildo de Santiago lo había previsto y representado al Rey, escasez de trabajadores, y en acuerdo del 27 de abril de 1703, pidieron los capitulares, con el apoyo del Gobernador, al Monarca, el permiso de la introducción de negros, introducción que acababa de obtener Buenos Aires.

A principios del año siguiente, se puso en planta un nuevo arreglo de sueldos en el ejército²³³, arreglo que constaba de 36 artículos²³⁴. Por lo demás, todo el año y el siguiente se pasaron en santa paz y sin nuevos acontecimientos.

En octubre de 1705 llegó el situado a Concepción; el Gobernador, aunque bastante amalado, quiso ir a distribuirlo por sí mismo, y salió el 16 de Santiago con el único médico de la ciudad, y el oidor destinado a acompañarle y a ser corregidor durante tres años en la capital de la frontera.

El 12 de mayo del año siguiente estuvo de vuelta en la capital del reino para pasar en ella la estación de invierno, y contribuyó mucho, se puede decir, por falta de otros quehaceres, a la información de santidad de un lego franciscano²³⁵ que había muerto a fines de 1700. No es fácil el imaginar cómo el capitán general del reino podía certificar la intimidad de un fraile, aunque no hubiese sido lego, con el cielo; pero por indiferente que sea este dato, en historia, es muy interesante por otra parte, en cuanto da una idea de los sentimientos religiosos de aquel tiempo, puesto que un personaje de tan alta jerarquía como lo era un capitán general, gobernador de un reino como el de Chile, no desdeñaba el rebajarse hasta atestiguar

²³³ Mandado por real cédula de 26 de abril de 1703.

²³⁴ Que ocupan diez hojas del libro del Cabildo, desde el fº 5 al 15. Por este arreglo, los sueldos señalados a las clases del ejército eran: al capitán general 8.000 pesos (de 8 rs.); al maestre de campo, 1.320; al sargento mayor, 900; al comisario de la caballería, 800; al veedor general, 2.000; al auditor de guerra, 1.000; al capellán mayor, 500; al ayudante mayor, 300; al capitán de caballería (compañía de 100 hombres), 750; a su teniente, 300; a los trompetas y soldados, 100; al capitán de infantería (125 hombres), 600; al subalterno, 250; al sargento, 150; al cabo, 100; a los tambores, 100; al intérprete, 150; al carpintero de ribera, 150; al de llano, 100; al armero, 100; al preboste, 150; 80 a cada arcabucero y 100 a los mosqueteros; al capitán de artillería, 250*, y 100 a cada artillero. Por el mismo arreglo fue suprimida la compañía de oficiales reformados; el comisario de la caballería quedó sujeto al maestre de campo; los empleos con real despacho fueron declarados vitalicios. Secretaría del supremo gobierno de Chile.

* Se debe de entender capitán de artillería simple táctico, y no facultativo.

²³⁵ F. Pedro Verdeti, natural de Orduña en Vizcaya.

los humildes actos de la vida de un sirviente de convento. Es muy de notar que jamás desde que el mundo existe, ni antes ni después de la conquista de América, se han visto, ni se verán probablemente, planes más vastos, empresas más arduas, más temerarias, ni acciones más heroicas que las que se vieron entonces, en nombre y honra de la religión, y esencialmente con su auxilio.

Al mes de mayo del año siguiente, le llegó al Gobernador otra real cédula²³⁶, en la que el Rey mandaba cesase el *admapu* de los butalmapus, es decir, que cesasen los indios de vivir dispersos por tierras y campos, y se concentrasen en pueblos circunscritos. Ibáñez, persuadido de que sería muy difícil el dar cumplimiento a dicha orden sin comprometer la paz, encendiendo una nueva guerra con los araucanos, suspendió su ejecución y representó a la Corte los riesgos que ofrecía, enviando en un buque mercante francés que dio la vela para España desde Concepción en marzo de 1708, a su cuñado el marqués de Corpa con este objeto. En esta ocasión, el cabildo de Santiago dio una prueba de la confianza que tenía en el Gobernador encargando a su pariente la ventilación de los asuntos de la ciudad pendientes en la Corte, para lo cual le desinteresó liberalmente, como lo hacía siempre el ilustre Cabildo. Esta particularidad comprueba, además, lo que dejamos dicho más arriba, a saber, que la animadversión general que había suscitado generalmente la conducta del Gobernador no se había comunicado a los capitulares. Las razones de este hecho extraño, cualesquiera que fuesen, no podían menos de ser plausibles, y confirman la sagacidad política de aquella corporación tan vigilante y protectora del bien de sus administrados. Sin duda alguna el cabildo de Santiago no ignoraba lo que todo el reino sabía y sentía acerca del porte en cosas personales del Gobernador; pero conociéndole hábil y capaz para los fines grandes y principales del mando, le disimulaba defectos que, por feos que fuesen, no le impedían el alcanzar y asegurar dichos fines.

Ibáñez dio fin a su gobierno con la celebración pomposa del nacimiento del príncipe de Asturias²³⁷, celebración que empezó en Santiago, y en todas las ciudades del reino, el 13 de noviembre, y cuyos grandes, inmensos preparativos habían empezado ya desde el 16 de agosto. El 26 de febrero de 1709, entregó el mando²³⁸.

²³⁶ 14 de junio de 1703.

²³⁷ Don Luis Felipe de Borbón y Austria, nacido en Madrid, el 25 de agosto del año 1707.

²³⁸ Pérez-García no comprende (y con mucha razón) porqué Alcedo ha omitido en su diccionario la mención de este gobierno, que duró ocho años; ni por qué Figueroa rebaja su duración a siete.

CAPÍTULO XLI

Anuda la historia el hilo de las misiones. Apoyo esencial que prestan a la fuerza. Diferencia de medios para conseguir el fin. Admirables disposiciones de la voluntad real en su favor y para su arreglo. Colegio de jóvenes indios en Chillán. Otras misiones. Jesuitas y franciscanos.

(1709)

En este capítulo la historia anuda el hilo preciso de las misiones, roto sustancialmente en 1662, y mal anudado en el año siguiente, puesto que la continuación forzosa de los acontecimientos generales sólo ha ofrecido algunas raras coyunturas de tocar este punto tan interesante como esencial. Es tanto más lo uno y lo otro esta materia, cuanto constantemente se ve la impotencia de la fuerza sin el apoyo de la religión para llegar al fin deseado, y tan caramamente alcanzado, de sacar hombres desnudos de luz natural del estado de barbarie en que la circunstancia de vivir lejos de sociedades cultas los mantenía, para reducirlos al gremio de la civilización y del cristianismo. Consúltense todas las historias de conquistas de pueblos bárbaros y en todas se verán patentes estas verdades, a saber, que las armas desarman y rinden, pero que la religión sola somete; que las armas destruyen y que la religión regenera; que las armas quitan vidas, irritan las pasiones y sus furores; al paso que la religión protege, auxilia a los infelices vencidos, atrae sus corazones, los consuela en las desgracias de la esclavitud, e iluminando poco a poco las facultades intelectuales de los que gimen por una injusta opresión, injusta, por lo menos, en los medios que tiene que emplear para llegar a un fin laudable, los conduce, por decirlo así, de la mano al puerto de salvación, que es la luz, y el convencimiento que adquieren de la realidad de los bienes que infinitas calamidades les han proporcionado.

Sólo este resultado puede legitimar los medios, y en ninguna historia, en ninguna parte del mundo, se han visto estas verdades tan claramente demostradas, y aun también tan perentoriamente probadas como en Chile y en la guerra de los araucanos, donde el amor de los naturales a los misioneros era igual al odio que tenían a los conquistadores guerreros, y aun mayor, puesto que las palabras de un jesuita han bastado infinitas veces para aplacar la tempestad de las pasiones enfurecidas por crueles agresiones. El alcance de las previsiones de los misioneros, y especialmente de los jesuitas, cuya profunda y santa política pocos comprendían, era

infalible. La cuestión de civilización, para ellos, no se encerraba precisa y estrechamente en el círculo de los vivientes, habitantes de aquellas comarcas; trabajando incesantemente para instruirlos y atraerlos al cristianismo, sus miras se extendían a las generaciones futuras, y calculaban, que por más resistencia que hallasen, las semillas esparcidas entre los padres, si no fructificaban en ellos, fructificarían en sus hijos; un poco más en sus nietos; mucho más en sus biznietos, y que mejorando la especie de generación en generación, al fin se alcanzaría infaliblemente el fin deseado de cambiar brutos en hombres, y costumbres absurdas y bárbaras, en actos racionales de vida social, para la cual nacieron evidentemente los hombres, como sería muy fácil probarlo, si la historia tuviese que entrar en tales digresiones. Por lo demás, la general del mundo civilizado confirma la verdad del principio en que se fundaban los jesuitas. Europa tardó más de trescientos años en llamarse cristiana después de la era de su redención.

Seguros de la excelencia de su principio, nuestros misioneros dirigían principalmente sus miras a la enseñanza de la niñez y de la juventud, y convertían más padres por sus propios hijos, que por medios directos, rogándoles asistiesen a sus lecciones para cerciorarse de sus progresos. Hoy mismo en nuestra era de adelantos intelectuales tal vez demasiado rápidos, en atención a que sacan con violencia de quicio el orden natural de la ideas; hoy mismo, decíamos, vemos los resultados de este método en la clase popular, en la cual los hijos son maestros, instructores y guías de los que les dieron el ser, aunque, a la verdad, con detrimento de la autoridad paternal, y con desdén de su humilde profesión, dos inconvenientes tan inevitables como perjudiciales al fin que queremos alcanzar por las luces, que es, ser mejores y más felices.

Volviendo a su asunto, la historia no tiene más que recordar una real cédula²³⁹, en respuesta a un informe del gobernador Póveda a la Corte sobre los frutos de las misiones, informe que pecaba por falta de estar dicho Gobernador mismo bien informado acerca de todas las particularidades que contenía. En su informe²⁴⁰, Póveda asentaba que no obstante la paz, que duraba después de diecisiete años, los indios de la otra parte del Biobío habían adelantado muy poco en materia de religión, por más que los jesuitas pareciesen muy afanados en el ejercicio de su piadoso ministerio; y añadía, que pensando que tal vez por insuficiencia numérica hacían tan pocos progresos, les había enviado dos sacerdotes por auxiliares, los cuales habían causado un visible adelantamiento en las misiones, en términos que uno de ellos le había escrito, que si se dedicasen a éstas un número suficiente de clérigos, sin duda alguna se conseguirían grandes resultados.

Hasta aquí, el informe de Póveda a la Corte tenía las simples apariencias de un movimiento natural de su ánimo para cumplir con su deber de Gobernador; pero luego pasó a otras consideraciones materiales, de las cuales se podrían deducir, tal vez, motivos menos sinceros y menos plausibles, tales como las prerrogativas particulares de que disfrutaban los jesuitas, con humillación de los misioneros de

²³⁹ De Carlos II, fechada en Madrid, el 11 de mayo de 1697.

²⁴⁰ 12 y 26 de septiembre de 1692.

otras órdenes religiosas. Decía que si todos ellos hubiesen de ser remunerados tan liberalmente como los PP. de la Compañía de Jesús²⁴¹, el situado no bastaría; al paso que dos religiosos franciscanos empleados como conversores se contentaban con muchísimo menos²⁴², concluyendo con que iban a mandar asistiesen todos los sacerdotes regulares y seculares que pudiesen a las misiones, bien que esta disposición no pudiese menos de encontrar un grave inconveniente, cual era la cesación de la enseñanza del idioma chileno en el colegio de jesuitas de Santiago.

Evidentemente, había en el informe dicho alguna exageración, y la conclusión ponía de manifiesto cierta especie de mala voluntad de parte de su autor a los misioneros especiales, que, sin contestación, lo eran los PP. de la Compañía, como queda suficientemente probado. Así lo sintió, a lo que parece, el Monarca, puesto que con acuerdo del real Consejo de Indias, resolvió y mandó al gobernador de Chile formase una junta, presidida por él mismo, y compuesta del oidor más antiguo de la Real Audiencia, del obispo y deán de la catedral, de los oficiales reales de la ciudad, y de los dos sacerdotes que se habían ofrecido voluntariamente a cooperar con los misioneros, a fin de deliberar y resolver lo que fuese más conveniente para que se consiguiesen los fines con que fueron concedidos cuarenta conversores jesuitas al reino de Chile, los cuales se conformarán a su determinación en las tierras de Arauco, donde serán auxiliados por diez religiosos de la orden de san Francisco; remunerados éstos según costumbre, y los jesuitas, suficientemente, sin que exceda su estipendio seiscientos pesos.

Claro era que la Corte había notado alguna animosidad contra los jesuitas, puesto que, admitiendo que fuesen en corto número, les señala auxiliares, remunerados con menos de la mitad de la asignación concedida a los que bien se podían llamar misioneros natos. Por lo demás, el Rey, en su real cédula, encargaba a su gobernador de Chile tuviese el mayor cuidado en que dichos estipendios fuesen pagados del caudal destinado al situado, con la más escrupulosa puntualidad.

La junta formada por el Gobernador tenía, además, que distribuir a los misioneros de las diferentes religiones una porción de provincia o terreno proporcionada, observando, por reglas, que las conversiones se hiciesen en los confines de tierras sometidas, permaneciendo en ellos los conversores hasta haber conseguido el fin deseado, sin poder, hasta tanto, continuar sus tareas apostólicas más tierra adentro; sin fundar colegios incoados, y manteniéndose en puras estancias de conversión.

Pero el más notable de los encargos que el Rey daba al Gobernador sobre este punto esencial, era el de que dijese a los misioneros, en su real nombre, atrajesen a los indios a la verdadera luz del evangelio por los medios de la dulzura, afecto, amor y suavidad inseparables de la caridad cristiana, procurando inducirlos a que se reuniesen en pueblos circunscritos, y renunciasen a sus chozas esparcidas por tierras y campos; señalándoles sitios fértiles y amenos para cultivarlos, y para la cría de sus ganados; conservándoles sus propiedades en toda su extensión, valor

²⁴¹ Que disfrutaban de un estipendio de 732 pesos.

²⁴² Los dos franciscanos gozaban de 500 pesos; 250 cada uno.

e integridad durante sus vidas; respetando sus usos y costumbres en punto a sucesión, y herencia en las familias, y no forzándoles a salir de su tierra natal, o de la que hubiesen elegido por residencia, para reunirlos, sino juntándoles en la misma circunscripción donde se hallasen diseminados. Insistiendo sobre esto, el Rey imponía al Gobernador la obligación de vigilar en que los misioneros no adquiriesen propiedades, pues lo prohibían las leyes, y se esmerasen en cumplir con el mayor celo los deberes de su ministerio en la conversión de los indios.

Pasando a otros particulares de buen gobierno con respecto a los naturales, el católico monarca imponía también al capitán general del reino, al Obispo y a los ministros de la Real Audiencia la responsabilidad grave de no permitir, bajo pretexto alguno, ni aun el de enseñanza, beneficios y progresos, se les arrebatasen sus hijos, ni lo hiciesen ellos mismos, mandando publicar esta resolución por bando con apercibimiento de la pena de muerte a cualquiera que la quebrantase.

Que a los convertidos, se les dejasen sus haciendas; que no se hiciesen mercedes con ellas en sus distritos, más allá del Biobío, y que los españoles que las tuviesen entonces por haberlas obtenido de algún gobernador, las dejasen y renunciasen a ellas inmediatamente.

Que a los caciques²⁴³ araucanos y sus circunvecinos, como señores de sus jurisdicciones se les mantuviese sin alterar sus usos en sucesión de mando, y sin imponerles tributo, ni a ellos ni a sus hijos varones; y que a los mazagales²⁴⁴ les señalase la junta uno muy moderado, que los misioneros mismos les habían de inducir a pagar por medios suaves y persuasivos.

Que los indios ya convertidos y los que se convirtiesen en adelante no fuesen encomendados, sino incorporados en el gremio de vasallos de la Corona, sin imponerles tributo alguno durante veinte años desde el día de su conversión, al cabo de los cuales, los misioneros los habían de instruir en el cumplimiento de las obligaciones que tenía que llenar todo español; que de ningún modo se les obligase a servir en las haciendas de los españoles, y que si voluntariamente lo hiciesen, se les pagase salario señalado por la misma junta.

Que para la educación de los hijos de los caciques se fundase un seminario para veinte, sin que pudiesen contar en este número dos hermanos, a cargo de la Compañía de Jesús, y en el cual tres jesuitas con título de maestros les dieron enseñar a leer, escribir y contar, la gramática y la moral; que se les diesen los sirvientes necesarios para discípulos y maestros, y que para el mantenimiento de cada uno, señalase la misma junta una cantidad, y doble para los maestros²⁴⁵.

Que no se construyese edificios, con este objeto, hasta que se viese si producía buenos efectos; que de ínterin, se arrendase una casa de la ciudad, y que, si los informes previos de un buen éxito lo aconsejaban, S.M. ordenaría lo conveniente para la estabilidad y la conservación de dicho colegio.

²⁴³ Es de advertir que el título de cacique no era araucano, ni lo conocían los naturales hasta que los españoles lo introdujeron entre ellos. Olivares.

²⁴⁴ Nombre que dieron los españoles a los individuos de la clase común y de labradores.

²⁴⁵ Y cuyo total no había de exceder cuatro mil pesos al año.

Que los indios de la población de San José de la Mocha, a dos leguas de Concepción, formado por el gobernador don José de Garro con los que poblaban y sacó de la isla del mismo nombre, continuasen viviendo bajo las mismas ordenanzas de gobierno que dicho Gobernador les había dado; y que cuantos individuos hubiesen sido sacados de la citada población de San José de la Mocha, aunque lo hubiesen sido por el mismo Gobernador, por el Obispo o por los ministros de la Real Audiencia, con entera voluntad de ellos, fuesen restituidos a sus hogares, exentos de tributo durante veinte años, incorporados con la Corona, al cabo de ellos, y de ningún modo encomendados, ni sujetos a servidumbre.

Y en fin, que la junta, previo informe sobre si la cátedra de lengua nacional se hallaba regentada y dotada, dispusiese lo conveniente para que los oficiales de real hacienda retuviesen la donación, si no estaba en ejercicio, y la dotasen, si no lo estaba ya, para que entrase en él, siendo el primer elemento necesario, indispensable para la conversión de los indios, objeto principal de su real solicitud.

Con tales preceptos, parece imposible que los que gobernaban y mandaban en Chile pudiesen errar; pero, como los lectores han debido notarlo en algunas ocasiones, suceden a menudo azares que desconciertan los más acertados planes y proyectos. Por lo demás, no podía darse un cuadro más completo ni más perfecto de las miras caritativas y religiosas del monarca español por el bien de los indios. En este cuadro se ve claramente su predilección por los jesuitas, y su confianza particular en ellos para alcanzar el fin de las misiones, no obstante las quejas, aunque indirectas bastante explícitas, del Gobernador contra el éxito, sino contra los medios que empleaban para lograrlo. Puede ser también que en el informe poco favorable de Póveda contra ellos no hubiese más que exceso de celo con buena fe, pero fundado en falsos datos. El celo que no se apoya en ciencia y experiencia propia es una arma peligrosa y cruel en manos del que manda, y cree llenar una grave responsabilidad dejándose guiar de él. Además, el informe de que se trata fue acompañado de una particularidad extraña a saber, que su autor lo escribió en Concepción, y hubiera sido más natural el escribirlo en Santiago donde tenía necesariamente testigos más idóneos para proporcionarle datos probables, a lo menos, de la verdad. En una palabra, el informe al Rey se componía de la sustancia de informes al Gobernador, y estos informes podían proceder de informantes desafectos a la Compañía de Jesús. ¡Qué precipitación al borde de un precipicio!

Si Póveda hubiese visto por sus propios ojos en varias estancias de conversión, principalmente en Arauco y Purén, a los indios negarse a obedecer a la autoridad revestida de fuerza y poder, y rendirse ejecutando con presteza lo que el temor del castigo no había podido conseguir de ellos, a la voz pacífica y persuasiva de los jesuitas; si Póveda, decíamos, hubiese visto esto por sí mismo, otro habría sido el tenor de sus cartas a la Corte. Era cierto que en punto a la pluralidad de mujeres, los progresos eran lentos en cortar este desorden; sólo en caso de enfermedad grave, o de impotencia, se conseguía de ellos que fuesen más castos; y esto es tan cierto, que sólo se ha conocido un toqui de Toltén (el bajo)²⁴⁶, y un cacique de Tol-

²⁴⁶ Don Martín de las Cuevas *Palanamún*.

tén (el alto)²⁴⁷, los cuales renunciaron a la poligamia, y se casaron cristianamente, cada uno con una sola mujer²⁴⁸.

Sin duda alguna, los dos sacerdotes ya citados, el cura de Chillán y el otro vicario, que dejaron el bienestar, la tranquilidad y el reposo de sus casas para irse a tierra de indios a convertir, dieron una virtuosa prueba de albergar en sus corazones sentimientos cristianos; pero en cuanto al fruto que sacaron de su arranque religioso, fue tan limitado como de corta duración. En Colhué fue donde causaron mayor sensación, porque llegaron con muchas cosas de las que los indios llaman *cullines*, como añil, cintas y otros embelecós; y aun les llevaban vino. Atraídos por estos objetos, los naturales oyeron y rezaron; pero apenas habían vuelto las espaldas los dos beneméritos sacerdotes, la sensación que había producido y sus efectos cesaron y desaparecieron como el humo; y ésta es la verdad de la historia. En Repocura, el párroco de Chillán²⁴⁹, cuando llegaba un día de fiesta, ponía a la puerta de la iglesia dos botijas de vino, y no había que temer que los indios, con tal atractivo, dejasen de ir a oír misa y a rezar. Pues semejantes medios no los emplearon nunca los conversores de la Compañía, cuando se trataba de la santidad de la religión, y con todo eso, el informe citado del Gobernador decía que los sacerdotes habían conseguido más en poco tiempo que ellos en tantos años.

Como lo hemos dicho, la exageración, su móvil y, tal vez, sus fines, saltaron a los ojos del mismo Monarca, y resolvió lo que los lectores acaban de leer.

En consecuencia, se procedió a la ejecución de todo lo mandado, y el colegio para los caciquillos se fundó en Chillán²⁵⁰, sitio escogido por el Gobernador, porque, por un lado, estaba bastante cerca para que viniesen más fácilmente; y, por otro, bastante lejos para que no pudiesen escaparse, en casos de caprichos de muchachos, con la misma facilidad. El cura cedió su casa para este objeto, y su iglesia a los jesuitas, muy satisfecho de que sus propios feligreses tuviesen ocasiones frecuentes de aprovechar de sus doctrinas. Los maestros y los discípulos fueron dotados como el Rey lo mandaba, a saber, en doscientos cuarenta pesos anuales dos de los maestros, y en doscientos ochenta el superior, que era el tercero. Para cada alumno se señalaron ciento veinte. El visitador de provincia de la Compañía de Jesús de Chile era el P. general de ella Simón de León, y cooperó con su provincial José de Zúñiga al establecimiento de aquella piadosa obra. El rector que dieron al colegio fue el P. Deodati. El gobernador Póveda hizo cuanto pudo por probar que se había engañado involuntariamente en su informe, y que lo sentía.

Sin embargo, la casa e iglesia cedidas para este objeto no tenían bastante capacidad y fue necesario añadir construcciones que absorbieron, por de pronto, una parte de la dotación del colegio²⁵¹. Concluidas las obras, el P. rector Deodati aceptó la oferta que le hizo don Pedro Riquelme de ir en persona a buscar los hijos

²⁴⁷ Don Alonso *Ancamilla*.

²⁴⁸ Olivares.

²⁴⁹ Don José de Moncada, de quien el lector debe acordarse.

²⁵⁰ El 23 de septiembre del año 1700.

²⁵¹ Dichas construcciones costaron 3.000 pesos.

de los caciques que hubiesen de entrar como colegiales. Riquelme, cuando niño, había sido cautivo; había vivido mucho tiempo entre los indios, y conocía muchas familias principales de ellos, de las cuales algunas se le daban por parientes. Con esto se partió y llenó del modo el más satisfactorio su misión, bien que algunos caciques, sobre todo el principal de Maquehua, llamado Vilumilla, manifestasen alguna repugnancia en separarse de sus hijos. Cuando Riquelme hubo explicado a Vilumilla, cuán grande era la bondad del Monarca hacia ellos, y la buena fortuna que tendrían sus hijos si sabían aprovecharse de ella, Vilumilla respondió que sin saber leer, escribir y otras cosas que sabían los españoles, sus antepasados habían sido bastante grandes para defender su libertad y su país, y que no era de parecer de que se le entregasen los jóvenes que pedía. En vista de su repugnancia, Riquelme no pensó deber insistir, y se fue a Boroa y a Imperial cuyos caciques se mostraron voluntarios y aun reconocidos. De allí se llevó doce seminaristas, y a poco tiempo, se reunieron en el colegio hasta dieciséis, cuyo número fue el mismo hasta el año 1723, en que sucedió un nuevo levantamiento.

El principal fin de la fundación de este colegio no era sólo el favorecer a algunas familias sino el preparar en lo futuro la conversión cierta de todos los indios por medio de estos jóvenes, cuando se volviesen a sus tierras hechos hombres. En último resultado, muchos se quedaron con los españoles, y en su aptitud y actos de la vida no diferían en nada de ellos. Los que tomaron oficios y se casaron con españolas, unos, y otros, con mestizas, fueron excelentes padres de familia y hombres muy honrados; puedo decirlo porque lo he visto por mí mismo²⁵².

Otras cinco misiones principales, difíciles y peligrosas, entre el Biobío y el Toltén, a saber, Imperial, Boroa, Repocura, Santo Tomás de Colhué y los pehuenches eran llenadas por los jesuitas, sin guarnición ni escolta, y sin temor de lanzas y macanas. La misión de Imperial fue restablecida en 1693, bajo el gobierno de Póveda, por acuerdo del 26 de febrero. La estancia estaba situada a tres cuartos de legua de la antigua ciudad de este nombre, donde querían establecerse los PP.; pero los indios no quisieron permitirlo; encima de una loma sobre el Cautín, y dominando una vega la más deliciosa y admirable del mundo. Los PP. recorrían el país, por un lado, hasta la mar, a seis leguas; y al oriente, a dos, hasta la jurisdicción de Boroa.

Esta segunda misión, de las cinco dichas, se fundó en 1694, también por acuerdo del 22 de enero, bajo el mando del mismo Gobernador. Los PP. que la regían eran también dos, y, como los de la precedente, tenían mil pesos al año, quinientos cada uno. Esta estancia se situó sobre el Quepe, a la orilla opuesta y en frente del sitio que había ocupado el antiguo fuerte, y había en ella muchos úlmenes de importancia, y muchos mestizos de nombres resonantes como Ponce de León, Riquelme, Cisterna y otros. Su extensión era desde Toltén (el alto) hasta la otra banda del Cautín, con cuyos indios confinaba, así como también, por otros puntos, con los de Repocura y Maquehua.

El mismo año, en diciembre, se fundó la de Repocura, dedicada a la Virgen del Carmen, y bajo los mismos principios y condiciones. Esta dedicación fue debida

²⁵² Olivares.

al cura de Chillán don José Moncada, y la jurisdicción era la más corta de todas, confinando con las de Boroa, Imperial y Purén.

La de Colhué fue llamada Santo Tomás por respeto al Gobernador que llevaba este nombre de bautismo. Estaba situada cerca de las ruinas de Angol, sobre la margen del Rengaico, y a dos leguas del Biobío. Era la misión más cercana a Concepción y a Buena Esperanza, y tenía espacio para extenderse hasta la cordillera, Purén y Quechereguas. Sin embargo, muy luego se descubrió que la situación ofrecía inconvenientes, y la misión fue trasladada con más proximidad a la cordillera, en un sitio llamado Chumulco donde había una iglesia muy cómoda y una habitación.

La última de estas cinco misiones que se fundó fue la de los pehuenches, a las márgenes del Rengaico, río arriba. La estancia distaba ocho leguas de la de Colhué.

Además de estas cinco misiones, que fueron llamadas nuevas, se fundaron otras dos, las de Maquehua y Tucapel, de las cuales se encargaron los religiosos de san Francisco. Y aquí, ha habido una diferencia muy digna de ser particularmente anotada por la historia; los franciscanos sirvieron sus misiones mientras que el situado llegó; pero en el punto en que cesó, se retiraron; al paso que los jesuitas se mantuvieron firmes contra los mayores contratiempos, en términos de tener que mendigar para vivir y servir, como más adelante veremos.

CAPÍTULO XLII

Obispos de Santiago y de Concepción. Gobierno de don Juan Andrés de Ustáriz. Calidad de este Gobernador y extrañeza que causó en el reino. Desaires y disgustos que le dieron los ministros de la Real Audiencia. Su aptitud verdadera y sus efectos.

(1709)

El advenimiento de Felipe V al trono de España puso fin a una era de desastres y dio principio a otra de felicidades y de grandezas. En esta época, la historia ha tirado, por decirlo así, una línea de demarcación entre el pasado y lo futuro, ha arreglado sus cuentas y ha abierto un nuevo libro de asiento. Imitemos a la historia, o por mejor decir, obedezcamos a su impulso, reuniendo en una misma época todos los atrasos forzosos en favor del discernimiento de materias. Habiendo puesto en este punto lo concerniente a misiones, tenemos que hacer coincidir el poder eclesiástico y la sucesión de obispos, tanto en Santiago como en Concepción, con los demás acontecimientos.

Empezando por la capital, la historia ha dejado en ella, en 1661, al ilustrísimo fr. Diego de Humanzoro²⁵³ de obispo, el cual había sido provincial de Cuzco, y gobernó no sólo con mucho celo sino, también, con prudencia, y, lo que más es, con entereza, cualidades que las más veces son incompatibles una con otra. En 1670 este digno prelado celebró el tercer sínodo, y erigió el convento de San Diego para los estudiantes de la casa grande. Por su muerte, que sucedió en 1676²⁵⁴, el obispado quedó vacante durante tres años, hasta en 1679, que fue promovido a él fr. Bernardo Carrasco²⁵⁵, del orden de predicadores, y provincial de San Juan Bautista de Lima.

En 1688, el obispo Carrasco celebró el cuarto sínodo, y fue el que obtuvo del Rey la merced de los dos novenos para su fábrica, con lo cual, después de haber consagrado la iglesia catedral, levantó la antigua sacristía, que se había quemado, y mandó construir habitaciones para los clérigos. En 1694 pasó al obispado de la Paz y allí murió; pero bien que en el mismo año de su promoción se le hubiese nom-

²⁵³ De la orden de San Francisco, y natural de Guipuzcoa.

²⁵⁴ El obispo Humanzoro fue enterrado en la iglesia de San Francisco de Santiago.

²⁵⁵ Natural de Zuñu en Trujillo.

brado sucesor a la mitra de la capital de Chile, aun quedó esta vacante otros cinco años, puesto que dicho sucesor no fue a tomar posesión de ella hasta en 1699.

Este sucesor fue el ilustrísimo don Francisco de Puebla González²⁵⁶, el cual, después de haber sido colegial de Alcalá de Henares, fue cura párroco de San Juan en la villa y corte de Madrid. Como todos los obispos de Santiago, tuvo acierto en su gobierno, sin duda porque el principio y los medios por los cuales los reverendos obispos se encaminaban a los mismos fines que todas las demás autoridades del reino, se hallaban menos obstruidos con los escollos que presentan las resistencias de las pasiones; a cuya feliz circunstancia es muy justo al añadir que siendo, en general, hombres de una larga carrera de estudios, y de mucha ciencia, tenían al mismo tiempo muchos más elementos de reflexión, de prudencia y de acierto.

En 1704, este Obispo fue promovido al obispado de Huamanga; pero no pudo pasar a él, habiendo muerto en Santiago en dicho año. Su sucesor, cuatro años después, 1708, fue el ilustrísimo señor don Luis Francisco Romero.

En Concepción, la mitra había quedado vacante, por muerte del obispo Zambrano, en enero de 1662, y había sido nombrado provisor de ella el licenciado don Juan Ruelas, cura y vicario del tercio de Conuco, que llenó este puesto hasta que fue a ocupar la silla episcopal el ilustrísimo fr. Francisco de Loyola y Vergara, cuyo sucesor, en 1684, fr. Antonio de Morales, también de la orden de predicadores de San Juan Bautista de Lima, naufragó y pereció sobre la costa de Tucapel. En vista de esta catástrofe, el Rey presentó al obispado de Concepción a fr. Luis de Lemus, de la orden de ermitaños; pero tenía este religioso una salud muy quebrantada, y falleció en Madrid mismo, algunos días después del de su consagración²⁵⁷. Por fin, le sucedió fr. Martín de Hijar y Mendoza, agustino, y provincial de la de Lima, el cual gobernó el obispado como un santo, desde 1695 hasta 1704, en que murió en la mayor pobreza, porque daba todo cuanto tenía sin reservarse nada²⁵⁸.

Volviendo a los asuntos de gobierno político-militar, Ibáñez entregó el mando el día 26 de febrero de 1709 a su sucesor, que fue el caballero del hábito de Santiago don Juan Andrés de Ustáriz, el cual había llegado por la vía de Lima a Valparaíso, a cuyo puerto el cabildo de Santiago envió su diputación a recibirle el día 15 de enero. Ustáriz saltó en tierra el 15 de febrero siguiente, y se puso inmediatamente en camino para la capital, donde no sólo no quiso prestar juramento, como tampoco lo había prestado su predecesor, sino que ni siquiera quiso ser reconocido por el Cabildo ni por la Real Audiencia, misterio que, por fin, la historia aclarará muy naturalmente, aunque menos políticamente. La razón de negarse a estas formalidades era, a lo que parece, que había sido ya reconocido por el Real Consejo, ante el cual había prestado juramento; por la misma, no le pareció necesario presentar

²⁵⁶ Natural de Pradena (Segovia en Castilla la Vieja).

²⁵⁷ Bien que en la sinodal de Concepción, pág. o foj. 36, se ponga este último Obispo antes que el otro, por real cédula de 21 de junio de 1687, consta que el obispo Lemus fue presentado con el aviso del naufragio de su antecesor Morales.

²⁵⁸ Fue enterrado en su catedral.

sus despachos. De suerte que ni en las actas del Cabildo, ni en las del tribunal se ve constar su recibimiento; y lo más particular fue que el Rey aprobó²⁵⁹ su conducta.

Evidentemente, esta real aprobación era impolítica en cuanto disminuía el ascendiente moral del cabildo de la ciudad, y el de la Real Audiencia en los negocios públicos. Este ascendiente, muchas veces, había producido saludables efectos, y sólo se puede explicar esta inconsecuencia, que acrecentaba la independencia de los gobernadores de Chile, por el advenimiento de un nuevo Rey rodeado de consejeros extranjeros. Además de ser impolítica, fue también injusta, si no con respecto a los ministros del senado que tal vez abusaban de la facilidad que tenían para pasar informes reservados a la Corte sobre la conducta de sus presidentes gobernadores del reino, a lo menos contra el ilustre cabildo de Santiago, cuyos sentimientos nobles y caballerescos le inducían siempre a paliar y remediar las faltas de los gobernadores, a toda costa, y a abstenerse de producir quejas contra ellos, por más que diesen lugar a ello. Si esta corporación y sus miembros, representantes y protectores natos del bien de sus administrados, se habían señoreado con la prerrogativa de ver los reales despachos de los gobernadores y formar su asiento en sus libros, más lo habían hecho para honrarlos y obsequiarlos espléndidamente, con respetuosa deferencia, que para vanagloriarse y mostrarse ufanos de ejercerla. Nótese, además, que en aquel mismo instante, los proceder arbitraríos y poco dignos del gobernador cesante Ibáñez surgían de todas las partes del reino y llegaban, atravesando mares, a oídos del Soberano.

En efecto, grande debió de ser la vergüenza del último gobernador de Chile al prestar residencia, y mucho necesitó de la indulgencia y de la generosidad del mismo Cabildo para trampear, o sea, vindicarse, sobre una parte de los cargos que se le hicieron, sin contar otros que la caridad cristiana sola ha podido perdonarle en vista de la expiación que tuvieron con el fin religioso de su vida. Él y su familia²⁶⁰ fueron enviados incontinenti a Lima, por más que hicieron para quedar de residencia en Santiago. Es verdad que el marqués de Corpa, su cuñado, con motivo o sin él, fue acusado de haber intrigado en Londres para que el gobierno británico enviase una armada al apoyo de los chilenos que querían aprovecharse de la oposición que encontraba la nueva dinastía para declararse independientes, y erigirse en república. El ex gobernador Ibáñez pensó volverse loco; pero la Providencia le iluminó, y su razón despertó en él sentimientos religiosos, a impulso de los cuales tomó el hábito de jesuita, y murió en dicha Compañía absuelto y perdonado de todos.

Su sucesor en el mando de Chile se apareció a todo el reino como cosa inaudita; y a las demás autoridades, como un ente de razón puramente imaginario, o como un gobernador inverosímil en su esencia. En efecto, Chile, su ejército, su magnífico cabildo, su senado y hasta los reverendos obispos, impregnados y embebidos de sentimientos de caridad cristiana, siempre dispuesta a acoger y aun a

²⁵⁹ Real cédula, Madrid, 1713.

²⁶⁰ Compuesta de dos sobrinas, las cuales estaban casadas, una con el marqués de Corpa, y la otra, con un hermano de dicho Marqués.

ensalzar la humildad; acostumbrados a ver a su cabeza hombres resplandecientes de ilustración, servicio y celebridad militares, grandes por su ciencia, esencia y potencia, no querían creer, aunque lo veían por sus mismos ojos, que el Rey les hubiese enviado un capitán general, un gobernador del reino, un presidente del senado que no podía tener las más remota idea ni de milicia, ni de gobierno, ni de política o asuntos de Estado; en una palabra, un mercader. Don Juan Andrés Ustáriz²⁶¹, bien que fuese caballero del hábito de Santiago, no tenía más antecedentes que el de haber pertenecido al comercio de Sevilla, y llegaba con uno pésimo, puesto que se susurraba que había comprado el gobierno para rehacerse de una gran pérdida²⁶².

Por muy honroso que fuese este título, no era ciertamente suficiente para inspirar gran confianza en sus luces para llevar a cabo cosas tan arduas como eran las de Chile, y la desconfianza habría sido muy legítima si realmente la repulsa que encontró en los ánimos se hubiese encerrado en sus límites; pero en lo que menos pensaban los que le despreciaban era en que de su incapacidad, supuesta o verdadera, podían surgir grandes males. Lo que más les chocaba, les ofendía y los humillaba era el verse mandados y gobernados por un mercader. Es ésta una coyuntura muy oportuna para dejar escapar una reflexión que casi todas las naciones han hecho sobre el carácter español acerca de su antipatía contra el comercio, como si el comercio no fuese el lazo más indisoluble que une a las naciones, haciéndolas no sólo útiles sino, también, necesarias unas a otras, y sin el cual las ciencias y las artes, la industria y hasta la misma agricultura serían de poco o ningún valor para la existencia moral de los hombres; como si el comercio, es decir, el cambio o trueque de intereses, no fuese necesario para asegurar la existencia material de todos ellos, sin excepción, sea cual fuese el grado de la escala social en que hayan acertado a poner el pie al nacer. Esta reflexión es que los españoles, en general, nunca abrazaron ni abrazarán con gusto, y por consiguiente, ni con éxito, una carrera por la cual tienen una tan invencible antipatía; reflexión de la cual surgen dos corolarios, a saber, que hallan más conveniencia en que otros ventilen sus asuntos que en ventilarlos ellos mismos, y más cómodo el consultar que el meditar.

Volviendo a la repugnancia con que aceptaron a Ustáriz por gobernador los chilenos, debemos exceptuar de toda demostración de disgusto, ni mucho menos de desprecio, al infalible cabildo de Santiago, infalible en todos sus procederes. El recibimiento que le hizo fue tan pomposo como el que habían tenido tantos ilustres y grandes hombres, guerreros y políticos, que habían gobernado el reino, menos el caballo y la silla que con tanto sentimiento tuvo que suprimir, conformándose a las órdenes del Soberano. Por lo demás, el sabio y digno Cabildo sabía que el gobernador, cualquiera que fuese, representaba la potestad real, y que ofenderle sería ofenderla; y muy ciertamente, le respetaron por la razón dicha, ya muy suficiente, y por otra más positiva y gloriosa para ellos, a saber, que, fuera los casos de

²⁶¹ Natural de Vizcaya.

²⁶² Carvallo asegura que había comprado el gobierno por 24.000 pesos para rehacer un caudal perdido en una flota sobre Vigo, en la costa de Galicia.

guerra, les importaba muy poco el que la hoja de servicios del capitán general del reino fuese corta o larga, porque su principal confianza estribaba en ellos mismos, en su propio celo y esmero en llenar deberes que sus naturales sentimientos les imponían.

Ya hemos dicho que el nuevo Gobernador no había querido presentar sus despachos ni prestar juramento, así como también el motivo que tuvo para hacerlo, motivo legítimo que le alcanzó la aprobación de la Corte. Pero si el Cabildo se sobrepuso con magnanimidad a esta especie de desaire para su autoridad, la Real Audiencia no fue del mismo parecer, y desde luego se propusieron sus ministros buscar quimera a su presidente. Lejos de ser extraño en aquellos oidores este porte, era muy natural; pero en los obispos, tanto el de Concepción como el de Santiago, era cosa incomprensible el que no dejasen escapar coyuntura alguna de manifestarle el desprecio que hacían de su persona, en términos que el Monarca se vio precisado a manifestarles su desagrado, y a recordarles los preceptos inefables de la caridad cristiana²⁶³. Pero sus más acérrimos contrarios, como decíamos, eran los oidores, los cuales aprovecharon cruelmente la primera ocasión que se les ofreció de manifestárselo ruidosamente. Esta ocasión fue la fiesta de san Ignacio, a la cual los jesuitas convidaron a los ministros de la Real Audiencia y a su presidente, el gobernador del reino. Como era natural, éste se presentó de uniforme, bien que sus antecesores se hubiesen puesto alguna vez la golilla, cuyo uso acababa de ser abolido para todos los que no fuesen togados; y los oidores, no obstante, le dijeron que su traje no era propio, y que se sirviese ir a revestirse de la toga. Habiéndose negado a ello, los ministros rehusaron acompañarle a la función de los jesuitas a donde hubo de ir solo. Es verdad que a su tiempo, los oidores recibieron una real desaprobación por este desacato a la autoridad de su presidente, y que éste quedó autorizado a presentarse en el tribunal con el traje que le pareciese más conveniente²⁶⁴; pero entretanto, el escándalo y sus lamentables efectos habían tenido lugar.

Sin embargo, este gobierno empezó a manifestarse capaz de dotar al reino con mejoras y aprovechamientos, y desde el principio, pasó informes a la Corte con propuestas de creaciones y obras necesarias, tales como la de un hospicio de recogidas, cuyo excesivo número denotaba claramente la relajación de las costumbres; la de una universidad y la de un canal de regadío y fertilidad. Pareciéndole poco conveniente que los gobernadores de un reino como el de Chile estuviesen, por decirlo así, sujetos a merced aceptando una morada que nada les costaba, proyectó el levantar con los propios de la ciudad una digna de ellos, cuyo proyecto fue completamente ejecutado. Pero en esta ocasión, la Audiencia le dio un nuevo desaire negándose a ir a sacarle de su palacio para acompañarle en las funciones públicas, y aglomerando motivos para que el Rey le manifestase su disgusto, como lo hizo en la real cédula que hemos citado.

No obstante, aun lograron los oidores que, a su vez, el Gobernador recibiese un apercibimiento y una reprensión por su conducta, en un caso en que, al pare-

²⁶³ En 9 de noviembre de 1773.

²⁶⁴ Reales cédulas de 7 de diciembre de 1710 y 20 de noviembre de 1714.

cer, obró con pasión y arbitrariamente, mandando encarcelar sin forma de proceso a un particular²⁶⁵ que le había delatado como contrabandista, o sea, importador de géneros prohibidos. El prisionero, justa o injustamente, apeló al tribunal de la Audiencia donde estaba seguro que sus quejas serían oídas, como en efecto lo fueron. Los jueces le protegieron; pero en lugar de favorecerle, le dañaron exasperando al Gobernador en términos que Ustáriz cometió tropelías contra el autor de la queja. En vista de esto, el tribunal pasó informe del hecho a la Corte, en virtud del cual, el Gobernador fue por aquella vez el multado y el reprendido, con apercibimiento de no entrometerse en asuntos puramente jurídicos que pertenecían esencialmente a la jurisprudencia.

Con todo eso, Ustáriz parecía tener celo y buenas intenciones, y dio una prueba de ello en la justicia que hizo en el hospital de San Juan de Dios, que ya los lectores saben estaba dirigido por los religiosos de esta orden, que habían ido a Chile con este objeto a petición del gobernador Rivera, ya había cien años. En el principio, la dirección de estos interesantísimos religiosos había cortado una multitud de abusos que existían con grave perjuicio de los pobres enfermos, y había puesto el establecimiento en el estado el más satisfactorio de orden, aseo y asistencia. Desde entonces, no parece haya habido nunca motivo de queja contra ellos hasta ahora que, con razón o sin ella, el gobernador Ustáriz creyó hallar algunos para intervenir con su autoridad y tomar providencias. Estos motivos fueron algunas quejas de mala asistencia, quejas que él mismo en persona oyó de boca de algunos enfermos un día que fue a visitar dicho hospital. Si semejantes quejas podían ser, tal vez, fundadas, podían también no serlo en atención a que muchas veces los enfermos califican de mala asistencia la más razonable oposición a deseos cuya satisfacción sería nociva a su salud. Sea lo que fuese acerca de la verdad del motivo, el Gobernador tomó informes de los cuales resultaba que el prior²⁶⁶ del convento especulaba en los ingresos del hospital con el fin de mostrarse dadivoso, y de congraciarse con el comisario general de Perú, de quien dependía. En aquel caso, la ciencia y experiencia de Ustáriz eran realmente especiales, y así fue que pasó sobre él un informe muy lucido a la Corte, proponiendo a S.M. como medio natural y muy fácil de cortar semejantes abusos, el declarar los conventos de Chile provincia independiente de la de Lima. El real Consejo de Indias, consultado por el Monarca, sin declarar dicho medio útil y oportuno, opinó que la perpetuidad de los priores debía de cesar, y limitarse el priorato a tres años, como lo exigían los estatutos de la orden, y, conformándose a este parecer, el Rey mandó²⁶⁷ que así se ejecutase²⁶⁸.

Por la primavera, el nuevo Gobernador pasó a la frontera; pero sólo para distribuir el situado y nombrar un maestro de campo general, que fue don Pedro

²⁶⁵ Don Agustín Ampuero.

²⁶⁶ Fr. Pedro Omepesa.

²⁶⁷ Real cédula de 26 de enero de 1713.

²⁶⁸ Acerca de estas órdenes, Carvallo dice que eran mal ejecutadas, y, por prueba, añade que posteriormente ha conocido tres priores, de los cuales uno, fr. José Felto, lo fue en Santiago dieciocho años; y otro, fr. Cayetano Torres, quince en Concepción; a la verdad, con gran provecho de sus conventos.

Molina, con aceptación de todos, aceptación que no obtuvo el nombramiento que hizo de don Alejandro Garzón, el cual era su criatura, al mando de Calbuco, como capitán. Por fines de año volvió a la capital con la noticia de que una armada inglesa había entrado por el mar del Sur.

Pero antes de tocar este punto, es necesario notar el tacto de Ustáriz en materia de real hacienda. La situación era crítica, la guerra de sucesión propagaba sus efectos al mar Pacífico, el situado corría riesgos continuos, el ejército padecía necesidades, y ya se sabe que soldados no pagados rompen al fin los vínculos de la disciplina; los de Chile se desbandaban, y no se hallaban reclutas. En tal apuro, Ustáriz había propuesto un medio al Virrey al pasar por Lima, para cortar el origen del mal. Este medio fue que se le diese un situado, a lo menos, mitad en metálico de las cajas del Potosí, y la otra mitad en paños de Quito. Este proyecto, que Ustáriz propuso de acuerdo con el veedor general Espinoza, que se hallaba allí, produjo buen efecto, y proporciono algún alivio momentáneo.

CAPÍTULO XLIII

Piratas en el mar del Sur. Pocas fuerzas que llevaban. Saquean Guayaquil y desaparecen. Susurros y sospechas. Conducta del gobernador Ustáriz. Alzamiento de los indios de Chiloé. Sus resultados.

(1709)

Quedan apuntadas dos especies, indicadas solamente como susurros de sospechas, y que no obstante, le parecieron dignas de atención al gobierno de Felipe V. Estas dos especies fueron la solicitud hecha por una compañía de mercaderes chilenos a Holanda para que les diese armas a fin de levantarse y declararse independientes; y la otra, la cooperación del marqués de Corpa, enviado, había poco, por su cuñado Ibáñez con informes a la Corte, y sospechando de ser partidario del archiduque de Austria²⁶⁹. El gobierno español, como decíamos, las consideró con seriedad, y despachó órdenes al gobernador de Chile imponiéndole estrecha y severa vigilancia bajo la más grave responsabilidad. Aquí concluían, a lo que pareció, la capacidad y la serenidad de ánimo de Ustáriz, puesto que, creyéndose ya perdido, empezó, sin forma alguna de proceso, a ejercer violencias contra cuantos pertenecían al gremio de mercaderes; secuestró los bienes del marqués de Corpa, y obligó, como queda ya dicho, su familia a expatriarse a Lima. Por lo demás, el ejército no carecía de hombres de carrera, instruidos y experimentados, y no le fue difícil a Ustáriz el obrar por buenos consejos. Fue a Valparaíso, se aseguró del buen estado de las fortificaciones del dicho puerto, reforzó su guarnición con una compañía de caballería mandada por su propio hijo²⁷⁰, y dio órdenes de defensa eventual de Concepción, Coquimbo, Valdivia y Chiloé. Los corregidores quedaron encargados de la vigilancia de sus respectivos puntos de la costa, y el Gobernador se fue a Santiago a esperar y temblar. El 1 de marzo de 1710, ya estaba en Melipilla donde le aguardaba la diputación del Cabildo.

Sin embargo, nada hubo. Los ruidos de conspiraciones y de piratas si no fueron desmentidos no fueron confirmados por ningún acontecimiento mayor. Los

²⁶⁹ Bajo el título de Carlos III.

²⁷⁰ Don Fermín Ustáriz.

corsarios ingleses, Roggiers y Guillermo Dampierres, habían ciertamente entrado por el estrecho al mar del Sur, pero con fuerzas muy inferiores para poder acometer grandes empresas, y se contentaron con saquear Guayaquil, y con algunas capturas de barcos menores, apresurándose a volverse por temor de la escuadra que el virrey de Perú envió contra ellos, la cual no alcanzó a avistarlos.

Con todo, no podía menos de ser aquella época cruel para cuantos mandaban y tenían una responsabilidad que llenar. Los ingleses, que hasta entonces no habían debido tener contra las posesiones españolas más que intenciones dictadas por la envidia y por la codicia, en adelante, les era permitido extender la vista y hacer cuanto pudiesen para impedir a los franceses el tener intereses comunes con los españoles; pero ésta es materia que más adelante será desarrollada oportunamente. En cuanto a la idea de independencia atribuida a algunos chilenos, no hubiera tenido nada de extraño, en atención a que, si no era probable les hubiese venido espontáneamente a los españoles de Chile, lo era mucho, muchísimo el que les hubiese sido sugerida por naciones extranjeras a fin de aislarlos del apoyo de la madre patria y, una vez huérfanos y desamparados, aprovecharse de su imprevisión y olvido de sentimientos naturales, para quitarles no sólo la conquista que les había costado tanta sangre sino, también, su verdadera independencia y hasta su nacionalidad.

Volviendo a su asunto, la historia despierta repentina o inopinadamente, a principios de 1711²⁷¹, la antigua y ya casi olvidada propensión de los naturales a los alzamientos; los indios de Chiloé se sublevaron, y el motivo, no muy claramente especificado, fue una desavenencia entre el corregidor de la ciudad de Castro, comandante general de la provincia de Chiloé²⁷², y el gobernador de la plaza de San Miguel de Calbuco²⁷³. Sea cual fuese el motivo ignorado, y poco importa, de dicha desavenencia, el último, que como se ha dicho, era familiar o dependiente de la casa de Ustáriz, abandonó su puesto y se fue a dar queja a su antiguo patrón a Santiago, llevándose para escolta y protección de su individuo la compañía de caballería que guarnecía la plaza, que, por el hecho quedó indefensa. Es de advertir que algunos meses antes, el obispo de Concepción había hecho una visita pastoral a las islas de aquel archipiélago, que pertenecía a su diócesis, y que los isleños habían quedado mohínos y de mal humor, sin duda porque Su Ilustrísima les habría querido inculcar con severidad los principios cristianos que condenaban sus pasiones dominantes. Pero todo se había quedado por entonces en mal humor, hasta que los de Cumco y Osorno fueron a inducirlos a que aprovecharan de la ausencia del comandante de Calbuco para atacar aquella plaza. En efecto, los indios de Cumco y de Osorno habían visto pasar a Garzón con su compañía de caballería; sorprendidos de la novedad, habían ido a la descubierta de lo que la causaba, y averiguaron el hecho incomprensible de su abandono. Mas con todo eso, los naturales de Chiloé se negaron por de pronto a dar oídos a las malas sugerencias de

²⁷¹ Sin fecha de día señalado.

²⁷² Don Fernando de Cárcamo. Carvallo. Don José Marín. Pérez- García.

²⁷³ Don Alejandro Garzón, criatura del gobernador Ustáriz.



PASEO Á LOS BAÑOS DE COLINA .

(Santiago .)

sus turbulentos vecinos, hasta que éstos tanto hicieron, tanto les dijeron contra las intenciones que tenían los españoles de atontecerlos y adormecerlos en una ciega confianza, a fin de acabarlos más fácilmente y con menos peligro, que al cabo los indujeron a que se sublevaran. Como los indios eran naturalmente sagaces y cautelosos, tuvieron muy secretos sus intentos hasta que vieron la coyuntura favorable para ejecutarlos; cayeron de pronto sobre algunos encomenderos, que se hallaban tan ajenos como descuidados de tamaño acontecimiento, y los degollaron, despidiendo con su sangre la flecha de guerra.

Mientras tanto, el Gobernador, oída la queja que le dio el comandante de Calbuco contra el corregidor de Castro, había mandado comparecer a este último, de suerte que la querrela personal de los dos jefes, el uno voluntariamente ausente, y el otro, porque el Gobernador le había llamado, había dejado la rienda suelta a los indios para que ejecutasen muy a su salvo sus proyectos. Luego que le llegó el parte de este acontecimiento, Ustáriz mandó al maestre de campo don Pedro Molina con fuerzas a sujetarlos, y puso, en lugar de dicho General, a su propio hijo de maestre de campo en la frontera. Molina, según unos²⁷⁴, prefirió los buenos términos de la persuasión a las consecuencias desastrosas de una victoria, probablemente asegurada pero inútil, y tuvo el acierto que deseaba, puesto que, sin derramar más sangre, consiguió calmar la efervescencia de los sublevados. Según otros²⁷⁵, el corregidor de Castro mandó dar muerte cruelmente a trescientos indios, y este terrible ejemplar produjo el efecto, deseado, bien que los que afirman esta circunstancia no nieguen los buenos efectos del sistema de blandura y persuasión empleado por el maestre de campo Molina, el cual, si se les ha de dar crédito, les concedió la satisfacción de enviar al corregidor preso a la capital. Como habría sido esta condescendencia tan injusta como impolítica, no nos merece el menor crédito. Los indios habían dado muerte alevosa a sus amos encomenderos, y debían de ser castigados, so pena de caer en una fatal debilidad. Dejando aparte el exceso de severidad en el castigo, el corregidor de Castro había obrado bien militar y políticamente, y si murió en una cárcel, como lo aseguran los mismos escritores, sin duda fue por algún otro motivo²⁷⁶.

Apenas los indios de Chiloé volvieron a entrar en el sosiego de la paz, los de la isla de Chonos fueron a suplicar al general del reino, maestre de campo Molina, les permitiese acogerse a la protección del Rey de los españoles, estableciéndose en el continente. Bien hubiera querido el jefe español acceder a esta súplica; pero encontró con un inconveniente grave, cual era la proximidad a los Cumcos, cuya índole díscola y pronta a ser agresora podía ser un perverso vecindario para los que se la hacían, los cuales probaron siempre ser fieles, sinceros y leales. Para precaver este inconveniente sin darles el pesar de una repulsa, les propuso y ellos aceptaron establecerse en San Felipe de Guarú, donde puso una estancia de con-

²⁷⁴ Molina.

²⁷⁵ Carvallo.

²⁷⁶ Pérez-García ha ignorado, a lo que parece, esta particularidad, cuya verdad queda, por el hecho, muy dudosa, bien que este escritor cite a Molina, el cual ha sido, tal vez, demasiado conciso.

versión servida por dos jesuitas con tanto más fruto, cuanto la docilidad de los catecúmenos se prestaba maravillosamente al celo y fervor de los conversores. Al mismo tiempo, o a consecuencia, se estableció otra en Doguell a petición del gobernador de Valdivia²⁷⁷, y ésta fue puesta igualmente bajo la dirección de la Compañía de Jesús, conforme lo había solicitado su provincial²⁷⁸, y servida por los PP. Juan Rabanal y Pedro de Aguilar. Todo esto fue posteriormente aprobado por la Corte²⁷⁹, y fomentado por el real erario.

Por otro lado, los asuntos del gobierno, en lo militar, tenían un giro lamentable. La tropa no recibía sus sueldos, bien que de mil quinientas plazas, supuestas y pagadas por la tesorería, no hubiese, a lo más, sino quinientos efectivos, o sea, presentes en las revistas de comisario. Los empleos se daban, era cierto; pero los empleados no tenían objeto para ejercerlos, puesto que en las plazas no había más guarniciones que algunos veteranos, en gran parte inválidos, y considerados más bien como moradores pacíficos que como defensores de ellas. Los soldados verdaderos del ejército, en actividad de servicio, viéndose abandonados y sin sueldos, se habían dado a la agricultura y a las minas; en lugar de hacerse salteadores, se habían metido a labradores y a mineros. Esto probaba adelantos incontestables en su moralidad y costumbres, y era debido a los jesuitas misioneros, los cuales, como hemos tenido ocasiones de notarlo, tenían tanto, o habían tenido tanto que hacer para convertir españoles como para catequizar a los indios. Por consiguiente, en este punto, se realizaba el adagio: “no hay mal que por bien no venga”. La agricultura, fomentada, prosperaba; la industria adelantaba con sus frutos, y el comercio, con los productos de la industria. En una palabra, ya no había ejército propiamente dicho.

Los indios, en vista de esto, empezaron a reflexionar que los españoles eran españoles y no chilenos, y que no obstante, eran dueños y pacíficos poseedores de sus tierras; que antes de ser pacíficos, habían sido agresores y sanguinarios, porque disponían de fuerzas, y sobre todo, de armas formidables para establecerse, en lugar que en aquel entonces carecían, a lo menos, de las primeras. De esta reflexión, pasaron los naturales a sacar una consecuencia muy mala, aunque bastante natural, a saber, que si se habían resignado a tolerar su presencia y su dominio mientras habían sido fuertes, no era razón para que los tolerasen después que se hallaban debilitados. Seducidos por esta consecuencia, los pehuenches atacaron y saquearon la ciudad de San Luis de Loyola²⁸⁰. Los araucanos fueron a ayudarles. El Gobernador, instruido de esta novedad, envió algunos soldados a castigarlos, y estos soldados, mal pagados, disgustados y que obedecieron de muy mala gana, se volvieron sin haber obtenido, y la verdad es, sin haber procurado obtener resulta-

²⁷⁷ Don Pedro Cardoso Verbetero, el cual, no satisfecho con haber contribuido con abundantes medios, durante su vida, a la propagación de la fe, dejó por testamento, en España, a donde se retiró y donde murió, todo cuanto pudo libremente sin perjuicio de los derechos de su padre, que aún vivía.

²⁷⁸ El P. Antonio Covarrubias.

²⁷⁹ Real cédula de 20 de marzo de 1717.

²⁸⁰ En la provincia de Cuyo.

do alguno. Con la impunidad de los pehuenches, los araucanos volvieron a soñar con su querida antigua independencia, y halagaron a los indios yanaconas reprochándoles su servil sujeción a unos odiosos extranjeros que habían ido a hacerlos esclavos y a apropiarse las riquezas de su país. Realmente, el razonamiento de los araucanos en aquella actualidad debía de parecer muy plausible, en atención a que los españoles, los que no trabajaban en los campos, andaban como traficantes por los caminos, y otros penetraban a las entrañas de los montes para arrancar los tesoros que encerraban en ellos. Todo esto era muy bueno y muy loable; todo esto era fruto de la paz; pero todo esto debía de apoyarse en un buen ejército, y no había ejército.

Antes de llegar a la consecuencia de estos datos, la historia tiene que reunir todos los cabos que conducen a ella. Los hombres juiciosos de Chile veían claramente que, al paso que iban las cosas, era muy de temer que tarde o temprano cayesen en un precipicio. En una sesión del Ayuntamiento (1612), el anciano Figueroa dio a entender que el único remedio de los males que amenazaban al reino, sería un cambio de gobernador; y que era cuanto podía decir, en atención a que los motivos que había para ello eran más propios para ser relatados en un proceso, que en la historia²⁸¹. Pero lo más interesante para dar una idea de ellos fue una carta que el obispo de Concepción escribió al Rey, de la cual extraemos, en sustancia, algunos puntos.

Ante todas cosas, y después de las formalidades de oficio, Su Ilustrísima ponía en noticia del Monarca que todos los obispos, sus predecesores, habían ido a Chile con la intención de descansar en un honroso sepulcro más bien que de trabajar, no por falta de celo, sino por avanzada edad y por los achaques que acarrea; que ninguno había recorrido ni visitado los dilatados espacios de aquel reino para formarse una justa idea de lo que tendría que hacer si hubiese de llenar todas las obligaciones que el cargo de prelado apostólico le imponía, y que dos que se habían alejado, uno hasta Chiloé, por mar, y otro hasta Valdivia, se habían vuelto sin haber adquirido más nociones de las que tenían antes, por noticias y relaciones. En vista de eso, el obispo autor de dicha carta se había embarcado para ir a visitar la provincia de Chiloé, su isla grande y las otras veinticinco, y las había andado todas asegurándose por sí mismo de los progresos del cristianismo; formando mandamientos para su propagación, y confirmando hasta ciento cincuenta mil individuos de diferentes sexos y edades. De Chiloé, Su Ilustrísima se había ido a Valdivia, y había visitado no sólo la plaza, los fuertes y las iglesias sino, también, las diferentes comarcas, no obstante la oposición que le habían manifestado los gobernadores exponiéndole que, aunque de paz, aquellos indios eran de índole indócil y guerrera, gentiles por naturaleza y por gusto, y que no había que fiar en ellos. En efecto, –continuaba la carta–, se había esparcido entre los naturales el ruido de que el Obispo iba a quitarles las mujeres de que gozaban, y forzarlos a que se contentasen con una sola; y, si no podía conseguirlo, maleficarlos en castigo. Despreciando riesgos y temores, el valeroso Obispo se había internado sin más escolta que su

²⁸¹ Figueroa.

séquito, compuesto de sus familiares, y había visitado las ruinas de las antiguas ciudades, ya tantos años había, pérdidas, las misiones de los jesuitas, y en fin había recorrido un espacio de cuatrocientas leguas, por lo cual le era permitido el creer que podía dar algunas señas útiles sobre lo que había visto.

CAPÍTULO XLIV

Continuación de la misma materia. Breve noticia del estado de Chile y de las costumbres araucanas.

(1709 - 1712)

Las ciudades del obispado de Santiago eran entonces: Santiago, La Serena, Mendoza, y la Punta²⁸². Los pueblos, valles y campos de su jurisdicción estaban poblados con regularidad. Desde sus límites y en un espacio de cincuenta leguas, se veían menos habitantes, la mayor parte mestizos, de bastante buena índole; y la menor, compuesta de encomenderos y otras personas visibles.

De Concepción, capital de la frontera, y lugar de la fecha del interesante informe de su obispo, hay dos leguas al formidable río Biobío, ancho de media legua en los sequíos del estío, y verdadero brazo de mar cuando en el invierno contiene toda la imponente opulencia de sus aguas; y doscientas, desde este río hasta la grande isla de Chiloé. Entre las islas de este nombre y Valdivia, medían unas treinta leguas. En el espacio que separa esta última ciudad de la de Concepción, hubo doce ciudades²⁸³, ricas y pobladas de españoles, y en las cuales había conventos de religiosos y religiosas, y aun quedaba superficie bastante para edificar otras doce.

Sin previsión y guiados por la codicia, los españoles hostigaban a los naturales para forzarlos a que les diesen oro, y cuanto poseían, y los indios, exasperados, se alzaron tan unidos y denodados, que vencieron a los españoles, degollaron a infinitos, y se llevaron a sus mujeres cautivas para gozarlas, dejando los templos saqueados y profanados. Ocho ciudades tuvieron esta triste suerte en lo interior de la tierra²⁸⁴, de las cuales sólo quedaron tristes vestigios para memoria de su pasada existencia, y tres quedaron en pie, firmes y fuertes, que fueron Concepción, San

²⁸² Mendoza y la Punta de San Luis, propiamente hablando, nunca pertenecieron al territorio de Chile, y sí sólo a su gobierno, hasta 1777 en que fueron agregadas a Buenos Aires. Carvallo.

²⁸³ Carvallo dice que fueron diez en el orden siguiente: Concepción, Chillán, Santa Cruz de Coya, Cañete, Los Infantes (Angol), Villarrica, Osorno y Santiago de Castro; y que, en el estrecho de Magallanes, hubo las de San Felipe y Nombre de Jesús, las cuales ni fueron ricas ni pobladas, y duraron muy poco.

²⁸⁴ Por *tierra*, se entendía en Chile el territorio de indios independientes.

Bartolomé de Gamboa (Chillán) y Santiago de Castro. Esta última podía tener, a todo más, cincuenta vecinos; Chillán, otros tantos, y Concepción, doscientos a lo sumo, y, con todo eso, por estar en las fronteras, eran las protectoras de las del obispado de Santiago, cuyas poblaciones crecían y se aumentaban en tan prodigiosas proporciones, que de diez en diez años, se hacían desconocidos sitios, casas y moradores.

Lo contrario sucedía en el obispado de Concepción, que, por hallarse más expuesto a las vicisitudes y estragos de la guerra, ofrecía menos atractivos a los colonos. Desde la silla de su diócesis, Su Ilustrísima había emprendido su larga visita, o más bien penosa peregrinación, y había visto en su tránsito por la tierra, miles de gentiles montados en altivos caballos, y armados con desmesuradas lanzas y espadas. En su juicio había entre Valdivia y Concepción, sin trasmontar la cordillera, más de cuatrocientos mil. ¡Válgame el cielo!, exclamaba el santo prelado, ¿dónde se hallarán los jesuitas necesarios para abrir los ojos de tantos infelices a la luz?, y, ¿en dónde están, quiénes han sido los gobernadores que hayan recorrido estos dilatados espacios con este intento para llenar debidamente las cristianas miras de su Rey, y su terrible responsabilidad para con Dios y para con él? Pero tal vez los ha habido, y, en tal caso, eran muy diferentes de los que gobiernan ahora, los cuales sólo piensan en lo que les trae provecho. Tal vez los ha habido; pero habrán tenido que pelear y vencer antes de pensar en convertir, y por lo tanto, mal podían llenar este religioso deber. Entonces, podía ser que la hora propicia, señalada por la divina providencia, no hubiese llegado; pero ahora nada impide de creer que llegó, y puesto que yo me hallo aquí impunemente, desarmado o sin escolta, también podrían hallarse ellos. ¡Cuán desgraciados son los reyes en no poder hacer el bien que desean, aun cuando no piensan más que en hacer bien!

Después de estas reflexiones cristianas, Su Ilustrísima hacía otras puramente filosóficas. Pensaba que hombres que creían en una vida futura, y que, para pasar a ella, hacían, o les hacían aprestos de viaje tales como víveres, caballo, silla y espuelas, creerían sin gran repugnancia que el alma no necesitaba de nada de esto para subir a su última y eterna morada. Los tres vicios capitales de los indios, vicios que eran la pereza, la embriaguez y la lascivia, el buen pastor los achacaba con justa razón al hábito de una inacción debida a que nada tenían que hacer. En sus casillas de paja, situadas en el sitio que más les convenía, las mujeres eran las que trabajaban, y por eso, cuantas más poseían, más felices se creían; por eso las compraban, más bien que las desposaban por contrato, puesto que no pasaban ninguno, limitándose a dar lo que los padres de la joven les pedían. En una palabra, las mujeres dotaban a los hombres, y, por encima, los alimentaban y los vestían; eran sus verdaderas esclavas, y ellos, señores de ellas, no considerándolas, en nada, como sus iguales. Cuando se fastidiaban de alguna, la vendían como si fuese un animal doméstico. La que era infiel a su señor (puesto que no puede decirse marido), podía estar segura de ser cruelmente castigada a palos o, tal vez, a puñaladas.

Lo que más horrorizaba al obispo peregrino era que los hijos pudiesen ser rivales de sus padres aspirando a poseer, si la pasión los cegaba, las mujeres que tenían los primeros, exceptuando, a la verdad, la que le había dado el ser a él mis-

mo, y atentar a su vida para gozarlas después de su muerte. Sin embargo, creía, siguiendo el hilo de su razonamiento filosófico, que después de los deseos satisfechos, viene el hastío con un insoportable aburrimiento, insoportable sobre todo para hombres vigorosos y activos. Lo que se necesitaba era dar materia y ejercicio a su actividad. Los medios de conseguirlo no se hallaron porque no se buscaron, ni probablemente se pensó seriamente en ello. Vivían aislados, cada uno con su familia en su choza. ¿Qué podían tener que hacer? ¿Y cómo no habían de ser ebrios y licenciosos? Claro estaba que lo eran por recurso, tanto, y tal vez más que por verdadero incentivo de la pasión. Cuando se reunían en juntas era para beber y embriagarse, y lo hacían durante semanas enteras porque eran para ellos días de fiesta en los cuales no los consumía el fastidio. En los meses de agosto y septiembre, en los cuales carecían de frutos y de las bebidas compuestas con sus jugos, y con las cuales se embriagaban, eran las criaturas más miserables de la tierra. ¿Qué se necesitaba, pues para sacar aquellos hombres del estado de brutos? Hacerlos hombres, interesándolos y halagándolos; ofreciéndoles atractivo en la reunión de muchos, y reduciéndolos a ello no bruscamente, no brutalmente ni de un golpe, sino por pasos contados, lógicos; con fruto visible y palpable que los pocos por quienes se empezase habrían de comunicar a otros, y así progresando.

Caminando Su Ilustrísima de Toltén a Boroa, salieron a verle y cumplimentarle bajo una umbrosa enramada donde le presentaron tortas de maíz, chicha y frutas. El prelado, que había previsto casos como éste y se había provisto de cosas que les gustaban, les dio en retorno cintas o listones, agujas y navajillas. En medio de esto se acercó en humilde actitud una vieja octogenaria, y ahincándose, le besó el pectoral, después de lo cual se retiraba con la misma humilde cortedad. El Obispo la llamó y le preguntó porque se retiraba tan vergonzosa. Porque soy vieja y no tengo nada que dar; y la que entre nosotras tiene esta desgracia faltaría de respeto a su señor llegando a besarle la ropa sin tener un pollo o huevos que ofrecerle. El Obispo, en respuesta, mandó que le diesen tijeras y agujas como a las demás, y entonces ella, enternecida, dijo al prelado, que también se enterneció: “Si no eres Dios, Dios te envía a nosotros, puesto que das sin que te den”. No estando bautizada, quiso llevársela para hacerla cristiana; pero ella se rehusó, así como también otros muchos; ninguno se rindió a las persuasiones del prelado. Sin embargo, la vieja había pronunciado el nombre de Dios, y reconocía uno como ser supremo, superior a todos los seres y a todas las cosas. De este conocimiento al del verdadero creador no había más que un paso que dar, paso difícil sin duda porque, en su ceguera, no hallaba interés y tal vez veía inconveniente. Pero en el instante en que la oscuridad de su entendimiento se hubiese disipado, lo habría dado, ciertamente, alumbrada por la verdadera luz.

Recordando el acontecimiento y la muerte del comisario de naciones Pedreros, por Millapal y los suyos, el Obispo hacía una comparación lucidísima de razón y de convencimiento. ¿Qué quería Pedreros? Reducir los indios a pueblos circunscritos. ¿Qué querían los jesuitas de catorce misiones? ¿Qué querían treinta de estos misioneros perpetuamente indefensos en medio de ellos? ¿Qué quería yo mismo (decía el Obispo) con la sola compañía de mis familiares, mi pontifical y alguna ostentación?

Lo que querían los jesuitas y lo que yo quería era lo mismo que quería Pedreros. ¿Y por qué dieron muerte a Pedreros y nos regalaron a nosotros, en un idéntico caso, pretendiendo lo mismo él y nosotros, nosotros y él? Porque los medios que él empleaba los irritaban, en lugar que los nuestros, aun cuando no los persuadían, los amansaban, no dejándoles duda de que no obrábamos por interés propio nuestro, sino por su propio bien; de lo cual sacaban en consecuencia que realmente nuestra misión nos venía de Dios mismo de quien éramos verdaderos ministros. Esto era tan cierto y tal era la idea innata que tenían de un ser supremo, que en dicha ocasión compusieron cantatas, que aún se cantan hoy²⁸⁵ entre ellos, diciendo que tal día, había pasado por allí con una túnica blanca, una cruz blanca y vidrios verdes *el santo padre, enviado de Dios*. La túnica blanca era el roquete que el prelado llevaba para imponer más respeto; con el título de *santo* explicaban todas las cosas de Dios.

Sin embargo, sólo se llevó a tres o cuatro convertidos, porque Su Ilustrísima se hallaba de paso, y que las catorce misiones de jesuitas con las dos de religiosos franciscanos llenaban este deber, en cuanto cabía, mejor que él lo hubiese llenado. Por desgracia, los infelices misioneros se hallaban abandonados del gobierno. En vano el Monarca había mandado atenderlos, sus órdenes reales eran desatendidas en este particular como en otros muchos, o por mejor decir, en todos. De la módica congrua que les había sido señalada, se les debía más de ocho años de atrasos. Perecían, literalmente, de necesidad y de miseria, y, para cubrirse, se servían de las mismas mantas de los indios. Muriendo de trabajo, fatiga y cansancio, sostenían su mísera existencia con limosnas. En el concepto del ilustre prelado, aquellos jesuitas, aquellos verdaderos apóstoles, intrépidos propagadores de la fe, eran más merecedores que san Francisco Javier en el Oriente, puesto que este santo, a lo menos, pudo ofrecer a Dios el fruto inmenso de sus trabajos y del sacrificio que le hizo de su vida, al paso que los misioneros de Chile se veían arrebatar con dolor este fruto por los hechos de malos gobernadores. Al verse así defraudados del santo fin a donde se encaminaban sus increíbles sufrimientos, aquellos ilustres varones clamaban al Obispo; pero el Obispo nada podía. En uno de estos casos, bastante arduo, en que el prelado pidió al Gobernador le oyese antes de resolver, no pudo conseguirlo, porque aquel jefe atendió más a sus fines particulares que a dar debido cumplimiento a la real cédula²⁸⁶, en virtud de la cual, todo lo concerniente a misiones debía ser tratado y resuelto en una junta compuesta de él como presidente, del Obispo y deán de la catedral, del decano de la Real Audiencia, de los oficiales de la real hacienda y de un canónigo de la ciudad de Santiago.

Es verdad que dicha real cédula, admirable de previsión en sus fines, no había previsto que a cien leguas, más difíciles de andar que quinientas de buena tierra, por los obstáculos infinitos del camino, no eran fácil imaginar sin haberlo visto por sus propios ojos, lo que eran misioneros, gentiles y misiones, como lo sabían muy de cerca el obispo de Concepción, los prebendados de su catedral y los empleados de hacienda de aquel distrito. ¡Qué lástima el perder tan preciosos frutos con tantos

²⁸⁵ Es decir, en la época en que escribía el Obispo.

²⁸⁶ Ya citada, 11 de mayo de 1697.

elementos de éxito, cuales eran: paz, tan caramente comprada; misioneros tan insignes, y catecúmenos tan bien dotados por la naturaleza! ¿En qué se habían empleado más de cuatrocientos millones que habían salido de las arcas reales, sin contar, a lo menos, otros doscientos producidos por el país, para este objeto? ¿En qué habían sido empleados? ¿Quién podía saberlo? Lo cierto, ciertísimo (decía el prelado, con san Francisco Javier), era que la conquista, las conversiones y sus fines eran cosas imposibles, si no había gobernadores; gobernadores que encaminasen los actos del gobierno, su poder, su influjo y sus riquezas al alto fin que se proponía el Monarca por resultado final de tantos esfuerzos, y de tan inmensos sacrificios. Los indios estaban lejos de ser tan bárbaros como algunos decían, porque no los habían visto de cerca.

¿Cómo los habían de ver, teniendo tanto que hacer de mayor interés para ellos en otras partes? De los doscientos noventa mil pesos del situado se hacían tres partes: una para los virreyes; otra para el podatario y los proveedores de vestuario; la tercera destinada al ejército se repartía entre el Gobernador, jefes, oficiales y soldados, los cuales querían su porción en plata, y así había mandado el Rey que se les diese; pero el Virrey, sin duda de acuerdo con el gobernador de Chile, frustró las benéficas intenciones del Monarca, librando sobre la caja de Potosí (de donde debía salir el situado con preferencia a otras atenciones) otros gastos que lo disminuían, y aun se susurró que los que iban a buscar los caudales regalaban y gratificaban a los empleados de hacienda para que no hiciesen los pagos por entero; recibían, por ejemplo, sólo la mitad, y con la otra, trataban y contrataban a expensas de los pobres soldados. Estos tratos criminales y escandalosos llegaron hasta privarlos enteramente de socorro, y ésta fue la causa que hubo para que de dos mil plazas que presentaba el presupuesto y con las que el Rey contaba, sólo hubiese quinientas efectivas y presentes. De allí, se seguía que las plazas y fuertes sólo tenían el nombre que se les daba; por lo demás, no había en ellos ni guarnición, ni armas, ni muros.

Pero, ¿qué podía suceder con un gobernador mercante, sin ningún antecedente militar y que tenía el gobierno por beneficio de veinticuatro mil pesos, a fin de adquirir con ellos quinientos mil? ¿Qué podían importarle a semejante gobernador los misioneros y las conversiones? Y si al jefe supremo nada le importaban, ¿por qué sus subalternos se habían de interesar en ellas ni en su éxito? Así era que jefe y subalternos eran sus mayores escollos. El Gobernador vendía los empleos, y los empleados eran sus criaturas. De este principio se desarrollaba un encadenamiento de complicidades: el maestre de campo pedía para el Gobernador; el sargento mayor, para el maestre de campo; los capitanes, para el sargento mayor y los reformados pedían para los capitanes; y los indios compraban la paz y la libertad de continuar viviendo en su primitivo estado de barbarie, robándose y asesinandose unos a otros, vendiendo sus mujeres y sus hijas y entregados a los desórdenes que los infelices jesuitas no podían remediar por más que hacían, por más que se sacrificaban. Si se quejaban al Obispo, como hemos dicho, éste nada podía, porque sus quejas y sus representaciones al jefe superior del reino eran desatendidas, y por eso, tomó la resolución de apelar a la piedad del Monarca²⁸⁷.

²⁸⁷ El obispo autor de estas quejas eran el ilustrísimo señor don Diego Montero del Águila.

Por este preciso histórico, se ve con cuanta razón el anciano Figueroa exclamó en el cabildo de Santiago que los motivos que había para quitar el gobierno a Us-táriz eran más propios de un proceso que de la historia.

CAPÍTULO XLV

Contraste del capítulo precedente con el principio del presente. Explicación de este contraste. Contrabando y medidas a que dio lugar. Alzamiento de los araucanos. Represión. Parlamento. Fin del gobierno de Ustáriz.

(1712 - 1717)

En vista del tenor del precedente capítulo, ¿cómo puede conciliarse con él el siguiente hecho no menos histórico, a saber, que no obstante la exclamación del digno Figueroa, y sus motivos, que no podían ser ignorados de los capitulares de la capital, el Cabildo resolvió enviar a la Corte informes favorables a Ustáriz, asegurando que su gobierno, así en lo militar como en lo político, nada tenía que envidiar a los anteriores? ¿En qué podía el Cabildo apoyar semejante informe? Helo aquí: en que, con la noticia de la tentativa de los ingleses, en el principio de su gobierno, había puesto dicha ciudad y plaza en estado de resistir, había fortificado todos los puertos y puntos atacables de la costa; había mandado retirar los ganados de su proximidad, y, por fin, había sido el primero a correr con los milicianos de Santiago a Valparaíso, donde había reparado sus ruinas, terraplenado sus baluartes, encureñado su artillería, limpiado el foso, equilibrado el puente levadizo, y levantando un pretil de cal y canto para libertar las murallas de los embates del mar; que de regreso a Santiago, había socorrido a Valdivia con víveres para tres años de su propio caudal; que con la noticia de la conspiración del marqués de Corpa, había expulsado a su familia del reino de Chile, antes que le llegase orden para ejecutarlo; que tenía emplazados por bando para el 17 de octubre a cuantos pudiesen tomar las armas, con el fin de reseña general en caso de ataque de extranjeros, y que eran grandes su desvelo y su amor por el bien de la Monarquía.

A estos servicios del gobernador Ustáriz, el Cabildo añadía la lista de los particulares que había hecho a la ciudad de Santiago, tales como el empedrar las calles que no tenían empedrado; edificar en la esquina de la plaza un palacio de gobernadores, palacio mandado construir por real orden y que, sin embargo, ninguno de sus predecesores había hecho; disponer y ordenar las salas de la Real Audiencia, continuar la casa de recogidas, asistir a la fábrica de la iglesia de San Miguel, y en fin, procurar aumentos a la ciudad, para total complemento de los cuales, era de

desear se prolongase la duración de su gobierno cuatro o seis años más, como así lo suplicaban a S.M. los cabildantes de Santiago.

Para conciliar los resultados opuestos y contradictorios de los informes del cabildo de la capital y del obispo de Concepción, los lectores han de recordar que el primero era no sólo muy sabio sino, también, muy político. Como sabio, sabía que las quejas del prelado no eran cuentas suyas especiales, y que Su Ilustrísima podría hacerlas valer de un modo más competente; sentía que los intereses de sus administrados, que estaban a su cargo, en nada eran defraudados, y que lejos de eso, mediante la paz que duraba y prometía durar, y la inteligencia comercial del Gobernador, prosperaban. Como político, bien que no pudiese ignorar los fundamentos que tenía el prelado, sabía que lo más importante para él, como también para sus vecinos, era la armonía con el Jefe del Estado, y el evitar contiendas siempre perjudiciales. Por último, en su informe, decía la verdad que le pertenecía, y sólo omitía otras que no eran de su resorte, con el convencimiento de que la verdad que él decía en nada podía disminuir la fuerza de las otras, y que ni esta verdad ni la conclusión del informe no impedirían a Ustáriz de dejar el mando a su tiempo, y aun antes, si el Rey lo tenía por conveniente, puesto que el Monarca no podría menos de ver en su tenor un disimulo digno y político de sus autores los capitulares de Santiago.

Volviendo a los araucanos y a los yanaconas, éstos dieron oídos a las sugerencias de aquéllos, y todos los que había en una extensión de trescientas leguas²⁸⁸ tomaron parte en la conjuración. Mientras tanto el Gobernador, que no salía de Santiago, y que se ocupaba principalmente en asuntos de comercio dejando el cuidado de las armas y de la frontera a su hijo, apoyaba el proyecto y la súplica que el cabildo de Santiago envió al rey Felipe V, para que el Monarca autorizase la fundación de una universidad en la capital del reino. En dicha súplica el Cabildo exponía a Su Majestad que para el mantenimiento de la universidad, el excedente, o sea, el ramo de balanza de sus propios, suministraría los cinco mil doscientos pesos anuales que la fundación costaría; pero este rasgo tan digno del cabildo de Santiago, y que prueba con tanta evidencia el amor con que miraba y perseveraba por el bien del país, no produjo efecto por entonces, y se transcurrieron cuarenta y cinco años hasta la ejecución del sabio plan propuesto.

Al mismo tiempo, es muy de notar cuán bien se hallaban los capitulares con el Gobernador, por la razón palpable de que favorecía con particular atención los intereses del gobierno interior; y se comprende fácilmente que Ustáriz se hallase bien con ellos. Tan bien se hallaba, que tomó la resolución de fijarse en el reino, al fin de su mando, y con esta intención, escribió a su mujer, que había quedado en Sevilla, pasase a reunirse con él en Chile²⁸⁹; pero los riesgos de la navegación,

²⁸⁸ 16 grados de latitud meridional, del 26 al 42.

²⁸⁹ Dicha señora había tenido la precaución de adquirir un pasaporte inglés con el que se embarcó; pero el primer buque de esta nación con que encontró la capturó, sin querer reconocer su pasaporte, y luego, a fuerza de ruegos, la desembarcó en Lisboa. Este acontecimiento le quitó los ánimos de volver a embarcarse, y se restituyó a Sevilla.

principalmente de corsarios, puesto que la guerra de sucesión se hacía tanto por mar como en tierra, la arredraron y no fue.

Llegó, por fin, el año feliz y venturoso en que una real cédula²⁹⁰ anunciaba la paz, firmada, en Utrecht, entre los plenipotenciarios de las potencias beligerantes, que eran Inglaterra y Austria contra Francia y España. La gloria que una sola palabra del vencedor Felipe V debió de dar a los españoles en aquel feliz desenlace, ha debido ser superior a cuantas glorias habían adquirido, que eran muchas. Es verdad que esta palabra fue la significación más clara, y por decirlo así, el resumen de todas ellas, y de lo mucho que los españoles valían y merecían²⁹¹. Pero lo más notable fue que con la misma fecha de la citada real cédula, el Monarca quitó la garnacha al oidor de Santiago, que se hallaba en Concepción ejerciendo su corregimiento de tres años, y vigilando la ejecución de la ley sobre el contrabando²⁹², por haber dejado desembarcar el cargamento de tres navíos franceses²⁹³, que habían abordado sin autorización. Desde entonces, cesaron los ministros de la Real Audiencia de ir a ejercer dicho empleo, como también de acompañar al Gobernador en la distribución del situado. En lugar del corregidor depuesto, Ustáriz nombró a su propio hijo, que parece llenaba todos sus deberes en la frontera a satisfacción de su padre, el cual descansaba en él y pasaba, sustancialmente, todo el tiempo de su gobierno en la capital²⁹⁴. Lo cierto era que el contrabando causaba, literalmente, inundación de géneros prohibidos, y defraudaba los ingresos de las aduanas del reino. Las telas de Francia se vendían a precios miserables²⁹⁵, y los administradores se quejaban, y con razón, del perjuicio que los tratos clandestinos causaban a sus arbitrios.

Entretanto, llegó la hora y el momento de un alzamiento de los araucanos combinados con los yanaconas, cuya conjuración queda arriba apuntada, y se trababa con mucho tino esperando la mejor ocasión para darle vía. Ciertamente, a los indios se les daba muy poco de que el Gobernador fuese más comerciante que militar, y que se entendiese mejor en negocios mercantiles que en asuntos de gobierno militar y político; lo que entonces los motivó al alzamiento fue, como queda dicho, el acordarse con resentimiento que se habían rendido a la fuerza; que ya los españoles parecían haber renunciado a ella, puesto que ya no tenían ni plazas, ni armas, ni soldados, y que la frontera ya no existía en realidad, sino como una

²⁹⁰ Del Pardo, 27 de agosto de 1714.

²⁹¹ En el tratado de paz se le propuso a Felipe V el escoger, entre reinar en España, solo, con renuncia a sus derechos a la corona de Francia, y reinar en las dos Sicilias, Mantua y Ferrara, conservando sus derechos a dicha Corona. “No, no, quiero quedarme con mis españoles”, tal fue la respuesta del más sabio Monarca que haya reinado en España.

²⁹² El oidor depuesto se llamaba don Juan del Corral.

²⁹³ Capitanes Bucinot, Pradel y Bridon. Pradel se estableció en Concepción, donde dejó descendientes poco afortunados.

²⁹⁴ Los honores no habían mudado las costumbres de este Jefe de Estado. Tan buen comerciante era siendo gobernador de Chile, como lo había sido en Sevilla. Frezier, en su viaje a Chile.

²⁹⁵ Una vara de Ruan les costaba a los mercaderes real y medio; y cinco alnas de Bretaña, 13 reales; lo que no les impedía de revenderla cara.

pura ficción para servir de memoria. Como las causas de este abandono han sido ya suficientemente aclaradas, pasaremos a sus efectos.

Éstos fueron, que los conjurados se dieron santo y seña para el Miércoles de Ceniza de 1715, conviniendo en que la víspera harían hogueras sobre los altos, durante la noche, y humaredas todo el día. Sin embargo, el primer objeto era una reunión general para nombrar un toqui y formar un plan, el cual, en globo, y en la mente de todos ellos, era el echarse por todas partes de golpe sobre los españoles y degollarlos. En dichas reuniones, ya sabido es que el móvil principal del entusiasmo de los naturales era la borrachera; pero eso no les impedía de emplear con muchísima sagacidad los medios más propios para obrar con éxito, y por lo tanto pensaron en aprovecharse de la mañana del Miércoles de Ceniza, mañana que todos los españoles pasaban en la iglesia. Afortunadamente, con la sagacidad característica nacional se mezclaba alguna vez, como sucede a menudo en todas partes, inadvertencias individuales, y algunos indios auxiliares, sirvientes en Concepción mismo, contando ya con sacudir el yugo de su servidumbre y de cambiarse, tal vez, en amos de sus amos, no supieron disimular su pensamiento, y por su altanería, hubo dueños bastante experimentados en sus mañas para imaginar que había algo de nuevo, y que se ingeniaron tan diestramente que descubrieron la trama.

En esta circunstancia, pareció ser que el comandante de la frontera, menos comerciante que su padre, pensaba y acertaba más, por lo mismo, en cosas militares. Instruido de que meditaban los indios una insurrección, y temiendo que fuese ya tarde para cortarla en sus principios, despachó un expreso con la mayor premura a Santiago, dando parte del hecho y llamando al Gobernador su padre para que fuese a remediar el mal por sí mismo, como le correspondía; y entretanto, procedió a las averiguaciones del hecho, mandando prender a muchos de los principales auxiliares de la frontera. Éstos, no dudando que todo se había perdido para ellos, y esperando ser perdonados por la confesión, y por muestras de arrepentimiento, confesaron compungidos mucho más de lo que se les preguntaba, y de lo que nadie pensaba en averiguar. Dijeron que la conjuración databa de tres años, época en que los conjurados habían formado el proyecto de dar muerte al obispo de Concepción, al regreso de aquel prelado de su visita pastoral al archipiélago y a Valdivia; y que, si Su Señoría Ilustrísima había vuelto sano y salvo a la sede de su diócesis, lo había debido al gobernador de la plaza de Purén²⁹⁶, que temblando, y con razón, que fuese víctima de su caridad apostólica, lo había escoltado con un escuadrón de caballería desde el Toltén a Concepción.

En consecuencia, el maestre de campo Ustáriz mandó sustanciar la causa, de cuya sentencia resultaron diez condenados a la pena capital²⁹⁷; muchos a destierro y presidio, y algunos absueltos, y los yanaconas perdieron la libertad de servir a caballo; pero el Monarca no aprobó en esta parte la sentencia. Mientras tanto, él mismo con la tropa que pudo reunir se puso en marcha y cayó de sorpresa sobre los conjurados en medio del valle donde tenían su junta y los dispersó. Sin embargo,

²⁹⁶ Don Juan Güemes Calderón.

²⁹⁷ Pérez-García. Figueroa y Carvallo dicen cuatro.

en lugar de persistir en castigarlos, el Gobernador creyó que sería más oportuno el convencerlos de que el castigo ejecutado en los yanacunas, sus cómplices, era un efecto inevitable de la ley y no una crueldad de puro capricho. Con este intento, les propuso un parlamento que fue emplazado y convocado para el día 1 de enero de 1716²⁹⁸, en el campo de Tapihue, con satisfacción de araucanos y españoles. El Gobernador regresó sin demora a Concepción, y el 16 de marzo, ya los diputados del Cabildo le condujeron triunfalmente de Maipo a Santiago²⁹⁹.

Después de los honores de la guerra, las dulzuras de contar sus propias hazañas. Este dicho lo realizó el gobernador Ustáriz tan pronto como se vio de regreso sano y salvo en la capital, con un pomposo y belicoso informe a Felipe V de lo que había pasado; de que no había mal que por bien no viniese, puesto que los araucanos habían podido ver que el poder español se mantenía en toda su entereza; y concluyendo que, para poner fin a sus ímpetus naturales, lo mejor sería conquistarlos enteramente. Tal era, en efecto, el pensamiento de la Corte, y el Rey respondió a dicho informe en el mismo sentido, mandando se le propusiesen los medios de realizar aquella conquista.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Mientras el gobernador Ustáriz soñaba con grandezas futuras, y se creía, tal vez, depositario de las tradiciones guerreras de todos los conquistadores sus predecesores, desde Valdivia a Lazo de la Vega, informes desfavorables llegaban de diferentes manos contra él y contra sus inclinaciones mercantiles a la Corte. Ya desde octubre del año anterior había un sucesor nombrado y encargado de ir a pedirle el bastón del mando³⁰⁰, y, lo que fue más, tanta prisa tenía el Monarca de quitárselo, que previendo retardos eventuales a la llegada a Chile del nuevo gobernador, mandó al Virrey que provisionalmente nombrase un interino. Pero este desaire no le llegó a tiempo a Ustáriz, el cual concluyó los ocho años de su gobierno antes de recibirlo, puesto que tarde o temprano lo recibió y perdió la vida muy luego de pesar, hecho que la historia no debe de omitir en honra suya.

Realmente, en su esfera y en sus conocimientos especiales y prácticos, Ustáriz era un hombre interesante por sus prendas personales; pero la tentación había sido demasiado grande para que no cayese en ella al impulso irresistible de sus hábitos e inclinaciones. Auxiliado por Luis XIV, a su advenimiento al trono de España, en vista de la oposición del Archiduque apoyado por los ingleses, Felipe V se había apresurado, por decirlo, a ser Rey, haciendo actos de posesión del reinado. Uno de estos actos había sido la concesión a los barcos mercantes franceses de ir a comerciar a Chile bajo la condición de permiso en regla, y dicha concesión, no obstante las condiciones a que se sometió, ocasionó abusos que, creciendo y aumentándose

²⁹⁸ Carvallo asegura que el parlamento fue emplazado y celebrado en diciembre de 1715, pero sin indicar el día.

²⁹⁹ Bien que Figueroa asiente que los araucanos se retiraron satisfechos de aquel congreso, no era ésta la opinión general, según la cual se fueron despechados, y meditando el levantamiento que sucedió ocho años después.

³⁰⁰ Cano.

gradualmente, en razón de la impunidad y el provecho de sus autores, produjo desorden. Cuando la corte de España cayó en ello, era ya tarde para cortarlo de un golpe y de raíz, y los medios que empleó para conseguirlo fueron ineficaces paliativos. Los virreyes de Perú no ignoraban que salían indebidamente cantidades enormes de oro, plata y cobre de Chile para Europa; pero no se atrevían a hacer justicia contra los delincuentes porque los tratos se hacían con franceses, cuya nacionalidad eran tan respetable y tan interesante para España, y se contentaban con pasar informes reservados a la Corte.

Bien que con la paz de Utrecht hubiese cesado la concesión exclusiva de que se trata, los abusos continuaron en escala ascendente, como los lectores han podido notar en los últimos tres buques confiscados en Concepción, Bucinot, Bridon y Pradel, y el Monarca envió una escuadra de cuatro navíos al mar del Sur³⁰¹ para que visitase los puertos y costas de Chile; apresase cuantas naves extranjeras viese en ellos, y las condujese a Callao a la disposición del Virrey. De esta escuadra dos navíos doblaron el cabo de Hornos: uno, *el Conquistador*, montado por su comandante, y otro, *el Rubí*, por M. de Lajonquiere³⁰². Esta expedición surtió buen efecto, y muy luego el comandante de ella entró en Callao con cinco presas, cuyos cargamentos produjeron sumas cuantiosas. Pero en Chile mismo, no sólo corrió libremente y a las claras el abuso sino que, en opinión de muchos, estaba autorizado en forma, y se aseguraba que el oidor corregidor de Concepción sacaba mucho interés de la violación de las reales órdenes que lo condenaban. ¡Cosa extraña!, los jefes superiores, encargados y responsables de su ejecución, eran los que las violaban y daban margen a que los empleados de real hacienda, que precisamente son los que en semejantes casos padecen persecución por la opinión, les hiciesen continuamente representaciones sobre los desórdenes, ya no clandestino sino patentes, del comercio; pero lejos de conseguir el fin apelando del corregidor de Concepción³⁰³ al Gobernador, éste le sostenía y condenaba a los querellantes de oficio. Ya los lectores han visto los resultados de dichos desórdenes.

En virtud de la real orden que apresuraba al Virrey a que nombrase un gobernador interino de Chile, de ínterin llegaba el propietario Cano, el Virrey nombró un oidor de la audiencia de Lima³⁰⁴, el cual se embarcó sin demora para Concepción, y luego que llegó tomó residencia a Ustáriz. Como los malos informes contra éste eran infinitos, su interino sucesor no podía dispensarse de hacerle gravísimos cargos, de los cuales resultaron autos voluminosos, y en virtud de ellos fue el cesante Gobernador multado en cincuenta y cuatro mil pesos, y condenado en costas. Pero en este caso lamentable, sucedió lo que sucede siempre: “Muerto el perro se acabó la rabia”, y un gobernador cesante era considerado como un hombre pura-

³⁰¹ Al mando de Martinet.

³⁰² En su viaje al mar del sur, Jorge Juan y Ulloa dicen que tres navíos componían dicha escuadra, y que uno, el *Rubí*, iba mandado por don Blas de Leso. Esta noticia, dice Carvallo en una nota, la he sacado de uno de los 56 tomos de manuscritos del doctor don José Perfecto de Salas, fiscal de la real audiencia de Santiago, y asesor del virreinato de Perú.

³⁰³ Don Juan Calvo de la Torre.

³⁰⁴ El doctor don José de Santiago Concha.

mente histórico que ya no contaba entre los vivos. Por esta sensación de humana simpatía, sensación universal y que honra a los corazones, todos se compadecían de Ustáriz, recapitulando que, con razón o sin ella, el Rey le había dado en muchísimas reales cédulas³⁰⁵ gracias por sus buenos servicios. En efecto, el golpe fue tan terrible para el infeliz ex Gobernador que, como se ha dicho, murió de sentimiento³⁰⁶. Su primogénito, el maestro de campo, y últimamente corregidor de Concepción, mereció, algún tiempo después, que el Monarca rehabilitase la memoria de su difunto padre, devolviéndose todos sus pasados honores y prerrogativas³⁰⁷.

Para concluir este capítulo y los diferentes episodios de este drama, le queda a la historia el recuerdo del interesante obispo de Concepción, que ha hecho en él muy digna figura. El ilustrísimo don Diego Montero del Águila³⁰⁸, doctor de la universidad de San Marcos de Lima, había sido catedrático de Leyes, abogado y casado³⁰⁹. Luego que enviudó, tomó las órdenes de sacerdote; fue cura rector de la catedral de Lima, y de allí, pasó de obispo a Concepción³¹⁰. Los lectores han visto su visita pastoral por medio de los indios bravos hasta Chiloé y Valdivia, y el informe que, de resultas, pasó a la Corte. Sin riesgo de errar, se puede creer que los ojos de Felipe V se abrieron con él, y, por consiguiente, que el Monarca creyó digno de recompensa a su autor. En efecto, en 1715, época en que dicho prelado fundó el beaterio de la Virgen de la Natividad³¹¹, fue promovido a la catedral de Trujillo, dejando la mitra de Concepción a un digno sucesor³¹², el cual, de prebendado de la ciudad de la Paz, llegó a tomar posesión de ella en 1716.

³⁰⁵ Algunos escritores han contado hasta catorce.

³⁰⁶ Fue enterrado en la iglesia de recoletos franciscanos.

³⁰⁷ Don Fermín Ustáriz, de quien se trata, era muy sensible y pundonoroso, y a su fallecimiento, dejó una honrosa memoria, legando cuanto tenía a la catedral y a otras obras pías.

³⁰⁸ Natural de Santiago de Chile.

³⁰⁹ Con doña María de Zorrilla, difunta.

³¹⁰ En 1711.

³¹¹ Venerada ciento cincuenta años había en una ermita sobre la colina llamada *Loma*.

³¹² Don Juan Nicolalde.

CAPÍTULO XLVI

Gobierno interino del oidor de Lima don José de Santiago Concha, caballero de la orden de Calatrava. Beneficios de su gobierno. Fundación de la villa de San Martín de la Concha. Fin del gobierno interino. Llega de gobernador el teniente general Cano de Aponte. Su carácter, sus prendas y sus defectos.

(1717 - 1720)

El día 5 de marzo, desembarcó en Valparaíso el gobernador interino nombrado por el Virrey de Perú, príncipe de Santo Bono³¹³. Los diputados del cabildo de Santiago, que le aguardaban, le acompañaron a la casa de campo, y allí le condujeron los capitulares a la capital el 19 de dicho mes, en que fue reconocido por ellos de capitán general del reino, como lo fue, al día siguiente, por presidente de la Real Audiencia.

Era este Gobernador sujeto de grandes luces, capacidad, actividad e integridad; gobierno interior, justicia y milicia, su ojeada lo veía todo de un golpe. De un golpe vio la lentitud de los procedimientos jurídicos en la Real Audiencia y puso remedio a ella; el mal estado de algunas cosas de la capital, y las puso en tan bueno y útil como se necesitaba; el abandono del ejército y de las plazas de la frontera, y acudió al uno y a las otras con eficaz acierto. Mientras tanto, llenaba la ingrata misión que tenía de tomar residencia a su predecesor, y la llenó con severidad, sin duda, puesto que así lo exigían el Rey, el Estado y la justicia; pero al mismo tiempo con miramientos que ponían de manifiesto la dignidad de su carácter y la bondad de su corazón.

Sus miras se extendían y se ejercieron, no obstante la muchedumbre de sus quehaceres, afuera de los límites de su deber, y se empleó en levantar poblaciones; resolución benéfica, deseada y ya mandada, y que hubiera llevado muy adelante, si la corta duración de su mando le hubiese dado tiempo y lugar para ello. Sin embargo, aun la tuvo para establecer la de San Martín de Quillota, bajo el nombre de San Martín de la Concha que era el suyo. La crítica que da ensanches al amor propio vulgar, el cual no piensa nunca en elevarse sino en bajar a los que ve en

³¹³ En virtud de real orden del Buen Retiro, a 5 de noviembre de 1715.

alto puesto o en superior concepto; la crítica vulgar, decíamos, la crítica estrecha, mezquina e incapaz se atrevió a juzgar de soberbio y orgulloso este acto respetable de personalidad, como si el incentivo de almas grandes, como si el principio de toda grandeza no hubiese sido siempre, como ha debido ser, la noble ambición de merecer el aprecio de los contemporáneos, y de transmitir su memoria a la posteridad con acciones inmortales; pero los hombres sensatos e ilustrados, cuya opinión, aunque formen el más corto número, pesa más en la balanza que la compuesta de numerosas vociferaciones; esta opinión, y la de su Rey mismo, le aplaudieron y le aprobaron³¹⁴.

Como queda arriba dicho, pensó en el reemplazo y en los sueldos del ejército, así como también en la restauración de las plazas de la frontera, desarmadas y desmanteladas, restaurándolas, armándolas y dándoles un buen jefe que fue don Fernando de Mier con el empleo de maestro de campo. Ya iba, después de esto, a trasladarse al medio de los butalmapus independientes, cuando recibió la noticia del arribo de su sucesor propietario a Buenos Aires, y tuvo que contentarse con enviarles a decir con cuanto sentimiento renunciaba a la satisfacción de ir a celebrar con ellos un nuevo parlamento para consolidar la dichosa paz de que gozaban; rogándoles no la rompiesen jamás, porque de ella dependía su libertad que tanto apreciaban.

Lo digno de ser anotado en la conducta del gobernador interino fue, que dicha noticia la tenía ya al salir de Santiago, puesto que el mismo día, 8 de octubre, salieron dos diputaciones del Cabildo; una acompañándole a él hasta Maipo, y la otra, a recibir a su sucesor a Mendoza. El hecho fue que, luego que supo en Concepción la llegada y el reconocimiento del gobernador en propiedad en Santiago, se embarcó en aquel puerto para Callao; pero esta particularidad es de poquísima importancia y se explica fácilmente, y aun favorablemente, por la dignidad del hombre, y tal, vez, por la antipatía histórica y tradicional entre la toga y la espada. Los actos de su gobierno merecieron no sólo la alta aprobación del Monarca sino, también, una prueba de su real agrado, honrándole con el título de marqués de Casa Concha³¹⁵.

El general don Gabriel Cano de Aponte, verdadero militar, acreditado por treinta y tres años de brillantes servicios en Flandes, desde el primer grado de alférez al de mariscal de campo, anudó en Chile el hilo de las tradiciones de esta clase, roto por su predecesor. Un teniente general de su distinción, caballero de la orden de Alcántara, comendador de Mallorca, lleno de prestigio con testimonios auténticos y grandiosos de la consideración con que le miraba el mismo Rey³¹⁶, por informes que su augusto hermano el duque de Borgoña, y los más célebres

³¹⁴ Con la sola diferencia de que el Monarca no dejó a San Martín el título de ciudad, y le concedió sólo el de villa

³¹⁵ Carvallo. Su hijo, don Melchor, fue oidor de Charcas, y después, de la real audiencia de Santiago; a su nieto, don José, le vemos (dice Figueroa en Pérez-García), de oidor decano de este mismo tribunal.

³¹⁶ Que le concedió una pensión de 4.000 libras en el asiento de negros.



DON GABRIEL CANO DE APONTE.
ESPERIMENTADO JENERAL ESPAÑOL. I CABALLERO TANVALEROSO COMO GALANTE
CON LAS DAMAS. FALLECIÓ A CONSECUENCIA DE UN GOLPE DEL CABALLO EN UN
TORNEO EN LA PLAZA PRINCIPAL DE SANTIAGO. GOBERNO DIESESIS AÑOS
(1717-1733) SIENDO EL GOBERNADOR QUE MAS LARGO TIEMPO EJERCIO EL MANDO
DURANTE EL COLONIAJE.

hombres de guerra de la época, tales como el mariscal de Villars y el conde de Berwick, le dieron acerca de su ciencia y conducta militares en Namur, Campo Mayor y Gante; un capitán general, decíamos, de esta categoría no podía menos de recordar tiempos heroicos y despertar sentimientos nobles, que sólo estaban adormecidos con los hábitos muelles y agradables de la paz. En la real cédula³¹⁷ que había anunciado su nombramiento se notaba la particularidad de que, poco antes, el Monarca había nombrado de gobernador de Chile a otro³¹⁸, y que, con la previsión de que podía haberse puesto en camino para ir a tomar posesión de su gobierno, mandaba no se le reconociese en atención a que su destino era en otra parte.

El Cabildo, que, como se ha dicho, había enviado una diputación a Mendoza para cumplimentar a Cano de Aponte, y conducirlo a la casa de campo, fue a ésta para acompañarle en su entrada en Santiago, entrada solemne y fastuosa, en la que se renovaron antiguos usos y costumbres, con aplauso general, y satisfacción particular de los capitulares. Lejos de negarse a presentar su despacho, y hacer juramento bajo pretexto de haberlo ejecutado ante el Consejo Real, lo leyó él mismo en alta voz en el tablado alzado en la calle de Santo Domingo. Recibido el 16 de diciembre por el Ayuntamiento, lo fue el 17 por la Real Audiencia.

Pero Cano de Aponte no sólo era un brillante militar y un gobernador imponente sino, también, un hombre amable, galán, seductor, airoso, gallardo, desenvuelto, arrogante jinete, gran corredor de cañas y sortija, y vencedor invencible en toda suerte de torneos. Los jóvenes de Santiago, entusiasmados, empezaron a mirarse en tan envidiable modelo, y todos emprendieron el seguir sus huellas ejercitándose en la equitación y en el manejo de la lanza y de la espada. El bello sexo y la galantería, inclinaciones naturales del hombre, pero que se satisfacen con circunspección y con recato, se hicieron de moda, y el héroe de muchos campos de batalla rompía la marcha triunfal de amores inconstantes y voltarios, de amores crueles que engañaban a muchos corazones crédulos y sencillos, y que, lo que peor era, ajaban y humillaban a algunas honradas familias. Habitado a vivir de conquista en conquista, trataba esta cuestión como asunto de guerra, con la diferencia de que, en lugar de intimar una rendición, pedía un asilo, y que luego que lo obtenía lo abandonaba para ir en busca de otro nuevo. Realmente en este punto obraba con excesiva ligereza, y algunas veces sus donaires, que entre sus imitadores pasaban por agudezas, estaban lejos de serlo y desdecían de un hombre de su mérito, y de la discreción que le adornaba tratándose de cualquier otra materia. Sin embargo, no es probable que al impulso de la pasión dominante de su naturaleza, se rebajase, como algunos escritores lo han asegurado, en términos de encontrarse con rivales plebeyos. Si esto le hubiese sucedido, en el instante mismo habría perdido su consideración y su prestigio; mas, lejos de eso, todos convenían en que, si Chile se había visto en tiempos anteriores gobernado por jefes tan buenos como él, ninguno de ellos le había sido superior.

³¹⁷ Del Buen Retiro, 31 de octubre de 1715.

³¹⁸ Don Sebastián Rodríguez de Madrid, en 21 de junio de 1709.

En efecto, sus distracciones, verdaderas o supuestas, en nada perjudicaron a sus deberes. Sus ideas y sus inspiraciones eran tan espontáneas como sus más naturales movimientos. A su primer viaje a Concepción, a fines de 1718, vio de una ojeada lo que había que hacer para reorganizar el ejército. Para remontar la caballería pidió al cabildo de Santiago dos mil caballos, que le fueron concedidos, a costa proporcional de sus vecinos³¹⁹. De España había llevado unos doscientos fusiles que no le fueron de más para reemplazar el número de los que había en mal estado de servicio. Nombró de maestre de campo a don José Antonio de Urra³²⁰. Envío a don Manuel de Salamanca con un convoy de víveres a Valdivia, desprovista por el naufragio del transporte que anteriormente iba a aprovisionarla; y luego que hubo llenado esta comisión, le envió a Lima a buscar el situado. Puso a cargo del ayudante mayor del regimiento de Saboya, don Pedro de Illanes, militar aguerrido en las guerras de Flandes y de Italia, la instrucción y la disciplina de la infantería. Proveyó a la seguridad de puertos y costas, que era ruido estaban amenazadas de piratas ingleses; como en efecto, uno, llamado Spilberg, había entrado en Laqui (o sea, puerto del inglés) y había hecho mucho mal en Chiloé.

Evacuados estos urgentes negocios, pasó el Biobío, y queriendo conocer por sí mismo a los principales caciques, comunicó con ellos francamente, diciéndoles que deseaba mucho el mantenimiento de la paz, pero que no era por su gusto propio, sino por el del Rey, y por el bien de ellos. En cuanto a él, decía, que si le diesen a escoger, elegiría la guerra, no porque fuese una vida muy agradable, sino porque había sido la ocupación de toda su vida, y que no se hallaba bien con el descanso y la inacción; que tiempo tendría de descansar, cuando fuese viejo, si conservaba sus huesos. Al cabo, les preguntó si les agradaría el celebrar un nuevo congreso para ratificar otra vez la paz, y respondiendo ellos que tendrían mucha satisfacción en ello, se le ocurrió el saber porque los indios de Valdivia y de Osorno no habían concurrido a los dos últimos celebrados por sus antecesores. La respuesta de los caciques fue plausible, a lo menos, puesto que aseguraron no creían hubiesen tenido más motivo para ello que el estar tan lejos del sitio emplazado. El Gobernador admitió, o aparentó admitir gustoso esta razón, y les dijo que para que en lo sucesivo no experimentasen el mismo inconveniente, tendrían aquellos indios remotos su congreso particular con el gobernador de Valdivia al mismo tiempo que todos los demás, desde el Toltén, lo celebrarían con él en un sitio señalado a la parte española del Biobío, cuando otros negocios más urgentes le dejasen lugar para ir a cumplirles la palabra que les daba de volver tan pronto como pudiese. Entre tanto, los araucanos reconocidos, y admirados con la fácil facundia del Gobernador, le ofrecieron mantener el paso franco y despejado para las comunicaciones

³¹⁹ Estos caballos, según Carvalho, se los aprontaran, por congraciarse con él, los partidos de la capital, Aconcagua, Quillota y Maule.

³²⁰ Pérez-García dice que el empleo de maestre de campo lo dio el Gobernador a don Manuel de Salamanca, sobrino suyo, que había venido en su compañía de España; pero no es probable que así lo hiciese, en atención a que Salamanca no era más que teniente de caballería, y que su tío le llevó consigo precisamente para instruir la de Chile. Las comisiones que puso a su cargo prueban, además, esta verdad.

con Valdivia, y, en caso necesario, escoltas para la seguridad de los convoyes que fuesen destinados a aquella plaza, hasta ponerlos a salvo al otro lado del Toltén. En recompensa, Cano los colmó de agasajos y de dones, que eran niñerías, pero que, como ya sabemos, tenía gran precio para ellos, y los dejó muy pagados de su persona y de su afabilidad.

De regreso a Concepción dio pruebas de su integridad y de su justicia negando el permiso de descargar a dos buques franceses, que ofrecían interés por obtenerlo, y los forzó a largarse. Después de algunos días de descanso salió para la capital, cuyos diputados fueron a recibirle a Maipo el 15 de mayo.

CAPÍTULO XLVII

Zozobras del cabildo de Santiago. Una epidemia y un terremoto. Parlamento con los araucanos. Otras excelentes cualidades del gobernador Cano. Se alzan de nuevo los naturales. Muerte de tres capitanes de amigos. Situación crítica. Operaciones militares.

(1720)

Bien que la paz durase, y se gozase en Chile de sus beneficios, otros males había de más difícil remedio, puesto que venían de arriba, tales como la epidemia de viruela, tan frecuente y mortal, que de 1719 al siguiente año afligió a los habitantes de la capital, y nuevo terremoto³²¹ que puso en peligro a toda la ciudad. Contra la primera no había, al parecer, más recurso que la resignación, y rogativas al cielo; y contra el segundo, las mismas rogativas y la demolición de ruinas y de paredes que amenazaban, para reedificarlas de nuevo con la misma perseverancia. Entre estos dos sucesos que tuvieron un intervalo de dos años, no hubo acontecimientos notables, bien que se hablase mucho de piratas³²². Con este ruido el cabildo de Santiago tenía una nueva zozobra por el navío *Águila*, que aguardaba de Callao para remitir con él a sus agentes de Madrid los tres mil pesos de agencias que le costaban sus pretensiones anualmente; pero tuvo al fin la satisfacción de que entrase sano y salvo, por febrero de 1721, en el puerto de Concepción, después de haberse defendido valientemente contra Chipperton, de cuya zarpa se había libertado. En todo este tiempo el Gobernador hizo los viajes acostumbrados a la frontera para las revistas de tropa y armas, y pasó los inviernos en Santiago causando algunos sobresaltos y ganando voluntades con su incomparable don de gentes, su despejo y su acierto en el mando. Los ministros de la Real Audiencia, que, como senado, habían ejercido en todos tiempos una especie de vigilancia en los actos de los gobernadores, se hallaban acobardados por éste, que obraba tan a las claras y con fines tan justos, que era imposible el tacharle en nada. Luego que

³²¹ Que hubo el 24 de mayo de 1722.

³²² Refiriéndose a Bueno, Pérez-García dice que el marqués de Villarocha con su familia fue capturado por *Chipperton*, corsario inglés, entre Panamá y Perú, como también lo fue la condesa de las Lagunas navegando de Callao a Guayaquil.

había cumplido³²³ la palabra dada a los caciques araucanos, de ir a ratificar en un parlamento, que se reunió en Tapihue, la paz tantas veces ratificada, se había vuelto muy descuidado a Santiago, y muy satisfecho de que no quedaba nada que temer por parte de ellos.

De vuelta de esta llamada expedición y que, en sustancia, no había sido más que un día de fiesta y de regocijo, los aduladores se vieron cortados, no porque les diese el menor desaire, sino por la fina gracia con que recibía cumplidos atribuidos por los usos y costumbres (decía él) a tan portentosas hazañas. En efecto, era enemigo abierto y declarado de la baja adulación, y decía que lo más despreciable a sus ojos, tratándose de chismes, eran los chismosos. Su leal franqueza era tal, que tan pronto como conocía un error en que tal vez caía, se apresuraba a reconocerlo y confesarlo, y a par de eso, era tan servicial que no negaba ni un solo favor compatible con la justicia o con su deber. Cuando era preciso acudir a un mal, cuanto mayor fuese el riesgo más pronto acudía, y siempre llegaba él primero. En cuanto a la integridad, era aun más imposible hallarle la menor tacha. Por 1721, había arribado a Concepción, de vuelta de Lima, su sobrino Salamanca con los caudales del situado, y con armas y municiones. Al punto en que lo supo, le envió el despacho de maestre de campo³²⁴, como lo hubiese enviado a un extraño que lo hubiese merecido tan bien como él. A pocos días, se puso él mismo en camino para ir a distribuir el situado; llegó, pagó las tropas sin el menor retardo; aplicó, enseguida, una parte del caudal al reparo de algunas fortificaciones deterioradas, y otra, a obras públicas, unas de utilidad, y otras de necesidad. Las iglesias, que debían ser asistidas por el real erario; una casa de pólvora; el restablecimiento de la batería llamada la planchada, y la construcción de otra nueva, todo esto lo emprendió de una vez, pidiendo ayuda a la ciudad, ayuda que sus vecinos, exhaustos de medios por lo mucho que habían perdido durante tantos años de guerra, no pudieron darle, y de la cual los alivió posteriormente el mismo Rey.

Arredrado en su empresa porque la parte del situado disponible para llevarla a cabo no alcanzaba, por un lado; y, por otro, por falta de brazos, pensó en remediar esta última recurriendo a los de los indios, y, con este fin, envió órdenes a los capitanes de amigos para que requiriesen los que les pareciesen más propios para ello. Eran órdenes aquéllas de ardua ejecución, puesto que semejante invitatoria ponía en vigor la servidumbre de los indios prohibida por reales cédulas; pero por la misma razón, es muy de creer que debía de ser hecha con ciertos miramientos, y dudoso que los capitanes de amigos los creyesen necesarios. Lejos de eso, parece que los naturales tenían motivos para quejarse de ellos, y aun también del maestre de campo Salamanca. Los capitanes de amigos los trataban con altanería y desprecio. Salamanca los forzaba a venderle los ponchos a él sólo, y a un precio fijado por él mismo, quitándoles por el hecho la facultad de comerciar libremente. El resentimiento de estos procederes aumentado por la prosperidad de los españoles les hacía, ya mucho tiempo había, odiosa la paz; el modo con que los capitanes de

³²³ Por natividad de 1721.

³²⁴ Fecha de Santiago, 25 de septiembre de 1721.

amigos les anunciaron las órdenes del Gobernador para ir a trabajar en las obras de Concepción acabó de exasperarlos.

Disimulando su resentimiento y las intenciones que tenían, se reunieron sigilosamente, y nombraron por toqui general un cierto Vilumilla, sujeto de seso y de bríos, sin pararse en su bajo nacimiento. Vilumilla aceptó el mando, y se propuso nada menos que expulsar a los españoles de Chile. Sin embargo, por más sigilo que observaron en su idas y venidas de preparativos, los jesuitas no tardaron en descubrir la trama y el superior de las misiones escribió reservadamente al obispo de Concepción, dándole parte de la tempestad que amenazaba y añadiendo que aún estaban a tiempo para conjurarla indemnizando a los indios de los perjuicios que los capitanes de amigos y el mismo maestro de campo les causaban con un comercio forzado; que S.S. Ilustrísima tuviese a bien llevarlo con premura a noticia del Gobernador, sin decirle quién se lo había escrito.

El Obispo corrió a casa de Cano, en persona, y le dio la nueva de un alzamiento próximo e inevitable, si no daba inmediatamente una completa satisfacción a los indios, satisfacción a que tenían un legítimo derecho por las extorsiones que padecían después de mucho tiempo. El Gobernador, sorprendido, y aun irritado, no sólo contestó la autenticidad del hecho sino que calificó de calumnia infame los motivos que se le atribuían, de suerte que el buen prelado, no obstante la reserva que le había pedido el jesuita superior de las misiones, se vio forzado a descubrir el autor de la noticia y de las circunstancias que la acompañaban. Ya fuese que no pudo creerlo por su noble integridad, o que no quiso, por dignidad, Cano respondió a Su Ilustrísima con tono indignado, y escribió al P. superior misionero una carta llena de expresiones acerbas de irritación. No contento con eso, voló a Santiago, y escribió otra al P. provincial de la Compañía, calificando de insoportables impertinencias las licencias que los misioneros se tomaban de ingerirse en cosas que no les incumbían ni entendían.

Mientras tanto, los indios se sublevaban desde Copiapó hasta el extremo sur de Chile, y ciertamente los españoles eran perdidos si la Providencia no lo hubiese dispuesto de otro modo, puesto que, como los lectores lo han visto, por el abandono en que se vio el ejército durante los gobiernos de Ibáñez y de Ustáriz, sin recibir socorro ni asistencia, los soldados se habían desbandado, y se habían metido, unos a labradores, y otros a traficantes para poder subsistir. En lugar de dos mil hombres de que debía componerse³²⁵, con un situado de doscientos doce mil ducados; cuarenta mil vacas de abasto en Catentoa; granos y otras asistencias suministrados por proveedores celosos, dicho ejército, en aquel entonces, contaba, a todo más, seiscientos hombres; y si a esta consideración añadimos que las plazas se hallaban, literalmente, desgarnecidas, veremos que ha sido realmente un milagro que aquel alzamiento no hubiese acarreado la ruina total del reino. En efecto, la plaza de Purén necesitaba trescientos hombres de guarnición, y no tenía más que veinte; el fuerte de Tucapel no tenía más que diez y necesitaba doscientos; Arauco, que

³²⁵ Real cédula de 5 de diciembre de 1606, bajo el gobierno de García Ramón, y el virreinato del marqués de Montes Claros.

necesitaba otros tantos, no tenía más que treinta; Nacimiento no tenía ni pólvora, ni municiones, ni pertrechos, y estaba guardado por sólo seis auxiliares pagados, en lugar de cien que pedía la defensa; Talcamávida y Yumbel estaban, poco más o menos, en el mismo caso, y en fin, Concepción, capital de las plazas de la frontera, para cuya defensa se habrían necesitado cuatrocientos buenos soldados, no podía menos de quedar sin un solo defensor, y reducida a cerrar sus cuerpos de guardia. A estas faltas se juntaba la de seis mil indios que se batían en favor de los españoles, y, por consiguiente, en caso de tener que salir a campaña, el Gobernador tendría que echar mano de las milicias de Rancagua, Colchagua y Maule. Júzguese por este cuadro del compromiso cruel en que se hallaban las cosas de Chile en aquellas críticas circunstancias.

Pero, como acabamos de decir, la Providencia tomó cartas en su favor, y si hubo males deplorables, fueron menos y menores de los que, con tanta razón, se debían temer. El caso fue, que el día señalado por los indios para la explosión general era el 21 de marzo, y que por un acaso imprevisto, ésta se anticipó y tuvo lugar el 9 de dicho mes, he aquí con qué ocasión. El más odiado de todos los capitanes de amigos³²⁶, y el primero que los naturales tenían la intención de sacrificar a su venganza, sea por sospechas y temor de lo que iba a suceder o por otro motivo, mandó ensillar su caballo por la mañana del citado 9 de marzo, para marcharse a Concepción en compañía de su teniente³²⁷, y del capitán de la parcialidad de Vilisco³²⁸, y al tiempo de montar, fueron los tres asesinados, y con sus manos ensangrentadas corrió la flecha con doce días de anticipación. Por este hecho, las hogueras que debían arder en todas las alturas, desde el Biobío a Chiloé, por un lado; y, por otro, desde el mismo río hasta Copiapó, bien que las de Purén diesen la señal, como los otros no esperaban por ellas aquel día, no fueron correspondidas, y, por de pronto el alzamiento no pudo verificarse tan general.

Con todo eso, el toqui Vilumilla, que había nombrado por su vicetoqui a Milalcuvu³²⁹, reunió un ejército bastante fuerte, e intimó lealmente a los jesuitas la evacuación de las estancias de conversión, aunque prohibiéndoles, a la verdad, el llevarse cosa alguna de cuanto tenían en ellas, y apresurándose, en atención a que no podría salir responsable del mal que les podía suceder, si aguardaban que creciese la efervescencia.

Que los lectores se paren a reflexionar en este punto, y a comparar este proceder con los que emplearon los indios con los capitanes de amigos.

Pronto a obrar, Vilumilla distribuyó sus fuerzas entre sus capitanejos, y ordenó fuesen sitiados los fuertes de la parte meridional del Biobío, mientras Ragnamcu³³⁰, pasando con otros el río en canoas, saqueaba las haciendas de Laja hasta Chillán, llevándose cuarenta mil cabezas de ganado menor, y cuantas vacas hallaron. Es de

³²⁶ Pascual Delgado, de los de la provincia de Quechereguas.

³²⁷ Juan de Navia.

³²⁸ Llamado Verdugo.

³²⁹ Pérez-García.

³³⁰ Éste es el nombre que Carvallo y otros autores dan al vicetoqui de Vilumilla.

advertir que era a la entrada de la estación lluviosa, que los ríos estaban crecidos, las ciénegas llenas, y que esta particularidad aumentaba las dificultades y el riesgo para los españoles. Después de su fructífera correría, Ragñamcu se refugió y ocupó una posición fuerte y ventajosa sobre los pantanos de Purén, donde dejó un fuerte destacamento, yéndose él mismo a reunir con Vilumilla para atacar la plaza, la cual no tenía para su defensa, así como lo hemos dicho, más que treinta soldados. Añadiendo a este número los mercaderes que había dentro, y algunos otros españoles que se refugiaron a ella, se podía contar con un total, tal vez, de cien defensores mal armados, puesto que no había más que algunos fusiles defectuosos, y por artillería, un falconete aun en peor estado que los fusiles.

Sin embargo, en la primera embestida de reconocimiento que los araucanos dieron a la plaza, perdieron uno de sus más estimados jefes, y en venganza, dieron muerte a un muchachuelo español de diez a doce años que tuvo la desgracia fatal de caer en sus manos, en el tropel de los arrabales, incendiados por Ragñamcu; pero no pasaron adelante en sus ataques, esperando por los refuerzos que poco a poco les llegaban. Por la noche, volvieron a la carga; pero inútilmente; el mal falconete, arriba dicho, cargado a metralla, mato a doce de ellos, y los indujo a retirarse. Al amanecer del día 17, renovaron el asalto con gente fresca y descansada, y viendo que morían muchos, quisieron parlamentar. El comandante de la plaza recibió al enviado, y mientras estaba en contestaciones con él sobre las condiciones propuestas por ellos mismos, y mediante las cuales prometían retirarse, violaron la santidad de aquel acto acometiendo de sorpresa a la plaza; pero de nuevo escarmentados, alegaron engaño por parte del jefe araucano que había atacado, ignorando que se parlamentaba. El comandante de la plaza creyó o fingió de creer que así debía de haber sido, y entregó a un cacique de Repocura, que tenía en rehenes y que Ragñamcu le pidió por condición de su retirada. La entrega de dicho cacique la hizo el comandante de la plaza bajo su responsabilidad y contra la opinión de todos los demás oficiales que preveían los efectos de la mala fe del jefe araucano. No se engañaron; Ragñamcu se persuadió que la docilidad del jefe español de Purén indicaba temor, y atacó con tanto ímpetu y furia que en el primer arranque se alojaron algunos de los suyos en el terraplén de los muros; pero caro les costo, pues al cabo de cinco horas de combate, tuvieron que retirarse dejando muchos muertos.

Algunos días después, la plaza se halló reforzada con doce españoles guiados de indios auxiliares por caminos ocultos, con pólvora y balas enviadas desde la plaza de Nacimiento. El comandante general de la frontera, al primer aviso, había enviado cincuenta hombres por delante al socorro de la plaza de Purén, y los había seguido de cerca con cuatrocientos mandados por él mismo. Llegaron todos sin obstáculo, y durante tres días que permaneció allí el maestre de campo Salamanca, hizo salidas con éxito y le quitó a Ragñamcu una parte del botín que había cogido, tanto en ganado como en granos. Habiéndole hecho ver, por este medio, que los españoles estaban lejos de tener miedo, regresó a Nacimiento, dejando allí doscientos de sus hombres montados a las órdenes inmediatas de Güemes Calderón, y al maestre de campo don José Antonio de Urra de comandante de la plaza.

En aquel momento, ya Vilumilla, que había dejado la empresa de Purén a cargo de Ragnamcu para ir a entender él mismo en las levas y organización de sus tropas, se hallaba pronto a conducir las, y tomó posición sobre el Biobío, observando y combinando los movimientos que le conviniese ejecutar; pero su observación no era puramente mental, sino que, tan pronto por un lado, tan luego por otro, pasaba y repasaba el Biobío, tanteando, por decirlo así, la vigilancia y la disposición de los españoles. Viendo que todos sus movimientos fingidos se ejecutaban sin oposición, calculó que el mejor objeto de una expedición y una sorpresa sería el más pingüe. La provincia de la Laja, ya saqueada, nada o poco le interesaba, y resolvió echarse de repente con tres mil hombres sobre los llanos de Yumbel. Los cálculos estratégicos de Vilumilla no podían fallar; si no había visto oposición ni vigilancia mientras hacía demostraciones fingidas de una orilla a otra del Biobío (que, entre paréntesis, era entonces un brazo de mar), era porque los españoles no tenían fuerzas para oponerse seriamente, ni aun para vigilar todos los puntos atacables. Tal era la situación crítica de las cosas.

No obstante, como el Gobernador se hallaba ya en la plaza de Yumbel, recibió parte de la marcha del jefe araucano y de las tropas que mandaba, y envió a su sobrino Salamanca a contenerle o entretenerle, por lo menos, y si era posible, mientras se pasaba el mal tiempo y juntaba tropas para oponérsele él mismo con algún fruto probable. Lo primero y más esencial para Salamanca, y para Yumbel mismo, era no errar el camino en busca del enemigo, porque Vilumilla no había comunicado su meditación ni su resolución a nadie, y nadie podía indicar al maestro de campo por donde le hallaría. El indio auxiliar que había llevado la noticia al Gobernador se había fiado en su propia sagacidad, que es en ellos una especie de instinto, y tampoco estaba seguro; pero, por fortuna, el mismo instinto que le había servido para adivinar su intento, le sirvió para adivinar su itinerario. En efecto, a pocos pasos, vieron llegar a algunos españoles huyendo del furor de las tropas araucanas, y la primera incógnita del problema se halló despejada, pero no bastaba esto. Lo más importante era saber cómo un puñado de hombres que mandaba Salamanca podría divertir tres mil que conducía Vilumilla; porque, en cuanto a presumir vencerlos, ni por sueños pensaba en ello.

Pero aquí, uno de los azares de la guerra, que los españoles tenían el buen gusto de atribuir a la Providencia, le ayudó mucho más de lo que hubiera acertado a desear para salir de tan gran apuro. Siguiendo su marcha con muchas precauciones, una de sus descubiertas llegó y le dio parte de que los araucanos debían de estar ya en las lomas bajas de Duqueco; y Salamanca, sin proyecto o plan formado, y aun sin posibilidad de formarlo, continuó la ruta, y descubrió a los araucanos sobre las citadas lomas. Es decir, vio como por tela de cedazo (porque tal era la neblina lluviosa que enturbiaba la atmósfera), vio, decíamos una multitud de hombres armados. Entonces, hizo alto, formó tres columnitas de ataque para dividir la atención y las fuerzas enemigas, y, estando aún indeciso por lo incierto del éxito, oyó un sonoro clarín a su espalda, sin poder ver quien le daba aquella señal (porque por señal tomó su sonido), y, precipitando su movimiento, en una verdadera alucinación, echó sus tres columnitas contra los araucanos. Éstos, que

en nada pensaban menos que en semejante acontecimiento, resistieron, fue cierto; pero viéndose atacados por tres puntos a la vez, y oyendo aquella terrible trompeta que continuaba animando a los combatientes españoles, creyeron que éstos recibían algún poderoso refuerzo, y sin que el sereno y valiente Vilumilla pudiese contenerlos, por más que hizo, se desbandaron volviendo las espaldas y dándose a correr hacia el Biobío. Tal era el terror pánico que les había infundido el bélico instrumento, que creyéndose perseguidos y alcanzados, al llegar al caudaloso río, se arrojaron muchísimos al agua, y no pocos perecieron ahogados. Réstanos que declarar quién era el que tocaba el resonante instrumento.

Poco ha, hemos dicho que el gobernador Cano, en la penuria de tropas regladas que había en aquellas críticas circunstancias, había tenido que echar mano de los milicianos de Quillota, Maule y otros; y justamente en el instante mismo de indecisión del maestro de campo Salamanca, sobre lo que haría o no haría a la vista de los araucanos, llegaba, por decirlo así, invisible a causa de la espesa lluviosa niebla, a reforzarle un capitán de milicias³³¹ con su compañía, cuya trompeta anunciaba su llegada, o tocaba marchar porque se lo habían mandado. Tal fue la leve causa del espanto de aquellos intrépidos guerreros, que, como otras veces lo hemos notado, no podían menos de haber degenerado algún tanto de sus predecesores, aunque no fuese más que por la inacción de tantos años en que la paz los había dejado.

³³¹ Don Juan Ángel de la Vega.

CAPÍTULO XLVIII

Progresos de la sublevación general de los indios. Alarma particular de la capital y su partido. El Gobernador consigue reunir fuerzas. Consejo de guerra y operaciones a consecuencia de sus votos. Crítica y defensa de la resolución de despoblar las plazas de tierra adentro. Particularidades notables de las estancias de conversión.

(1723)

Viendo la dispersión de los suyos, Vilumilla se manifestó colérico de despecho; pero se repuso, y con mucha sangre fría procedió a rehacerlos, al punto en que, obligado a pasar él mismo el Biobío, pudo hacerles notar cuán pánica y sin fundamento había sido su huida. En efecto, los españoles estaban muy lejanos de pensar en aprovecharse de una victoria tan hipotética que apenas podían creer lo que veían por sus propios ojos, y les habían hecho puente de plata; es decir, que en lugar de picarles la retaguardia, habían quedado mirándose y admirándose de un suceso que les parecía inexplicable, y cosa de milagro. Convencidos de la verdad manifiesta, puesto que no veían asomar ni una sola cabeza a la parte española del Biobío, los araucanos se reunieron a la voz de su jefe, prontos a seguirle a donde quisiese llevarlos; pero Vilumilla creyó oportuno el explorar antes los fundamentos que habían tenido los españoles para osar atacarle en una situación en que los había juzgado fuera de combate por falta de combatientes. En consecuencia, pensó que si les habían llegado refuerzos, sin duda alguna irían a socorrer la plaza de Purén, y se fue a estrecharla en persona, relevando a su vicetoqui Ragñamcu de aquel servicio, y despachándole a la cordillera a fin de excitar a los pehuenches a juntarse a ellos. Digamos de paso, para no tener que interrumpir el hilo de la narración inoportunamente, que Ragñamcu llenó muy bien su misión; que los pehuenches le acogieron, y que hasta el corregidor de la provincia de Cuyo envió a pedir, a fines de mayo, al cabildo de Santiago cien fusiles para defenderse de la insurrección de aquellos indios, conjurados con los de Chile. Hubo de notable en aquella circunstancia que los mapochos, lejos de insurreccionarse, descubrieron y prendieron ellos mismos a algunos conjurados que tramaban el atacar la ciudad misma.

La plaza de Purén había quedado reforzada, después de la visita del maestre de campo Salamanca, con doscientos hombres de caballería, y mandada por Urra,

el cual la había puesto en un estado de defensa respetable, restableciendo todas las partes deterioradas de la fortificación, y limpiando los fosos. Lo primero que hizo Vilumilla, luego que hubo reconocido bien el terreno y calculado sus medios de acción, fue cortar el agua a los sitiados destruyendo el acueducto por donde les llegaba. Era una perspectiva cruel para ellos, y Urra hizo una salida para restablecer el curso del agua a toda costa. El objeto era importantísimo sin duda; pero la salida fue imprudente en cuanto fue débil por poco numerosa, y el maestro de campo Urra quedó muerto. Pero aun en esta desgracia, casi irreparable, los españoles tuvieron la fortuna de que un mestizo, que tenía alguna venganza que ejercer contra el jefe araucano que mandaba el destacamento del acueducto, aprovechándose del tumulto del combate, lo atravesó con su lanza, y este incidente dio tiempo y lugar al teniente general D. Juan Güemes Calderón para salir con cien caballos, y restituir a la plaza los defensores comprometidos en la primera salida, menos el comandante Urra y otros veinte que quedaron muertos³³²; y, aunque debilitada, continuó defendiéndose con éxito y valor contra todos los ataques y arrierías de Vilumilla, que perdió allí mucho tiempo y muchos hombres inútilmente.

Mientras todas estas cosas sucedían, el gobernador Cano, al primer aviso, había marchado a San Felipe de Austria, después de haber despachado parte de lo que sucedía al virrey de Perú, pidiéndole refuerzos y socorros, parte del cual el Virrey se desentendió como si no lo hubiese recibido. A Santiago y a su partido, el Gobernador les había pedido, además de las milicias de Quillota, Rancagua, Colchagua y Maule, una compañía de cien mulatos y otra compuesta de extranjeros residentes y voluntarios. Era un gran sacrificio impuesto a la capital y a su partido, que temblaban en aquel momento creyéndose amenazados de más cerca por una conjuración particular de los yanaconas contra ellos, y aun hubo una alarma falsa, por este motivo, que causó una confusión tan general, que hasta los eclesiásticos y presbíteros se armaron, y hasta los religiosos empezaron a fortificarse en sus conventos respectivos; pero tranquilizados por aquella parte con la averiguación cierta de lo infundado de sus temores, se prestaron en cuanto pudieron, y Cano había podido disponer de cinco mil hombres.

Pero aquí se presenta uno de aquellos problemas tan frecuentes en Chile, insolubles y, por lo mismo, insolutos, si se hubiese de atender a la divergencia infinita de opiniones diversas, aunque, a la verdad, siempre había una más general, y por consiguiente, más aventurada, en atención a que los que ignoran son mucho más numerosos que los que saben y pueden juzgar sana y racionalmente de ciertas cosas. Poseyendo un gobernador de una reputación militar merecida y justificada; bizarro, entendido, íntegro, denodado y pasando revista a cinco mil hombres, que si no eran todos de aquellos invencibles tercios españoles de quienes la fama contaba casi increíbles cosas, eran en gran parte hombres generosos, voluntarios y prontos a sacrificarse por la causa común; todos creían en Chile, y muchos escribieron a Perú, que la solución final de la conquista se acercaba y era infalible con

³³² En todos los escritores vemos la muerte de Urra comandante de la plaza de Purén, y sólo Pérez-García la contesta. Tal vez la continuación aclarará este punto de contestación.

un general como Cano de Aponte. ¿Tenía éste los elementos necesarios para llegar a dicha solución, o no los tenía? ¿Quiso o no quiso alcanzarla? Tales eran los dos puntos de vehementes contestaciones suscitadas en todo el reino por el desenlace de aquel crítico acontecimiento. Sin embargo, no hay lector que no vea cuán pocos podían estar autorizados por sus luces a responder categóricamente a la primera de dichas dos cuestiones, y, por consiguiente, para decir sí o no en respuesta a la segunda. El Gobernador mandaba. Él sólo era responsable, y a él sólo le tocaba el emplear los medios de que disponía en el sentido de su responsabilidad. Íntegro, pundonoroso y sincero, podía alucinarse y errar como hombre, pero no precipitarse ciegamente en una sima de faltas por mezquinos afectos de familia, como corría en inconsecuentes habladorías³³³. Para no errar, o para obrar con más acierto, juntó un consejo de guerra, y si este uso, tan general y tan racional en momentos de apuro, no le descargaba de su personal y entera responsabilidad, no podía, menos de agravarla en el caso en que, obrando contra el parecer del consejo, se estrellase contra un mal éxito.

Cano se puso francamente en semejante situación pidiendo pareceres para ilustrarse y acertar siguiéndolos, o para hacerse inexcusable si erraba obrando contra ellos; y este dilema es tan claro, que la mayor y más absurda mala fe no puede contestar su evidencia, a menos que se apoye en la suposición odiosa de que los votos del consejo, conociendo las intenciones del Gobernador, llevaron la adulación a punto de sacrificarle su conciencia. Mas aun suponiendo que así fuese, los datos para deliberar con prudencia eran tales como él los expuso; a saber, que las miras del Soberano, y el objeto principal de inmensos sacrificios, eran la paz y sus frutos; que los indios hasta entonces y después de muchos años, se estimaban felices con ella; que por lo mismo, si la rompían, debían de tener poderosas razones para ello; que si realmente se hallaban agraviados, era de rigurosa justicia el deshacer sus agravios, en lo posible y sin mengua de las armas españolas; que si no eran agravios ya recibidos los que los movían y si sólo temores y recelos, sería no menos conveniente por el interés mismo de la causa el tranquilizarlos.

Pasando de estas consideraciones morales al estado material de las cosas, Cano no fue menos claro y racional. La insurrección (decía él) parece ser general, y la guerra, una vez encendida, Dios sabe lo que podrá durar. Si dura, no tenemos ejército ni pertrechos para mantenerla. Los cinco mil hombres de que podemos disponer no son soldados, sino hombres determinados con cuyo valor y constancia podemos contar en un día de acción, y en una campaña de ocho o quince días, y nada más, porque son padres de familia; porque tienen hogares, oficios o negocios, y obligaciones que los llaman imperiosamente, so pena de ruina total de su existencia. En este supuesto, ¿cuáles serían nuestros recursos para la continuación de una guerra sin término, si los araucanos se despertasen y volviesen a sus inclinaciones naturales más bien adormecidas por los bienes de la paz que degeneradas? Claro está: nuestros recursos, en tal caso, no podrían llegarnos más que de España o de

³³³ Su afecto particular por el maestre de campo Salamanca, cuya conducta impolítica con los indios decían había dado margen a la sublevación.

Perú. La madre patria tiene que cicatrizar sus profundas llagas, y harto tiene que hacer; y aun suponiendo que pudiese enviarnos un verdadero ejército, no está tan a mano, que debiésemos contar con él de la noche a la mañana en un gran apuro; el Virrey nada puede sin duda, puesto que ha tenido que hacerse sordo a mis clamores. Tal es el cuadro verdadero de nuestra situación; veamos si nos autoriza a comprometer el bien general por nuestras pasiones particulares; porque es de advertir que, si hubiese de seguir mis inclinaciones personales, ya habríamos venido a las manos con los araucanos, como creo que sucedería con todos los militares españoles; veamos, decía, si nos hallamos con fuerzas y medios para sostener una guerra, tal vez sin fin, o si no sería más conveniente temporizar, haciendo en caso necesario algunos sacrificios materiales a la paz. Los antecedentes históricos de la conquista nos inducen a adoptar este último sistema como más conforme al verdadero interés de nuestra causa y a las miras piadosas de nuestro Monarca.

Aun cuando no se quisiese tener cuenta con las demás, había dos reflexiones en esta exposición que eran incontestables, cuales eran, que la guerra podía ser eterna y que no había ejército para sostenerla, puesto que no debía ser considerado como tal un conjunto de hombres de bien que se prestaban voluntarios a un gran sacrificio con la esperanza de que sería limitado. En consecuencia, el consejo deliberó y votó que las plazas y fuertes de Purén, Nacimiento, Santa Juana, Tucapel, Arauco, Colcura y San Pedro fuesen desalojadas, y establecidas a la parte española del Biobío, en atención, 1° a que su conservación, en el estado de cosas, se hacía materialmente imposible; 2° a que su conservación era inútil para mantener a los naturales en sujeción o en paz, como se veía probado por la insurrección que habían sido impotentes a precaver, si tal vez no la habían promovido.

Esta resolución del consejo engañó a muchos que, como se ha dicho, contaban con torres y montones de hazañas de parte del bizarro Cano de Aponte, y de las más exageradas hipérboles descendieron a los más bajos improperios, confundiendo en raciocinios los más desatinados, y en chocantes contradicciones. Tan pronto la paz era el objeto principal para ellos; tan pronto era necesario declarar guerra a muerte a los araucanos. Unas veces, la índole inconstante, bravía y pérfida de éstos era la causa esencial de sus levantamientos, por más bienes que se les hiciesen; y otras veces (muchas, al día siguiente), si se habían alzado, lo habían hecho por justos motivos que tenían, y sin los cuales se habrían mantenido en paz.

Claro estaba que un gobernador capaz no debía curarse de semejantes críticas, y así lo hizo Cano, el cual, aun en el mismo consejo, tuvo que contener sus naturales ímpetus, y someterse a oír opiniones, más que infundadas, absurdas por las pruebas mismas de los opinantes. A la verdad, no había juntado el consejo de guerra para que hubiese de aprobar precisamente sus medidas, sino para que las discutiese, y el consejo llenó este gran deber completamente. El maestre de campo Mier y algunos otros vocales manifestaron y sostuvieron un parecer opuesto al del Gobernador, el cual, deseoso de aclarar la cuestión, rogó al veedor general³³⁴

³³⁴ Montero de Espinoza, el mismo que los lectores han visto huir a Lima por las persecuciones de Ibáñez, y que había vuelto a desempeñar su empleo en Chile.

expusiese la suya. El veedor, hombre de bien, íntegro e incapaz de disimulo, cayó, sin pensar en ello y de buena fe, en las más cándidas contradicciones. Para él, la cuestión se reducía a la gloria de avanzar, y a la vergüenza de perder terreno; los españoles debían de ser vencedores, en todo caso, porque eran españoles, y los indios vencidos, porque eran indios. En consecuencia, habló como si el ejército existiese. Dijo que las plazas que el Gobernador pensaba desalojar no eran tan difíciles de socorrer como pensaba, y dio por prueba, que poco había el maestre de campo Salamanca había socorrido a la de Purén, sin caer en cuenta de que este socorro no le había impedido de verse a los últimos, como lo estaba, por falta de agua, y después de haber perdido a muchos defensores y a su mismo comandante Urra. Asentó que dichas plazas eran muy útiles y aun también indispensables para mantener a los naturales en la obediencia sin echar de ver que lo que sucedía en aquel entonces desmentía su aserción. Dijo que lo esencial era guarnecerlas y armarlas bien, sin reflexionar que no había fuerzas para ello. Recordó la pasada memoria de la expedición de Río Bueno, desnaturalizando el principio y las consecuencias, que atribuyó al abandono de las plazas por dicha expedición, olvidando que la primera vez que tuvo lugar, puesto que se repitió, los araucanos mismos ayudaron a los españoles; y que cuando se ejecutó la segunda vez, con iterativos avisos de los naturales mismos de lo que iba a suceder, las plazas no estaban, ni con mucho, en el estado de desnudez en que se hallaban en aquel instante. Prosiguiendo su erróneo raciocinio, y comparando las cosas de tiempos ya muy pasados y distintos a las de su época, decía que la insurrección actual procedía del mismo motivo, sin acordarse que todos los vocales opuestos, y la opinión general fuera del consejo, achacaban dicha insurrección a motivos de descontento que se les habían dado a los indios. Es verdad que, según los incidentes de la discusión, estos mismos motivos cambiaban de naturaleza, y se convertían en pura perfidia de los naturales. En fin, decía, que, aunque no fuese más que por el honor de las armas españolas se debían conservar las plazas, objeto de la discusión, y de las cuales, Arauco podía ser socorrida por mar, y la de Nacimiento por el Biobío; al paso que quinientos hombres bastaban para socorrer a Purén y a Tucapel; y al decir esto, no le venía a las mentes que el ejército, propiamente dicho, tenía a todo más aquel número de hombres, y que volver a la guerra de Lazo de la Vega reduciendo a los indios a refugiarse en los montes, a morir de hambre o a pedir de rodillas la paz, exigía las fuerzas de que había dispuesto dicho General. Tales cosas dijo, tales razones dio en apoyo de su parecer el ingenuo y benemérito veedor general, que el Gobernador no tuvo que responder, y pasó al resumen de la discusión y de los votos del consejo.

En efecto, ¿qué podía decir a un raciocinio en el cual se hallaban, una al lado de la otra, dos aserciones tan opuestas como lo eran la de que, para poner remedio a los levantamientos, era preciso castigar con severidad a los jefes españoles (cuanto más elevados fuesen en grado) que por su conducta interesada e injusta los ocasionaban; y la de que la ocasión era oportuna para castigar a los sublevados, como agresores que eran, subyugándolos y forzándolos a entregar los motores del mismo levantamiento? Claro era que no había posibilidad de conciliar tan opues-

tos extremos. En consecuencia, las dichas plazas fueron evacuadas, a saber, por el ex gobernador de la plaza de Valdivia³³⁵ que acababa de llegar, y mandaba una columna, las de Tucapel, Arauco, Colcura y San Pedro; y por el Gobernador mismo, las de Santa Juana, Nacimiento y Purén. La de Tucapel fue trasladada al norte de la Laja, y las otras a la orilla española del Biobío. Ni un tiro se oyó en esta expedición. El movimiento fue dirigido con tanta reflexión por el Gobernador, que ningún accidente desmintió sus cálculos. Los soldados tenían orden para hacerse sordos a las provocaciones que son habituales a los indios en semejantes casos; pero no tuvieron mucho que hacer para mantenerse obedientes, puesto que, si hubo provocaciones, por vociferaciones e improperios, fueron pocas y despreciables.

Cualquiera que hubiese sido la causa de aquella resolución, no se podía negar que era lastimosa, en atención a que los españoles perdían terreno por todos lados y en todos sentidos; pero por la misma razón, no era creíble que un hombre tan consumado en la guerra y en la política, como lo era Cano de Aponte, la hubiese tomado sin haberla meditado mucho, y tanto más detenidamente cuanto no podía ignorar lo que se decía sin la menor reserva en público acerca de aquella operación. Pero hay siempre en la política a voces un carácter de ligereza, de inconsecuencia y de ignorancia sobre todo, que no es de extrañar la desprecien universalmente todos los hombres de Estado, dignos de este título. La animosidad de esta política vocinglera es tan poco disimulada, y lo que es más, tan incauta, que olvida de un instante al otro sus motivos mismos, dejando creer que ni ella misma sabe los fines a donde se encamina. Los lectores deben de estar suficientemente enterados de que dichos políticos no eran afectos a los jesuitas, y que hacían cuanto podían para desacreditar a aquellos conversores acusándolos de exageración en sus narraciones de progresos en la propagación del cristianismo, con el solo objeto de hacerse indispensables, y asegurando que los naturales se mantenían tan paganos y tan bárbaros como lo habían sido siempre. Pues ahora, la historia, que no ha podido menos de llenar algunas páginas con semejantes aserciones, tiene que recoger las siguientes, interesantísimas para edificación de los mismos lectores. Ahora, una de las consecuencias lamentables de la resolución del Gobernador, fue la retirada forzosa de la tierra de los naturales de aquellos conversores tan útiles para el mantenimiento de la paz, y para la propagación de la fe. Ahora, aquellos insignes misioneros apostólicos, no obstante el aviso leal que recibieron de los mismos jefes de la insurrección, y los grandes peligros que podían correr, se mantuvieron firmes en sus estancias, y reconviniéron a dichos jefes con prodigiosa importunidad para que desistiesen de su intento. Ahora, cuando en el último trance se vieron obligados a retirarse, los de Colhué, por ejemplo, tuvieron bastantes ánimos y ascendiente sobre los indios para encargarles la conservación de las estancias, entregándoselas con cuenta y razón, y, en efecto, fueron respetadas por muchos días, y aun los naturales los volvieron a llamar ofreciéndoles salvo conducto. El superior aceptó la oferta; fue y halló los edificios intactos, cuya conservación, a la verdad, había sido debida a la protección especial del cacique Nahuelterú de Mulchén contra el

³³⁵ Don Rafael de Esclava, de la orden de Alcántara.

vandalismo de los amotinados. Los conversores de Boroa se trasladaron, escoltados por los mismos insurgentes, a la estancia de Donguil, inducidos por los jefes del alzamiento, los cuales les persuadieron que todo no era más que un momento de efervescencia que no duraría mucho, y les rogaron no se alejasen mucho para poder regresar con menos dificultad y molestia. En efecto, se mantuvieron algunos días en Donguil, hasta que, viendo que la insurrección se propagaba, se fueron a la plaza de Valdivia.

Todo esto es admirable, y tanto más admirable cuanto lo confiesan los mismos detractores de los jesuitas. Pues aun hubo más. Los de Repocura se vieron en el mayor apuro porque dieron asilo, y tomaron bajo su protección a un centenar de españoles de ambos sexos que se refugiaron a sus estancias. Un destacamento de furiosos los perseguía y llegó para inmolarlos a todos a su venganza; pero a la puerta se detuvieron, pidiendo que les fuesen entregados. Lejos de condescender con su demanda, los jesuitas dijeron con ruegos, que ellos tenían el arte divino de convertir en órdenes irresistibles, que ciertamente se los iban a entregar, pero para que los escoltasen y protegiesen hasta dejarlos sanos y salvos en lugar seguro, y así lo hicieron los insurgentes, escoltándolos hasta Imperial (alta). El cacique de esta parcialidad los condujo hasta la baja, entregándolos a Ynalicán su amigo, y cacique como él. Ynalicán se puso en marcha con ellos hacia Toltén (el bajo), y en el camino experimentaron un gran contratiempo, cual fue el de perder los caballos en que viajaban, porque el río Budi no estaba vadeable, a causa de la pleamar, y se vieron obligados a dejar los animales nadar a su arbitrio, pasando ellos el río en canoas. Los caballos salieron a la otra orilla mucho antes que sus dueños, y al salir del agua, fueron robados por una banda de salteadores. Luego que las canoas abordaron, los indios de la escolta corrieron tras de los ladrones; pero no pudieron rescatar más que siete caballos. Por este accidente, caminaron con muchísimo trabajo hasta Toltén (el bajo), donde descansaron algunos días, marchándose, al cabo de ellos, incorporados con los jesuitas de aquella estancia, que también hubieron de desalojarla.

La conversión de Arauco pasó a Gualqui con la guarnición, y allí se mantuvo hasta la restauración de su plaza. El mal éxito de los quechereguas no dio motivo a remover las de Buena Esperanza, Santa Juana y San Cristóbal, las cuales permanecieron como antes.

CAPÍTULO XLIX

Explicación necesaria. Regresa el Gobernador a Concepción y coopera con el Obispo a la fundación del colegio conversorio de San José. Marcha a Santiago. Agasajos que recibe del Cabildo. Vuelve a la primavera con tropas a la frontera y se prepara a salir a campaña. Visita que recibe del Obispo. Su objeto. Entran embajadores araucanos a pedir la paz. Circunstancias particulares que les sirven para alcanzarla. Parlamento en que se celebra.

(1724–1726)

El capítulo que precede deja probado, en primer lugar, la incompatibilidad de las armas y de la religión para sojuzgar; en segundo, la superioridad de la última sobre las primeras; en tercero, lo irrisorio de una responsabilidad que no se apoya en vista de ojos del que tiene, y cuarto, que para mezclarse en secretos de Estado es necesario conocer estos secretos. La razón natural, el raciocinio más claro, la instrucción y nociones generales fallan y ocasionan perpetuamente conflictos deplorables entre la ridícula y universal manía de crítica y las precisiones políticas de los que gobiernan. El carácter del gobernador Cano de Aponte no daba lugar ni a dudas ni a sospechas acerca de sus intenciones de obrar según debía, y aun noblemente. Que el motivo de la insurrección fuese la conducta del maestre de campo Salamanca, o el aburrimiento de los naturales, importaba muy poco para la consecuencia precisa, que era el interés del Estado, pero mucho, para obrar en razón de dicho interés. ¿Era o no era oportuno, posible o imposible el conservar las plazas desalojadas, mientras no hubiese un ejército permanente, organizado y aguerrido como, por ejemplo, el que había tenido el gobernador Lazo de la Vega? Esto es lo que la historia tendrá que aclarar por los resultados del sistema seguido por el actual.

Entretanto, si se ha de dar el crédito que merece a un autor fidedigno, testigo ocular, y aun actor él mismo en muchos acontecimientos³³⁶, ya había mucho tiempo que los indios tramaban un levantamiento. Según este escritor, el proyecto de sublevarse no se les había quitado de la cabeza desde el amago alarmante que habían hecho bajo el gobierno de Ustáriz, amago que, por notoriedad pública, había

³³⁶ Olivares.

sido contenido con ofertas y aun con dádivas. En una palabra, se habían aquietado porque les habían pagado para que se mantuviesen quietos, recurso que, si los contuvo por entonces, los engrió persuadiéndoles que eran temidos. Así fue que, desde entonces, nunca obedecieron gustosos a las autoridades militares, y jamás sin la intervención de los jesuitas misioneros. Los más altivos de todos eran los de Maquehua, cuyo caudillo Vilumilla fue después el toqui general de las fuerzas del alzamiento. Cuando se empezó a susurrar que muy luego se verificaría, sucedió un caso muy particular que merece lugar y mención en la historia. Habiendo llegado a Purén el P. visitador³³⁷, le dijo el comandante de aquella plaza que el cacique de Repocura³³⁸ estaba a los últimos, y que parecía ansioso de descubrir un secreto, pero sólo a un jesuita. El P. visitador, no pudiendo ir en persona a ver al moribundo, le envió a su secretario con promesa de que él mismo iría de allí a tres días. Es de advertir que este cacique había construido una capilla para que los misioneros dijese misa, y le preguntaron, después que le vieron dispuesto a bien morir, si quería ser enterrado en ella.

“Sí respondió él. Es una buena idea; porque, estando mi cuerpo en ella, probablemente no la quemarán. Y es preciso que sepáis todos los presentes, añadió él, que tan pronto como yo haya cerrado los ojos, pasará rápida y abrasadora la flecha de guerra, que por mi causa no fue despedida hasta hora, pues todos sabían que yo no la dejaría pasar siendo tan amante como soy de los españoles”³³⁹.

A la muerte de este cacique, a fines de octubre de 1722, había sucedido la famosa respuesta de Vilumilla a las órdenes del Gobernador para que fuesen a ayudar en las obras públicas de Concepción: “Antes que nosotros vayamos a trabajar, preciso será que el gobernador español deje sus cabezas de cartón³⁴⁰ para venir a jugar con las nuestras, y, tal vez, para que nosotros juguemos con la suya”.

Tras de esta respuesta, había ido la carta del superior de las misiones al obispo de Concepción con súplica de comunicarla al Gobernador sin descubrir a su autor. Los lectores han visto lo que sucedió, y es fácil el formarse juicio del conflicto en que se hallaba Cano de Aponte, para cuya responsabilidad no había salvación si no era en el medio más corto de apagar el fuego de la insurrección, sin pararse en cual era su origen, ya fuese el de los justos motivos que de quejas tenían los indios, como decían ellos, o la inconstancia de su índole, como decían los españoles, aunque con respecto a esta última aserción, se ve claramente desmentida por el mismo caudillo Vilumilla, el cual avisó por mensajes a los misioneros de Boroa, Repocura e Imperial se pusiesen a salvo, no siendo justo recibiesen agravios, ofensas y tal vez mayores males, en cambio de los beneficios que ellos habían hecho a los naturales.

³³⁷ Manuel Sánchez Granado.

³³⁸ Bautizado con el nombre de Juan (don Juan Llembullicán).

³³⁹ Fue tan pública y notoria esta anécdota, que el mismo Olivares la oyó contar en Santiago.

³⁴⁰ Por alusión al juego de estafermo, introducido por Cano en Chile.

Todo esto lo sabía Cano, el cual, lo repetimos, no era hombre de sospechar en sus resoluciones, y que contaba en sus cálculos con la naturaleza de las fuerzas de que podía disponer; con las lluvias y obstáculos del invierno, y sobre todo con un resultado muy problemático. En consecuencia, marchó a Purén para, desde allí, dar las disposiciones conducentes a la despoblación de las plazas ya nombradas, y con proyecto muy determinado de dar de paso, si una ocasión oportuna se le ofrecía, una buena lección a los amotinados. Mientras tanto, Vilumilla pasó el Biobío, y se arrojó sobre Yumbel; pero fue rechazado con grandes pérdidas; la artillería causó estragos en sus filas que le arredraron y le forzaron a retirarse. Habiendo sido desalojadas las plazas sin oposición, el ejército volvió a San Felipe de Austria. El Gobernador encargó de la vigilancia de la línea al maestre de campo Salamanca, y regresó a principios del año a Concepción, muy convencido de haber apagado mucho la efervescencia del levantamiento con las providencias que había tomado. Bajo un exterior poco serio, el gobernador Cano de Aponte reflexionaba y meditaba mucho, y como tenía mucha capacidad, notó en estos acontecimientos cuán poderoso era el ascendiente de los jesuitas sobre los naturales; de suerte que, de regreso a la capital de la frontera, lo primero que hizo fue cooperar muy activamente con el Obispo³⁴¹ a la fundación del colegio conversorio de San José, a cargo de los PP. de la Compañía.

A fines de junio salió para Santiago, donde fue recibido con suntuosas demostraciones de reconocimiento, y cuyo cabildo, por prueba de satisfacción y de adhesión, le dio conocimiento de una carta que había recibido, el 7 de marzo anterior, del Virrey, en la cual éste pedía informes amplios y ciertos sobre el estado de la guerra de Chile, acerca de la cual tenía malas noticias. Poco sorprendido de la novedad, el Gobernador dijo a los capitulares que debían responder lo que creyesen ser verdad, según su sentir y conciencia. Pues en ese caso, respondieron los capitulares, a V.S. le toca responder, puesto que nuestro sentir es que S.S. no ha hecho nada que no haya sido en pro y beneficio del país, que le será eternamente agradecido.

Uno de los objetos del viaje del Gobernador a Santiago había sido la celebración de la jura al nuevo rey Luis I, hijo de Felipe V, que había abdicado el ejercicio de la soberanía en él³⁴², pero que tuvo que volver a ejercerla, como se vera, por la muerte de Luis, el cual falleció muy luego³⁴³; otro, el llevarse gente y caballos para volver a campaña a la primavera, con el fin de hacer ver a los araucanos, que si tal vez había sido justo en las concesiones acordadas, no lo había sido por debilidad. En efecto, Cano, conteniéndose en aquella circunstancia, se había parado como un noble alazán contenido por un irresistible freno, y después de haberse doblegado a la razón y a la necesidad, ardía por ir a descubrir tierra, y se dispuso, apenas estuvo de vuelta en Concepción, a pasar el Biobío. Ya se había calzado las espuelas, y las trompetas iban a tocar marcha, cuando de repente, entra el Obispo en su casa con

³⁴¹ A la sazón, Nicolalde.

³⁴² En 14 de enero de 1724.

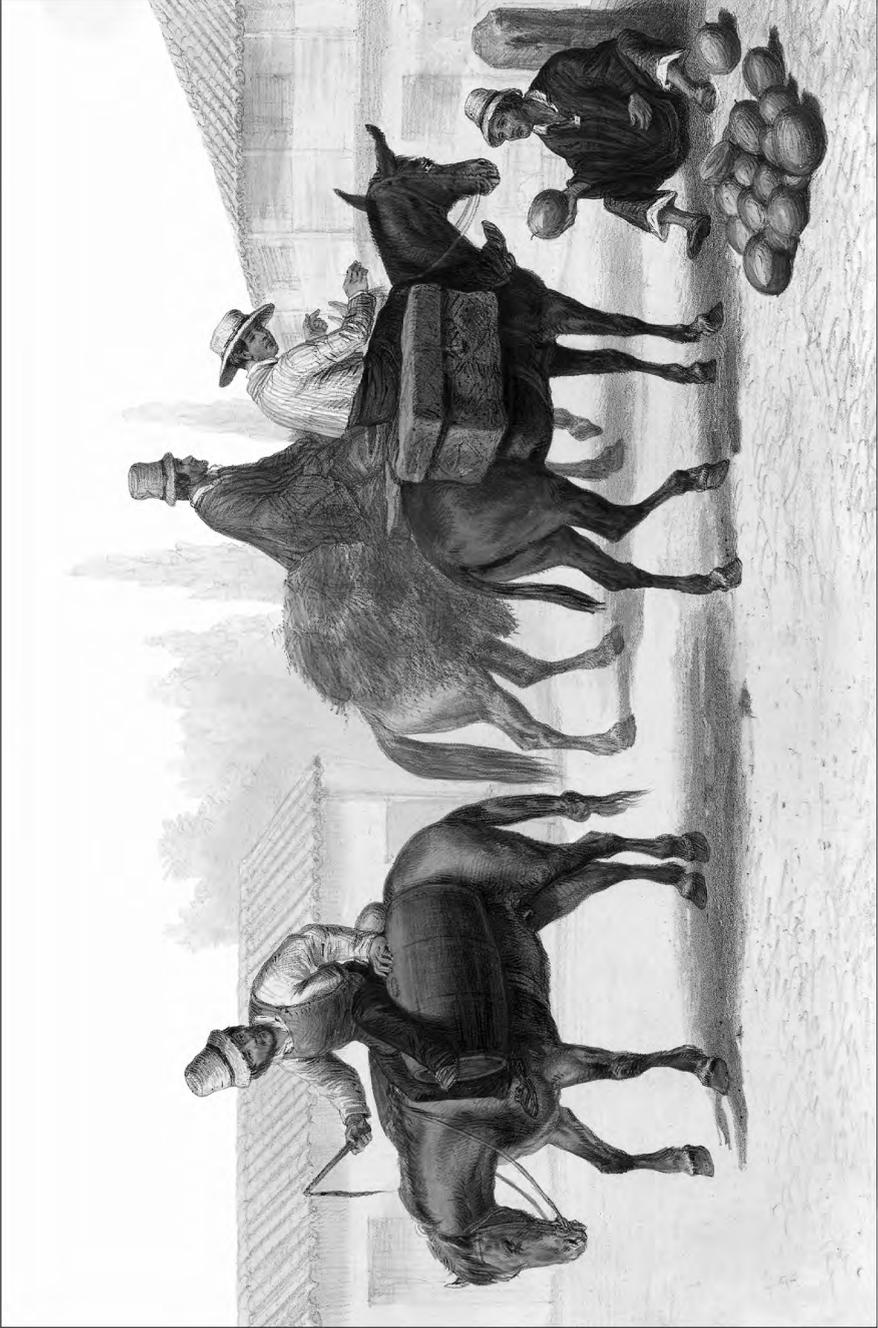
³⁴³ El 31 de agosto del mismo año.

un semblante digno y risueño. Sorprendido el Gobernador de la inesperada visita, y tanto más, cuanto sus magnánimos sentimientos no le permitían olvidar que el prelado podía tener algún motivo de queja contra él, preguntó a Su Ilustrísima que asunto urgente le procuraba aquella honra. El Obispo le respondió que llegaba para templar su enojo. ¿Mi enojo, ilustrísimo señor? Temo, al contrario, que tengo más razones para pedir perdón, que para mostrarme enojado. No, no, repuso el Obispo, V.S. tiene que perdonar, y lo hará tanto más gustoso, cuanto será más justo y más generoso el perdón.

Por fin, el Obispo le declaró iba a presentarle una súplica de los butalmapus pidiendo paz y obligándose a justificarse, so pena, si el señor Gobernador no quedaba plenamente satisfecho de los descargos que le diesen acerca del levantamiento, de someterse a cuanto quisiese hacer de ellos. Los brazos se le cayeron al ardoroso Cano, cuya nobleza de alma no pudo resistir a una proposición tan abiertamente franca. Sin embargo, respondió al Obispo, que si se les dejaba a los araucanos el recurso de acudir al perdón para salvarse impunes de semejantes atentados, sería muy de temer se creyesen autorizados a reincidir cuando les pareciese útil a sus intereses o a sus pasiones; y que, en todo caso, la parecía oportuno el que viesen por sus ojos que los españoles nunca dejarían de hallarse, por ningún caso, en estado de castigarlos; que iba a verse con ellos, y obraría encerrándose en lo límites justos y religiosos señalados por infinitas reales cédulas.

No bien había articulado el Gobernador estas últimas palabras, cuando a deshora, entran embajadores araucanos por la puerta y se arrojan a los pies del Obispo pidiendo interceda por ellos. Nótese que se prosternan ante el prelado, y no ante el jefe militar. El instinto de soberbia belicosa los sostiene aun en el estado de suplicantes; les deja apercebir que se harían despreciables, en el último caso, y que el Gobernador los despreciaría; al paso que no temen humillarse demasiado delante del enviado de Dios. Más parecen de novela que de historia muchísimas cosas de la de Chile, como lo han podido ver los lectores en infinitos rasgos y episodios. Y con todo eso, en la coyuntura presente, lo que sucedía no era más que el resultado de un paso natural y bondadoso, dado por el Obispo, que despreciando respetos humanos y personales, se acordó que su misión le venía del cielo más que de la tierra. Experimentando el ascendiente que los misioneros ejercían sobre ellos mismos, los araucanos no habían dudado nunca del que debían ejercer sobre cristianos, y para alcanzar más fácilmente el perdón que imploraban lo habían ido a pedir por la intercesión del Obispo. Su Ilustrísima los había recibido como padre espiritual, y con la suavidad inseparable de la caridad cristiana; había oído su súplica, y había reflexionado que el mejor modo de que les fuese otorgada la gracia que pedían era el que la pidiesen ellos mismos bajo su inmediato apoyo, y los había conducido a presencia del capitán general, procediéndolos en su aposento con el fin de prepararle al desenlace más fácilmente.

Sin embargo, Cano no podía menos de tener algún reparo político en perdonar sin resistencia, y alguno personal en oír en presencia del prelado las razones que los araucanos se aprestaban a dar como pruebas de las violencias que los habían inducido a apelar a las armas, y en virtud de las cuales la resistencia debía de ce-



VENDEDORES EN LAS CALLES.

Aguatero. — Yerbatero. — Panadero. — Sandillero.

der; porque dichas razones serían, sin duda alguna, la confirmación de la carta del superior de misioneros al Obispo, y cuyo tenor Su Ilustrísima había comunicado al Gobernador de quien había recibido una airada repulsa. Ceder sin haberlas oído, no era cosa posible ni regular; negarse a oírlas habría sido una gran injusticia, como sería en desdoro y menoscabo de su dignidad el dejárselas especificar en presencia del Obispo. Notando éste la perplejidad mal disfrazada en que se veía el Gobernador, con gran sentimiento suyo porque no había previsto aquella peripecia inevitable del asunto, iba ya a cortar el curso de la negociación procurando darle otro giro, y en aquel instante mismo llegó un mensaje feliz para aliviar a todos los actores de aquella escena del embarazo en que cada uno por su lado se hallaba. El mensaje era una real cédula³⁴⁴ por la cual el Rey mandaba a su gobernador de Chile perdonase a los araucanos en su nombre.

Mucha cuenta hubo de tener Cano con disimular la satisfacción que recibió con la dicha real orden. Dueño, desde aquel instante, de conducir el asunto a buen fin con decoro y aun con ostentación de misericordia, mandó llamar a su presencia al maestre de campo, al sargento mayor y a todos los capitanes presentes, y les dijo: que no pudiendo resolverse a creer fuesen verdaderas las causas que los enviados araucanos alegaban en disculpa de su alzamiento, no pensaba poder admitirlas como tales, por temor de agraviar a los que se las hubiesen dado, ni, por lo tanto, concederles el perdón que pedían, bien que se hallasen apoyados por el sagrado favor de Su Ilustrísima, allí presente. Al oír estas últimas palabras, todos levantaron la cabeza como si hasta entonces, no hubiesen notado la presencia del Obispo, y luego se volvieron a quedar silenciosos esperando en qué vendrían a parar los razonamientos del Gobernador, el cual, viendo que el asunto había llegado a un punto conveniente de solución, determinó el dársela.

Ignoro, dijo a los enviados araucanos, ignoro si los motivos que alegáis son reales y legítimos, y no quiero saberlos; porque ya no estáis obligados a decírmelos, en atención a que ya no tengo bastante poder para negaros el perdón que pedís. Si tuviera este poder, no sé si os lo concedería, aunque creo que sí, por la intercesión de nuestro reverendo Obispo. Perdonados estáis, pero no soy yo quien os perdono sino el mismo Rey, ingratos!, que me manda os perdone en su nombre. Mas advertid que este perdón supone arrepentimiento de vuestra parte, y veremos si con verdad os sentís arrepentidos. Desde este instante, se concluyen las hostilidades, y el 13 de febrero del año próximo, concurriréis a los campos de Negrete, donde me hallaréis con mi ejército para ver de fundar al fin una paz duradera, y si es posible que no la quebrantéis.

En efecto, el día señalado acudieron a las márgenes del Duqueco los archiúlmenes, úlmenes y caciques de los cuatro butalmapus, reunidos y mezclados con los españoles durante tres días³⁴⁵, fraternizaron y anudaron los rotos vínculos de la pasada paz. Se ofrecieron por aliados contra cualesquiera enemigos exteriores de los españoles; concedieron la reedificación de las plazas de Purén y Tucapel, y

³⁴⁴ 30 de diciembre de 1724.

³⁴⁵ 13, 14 y 15 de febrero de 1726.

de todas las demás, si al Rey le agradaba; pidieron la vuelta a sus tierras de los PP. jesuitas de la misiones; se ofrecieron a encargarles la conversión y enseñanza de sus hijos, con las condiciones de que no los habían de emancipar de la autoridad paternal, ni emplearlos en servicios domésticos; añadieron que los adultos mismos irían a las misiones siempre que sus ocupaciones se lo permitiesen, y, en fin, se avinieron a todo cuanto se les pidió, y que, de hecho, existía antes del levantamiento.

A cambio de su docilidad, se les abrieron cuatro ferias al año para comerciar libremente exentos de alcabalas, a la orilla del Biobío; se les aseguró de que jamás sus hijos ni sus mujeres serían comprados ni vendidos, puesto que los españoles se obligaban a no tolerar dichas ventas, a menos que por sus usos y costumbres, en un caso de castigo a una mujer en flagrante delito de adulterio, hubiesen de darle muerte, en cuyo caso, tendrían la facultad de venderla, y los españoles, la de comprarla para salvarle la vida. Se estableció que ni los españoles, ni los mestizos, ni mulatos se internarían en sus tierras; al paso que ellos podrían ir libremente a las de los españoles a comerciar o trabajar en los campos; y que si unos u otros tenían quejas contra individuos de la otra nación, si eran indios, los entregarían a la autoridad española, y si eran españoles, los acusarían libremente y con certeza de que serían castigados en razón de la infracción que hubiesen cometido contra la paz. Por fin, siempre que les fuese útil o necesario, tendrían paso libre para ir a hablar con el Gobernador mismo, o con cualquier jefe español, razón por la cual los capitanes de amigos quedaban desde aquel instante mismo reformados.

CAPÍTULO L

Resumen. El gobernador en Santiago. Mejoras que proporciona a la ciudad. Fundaciones de obras pías. Restablecimiento de las plazas abandonadas por el levantamiento. Fin de la retirada y trabajos que padecieron los jesuitas conversores que se retiraron protegiendo a muchos españoles hasta Valdivia. Se embarcan en aquel puerto y arriban al de Concepción. Sucesión en los obispados de Santiago y de la última.

(1726 - 1727)

Por muy solemnes que hubiesen sido los parlamentos celebrados entre los españoles y los naturales antes del último en Negrete, hubo además en éste la observancia de las más severas formas y fórmulas diplomáticas, regladas en un consejo de guerra que el Gobernador había reunido y presidido previamente, el 29 de enero, en Concepción. El aparato imponente con que Cano procedió a aquella gran celebridad era muy propio para probar a los araucanos, y a otros, que no eran indios como ellos, que la gentileza y donaire de la persona no son precisamente incompatibles con la gravedad del puesto que ocupa. Cuando llegó al campo de Negrete, situado entre la Laja y el Biobío, acompañado del Obispo; del maestre de campo y otros veintidós personajes, y seguido de dos mil hombres del ejército permanente y de milicias, ya los butalmapus le esperaban con ciento cincuenta y un úlmenes y archiúlmenes³⁴⁶, y los capitanejos seguidos de unos dos mil indios. Los españoles se formaron al frente del congreso, y los araucanos a la espalda. Habiendo tomado todos asiento, el Gobernador había abierto la sesión con una brillante arenga, pintando enérgicamente los desastres que acarrea siempre la infidelidad a solemnes juramentos, y la piadosa bondad del Rey. A su discurso, interpretado por el intérprete general³⁴⁷, respondieron los cuatro caciques³⁴⁸ en el mismo sentido, y pasaron luego a la deliberación, de la cual surgieron las condiciones, ya dichas, de la paz, extendidas en doce artículos, en el encabezamiento de los cuales fueron puestos los nombres y calidades de los jefes de las partes contratantes. A los del capitán general seguían el del obispo

³⁴⁶ Olivares.

³⁴⁷ Pedro Pedreros.

³⁴⁸ Don Miguel Melitacún; don Juan Millaleuvú; Turecunau y Lebuepillán. Pérez-García.

de Concepción³⁴⁹, el del auditor de guerra oidor de la Real Audiencia³⁵⁰, el del maestre de campo y los de otras veintidós personas; y, por parte de los araucanos, los de los cuatro caciques. Todo esto se hizo en medio del estruendo de la artillería española, y de los clamores de contento de los indios.

Al retirarse de la frontera a Santiago, el Gobernador dejó a cargo del maestre de campo la operación de la translación de las plazas, de que hemos hablado, teniendo sólo que anotar ahora, que la de Purén, bien que conservó su nombre, fue trasladada cerca de las asperidades de la cordillera; y la de Tucapel, a doce cuabras al norte de Laja, con proximidad a los mismos montes para vigilar las incursiones de los pehuenches por los desfiladeros de Antuco, Villucura y Coinco.

De vuelta a la capital, Cano se halló con otros quehaceres que pusieron en ejercicio su aptitud, y sus buenos deseos de fomentar la prosperidad del país. En Cabildo Abierto del 8 de mayo, los vecinos de Santiago acordaron suplir a la escasez de aguas, causada por los desagües del Mapocho, llevando allí las del Maipo. Para esto se necesitaba abrir un canal, obra costosísima, aun suponiendo que se pudiesen vencer las dificultades que presentaba la operación. No obstante, el Gobernador quiso emprenderla, y llamó a junta a los hacendados y labradores en cuyo beneficio había de redundar principalmente, para persuadirles escotasen, en vista del interés que se les seguirá, para llevarla a cabo. Todos convinieron en ello, y viéndose con medios, dio misión al corregidor³⁵¹ para ir con un jesuita y dos ingenieros³⁵² a reconocer el terreno, de cuyo reconocimiento resultó que la obra era de fácil ejecución; pero como esta aserción encontró con algunos contradictores, se fue él mismo en persona con el auditor de guerra a cerciorarse de la verdad, acompañados por los mismos ingenieros, y concluyó que tenían razón. En consecuencia, se hicieron los presupuestos para proceder a la ejecución; pero por desgracia los gastos, calculados en treinta y un mil pesos, no podían ser cubiertos por solo trece mil que se pudieron agenciar, y el interesante proyecto quedó suspendido³⁵³.

El 8 de noviembre, tuvieron los capitulares la satisfacción de ver llegar a la capital las capuchinas, cuya religión habían pedido al Rey les concediese fundar en Santiago. Aquellas religiosas tan deseadas fueron hospedadas en el convento de clarisas de la plaza, de donde se trasladaron, el 22 de enero del año siguiente, al suyo, que antes era un beaterio³⁵⁴. Los miembros del Cabildo les suministraron mil pesos, y fundaron el monasterio de la Santísima Trinidad con veintitrés religiosas.

El 9 de julio, se fundó la casa de caridad en una cuadra y media de la plaza hacia el río, bajo la invocación de Nuestra Señora de la Misericordia y san Antonio, con un campo santo adherido para los pobres, verdaderamente pobres³⁵⁵.

³⁴⁹ Escandón, sucesor de Nicolalde.

³⁵⁰ Recabarren.

³⁵¹ Don Juan de la Cerda.

³⁵² El P. Guillermo Millet; M. Loriel y don José Gática.

³⁵³ Esta misma obra se emprendió posteriormente tres veces, y se llegaron a gastar 122 mil pesos sin éxito. Pérez-García.

³⁵⁴ Llamado de doña Agustina Briones.

³⁵⁵ Uno de los principales fundadores de esta obra pía fue don Manuel Gerónimo de Salas.

El galán Gobernador, en todas estas ocasiones, se mostró el hombre más grave y más serio, y cooperó con ejemplar fervor a las dos fundaciones. Su mayor satisfacción era ser útil a la ciudad y aumentar el bienestar de sus vecinos. Notando que no había calles en los barrios del Carmen, San Isidro y San Juan de Dios, mandó que se abriesen y no tuvo descanso hasta que fueron establecidas dichas comunicaciones. Por su influjo, el Cabildo obtuvo un feliz resultado en su súplica al Rey de la licencia para fundar una universidad, y al punto hizo adquisición de terreno para la construcción del edificio. Pero en lo que más brillaron su bella índole y su noble corazón fue en la reparación de un olvido momentáneo que padeció, y del que los lectores se acordarán; de un olvido, decíamos, de su propia dignidad y de la justicia debida al celo de los conversores jesuitas. Cuando le contaban lo que habían tenido que padecer aquellos insignes varones en la retirada desde Repocura, por Imperial y Toltén a Valdivia; la protección que habían dado a tantos míseros españoles, que sin ella habrían sido inmolados sin remedio, las lágrimas le venían a los ojos. Y cuando oía luego que aquellos mismos araucanos, tan fieros delante de los peligros, tan indisciplinados por naturaleza y por hábitos, tan altaneros y tan soberbios, rogaban a los PP., en el más ardiente hervor de la efervescencia, que no se fuesen, que para ellos no había riesgos; si los había, que no se les alejasen a fin de poder volver a ellos más fácilmente; cuando esto oía Cano, se oscurecía su rostro, y él murmuraba: es claro, bien por bien, mal por mal; ésta es la solución más neta del problema de la moralidad humana; pero, ¿quién puede alabarse de discernir el bien del mal en todas las coyunturas de la vida?

Difícil sería responder con acierto a la pregunta que se hacía a sí mismo el magnánimo Gobernador; pero su solución era puramente filosófica. La que los jesuitas querían dar al mismo problema era mucho más concisa, esencialmente cristiana; en lugar del bien por el bien, el mal por el mal, ellos decían y practicaban el bien por el mal. Así subyugaron a los indios que veían claramente en ellos a mensajeros de Dios. Sin embargo, en vista del levantamiento nada les quedaba que hacer entre ellos, y, por otro lado, tuvieron que pensar principalmente en servir de escudo a los españoles que gracias a su amparo se salvaron. El estado de desnudez y de desmayo en que llegaron a Valdivia no hay palabras que lo puedan pintar. Al verlos llegar así, el veedor de la plaza³⁵⁶ dio una camisa a cada uno de los jesuitas; y a muchos de los españoles, hombres y mujeres, hubo que darles calzado, pues habían llegado con los pies desnudos, y así habían andado muchas leguas. Cuatro días después, llegó el superior de la misión de Dogll³⁵⁷, y fue recibido como un ángel que era, en verdad. Al cabo de tantas penas, la Providencia quiso favorecerlos, y dispuso se hallase en el puerto el transporte que había llevado el situado a la plaza, y cuyo patrón o capitán se ofreció a transportar los PP. conversores a Concepción. En consecuencia, tomaron pasaje no sólo los jesuitas sino, también, la mayor parte de los españoles que ellos habían salvado, y cuya salud lo permitía, pues muchos no pudieron sobrevivir a tantas miserias y trabajos como

³⁵⁶ Don Juan de Castel-Blanco.

³⁵⁷ El P. Pedro de Aguilar.

habían padecido. Los demás, como decíamos, se embarcaron porque no teniendo por entonces Valdivia más esperanza de socorros que los que le hubiesen de llegar por mar, habrían sido una carga gravosa para sus moradores. Sólo se quedaron, además de los conversores locales³⁵⁸, otros cuatro³⁵⁹, porque la mar les era contraria y era estación de temporales, a los cuales llegaron a juntarse otros dos³⁶⁰ desde Toltén. Los que se embarcaron, llegaron en seis días, no sin haber experimentado algunos contratiempos, al puerto de Concepción, y después de algunos días de descanso, fueron repartidos en diferentes colegios mientras renacía la paz y con ella la posibilidad de volver a sus respectivas misiones. A su tiempo veremos cuál fue el fin de esta expectativa.

Mientras tanto, los obispos, y, en estos casos, los de Concepción principalmente, adquirieron derechos eternos al reconocimiento de los hombres, y a recompensas del cielo. Por el resumen histórico de la carta que había escrito al Rey sobre el estado de Chile, ya se ha visto el arrojado de la visita apostólica del ilustrísimo don Diego Montero del Águila, por medio del vasto y extendido territorio de los indios. Vacante en 1715, por promoción de este prelado, el obispado de Concepción fue ocupado, en 1716, por don Juan Nicolalde, el cual residió en él muy poco tiempo (tan poco que no se ve su nombre en algunos catálogos de aquellos obispos), porque pasó al arzobispado de Charcas, dejando por sucesor en Concepción a don Francisco Antonio de Escandón.

Escandón era un clérigo secular de mucho mérito, que había sido ya electo obispo de Ampurias, y sobre todo, un gran predicador. Sus sermones eran modelos de erudición y de elocuencia, y le habían granjeado el aprecio muy particular y muy personal del mismo Rey.

En la expedición del gobernador Cano al parlamento de Negrete, este Gobernador le manifestó con expresiones de sorpresa la admiración que le causaba la variedad de sus conocimientos, y la elevación de su carácter, y se estimó muy dichoso al ver que el prelado parecía aprobar sinceramente y sin restricción interior, la resolución que había tomado de preferir el pacificar a toda costa, antes que exponerse a renovar las interminables guerras que habían precedido al tal cual estado de paz que había producido muchísimos bienes, que muchos no querían contar ni reconocer, porque no les convenía. Hablando, por ocasión oportuna en el mismo caso, de la influencia de los jesuitas, y del modo y método especiales que tenían de convertir, el obispo Escandón opinaba que el más poderoso ejército sin ellos, hubiera perdido el tiempo y la pólvora; y que ellos con muchas menos hazañas militares, habrían hecho muchos más progresos en sus conversiones.

En Santiago, al obispo don Alejo Fernández de Rojas había sucedido don Alonso del Pozo y Silva³⁶¹, el cual había sido del colegio de San Francisco Javier; cura rector, magistral, arcedian y en fin deán de la catedral de Concepción, hasta

³⁵⁸ Los PP. Ignacio López Tiznado y Pablo Sardini.

³⁵⁹ Los PP. Ignacio Zapata; Antonio Landáburu; Pedro de Aguilar y José Barón.

³⁶⁰ Gaspar María Gatica y Pedro Garrote.

³⁶¹ Natural de Concepción del mismo reino.

que pasó al obispado de Tucumán en 1711, de donde fue al de Santiago en 1723. Habiendo anudado así todos sus cabos, la historia tiene ahora que dar una ojeada retrospectiva no sólo interesante sino, también, necesaria.

CAPÍTULO LI

Estado de la monarquía española al fin de la guerra de sucesión. Su regeneración por el sabio rey Borbón Felipe V. Abdicación de este Monarca en su hijo Luis I. Fallecimiento de este Príncipe. Vuelve su padre a tomar las riendas del gobierno.

(1727 - 1730)

Para poder apreciar los acontecimientos de la conquista de Chile es indispensable tener algún conocimiento del estado en que se hallaba la madre patria, y de las vicisitudes que padeció durante el siglo XVII. Por éstas, había llegado a una tal decadencia que ya no le quedaba, por decirlo así, de sus pasadas glorias y grandezas más que las tradiciones. A estos desastres se juntaron, a principios del siguiente, los que le causó la guerra de sucesión. Por fin, Felipe V triunfó, gracias, muy ciertamente, a que fue el escogido de la nación española, y por lo mismo sin duda la amó y la recompensó gobernándola con tan buena política, que no sólo logró cicatrizar en pocos años las llagas profundas de sus muchas heridas sino, también, hacerle recobrar más fuerzas y más vigor que las que había tenido en sus épocas más gloriosas. En el año 1718, ya España se halló en situación de poner en el mar una armada más poderosa que la que se había llamado la *invencible*, de Felipe II³⁶². Ni el católico monarca Fernando, ni el emperador Carlos V, ni su hijo Felipe II, que había emprendido tantas y tan grandes cosas surcando los mares, y conquistando por tierra tantos países, habían hecho nunca tamaños preparativos. Europa entera estaba como asombrada al ver que un reino arruinado, como debía de estarlo España por tantas pérdidas y una tan larga guerra como lo había sido la de sucesión, pudiese aún hacer frente a tan inmensos gastos.

Pero no reflexionaba Europa que a los movimientos bien arreglados y combinados, sin duda, pero lentos e irresolutos de la política austríaca, que por otra parte se señoreaba alucinada por el esplendor de su grandeza del siglo XVI, había sucedido una política más activa y más emprendedora. El alma del gobierno, en el punto en que Felipe V subió al trono, era un consejo de Estado compuesto de franceses y de españoles. Entre los primeros se hallaba un jesuita confesor del Rey³⁶³,

³⁶² Sempere, *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de la monarquía española*.

³⁶³ El P. Robinet.

y un director general de rentas³⁶⁴, gran ministro de hacienda, el cual, por medio de la reducción de los juros, que estaban a 5 por ciento, a 3, disminuyó de la mitad la deuda del tesoro, y aplicó la otra mitad a otras urgentes atenciones. Es verdad que para la ejecución de sus proyectos creó empleos de intendentes según el método de administración francesa, que era desconocido en España, y suprimió otros que existían, no sólo inútiles sino, también, embarazosos. Por estos medios y obrando con tesón y entereza, logró cortar de raíz errores, abusos y fatales preocupaciones de hábito, y llenó las arcas reales de tanto dinero, que las rentas del Estado, que eran de sólo treinta millones de reales a la muerte de Carlos II, ascendían ya en 1715, a 200 millones. Pues aun se fueron aumentando gracias a la ciencia estadística del Ministerio de Hacienda, por el cual mandó el Rey en 1718, a los intendentes e ingenieros del reino hiciesen descripciones exactas geográficas y económicas de sus respectivos territorios, con especificación de las diferentes cualidades de sus frutos, producciones y ganados. Tales fueron los medios, entre otros que son de cuenta de la historia general de la monarquía y no de ésta, por las cuales España adquirió nuevos conocimientos y nuevos impulsos para progresar en industria y en riqueza.

Los efectos generales del nuevo sistema de gobierno fueron portentosos tanto más, cuanto sin el advenimiento de Felipe V, y si se hubiesen verificado las esperanzas y los proyectos de los plenipotenciarios de los reyes de Europa en Ryswyck, la monarquía española habría sido despedazada en infinitas partes. Según estos proyectos, la mayor parte de América y sus puertos hubieran caído en suerte a Inglaterra; y lo restante, con algunas plazas de los Países Bajos, a los holandeses; Nápoles y Sicilia le tocaban al rey de Inglaterra; Galicia y Asturias habían de ser reunidas Portugal; Castilla, Andalucía, Aragón, Vizcaya, Cerdeña, Mallorca, Ibiza, islas Canarias, Orán y Ceuta le quedaban al archiduque Carlos, y Lorena, muchas plazas de Flandes y Navarra, a Francia.

Tal hubiera sido la suerte de la monarquía española, si la sabia política de Luis XIV no la hubiese preservado de semejante ignominia negociando bajo de mano el testamento de Carlos II en favor de su nieto, mientras fingía adoptar los proyectos arriba dichos³⁶⁵; pero gracias a esta política y a sus resultados, Europa no sólo vio sus esperanzas frustradas sino, también, España más fuerte, más temible, y en apariencia a lo menos, con más recursos de los que había tenido en su más floreciente estado.

Pero para poder poner en planta su política, introduciendo un sistema de administración enteramente nuevo para los españoles, Felipe V había tenido la buena maña de adoptar todos los usos y costumbres nacionales a fin de congraciarse con ellos. A la verdad, en este particular, lo principal estaba hecho, y era imposible que le manifestase su apego más altamente de lo que había manifestado con la predilección gloriosa para ellos, con que los honró en su respuesta a las proposiciones del congreso de Utrecht, prefiriéndolos a ellos solos, con renuncia a sus derechos

³⁶⁴ M. Orry.

³⁶⁵ Sempere, *Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de España*.

hereditarios, a otros dominios con cuya posesión habría conservado aquellos derechos: “No, no (había dicho el Monarca), mis españoles, mis españoles; quiero quedarme con mis españoles”. Después de semejante prueba, no se necesitaba de otra, ni era fácil el darla de igual valor. No obstante, el Rey halló medios de corroborarla ciñéndose a los gustos y usos nacionales, bien que estuviesen muy lejos de ser del suyo. El que más arraigado estaba, como sucede en todas las naciones, era el del traje, y por lo mismo el más difícil de mudar. Este traje era el de la *Golilla*, vestido muy serio sin duda, pero extremadamente incómodo para la libertad de movimiento del cuerpo, en términos que el cardenal Alberoni³⁶⁶ decía que la gravedad española era hija de dicho traje. Acostumbrado a la ligereza y desenvoltura del francés, Felipe V lo adoptó no obstante, hasta que satisfecho de no dejarles duda de que si lo desechaba era por los inconvenientes que tenía, se resolvió a introducir el vestido francés; pero para ejecutarlo sin chocar con el uso, escribió una sátira en latín, intitulada *Decretum Jovis de Gonellia*³⁶⁷, de la cual resultaba que el traje de la golilla sólo era propio de togados y de médicos, y que desdecía mucho en todos los demás estados de la sociedad; y para desacreditarlo más, hizo correr la voz de que si era económico también era mezquino, y que en efecto se había adoptado por economía en tiempo de Felipe IV para ahorrarse los gastos de las gorgueras que se hacían con telas y encajes de Flandes. En una palabra, el Rey adoptó el vestido francés; los cortesanos hicieron lo mismo, y la golilla fue prohibida excepto para las profesiones en que era un distintivo. Los gobernadores de Chile, más por no chocar con el de los odores de aquella Real Audiencia que porque les gustase, lo tomaban cuando iban a presidirla, y en eso se fundaron cuando se negaron a acompañar a Ustáriz a la función de los jesuitas en honra de san Ignacio si no se quitaba el uniforme con que se presentó, y revestía la golilla.

El estado floreciente de España zozobró por algún tiempo por un motivo muy obvio cuando los reyes quieren conciliar sus afectos con su política. Viudo de la princesa María Luisa de Saboya, Felipe V se casó en segundas nupcias con la de Parma, Isabel Farnesio, y con este plausible motivo, el abate Alberoni, que era encargado de negocios del duque de Parma en Madrid, pudo conseguir, por la Reina, el favor del Rey, y ponerse en lugar del partido galo-hispánico, que fue desgraciado por su influjo. De este malhadado trastorno resultó a poco tiempo la marcha retrógrada de sistema y de sus efectos; todo volvía a ponerse en el mismo estado en que se hallaba las cosas del reino antes de las reformas benéficas del sabio Rey. El intrigante Alberoni, por su solo provecho, conducía el Estado a su pérdida. En menos de cuatro años, de simple abate que era, había ascendido a cardenal, primer ministro, después obispo de Málaga, y en fin arzobispo de Sevilla. Pero el Rey tenía demasiadas luces para que se le pudiese deslumbrar por mucho tiempo; descubrió las astucias del Cardenal y le mandó que saliese inmediatamente de sus estados. Con esto volvieron a ser ensalzados el gobierno anterior y su sistema, y con ellos la nave del Estado orzó, y navegó viento en popa.

³⁶⁶ En su testamento político.

³⁶⁷ Algunos autores han atribuido dicha sátira al P. jesuita Commire. Sempere.

Enlazados de nuevo los franceses con los españoles, los vínculos que los unían se estrechaban cada día más, y las relaciones entre las dos naciones eran verdaderamente correlaciones de familia. No sólo el comercio y la industria sino, también, la literatura y las artes empezaron a florecer en España. Madrid, que, bien que fuese la capital de una monarquía tan vasta, no tenía ni biblioteca pública, ni academia, tuvo, gracias a Felipe V, la excelente Biblioteca Real que existe en el día; academias de la Lengua Española, de Historia y de Medicina, y un colegio de nobles. Sevilla debió al sabio Monarca su Sociedad Médica; Barcelona, su Escuela de Matemáticas; Cervera, su universidad y Cádiz, su Compañía de Guardias Marinas, de donde salieron tantos celebérrimos navegantes. Hasta el reinado de Felipe V, no se conoció en España ningún escrito periódico, y el *Diario de los literatos* le debió el ser.

En una palabra, Felipe V fue el regenerador de España, y como desde él empezó una nueva era, ha sido indispensable conocer los cambios esenciales que ha habido en ella para juzgar y apreciar los acontecimientos subsiguientes. Ya no había que temer corsarios ni piratas en los mares que podían llamarse españoles; y en efecto no se oía hablar de ninguno. Chile gozaba de paz por dentro, y de entero descuido por afuera. Como lo hemos dicho, la sola novedad había sido la abdicación de Felipe V en Luis I, hijo que tuvo de la princesa de Saboya; pero este Príncipe, que fue llamado el malogrado, y que subió al trono en enero de 1724, falleció en agosto del mismo año y su padre volvió a tomar las riendas del Estado.

CAPÍTULO LII

Humanidad de los reyes de España para con los indios. Refutación de calumnias. Beneficios de la religión. Apología de la conducta de Cano de Aponte. Carta original conteniendo un episodio a propósito. Consecuencias que presenta.

(1730)

Si los fundadores de las colonias del nuevo mundo han merecido (aunque no los hayan obtenido generalmente) han merecido, decíamos, elogios y reconocimiento de parte del antiguo, los de las del reino de Chile los han merecido muy particularmente por la mayor resistencia y dificultades que encontraron para establecerlas. Las ventajas que han resultado para la religión, la ciencia, el comercio y la industria de los europeos de los establecimientos de los españoles en América son incalculables, y a pesar de esta verdad universalmente reconocida, no han faltado escritores que la han contestado con las solas miras de disminuir la gloria de la nación, y aun de denigrarla en sus hijos, muchas veces los más beneméritos y distinguidos. Unos han escrito que todo cuanto se contaba de la feracidad y de las riquezas del nuevo mundo era falso. Otros han asegurado que lejos de ser útil al antiguo, al contrario le había dañado, puesto que ha sido preciso despoblar el país de los conquistadores de hombres y ganados para poblar y cultivar el nuevamente descubierto, donde no había más que monos y hombres que diferían muy poco de los brutos.

Pero esto era poco en comparación de lo que sigue. Muchos autores, dice Robertson, han considerado la despoblación de América como consecuencia de un plan atroz meditado por los españoles mismos, los cuales, no pudiendo ocupar vastos, inmensos territorios, poblados de naciones infinitamente más numerosas que ellos, resolvieron exterminarlas para conservarlas sin zozobras ni riesgos; pero estas detestables calumnias han sido desmentidas por los hechos, y todo el mundo sabe ya y confiesa, excepto los ignorantes y los necios, que jamás tan horroroso proyecto entró ni pudo entrar en la mente de ningún gobierno español. Lejos de eso, los reyes de España no cesaron de dar las órdenes más humanas y más bondadosas para la conservación y aun también para el bienestar de los nuevos vasallos de la Corona. Todos los reglamentos y todas las reales cédulas, bajo todos los reinados, no solamente estaban impregnados de justicia y de prudencia sino, también,

de humanidad. No hay más que ver y leer la *Recopilación de leyes de las Indias* para convencerse de esta verdad. Para que los indios no pagasen más impuestos de los que podían y debían, los virreyes, gobernadores y presidentes de la Real Audiencia estaban encargados de formar comisiones, cuyos comisarios, antes de tasar los impuestos, debían proceder por los trámites siguientes:

En primer lugar, asistir a la misa del Espíritu Santo para que los alumbrase y les preservase de cometer injusticias; y, al fin del oficio divino, prometer y jurar ante el sacerdote que obraran en conciencia, sin odio ni suerte alguna de interés o de favor. Enseguida, recorrer, en cuanto fuese posible, las poblaciones sometidas y de paz, con el fin de ver por sí mismos la cualidad y cantidad de terreno poseído y cultivado por cada familia, y de informarse de lo que pagaba antes a su respectivo cacique, comparándolo con lo que pagaba en aquella actualidad, ya fuese al Estado o a su encomendero. Después de estas indispensables medidas de justicia y acierto, al tasar los impuestos, debían los comisarios tener mucha cuenta con dejar a los indios no solamente lo necesario para la subsistencia de toda su familia sino, también, para criar y dotar a sus hijos; para los gastos accidentales de enfermedades y otras necesidades; por manera que pagasen menos de lo que pagaban siendo idólatras e independientes; se enriqueciesen más bien que empobrecerse, y viviesen cómoda y tranquilamente, no siendo justo que fuesen más maltratados que los demás vasallos del Rey³⁶⁸.

Por aquí se ve que los reyes de España querían y entendían organizar poco a poco el sistema colonial uniforme y en armonía con el de la metrópoli; pero la codicia de particulares era demasiado grande para someterse sin una larga resistencia a las leyes, y aun hemos visto en Chile gobernadores, y, por el hecho mismo, otros oficiales y empleados, desconocerlas, tratar a los indios como esclavos y venderlos. Por más que el sabio y celoso cabildo de Santiago vigilase y reclamase la ejecución y la observancia de reales cédulas a favor de los indios y de la paz, muchas veces se vio impotente, porque la enorme lejanía del poder soberano aseguraba la impunidad, a lo menos por mucho tiempo. En efecto, mientras llegaba un informe a la Corte y volvía la respuesta a Chile, ya los efectos de un abuso o tropelía se había realizado, y era demasiado tarde para remediar el mal que habían ocasionado.

Y aquí entran los grandes servicios que los misioneros hacían a la causa, y el aborrecimiento con que los miraban sus detractores. Estos servicios han sido tan probados y tan patentes que todos los hombres juiciosos de Europa los han reconocido y enlazado, confesando altamente que los males de los indios hubieran sido mucho mayores sin la protección de los conversores, y que lejos de haber emanado de la política de la Corte, habían sido causados por la imprudente injusticia de conquistadores y colonos. Así hemos visto constantemente a los jesuitas, en especial, defender a los indios contra las calumnias de los que los declaraban incapaces de conformarse a una vida social y de entender los principios de la religión, ejerciendo en su favor funciones de ministros de paz y quitando, por decirlo así, de las manos el azote a sus opresores, y obteniendo reales cédulas para suavizar los rigores de su mala suerte.

³⁶⁸ *Recopilación de leyes de las Indias*, ley 21, tit. 5, lib. 6.

Así lo sintió al fin Cano de Aponte, porque lo vio por sus propios ojos, y empezó a darles la mano y a favorecerlos. La prueba de que el levantamiento no había provenido, aunque largamente premeditado, de su propia inconstancia e índole guerrera, ha sido de que muchos de sus jefes decían a los misioneros, como lo hemos visto, que no se alejasen mucho para poder volver más pronto y más fácilmente. Otra prueba ha sido la ninguna oposición que hicieron a la despoblación de las plazas y el poco encono con que atacaron Purén, Yumbel y Nacimiento, las únicas que hubiesen sido atacadas. Lo que hicieron contra las dos primeras no fue, ni de muy lejos, semejante a lo que hacían en otros tiempos, puesto que Purén se defendió con un solo falconete, no en muy servicial estado, y que Yumbel los desanimó con una sola repulsa. En cuanto a Nacimiento, esta plaza tuvo algo más que hacer, porque los araucanos emplearon contra ella un ardid, o por mejor decir, un pertrecho ingenioso que merece ser descrito y que vemos en una carta original de dicha plaza. Es una pieza preciosa que nos hacemos un deber de copiar textualmente. Con esta carta, a lo que parece, iba otra para el Gobernador que se hallaba en Concepción, puesto que vemos en membrete en la siguiente estas palabras:

“Señor el portador conviene pase luego para Concepcion con la carta del señor Presidente, y aunque no lea vmd. ésta, se servirá demandarle que pase luego”.

Debajo de este membrete, empieza la citada carta que los lectores verán con gusto y que dice así:

“Muy Señor mío, el no haber despachado los hombres que vmd. espera no ha sido desobediencia sino haberme parecido convenía el detenerlos por lo que se verá en lo siguiente.

El día martes 10 del corriente aparecieron alrededor de este fuerte como quinientos indios, al parecer, y se situaron a la vista sobre una lomilla –pusieron sus armerillos y estuvieron desde aquel día hasta el jueves en la noche, como a las nueve, que dieron la embestida con tal fuerza de gente y tal valentía que se debió temer la resistencia. Vinieron pues acercándose al foso con unas como puertas fabricadas de coleos muy tejidos, y sobre estos, cueros de vacas frescos y entretelados con pellejos de ovejas con las lanas mojadas. En esta forma traían dichas puertas, que eran siete, y en ellas venían abroquelados mucha porción de indios marchando hasta que llegaron al foso resistiendo balazos, y se fueron descolgando a él hasta que quedaron muy pocos por entrar. Esto era que al mismo tiempo tiraban de otras cuadrillas tanta suma de piedras que caían a un mismo tiempo muchísimas; los del foso, ya guardados en él, empezaron a tirar flechas, y a ir subiendo con puertas y todo del foso para dentro, y viendo yo que sin remedio se habían de acercar a la estacada, dije que todos tirasen balazos sin cesar. Fuéronse descomponiendo de tal suerte que desesperadamente dejaron las puertas todos, y de un apretón ganaron la estacada con lanzas y hachas. Aquí fueron los más tiros logrados, porque desde las garitas y por las rendijas o aberturas de los palos se acertaron los más. Lanzada hubo de una parte y de otra con gran empeño, y por la gran misericordia del Todo Poderoso nos fue favorable la suerte, pues luego

que vieron caídos algunos de ellos, volvieron las herraduras y ganaron de huida el foso, de donde fueron saliendo para la campaña muy mal avenidos con la vida, pues quedaron cerca de la estacada muertos algunos, y otros dentro y fuera del foso. Se retiraron a sus cuarteles desconsolados y desairados sin haber logrado su intento. Amaneció Dios y trajeron su caballada, y habiendo ensillado, se fueron descuartelando de tropas en tropas, y yéndose, en que se ocuparon todo el día, juntando las armas que habían perdido, y escondiendo y enterrando los cuerpos, aunque no hemos dado con ellos –lleváronse una mujer española que cautivaron a media legua del fuerte, que había salido antes que ellos se apareciesen. Ésta, a seis leguas de aquí, se les escapó con gran felicidad, y dice que en el camino a su vista, murieron seis y que iban más cantidad de enfermos y heridos que los que iban sanos, que apenas se podían tener a caballo de desfallecidos, y que dijeron todos en general que les habían muerto hasta cien indios; y dice que la noche de la batalla, la dejaron amarrada con treinta que dejaron de guarda de los caballos y avíos; y que aquella noche, cuando se retiraron, murieron dos y los enterraron, el uno, a su vista, y el otro, que no sabe dónde. Ellos irán apareciendo; no los hago buscar, porque pudiera haber quedado o vuelto alguna cuadrilla. Y dice dicha cautiva que o van a matar a Rayiñam, o a volver con más fuerza de gente; que esto les oyó decir y tratar. Los que quedaron aquí de manifiesto muertos son diez, con uno que quedó mal herido pero vivo; a éste hice poner en el cepo con ambas piernas quebradas, y por la mañana, que es hoy día de la fecha, hablé con él; y dice está toda la tierra alzada; que han embestido Purén y no han hecho nada, ni tampoco les han muerto ningún cona. De Tucapel no sé nada; que Vilumilla tiene a los dos Salazar y a otro español que no sabe cómo se llama. El capitán de Santa Fe me hizo avisar cómo estaban pasando no sé qué porción de indios para Isla del Laja a sólo maloquear a los de Santa Fe, los cuales han pasado sus mujeres y familias a este fuerte, y ellos han quedado con su capitán de la otra banda con ánimo de huir o ocultarse. Remito a vmd. el recibo de la pólvora y balas, que es cierto si no vienen las últimas que trajo Quiroga, me veo en más aprieto, porque creo hubiese faltado; pero mediante el favor de Dios y el de vmd., no sucedió, como espero de la gente de Chillán que vmd. me ofrece. Ya verá, señor, que no hice muy mal en detener los hombres que vmd. mandaba se volviesen, pues aun con esos más que se hallaron, nos vimos bastantemente afligidos, como lo dirán todos los que se hallaron. Creo que se dará por buena la detención en el dictamen de vmd. a quien guíe Dios muc.^s an.^s Na.^o y agosto 13 de 1723. Muy señor mío, B.L.M. de vmd. su mi.^r ser.^r Alfonso de las Cuevas. Señor maestre de campo don Pedro de Molina”.

Hemos querido dar a los lectores la satisfacción de ver por sus ojos el tenor mismo, sin añadir, cambiar ni quitar un ápice de esta preciosa carta, que se halla aquí muy naturalmente como un episodio gustoso que da materia a varias reflexiones. La primera es la prueba evidente de que, como lo hemos notado desde lejos, los araucanos no eran ya aquellos terribles guerreros que no necesitaban ni empleaban más aprestos para entrar en campaña y marchar al enemigo, que sus lanzas, macanas e intrépidos pechos. Ahora, ya trabajan en ponerse a cubierto de los tiros y balas, en lugar de arrojarlos denodados salvando a la carrera el espacio que los separa de los tiradores, sobre ellos, y como estos pertrechos no podían menos de ser insuficientes e imperfectos, como los lectores lo acaban de leer, la confianza

en ellos desaparecía, y con ella la esperanza de vencer. Claramente, los araucanos habían degenerado, por un lado.

Por otro, el estado de las fuerzas y fuertes españoles sólo permitía rechazarlos, y harta dicha era, como lo cuenta el comandante de Nacimiento. Imposible perseguirlos porque habría sido muy imprudente, en atención a que podía haber *quedado o vuelto alguna cuadrilla*. Esto dice el comandante de las Cuevas, y lo dice para excusarse de no haber despachado la gente que le pedía el maestro de campo, gente sin la cual mal le hubiera ido. ¡Qué fuerzas para una ofensiva en medio de un país sublevado!

CAPÍTULO LIII

Vuelven los misioneros a sus antiguas estancias. Fundación de la de San Luis de Loyola. Descripción del territorio. Comercio de los franceses entre Perú y Chile. Terrible terremoto. Sus desastrosos efectos. Conducta admirable de Cano. Su muerte y fin de su gobierno.

(1730 - 1733)

Los años de 1728 y 1729 se pasaron muy tranquila y pacíficamente, y el Gobernador hacía regularmente sus viajes a la frontera para la distribución del situado, revistas y otras atenciones militares. Los conversores volvieron a sus estancias a petición de los mismos indios que los recibieron como verdaderos padres. Además, se fundó la misión de San Luis de Loyola, o sea, la Punta de los Bañados, como se llama comúnmente.

Aquel sitio dista una sesenta leguas de Mendoza, al mediodía hacia Buenos Aires, con todos los inconvenientes que se atribuyen a dicha ciudad, y sin tener ninguna de sus ventajas. Ni hay trigo, ni vino. Las harinas para hacer pan las llevan de Mendoza los que tienen medios para ello, y por bebida, tienen que contentarse con chicha o sidra que fabrican con una especie de algarrobas. Las montañas abundan de tigres³⁶⁹, animales feroces y terribles; de víboras y otros reptiles venenosos. Bien que no esté siempre expuesta a resentir los temblores de tierra tan frecuentes en Chile, padece horribles tempestades de truenos y aun de rayos.

En la jurisdicción de Mendoza había muy buenas estancias de ganados, mayores y menores, y de caballos. La ciudad poseía un cabildo con sus corregidores; un convento de religiosos dominicos de muy antigua fundación, en comunidad de provincia de predicadores con la de Perú; una iglesia parroquial con cura y vicario, y una jurisdicción de doscientas leguas de circunferencia, a la verdad, tierra poco cultivada, y que ofrecía apenas con sustentar a los misioneros. Sin embargo, el P. visitador Manuel Sánchez Granado no pudo resistir a enviar el pasto espiritual a aquellos infelices moradores, y con este fin, encargó al rector de Mendoza procurase adquirir una casa para la fundación, con una cuadra de tierra. Justamente

³⁶⁹ El tigre español, que tiene mucha semejanza con la pantera, y que se llama así en el norte de América, es el animal que los franceses distinguen con el nombre de jaguar.

acababa de fallecer un habitante un poco hacendado que dejó una y otra cosa, y fueron compradas con bastante conveniencia, en 1727, por cuatrocientos pesos.

En 1728, un vecino de Santiago, llamado don Andrés de Toro, ofreció para dicha fundación, que aún estaba en estado de proyecto, una estancia, de dos que poseía en aquel distrito, y con esto, el P. provincial, Claudio Cruzate, se determinó a enviar dos fundadores a la residencia de la Punta, en 1732, que fueron el P. Sebastián de Ávila por superior, y el P. Nicolás Mesa; y ésta fue la última estancia de conversión que se fundó.

Restableciendo el buen orden en todos los ramos del gobierno de Chile, aun hubo algunos conflictos ocasionados por intereses particulares. Los activos e inteligentes franceses, libres de comerciar en el mar del Sur, adoptaron el puerto de Concepción por centro de su comercio que abundaba en géneros de Francia, y el comercio de Lima enviaba allí dinero sin cuenta para que le surtiesen, en cambio, de dichos géneros. En semejante tráfico no podía menos de haber desórdenes y abusos, y el Virrey lo prohibió; pero no por eso dejó de continuar poniendo un pretexto en lugar del verdadero motivo. El pretexto bajo el cual continuó fue la extracción de géneros de Chile, nombre que ponían los capitanes de los buques mercantes a los géneros franceses. Descubierta por el Virrey esta astucia, halló un medio muy bueno de parar sus efectos mandando que el comercio de Lima no enviase dinero a Chile, y que los chilenos enviasen sus producciones a Lima ellos mismos.

Tan sencilla como ingeniosa, esta resolución, por desgracia, fue acompañada del olvido grave de una real cédula³⁷⁰, que les concedía libertad entera de comerciar, y prohibía la tasación de sus mercancías, prohibición que el Virrey perdió enteramente de vista mandando que se les fijase precio al desembarcar en Callao, con perjuicio notable de los interesados. El Gobernador no podía menos de salir por ellos y representó al Virrey, exponiéndole que en aquella actualidad sobre todo, les era tanto más insoportables aquellos perjuicios, cuanto por las levas forzadas que se habían hecho, el cultivo de las tierras había quedado al abandono, y se padecía una gran escasez de granos. No obstante, esta justa representación, el Virrey persistió y llevó a efecto su resolución; en vista de lo cual Cano de Aponte se vio obligado a usar de la propia autoridad que tenía en el reino prohibiendo que sus administrados exportasen granos y sebo, dos artículos esenciales de comercio con Perú, a menos de tres pesos la fanega de trigo, y de seis el quintal de sebo. Ya fuesen por esta determinación del gobernador de Chile o, más probablemente, porque el cabildo de Santiago le hizo una exposición en el mismo sentido de la de aquél, el Virrey cedió, y los chilenos volvieron al goce de la citada real cédula, y a comerciar como lo entendía su Gobernador.

Sin embargo, aún quedaba margen a fraudes; pero Cano tenía los ojos abiertos sobre todo y sobre todos. Los almacenes o depósitos de granos en los puertos, depósitos que se distinguían con el nombre de bodegas, de donde los guarda almacenes se llamaban bodegoneros, eran las fuentes de extorsiones ejercidas por

³⁷⁰ 22 de diciembre de 1651.

estos últimos en los comerciantes, los cuales les pagaban un real de vellón por cada fanega de granos almacenados. Al punto en que el Gobernador descubrió esta exacción, comisionó a don Luis de Arcaya, de Santiago, sujeto de la mayor integridad y distinción, para que fuese a Valparaíso a informarse del hecho. Fue Arcaya y averiguó muy fácilmente que no sólo los bodegoneros imponían a los dueños de los géneros depositados sino que, también, se propasaban a disponer de ellos como si fuesen suyos, en términos que cuatro, don Francisco España, Miguel Gutiérrez, Félix Valdivia y Cristóbal Rodríguez, habían extraído de sus respectivas bodegas, sin consentimiento ni conocimiento de sus dueños, seis mil fanegas de trigo para prestarlas a don Pedro Vásquez de Acuña y a don José Portales, lo cual era como si hubiesen dispuesto de catorce mil pesos de sus cajas, según el precio de los granos.

En historia, y muy particularmente en una historia como la de Chile, no hay punto, por pequeño y nimio que parezca, que sea indiferente, y éste que se trata, al enunciarlo, no parecía ofrecer semejantes enormes consecuencias. El Gobernador, indignado, mandó poner presos a los delincuentes, y mientras se les formaba causa, mantuvo su decreto hasta que presentaron fianzas para salir en libertad; y a fin de cortar de raíz tamaños abusos de confianza, puso un diputado en Valparaíso para rubricar todas las entradas y salidas de granos de los depósitos o bodegas.

Pero se acercaba el momento en que el gobernador de Chile debía obtener la palma de todas las virtudes de que el hombre puede estar adornado humanamente. Este momento fue el de un acontecimiento cruel, tal vez el más cruel que los chilenos hubiesen experimentado hasta entonces, y del cual quedó para siempre una triste memoria; un terremoto, al cual ningún otro se había igualado en estremecimiento de la naturaleza y en sus desastrosos efectos. El 2 de julio de 1730, a las dos de la noche, de repente tembló la tierra, mientras todos los habitantes de Santiago, de Concepción, de Coquimbo, de Valparaíso, de todo Chile en fin, dormían muy lejanos de pensar en el funesto despertador que llegaba sordamente a quitarles el sueño; se estremeció la tierra con tanta violencia, que en la capital, las iglesias de Santo Domingo y de Nuestra Señora de las Mercedes, las torres de la catedral y de San Francisco, cayeron arrancadas por los cimientos con horroroso estrépito; de donde se puede colegir lo que ha debido suceder con casas y edificios menos sólidos. Los habitantes se arrojaron de sus camas, y salieron despavoridos a las calles. El Gobernador, su mujer y familia abandonaron su palacio, y tal era la confusión que nadie sabía a donde correr a guarecerse. Y, sin embargo, sólo hubo dos víctimas en el momento; una monja de Santa Clara, y una mujer anciana, junto a San Pablo.

En Valparaíso, mientras que el terremoto derribaba los castillos, el mar embravecido inundaba el puerto y las bodegas, de donde se llevó más de ochenta mil fanegas de granos. La Serena y Coquimbo fueron arruinados, y, en la frontera, todas las fortificaciones cayeron. La capital de éstas, la infeliz Concepción, fue la que más padeció por la misma causa que Valparaíso, porque el mar la inundó, y acabó de llevarse lo que el terremoto había dejado; y por si algo había quedado, dos horas después, volvieron la tierra a temblar, y el mar a sumergirla de nuevo.

Todos los establecimientos de Chile, públicos y particulares, experimentaron la misma ruina; fue una desolación general.

Los habitantes de las ciudades arruinadas levantaron barracas en las plazas, y aun aquéllos cuyas casas habían quedado en pie no se atrevían a volver a ellas. Aquí fue donde brilló el noble corazón de Cano de Aponte en las virtudes que adornaban a su familia. Su mujer misma se revistió de un cilicio en una de las procesiones de rogativas que se hicieron en Santiago, con voto de llevarlo toda su vida. Su marido abrió su alma y sus manos a tantos males derramando alrededor cuanto poseía para remediarlos. Dio quinientos pesos a cada uno de los conventos de Santo Domingo, San Francisco, de la Merced, San Agustín, colegios de jesuitas y noviciado de la Compañía; doscientos cincuenta a los recoletos franciscanos, al colegio de San Diego, al monasterio de Santa Clara de la Cañada, al de Santa Clara de la Plaza a los de agustinas, de capuchinas, beaterio de Santa Rosa y al colegio de San Miguel, y doscientos a la casa de Ejercicio. Levantó a su costa las casas del Ayuntamiento, de la Real Audiencia, de la tesorería; las cárceles, y su propio palacio; las escuelas de primeras letras y de la latinidad y las aulas del colegio de jesuitas. La dirección de todas estas obras la puso a cargo del corregidor don Pedro de Ureta y Pardo, que la legó luego con el corregimiento a su sucesor en éste, don Juan Luis de Arcaya.

Después de haber atendido con toda su eficacia al remedio de los males de la capital, voló a socorrer, si le era posible, Concepción donde eran aun mucho mayores. No había quedado, por decirlo así, piedra sobre piedra en la ciudad, y de las fortificaciones, sólo quedó en pie la de la Planchada en el puerto. Acercándose al Biobío y tendiendo la vista, no se descubrían más que ruinas ofreciendo la perspectiva de un cuadro lastimoso. Cano, afligido, no sabía por dónde empezar, ni a qué acudir primero. En la ciudad no había un cuarto, ni brazos. ¿Qué podía hacer? Lo que hizo; escribir al Virrey y contarle aquellas lástimas. En respuesta, recibió cincuenta mil pesos, y animado con este socorro, pensó en atraer trabajadores, y propuso a los caciques de la frontera una junta general, que aceptaron y tuvo lugar en Arauco, presidida por el maestre de campo Salamanca. Los araucanos convinieron con la mayor docilidad en cuanto les fue propuesto. Las estancias de conversión de Toltén (bajo), Arauco y Tucapel fueron repuestas, con la sola diferencia de que la última volvió a pasar de la dirección de los franciscanos a la de los jesuitas, y los naturales consintieron en que todos los religiosos, de cualquiera orden que fuesen, se internasen en sus tierras a ejercer su ministerio, no solamente con los recién nacidos y criaturas que muriesen en la edad de la inocencia sino, también, con los adultos que quisiesen convertirse a la fe católica.

Mientras que el Gobernador trabajaba con el mayor celo en reparar tantas pérdidas causadas por el espantoso terremoto, Chile se vio afligido por otro azote, otra peste de viruela que cundió desde la capital hasta muy adentro en las tierras de los indios. Donde más estragos causó fue en Santiago y en su distrito. Los habitantes de la ciudad, queriendo huir a los campos para escapar al contagio, en lugar de evitarlo iban a su encuentro, puesto que en los campos los enfermos morían sin auxilio porque tal era el horror que la enfermedad causaba que los sanos los

dejaban abandonados. En ninguna parte del mundo se han visto miserias y calamidades más grandes, más crueles ni más continuas que las que padecieron los conquistadores y colonos de aquel reino, y su constancia sería inexplicable si no se hubiesen sostenido en tamañas tribulaciones por la religión y por sus ministros.

El obispo de Concepción, don Francisco Antonio Escandón, hizo cosas increíbles de caridad cristiana y de celo apostólico en los desastres del terremoto, y, cosa increíble, no se contentó con ver salir de sus ruinas los antiguos establecimientos religiosos, sino que erigió la sociedad del beaterio de Nuestra Señora de la Hermita en monasterio de trinitarias descalzas del ceñido, N^o 33. Para la reedificación de la capital de la frontera y de las plazas, Cano no había dado un paso sin él, es decir, sin tenerle a su lado y consultarle, como si en su conciencia e integridad hubiese tenido escrúpulos de no acertar por sí solo; pero por más que hizo, aun tuvo choques y desazones mayores; el antiguo buen servidor veedor general don Fermín Montero de Espinoza, el mismo que había sido perseguido por el gobernador Ibáñez, fue el que se los suscitó. Era, al parecer, dicho veedor personal, altanero e imprudente. Por buenas que fuesen sus razones en aquellas circunstancias, no podían menos de ser inoportunas con riesgo de entrabar los progresos de las operaciones emprendidas por el Gobernador. La responsabilidad pesaba enteramente sobre éste y no sobre él, y teniendo resguardo por escrito de haber llenado los deberes de su empleo, era todo lo que le competía y le interesaba. En lugar de limitarse a poner a cubierto su parte de responsabilidad, contestó el acierto de las medidas que tomaba Cano, y aun se opuso abiertamente a ella. Resentido de que el Gobernador no hubiese tenido cuenta con su voto y sus razonamientos cuando se trató en consejo de guerra de la oportunidad o inoportunidad de la evacuación de las plazas, tierra adentro, y tanto más resentido probablemente, cuanto veía que Cano había hecho bien, quiso sacar su desquite, confiado tal vez en que sería oído por el Rey como lo había sido en la persecución que le había suscitado Ibáñez. El acaloramiento con que obró en aquella ocasión le alucinó y le impidió de ver o de reflexionar, que si había salido bien contra aquél, era imposible, en materia de intereses, que pudiese tachar a un gobernador de la justificación de Cano de Aponte, cuyo desprendimiento y generosidad estaban tan acreditados, y que acababa de esparcir sus caudales a manos llenas para rehacer lo deshecho por el terremoto. En fin, tanto hizo, que el Gobernador se vio obligado a mandar fuese arrestado, y continuó llevando adelante sus obras.

El año 1732, los capitulares de Santiago, que ya antes habían pedido al Rey la fundación de una casa de moneda, repitieron la misma súplica, que por esta vez tuvo éxito, el 30 de octubre, fundándose en la prohibición del Virrey de llevar dinero a Chile. De suerte que en lugar de desanimarse, y de temblar de no ver jamás su obra coronada, el ínclito cabildo de Santiago parecía tener relaciones misteriosas con el hado y estar muy seguro de que algún día lo sería.

En 1733, ya Concepción había resurgido de sus ruinas, y dejando a sus moradores con nuevos ánimos, como si tuviesen un seguro eterno contra terremotos y sus destrozos, se fue a Santiago. El recibimiento que le hicieron fue tal como sabía hacer recibimientos el noble cabildo de Santiago, y como este Gobernador los me-

recía. Hubo días de fiesta en su honra, y se corrieron cañas y estafermos. En una de estas corridas, Cano montaba, como le sucedía regularmente, un más que brioso, indómito caballo, y en un pase, quiso hacerle poner pies en pared. El animal se negó a obedecer por mucho tiempo con una resistencia desesperada, y tal que un jinete como el que llevaba sobre sus espaldas hubiera podido sólo mantenerse en ellas. La voluntad de Cano se irritó en razón de la desobediencia del animal, y tan obstinado como éste, se empeñó absolutamente en que había de obedecer, y en efecto lo consiguió; pero más le habría valido no conseguirlo, puesto que con el arranque temerario que le forzó a alzarse y a poner pies en pared, el caballo cayó de espaldas y cogió debajo a su imprudente dueño.

Funesto y terrible golpe fue que resonó en todos los corazones del inmenso concurso de espectadores; porque todos idolatraban a Cano de Aponte; pero sus tristes efectos no fueron inmediatos, y aun vivió cerca de cuatro meses. Su fin fue ejemplar, y antes de morir perdonó cuantas ofensas se le podían haber hecho, y pidió perdón de las que él había podido hacer. El día de su fallecimiento fue el 11 de noviembre a las 11 de la noche³⁷¹.

Pero aquí se presenta un caso en que la historia tiene, por fuerza, que llenar un deber penoso manchando una vida tan interesante con una acusación póstuma, aunque bajo la responsabilidad del solo escritor³⁷² en cuyos escritos la hayamos visto, así como también en los mismos sólo hemos visto los detalles de su muerte.

En primer lugar, el moribundo devolvió la libertad y el empleo al veedor Espinoza, particularidad poco importante, por más que diga y haga el citado escritor para denigrar a Cano de Aponte, después de haber llenado páginas con loores de su persona y de su gobierno, y reservándose el repetir las mismas alabanzas a continuación del vituperio. Lo que choca verdaderamente es, que un hombre tan íntegro, tan leal y magnánimo como lo fue este Gobernador, haya tenido que declarar en su última hora, para descargo de su conciencia, pidiendo perdón de la ofensa al ofendido, que, al parecer, lo era el doctor don José de Toro Zambrano y Romo, arcediano; provisor y vicario general del obispado de Santiago; que en el conflicto del 11 de septiembre de 1728 entre el poder secular y el eclesiástico, sobre competencia de jurisdicción, había pasado a la Corte un informe falso contra él, acusándole de haber favorecido el contrabando.

Fue muy cierto que el informe, justo o injusto, tuvo lugar, y que a consecuencia, el Rey mandó al Obispo, en orden del 29 de octubre de 1733, formase causa al acusado, causa de la cual salió éste inocente. También parece auténtico que el vicario general se sirvió de la declaración del moribundo para completar su justificación, mediante la cual fue indemnizado con la mitra de Concepción; pero acostumbrados a ver en el gobernador Cano un hombre de sentimientos elevados, los lectores tendrán mucha repugnancia en creer se haya hecho culpable de la baja que encierra la calumnia, y tal vez preferirán el pensar que engañado, y

³⁷¹ Dejó dos hijos que le sobrevivieron poco. El uno, don Gabriel, murió en Santiago mismo; y el otro, durante la navegación para volver a España con su madre.

³⁷² Carvallo.

en un arranque de sus naturales ímpetus, causó un perjuicio que no era merecido en rigor. Esto, en la suposición de que aun habiendo sido justo, no haya tenido la santa magnanimidad de perdonar él mismo, bajo el pretexto de pedir perdón, secreto que pertenece a muy pocos corazones escogidos, y que se hace increíble a los vulgares.

CAPÍTULO LIV

Gobierno interino del oidor decano de la Real Audiencia don Francisco Sánchez de Barreda y Vera. Hospicio de recogidas. Interinato del maestre de campo don Manuel de Salamanca. Conducta que observa en el gobierno. Parlamento en Concepción. Gobierno del teniente general don José de Manso.

(1733 - 1737)

A la muerte de Cano, su sobrino el maestre de campo don Manuel de Salamanca presentó una carta suya en que le encargaba del gobierno interino del reino; pero la Real Audiencia no quiso reconocer por válido el nombramiento, y su oidor decano, don Francisco Sánchez de Barreda y Vera, tomó el mando apoyándose en la *Recopilación de Indias*³⁷³, el 20 de noviembre, de ínterin llegaba el Gobernador en propiedad, ya nombrado, don Bruno Mauricio de Zavala, o designaba otro interino el Virrey. En efecto, el 9 de marzo siguiente, el virrey Castelfuerte envió a Salamanca el nombramiento al interinato, y cesó el oidor decano, el cual había tenido poco en que ejercerlo. Sólo la casa de recogidas fue abierta por él a principios de 1724, bien que el proyecto de la fundación data de 1696, y la construcción del edificio, de 1712.

Cuando le llegó a Salamanca su nombramiento, venía él justamente de una expedición que había emprendido con doscientos hombres, por orden del interino oidor decano, contra un navío holandés bastante bien armado puesto que llevaba ochenta cañones, que había querido desembarcar en Valparaíso. En el camino, había recibido aviso de que el buque extranjero se había largado, y Salamanca se había vuelto. No siendo más que coronel, su nombramiento había dado mucho que hablar, como si antes de ascender no se debiesen saber las obligaciones, todas las obligaciones del empleo inmediatamente superior, y como si un maestre de campo que había ejercido doce años no debiese de ser más apto, en el país se entiende, que el hombre más elevado que llegase completamente extraño a las cosas del reino. Sea lo que fuese, era voz que la debía al influjo de su tía que había pedido al Virrey, marqués de Castelfuerte, en atención a que el Gobernador en propiedad se hallaba en Buenos Aires y no podía tardar.

³⁷³ Leyes 13 y 14, lib. 2. Carvallo.

Éste último no sólo tardó sino que nunca llegó, por haber muerto en camino. La viuda de Cano de Aponte pidió a su sobrino una escolta de caballería para que la protegiese contra los pampas en su viaje a La Plata, a donde iba a tomar pasaje para España, y salió de Chile muy sentida por sus virtudes personales y por el mérito de su marido.

Viéndose gobernador, Salamanca partió a la capital para darse a reconocer al Cabildo y a la Audiencia, y en el camino, escribió al primero desde Talca de Maule su llegada. El Cabildo le envió a buscar a la casa de campo, y le recibió el 5 de mayo. El 6, fue reconocido de presidente de la Audiencia. En Concepción, había nombrado de maestre de campo a don José de Elgueta, y de sargento mayor, a don Pedro de Córdoba y Figueroa. Este gobernador interino, contra el cual tanto habían dicho mientras había sido maestre de campo, se portó tan bien, que en abril de 1735, el cabildo de Santiago pasó un informe brillante de su gobierno a la Corte, pidiendo al Rey recompensase su mérito. En presencia de tal testimonio se desvanecen cuantas acusaciones han amontonado contra él los detractores de oficio, que son los que no tienen qué hacer, o que murmuran por propio interés.

Hay en este punto una particularidad común a todos los conquistadores, a todas las épocas y partes del mundo. Esta particularidad es que el ser justo, rigurosamente justo, es un deber imposible de llenar para un conquistador; y la razón es clara; la rigurosa justicia pide y manda equidad, y no es natural que en igualdad de circunstancias, cuando hay conflicto entre los intereses de los vencidos y de los vencedores, un conquistador muestre predilección por aquéllos a expensas de éstos. Pero aun hay más, aunque quisiese obrar así, no podría sin exponerse a comprometer los elementos morales y materiales de éxito o mantenimiento de las ventajas de su posición. A esta particularidad se había juntado otra cual era los atrasos del situado y la gran escasez de recursos, y en estos casos siempre hay que recurrir a expedientes. Si estos expedientes son necesarios para la existencia de un ejército dominador, ¿cómo puede su General desdeñarlos por sensibilidad y simpatía por los vencidos?

Siendo gobernador interino, Salamanca continuó el comercio de ponchos con los indios por sí mismo bajo la misma regla y dando mucho que hablar, y, sin embargo, los naturales no parecieron resentidos, como vamos a ver muy luego. El 7 de mayo, salió Salamanca de Santiago para la frontera, y desde Concepción, convocó, por consejo del cabildo de la capital, consejo que aquella sabia corporación daba a todos los gobernadores al principio de sus gobiernos; convocó, decíamos, los butalmapus para celebrar en Concepción³⁷⁴, el 13 de octubre siguiente, la ratificación del tratado de Negrete. Los araucanos acudieron gustosos. Por parte de los españoles, asistieron a dicho congreso, además del General, del maestre de campo, del sargento mayor y del auditor de guerra, otros veintidós próceres. Por parte de los araucanos, concurrieron, entre úlmenes y archiúlmenes, ciento ochenta y uno³⁷⁵. En esta re-

³⁷⁴ En el campo de Tapihue, dice Carvallo.

³⁷⁵ Cuyos nombres fueron expresados, notándose particularmente entre los demás, los de don Francisco Guilitaquea, representante de los llanos; don Pedro Granquempangui, por Arauco y don Pedro Chanqueiguenu, por la cordillera.

unión todo se pasó como de costumbre con satisfacción recíproca de ambas partes, las cuales se separaron con muestras de la más cordial armonía.

Inmediatamente después, el Gobernador se marchó a Santiago, donde se mantuvo casi constantemente durante los tres años y medio que duró su interinato, es decir, hasta el 15 de noviembre en que entregó el bastón del mando a su sucesor. En opinión de muchos, era vano, petulante e interesado, y aun se dijo que en su residencia se le habían hecho cargos graves, con apercibimiento de comparecer, por sí o por procurador, ante el supremo Consejo de Indias. Si fue cierto, no compareció en persona, y quedó avecindado en Santiago, donde, por confesión misma de sus detractores, dejó honrosas memorias por su testamento, bien que estuviese casado³⁷⁶ y con familia. Para los indios independientes del obispado de Concepción dejó dos legados, y dotó una casa de conversión en la parcialidad de Angol, a cargo de los jesuitas, la cual pasó después a los PP. misioneros del colegio de la propaganda de San Bartolomé de Gamboa.

El nuevo gobernador de Chile llegó de Lima a Valparaíso, y allí le fueron a buscar los diputados del Cabildo para llevarle a la capital donde fue recibido el 15 de noviembre, en el tablado de la Cañada, esquina de la calle del Rey. Este Gobernador había sido precedido de un gran renombre no sólo por sus servicios y calidad sino, también, por su carácter digno y su bondad angelical. En cuanto a sus servicios, si se hubiesen de relatar exactamente, llenarían muchas páginas de la historia. Baste decir que se había hallado en veintitantas batallas y sitios, tanto en España como en Italia, y aun en África, y que Felipe V le había escogido no sólo para recompensarle de ellos sino, también, para utilizarlos confiándole el gobierno de Chile. Había sido capitán de sus guardias españolas³⁷⁷, y había obtenido todos sus ascensos por su mérito. En una palabra, Manso era el gobernador que necesitaba justamente Chile, en aquel instante sobre todo, en que se trataba de organizar, regularizar y dar una forma estable a sus cosas.

El 23 de noviembre de 1736, el consulado de Lima había pedido un juzgado de comercio en Chile, sin que se sepa con qué derecho ni por qué motivos, y el Rey lo había concedido. En virtud de esta orden, Manso estableció este juzgado en su palacio, el 16 de diciembre, con un juez que debía ser nombrado anualmente por el mismo comercio, y el primero escogido para llenar aquel puesto fue don Juan Francisco Larraín. Los comerciantes de Chile vieron con disgusto aquella innovación, porque no podía menos de serles gravosa, y aun perjudicial, en atención a que, siendo el nuevo juzgado sólo de primera instancia, tenían, en caso de apelación, que recurrir al consulado de Lima, y de éste, al Tribunal de Alzadas, por cuyos trámites largos y costosos se eternizarían sus litigios; de suerte que representaron al Rey con suplica de que les quitase dicho juzgado, no sólo como inútil sino, también, como perjudicial a los intereses del reino. El Rey desoyó su instancia, pero posteriormente, más de veinte años después, les quitó todo pretexto de descontento creando en Santiago de Chile un tribunal de alzadas para sentenciar

³⁷⁶ Con doña Isabel de Zavala, de Concepción.

³⁷⁷ Coronel de ejército.

en último resorte los asuntos litigiosos de comercio. Pero ni por eso se dieron por satisfechos los comerciantes chilenos, y tanto hicieron, que al cabo les concedió el Monarca un consulado, como se verá a su tiempo.

En el mes de diciembre de 1737, el 24, un nuevo terremoto, que, si se han de creer las tradiciones, estremeció la tierra durante un cuarto de hora, puesto que si hubo algún intervalo entre tres conmociones, como algunos lo han dicho, fue imperceptible, echó por tierra los edificios y fortificaciones de la plaza y ciudad de Valdivia, iglesias y hasta el fuerte de Niebla, todo cayó. El gobernador Manso, no teniendo en aquel instante medios disponibles para acudir al alivio de este nuevo azote, recurrió al virrey de Perú, el cual le despachó sin la menor demora dos bajeles con cuanto podía necesitarse en aquella fatal circunstancia, dándole encargo especial de conceder al gobernador y al veedor de la arruinada plaza, sin el menor reparo, cuanto le pidiesen; advirtiendo que lo primero y más esencial era el restablecimiento de las fortificaciones, no fuese que los indios, con aquella ocasión, se despertasen de nuevo y volviesen a las andadas, acontecimiento que, más que nunca, se debía precaver a toda costa.

Con esto, el Gobernador se trasladó en persona a Valdivia, vio por sí mismo los grandes estragos causados por el terremoto, y dio órdenes claras y precisas para la reconstrucción de las derribadas obras. El comandante de la plaza le expuso cuán conveniente sería el trasladarla a la isla del Rey, pero Manso, sin contestar que fuese oportuna dicha traslación, temió profanar la primera fundación del gran conquistador que le había dado su nombre, y prefirió dejarla en el sitio en que estaba después de tantos años, dejando lo demás a la voluntad de Dios.

En su visita a la frontera, el Capitán General había pasado la revista de rigor al ejército y a las fortificaciones; había mantenido en su empleo de maestre de campo a don José Elgueta, y había nombrado de sargento mayor a don Ambrosio de Lobbillo, dejándonos con el sentimiento de ignorar por qué no se le dejó al histórico, y al mismo tiempo historiador, don Pedro de Córdoba y Figueroa. El 31 de octubre de 1738, escribió al cabildo de Santiago dándole parte de haber convocado los butalmapus para el 8 de diciembre siguiente en el campo de Tapihue. En este día señalado, se reunieron por parte de los españoles, los jefes y representantes que se han visto en semejantes ocasiones, y por la de los araucanos, hasta 380 úlmenes y archiúlmenes, con sus capitanejos y gran afluencia de los suyos. Como se había ejecutado en los últimos anteriores parlamentos los nombres de todos los jefes fueron asentados, y todas las condiciones de paz y amistad, escritas con todas las formalidades de cancillería, cosa que llenaba de respeto a los araucanos por aquel solemne acto. A los artículos, ya tan conocidos, de convenio se añadieron otros cinco que no vemos expresados en ninguna parte. En fin, el acta de este congreso, que llena once hojas en folio, fue legalizada por el secretario don Diego de Esles. Después de lo cual, como de costumbre, los individuos de las dos naciones se mezclaron, se agasajaron y celebraron con la mayor cordialidad el nuevo vínculo que los estrechaba como miembros de una misma familia.

A consecuencia, el Gobernador pensó en que debía aprovechar aquella feliz ocasión para adelantar los verdaderos frutos de la pacificación, a saber poblar,



Exmo. D. Joseph Antonio Manso de Velasco y Samaniego. Conde de Superunda. Cavallero del hábito de Santiago. Virrey del Perú. Teniente de los Reales Exercitos. Provisio Governador del Reyno de Filóinas. Presidente de la Audiencia de Manila. Governador y Capitan General del Reyno de Chile. Presidente de su Real Audiencia. Nació en Logroño (Castilla la Vieja) 1688. Murió en Granada 1745. Por cedula del Catholico Monarca Filipo sus restos fueron depositados bajo el althar mayor en el monasterio de los monjes de Calatrava.

como el medio más natural y más seguro de civilizar, reuniendo en cuanto fuese posible a los naturales en sociedad. Levantó la plaza de Santa Juana y la guarnición con una compañía de infantería de San Bartolomé de Gamboa, al mando del teniente coronel don Antonio Narciso de Santa María; restauró las de Nacimiento y de Yumbel, que pedían reparaciones; fundó en la isla de Laja la villa de Nuestra Señora de los Ángeles bajo la protección de una buena fortificación que la dominaba y la guardaba al abrigo de sus fuegos; refundó la antigua población de Copiapó con el nombre de San Francisco de la Selva; trasladó la de Colchagua al norte del río Tinguririca, dotándola con un ayuntamiento, y dedicándola a san Fernando; restableció la de San Agustín de Talca. En Aconcagua, fundó la de San Felipe; en Melipilla, la de San José de Logroño; en Rancagua, la de Santa Cruz de Triana, y en el distrito de Cauquenes, la de Nuestra Señora de las Mercedes, dando a todas estas igualmente a cada una su ayuntamiento.

Por otra lado, hizo cuanto pudo para ejecutar puntualmente cuanto estaba mandado por tan repetidas reales cédulas a favor de los indios independientes, colmándolos de bondad; siguiendo el ejemplo de los misioneros y no sufriendo que bajo pretexto alguno se les ocasionase la menor vejación, ni la más leve apariencia de violencia molestándolos en las prácticas de usos y costumbres familiares e íntimos.

Mientras tanto, en Santiago, había dos causas opuestas de satisfacción y de descontento: sucedía una contradicción de las que hemos tenido que notar más de una vez acerca de la generosa solicitud del Monarca por su reino de Chile, en concurrencia con la necesidad que tenía a menudo de pedir el mismo auxilio a su protegido. En el caso presente, esta especie de ficción, sólo aparente, puesto que en realidad era una compensación dictada por circunstancias críticas y apuradas; esta especie de ficción, decíamos, rayaba en lo risible: mientras por un lado el Monarca eximía de reales derechos por seis años a los ciudadanos de Santiago para que se rehiciesen de las pérdidas que les había ocasionado el gran terremoto de 1730, favor que el Cabildo le había pedido; por otro, Su Majestad pedía dos millones de pesos para reedificar el real palacio de Madrid que había sido incendiado en el año de 1734. Realmente las exigencias de la historia son indiscretas en este punto, puesto que son todas cosas éstas de intimidad de familia que a primera vista no parecen ser interesantes para la instrucción de los lectores; pero como se compone de toda especie de hechos y que de todos se sirve para dar lecciones, no hay medio de pasarlos en silencio.

Sin embargo, las consecuencias de la conquista empezaban a ser claras y verdaderas, y los extranjeros las veían con gran envidia, que no era siempre secreta puesto que no siempre lo eran sus tramas para quitarle algunos pedazos de ella a España, o cuando menos, para defraudarla del provecho que sacaba de ella. Pero España era fuerte, y si había perdido al gran rey Luis XIV, no había perdido los frutos que le habían quedado de su profunda prudencia; le quedaba su íntima conexión con Francia, su comunidad de sistema político, su alianza y su pacto de familia. Inglaterra veía con despecho y con zozobra que los esfuerzos de las dos potencias reunidos y apoyados en los inmensos recursos de una y otra, causarían

tarde o temprano su total ruina, y conspiraba por cuantos medios eran imaginables sin pararse en infracciones más o menos desleales y pérfidas a los tratados, hasta que España, cansada de sufrirlos, le declaró la guerra por agosto del año 1739. Esta guerra, que fue llamada la *Gran Guerra*, y que, en efecto, duró diez años, dio lugar a muchos acontecimientos, como se vera en adelante.

CAPÍTULO LV

Política inglesa. Engaño en que se fundaba. Guerra entre España e Inglaterra. Escuadra inglesa y su suerte. Escuadra española que tuvo una suerte análoga. Piraterías de los ingleses. Continúan los sucesos de Chile.

(1739 - 1741)

No pudiendo prometerse suplantar la dominación española en Chile por la fuerza, Inglaterra imaginó que no sería imposible debilitarla fomentando cierto descontento de los chilenos contra el gobierno, y aprovechándose de él para introducirse en el país y fundar a lo menos algunos establecimientos. Este descontento, de que todos los americanos participaban, provenía de un resentimiento muy natural de ver que todos los empleos de sus administraciones estaban ocupados por los españoles europeos en lugar de españoles del país, tan nacionales como ellos, y tal vez más propios a llenarlos en atención a que las cosas de allí les debían ser mucho más conocidas que a otros que no tenían de ellas más que lejanas e inciertas nociones. Pero ya se entiende que dicho descontento con la ideas de libertad o de independencia a que podía dar origen no podían entrar más que en algunas cabezas privilegiadas y capaces de previsión, y que por parte del pueblo, en una tierra tan distante y en aquella época, semejantes ideas no podían aun haberle venido. En efecto, lejos de participar de ellas, tenía, muy al contrario, tal apego a la persona del Rey, que consideraba su poder y su voluntad como cosas sagradas, y antes hubiera vertido hasta su última gota de sangre por defenderlas, que consentir en que fuesen desconocidas u olvidadas.

De todos modos, tal era el fundamento que tenía el gobierno británico para esperar llegar a desunir la metrópoli y sus colonias, y si no era enteramente sólido, es preciso confesar que no estaba absolutamente desnudo de apariencias de verosimilitud; porque claro está que para que los más tomen un partido es preciso que los menos piensen por ellos y se lo indiquen, convenciéndolos de que les conviene para su utilidad o bienestar. La política de Inglaterra, por consiguiente, era bastante natural y se la dictaban las justas aprensiones que tenía al ver que España volvía a tomar un vuelo tan rápido que amenazaba elevarse más alto que nunca. Mas no tardó en deponer su error. Además de la fidelidad del pueblo chileno a su legítimo Soberano, militaban contra sus esperanzas otras circunstancias que presentaban poco menos

resistencia, a saber, memorias demasiado recientes para poder olvidar tan pronto que la nacionalidad chilena estaba aún, por decirlo así, en la cuna, y acababa apenas de salir de los arroyos de sangre que la habían fecundizado. No podían los chilenos españoles dejar de acordarse de que no había mucho tiempo, habían estado, o más bien habían creído estar, puesto que había sido una falsa alarma, en gran apuro por parte de sus enemigos internos contra cuyos ataques todos se armaron hasta en la capital, en términos que los religiosos mismos fortificaron sus conventos. La obra gloriosa de la conquista estaba muy adelantada, casi concluida si se quiere, pero no enteramente acabada, y habría sido lástima que después de haberla llevado a fin hasta entonces los españoles solos; después de tantas hazañas, tanta gloria militar, tantas cosas, milagrosas de valor, perseverancia, trabajos y sufrimiento, otros pudiesen decir en lo futuro que sin ellos jamás se hubiese visto coronado. El juicioso gobierno local chileno tenía, pues que vigilar y vigilaba para no dejar caer de las manos el premio de sus faenas, que habían sido y eran aun grandes, increíbles. La posteridad dudará de la verdad de sus hechos a pesar de su incontestable autenticidad; pero, lo volvemos a decir, su vigilancia estaba bien servida por el afecto general al Rey de la mayoría de las poblaciones que no estando destinada a desempeñar empleos honoríficos y lucrativos, se interesaba muy poco en que otros los ambicionasen y no los obtuviesen, como tampoco se resentía ni tenía justos motivos de queja contra los gobernadores cuyo carácter y conducta gubernativa podían tal vez haberlos dado a otros, en pequeño número, puesto que los que podían oponer resistencia a la voluntad de un jefe superior del reino eran muy pocos. Sólo en calamidades universales a resultas de guerra y de mal gobierno militar, podían los gobernadores hacerse odiosos a todos, porque todos, en tales casos, debían hallarse más o menos perjudicados, más o menos infelices por su ignorancia o por su mala conducta. Pero en aquel entonces, nada de esto sucedía ni se temía. A la guerra y a sus desastres, habían sucedido la paz y sus beneficios. Los frutos de los trabajos padecidos por los españoles en Chile con heroica constancia empezaban a mostrarse en sazón, y a convidarles a una pingüe cosecha, que, por mejor decir, ya habían empezado a disfrutar. La agricultura, la industria y el comercio adelantaban con un incremento visible y sensible en todas las clases, en términos que ya desde lejos hemos visto a los soldados desbandados del ejército, desbandados por la dura necesidad, es decir, por falta de prest y asistencia, darse no a ladrones y salteadores, como había sucedido en otros tiempos, sino a labradores, jornaleros y traficantes. En una palabra, Chile era ya un reino, una nación, bien que se hallase aún en el primer período de la existencia, en que, después de haber resistido a los inconvenientes de la infancia, podía empezar a andar sola por sus propias fuerzas, pero aun con circunspección y con prudencia, de ínterin se desarrollaba, crecía y se acababa de formar con toda su robustez. Por consiguiente, era casi superflua la fidelidad chilena a la madre patria, teniendo, como tenía, en sus propios sentimientos íntimos de importancia y dignidad individuales los mejores elementos para rechazar asechanzas o pretensiones extranjeras.

Pero en ninguna de estas consideraciones se pararon los ingleses, y creyendo la ocasión, sino oportuna, perentoria, armaron una expedición de cinco naves³⁷⁸ al

³⁷⁸ Los escritores españoles dicen siete.

mando del comodoro *Jorge Anson*. Estos cinco navíos, después de haber doblado el cabo de Hornos, fueron dispersados por una tempestad y no pudieron hallarse en el punto de reunión que se les había dado y que era la isla de Nuestra Señora del Socorro, situada por los 45° latitud meridional. Después de haber cruzado durante algunos días, debían, según las órdenes que tenían, dirigirse a la entrada del puerto de Valdivia para esperar allí al comodoro durante quince días, al cabo de los cuales, si no llegaba, tendrían que ir a buscarle a la isla de Juan Fernández.

Bien que el proyecto de Anson fuese el atacar a Valdivia, no pudo ejecutarlo porque la tripulación del *Centurión*, que él montaba, se hallaba postrada por el escorbuto, cuyos estragos, en lugar de disminuir, aumentaban, y se vio obligado a irse a la isla de Juan Fernández adonde los temporales no le permitieron llegar hasta el 10 de junio, bien que hubiese tocado a las costas de América, 45° 39' latitud sur, el 8 de mayo. Mientras tanto el escorbuto le había arrebatado más de la mitad de su gente; desde Brasil a la isla de Juan Fernández, el *Centurión* había perdido doscientos hombres y los ciento treinta que le quedaban estaban todos infectados suspirando por la tierra y por alimentos vegetales para calmar el ardor que los devoraba. La idea del agua irritaba su sed y los ponía en un verdadero estado de demencia, de suerte que cuando avistaron la isla parecían haberse vuelto locos, y mucho más cuando habiéndose acercado a ella lo bastante, distinguieron una cascada del agua más fresca y cristalina que se despeñaba en el mar de una altura de más de cien pies. Al oír esto, los enfermos que por postrados no podían mantenerse sobre cubierta, cobraron de repente ánimos y fuerzas para subir, y todos formaban un cuadro doloroso con los gestos de anhelo que hacían al verse ya cerca del agua.

Una vez que desembarcaron se pusieron a buscar vegetales y hallaron apio, berros, acederas, perejil, rábanos y nabos. Por otro lado, el pescado abundaba con profusión, y en tierra, cogieron cabras, cuyas orejas estaban rasgadas, y se decía que era Alejandro Selkirk quien se las había hendido, treinta años había, para dejarlas señaladas³⁷⁹. Los ingleses permanecieron en la isla hasta el 19 de septiembre siguiente. El *Anna Pink*, otro navío de la escuadra del almirante Anson, que se había separado el 23 de abril, había tenido también el escorbuto a bordo y su tripulación había padecido horriblemente. Al fin, se vieron curados y surgieron al mar. El 8 de septiembre, el *Centurión* capturó un buque español de cuatrocientas cincuenta toneladas que iba de Callao a Valparaíso con un cargamento de azúcar, de paños de Quito, de tabaco y de veintitrés paquetes de pesos, cada uno de los cuales pesaba doscientas libras.

Mientras que la escuadra inglesa cinglaba con las proas a las costas americanas, al mando de Anson, otra salía del puerto de Santander, compuesta de cinco navíos mandados por don José Pizarro, y tomaba el mismo rumbo. En ella iba el segundo batallón de infantería del regimiento de Portugal a reforzar el ejército de

³⁷⁹ Este Alejandro Selkirk permaneció algunos años en dicha isla, y a su vuelta, Alejandro Selkirk, y su permanencia en aquella isla desierta, dieron origen, a su regreso a Inglaterra, a la novela tan conocida de *Robinson Crusoe*.

Chile; pero al día siguiente de haber dado a la vela, tuvo que dejarse entrar de arribada en Santoña. Otro temporal la obligó a fondear en Tenerife para reparar algunas averías. Arribando a las costas de América, hizo aguada en Maldonado de la Plata, y sin esperar que le llegasen refrescos que había pedido a Buenos Aires, levó el ancla y se fue a doblar el cabo de Hornos. Allí le sucedió aun peor de lo que le había sucedido a la escuadra inglesa; un temporal separó y dispersó sus naves, de las cuales dos, la *Hermiona* y la *Guipuzcoana*, se perdieron, y otras dos se volvieron y fondearon en Montevideo.

Tal fue la desgraciada suerte de la escuadra española, y tal la buena de la inglesa, cuyos buques, ya sin zozobra por este lado, puesto que el capitán del barco español capturado por el *Centurión* se la contó a Anson, pudieron seguir el curso de sus piraterías, como lo hicieron muy a su salvo. El *Glowcester*, uno de ellos, entró en Paíta, saqueó la ciudad, y después la incendió. Sin embargo, como habían perdido mucha gente, ya no estaban en estado de llevar adelante la empresa principal, se volvieron por Filipinas y apresaron el galeón que de aquellas islas iba ricamente cargado para España.

Pero en esta expedición hubo un episodio, por parte de los ingleses, que merece ser anotado. En el temporal que había separado sus naves habían perdido dos fragatas, de las cuales una, mandada por Daniel Cheap, zozobró en el archipiélago de Chonos. Viéndose en gran apuro, el capitán pudo con esfuerzos prodigiosos salvar, no el buque entero sino lo que restó de sus diferentes materiales para construir una especie de goleta en la cual proyectó continuar su viaje a la isla Juan Fernández donde pensaba hallar al comodoro Anson. Pronto ya a hacerse a la vela, dio las órdenes convenientes, cuando, con gran sorpresa, oyó murmurar a sus oficiales, a los cuales preguntó con la entereza propia de un jefe que sabía hacerse obedecer, cómo y por qué se propasaban a semejante acto de indisciplina. El tono de autoridad con que se expresó se impuso por algunos instantes a los murmuradores, hasta que éstos vieron que el murmullo se había propagado a la tripulación con la cual sin duda estaban de inteligencia. Entonces expusieron con calma, pero al mismo tiempo con resolución, que no siendo posible en un barco como el que tenían hacer servicio alguno ni ser útiles al comodoro para nada, creían muy superfluo exponerse a los riesgos infinitos que muy ciertamente correrían, y que si quería que le obedeciesen, se sirviese disponer el regreso a Europa.

El comandante Cheap, bien que viese que la defección era general, puesto que sólo doce individuos no tomaron parte en ella, mantuvo su resolución y reiteró con firmeza la orden de hacerse al mar, pero de repente se vio rodeado, cogido y agarrotado, como también lo fueron los doce leales que no participaron de la insurrección. Ejecutado aquel acto de violencia y de desorden, los conjurados los dejaron allí así amarrados, y se marcharon en busca del puerto de Santa Catalina, desde donde se volvieron a Europa con su goleta, sin que veamos hasta ahora qué cuenta pudieron haber dado al almirantazgo inglés de su comandante y de su expedición.

Mientras tanto, Cheap y sus compañeros de infortunio tuvieron el arte de desliarse, y una vez hallándose con los brazos libres, pensaron en servirse de ellos para

sustentarse y prolongar la vida con la esperanza de que no tardaría en presentárseles alguna vela por la cual pudiesen ser salvados. Con qué armas iban a cazar, la historia no lo dice, y sin duda se servían de flechas, puesto que habiéndolos dejado agarrotados sus malhechores habría sido una cruel irrisión el dejarles armas, pólvora y municiones. Sea como fuere, los abandonados vivieron y tuvieron la dicha de ver una piragua de indios pescadores que los transportaron al puerto de Chiloé donde hallaron acogida y hospitalidad. Después de algunos días de descanso, unos pasaron a Lima; algunos se quedaron en Chile y otros regresaron a Londres. Entre todos, había nombres de que ha quedado memoria, tales, por ejemplo, como el de don Alejandro Campbell³⁸⁰, el comandante Cheap, y el que después fue el almirante Byron, el cual era entonces guardia marina y dejó tanto en Santiago como en Concepción largos recuerdos por sus amables prendas.

Algunos años después de este acontecimiento, el gobernador de Chiloé, que lo era el capitán don Victorino Martínez de Tineo, envió a buscar la artillería inglesa que se había perdido en aquel naufragio, y en efecto fue salvada y llevada a su plaza donde quedó distribuida en baterías.

El virrey de Perú, con las primeras nuevas de guerra que había recibido de la Corte, había formado una escuadra de barcos guardacostas, mandados por un excelente oficial de marina, don Pedro Miranda; pero una ambición personal hizo nulos sus conocimientos y su valor. Esta ambición personal fue la de un rico comerciante de Lima, llamado don José de Segurola el cual solicitó y obtuvo del Virrey el mando de la escuadra de los guardacostas armados en guerra, con orden de reconocer las costas de Chile; de fondear, después, en el puerto de Concepción, y de enviar desde allí cruceros contra los navíos ingleses. En efecto, Segurola desde Callao fue a Chiloé, Valdivia y Concepción, donde tuvo que amarrar contra los temporales de la estación. A pocos días, sin embargo, hubo bastante bonanza para poder salir al mar; pero el comerciante marino no lo tuvo por conveniente, bien que mil voces le aconsejasen de correr contra una nave avistada con todas las apariencias de ser europea. Por fin, el gobernador de Chile le mandó perentoriamente salir al mar y cumplir con las órdenes que tenía. Salió Segurola, pero no para ir en busca de enemigos sino para convoyar un buque, la *Begoña*, que iba con un cargamento de géneros de Chile a Perú. Así se comprende que Anson y sus naves hayan podido salvarse en el estado deplorable en que se habían hallado sus tripulaciones y soldados.

En estas circunstancias, el gobernador de Chile había hecho por su parte cuanto tenía que hacer poniendo todas las milicias sobre las armas; internando los ganados de las costas; fortificando los puertos y aumentando sus guarniciones. Al de Chiloé le envió dos compañías de infantería; a Valdivia, una de artillería, y en Concepción, construyó una nueva y buena batería en Cerrito Verde. Todo estaba bien guardado; todos, a su ejemplo, estaban vigilantes; los ingleses habrían perdido, por lo menos, la pólvora y el tiempo que hubiesen gastado.

³⁸⁰ Que conocí (dice Carvallo) sirviendo en clase de teniente coronel de infantería, y corregidor del partido de Chillán.

CAPÍTULO LVI

Buena conducta del gobernador Manso. Aviso que recibe del almirante Pizarro desde Maldonado de la Plata. Pasa a Santiago. Poblaciones que fundó. Segundo expreso de Pizarro. Epidemia en Santiago, general en toda América meridional. Llega el navío la *Esperanza* de La Plata a Concepción. Viaja Pizarro a Chile por tierra. Sale de Valparaíso con su escuadra. Operaciones y fin del gobierno de Manso.

(1741 - 1745)

En las circunstancias críticas en que se vio el gobernador Manso con la noticia de la pérdida de la escuadra española, noticia que recibió por carta del mismo Pizarro que la mandaba, fechada en Maldonado de la Plata, por un lado; y, por otro, con la ignorancia completa en que se hallaba de la dirección y proyectos de la armada inglesa; en aquellas circunstancias, decíamos, no podía hacer más que lo que hizo; a saber, proteger las costas fortificando y guarneciendo con fuerzas suficientes de todas armas los puntos atacables, y enviando a la descubierta al comandante Segurola con sus guardacostas, cuyo mando le había confiado el virrey de Perú, Villagarcía, bien que dicho comandante fuese puramente comerciante y careciese enteramente de nociones militares; pero la confianza del Virrey en Segurola dejó completamente nula la pericia militar del gobernador de Chile, y fue fatal al comercio, puesto que Segurola, en lugar de poner sus proas a la isla de Juan Fernández, como se lo mando Manso, se volvió a Callao convoyando un rico transporte que le interesaba, según decían. Sin esta fatalidad, era muy probable que las naves inglesas, dispersadas por los temporales y montadas por tripulaciones infestadas e incapaces de servicio, no pudiesen resistir a la escuadra peruana, cuyos buques estaban muy bien armados y tripulados. En lugar de esto, se volvieron impunes a Europa, después de haber pirateado muy a su salvo. La pesadumbre que recibió el pundonoroso gobernador de Chile con estos malos sucesos fue el origen de su muerte³⁸¹, bien que haya vivido aun años, y que algunos escritores la hayan achacado a otro acontecimiento muy posterior y que tuvo lugar en La Habana.

³⁸¹ El P. Murillo en su geografía. Pérez-García.

Su pesadumbre era muy legítima, porque, sin salir de la isla de Juan Fernández, el comodoro Anson había apresado muchos buques del comercio de Perú, que sin ninguna previsión e indefensos iban a afirmar el punto en dicha isla para recalar sobre Valparaíso. Y así decía Anson que había sido aquella campaña muy cómoda y provechosa, ofreciendo mucho que ganar y nada que perder ni que temer. En efecto, no podía menos de ser así, en atención a que el comercio entonces entre Chile y Perú era continuo, y que los cargamentos de aquí para allá eran de oro y plata para traer en retorno mercancías de que carecía el país. De donde se infiere cuán ricas presas debieron haber hecho los ingleses con siete barcos que llevaban dicho leste, especialmente con el del *Aranzazú* y el *Carmelo*, capturados al tiempo del saqueo y del incendio de Paita, en el mes de noviembre. Todo esto sin contar la presa del galeón de Filipinas, cargado con once millones de pesos, presa que Anson ejecutó con los doscientos veintidós hombres del *Centurión*, y algunos batavos que se les juntaron, y con la cual se volvió a Inglaterra muy consolado de no haber podido hacerse dueño de Valdivia, como lo había proyectado.

Libre el Gobernador de dar toda su atención a los asuntos interiores del reino, realizó el pensamiento que tenía (pensamiento que, según algunos escritores, era la ejecución de una real orden), de reunir, como ya queda indicado, los numerosos habitantes españoles desparramados por los campos en las poblaciones ya citadas y muy adelantadas que fueron la de Mercedes de Manso, en el obispado de Concepción, a veinticinco leguas de dicha ciudad, y a ciento treinta y cinco al mediodía de la de Santiago; la de San Agustín de Talca (de Maule), a ochenta de la misma capital; la de San José de Buena Vista (en Curicó), a sesenta; la de San Fernando el Real (en Tinguiririca), a cuarenta; la de Santa Cruz de Triana (en Rancagua), a veinticuatro, y, en fin, a la parte opuesta de la capital, por el norte, a doscientas ochenta leguas, la de San Francisco de la Selva en Copiapó.

Entretanto, recibió un expreso de Montevideo con otra carta del comandante de la armada Pizarro, en que éste le anunciaba que muy luego iba a doblar el cabo con su navío el *Asia*, con destino a Concepción de Chile. Con este aviso, Manso salió de Santiago para la capital de la frontera el 7 de enero del año entrante 1742, y permaneció allí hasta que muy adelantada ya la estación del verano, recibió otro expreso del mismo Pizarro, por el cual le decía que lejos de haber podido doblar el cabo, como lo había intentado, había tenido que volverse a Montevideo con grandes averías y desarbolado. Lleno de pesar y de congoja, el Gobernador se volvió a internar en la capital, y al tránsito, dejó echados los cimientos de la villa de Los Ángeles (en la isla de Laja), a treinta y dos leguas al oriente de Concepción, y a ciento setenta de Santiago, a donde llegó a mediados del mes de mayo.

Muy luego después de su llegada, el 8 de junio siguiente, tuvo consejo con el Cabildo para renovar la empresa ardua de conducir a la capital las aguas del Maipo, como en efecto la renovó ordenando se hiciesen los preparativos necesarios para trabajar en ella sin parar hasta concluir; y entretanto, se marchó el 28 de septiembre a Valparaíso para asegurarse por sí mismo del buen estado de su defensa. Al volverse por el camino de carretas, fundó la villa de San José de Logroño en Melipilla, y le 7 de enero de 1743, ya se hallaba de regreso en Santiago, cuyos ve-

cinos estaban consternados con un nuevo azote de que participaba toda América meridional, y que era una enfermedad epidémica, cuyos estragos rápidos y casi irremediables le hicieron dar en Chile el nombre de la *Bola de fuego*.

Abrumado de pena y de disgusto, Manso recibió, cuando menos lo esperaba, un nuevo aviso de Buenos Aires, diciéndole Pizarro que el navío de su escuadra, *La Esperanza*, que tanto había padecido, hallándose recorrido y completamente reparado para poder navegar, acababa de salir al mando de don Pedro de Mendinueta, oficial de toda su confianza, con las tropas que debía transportar a Concepción desde donde volvería a Valparaíso a esperar que él mismo llegase a dicho puerto. En efecto, Mendinueta dobló el cabo de Hornos felizmente, y el 26 de febrero fondeó en Concepción, desembarcó la tropa, y muy luego levó las áncoras y dio la proa a Valparaíso navegando de conserva con otros dos navíos de guerra, de los cuales uno era *Nuestra Señora de Belén*, mandado por don Jorge Juan, y el otro, la *Rosa*, por don Antonio de Ulloa.

Sin duda los lectores no han olvidado que para resguardo del mar del Sur el rey de España había enviado una escuadra, y, lo que más es, la había armado con ayuda de un donativo pedido al reino de Chile con este objeto. Esta escuadra había llegado, puesto que vemos inopinadamente dos de sus navíos fondeados en Concepción, y luego navegando incorporados con *La Esperanza* para Valparaíso, y, sin embargo, aún no podemos decir cuándo ni cómo, puesto que hasta ahora la historia no lo aclara, pero ya se entiende que no habían llagado a tiempo, porque en otro caso, los ingleses no habrían salido tan bien librados de una campaña en la cual, sin los azares que encontró la escuadra de Pizarro, o con la aparición oportuna de la Armada del mar del Sur, propiamente llamada así, todas las probabilidades eran contra ellos y sin ninguna duda se habrían perdido todos sin que se salvase uno solo.

Mientras que Mendinueta conseguía, por fin, doblar el cabo de Hornos, Pizarro viajaba por tierra con el mismo destino a Chile³⁸², es decir, a Valparaíso, donde fue recibido por el gobernador Manso; y luego que llegó pasó a bordo de *La Esperanza*, ya anclada en aquel puerto, saludado con salvas de mar y de tierra, y proclamado teniente general de las reales armadas, y jefe de la que estaba allí fondeada. Después de algún descanso, se puso a la vela para despejar aquellas aguas de enemigos; reconoció de arriba abajo la costa; visitó ambas islas de Juan Fernández, y no hallando ninguno, se fue a fondear, el 6 de julio, en Callao, protegiendo tres navíos franceses, el *Luis Erasmó*, *Nuestra señora de la Delibranza* y el *Lis*, expedidos por cuatro casas del comercio de Cádiz a Concepción, de cuyo puerto habían ido al de Valparaíso en pos de la *Esperanza* y de los otros dos navíos de guerra españoles. La frecuencia del arribo de estos buques franceses, con licencia de registros que los capitanes mercantes obtenían a fuerza de dinero, dejó paradas las ferias de Portobelo, donde había habido cuarenta y cinco desde el año 1574. Como había muchos años que la última había tenido lugar cuando los tres buques france-

³⁸² Circunstancia de la que la gaceta de Holanda formó un insípido gracejo, diciendo que Pizarro había doblado felizmente el cabo de Hornos en una carreta.

ses arriba dichos desembarcaron sus géneros, los vendieron a precios exorbitantes; por donde se ve el gran incremento que había adquirido el comercio, y el ningún fundamento de cuantos han contestado el inmenso interés que las Américas tenían para el mundo viejo.

Tan pronto como Manso perdió de vista las velas de Pizarro, dio la vuelta para Santiago pasando por el valle de Aconcagua, en la margen septentrional de cuyo río pobló la villa de San Felipe el Real, a veinte leguas al norte de la capital del reino, obra que le ocupó, junto con la conducta del agua del Maipo a Santiago, todo lo restante del año.

El 11 de enero del año siguiente se puso en marcha para Concepción a pasar revista a las tropas de la frontera, y distribuir entre los diversos cuerpos los soldados del batallón de Portugal que habían sido transportados por la *Esperanza*, y que por su corto número no podían formar uno ellos solos. Al mismo tiempo, quería dar un vistazo al estado de la paz araucana, asegurándose por sí mismo de que unos y otros, araucanos y españoles, respetaban fielmente los tratados en que se apoyaba, no fuese, como les había sucedido a tantos otros gobernadores, que sin que él lo supiese, se les hiciesen brechas por donde dicha paz se le pudiese escapar cuando menos pensase en ello. Pero, por dicha, no sucedió así; el artículo de dichos tratados que autorizaba a los indios a pasar a tierra española y a dar quejas a los superiores, por cualquier motivo, grande o pequeño, contra los inferiores, cuando éstos les perjudicasen en algo; este artículo, decimos, había atado las manos a cuantos hubieran podido abusar de sus funciones para vejar a los naturales, y había desarrollado en tales términos la sagacidad mercantil y otras sagacidades de éstos, que se mostraban tan advertidos, y muchas veces más que los mismos españoles.

Muy satisfecho del estado de cosas, el Gobernador se hallaba ya de vuelta en Santiago a mediados de abril, y empezó a vigilar de nuevo por sí mismo la ejecución del gran y eterno proyecto de las aguas de Maipo, llamado del *Piloto*, porque parece que fue un piloto, en efecto, quien lo sugirió al cabildo de Santiago. Para llevarlo a cabo, señaló él mismo, por falta de ingenieros, el cerro de las Lomas, situado más abajo del puente de Maipo, para abrir el cauce o *bocatoma* de las aguas; pero habiendo llevado la acequia más allá de Tango, se hallaron extraviados los trabajadores y conocieron que la *bocatoma* había sido sacada muy abajo. Para enmendar el yerro, el Cabildo y el Gobernador la sacaron más arriba, el 1 de junio, pero no aún bastante; de suerte que el yerro no quedó enmendado, y que suspendieron la ejecución de la obra por desánimo. Sin embargo, como lo que se había hecho hasta entonces había costado demasiado para resolverse a renunciar al objeto de tantos gastos, el Cabildo nombró al señor Pérez-García, acompañado con el alcalde don Antonio Hermida; con los regidores don Juan Bautista Cuevas y don Manuel de Salas; con el ingeniero don Agustín Caballero y un arquitecto para buscar y señalar un punto seguro de boca-toma, y estos comisarios indicaron una a tres leguas más arriba de las primeras que habían sido erradas, y las obras continuaron.

Sin embargo, llegó el año nuevo de 1745, y aún no se había conseguido el éxito, con gran sentimiento de Manso que hubiera querido hacer aquel último bien,

que era grande, a sus queridos habitantes de la ciudad de Santiago, antes de salir del gobierno. Pero no tuvo aquella satisfacción, porque en el mes de mayo, el 28, recibió un despacho real que le nombraba virrey de Perú, en premio de los méritos y servicios contraídos y hechos en su larga carrera, y coronados por su conducta militar, civil y política en el gobierno de Chile. La primera sensación que causó esta novedad en la capital, y luego en todo el reino, fue de tristeza, porque Manso era idolatrado por el celo y aun por el amor con que atendía al bien del país, ni más ni menos que si hubiese nacido en él; la segunda fue de alegría, pensando sólo en el bien y gloria del digno Gobernador, y poniendo a un lado, con espíritu de justicia, las sugerencias del egoísmo, que son siempre las que primero se dejan sentir en semejantes casos, si tal vez los chilenos no se consolaron con pesar que el afecto que Manso, gobernador, tenía a Chile, le seguiría a Lima virrey, y podría continuar, haciéndole más bien del que le había hecho, por la razón de que tendría más poder para ello.

De todos modos su ascenso³⁸³ fue celebrado con grandes fiestas y regocijos, al fin de los cuales salió colmado de bendiciones de Santiago para Valparaíso, donde se embarcó hacia mediados de junio³⁸⁴, para Lima³⁸⁵.

³⁸³ Con el grado de teniente general que le acompañaba, y después el Rey lo condecoró con el título de conde de Superunda.

³⁸⁴ El 31 de dicho mes, dice Carvalho.

³⁸⁵ Su hermano segundo se quedó en Chile, donde fue director del estanco de tabacos y dejó por descendiente a la señorita Beauchef, generalmente amada por sus bellas prendas, las mismas con que la naturaleza adornó a su madre la señora doña Mercedes de Rojas.

CAPÍTULO LVII

Sucesión en los obispados del reino. Gobierno interino del mariscal de campo Obando. Sucédele en propiedad el teniente general don Domingo Ortiz de Rozas, gobernador de Buenos Aires.

(1745 - 1748)

Antes de llevar adelante la narración de los acontecimientos militares y políticos del reino, una novedad interesante en el gobierno eclesiástico señala este punto para hablar de los obispos de las dos ciudades principales de Chile.

Al obispo Escandón, que pasó al obispado de Córdoba en Tucumán, había sucedido don Salvador Bermúdez Becerra, de Santa Fe de Bogotá. Este prelado había ido en el navío *Las Caldas* y había naufragado en la ensenada de Llicoata sobre Arauco, pero salvándose feliz y casi milagrosamente, había tomado posesión de su mitra en 1734, y gobernó su diócesis con un celo verdaderamente apostólico, reparando, mejorando y aun hermoando los templos, principalmente la catedral, porque era gran emprendedor de obras.

Siendo casi materia imposible para los obispos de Concepción el hacer las visitas pastorales de Chiloé y de Valdivia, esta imposibilidad fue representada al Rey, y el Monarca la sometió al Papa, que era entonces Benedicto XIV. Semejante recurso no podía tener otro fin sino el de crear un tercer obispado en Chile, cuyo obispo necesariamente había de ser muy pobre, siéndolo ya tanto los de Concepción que tenían en su pobreza el mayor inconveniente para hacer visitas frecuentes a la partes remotas de que se trata. Fuera de esto, no se comprende a primera vista por qué otro medio podía el Sumo Pontífice remediar la falta de pasto espiritual que padecían aquellos habitantes. Sea lo que fuese acerca de esto, S. Santidad nombró al obispado de Isauria a don Pedro Felipe de Azúa y Iturgoyen, natural de Santiago de Chile y doctoral de su catedral, presentado por el Rey, con potestad de ejercer en Chiloé y en Valdivia. Si este ejercicio de funciones episcopales no era un tercer obispado, no había nada de nuevo en esta concesión pontificia, y la prueba de que así lo entendía el P. Santo fue que la bula dejaba a cargo del católico Monarca el dotarlo, asistiéndole con las rentas necesarias para su subsistencia. En consecuencia, el Rey mandó suprimir una de las prebendas de la catedral de Santiago para aplicarla al nuevo obispo y a sus sucesores; y éste fue el primero y

último que hubo en Santiago de Castro, y no duró mucho, puesto que el obispo Azúa pasó a la mitra de Concepción en 1743, vacante por el traslado de Bermúdez Becerra a la de La Paz. Este Obispo celebró un sínodo y adelantó mucho las obras de la catedral comenzadas por su predecesor.

En el obispado de Santiago, a don Alonso de Pozo y Silva había sucedido, en 1731, don Juan de Sarricolea y Olea, natural de Lima, colegial del Real de San Martín, catedrático de prima en la universidad de San Marcos, y penitenciario de aquella catedral. En 1735, pasó de la capital de Chile a Cuzco y tuvo por sucesor a don Juan Bravo de Rivero natural de Lima, colegial de San Martín y de San Felipe, después de haber sido oidor de la real audiencia de La Plata.

Este Obispo fue uno de los que dejaron más memoria en Santiago por limosnero y emprendedor de obras. Fue el que fabricó la torre arruinada por el gran temblor, y le dio campanas nuevas, y el que hizo los grandes hacheros de plata, blandones, mallas y otros ornamentos. Los ejercicios de san Ignacio eran costeados por él tres veces al año para las personas pobres. En 1743, pasó al obispado de Arequipa y le sucedió don Juan González Melgarejo en 1745.

Melgarejo era natural de Asunción de Paraguay, de cuya iglesia catedral había sido canónigo, arcediano y deán, provisor y vicario general de aquel obispado. Éste fue el fundador de la nueva catedral de Santiago, puesto que él mandó echar los cimientos del edificio, contribuyendo por mucho³⁸⁶ a esta gran obra. Mientras tanto dotaba la antigua con nuevas alhajas y otros hacheros de plata enteramente iguales a los anteriores. Tenía este Obispo tal apego a su iglesia que la dejó por heredera a su muerte, sucedida nueve años después, y, sin embargo, quiso ser enterrado en la Compañía de Jesús, donde yace.

Volviendo a los demás asuntos de la historia, parece que al marchar para Lima, Manso dejó por gobernador interino del reino al mariscal don Francisco Obando, marqués del mismo nombre, y comandante del mar del Sur, el cual se hallaba precisamente en Santiago. Sin duda este interinato había sido determinado por el Virrey, puesto que Obando no sólo fue reconocido por el Cabildo, el 30 de junio, como capitán general, sino, también, por la Real Audiencia como su presidente, de ínterin llegaba el Gobernador en propiedad, ya nombrando por el mismo Virrey en virtud de una real orden.

Casi se hubiera podido excusar el hacer mención de este interinato, el cual duró tan corto tiempo, que para nada hubiera tenido lo bastante el que lo ejerció, aunque hubiera querido hacer algo. Al decir querido, decimos mal, puesto que emprendió cosas útiles y buenas, bien que sus providencias no fuesen del gusto de todos. La de prohibición de importar hierro y cera de Buenos Aires, que fue publicada por bando, con sentimiento y aun con oposición del cabildo de Santiago, nos parece injustificable por la razón de que el hierro, por lo menos, en un país donde no lo había y se hacían construcciones urgentes, era un artículo indispensable. Justamente la licencia de esta importación había sido otorgada por su predecesor a petición de la ciudad, en vista de la falta que los dos dichos artículos de comercio

³⁸⁶ Cuarenta y tres mil pesos. Carvallo.

hacían en el reino, y no se comprende cómo un gobernador interino y muy pasajero podía querer conocer sus intereses mejor que los mismos interesados. Sea lo que fuere, el objeto principal de esta mención es poder conciliar el mal y el bien que de este interino gobernador se ha dicho; porque según unos³⁸⁷, nada hizo sino mucho ruido, anunciando a son de trompa reformas, revistas y tomas de armas, y pareciendo querer hacer un mundo nuevo; al paso que, según otros³⁸⁸, reedificó las cárceles, levantando sobre los calabozos de la ciudad una sala para servir de cárcel de corte, y aun acabó de reparar las casas de ayuntamiento de los desastres del gran terremoto de 1730; plantó una alameda de sauces a la orilla meridional del Mapocho, a cordel por espacio de mil ochocientos pies, desde el cerro Santa Lucía al este, en prolongación de la calle de Compañía, y continuó la obra del canal del Maipo. En fin, parecía ser Obando hombre celoso por el bien público; pero no pudo continuar dando pruebas de ello porque al año siguiente, el 25 de marzo, tuvo que entregar el bastón al teniente general don Domingo Ortiz de Rozas, el cual, de gobernador de Buenos Aires, iba a serlo de Chile por la renuncia que había hecho a aquel gobierno don José de Lima Manes comandante de las islas Canarias, nombrado antes que él. Sin duda Obando debía tener méritos y servicios contraídos, puesto que fue destinado inmediatamente a la comandancia de Filipinas.

Ortiz de Rozas fue reconocido el 25 de marzo no solamente con grandes y fastuosas demostraciones de júbilo sino, también, con sentimientos cordiales, porque llegaba precedido de una buena fama de hombre capaz y además desinteresado, pruebas que había hecho en su precedente gobierno de Buenos Aires. El momento en que tomaba el mando no podía ser más propicio para continuarlas en Chile, mediante la paz bien establecida de que se disfrutaba, y que los araucanos no tenían de ningún modo la intención de alterar. Lejos de eso, se apresuraron a enviarles embajadores a felicitarle y a pedirle emplazase un nuevo parlamento para poder *abrazarle*, decían ellos. Era ésta una llaneza que en nada impedía el profundo respeto con que los naturales miraban al representante del poder español, y que sólo significaba gaje de confianza y de lealtad. Así lo entendió el gobernador Ortiz, y les prometió, en consecuencia, a los enviados araucanos que el 20 de diciembre siguiente tendría el gusto de verse con ellos en un congreso general que se había de celebrar en Tapihue; y en efecto, dio las órdenes convenientes al maestre de campo don José Elgueta Vigil, y al sargento mayor don Antonio de Lobillo, a los cuales mantuvo en sus respectivos empleos, para que tomasen todas las disposiciones necesarias a la ejecución de este interesante proyecto.

Entretanto, tuvo que marchar a Valparaíso a cumplimentar al ex virrey de Perú, marqués de Villagarcía, que había arribado a dicho puerto el 20 de septiembre, de viaje para España. Este Virrey había gravado el reino de Chile con un impuesto destinado a servir de ayuda de costa para el mantenimiento de la armada del mar del Sur, y dicha armada no existiendo más que de nombre, le pesaba a Villagarcía

³⁸⁷ Pérez-García.

³⁸⁸ Carvallo.

en tener que dejar tras de sí semejante rastro de injusticia. Su intención por lo mismo era, llegando a España, el obtener del Monarca, a quien había pedido una real cédula que le autorizase a imponer dicha contribución, que la quitase, y no habiendo podido realizarla por sí mismo, porque murió en la navegación, dejó encargado a su hijo, que le acompañaba, la realizase él echándose a los pies del Rey, como lo ejecutó con éxito completo, pues desde entonces dicho impuesto cesó.

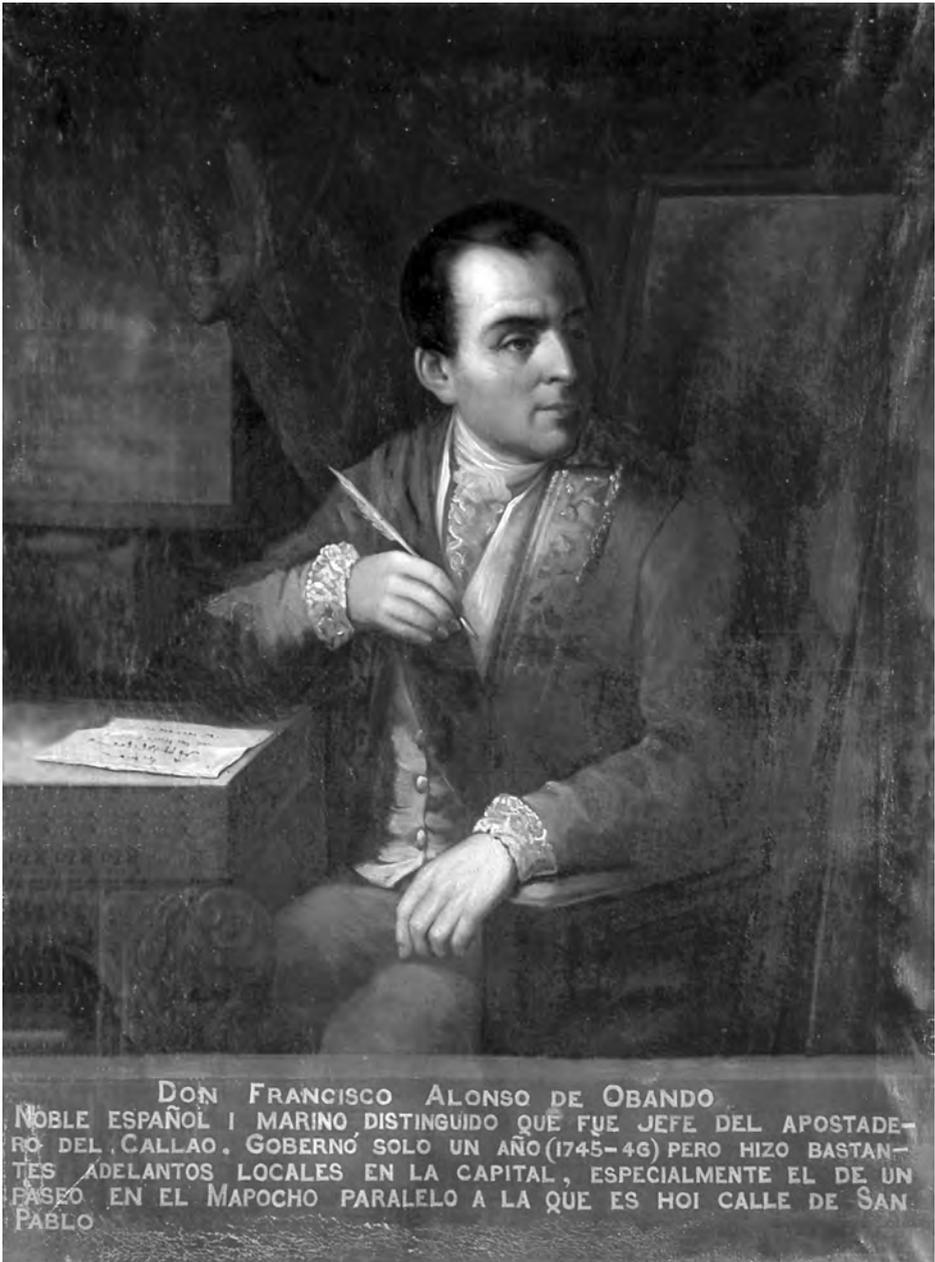
De vuelta a Santiago, el gobernador de Chile hizo sus preparativos de marcha para la frontera, y el 29 de noviembre, ya celebró en Concepción el previo consejo de guerra que precedía regularmente a cada parlamento. El día señalado para esta solemne reunión se halló puntualmente en Tapihue, lugar de la cita, acompañado de su estado mayor, y del obispo de Concepción don José de Toro, que había sucedido a don Pedro Felipe de Azúa, el cual, como se ve, había llevado muy poco tiempo en la cabeza aquella mitra, a la verdad, por promoción a otro más importante obispado. El obispo Toro era natural de Santiago, y por lo mismo, volveremos a hablar de él, siendo necesario por ahora el no romper el hilo de la narración. Además de sus oficiales y del Obispo, iba el Gobernador acompañado del auditor de guerra don José Clemente de Traslaviña, y otras dieciocho personas de distinción.

Por parte de los araucanos, asistieron ciento noventa y ocho úlmenes y archiúlmenes, cuyos nombres fueron escritos en conformidad a los antecedentes establecidos.

Entrados todos con orden en el congreso, hablaron en respuesta al discurso de apertura del gobernador español, los caciques don Diego Guenchuguala, don Isidro Guaiquiñice y don Melchor Pilquinere, cuyas palabras fueron interpretadas por don José Quesada, que sirvió de intérprete en aquella ocasión, conociendo perfectamente el idioma araucano por haber sido largos años cautivo, como los lectores lo recordaran.

En los tratados anteriores, todo cuanto se había estipulado, aun con las adiciones últimas de Negrete, y después de Tapihue, era concerniente solamente a los asuntos y cosas interiores de Chile, salvo la alianza contra enemigos extraños; mas aquí se añadieron siete artículos que hasta ahora no se ven expresados en ninguna parte, pero entre los cuales se halla uno por el cual los naturales se obligaron a no atacar ni ofender, bajo pretexto alguno, a las caravanas que iban de Buenos Aires a Chile. Finalmente el congreso se concluyó, como de costumbre, con satisfacción mutua de ambas partes, separándose y despidiéndose con nuevas y reiteradas garantías de amistad y fidelidad.

Desembarazado de este negocio esencial, el Gobernador pensó en las mejoras que reclamaban las poblaciones del reino, y claro estaba que la capital era la primera de todas. La cosa más interesante para Santiago en aquel instante era la fundación de una universidad tan deseada y tan pedida. Esta fundación la había concedido el Rey por real cédula de San Ildefonso del 28 de julio de 1738. El 14 de octubre de 1740, la recibieron los capitulares con tal ansia que no hallándose con los fondos necesarios provenientes de la asignación que debía suministrar el ramo de balanza, compraron un solar de tres cuerdas de la plaza en la calle de San



DON FRANCISCO ALONSO DE OBANDO
NOBLE ESPAÑOL I MARINO DISTINGUIDO QUE FUE JEFE DEL APOSTADERO DEL CALLAO. GOBERNÓ SOLO UN AÑO (1745-46) PERO HIZO BASTANTES ADELANTOS LOCALES EN LA CAPITAL, ESPECIALMENTE EL DE UN PASO EN EL MAPOCHO PARALELO A LA QUE ES HOI CALLE DE SAN PABLO

Agustín, con plata sacada a interés, y nombraron director de la construcción a don Alonso de Lecaros, persona de la primera distinción de Santiago. Enseguida, sin esperar que la obra se hallase concluida, ni muy adelantada, escribieron a Concepción pidiendo al vicepatrón de la universidad nombrase examinadores para hacer la elección de doctores que la debían fundar, y manifestando mucho deseo de que fuese su primer rector don Tomás de Azúa, jurisconsulto y protector general de los indios. El 10 de enero de 1747, el Capitán General satisfizo en todo lo que le pedían el anhelo de los capitulares de Santiago, nombrando examinadores para la fundación de la universidad, y el rector que le habían designado.

Por eso, sin duda, se halla fijada dicha fundación en la citada época, puesto que en realidad, el nombramiento de los diez catedráticos no tuvo lugar hasta el año 1756, y que aun no empezaron a ejercer hasta el 7 de enero de 1758.

El 22 de abril, llegaron al Cabildo dos reales cédulas, una de las cuales anunciaba la muerte del rey Felipe V, fallecido el 9 de julio de 1746; y la otra, el advenimiento del príncipe de Asturias al trono, con el nombre de Fernando VI. Los capitulares escribieron inmediatamente al Gobernador, que se hallaba en Concepción, para que fuese a presidir los funerales del Rey difunto, y la jura del Rey puesto en su lugar, y Ortiz se puso al instante en camino, y llegó el 1 de diciembre a Maipo. La jura publicada por bando entonces, se hizo el 27 de enero del año siguiente 1748, con despliegue de banderas y pendones y todo el aparato de costumbre, al rey don Fernando VI como hijo de Felipe V, y de doña María Luisa de Saboya³⁸⁹, heredero de la corona de España y de las Indias.

Pero parecía cosa de encanto y los santiaguinos debían de temblar cuando se entregaban a fiestas y regocijos, porque, así como se ha podido notar, casi siempre les llegaban después grandes desastres. En una junta de balance celebrada el 1 de octubre de 1746, se había resuelto que se aplicasen tres mil pesos para la saca del agua del Maipo anualmente, y dos mil para la continuación del tajamar que debía contener las crecidas del Mapocho. El capitán general, don Martín de Recabarren y don Juan de Balmaceda habían opinado se suspendiese la excavación de la acequia del Maipo, y se aplicasen las dos sumas a guarecer la ciudad contra las inundaciones tan súbitas como funestas para los vecinos de la capital. Esta previsión pareció luego ser cosa de la Providencia, pues el 30 de abril de 1748, el Mapocho salió de madre con tanta furia y violencia tal que se llevó la hermosa alameda de sauces que el gobernador Ortiz había plantado en la Cañada³⁹⁰, semejante a la que había plantado Obando; algunos arcos del puente en frente a la recoleta franciscana, arrolló los tajamares hechos para contener su impetuosidad, y se ensancho por la ciudad causando lastimosos estragos cuyo importe fue calculado en medio millón de pesos.

A este inesperado y cruel desastre, los capitulares, el capitán general, la Real Audiencia y los vecinos de Santiago, siempre unánimes en semejantes casos, opu-

³⁸⁹ Nacido en Madrid el 23 de septiembre de 1713.

³⁹⁰ Calle de 1.800 toesas de largo, de oriente a poniente, y de 60 a 70 de ancho, desde la quinta de don José Alcalde hasta el convento de San Miguel.

sieron las inalterables resignación y constancia, con ayuda de las cuales habían vencido tantos imposibles, y se pusieron a levantar nuevos tajamares más fuertes y robustos, obra subastada a razón de seis mil pesos la cuadra, por don José Campiño contador de la real hacienda, el cual la ejecutó prolongándola hasta en frente de la plaza mayor, con satisfacción general y dejando fundadas esperanzas de que en lo futuro no habría ya que temer semejante calamidad pública. El celo del Gobernador en este gran apuro fue tan admirado que todos convenían en que, si se había visto uno igual, nunca se había notado ninguno mayor ni más eficaz. En todas partes se hallaba; acudía a todas las necesidades más urgentes, animaba a los desanimados, alababa y aplaudía a los animosos aumentando sus esfuerzos y dándoles mayores bríos. En una palabra, el gobernador Ortiz miraba por los santiaguinos como si fuesen sus propios hijos, miembros y partes de su misma familia, cosa muy natural, por otra parte, pero no por eso muy común y general entre gobernadores, bien que sea justo reconocer y confesar que los chilenos habían disfrutado tanto o más de los de esta naturaleza, que de otros. Sea dicho en honra de la naturaleza española.

FIN DEL TOMO TERCERO

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO

CAPÍTULO I. Recibe Lazo noticia de su reemplazo en el gobierno de Chile. Suspende la ejecución de sus proyectos. Llega su sucesor y le entrega el mando. Ciertas dificultades al prestar residencia. Cae de nuevo enfermo. Va desde Concepción a Santiago, y finalmente, de esta capital a la de Perú. Obispado de Santiago y de Concepción provistos. Quedan otra vez vacantes, y vuelven a ser ocupados.	5
CAPÍTULO II. Estado de las misiones y misioneros. Docilidad de los indios. División de la provincia de la Compañía de Jesús, en provincia y viceprovincia. Establecimiento de la universidad en el colegio máximo de Santiago. Acabamiento de este edificio. Dedicación feliz del templo y particularidades que tuvo.	11
CAPÍTULO III. El gobernador Baides tiene proyectos de paz. Van jefes araucanos a pedírsela. Otros no la quieren. Lincopichión y Antiguenu levantan un ejército en Purén. Sale el Gobernador de Santiago con tropas de leva a disgusto del Cabildo. Despliega la bandera de paz en Yumbel. Los araucanos se presentan en batalla. Permanecen en observación. Pasa Baides el Biobío. Practica actos hostiles. Pide Lincopichión la paz. Armisticio. Retíranse los ejércitos.	17
CAPÍTULO IV. Preparativos de paz. Presagios que indujeron los araucanos a desearla. Erupción del volcán de Villarrica. Sale Baides con grandes fuerzas y aparato. Sufragios al gobernador Loyola en el mismo sitio de su catástrofe. Incidente. Confianza de los araucanos. Desconfianza de los españoles.	21
CAPÍTULO V. Orden de marcha. Disposiciones militares. Disposición del local del congreso. Formalidades y sacrificios. Deliberación. Paz. Condiciones. Repetición del ceremonial. Conclusión. Salida del congreso. Regocijos. Marcha del Gobernador. Ratificaciones de caciques ausentes. Belleza del suelo de Imperial. Misioneros. Exhumación. Sufragios. Regreso.	27
CAPÍTULO VI. Resultados de la paz. Contradicciones increíbles. Una nueva insurrección. Se aquietan los indios. Motivos que tuvieron para obrar acaloradamente.	33

CAPÍTULO VII. Solución evidente de la cuestión de la paz y de la guerra. Carta del P. Diego de Rosales al ilustre P. Luis de Valdivia. Otra de un cautivo español al P. Juan de Albis.	37
CAPÍTULO VIII. Envía el Gobernador socorro de tropas al de Buenos Aires, amenazado de una invasión por parte de Brasil. Armada holandesa. Da muerte su comandante al de la isla de Chiloé. Muere el general holandés. La escuadra en Valdivia y su desembarco. Los holandeses se fortifican. Experimentan escasez de víveres y desertiones. Tienen que retirarse. Equipa el virrey de Perú una escuadra. Reedificación de Valdivia.	41
CAPÍTULO IX. Duración de la paz. Cuestión de preferencia de invocación a la Virgen, en el cabildo de Santiago. Cuestión de esta misma preferencia por parte de la Audiencia y del Obispo. Razones de esta preferencia. Reemplazo de Baides. Su salida de Santiago. Su muerte gloriosa.	49
CAPÍTULO X. Gobierno de don Martín de Mujica. Propone ratificar la paz. Segundo parlamento. Ratificación. Incidentes. Adiciones a los artículos anteriores. Fiestas y regocijos. Retíranse las partes contratantes. Regreso del Gobernador a Concepción.	53
CAPÍTULO XI. Visitan los indios a las indias de encomienda de la frontera. Seducen a algunas, que se van con ellos. Otros piden al Gobernador licencia para llevarse a otras que eran sus parientes. Concédelo el Gobernador. Opónese el Obispo a esta condescendencia. Conflicto entre las dos autoridades. Noble reconciliación. Falsas acusaciones. Terremoto. Hostilidades.	59
CAPÍTULO XII. Interrupción momentánea y parcial de la paz. La castigan los mismos indios. Atacan los levantados por segunda vez a Valdivia. Son rechazados. Las parcialidades fieles piden la reedificación de las antiguas plazas españolas. Accede el Gobernador y va a reconocer los sitios propios para ello. Cae enfermo y se retira a Tucapel. Levanta Rebolledo dos fuertes y la plaza de Boroa. Funda el Gobernador cuatro casas de conversión. Excesos de correrías. Las prohíbe Mújica bajo pena de vida. Regresa a Concepción, y de allí va a Santiago. Muere inopinadamente. Rumores sobre las causas de su muerte.	63
CAPÍTULO XIII. Gobierno interino del maestro de campo don Alonso de Córdoba y Figueroa. Particularidad de su interinato. Su buen porte y conducta en el mando. Otro parlamento. Otra ratificación de la paz. Reedificación de la capital. Llego por Gobernador, también interino, don Antonio de Acuña y Cabrera. Todavía otro parlamento.	67
CAPÍTULO XIV. El Gobernador en Santiago. Pasa informes a la Corte. Resultados favorables que le trajeron. Increíble conducta del maestre de campo y del sargento mayor. Quejas de los indios. Satisfacción que se les da. Restablecimiento de la tranquilidad. El Gobernador quita los empleos a sus cuñados. Naufragio del situado para Valdivia. Infeliz suerte de los náufragos. Venganza ejecutada en los naturales de Cumco. Socorre el cabildo de Santiago con víveres la ciudad de Valdivia. Gran expedición contra los cumcos. Ruptura de un puente. Desastres.	73

- CAPÍTULO XV. El Gobernador manda procesar a su cuñado y le quita el empleo. Recae Acuña en su anterior debilidad y nombra al mismo maestro de campo para nueva expedición. Avísale Bascuñán que muchos caciques araucanos le anuncian un alzamiento general si la expedición se ejecuta. Ejecútase. Verifícase el alzamiento. Estragos horribles cometidos por los araucanos. Huida del Gobernador de la plaza de Buena Esperanza a Concepción. Deplorables particularidades de los que huían con él. Llegan a Concepción. Incendio de la plaza de Buena Esperanza. 79
- CAPÍTULO XVI. Providencias de seguridad del cabildo de Santiago. Abandono de la plaza de Nacimiento. El sargento mayor Salazar que la mandaba intenta retirarse por el Biobío. Varan los transportes y los aligera poniendo mujeres y niños a tierra. Sacrifican los araucanos todas estas víctimas. Vara por segunda vez Salazar y muere él mismo con todos los suyos a manos de los araucanos. Acontecimiento análogo de la guarnición de Talcamávida. Levantamiento en Concepción. Intentan matar al Gobernador y a un oidor de Santiago. Se refugian en el colegio de jesuitas. El pueblo nombra por gobernador al veedor Villalobos. Aceptación de éste. Detalles. 83
- CAPÍTULO XVII. Suerte de la expedición sobre Río Bueno. Incendio del fuerte de San Martín. Llega el Gobernador de este fuerte a los cuarteles del ejército. Confusión del maestro de campo. Resuelve retirarse por mar. Oposición de sus oficiales. Ejecuta, no obstante, su proyecto. Otros detalles. 89
- CAPÍTULO XVIII. Resumen de las plazas que perdieron los españoles después del levantamiento. Particularidad de la de Chillán. Patriótica conducta del corregidor Pizarro. Situación de Concepción. Bascuñán rechaza a los araucanos. El gobernador popular Villalobos nombra un maestro de campo y un sargento mayor. Los antiguos son arrestados. Don Antonio de Acuña huye a Valparaíso y de allí pasa a Santiago. La Real Audiencia le sostiene. Apelación del cabildo de Concepción al Virrey. Informe al mismo de la real audiencia de Chile. El Virrey manda comparecer ante él en Lima al gobernador Acuña, al maestro de campo y sargento mayor arrestados; y al corregidor y regidor de Concepción. Acuña desobedece. Los demás citados van a Lima y regresan purificados. El Virrey nombra un sucesor al gobierno de Chile. Llega éste a Concepción, y después de haber recibido el bastón de manos de su predecesor, le envía arrestado a Lima. Socorros que llevaba el gobernador Porter. Cesa Villalobos de mandar. Son nombrados otro maestro de campo y otro sargento mayor. Los araucanos interceptan en las inmediaciones a Concepción el paso para ir al socorro de Boroa. Son batidos, y quedan los caminos despejados. 95
- CAPÍTULO XIX. Sitio de la plaza de Boroa y su defensa. Expedición para ir a salvar la guarnición. El cabildo de Santiago envía sus milicias y sus vecinos para guardar Concepción. Voluntarios aventureros que siguen el cuerpo expedicionario. Oposición de los enemigos sobre el río de Laja. Son batidos. Segunda oposición sobre el río los Sauces. Son

- batidos por segunda vez. Arribo feliz del socorro. Salvación. Regreso triunfal a Concepción. Episodios. 101
- CAPÍTULO XX. Va el Gobernador a Santiago. Su reconocimiento por el Cabildo y la Real Audiencia. Su regreso a Concepción. Deserción de un soldado mestizo, su causa y sus resultados. Este soldado, llamado Alejo, bate a los españoles en Palomares. Alejo retrocede para ir a reforzarse. Vuelve a pasar la frontera y los bate por segunda vez en Lonquén, con muerte del jefe español. 111
- CAPÍTULO XXI. Caso extraño sucedido en Santiago. El provincial de san Francisco pretende que las monjas de Santa Clara deben estar bajo su jurisdicción. Las monjas sostienen que pertenecen a la del Obispo. Litigio. Sentencia a favor de las monjas. Apelación, y sentencia en favor del provincial. Notificación. Protesta. Cercan las tropas el convento. Quieren huir las monjas y la tropa las detiene. Acude la Audiencia y le niegan la entrada en el convento. Llega el Ayuntamiento y le sucede lo mismo. Conflicto entre el pueblo y la tropa. Huyen las monjas. El Ayuntamiento injustamente acusado de haber sido causante de la tropelía. Dignidad del Cabildo. Orden del Virrey para que las monjas se restituyan a su convento. Obedecen y apelan a Roma. Sentencia final en su favor. 117
- CAPÍTULO XXII. Audacia de los araucanos. Represión de sus agresiones. Ejecuciones. Represalias. Alejo y sus empresas. Repoblación de Conuco, excursión a la isla de Laja. Ventajas. Campaña feliz en Purén. Vuelve Alejo a pasar el Biobío y marcha sobre Conuco. Sorprende dos centinelas y los ahorca. Encuentro del capitán Cajero de Conuco con las tropas de Alejo. Batalla. Son batidos los españoles. Otros detalles de aquella campaña. El cabildo de Santiago pide socorro al Virrey. Llega este socorro a Concepción. Viéndose reforzado, toma el Gobernador la ofensiva. Brillante campaña. Muerte de Alejo. 121
- CAPÍTULO XXIII. Resumen de los males del reino de Chile bajo el gobierno de Porter Casanate. Nuevos contratiempos. Peste en el ejército. Pérdida de un transporte con víveres. Tregua inesperada. Proyecto de entrar en campaña. Mizque sucesor de Alejo. Éste entra en campaña, por su lado, al mismo tiempo que los españoles por el suyo, sin saber unos de otros. Caso raro y feliz debido a esta mutua ignorancia. Batalla de Laja. Victoria por los españoles. Ventajas que en ella consiguieron. Otra victoria, corolario de esta primera. Muerte del jefe araucano. Muerte del gobernador español. 127
- CAPÍTULO XXIV. El obispo de Concepción. Su consagración y su muerte. Particularidad relativa al noble carácter del último gobernador Porter Casanate. Nombramiento en el cabildo de la catedral de un provisor y vicario general del obispado. Anula el arzobispo de Lima dicho nombramiento, y provee a dichas dignidades. Sede vacante en Santiago. Posesión de la mitra por el P. fr. Diego de Humanzoro. Jesuitas. Misiones a los habitantes de Santiago. Buenos frutos que produjeron. Misión de Buena Esperanza. Su elevación a colegio. Sus rentas. Hechiceras de Talcamávida. Peste de viruela entre los indios.

- El jesuita Mascardi. Su celo y sus servicios. Misiones vacantes. Sus restablecimientos. 133
- CAPÍTULO XXV. Gobierno interino y pasajero del maestre de campo don Diego González Montero. Los araucanos nombran un toqui general. Preparativos de guerra que hace dicho toqui. El gobernador español recibe parte, al mismo tiempo, de estos preparativos y de la llegada a Concepción de otro gobernador interino. Socorros que llevaba éste a Chile. Naufragio de uno de los transportes. Repara el Virrey, conde de Santisteban, esta pérdida. Pasa el nuevo gobernador de Concepción a Santiago. Carácter de este jefe superior. Guerra. Batalla de la cuesta de Villagra. Victoria y sus consecuencias. 143
- CAPÍTULO XXVI. Paz. Actividad, buen gobierno y religiosidad del gobernador Pereda. Asistencia que dio a las casas de labranza. Repoblación de San Bartolomé de Gamboa. Otro gobernador llega por Buenos Aires. Se hace reconocer y empieza a ejercer en San Luis de Cuyo. Pasa a Mendoza, y desde allí envía orden al maestre de campo Carrera de apoderarse del mando, quitándoselo a Pereda. Marcha éste a Santiago donde se ve perseguido por un preboste que tiene orden de prenderle. Quiere Pereda evitar este ultraje, y se rompe una pierna al saltar la cerca del convento de San Francisco. Puede marchar a Valparaíso y de allí a Lima. Le procesan, se justifica, le rehabilitan y va de gobernador a Tucumán, donde fallece. El gobernador Meneses va por Mendoza directamente a Santiago. Su brillante reconocimiento. Da gracias por él al Cabildo. Carácter y prendas de este Gobernador. Perspectiva. 149
- CAPÍTULO XXVII. Los indios se alarmaron con la noticia del carácter de Meneses. Nombran por sucesor de Calicheuque al guerrero Udalebi, y éste nombra por su vicetoqui a Calbuñancú. Reúnen tropas y toman posición sobre la cuesta de Villagra. Va a desalojarlos Carrera y los bate. Con esta noticia, el Gobernador prolonga su mansión en Santiago. Oportunas medidas de su administración. Regresa a Concepción. Marcha hostilmente por medio de las tierras enemigas. Levanta la plaza de Purén y el fuerte de Virhuenco. Pone de comandante, en la primera, a Luis de Lara con trescientos hombres, y en la segunda, al capitán Paredes con setenta. Los jefes araucanos molestan inútilmente la de Purén. Retíranse y se atrincheran en el lago de Butaleubú. Va a despojarlos Lara y es batido y herido. Apenas curado, vuelve a salir y vuelve a ser batido. Se hace con aliados. Va con ellos a orillas del Cautín y conquista ganados. Quieren los indios cortarle la retirada y los bate. Udalebi da una sorpresa a la plaza de Purén y es rechazado. Él mismo sorprendido, batido y muerto sobre el río de los Sauces. Igual suerte de su Vicetoqui sobre el Quepe. Regresa Lara triunfante a su plaza. Sorpresa del fuerte de Virhuenco por Aguelipi. Su castigo. 153
- CAPÍTULO XXVIII. El tremendo castigo de Aguelipi amedrenta a los araucanos. Piden la paz. Concédela Meneses. Rehenes. Pasa triunfalmente con ellos a la capital. El maestre de campo Carrera levanta la plaza de la Encarnación en Repocura. Muerte de Felipe IV. Advenimiento de Carlos II. Funerales. Funciones y regocijos. Amores de Meneses.

- Contrae matrimonio sin real licencia. Sus tropelías. Enemistades. El veedor general intenta matarlo, y yerra el tiro. Asechanzas del Gobernador contra la vida del maestre de campo Carrera. Su salvación. 161
- CAPÍTULO XXIX. El Gobernador de armas de Chile, Carrera, ante la real audiencia de Perú. Informes de este senado a la Reina gobernadora. Resolución de S.M. El conde de Lemos, virrey de Perú, envía un gobernador a Chile con orden de arrestar a Meneses. Arresto de este Gobernador y circunstancia notable que tuvo. Huye de la cárcel y vuelve a ser aprehendido en Mendoza. Otra nueva particularidad de este suceso. Repuesto en la cárcel de Santiago, sale por la ciudad bajo fianza. Finalizada su causa, va a Lima; el Virrey le indulta por intercesión del cabildo de Santiago, y le envía a la ciudad de Trujillo, donde falleció. Entrada del nuevo gobernador en Santiago con refuerzos. Su marcha a Concepción. Los araucanos atacan la plaza de Tolpán. Va el Gobernador a su socorro, y los bate con muerte de sus dos jefes. Los enemigos nombran de toqui a Aillacuriche. Ataca éste a San Felipe de Arauco. Llega el Gobernador y lo bate. Asuela enseguida los llanos. Restauración de la plaza de San Felipe. Aillacuriche reúne fuerzas en Purén. Va a buscarle Dávila y bate otra vez a los araucanos. Regresa a Concepción. Recibe aviso de la llegada próxima de un sucesor. Pasa a Santiago, y de allí a Lima sin esperarle. 169
- CAPÍTULO XXX. Gobierno interino del maestre de campo don Diego González Montero. Es reconocido de gobernador en Santiago. Particularidades de su reconocimiento. Su edad avanzada. Nombra de maestre de campo a su propio hijo. Marcha éste con el sargento mayor a la frontera. Precauciones religiosas del Gobernador. Accidente que le sucede al salir para Concepción. Queda suspendido su viaje, y pasa el invierno en Santiago. Entusiasmo de los santiaguinos y pena que resintieron. Muchos van a servir bajo las órdenes del maestre de campo, hijo del Gobernador. Episodio. Buena conducta militar y política del maestre de campo. Inconvenientes que encontraban sus tentativas por la paz. Los indios de Chedcuenco. El sargento mayor León. Combate perdido por los españoles. Restablecen el equilibrio de la lucha y se retiran los indios. Otros dos encuentros con recíprocos destrozos. Paz. Casas de conversión. Fin del gobierno de Montero. 175
- CAPÍTULO XXXI. Gobierno de don Juan Henríquez, limeño y caballero del hábito de Santiago. Su llegada a Concepción. Noble porte del cabildo de Santiago. Entrada del Gobernador en campaña. Ratificación de la paz con los indios. El gobernador de Valdivia pide socorro contra un pirata inglés. Va el socorro y queda prisionero el pirata con algunos de los suyos. Son enviados a Lima. Suerte posterior que tuvieron. Regresa Henríquez a Concepción. Pasa informes a la Corte. Su viaje a Santiago. Motivos que tuvo para no aceptar la generosidad de los capitulares que le habían comprado silla y caballo a su costa. Su reconocimiento, y regocijos públicos. Beatificación de Santa Rosa de Lima. Alarma causada por el Virrey a Santiago. Medidas a que dio lugar. Reforma de abusos. Providencias de buen gobierno. Crítica. 179

CAPÍTULO XXXII. Sospechas contra el cacique Aillacuriche. Ruptura de la paz. Campaña. Buenos sucesos. Son cogidos los jefes araucanos, y ahorcados con el consentimiento de los butalmapus. Otro jefe de Purén sufre la misma suerte en la plaza de este nombre. Restablecimiento de la paz. Ruidos y murmuraciones contra el gobernador Henríquez. Episodio. Pasa el Gobernador a la frontera, da un paseo militar por tierras enemigas, y regresa satisfecho a Concepción. Vuelve a la capital. Pliegos de la Corte, alarmada con las nuevas de la expedición inglesa. Estado de plazas y fuerzas.	185
CAPÍTULO XXXIII. Nuevo congreso de paz. Nombrase un capitán de amigos para cada provincia, y un comisario de naciones por inspector de estos capitanes. Beneficios de la paz. Otros sucesos.	193
CAPÍTULO XXXIV. Gobierno del maestro de campo don José de Garro, caballero del hábito de Santiago. Situación del reino. Sus providencias y buen tino. Recibe embajadores de los indios. Proyecta un parlamento para cimentar la paz. Realiza este proyecto. Sus consecuencias	199
CAPÍTULO XXXV. Pasa el Gobernador a la capital. Inundación del Mapocho. Desazones interiores con dos oidores de la Audiencia. Un corsario inglés en Valdivia. Intenta desembarcar y es rechazado. Buena acogida que halló en la isla de la Mocha. Despoblación de la isla arriba dicha, y traslado de sus habitantes a la orilla septentrional del Biobío.	205
CAPÍTULO XXXVI. Interceptación del comercio entre Lima y Chile por los corsarios ingleses y franceses. Providencias a que dio lugar para el transporte de caudales. Pasa el Gobernador de la capital a Concepción llevando en su séquito los dos ministros que había en la Real Audiencia. Queda el tribunal cerrado. Provisiones para la administración de la justicia en su ausencia.	209
CAPÍTULO XXXVII. Gobierno del maestro de campo don Tomás Marín de Póveda, teniente general de caballería. Llega por Buenos Aires con refuerzo de España. Deserción de la mayor parte de los soldados que la componían. Reconocimiento del Gobernador en Mendoza. Su llegada a la capital del reino. Sus actos de gobierno.	215
CAPÍTULO XXXVIII. Fatal cambio de escena. Laudable proyecto del Gobernador. Superstición de los naturales. Desacierto del comisario de naciones. Funestos efectos que produce. Ruptura de la paz. Muerte de un capitán de amigos. Levantamiento. Acto de demencia. Muerte del comisario. Retirada de los españoles y otros sucesos.	221
CAPÍTULO XXXIX. Esterilidad de frutos de la tierra. Mortandad de ganados y caballos. Pide el Gobernador mil al cabildo de Santiago para la remonta del ejército. Noble porte de dicho Cabildo. Otro donativo pedido por el Rey, y su objeto. Llega nuevo gobernador. Muerte de Carlos II. Advenimiento de Felipe V.	227
CAPÍTULO XL. Conducta interesada y poco recatada, en este particular, del gobernador Ibáñez. Resentimiento general. Conjuración contra su vida de las plazas de Yumbel, Arauco y Purén. Aborta su intento. Conducta juiciosa del Gobernador en esta ocasión. Inconsecuencias generales de su gobierno. Nacimiento de un príncipe de Asturias, Borbón.	231

CAPÍTULO XLI. Anuda la historia el hilo de las misiones. Apoyo esencial que prestan a la fuerza. Diferencia de medios para conseguir el fin. Admirables disposiciones de la voluntad real en su favor y para su arreglo. Colegio de jóvenes indios en Chillán. Otras misiones. Jesuitas y franciscanos.	241
CAPÍTULO XLII. Obispos de Santiago y de Concepción. Gobierno de don Juan Andrés de Ustáriz. Calidad de este Gobernador y extrañeza que causó en el reino. Desaires y disgustos que le dieron los ministros de la Real Audiencia. Su aptitud verdadera y sus efectos.	249
CAPÍTULO XLIII. Piratas en el mar del Sur. Pocas fuerzas que llevaban. Saquean Guayaquil y desaparecen. Susurros y sospechas. Conducta del gobernador Ustáriz. Alzamiento de los indios de Chiloé. Sus resultados.	257
CAPÍTULO XLIV. Continuación de la misma materia. Breve noticia del estado de Chile y de las costumbres araucanas.	265
CAPÍTULO XLV. Contraste del capítulo precedente con el principio del presente. Explicación de este contraste. Contrabando y medidas a que dio lugar. Alzamiento de los araucanos. Represión. Parlamento. Fin del gobierno de Ustáriz.	271
CAPÍTULO XLVI. Gobierno interino del oidor de Lima don José de Santiago Concha, caballero de la orden de Calatrava. Beneficios de su gobierno. Fundación de la villa de San Martín de la Concha. Fin del gobierno interino. Llega de gobernador el teniente General Cano de Aponte. Su carácter, sus prendas y sus defectos.	279
CAPÍTULO XLVII. Zozobras del cabildo de Santiago. Una epidemia y un terremoto. Parlamento con los araucanos. Otras excelentes cualidades del gobernador Cano. Se alzan de nuevo los naturales. Muerte de tres capitanes de amigos. Situación crítica. Operaciones militares.	287
CAPÍTULO XLVIII. Progresos de la sublevación general de los indios. Alarma particular de la capital y su partido. El Gobernador consigue reunir fuerzas. Consejo de guerra y operaciones a consecuencia de sus votos. Crítica y defensa de la resolución de despoblar las plazas de tierra adentro. Particularidades notables de las estancias de conversión.	295
CAPÍTULO XLIX. Explicación necesaria. Regresa el Gobernador a Concepción y coopera con el Obispo a la fundación del colegio conversorio de San José. Marcha a Santiago. Agasajos que recibe del Cabildo. Vuelve a la primavera con tropas a la frontera y se prepara a salir a campaña. Visita que recibe del Obispo. Su objeto. Entran embajadores araucanos a pedir la paz. Circunstancias particulares que les sirven para alcanzarla. Parlamento en que se celebra.	303
CAPÍTULO L. Resumen. El gobierno en Santiago. Mejoras que proporciona a la ciudad. Fundaciones de obras pías. Restablecimiento de las plazas abandonadas por el levantamiento. Fin de la retirada y trabajos que padecieron los jesuitas conversores que se retiraron protegiendo a muchos españoles hasta Valdivia. Se embarcan en aquel puerto y arriban al de Concepción. Sucesión en los obispados de Santiago y de la última.	311

CAPÍTULO LI. Estado de la monarquía española al fin de la guerra de sucesión. Su regeneración por el sabio rey Borbón Felipe V. Abdicación de este Monarca en su hijo Luis I. Fallecimiento de este Príncipe. Vuelve su padre a tomar las riendas del gobierno.	317
CAPÍTULO LII. Humanidad de los reyes de España para con los indios. Refutación de calumnias. Beneficios de la religión. Apología de la conducta de Cano de Aponte. Carta original conteniendo un episodio de a propósito. Consecuencias que presenta.	321
CAPÍTULO LIII. Vuelven los misioneros a sus antiguas estancias. Fundación de San Luis de Loyola. Descripción del territorio. Comercio de los franceses entre Perú y Chile. Terrible terremoto. Sus desastrosos efectos. Conducta admirable de Cano. Su muerte y fin de su gobierno.	327
CAPÍTULO LIV. Gobierno interino del oidor decano de la Real Audiencia don Francisco Sánchez de Barreda y Vera. Hospicio de recogidas. Interinato del maestro de campo don Manuel de Salamanca. Conducta que observa en el gobierno. Parlamento en Concepción. Gobierno del teniente general don José de Manso.	335
CAPÍTULO LV. Política inglesa. Engaño en que se fundaba. Guerra entre España e Inglaterra. Escuadra inglesa y su suerte. Escuadra española que tuvo una suerte análoga. Piraterías de los ingleses. Continúan los sucesos de Chile.	343
CAPÍTULO LVI. Buena conducta del gobernador Manso. Aviso que recibe del almirante Pizarro desde Maldonado de la Plata. Pasa a Santiago. Poblaciones que fundó. Segundo expreso de Pizarro. Epidemia en Santiago, general en toda América meridional. Llega el navío <i>La Esperanza</i> de La Plata a Concepción. Llega Pizarro a Chile por tierra. Sale de Valparaíso con su escuadra. Operaciones y fin del gobierno de Manso.	349
CAPÍTULO LVII. Sucesión en los obispados del reino. Gobierno interino del mariscal de campo Obando. Sucédele en propiedad el teniente general don Domingo Ortiz de Rozas, gobernador de Buenos Aires.	355

